

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

OBRAS

DEL

PADRE JUAN DE MARIANA.

COLECCION DISPUESTA Y REVISADA, CON UN DISCURSO PRELIMINAR,

POR

D. F. P. y M.

TOMO PRIMERO.



MADRID.

M. RIVADENEYRA. — EDITOR. — IMPRESOR.

SALON DEL PRADO, 8.

1854.

DISCURSO PRELIMINAR.

¿QUIÉN era MARIANA? Quién era ese hombre, que sin mas armas que la pluma se atrevia á desafiar los dos más formidables poderes de su siglo, la Inquisicion y los reyes? ¿Era un filósofo sincero, ó uno de esos escritores que halagan las pasiones de los pueblos solo para hacerlos instrumentos de sus ocultas y ambiciosas miras? ¿Cómo el que fué consultor del Santo Oficio pudo negar la autenticidad de la *Vulgata* y denunciar sin tregua los abusos de la Iglesia? ¿Cómo el que no vaciló en dedicar al monarca sus principales obras pudo legitimar en las mismas y hasta santificar el regicidio? ¿Cómo el que de muy joven habia abrazado con ardor la regla de San Ignacio pudo revelar á los ojos del mundo las *enfermedades* de la Compañía, á la cual debia con este solo paso hacerse sospechoso?

Fué decididamente católico, fué decididamente monárquico, fué decididamente uno de los que mas escribieron porque se realizasen en algun tiempo los sueños de Hildebrando; ¿por qué, sin embargo, ha debido correr sobre párrafos enteros de sus obras la fatal pluma de los inquisidores? Por qué su libro *De Rege* ha debido ser quemado en Paris por mano del verdugo? Por qué ha debido ser terminantemente prohibido su folleto sobre la alteracion de la moneda, que tanto habia amargado ya los dias de su vida? ¿Predicaba acaso ese hombre una doctrina nueva para su siglo? ¿Vertió acaso ideas sediciosas que pudiesen inspirar serios temores por la tranquilidad del Estado ó de la Iglesia?

MARIANA no es aun conocido ni en su patria. Escribió de filosofia, de religion, de politica, de economia, de hacienda; sondó todas las cuestiones graves de su época; emitió su opinion sobre cuanto podia lastimar sus creencias y la futura paz del reino; pero, como si no existiesen ya sus obras ni quedase de ellas memoria, es considerado aun, no como un hombre de ciencia, sino como un zurcidor de frases, como un literato que apenas ha sabido hacer mas que poner en buen estilo los datos históricos recogidos por sus antecesores. Llevó indudablemente un plan en cuanto dió á la prensa, y este plan no ha sido aun de nadie comprendido; tuvo, como pocos, ideas, al parecer, demasiado adelantadas para su época, y estas ideas son aun el secreto de un círculo reducido de eruditos. Fué, como ninguno, audaz é independiente, no cejó ante el peligro, creció en él y llamó sin titubear sobre sí las iras de los que mas podian; habló, gritó, tronó contra todo

VI
 lo que le pareció digno de censura; ¿quién, no obstante, le ha apreciado aun sino como un escritor que ha compuesto tranquilamente en su retrete un libro, donde lo de menos era influir en la marcha de los sucesos públicos, y lo de mas dar á conocer la gala y majestad de la lengua castellana? ¿Qué se conoce de él entre nosotros mas que su *Historia general de España*?

¡Si cuando menos hubiesen sabido juzgarla! Mas ¿dónde está, han dicho, la crítica y la filosofía de ese hombre? ¿No es él quien, despues de haber desechado como inverosímiles antiguas y respetables tradiciones, ha consagrado páginas enteras de su libro á fábulas que hasta el sentido comun rechaza? ¿Qué nos ha dicho acerca del objeto que lleva la especie humana ni acerca del camino que esta sigue para llegar á la realizacion de sus deseos? ¿No ha convertido acaso la historia de los pueblos en una serie cronológica de biografías de principes y reyes?

Han subido aun de punto los cargos cuando algun crítico, entre tantos, queriendo hacerse superior á sus predecesores, ha vuelto los ojos al libro *De Rege* ó á otra de sus obras político-sociales. ¿Dónde está, ha dicho, el sentimiento monárquico de un hombre que deriva el poder real del consentimiento de los pueblos, consigna el derecho de insurreccion y da hasta á los particulares la facultad de atentar contra la vida de un monarca? ¿Qué reglas nos ha dado para distinguir de los reyes á los que él llama tiranos? Si admitimos que un hombre puede matar al rey que viole las leyes fundamentales de un Estado y se escude tras las armas de soldados elegidos entre el mismo pueblo, ¿qué razon habrá para castigar al que mate á otro hombre cuyos crímenes, cometidos á la sombra de la hipocresía, escapen á la accion de la justicia? El regicidio, por buenos que puedan ser sus resultados, ¿no será siempre un delito en el que lo cometa? ¿Por qué pues ha debido guardar el autor las más bellas flores de su elocuencia para esparcirlas hasta con amor sobre el sepulcro de Jacobo Clemente, matador de Enrique III de Francia, vencedor, segun MARIANA, de la familia de los Guisas? Ese libro *De Rege* armó indudablemente la mano de Ravallac contra Enrique IV; es hasta un borron para nuestra patria que haya sido escrito y comentado por plumas españolas.

No falta quien en vista de tan graves acusaciones haya salido á su defensa, sobre todo en nuestros tiempos, en que las nuevas ideas políticas le han hecho considerar como un escritor que preveía y determinaba ya la forma democrático-monárquica bajo la cual vivimos; pero dejando á un lado todo espíritu de partido, esos ardientes defensores ¿han sido tampoco mas inteligentes ni mas justos? ¿A qué puede ser debido su entusiasmo? A que MARIANA, buscando un correctivo á la tiranía, no le haya encontrado sino en la espada de un soldado ó en el puñal de un asesino? A que MARIANA, creyendo corrompida la nobleza de su tiempo, la haya deprimido de continuo hasta hacerla odiosa á los mismos que entonces la adulaban y servían? A que, recordando las victorias obtenidas por las armas de España en Flándes y en Italia, haya clamado contra el desarme de los pueblos y la tendencia de los gobiernos á hacerlos consumir en el ocio y la molicie? A que, bajo el pretexto de que los buenos reyes no necesitan de guardias para sus personas, se haya declarado contra la formacion del ejército por hombres mercenarios? ¿Cómo no han advertido, al leer la obra á que principalmente nos referimos, que todas estas ideas han sido sugeridas al autor por un solo pensamiento, por el pensamiento de organizar una teocracia poderosa, ante la cual debiesen enmudecer el rey y la nobleza, únicos obstáculos que se oponían á la satisfaccion de sus deseos? Pues qué, ¿no le han visto á cada paso abogando porque los obispos ocupen los primeros puestos del Estado; porque se les confirmen á estos, no solo sus pingües mayorazgos, sino la tenencia de los alcázares con que habian hecho ó podian hacer frente á las constantes invasiones de la aristocracia y á las de la corona? Vese claramente que MARIANA as pi-

raba á organizar constitucionalmente el reino ; mas ¿se cree acaso que podrian encontrarse siquiera puntos de contacto entre la constitucion que él habria escrito y la que buscamos nosotros en medio de las ruinas de lo pasado?

MARIANA, lo hemos dicho y lo repetimos, no es aun conocido ni en su misma patria. Le hemos leído detenidamente, le hemos analizado, hemos inquirido el pensamiento que podria unir sus mas contrapuestas ideas y sus obras mas heterogéneas ; hemos pensado, hemos meditado sobre cada una de sus proposiciones atrevidas y al parecer aventuradas ; le hemos examinado en detalle, le hemos examinado en conjunto, y nos hemos debido convencer por momentos, no solo de que no se le conoce, sino tambien de que nunca se le ha presentado, ni tal cual fué para su época, ni tal cual es para nosotros y será mas tarde para nuestros hijos.

¿No seria hora ya de que, levantándole sobre el pedestal de una crítica tan imparcial como severa, le interrogásemos sobre cada uno de los puntos de que ha escrito y apreciásemos por sus mismas explicaciones lo que le deben en el campo de la ciencia su generacion y las generaciones posteriores? La generacion de que formó parte ha muerto ; ¿cuándo mejor que ahora podrémos juzgarle, libres de toda pasion bastarda?

Tenemos, es verdad, ideas filosóficas distintas de las suyas, ideas políticas distintas de las suyas, ideas económicas distintas de las suyas ; mas ¿quién por eso llegará á creer que pretendamos juzgarle al través de opiniones que no tuvo ni pudo tener de modo alguno? Nosotros somos precisamente los que profesamos tal vez en su mayor latitud el principio de la tolerancia. Si no admitimos el fatalismo individual, admitimos cuando menos el fatalismo social, el fatalismo histórico. Creemos que todas las ideas de un siglo han sido necesarias en aquel siglo, y aun en las mas encontradas opiniones vemos fuerzas cuyo choque ha de acelerar el progreso de la especie humana. Todos los hombres, con tal que no hayan acallado la voz de la conciencia con la del interés, son pues para nosotros dignos de consideracion y de respeto ; todos los hombres han de ser juzgados con relacion á su época y su pueblo.

Podrémos engañarnos, ¿quién lo duda? Mas nuestros errores nacerán siempre de ignorancia, nunca de perversidad ni de malicia. No abrigamos hácia MARIANA amor ni odio ; buscaremos en él mismo las premisas ; cada lector podrá con nosotros ó sin nosotros deducir las consecuencias.

I.

Abraza el período de la vida de MARIANA una de las épocas mas fecundas en acontecimientos (1). En ella se elevó España á la cumbre de su grandeza, y bajó precipitadamente hácia el abismo que debia mas tarde devorarla ; en ella subieron mezclados al cielo los alaridos de triunfo de ejércitos terribles y los desgarradores ayes de víctimas sacrificadas en la hoguera ; en ella se fortalecieron las creencias de los pueblos y se debilitaron las de los hombres consagrados al estudio de la ciencia ; en ella resonaron los primeros gritos de la revolucion moderna y se extinguieron las últimas llamaradas del fuego que habian encendido los cruzados en las repúblicas de Italia ; en ella vió el clero medio muerta la aristocracia, que tantos celos le inspiraba, y abierto de nuevo el paso para establecer el predominio á que con tanta fuerza y sin cesar aspira ; en ella pasó la monarquía por la política de las armas, por la de la diplomacia

(1) Nació JUAN DE MARIANA en el año 1536, murió en 16 de febrero de 1625.

decorosa, por la de la humildad y la bajeza. MARIANA, hombre que ha revelado en todas sus obras una alta inteligencia, hombre naturalmente pensador y que, por lo que permiten juzgar algunos de sus libros, pretendia apreciar la situacion en que los intereses sociales se encontraban, no podia menos de aprender mucho en esa rápida y no interrumpida série de sucesos capaces de excitar hasta las facultades intelectuales menos ejercitadas y mas inactivas; pero tuvo aun ocasion de aprender mas en países extranjeros, donde por trece años leyó teología con universal aplauso de los varones sabios de su tiempo (1). Pudo estimar mejor que otros muchos españoles de la misma época las causas y progresos de la reforma, las disidencias entre los partidos protestantes, el porvenir que aguardaba á las nuevas doctrinas, el peligro que en sí encerraban tanto para los poderes existentes como para la futura autoridad del clero, los efectos que habian ya producido, la influencia que habian ejercido en las costumbres y en la constitucion general de las sociedades europeas, los medios que aun existian para contrarrestar esa misma influencia, detenida en algunas naciones solo por el terror, solo por las armas del verdugo. Los sucesos fueron durante aquel período grandes y variados; mas la reforma era el hecho capital, el hecho dominante, el hecho que mas preocupaba y mantenia en continua alarma el ánimo de los filósofos y el de los políticos; ¿es siquiera posible suponer que MARIANA dejase de estudiarla y seguirla paso á paso?

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad que esta gran revolucion no encontró eco en España, consagrada de corazon al catolicismo desde remotos siglos; mas ¿no parece hasta inverosímil que haya podido pasar esta asercion sin ser ya desde un principio refutada? ¿Contra quiénes se ejercian entonces los furores de la Inquisicion? ¿Quiénes eran esos herejes que, á pesar del suplicio de sus correligionarios, seguian las ideas que habian abrazado y las sellaban con su sangre? ¿Puede olvidarse acaso que fueron á las cárceles del terrible tribunal los mas aventajados teólogos de aquellos desdichados tiempos; que se enseñaron doctrinas heterodoxas hasta en el seno de las universidades? El pueblo pudo dejar de tomar parte en esta cuestion gravisima; pero ¿la aristocracia, el mismo clero, los hombres de inteligencia?...

Dirán tal vez que la historia no lo ha consignado así; mas ¿podia consignarlo? ¿Cómo no se concibe que el simple hecho de hablar de los adelantos de la reforma habia de ser considerado por la severa política de aquellos tiempos como un gran delito? Y qué, ¿no tenemos, sin embargo, testimonios que lo acreditan? No se ha lamentado el mismo MARIANA en una de sus obras de la diversidad de opiniones religiosas que á la sazón existian en España; diversidad que, segun él, era mayor que en otras muchas naciones por la vecindad de la Francia y la Inglaterra (2)? Durante el período de mas movimiento y trastornos que aquella revolucion produjo ¿estuvimos, por otra parte, tan arrinconados dentro de nuestras fronteras que no pudiéramos adquirir noticias de las nuevas ideas? ¿No nos hallamos constantemente en el teatro de los sucesos?

La reforma fué una revolucion europea, una revolucion motivada, como todas, por abusos palpables y generalmente conocidos: penetró, como no podia menos de penetrar, en todas partes. En unos países venció, y salió en otros vencida; pero en todas conspiró y en todas aspiró á realizarse y entronizarse. Los hechos hablan, y los hechos son del dominio de todo el mundo. Para convencerse de lo que dejamos sentado basta leerlos.

(1) Enseñó en el gran colegio de jesuitas de Roma, en otro de Sicilia y en la universidad de Paris. Abrazan estos trece años desde el veinte y cuatro al treinta y siete de su edad, del 1361 al 1374.

(2) Despues de los tiempos de Arrio jamás hubo mayores disidencias en materias de religion, especialmente en España por su proximidad á Francia y á Inglaterra: leemos en su libro *De Rege*, lib. 3, cap. 2.

Ahora bien, para nosotros, cuando menos, es indudable que MARIANA comprendió todo el riesgo que llevaba consigo esta reforma. Es preciso detenerla, dijo para sí, y los medios puestos hasta ahora en juego son insuficientes. Las armas no acaban con las revoluciones; las armas bastan, cuando mas, para levantarles diques, que aquellas han de romper tarde ó temprano. Mientras subsistan las causas que les dieron origen, las revoluciones pueden estar reducidas á la impotencia; pero viven, y viviendo son temibles. Enhorabuena que los reyes empleen contra ellas la espada; pero esto no basta si los amenazados no empiezan por acceder á los deseos justos de sus enemigos. Se pide á voz en grito la reforma de la Iglesia, y la Iglesia debe sin duda reformarse. ¡Ojalá lo hubiese hecho al sentir el primer soplo del huracán sobre su frente!

Conocía bien MARIANA las fuerzas y recursos de sus adversarios, la índole de la guerra entablada, lo peligroso que podia parecer á sus mismos amigos haciendo concesiones á los rebeldes, la astucia de que debia usar para con unos y para con otros á fin de vencerlos; y hecho el apresto de armas necesario, entró en combate con toda la energia de que era susceptible su alma. Llevaba dentro de sí un pensamiento que, como hemos indicado, habia de ser á sus ojos el objeto final de sus esfuerzos; mas lo ocultó por mucho tiempo, y puede asegurarse que no lo reveló nunca sino embozadamente y como quien lo vierte al acaso sin intencion marcada.

«La religion, dijo, *es el verdadero culto de Dios, derivado de la piedad del ánimo y del conocimiento de las cosas divinas* (1).» ¿Qué quiso ya indicar con esta definicion MARIANA sino que la religion no es, como algunos creen, hija exclusiva del sentimiento, sino del sentimiento y de la razon que, habiéndose elevado á las ideas de Dios, comprende que ha de amar al sér de quien fué separado y á quien debe su existencia? Entre la religion y la ciencia, añade, no hay un abismo, hay una identidad completa; y basta verlas separadas para comprender que la religion está condenada á morir, que la religion es falsa. En la época del paganismo, continúa, á un lado estaban los sacerdotes, al otro los filósofos; ved si el paganismo no ha muerto al fin abriendo paso al cristianismo. La verdad es una; ni es posible que haya mas de una religion ni que deje de confundirse con ella la filosofia (2).

En un siglo en que se proclamaba con entusiasmo la soberania de la razon, escribir estas palabras ¿no era ya colocarse en el terreno de los disidentes? No era lamentarse, por una parte, del divorcio que se estaba verificando entre la religion y la filosofia, y manifestar, por otra, que preveia la inevitable muerte del catolicismo? No era decir: racionalcese la religion, ya que solo la razon es admitida como origen legítimo de las creencias de los pueblos? Bastaria para convencernos de que MARIANA consignaba con esta intencion tales ideas recordar por un momento la tendencia general de todas sus producciones literarias; mas nos lo prueban aun de una manera mucho mas eficaz otras ideas vertidas á continuacion de aquellas, destinadas á revelar la necesidad de eliminar del cristianismo todo género de supersticiones, mas que estuviesen autorizadas por la tradicion y la fuerza de los siglos.

«Nada, dice, hay mas contrario á la religion que la supersticion; como aquella procede de la verdad, procede esta del error y la mentira.» Y qué, ¿podemos acaso negar que supersticiones las hay en la religion que profesamos? Nuestros anales eclesiásticos están llenos de manchas; existen en la mayor parte de los templos reliquias de dudoso origen; se entregan á la adoracion de los fieles cuerpos de gentes profanas como si fuesen de mártires y santos. ¿Hemos de confirmar al vulgo en sus preocupaciones, en lugar de disiparlas con la antorcha de la critica? ¿Habré-

(1) *De adventu B. Jacobi Apostoli in Hispaniam*, §. 1.

(2) *Id.*, *id.*

x
mos, por no parecer impíos, de callar sobre tan graves escándalos, lo mas ofensivo posible á la santa doctrina que todos sostenemos? Es triste que no quepa negar lo que no puede confesarse sin que se pinte el rostro de vergüenza; pero considero en todo cristiano hasta el deber de contribuir con todas sus fuerzas á quitar tan negro borron de nuestra historia. El concilio de Trento propuso la obra, y los pontífices la han inaugurado ya con un éxito brillante; trabajemos todos porque se consume, y toda mancha se borre, toda tiniebla se disipe (1).

Estos abusos de la Iglesia, tan oportunamente denunciados, eran la principal arma de que los reformistas se valian para encender la nueva revolucion en las naciones; y MARIANA pensó ante todo en arrebatársela. ¿Podia seguir al parecer mejor camino para arrostrar luego con ventaja los azares de una lucha? Condenais abusos, parece decir á los disidentes, y yo tambien los condeno; aceptais la razon como árbitro supremo en todas las cuestiones que pueden interesar al hombre, y yo tambien la acepto; ¿dónde está la necesidad que manifestais de separaros del círculo católico?

Estaba tan persuadido MARIANA de la utilidad de estos medios para abatir á sus contrarios, que rara vez dejaba de emplearlos, aun en las obras que menos roce tenian con las discusiones religiosas de su tiempo, no dándose nunca por satisfecho en el exámen de sus proposiciones hasta haberlas dejado bien establecidas en el terreno de la razon pura. Los libros de Dios, exclamaba á menudo, prueban la verdad de mis asertos; mas la palabra escrita por los profetas no es hoy suficiente autoridad para los que dudan: hemos de buscar la afirmacion ó la negacion dentro de nosotros mismos, en el fondo de nuestra propia frente. Como católico, no podia ni dejaba de acudir nunca á los Santos Padres, á los Evangelistas, á los libros de Moisés, á todos los sublimes cánticos que componen el *Antiguo Testamento*; pero no citaba ya los textos de tan ilustres varones como una prueba irrecusable, sino como una prueba supletoria, como una confirmacion de lo que la razon decia (2). El error, dice en el mas filosófico de sus tratados, es general en el mundo; ¿por qué? Porque por una parte nos dejamos llevar del testimonio de los sentidos; por otra de las opiniones que han logrado universalizarse y se imponen por este solo hecho á nuestro entendimiento. Pues qué, ¿no pueden engañarnos los sentidos? Y la universalizacion de esas opiniones ¿no puede ser debida á la ignorancia? Nos imponen unos y otros, y no deben imponernos; la razon ve siempre mas que los ojos; las opiniones, por generales que sean, deben enmudecer constantemente ante los fallos de la ciencia (3).

Es ya muchas veces tal la energia con que expresa estas ideas, que se siente uno movido á creerlas, no tanto hijas de las circunstancias en que él se habia colocado, como de su organizacion intelectual y su nunca desmentida independencia de carácter. ¿Seria tan fuera de propósito pensar que si hubiese nacido en nuestros dias tendríamos en él uno de los pocos racionalistas con que contamos en España?

MARIANA empero hizo mas que aceptar la soberanía de la razon; protestó, cosa entonces muy difícil, contra la intolerancia de su siglo. Los poderes de su siglo no hallaban contra las invasiones de la reforma otro medio que el de aterrar con el castigo; él lo encontró inconducente, injusto; y lo dijo, aunque indirectamente, exponiéndose él mismo á ser víctima de aquel inconsiderado furor de reyes y prelados. Acababa de darse á luz la edicion *Vulgata* de la *Biblia*,

(1) *De adventu B. Jacobi Apostoli in Hispaniam*, §. II, et seq.

(2) *Verum nos*, leemos en uno de sus tratados, *non divinis testimoniis pugnabimus quae impius fletu et commenti-*

tia fortassis putabit. Ratione et argumentis ab ipsius naturae principis petitis agemus. — *De morte et immortalitate*, lib. 2, cap. 1.

(3) *De morte et immortalitate*, lib. 1, cap. 1.

y estaban discordes sobre su autenticidad los mas eminentes teólogos. Fué de dia en dia embra-
veciéndose la discusion hasta tal punto, que llegó á inspirar serios recelos á los inquisidores. Se
empezó por manifestar desagrado á los que en mayor ó menor escala negaban la infalibilidad de
aquella traducion latina, se les censuró á poco, y se terminó por ahogar sus acentos dentro de
los muros de la cárcel. Desencadenáronse los inquisidores, y no vacilaron en cometer todo gé-
nero de violencias, violencias que produjeron, como era natural, en la mayor parte de los áni-
mos una impresion funesta. Habíanse ya retirado del palenque la mayor parte de los sostenedo-
res cuando entró en él MARIANA. Presentábase con deseo de conciliar los dos opuestos bándos;
mas no por esto habia de dejar de emitir dudas sobre puntos que se pretendia fuesen acepta-
dos como dogmas. Abordó de frente la cuestion, diciendo: «Las violencias hasta ahora come-
tidas habrán podido aterrar á muchos; mas no á mí, á quien no sirven sino de estímulo para
que entre en lucha. Me he propuesto restablecer la paz entre los combatientes, y voy á intentarloy,
cualesquiera que sean los peligros que yo corra. En los negocios ásperos y escabrosos es donde
mas se debe ejercitar la pluma (1).»

¿Eran acaso estas dignas y enérgicas palabras mas que una protesta, y una protesta elocuente
contra la arbitrariedad que entonces reinaba en materias eclesiásticas? MARIANA queria arre-
batar aun otra arma á los reformistas. Los reformistas decian, y con razon: «Ahí los teneis á
los católicos: vencidos en el campo de la ciencia, llevan la tirania hasta el extremo de ahogar
nuestra voz con el filo de la espada. ¿Por qué no nos combaten en el terreno del puro raciocinio?»
Y MARIANA: «Vosotros recusais la fuerza, y yo tambien la recuso; el mismo catolicismo
me da armas, y no necesito de la tea ni del hacha del verdugo. Estas armas, ni las admito, ni
las temo; ved cómo, aun siendo católico, se puede pensar y obrar como vosotros.»

Dirigióse despues MARIANA á los que por hacer alarde de la fuerza de su fe se encolerizaban
contra los que pretendian aun entrar en discusiones; y animado del mismo deseo de tolerancia,
no solo les acusaba de injustos, sino de hombres ignorantes y de corazón mezquino; de hombres
miopes, incapaces de apreciar toda la majestad de la religion cristiana. «Violais torpemente el
principio de la caridad, les dice: haceis mas, comprometéis nuestra misma causa; poneis en
manos de los enemigos los castillos en que creéis defender con tanta energía la ley de Jesucristo:
No, no mereceis que nadie os oiga ni os siga en tan errada via (2).»

Reveló su opinion sobre la *Vulgata*, la explanó, la sostuvo con razones, ya históricas, ya fi-
losóficas; y léjos de atraerse los males que temia, ganó en reputacion y puso un freno hasta
cierto punto á sus mismos enemigos. ¡Gloria no poco estimable, sobre todo cuando de ella de-
bían redundar grandes ventajas para la defensa de los intereses que con tanta fuerza de volun-
tad acababa de cargar sobre sus hombros!

¿Empieza á conocerse ahora quién era MARIANA? Empieza á comprenderse ahora cuán errada
es la opinion de los que no han visto en él sino un hablista? ¿Qué significa su mérito literario al
lado del que le dan los esfuerzos con que procuraba sostener una doctrina amenazada por gran-
des pensadores, y lo que es mas, por pueblos enteros animados de una nueva idea?

Mas no se crea que se ciñó MARIANA á defenderse ni á defender la religion de sus mayores;
pensador profundo, consumado teólogo, hombre enseñado á dirigir desde una cátedra el desar-
rollo intelectual de la juventud, quiso además dejar consignada su opinion sobre todas las cues-

(1) *Pro editione Vulgatae*, §. 1.

(2) ... pusillo homines animo, oppleti tenebris angustè-
que sentientes de religionis nostrae majestate, qui dum

opinionum castella pro fidei placitis defendunt, ipsam mihi
arcem prodere videntur fraternam charitatem turpissimè
violantes.—*Pro editione Vulgatae*, §. 1.

tiones capitales de su asignatura. Estas cuestiones, si bien habian sido tratadas por otros con el debido detenimiento, merecian ser debatidas de nuevo gracias á las sombras que estaba esparciendo sobre ellas la filosoffa, merecian y debian ser examinadas bajo un punto de vista mas racional que teológico; ¿no habian de llamar naturalmente la atencion de un hombre que, como llevamos dicho, se proponia contener el torrente de las ideas innovadoras de su siglo?

Acometió MARIANA la dilucidacion de estas cuestiones en su tratado *De morte et immortalitate*, escrito, no solo con fuerza de ciencia, sino tambien con buen método y belleza y elevacion de estilo (1).

«La idea de la muerte, empieza por decir en este bellissimo tratado, ha venido hasta nosotros anvueita en preocupaciones que nos la hacen concebir como un espectro destinado á interrumpir sin tregua los mas legitimos goces de la vida. Si apelando á nuestra razon y sobreponiéndonos á los groseros errores del vulgo, la desnudamos de tan falsos atavíos, no solamente la dejaremos de temer, sino que hasta la amaremos, encontrando en ella el mas dulce consuelo para los amargos males que de continuo padecemos. Porque la muerte no es un genio del mal, es el genio del bien, es el ángel que viene á cerrar nuestros ojos cansados de llorar por la maldad é ingratitude del mundo. Solo en el sepulcro recobramos el descanso que al nacer perdimos; solo en el sepulcro la igualdad que rompieron el capricho de la suerte ó la tiranía de los que mas pudieron (2); solo en el sepulcro la libertad que tanto apeteecemos y nunca conquistamos. ¿Qué es, por otra parte, la losa de la tumba mas que la puerta de la verdadera vida? Morimos mientras vivimos; morir no es en rigor sino fin de morir; morir es romper los lazos que nos unen á la muerte.»

¿De qué depende empero que la idea de la muerte esté tan falseada y oscurecida?

«Dios, habia ya dicho en otro tratado, nos ha dado para movernos á obrar sin necesidad de impulso ajeno el apetito y el conocimiento. Deseamos ó repugnamos; y no debemos resolvernos á abrazar ni á rechazar sino despues de haber consultado la razon, á la que incumbe exclusivamente determinar nuestras acciones. Si obramos en virtud de un decreto de nuestra inteligencia, somos hombres, y cumplimos con los deberes que la naturaleza de tales nos impone; si obramos obedeciendo tan solo á la fuerza de los instintos, caemos en el vicio y nos embrutece-mos. Para actos cuyas consecuencias no puedan sernos muy penosas sentimos generalmente el apetito débil; fuerte y muy fuerte para acciones de cuya realizacion depende tal vez nuestra felicidad y la felicidad de nuestros hijos; mas fuerte ó débil ha de encontrar y encuentra indudablemente en nosotros mismos un poder capaz de sujetarlo y dirigirlo, la facultad que nos constituye hombres (3).

»Hemos de cultivar incesantemente la razon, tenerla en continua actividad, robustecerla; de no, podrán mas que la razon los apetitos. ¡Ay entonces de nosotros, que seguiremos ciegos la senda de la vida y marcharemos de vicio en vicio y de error en error hasta el borde del abismo! Sentiremos pronto el vértigo; y atrofiada nuestra inteligencia por la inaccion, caeremos al fin sin poderlo resistir en lo mas profundo del espantoso precipicio. ¡Guárdenos Dios de dejarnos gobernar por nuestros apetitos!

(1) Adviértase que si ponemos entre comillas la siguiente exposicion de las doctrinas filosóficas de MARIANA no es porque la hayamos copiado á la letra de ninguna de sus obras, sino porque nos ha parecido bien ponerla en boca del mismo autor, y no entrecomándola nos exponiamos á que el lector no pudiese distinguir claramente la parte puramente expositiva de nuestro trabajo, de la parte crítica.

(2) Al hácerse MARIANA cargo de este efecto de la muerte, son notables sus palabras: *Natura cunctos homines exaequavit; una est omnibus conditio nascendi. Fortunæ seu potentiorum tyrannide factum est ut ex communis quasi cumulo multi occuparint, aliis nudatis qui pari conditione erant nati.*—*De morte et immortalitate*, lib. 1, cap. último.

(3) *De spectaculis.*

» ¡Son estos, sin embargo, tan poderosos en la mayor parte de los hombres! Varones esforzados, que no dejaron vencerse ni por pueblos armados de ira, ni por los rigores del calor ni el frío, ni por las tempestades, han cedido ante los halagos de placeres condenados por la voz de su razón, no solo como ilícitos, sino como destructores de las mismas fuerzas con que habían logrado encadenar á sus banderas la victoria. Los acentos de una prostituta han podido dispartar á veces en ellos torpes apetitos, cuya satisfaccion habia de reducirlos á una condicion inferior á la de la mujer mas débil; la vista de un tesoro ó de un objeto de menos valor ha podido otras romper sus generosos corazones llevándolos al crimen (1).

» Y ¡hé aquí por qué somos desgraciados! ¡Cómo no hemos de engañarnos cuando llegamos á una situacion tan triste y deplorable! Cómo no hemos de desconocer la naturaleza de las cosas, confundiendo la verdad con el error y tomando por bienes reales los bienes aparentes! ¡Así es como hemos concebido una tan equivocada idea de la muerte, á la cual solo debiamos considerar como un sér bajado del cielo para romper la cárcel de nuestro espíritu y levantar en sus alas hasta el trono de Dios el alma de los justos! Así es como si preguntamos al vulgo, y aun á hombres que se arrojan el título de filósofos, por el verdadero asiento de la felicidad humana, hallamos tan pocos que lo pongan en la virtud, sublime aspiracion á la bienaventuranza eterna, y tantos que la vean ya en las riquezas, ya en los placeres de los sentidos, ya en los honores y en las dignidades, ya en bienes aun mas pasajeros! Decidles á muchos que la muerte es el umbral del bien supremo; los veréis al punto cubriéndose de horror como si tuviesen ya la aterradora figura ante sus ojos.

» ¡Desventurados! continúa el autor en su tratado *De morte*, ¿qué veis detrás de las riquezas que tanto codiciáis sino envidias, celos, vicisitudes que han de llenaros de amargura? Qué veis detrás de los placeres sino la mas ó menos rápida aniquilacion de vuestras fuerzas, el progresivo oscurecimiento de vuestra inteligencia, la deshonor de vuestro nombre, y allá á lo léjos la sombra de un fantasma que viene á turbar vuestros escasos momentos de reposo? Qué veis detrás de los honores y las dignidades sino la inquietud y la espada de Dámocles pendiente de un cabello sobre el trono que habeis tal vez amasado con sangre y sentado sobre víctimas cuyos cadáveres piden sin cesar venganza?

» Ved en el fondo de un modesto gabinete al verdadero sabio. Está entregado á la ciencia, mas no para satisfacer su vanidad, sino para fortalecer su inteligencia y procurar la felicidad de sus hermanos. Sujeta al fallo de su razon las prescripciones de sus apetitos, busca el placer, no para ahogar como otros la voz de su conciencia, sino para reparar las fuerzas que consumió la meditación, que consumió el estudio. Estima tambien la gloria; pero no esa gloria ruidosa que unos hacen brotar del ensangrentado suelo de los campos de batalla, y entretejen otros con las brillantes flores de una imaginacion destinada mas á deslumbrar que á dirigir los pueblos, sino esa faena que van constituyendo los pensamientos fecundos elaborados en el crisol de la ciencia y va solidando el recuerdo del saber y las virtudes. ¡Qué tranquilidad la suya! Ve pasar por debajo de sus ventanas los fastuosos trenes de la aristocracia y de los reyes sin que sienta en su pecho la codicia; admira las bellezas de la mujer sin que la lujuria le tiña el rostro ni el recuer-

(1) Es notable la verdad y belleza de estilo con que pinta MARIANA los efectos de los placeres sensuales, cuyo poder encarece: *Magna est potestas voluptatis, vires incredibiles; lenis enim quamvis et blanda, non magno temporis spatio, nisi caves, animi et corporis partes omnes expugnat, virtutes enervat, ipsamque arcem in sublimi*

constitutam mentem evertit atque in omne vitiorum genus praecipitem dat... Itaque ab omni memoria quosneque hostes vincere, neque ulla aestus, frigoris aut inediae injuria frangere potuit, eos videmus et legimus illecebris voluptatum fuisse superatos.— De spectaculis.

do de un placer sensual turbe su frente; no suspira por gozar de la bulliciosa algazara del festin ni por tomar parte en un banquete. Es hombre y sufre; mas ni se rebela contra su suerte ni alza la voz al cielo con la desesperacion en el fondo del alma y la blasfemia en el borde de sus labios. Sabe que Dios cuenta una por una las lágrimas que le arranque el dolor sobre la tierra, y sigue tranquilo hasta en medio de sus mas terribles sufrimientos. La muerte, dice, pondrá un dia fin á mis quebrantos, y esta sola idea le restituye la calma y le consuela. ¡Pobre anciano! Vedle ya moribundo en su lecho de pesar y de amargura. Bendice á sus hijos, levanta luego las manos al cielo, y al ver bajar al ángel de la muerte, hé aqui, por fin, exclama, la hora de mi resurreccion, la hora en que se va á emancipar mi espíritu rompiendo los muros de mi estrecha cárcel.

»No da el anciano gran precio á la vida actual, ni ¿cómo ha de dario? ¿Qué es la vida mas que un ligero soplo? Qué es la vida mas que un dia de sufrimiento en la gran serie de siglos que oculta la eternidad bajo uno de los pliegues de su manto? Venimos sedientos de amor, y no amamos qué el amor no sea para nosotros una fuente de dolores; apelamos en nuestra sed y en nuestra hambre á la caridad ajena, y hallamos echado el puente sobre los mas generosos corazones; pedimos luz para nuestro entendimiento, y nos hallamos siempre cercados de tinieblas; queremos para los demás altas virtudes, y no recogemos por premio sino la ingratitud y la traicion de nuestros protegidos. Las flores se nos convierten en espinas; en la misma copa del placer apuramos el tósigo que ha de derribarnos al fondo del sepulcro. Si pobres, no hay quien vaya á verter una lágrima sobre la cruz de nuestra fosa; si ricos, no bien morimos, cuando ya nuestros hijos se disputan sobre el mismo ataud nuestros tesoros. A hombres que solo han sido verdugos de la humanidad se les levantan grandiosos monumentos y se les graba el nombre en las páginas imperecederas de la historia; á otros que han contribuido á levantarla de sus mas terribles y dolorosas caídas se les escasean los honores, cuando no se les condena para siempre á las oscuras regiones del olvido.

»¡Oh muerte! ¿Por qué han debido pintarte con tan negros colores, cuando eres tú el único rayo de esperanza que nos alumbra en la carrera de la vida? ¡Libertadora y salvadora nuestra! ¡Ah! ¡Ven y rompe de una vez para siempre los hierros de mi espíritu! Tú eres el limite entre el tiempo y la eternidad, la inmensidad y el espacio, lo finito y lo infinito, lo accidental y lo absoluto; desata de una vez para siempre los lazos que me unen al tiempo y al espacio (1).

»Mas ¿soy yo efectivamente inmortal? ¿No están indisolublemente unidos el alma y la materia? Siento que en mí lo físico y lo moral se afectan mutuamente, que la imaginacion ejerce una decidida influencia sobre mis sentidos, y mis sentidos sobre todas las facultades de mi entendimiento; ¿cómo puede el cuerpo morir y sobrevivir el alma? El mismo Dios me ha dicho: Vivirás eternamente; mi conciencia me dice á cada injuria que recibo y á cada falta que cometo: Vivirás eternamente; mas mi razon, ¿dónde, cómo ha de encontrar motivos que la acallen sobre este punto toda duda? Oigo al impío diciendo: No hay mas allá en el mundo; oigo filósofos que despues de haber meditado en silencio, exclaman: El universo no es mas que la trasformacion incesante de una misma vida; el alma es inmortal, pero terrena. ¿Por dónde habré de empezar á darme cuenta de mis propias creencias? ¿Dónde habré de buscar la base de mis largos raiocinios? Invoco de nuevo el favor de Dios para continuar mi libro (2).»

MARIANA, como se podrá apreciar fácilmente por esa sucinta exposicion de su doctrina, no

(1) *De morte et immortalitate*, lib. 1.

(2) *Id.*, lib. 2, cap. 1.

hizo aun mas en esta primera parte de su tratado que seguir á la letra las tradiciones de la religion cristiana, la cual, partiendo del principio que somos almas caidas que aspiramos sin cesar á unirnos con el centro universal de que fuimos separados, no puede considerar la tierra sino como un valle de lágrimas y un lugar de prueba, ni dejar de ver en la muerte un genio de la redencion consagrado á volvernó á nuestra antigua y verdadera vida. Manifiesta indiferencia y hasta desprecio por las riquezas, los placeres y las dignidades; y á la verdad, nada mas natural, suponiendo, como debia, que todas nuestras buenas acciones se reducen á buscar de nuevo el camino por donde podrémos volver á nuestro perdido y suspirado cielo. Los placeres, las riquezas y las dignidades no sirven, bajo este supuesto, sino para distraernos del objeto final á que tendemos; consideracion que bastaria por sí sola para condenarlas, cuando no tuviéramos además otros motivos poderosos que el mismo autor expone.

¿No se ha observado, sin embargo, cómo MARIANA, separándose ya del rigoroso ascetismo de muchos de sus contemporáneos, admite y legitima en el hombre el amor á la ciencia y á la gloria? Otros filósofos cristianos han dicho: «Dios y solo Dios ha de ser el objeto de todas tus acciones; tus mas altos hechos, tus mas singulares rasgos de heroismo para nada te serán contados en el libro de tus destinos, si al realizarlos te ha ocupado un solo momento la idea de lo que dirán de ti los hombres. El mérito de la accion está en la causa que la determina, y no hay causa legitima fuera del amor á Dios. Busca en Dios el principio de cada uno de tus actos, y serás constantemente bueno y justo, y no perderás nunca el camino que debe conducirte á la beatitud eterna. Dices que amas tambien la ciencia porque ennoblece tu espíritu y puede aliviar los dolores de tus semejantes; mas ¿cómo no adviertes que tu entendimiento está cercado de tinieblas, y dejando de oír la voz de Dios para consultar la de tu razon, vas á apagar tu fe y á perderte en las sombras de la duda? ¿No te ha dicho ya el Señor por boca de sus apóstoles y de sus profetas la última palabra de la ciencia? Compara al ignorante con el sabio, y ve quién guarda mas calma y quién mas fácilmente abandona la senda abierta por los verdaderos filósofos de Israel. Lleno de su saber, no respira el sabio sino orgullo, deja de pensar en Dios y pierde su alma. El ignorante oye siempre con humildad la santa palabra del Crucificado.»

MARIANA no dice que se proponga refutar esta doctrina, mas indudablemente la refuta. «La humanidad es la hija predilecta de Dios, parece que leemos en su tratado *De morte*; y yo, solidario con ella por el pecado de mis primeros padres, siento y no puedo menos de sentir la necesidad de su amor, la necesidad de ser querido de la generacion que hoy vive y de las generaciones venideras. Si yo, siéndole útil y contribuyendo á realizar sus destinos, puedo immortalizar mi nombre, objeto á que me hacen aspirar instintos casi irresistibles, ¿por qué he de combatirlos? Sirviendo la humanidad sirvo á Dios; ¿no es pues de todos modos ese mismo Dios la causa de mis actos? Es sabido que no tenemos obligacion de ahogar la voz de nuestros apetitos sino cuando el conocimiento los condena; y qué, ¿el conocimiento condena ni ha condenado nunca que pretendamos conquistar un nombre á fuerza de ejercer las mas señaladas virtudes y contribuir á la mayor felicidad de nuestros semejantes? — Combatís tambien, añade, el amor á la ciencia; mas ¿cómo pretendéis rebajar tanto al hombre? ¿Qué le queda si le quitais hasta la facultad de pensar sobre sí mismo? Ser dotado de razon, es en él, no un placer, sino una necesidad, darse una explicacion mas ó menos satisfactoria de cuanto pasa dentro de sí y en torno suyo; quitarle hasta la facultad de razonar ¿no es contrariar su naturaleza y hasta anonadarle? ¿Quién, por otra parte, puede impedirme á mí que piense y dude? ¿Puedo tal vez yo mismo? Mi alma tiene una actividad propia, que no necesita ni del estímulo de mi voluntad ni de ningun impulso

externo; si obra en momentos dados con absoluta independencia, ¿qué fuerzas habrá que la sujeten?—«Tememos, decís, que la ciencia no destruya la fe de nuestros padres y con ella el cristianismo; más ¿cómo no habeis visto, repito, que siendo nuestra religion una verdad, ha de haber entre ella y la filosofia una identidad completa? El hombre, despues de todas sus meditaciones y extravíos, ¿podrá nunca hacer mas que conocer racionalmente lo que ahora siente y cree? ¿Es tal vez doble la verdad? Creo hasta indecoroso que hombres animados del verdadero espíritu del cristianismo se atrevan á manifestar tan pobres é infundadísimos temores.»

Se expresa MARIANA sobre este punto con energía; mas ¡ay! levanta sus raciocinios en el aire, y no es fácil que resistan á los menores embates de la lógica. Llevado de su empeño en quitar armas á los reformistas, falsea los mismos principios de que parte, transige, cede y destruye por el ardor de transigir y ceder en propia obra. Desgraciadamente no es él quien lleva aquí razon; son sus contrarios. El cristianismo en tiempo de MARIANA era ya un sistema; y todo sistema es un círculo inflexible. Querer ensancharlo es querer romperlo; ó ha de saltarse fuera de él ó reducirse la esfera de accion del pensamiento á su mas ó menos estrecha periferia. Pensar en otro medio es una ilusion, un sueño. No ignoramos que en todas las épocas en que la inteligencia ha empezado á sublevarse contra un órden de ideas, admitido casi sin discusion durante siglos, han salido hombres de noble corazon que han pretendido conciliar con los intereses de los conservadores la opinion de los rebeldes; mas no ignoramos tampoco que estos han sido generalmente los que mas han contribuido á acelerar la ruina de la misma causa por la cual tan generosamente combatian. Han pretendido forzar los principios de sus creencias dándoles una extension de que no eran susceptibles; y los principios han estallado en sus manos como hojas de acero que se intenta doblar mas allá de lo que permite el temple. Faltos de principios, no han hecho luego mas que divagar; y han debido al fin, ó retirarse avergonzados, ó pasar con armas y banderas al campo de sus enemigos. Es triste deber consignar estos hechos; mas no son por esto menos ciertos.

Al contemplar á MARIANA entre los reformistas y conservadores de su siglo, le vemos lleno de tanta elocuencia y de una majestad tan imponente, que no podemos menos de admirarle. Ha acometido una empresa digna, aunque imposible; y esto basta para que nos creamos hasta en el deber de mirarle con respeto. Decimos mas; no solamente le respetamos, le leemos á veces con placer y hasta con un afan que raya en entusiasmo. Pero cuando, ya leído, le meditamos recordando el objeto á que dirige sus estudios, ¿es siquiera posible que desconozcamos la peligrosa senda que recorre y la inutilidad de sus esfuerzos? Sostiene que la religion y la ciencia son idénticas en una época en que la filosofia empieza á divorciarse ya del cristianismo; ¿no es esto hasta cierto punto abrir la fosa á la religion amenazada? ¿Qué diria hoy de su religion en virtud de este principio? A un lado están ya los sacerdotes, al otro los filósofos; ¿no debería ya profetizarle la hora de la muerte ó llorarla entre los muertos? Si además la religion y la ciencia son idénticas, ¿por qué permitir al hombre que busque en su propio entendimiento la confirmacion de la palabra de Dios, que no necesita de confirmacion alguna? Por qué permitirle que se entregue al exámen de cuestiones ya resueltas, exponiéndole á que caiga en errores funestísimos, imprescindibles por la naturaleza contradictoria de nuestra razon que, apenas libre del freno de la autoridad, vacila y duda? Dios, dicen con mas lógica que MARIANA los teólogos sus contemporáneos, ha hablado ya por boca de sus ángeles y apóstoles; ¿quién se ha de atrever á poner en tela de juicio la palabra del infinitamente Sabio? El hombre no tiene siquiera derecho para poner la mano sobre lo que Dios ha escrito; el que la pone es por este solo hecho un blasfemo, es

un impío. Cerrar los ojos y creer en la palabra de Dios, hé aquí el único deber del que admite la revelación y no niega la veracidad de los reveladores. ¿Para qué sirve de otro modo la revelación? podrían haber preguntado al autor que examinamos. La revelación legitima el origen de la teología; pero solo la falta de revelación puede legitimar en rigor el de la filosofía.

Decís, continúan además replicándole los mismos teólogos, que podemos amar la gloria con tal que para alcanzarla nos inmolesmos en aras de la humanidad ó de la patria; mas ¿cómo salvais entonces los principios? ¿Es ó no de la esencia del alma aspirar al bien absoluto? Es bien absoluto el que resulta de nuestra fama póstuma? Si condenais el que consigo llevan las riquezas solo porque es contingente, y como tal indigno de ocupar la atención de nuestro espíritu, ¿por qué no condenais este que deriva, no ya de una realidad, sino de un sueño? Diréis tal vez que distinguís; mas ¿cómo no se os ha ocurrido la misma distinción al haceros cargo de nuestra pasión por el oro que, como vos mismo confesais, es el mas alto poder que hay en la tierra?

Estas razones eran tan incontestables, que MARIANA debió indudablemente callarse. ¿Pudo empero comprender el motivo de su mismo silencio? Pudo hacerse cargo de la falsa situación en que se había puesto por el simple hecho de buscar un término medio entre el protestantismo y el catolicismo de su siglo? ¿Cómo no procuró indagar antes si los nuevos principios que se proclamaban eran simplemente la antítesis de los que había defendido ó la síntesis de las contradicciones desarrolladas en el seno de las ideas ortodoxas? Si hubiese hecho este exámen previo, ¿se cree acaso que hubiera podido incurrir en los errores en que incurrió con perjuicio de su misma causa? En el primer caso se hubiera contentado con manifestar que una negación no puede reemplazar nunca un sistema; en el segundo hubiera abrazado sinceramente las nuevas doctrinas por creerlas verdaderas, ó las hubiera rechazado, consagrando sus esfuerzos á revelar la falsedad que contenian. La ciencia no le hubiera aconsejado nunca el infructuoso medio de sincretizar ideas contrapuestas; la ciencia, al considerarlas como tales, le hubiera dicho que la verdad no podia estar en unas ni en otras, que la verdad debía buscarse en un principio superior que las absorbiese y destruyese sus efectos subversivos. Oyó en esta cuestión MARIANA mas la voz de las circunstancias que las severas prescripciones de la filosofía; y es preciso confesarlo, echó mano del recurso mas vulgar, menos eficaz, mas falso, mas expuesto. Pudo en un principio deslumbrar; mas ¿qué valen esos efimeros resultados del momento, tratándose de un debate en que iba poco menos que á decidirse la suerte del catolicismo?

Las ideas que hasta ahora llevamos expuestas de MARIANA merecen ser apreciadas; mas no tanto por la verdad ni la profundidad que en si contienen como por el sentimiento que las dictó, sentimiento nacido de lo mucho que conocia aquel escritor los vicios de su sistema religioso y los ataques irresistibles á que daba lugar por estos mismos vicios. Habia analizado MARIANA las facultades del alma, y reconocia, sin querer, la soberanía de la razón humana; habia recorrido con una mirada llena de penetración la historia de los pueblos, y reconocia, sin querer, la escasa solidez del catolicismo, sentado por algunos puntos sobre falsas bases; no hallándose con fuerzas para resistir al poder de su conciencia, confesó uno y otro, y se puso, tambien sin querer, al borde del abismo. No, dijo entonces, conociendo ya el peligro, admito la soberanía de la razón; mas ¿se deduce acaso de aquí que yo crea que la razón y la religión son enemigas? La religión no es para mí sino un sistema *à priori*, cuya realidad demostrará la razón *à posteriori*; la religión y la razón son para mí dos entidades, que como el Verbo y el Espíritu se confunden y se pierden en la unidad, en Dios, en lo absoluto. Admito tambien que están falseados por algunas partes los cimientos del catolicismo; mas ¿se deduce acaso de aquí que yo crea que debemos

seguir minándolos para derribarle? Estos cimientos pueden, á mi modo de ver, repararse y son fácilmente reparables. Pues qué, ¿el catolicismo necesita de la superstición ni de la fábula para sentarse sobre las ruinas de los partidos disidentes?

Publicó MARIANA estas ideas; parte porque le obligó á concebirlas la fuerza de su propio entendimiento, parte por lo que le apremió la vista de los intereses amenazados; ¿es tan extraño que no haya sabido colocarse en la posición que como filósofo y como católico le pertenecía? Los estudios sobre la marcha de la humanidad no estaban muy adelantados en aquella época para que pudiese prever el fruto que habian de producir mas tarde sus doctrinas; las evoluciones de la razón eran aun poco determinadas; el desarrollo antinómico de las instituciones y de las ideas sociales completamente ignorado hasta de los hombres de mas inteligencia.

Estuvo mucho mas acertado MARIANA en la segunda parte de su tratado sobre *La inmortalidad y la muerte*. «El alma, dice, es inmortal; lo sé y lo siento. Si llegase á convencerme un día de que no lo fuese, ignoro cómo podría siquiera concebir la existencia de la sociedad ni aun la del hombre. ¿Para que deberíamos elevar entonces nuestras miradas mas allá del suelo? ¿Con qué objeto refrenar nuestra codicia ni apagar el furor de la lujuria? ¿Qué motivos tendríamos para sacrificar nuestros intereses á los de nuestros semejantes cuando no nos detuviese la espada de la ley ni la mano del verdugo? ¿Por qué habíamos de rendir homenaje á un Dios que premia con dolores nuestros sacrificios y levanta los malos sobre la cumbre de los buenos? Por qué habríamos de respetar nuestra vida hasta el punto de sobrellevarla en medio de los mas largos y profundos sufrimientos?

»Mas yo siento en mí una individualidad que se subleva contra la idea de lo finito; yo veo un fenómeno cualquiera é investigo el sér que lo produce, me elevo de causa en causa á un mundo que no perciben mis sentidos, sondo las tinieblas de lo pasado, indago involuntariamente lo futuro, dudo y busco la verdad en medio de la duda, oigo una voz mas poderosa que la ley que me obliga á lo que la ley no manda, no conozco á Dios y le rindo sin cesar tributo, concibo el bien á pesar de no hallarle en la superficie de la tierra, reconozco un Sér supremo, confieso que si existe no puede dejar de ser justo, y no hallo, sin embargo, realizada la justicia; el cuerpo, digo, podrá volver á confundirse entre el polvo que mis piés levantan, el alma ha de vivir y pasar á un cielo donde sean una realidad las ideas, al parecer quiméricas, que ahora la tienen en continua lucha con el universo exterior que la rodea.

»¿Cómo empero he de probar lo que no es aun en mí mas que una creencia? Abro los libros de los dos grandes filósofos de la antigüedad, y leo en el uno razones que la confirman, en el otro razones que la niegan. Vacila por algunos instantes mi entendimiento; mas ¿no es acaso, me pregunto, tan soberana mi razón individual como la de Platon y la de Aristóteles? La vida es la acción; si puedo probar que el alma se mueve independientemente hasta del medio en que obra, ¿no se desprenderá de aquí que el alma es la vida, que está por lo menos en ella la fuente de la vida? No se desprenderá de aquí que, no teniendo nada comun con el cuerpo, no está destinada á sufrir las vicisitudes que este sufra? Es un hecho irrecusable que nuestro cuerpo no funciona sino á impulsos del espíritu, que en faltando este deja aquel de obrar y por consiguiente de vivir, sucumbe, muere. ¿Sucede así con el alma? Duerme la materia y continúa aquella agiéndose ya en sueños mas ó menos fantásticos, ya en resoluciones de problemas que no ha podido dilucidar tal vez cuando estaba el cuerpo despierto y le auxiliaba con la luz de los sentidos. Hiere no pocas veces mis ojos una multitud de objetos; resuenan en mis oídos voces, ya armoniosas, ya discordes; mis ojos, sin embargo, no ven, mis oídos no oyen; y absorbida en tanto el alma

por profundas meditaciones, compara, razona, crea un sistema con que pretende darse razón ya de sus propios actos, ya del mundo fenomenal con que se siente unida, ya del ser que ha trazado en el espacio la marcha de los soles que brillan en la azulada bóveda del cielo. Reflexiona otras veces el alma sobre sí misma, sintiéndose, palpándose, adquiriendo conciencia de sus facultades, examinando su propia naturaleza, sobreponiéndose á la decision de los sentidos materiales, negando lo que acaso ellos afirman, afirmando lo que acaso niegan. Todos estos hechos ¿no son realmente movimientos puros del espíritu?

»Opóneme á esto Aristóteles que sin *fantasma*, sin una *intuicion*; sin una representacion sensual no puede adquirir el alma idea alguna; que todos estos movimientos que parecen en ella propios derivan pues de los sentidos; que alma y cuerpo están por consecuencia estrechamente unidos y son inseparables. Mas ¿es cierto que no haya sin intuicion idea? Es esto cuando menos altamente cuestionable; pero aun cuando no lo fuera, creo que en nada destruiria la fuerza de las razones consignadas. ¿Podriamos nunca atribuir este hecho á la naturaleza del alma? ¿No deberiamos antes suponer que depende de la naturaleza del medio en que aquella obra? Los sentidos no nos trásmiten mas que fantasmas de individuos, ¿cómo se eleva no obstante el alma á la idea de la colectividad? Cómo se eleva á las ideas tan abstractas de espacio y tiempo?

»Pero descubro aun otra razon para dejar irrecusablemente demostrada la inmortalidad de nuestro espíritu. Tiende el cuerpo á la tierra, el alma al cielo, y nace de esta diversa tendencia un estado de continuo antagonismo y lucha. A cada cuestion que se entabla entre los dos poderes, ¿quién decide? quién establece la paz? ¿No es generalmente el alma la que manda, y caso que venza el cuerpo, el alma la que reprueba y atormenta? La naturaleza del alma debe pues ser siempre superior á la del cuerpo; el alma no debe seguir la suerte precaria é infeliz de la materia.

»Es, á mi modo de ver, muy poderosa la fuerza de estas razones; mas temo que no ha de faltar todavía quien niegue, á pesar de ellas, el principio que defiendo. Si tal sucediese, ¿no tendria acaso derecho de preguntar cómo se concibe que pueda morir nuestra alma? Todas las cosas creadas perecen ó por la accion de sus contrarias, ó por la separacion de sus partes, ó por la ausencia de la causa que las produjo, ó por la destruccion del sugeto que las contiene y les da vida. Si suponemos que muere el alma cuando muere el cuerpo, ¿no debemos suponer que mueren los dos en virtud de una misma accion y que tienen los dos igual contraria? Si suponemos que mueren en virtud de una misma accion, ¿no hemos de suponer además que es una misma su esencia y una misma su naturaleza? Negando pues la inmortalidad, caemos inevitablemente en el materialismo puro; ¿habrá muchos que quieran aceptarlo? Si mi pupila tuviera un color determinado, no podria juzgar de los colores; si el alma participase de la naturaleza del cuerpo, no podria conocer como ahora todos los cuerpos que ha encerrado Dios en el espacio. No, no es posible comprender cómo moriria el alma, caso que no tuviese la inmortalidad que nos obligan á concederle lo mismo la voz del corazon que la voz de la conciencia.

»Siento que mi alma es una, simple, indivisa, que obra toda sobre sí misma y sobre cada uno de los objetos que la cercan, que experimenta total, y no parcialmente, las impresiones que recibe por los ojos y por los demás sentidos; ¿cómo he de poder tampoco suponer que muera al igual de los cuerpos inanimados en virtud de una separacion de partes?

»Siento que por el alma obro y por el alma vivo; siento que si en ella esta la vida, ha de ser forzosamente parte de la vida que anima el mundo, y ha de reconocer á Dios por causa y por origen; siento que es Dios indestructible, eterno; ¿puedo tampoco admitir que muera el alma por faltar el ser que la produjo?

»Sé, por fin, que aunque mi alma está contenida en mi cuerpo, no es el alma quien debe la vida á la materia, sino la materia al alma; ¿puedo tampoco ni remotamente sospechar que por caer mis carnes en la tumba caiga en ellas mi espíritu? No, mi alma no depende de mi cuerpo, su union es puramente accidental, la muerte no es mas que el genio que rompe esa union, tan necesaria para la existencia del cuerpo como violenta para el espíritu, que tiende sin cesar á identificarse con el centro universal de que fué separada por causas que ignoramos. Si el sepulcro es para mi cuerpo la puerta de la nada, es indudablemente para mi alma la puerta de la vida.

»¿Qué es empero eso que llamamos alma universal? ¿Es cierto que haya una causa primera? Es cierto que Dios exista? Sé de algunos filósofos que lo han negado; mas no lo sé de ningun pueblo; hallo por de pronto la conciencia social en favor de mi segunda creencia. Examino luego la naturaleza, y veo en ella un orden admirable. Multitud de planetas siguen su curso sin jamás interrumpirlo; descubro para el movimiento del globo y el de cada uno de los seres que le componen leyes generales que no han sido nunca quebrantadas; observo que esas mismas tempestades que hacen estremecer la tierra son efecto de causas constantes, y son á su vez causas de fenómenos necesarios para que subsista el mundo; tanta regularidad en la creacion, la creacion misma, ¿no me revelan tambien una inteligencia superior á la nuestra, que es la que principalmente constituye á Dios? La simple consideracion de mí mismo me confirma en esta idea. Soy todo yo antagonismo; mi libertad lucha con la fatalidad, mis pasiones son de continuo combatidas por mi entendimiento, mi entendimiento ha de estar trabajando sin cesar para acallar la poderosa voz de mis instintos; si para dominar las contrapuestas pretensiones de unos y otros necesito de toda la energia de mi alma, ¿no he de creer naturalmente que para dominar la de todos los seres del universo, seres que parecen conspirar sin tregua unos contra otros, es indispensable que exista un alma fuerte y poderosa, un espíritu, un Dios, que por la simple fuerza de su voluntad mantenga en tan discordes elementos la armonía? Yo no puedo, por otra parte, concebir un consiguiente sin un antecedente; no puedo ver la estatua sin pensar en el estatuario, no puedo atribuir á la casualidad la formacion del mundo, cuando para la mas sencilla obra veo que debe el hombre poner en juego y en la mayor actividad posible todas las facultades de su entendimiento; ni sé contener sin la idea de un Dios el vuelo de mi razon, que corre precipitadamente á perderse en la inmensidad de la duda, ni hallo fuera de ella un punto sólido, un principio de donde hacer partir la ciencia.

»Estas razones, sin embargo, no bastarán á los ateos, y me creo en el deber de repetir los argumentos ya célebres de Aristóteles y Cleanto. Nada, decia el primero, puede moverse por sí mismo, nada es ni puede ser á la vez agente y paciente; si hay en la naturaleza movimiento, hemos de suponer un motor, mas que se obstine la razon en rechazarlo. En el universo, decia el segundo, no existe un sér para el cual no haya otro mas perfecto; subiendo hasta donde quepa la escala de los seres, nos veremos obligados á llegar hasta uno que venza en perfeccion á todos, y este no podrá menos de ser Dios, es decir, la causa primera que gobierna el mundo. ¿Qué podrá contestar la impiedad á tan firmes y bien fundados racionios (1)?

»No basta empero que quede reconocida y probada la existencia de este sér; es preciso además investigar sus atributos, dándolos á conocer por el reflejo de sus propias obras. Vemos en todas una gran sabiduría, y no dudamos en llamarle infinitamente sabio apenas confesamos su existencia; concebimos fácilmente que haya de poderlo todo el que ha creado tantos mundos y les ha señalado un camino invariable en el espacio; accedemos sin esfuerzo á que sea absolutamente

(1) *De morte et immortalitate*, lib. 2.

libre el que solo por ser Dios ha de gozar de un conocimiento inmenso, y no ha de encontrar á cada paso contrastada su voluntad por la accion de las leyes que él mismo ha establecido; mas ¿será tan fácil que admitamos todos en él la providencia? Será tan fácil que admitamos en él la presciencia? Debemos salvar ante todo nuestra libertad, pues destruyéndola nos destruimos; ¿es cierto que sea conciliable con aquellas dos propiedades del espíritu increado?

» Me veo ante todo precisado á manifestar que sin la idea de la providencia, no solo no conciben muchos la existencia de ninguna religion, no conciben ni la de ese mismo Dios cuyos atributos indagamos. La fatalidad, dicen, gobierna entonces el mundo, todo sucede porque ha de suceder, y hasta el hombre en todos sus actos no hace mas que obedecer á la fuerza del destino. No hay en nosotros acciones buenas ni malas, no hay moralidad, es injusta la recompensa, mas injusto el castigo. O admitimos la fatalidad, ó hemos de suponer que Dios ha creado el mundo para regirle á su antojo y no con la luz de la sabiduría, cosa en Dios contradictoria y por imposible absurda.

» Yo tampoco concibo sin la providencia á Dios; mas no acepto ni puedo aceptar de modo alguno este argumento. La providencia y la fatalidad no son dos ideas opuestas, son dos fases de una misma idea. Lo que es relativamente á Dios providencia, es fatalidad respecto á los demás seres; y de esto tenemos pruebas inequívocas, y á mi modo de ver, incontrastables. ¿A qué llamamos propiamente fatalidad? La fatalidad no es mas que una ley que se nos impone, una ley cuya accion no podemos evitar ni aun con el ejercicio de nuestras mas altas facultades. Si Dios dispone en su sabiduría que la humanidad tuerza mañana el curso que hasta ahora ha seguido, su resolucion ¿no será luego una ley? No será luego una fatalidad, es decir, una necesidad para nosotros (1)?

» Para mí pues las ideas de providencia y fatalidad son inseparables; ó afirmamos las dos á la vez, ó las negamos. ¿Qué motivos habrá para afirmarlas? Qué para negarlas? Abro la historia, y las veo probadas en cada página, en cada suceso, aun en aquellos hechos que están al parecer escritos solo con fuego y sangre. Veo que las mas grandes catástrofes han producido mas ó ménos tarde resultados beneficiosos para nuestra especie; que las ruinas de los imperios han servido no pocas veces para sepulcro de ideas que no podian producir ya sino abrojos y dolores; que las invasiones en un principio mas funestas han contribuido á generalizar principios fecundísimos, que de otro modo hubieran visto reducida la esfera de su accion al estrecho círculo de una ciudad ó un pueblo; que los mismos tiranos han acelerado la marcha de revoluciones que habian de ser indudablemente un bien para generaciones medio embrutecidas por la esclavitud y la barbarie; que el mal se convierte por fin en felicidad, y brota hasta entre cadáveres y sangre el árbol de la cultura social, que se viste á cada mudanza de nuevas y vistosas flores. Esta continua trasformacion de mal en bien, trasformacion que veo reproducida en la historia de la naturaleza, ¿no ha de probarme que vela Dios eternamente sobre sus criaturas, y que estas, aun haciendo uso de su libertad, obedecen solo á los inescrutables decretos de la Providencia?

» Mas ¿y esta libertad? se exclama. ¿Cómo es posible que me llame libre si está constantemente sobre mí la voluntad de Dios, y no está en mí contrariarla? Dios, al crear los seres, les

(1) He aquí cómo define y explica MARIANA en el tratado que estamos compendiando la providencia, la fatalidad, el libre arbitrio. *Omnia ex divinae mentis decreto procedere fatendum est quae in sua simplicitate multiplicem modum rebus gerendis constituit. Is modus ad Deum relatus providentia dicitur; rebus quas disponit comparatus fatum.*

Est ergo divina providentia divina ratio quae immota cuncta disponit... Ita providentia simplex et in Deo est; fatum multiplex et in re quaque suum... Arbitrium facultas quaedam est voluntatis et rationis, per quam, positis quae necessaria sunt ad agendum, et velle potest et nolle.—De morte et immortalitate, lib. 2.

ha dado una naturaleza distinta, naturaleza que vemos determinada en cada uno de ellos por el conjunto de sus facultades. ¿Podemos ni siquiera imaginar que para dirigir el mundo al fin á que fué creado tenga nunca que violentar las condiciones de existencia de ninguna de sus obras? Somos seres libres, y dispone de nosotros como de seres libres; para la realizacion de ninguno de sus designios necesita violar la libertad que nos ha sido concedida. ¿En qué la sentimos efectivamente coartada? En qué la sienten coartada aun aquellos que están al frente de las grandes naciones y han de influir mas que nosotros en la futura suerte de sus pueblos (1)?

»Nuestra libertad no queda menoscabada en lo mas mínimo ni por la hipótesis de la providencia ni por la de la presciencia. Cuando admitimos la presciencia en Dios pretendemos afirmar, no que Dios conoce el porvenir, sino que lo ve por no existir para él tiempo ni espacio, por abarcar de una sola mirada la eternidad, por ser á sus ojos presente lo que á los nuestros es ya pasado, ya futuro. Que por una cualidad propia de su ser Dios vea ya hoy lo que he de hacer mañana, ¿en qué detiene mis acciones ni violenta mi albedrío?

»Sé que muchos autores no comprenden así la idea de la presciencia; mas sé tambien que por no comprenderla así se han visto arrastrados á sentar cuestiones, que considero hasta como una impiedad que se propongan. ¿Es Dios autor del pecado? han atrevido á preguntarse; y los hay que por temor de ponerse en contradiccion consigo mismos, la accion, han dicho, procede del Criador, mas no lo forma. ¿Qué necesidad habia, establecida ya la cuestion, de apelar á distinciones, aunque agudas, frívolas y falsas? Dios ha dado al hombre, como á todo género de seres, leyes generales bajo las cuales podemos, en virtud de nuestra libertad, caminar á la virtud y al vicio. Obramos mal conociendo siempre cómo podriamos obrar bien; el mal es pues pura y exclusivamente nuestro. ¿Habrá tal vez aun quien se queje de Dios por habernos concedido esta terrible facultad de armar la mano para cometer el crimen? Mas ¿cómo no se ha quejado antes de ser una individualidad libre y consciente? Cómo no se ha quejado antes de ser hombre? Podemos caer en pecado, y podemos precisamente por esa misma libertad que constituye nuestro ser y nuestro orgullo. Mal educada esta, pretende resistir á la accion de la providencia; y hé aquí por qué nos abre á cada paso cien abismos. ¿Seguirá tal vez alguno quejándose de que necesite de educacion nuestro albedrío? Mas ¿cómo no se queja antes de que nuestra razon no sea perfecta y deba tener un tan lento y penoso desarrollo? Cómo no se queja antes de que Dios no nos haya hecho á todos dioses (2)?

»Lo mal determinada que ha sido por muchos la idea de la presciencia los ha llevado aun á otro error, los ha llevado á exagerar el principio de la predestinacion, solo admisible para un corto número de individuos destinados á realizar los decretos de la Providencia, contrastando con su mayor energía de voluntad y de talento las fuerzas libres que á tal realizacion se oponen. Tienden todos estos errores y exageraciones á limitar, si no á destruir, nuestra libertad; y seria muy oportuno para obviarlos que recordase todo filósofo cómo, siendo la libertad una consecuencia obligada de nuestra razon, la libertad es lo que principalmente nos distingue de los demás seres. Toda idea que pueda minorarla es para mí capaz de excitar por de pronto la desconfianza, y digna de ser mas tarde rechazada.»

Cierra con estas graves cuestiones MARIANA la segunda parte de su tratado, despues de la cual

(1) *Deus sane vim nullam nostrae libertati infert, nihil de illa sua providentia delibrat, rebus utitur ut singulorum natura evigil.*— *De morte et immortalitate*, lib. 2.

(2) *Quidquid electuri sumus vidit Deus intuitu aeterno, cognitio necessitatem non offert, uti ante est dictum. Vidit,*

inquam, non sanxit; praedixit, non definiit, ut fierent. Praescit omnia, sed non omnia praescribit, quae sunt Damasceni verba latine reddita.— *De morte et immortalitate*, lib. 2.

solo se ocupa ya del pecado original y de la gracia, recargando de nuevo la pintura de los estragos causados por los deleites, la de las penalidades de la vida y la de las dulzuras de la muerte, y sobre todo, trazando acá y acullá con vivísimos colores el cuadro de los placeres que nos esperan en el cielo, mansion donde los bienaventurados volverán á ver á los que mas amaron, gozarán recordando lo que hicieron en la tierra; comprenderán lo que jamás les permitieron ver las sombras de que cubrió nuestro entendimiento la falta cometida en el paraíso, disfrutarán constantemente de la vista de Dios, cuya luz les llenará de una beatitud inefable. Quisiéramos exponer tambien la doctrina contenida en este tercer libro; mas deberíamos entrar en lo mas oscuro de la teología cristiana, y nos hemos propuesto apreciar á MARIANA mas como filósofo que como autor ascético. Nuestro artículo va haciéndose algo mas largo de lo que creíamos; permitásenos que en lugar de una tercera exposicion nos detengamos á escribir algunas reflexiones sobre las doctrinas explanadas.

MARIANA en esta segunda parte no se deja ya preocupar como en la primera por la idea de desarmar la reforma; dilucida las cuestiones prescindiendo de todas las influencias de su siglo; y si no siempre aduce argumentos bastante filosóficos, las examina casi siempre á la luz de la razon, y las resuelve como podía hacerlo en aquella época el pensador mas ilustrado del catolicismo. Cae muchas veces en la vulgaridad, y se hace trivialísimo y difuso; pero en medio de esa misma vulgaridad sabe no pocas elevarse á las mas altas regiones de la filosofía. ¡Qué lástima que haya empezado tan mal á probar su creencia sobre la inmortalidad del alma! «Si un dia llegase á convencerme de que esta creencia es falsa, dice, ignoro cómo podría concebir ni la existencia de la sociedad ni la del hombre.» ¿Tan débil es en nosotros la noción del deber, que solo á la idea de que el alma puede morir se extinga? El deber tiene su raíz en el principio mismo de nuestra voluntad, el deber es la necesidad de una accion impuesta por una ley que está en nosotros mismos, el deber es verdaderamente lo que ha llamado Kant un imperativo categórico. Que creyéramos que no en la inmortalidad del alma, su voz se alzaria siempre de un modo imperioso en el fondo de nuestro sér, y determinaria como ahora y como siempre nuestras mas frívolas acciones. ¿No ha habido acaso pueblos enteros que no han admitido la inmortalidad de nuestro espíritu? No ha habido sectas filosóficas que la han negado por sistema? Esos pueblos y esos filósofos han reconocido, sin embargo, como los que mas, los deberes naturales.

La verdadera prueba de nuestra inmortalidad está, no en esa ni en otras vaguedades de igual género, sino en la consideracion del movimiento propio de nuestra alma, consignado con tan raro talento por Platon y explicado por MARIANA con no menos exactitud y acierto. Mil fenómenos intelectuales acreditan á cada paso este movimiento, sin el cual hubiera sido muy difícil que la filosofía moderna hubiese encontrado un punto de partida ni una base sólida para sus sistemas. Sin empezar nuestra alma por sentirse, por reconocerse, por adquirir la conciencia de sí misma independientemente del mundo que nos rodea, no cabe afirmar ni la realidad objetiva ni la subjetiva; sin afirmar esta realidad no cabe proceder á investigaciones ulteriores ni sobre Dios, ni sobre la naturaleza, ni sobre la humanidad, ni sobre el hombre; cerrado el campo á estas investigaciones, no hay filosofía ni ciencia alguna posible. ¿Dónde estaríamos aun de nuestro largo y penoso camino, si el alma por esa espontaneidad que la distingue no hubiera podido concebir ese *yo* que se *pone*, se *opone*, se limita y no halla en el mundo fenomenal sino la realizacion de sus propias ideas, ó sea la realizacion del mundo inteligible? El movimiento propio de nuestra alma es ya un hecho casi incuestionable; y para nosotros cuando menos, admitido el

hecho, no es lógico creer que puede ni debe seguir nuestro espíritu la condicion del cuerpo. Aceptada la premisa, la mas rebelde razon se ve condenada á deducir la consecuencia ya sentada.

Milita contra esta prueba, como ha visto el mismo MARIANA, el famoso principio de la escuela aristotélica: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*; mas nadie ignora que este principio, no solo es cuestionable, sino que está ya refutado y destruido por todos los que han hecho un riguroso análisis de las facultades de nuestro entendimiento. MARIANA, aunque lo calificó de disputable, se contentó con manifestar que, aun siendo cierto, no quedaba destruida su creencia; y no advirtió tal vez hasta donde debia que si no quedaba destruida la creencia, lo quedaba por lo menos la fuerza de su mas sólido argumento. Creyendo en la vida propia de nuestra alma, ¿qué razon podia moverle á dejar pasar sin refutacion un principio tan opuesto? Hoy, en un tratado como el suyo, podria dispensárenos tal vez tan grave negligencia; mas ¿cómo no hemos de censurársela hablándose de una época en que la filosofia aristotélica ejercia aun mucho imperio en todas nuestras universidades y centros literarios?

Es tanto mas vituperable este descuido cuanto que, fuera de la prueba de Platon, apenas ha presentado otra que no se venga abajo por su propio peso. El alma y el cuerpo, dice luego, están en perpetua lucha; si el alma es la que establece la paz, ¿no hemos de considerarla naturalmente superior al cuerpo? Estaria indudablemente demostrada esta superioridad si el alma figurase solo como árbitro en la lucha; pero es tambien combatiente, y acredita por harta desgracia nuestra la experiencia individual, que, léjos de salir siempre vencedora, sale no pocas vencida, y queda otras muchas reducida á la impotencia. Vienen despues de la satisfaccion de nuestras pasiones los remordimientos, voz interior con que el espíritu manifiesta aun su supremacía sobre la materia; mas ¿podemos acaso olvidar que la intensidad de estos remordimientos disminuye en razon directa del número de triunfos alcanzados por nuestros apetitos? Los remordimientos no solo disminuyen, cesan cuando cierta clase de faltas, por haber llegado á constituir en nosotros un verdadero hábito, pasan á ser un elemento de la vida. El libertino, el ladron, el homicida hacen al fin gala de crímenes que en un principio se avergonzaban de confesar ante sí mismos; el libertino, por ejemplo, mira ya en la mitad de su carrera como actos que no deben turbar siquiera el goce de sus voluptuosos sueños el estupro, el rapto, el aborto provocado, el adulterio. ¿Cómo se concebiria de otro modo la persistencia en el delito de hombres cuyo simple recuerdo basta para infundir terror á toda una comarca? ¿Cómo se concebiria de otro modo la brutal indiferencia con que estos mismos clavan el puñal en el pecho de sus víctimas?

La última prueba aducida por MARIANA es algo mas poderosa y concluyente; pero solo contra los que niegan la inmortalidad y admiten por otra parte la espiritualidad del alma. La negacion de la inmortalidad lleva efectivamente de una manera fatal é irresistible al materialismo puro, por el cual es probable que se atreviesen á decidirse muy pocos filósofos en tiempos de nuestro pensador teólogo. Manifestar la contradiccion en que aquellos incurrian era siempre descartarse de un gran número de enemigos y robustecer su tésis; pero esto, que podria satisfacernos tratándose de una creencia en cuyo apoyo no hubiese pruebas mas generales y absolutas, no puede contentarnos en esta cuestion, presentada por MARIANA bajo un solo punto de vista rigurosamente filosófico.

La de la existencia y la de los atributos de Dios están desarrolladas aun en el tratado *De morte et immortalitate* con menos fuerza de ciencia. La existencia de Dios no viene allí probada, viene solo sentida; los atributos vienen, no solo mal probados, sino tambien mal deslindados y clasificados. Deberiamos aconsejar al lector que cerrara el libro al llegar á estos capitulos, si en me-

dio de muchas ideas vulgarísimas no brillasen de vez en cuando algunas suficientes por sí solas para resolver dificultades que aun hoy han sido suscitadas y mal resueltas por los mas audaces filósofos del siglo. Ha sido negada en nuestros tiempos con una energía casi salvaje la idea de la Providencia; y la hemos negado nosotros mismos declarándonos en cambio decididamente fatalistas. Tal como entiende MARIANA la Providencia, esta division entre providencialistas y fatalistas es, además de insubsistente, inútil. La humanidad, dice, obedece como el resto del universo á leyes inevitables, leyes que acreditan en Dios la providencia, pero que son una fatalidad para nosotros, á quienes como séres libres será lícito cuando mas detenerlas por un tiempo dado, nunca contrariarlas ni destruirlas. ¿En qué diferimos realmente de MARIANA los que nos atrevemos á admitir el fatalismo social para explicar la historia de los pueblos? Nuestra disidencia queda reducida á lo sumo á que MARIANA pudo creer hijas de esa cualidad llamada Providencia las leyes que nosotros no acertamos á considerar sino como una necesidad impuesta á Dios por su sabiduría absoluta; á que MARIANA cree posible en Dios una idea, que para nosotros es hasta contradictoria en un sér que teniendo una ciencia de intuicion y no progresiva, ni puede apreciar las diversas evoluciones de nuestro entendimiento, ni seguirnos por el inestricable dédalo de nuestras antinomias. MARIANA hizo indudablemente dar un gran paso á esta cuestion, y merecia por esto solo elogios, cuando no por tantos otros rasgos de ingenio y pensamientos muy profundos.

Pregúntase luego nuestro juicioso filósofo si Dios es autor del pecado y si la predestinacion existe, dificultades á que podia ya fácilmente contestarse despues de resuelta con tanta claridad la de la Providencia. Si Dios da la ley, y el pecado es la trasgresion de la ley, solo nosotros en virtud de nuestra libertad somos los autores del pecado, ha dicho; y no hay en verdad á tan exacta y lógica solucion réplica posible. Si Dios, continúa, ha dictado leyes generales para la marcha de la especie y las ha dictado atendiendo á la singular naturaleza de los individuos, la predestinacion no es necesaria, y solo se hace posible para casos extraordinarios en que la desviacion de la regla tienda á destruir ó á hacer ineficaz la regla misma; solucion no ya tan filosófica como la anterior, pero bastante razonable. La predestinacion, á nuestro modo de ver, no existe ni puede existir desde el momento en que se admite que Dios gobierna el mundo por leyes todas inevitables, para cuyo cumplimiento no se ha tratado de violar ni en los demás animales la fuerza de los instintos ni en nosotros el libre albedrío que nos constituye hombres. No lo negó MARIANA, y fué tal vez por no chocar del todo con las ideas mas recibidas en su siglo.

Falta ya solo que consideremos el modo cómo nuestro autor ha entendido la presciencia. El sentido literal de esta palabra está muy léjos de favorecer la interpretacion que con otros muchos autores de su época le ha dado; pero es, á no dudarlo, tan ingeniosísima interpretacion el único medio de hacerla conciliable con la libertad, que de cualquier otro modo ha de quedar destruida. Si no por lo científica, cuando menos por lo aguda y original, es digna esta opinion de ser algun tanto respetada. Nosotros admitimos como MARIANA la prevision en Dios, para quien suponemos no hay division de tiempo ni de espacio; pero una prevision general, no esa prevision de detalle que le concede falseando la misma naturaleza de ese sér á quien todos los teólogos se esfuerzan en revestir de atributos á cuál mas contradictorios. Conocemos que no hemos de ser en esto comprendidos; mas conocemos tambien que no es este lugar oportuno para desarrollar nuestras ideas filosóficas, y nos hemos de contentar con enunciarlas.

MARIANA las ha explanado con bastante detencion acerca de las cuestiones mas capitales de la moral y de la teología, pero no acerca de las altas dificultades ontológicas y psicológicas, que no

ha tocado sino incidental y vagamente al hacerse cargo de la inmortalidad del alma. Es á la verdad de sentir que un hombre de tan vastos conocimientos y de tan elevada inteligencia no haya tenido ocasion de consignarlas todas sistematizándolas de modo que fuera fácil apreciarlas ya por la armonía general de su conjunto, ya por la relacion que guardase con este cada una de las partes, ya por el valor absoluto de cada una de por sí, ya por su valor relativo á la manera de ver y de pensar de su época. Habria dejado entonces un monumento, que respetarian aun los mas atrevidos filósofos; habria adquirido un glorioso lugar y un brillante recuerdo en las páginas de la historia de la ciencia.

II.

Hemos juzgado hasta ahora á MARIANA como filósofo; vamos á juzgarle como publicista.

Penetrado como nadie de que somos seres esencialmente libres, proclama ante todo la libertad del pueblo. «No hay razon alguna, exclama, para que nos mandemos unos á otros; si para nuestro propio bienestar necesitamos de que álguien nos gobierne, nosotros somos los que debemos darle el imperio, no él quien debe imponérselo con la punta de la espada. Muchas naciones han sido desgraciadamente constituidas por la violencia, pocas por el consentimiento de los que las componen; mas esto en nada menoscaba la fuerza de nuestro derecho, derivado de la misma naturaleza y constitucion del hombre. Si no podemos rechazar ya los poderes que solo á la tiranía debieron su origen, podemos obligar cuando menos á los descendientes de los antiguos tiranos á que obren en virtud de leyes emanadas de la suprema voluntad de la república. Nuestro derecho es imprescriptible; y si hay monarcas aun que sobreponiéndose á él pretendan obrar á su antojo y sin consultar el voto de los que han de vivir bajo su yugo, monarcas solo por la fuerza, dejarán de serlo justamente el dia en que una fuerza mayor les precipite del puesto que tan infamemente arrebataron. Todo poder que no descansa en la justicia no es un poder legítimo; y es de todo punto indudable que no descansa en ella el que no ha recibido su existencia del pueblo ó no ha sido á lo menos sancionado por el pueblo.

»Preguntan á menudo los políticos cuál es la mejor forma de gobierno; mas esta cuestion es para mí secundaria, porque he visto florecer estados bajo la república como bajo la monarquía, y la historia de cien siglos me revela en todos los sistemas una bondad, si no absoluta, relativa. Pesando las ventajas é inconvenientes de una y otra, me decido por la monarquía, que encuentro mas análoga y conforme al modo como se gobierna la naturaleza; mas ora se con venga conmigo, ora se esté por la aristocracia ó por la democracia, lo que para mí interesa es dejar consignado desde un principio que léjos de depender el Estado de los poderes públicos, los poderes públicos dependen directa y constantemente del Estado. El hombre para fundar y extender la sociedad no necesitaba de un impulso extraño; sér naturalmente sociable, sentia la necesidad de reunirse con sus semejantes desde el momento en que los conocia ó los sentia junto á su cabaña. Habia adquirido y no podia menos de adquirir la conciencia de sus propias facultades; y viendo desde luego que no podia desarrollarlas sin ponerse en contacto con los seres de su especie y aun con los demás del universo, era indispensable que concibiese las ideas de familia y tribu, ideas que contenian virtualmente en sí las de ciudad, provincia, nacion, imperio uni-

versal, linaje humano. Solo despues de constituida la sociedad podia surgir entre los hombres el pensamiento de crear un poder, hecho que por sí solo bastaria á probar que los gobernantes son para los pueblos, y no los pueblos para los gobernantes, cuando no sintiéramos para confirmarlo y ponerlo fuera de toda duda el grito de nuestra libertad individual, herida desde el punto en que un hombre ha extendido sobre otro el cetro de la ley ó la espada de la fuerza.

»Escritores mal intencionados y cortesanos llenos de corrupeion se han propuesto no pocas veces halagar á los reyes suponiéndoles, no solo superiores á los pueblos, sino hasta dueños de las vidas y haciendas de los ciudadanos; mas estos hombres, incapaces de apoyar sus opiniones en ninguna razon sólida, no merecen de todo hombre pensador sino el desprecio. Han vendido torpemente su independenciam, y quieren sacrificar la de los otros en aras de su humillacion y su bajeza; han sumergido en el cieno de la adulacion las facultades que les habia dado Dios para alumbrar á los principes; y no parece sino que quieren tambien rebajar hasta el nivel de los brutos la inteligencia de los demás hombres.

»Afortunadamente en nuestra monarquía, cuyos hábitos de libertad vienen fortalecidos por una serie nunca interrumpida de esfuerzos y de sacrificios, no han de prevalecer nunca tan bárbaras doctrinas. Mas ¿no seria siempre mejor que viesen unos sobre sí el desprecio público, y fuesen arrojados los otros de palacios, donde solo deberia reinar la verdad é inculcarse sin tregua las mas exactas ideas de justicia? El principio que dejo establecido lo está generalmente en España, gobernada desde tiempo inmemorial por Cortes, á cuyas resoluciones han de sujetar su voluntad los mismos reyes; sostener el opuesto, no solo es falsear la ciencia, es atentar contra las mas venerandas costumbres y lo que principalmente constituye la nacionalidad española. Nuestros principes deben saber por lo contrario que son solo depositarios del poder que ejercen, que no lo tienen sino por la voluntad de sus súbditos, que han de usarlo conforme á las leyes fundamentales del Estado, que no pueden alterar una sola ley sin hacerla discutir y determinar en el seno de las Cortes, ni imponer nuevos tributos sin consultar el voto de los contribuyentes, ni obrar contra el dogma cristiano, ni reformar siquiera las prácticas religiosas sin la previa autorizacion del pueblo ó de la Iglesia. Deben saber que si, mal aconsejados por sus pasiones ó por los que les rodean, se atreven algun dia á violar, ya esa misma religion que estamos obligados todos á defender contra las armas de los pueblos infieles y las invasiones de la herejia, ya esas leyes capitales en que descansa toda nuestra organizacion política y están apoyados los intereses sociales de los pueblos, ya esas antiguas costumbres que además de caracterizarnos forman parte de nuestra misma vida; ó deberán resignarse á abdicar el poder de que abusaron, ó se verán justamente expuestos á morir en manos de la insurreccion ó en las del hombre que, celoso por las libertades de su patria, tenga el suficiente heroismo para ir á clavar su puñal en la frente del tirano. Deben saber que, aunque vean defendido su trono por armas de soldados mercenarios, indignos siempre de guardar el sueño de los buenos principes, han de temer si obran mal; pues son impotentes todas las armas del mundo para librarles de un patricio que, fingiéndoles amistad, aceche el momento oportuno para hacerles rodar de un solo golpe las gradas del trono y los escalones del sepulcro. Deben saber que, aunque el asesinato es siempre un crimen, deja de serlo y glorifica al que lo comete cuando á falta de otros medios se ejecuta sobre el cuerpo de un rey para quien hayan sido los pueblos un juguete y la justicia una mentira. Deben saber que, siendo los reyes para la sociedad, y no la sociedad para los reyes, si ve la sociedad sublevada contra sí la hechura de sus manos, tiene, no ya el derecho, sino el deber de castigarla; tiene, no ya el derecho, sino el deber de aniquilarla del modo mas ó menos legitimo que le permitan la

fuerza y la situación del que, en lugar de ser su guarda y su broquel, se ha convertido en su verdugo. Deben saber que, como no se perdona medio para deshacerse de un monstruo, no se perdona para deshacerse de un tirano, que es el mayor monstruo de la tierra.

»Suele ocultarse la verdad á los príncipes diciéndoles que han recibido su poder, no del pueblo, sino de sus mayores, que se lo dejaron por herencia. No se les enseña, como debería enseñárseles, que hasta la ley sobre la sucesión es hija de la voluntad nacional, sin la cual no puede aquella reformarse ni podría decidirse cuestión alguna si llegasen á presentarse circunstancias á que por lo raras é imprevistas no pudiese hacerse extensivo lo dispuesto. La sucesión hereditaria no altera en nada la naturaleza del poder real; la sucesión hereditaria no ha sido admitida á pesar de sus gravísimos inconvenientes sino para asegurar mejor el orden social, apagando ambiciones que á la muerte de cada príncipe habrían de remover forzosamente el país y provocarían tal vez escándalos y guerras. ¿Se cree acaso que si la nación considerase mañana necesario restablecer el principio de sucesión electiva, que tuvimos en vigor durante siglos, podría siquiera el príncipe oponerse á que así se resolviese? No solo puede una nación rechazar la sucesión hereditaria; puede variar hasta la forma misma del gobierno, á pesar de los muchos peligros que suelen llevar consigo estas mudanzas. Hay en la vida de los pueblos vicisitudes que, no solo aconsejan, sino hasta exigen cambios radicales; y estos cambios ¿quién duda que son justos cuando emanan de la misma república, centro de todos los poderes del Estado?

»La monarquía es el gobierno mas simple, mas susceptible de unidad de acción, mas fuerte por consecuencia, y menos expuesto á revoluciones y trastornos; pero es absolutamente imposible para que produzca buenos frutos que estén bien deslindadas en ella las relaciones entre el príncipe y los súbditos. Conviene por esto, ante todo, que el rey se limite á ser el jefe del poder ejecutivo, procurando que este mismo poder, sobre el cual no está ya sino el del pueblo, dificultísimo de ejercer cuando se trata de aplicarle á la persona de un monarca, no degeneren nunca en tiranía. Léjos de aislarse de sus vasallos trazando en torno suyo un círculo de cortesanos y otro de guardias pretorianas, debe estar en continuo roce con ellos viendo por sus propios ojos las necesidades que padecen, escuchando con su propio oído la voz de los deseos que sienten ó el grito del dolor que sufren, enterándose por sí mismo del giro que toman ó deban tomar las ciencias ó las artes. Las espadas que hayan de servir para defenderle no las confiará sino á ellos, á quienes, así en guerra como en paz, ha de tener siempre armados para que no se enerven en el ocio y la molición; los consejeros que hayan de formar su corte los buscará entre ellos, á quienes no ha de temer nunca elevar al rango de la aristocracia si pelearon como buenos en el campo de batalla ó meditaron en el silencio de sus retretes sobre las verdades de la ciencia. Buscará á los grandes entre los humildes; y logrará así por una parte reparar los injustos estragos de la desigualdad, introducida solo en el mundo por el caprichoso juego de la suerte y la tiranía de los que mas pudieron, por otra remozar esa nobleza corrompida que mancha hoy con torpes fealdades los escudos pintados por los mayores con la sangre de sus venas. La nobleza es otro poder en el Estado, y debe por lo tanto el rey cuidar de que por lo estancada no le suceda lo que á las aguas empantanadas que vician con sus miasmas el aire que las rodea y llevan á la redonda las enfermedades y la muerte. Los fundadores de muchas de nuestras familias aristocráticas hicieron tal vez menos de lo que han hecho hoy hombres de solar desconocido; elévese á estos á lo que aquellos fueron elevados, y sobre haber hecho justicia á la virtud y al mérito, se habrá logrado algun tanto borrar los límites ya demasiado marcados entre la aristocracia y el pueblo.

»La aristocracia en una monarquía es un elemento del todo necesario: sirve de freno á los re-

yes y se opone al establecimiento de la tiranía. El buen príncipe no debe temerla; debe por lo contrario darle fuerza por ser ella su mas poderoso apoyo en las grandes crisis y en los terribles golpes de la guerra. Hace ya mucho tiempo que se esfuerzan los gobiernos en destruirla; mas estos esfuerzos son fatales para el mismo pueblo que tan inconsideradamente los aplaude. Cuando ya no tenga la nobleza armas de que rodearse ni fortalezas en que guarecerse, cuando sea ya su título un nombre que nada signifique, ¿quién detendrá al pronto los pasos del tirano? Rejuvenézcasela, no se la aniquile; y al paso que será la salvaguardia de los buenos príncipes, será el escudo de la sociedad entera.

»Hombres míopes que no saben apreciar mas que las dificultades del momento claman también hoy contra el excesivo poder de los obispos y otras altas dignidades de la Iglesia. Pretenden, al decir de ellos, salvar nuestras libertades, y no ven que con sólo proponer estos medios las sepultan. ¿Qué pueden hoy en favor de ellas esos cortesanos sin corazon, cuyo afan parece reducirse á cegar al príncipe, llevándole por la senda que conduce á la conculcacion de nuestras leyes? Tenemos ya tropas mercenarias y están reunidos al rededor del trono todos los elementos de la tiranía; si ciñe mañana la corona otro rey que no tenga las virtudes del que hoy gobierna, ¿quién sino esos obispos podria salir á la defensa de nuestros derechos sustentados con tanto valor durante siglos? Los prelados son la parte de la nobleza menos expuesta á corromperse; no les suceden como á los demás aristócratas hijos degenerados, les suceden, sí, varones siempre eminentes, hijos casi siempre predilectos del pueblo y de la Iglesia. No solo merecen conservar sus rentas; merecen que se les confirme en la tenencia de esos castillos desde cuyas almenas han combatido no pocas veces por la ley fundamental de nuestra monarquía. ¿Quién puede vivir con mas independencia que ellos, que no necesitan de la venia del rey para conservar sus dignidades, que están en contacto con todas las clases de la sociedad, que libres ya de pasiones ó inspirados por la mas pura luz del cristianismo, no han de dedicarse sino á reparar las injusticias con que han oprimido á los hombres la propiedad y la violencia? Quién puede aconsejar con mas acierto que ellos, que han debido subir una por una las gradas de la ciencia para encumbrarse al puesto que actualmente ocupan? Romped el lazo que hoy une á los pueblos con los reyes; y á no tardar veréis entre unos y otros un abismo. Pesará entonces la tiranía como no ha pesado nunca sobre nuestras frentes; y ¡ay entonces de nuestras libertades! ay de nuestras leyes!

»Ocupado el pueblo en la práctica de la agricultura y del comercio, sin la cual no le es dado conservar la vida, puede difícilmente defender por sí sus intereses; si una aristocracia independiente y fuerte no vela por ellos cuando no sea mas que en virtud de su propio egoismo, corren aquellos peligros inminentes. Y qué, ¿tiene acaso algo de odiosa la aristocracia tal como propongo que se organice y se reforme? En esta aristocracia no habria cerradas las puertas para nadie. El soldado que acreditase su valor y su pericia en los combates, el sabio humilde que con sus altos pensamientos lograra dirigir por el camino de la felicidad la patria, el sacerdote por cuyas virtudes mejorasen de condicion las clases del Estado, todos los que lograsen levantar la cabeza sobre el nivel de sus contemporáneos hallarian siempre una corona dispuesta á bajar sobre sus sienas. Partidario del principio de la igualdad, que veo dolorosamente destruido por la fatalidad de las cosas, creo que á todos son debidos los honores y las recompensas, y no habria para nadie que las mereciese una sola distincion, ni para nadie que no las mereciese un privilegio.

»A pesar de lo ya expuesto, habrá tal vez quien nos pregunte por qué hemos de poner tan decidido empeño en conservar y robustecer la aristocracia; mas aun cuando no fuese, como llevamos dicho, un baluarte contra la tiranía y un vínculo indisoluble entre el pueblo y la corona,

creeríamos prudente sostenerla y darle fuerza con el fin de tener en ella un medio de educación para los príncipes, un elemento de economía para el Estado y un inagotable plantel de magistrados para el gobierno y dirección de la república. Un príncipe no debe ser educado aisladamente; si no ve crecer á su lado otros de la misma edad y de distinta condición é ingenio, ni sabe apreciar nunca el valor de los demás, ni adquirir el conocimiento de sí mismo. Falto de estímulo, no adelanta, y llega, sin embargo, á la mocedad creyendo tal vez que sobrepaja á todos en las prendas del cuerpo y en las del ánimo. Mañana que es rey debe escoger auxiliares que realicen su política y ejecuten sus mas delicadas órdenes; y por no estar en relaciones con la generación de que forma parte, se ve condenado á entregarse en brazos, no del mérito, sino de la adulación y del favoritismo. No se ha acostumbrado á considerar á los demás hombres como iguales, y los trata á todos con altivez, los manda con un orgullo necio, que no puede menos de chocar con la dignidad propia de ciertos funcionarios. Nacen de aquí conflictos que no hacen mas que exacerbarle, se irrita, quiere de dia en dia que prevalezcan mas y mas sus opiniones, y camina sin sentirlo á la mas insufrible tiranía. ¿Créese acaso que sucedería así si, insiguiendo la costumbre de los reyes godos y la de muchas antiguas dinastías, se le educase desde niño con los hijos de los grandes, poniéndole así en contacto con los que deben hacer mas tarde triunfar sus estandartes, administrar en su nombre la justicia ó representarle en las demás cortes europeas? Estoy firmemente convencido de que, tanto para el bien de los príncipes como para bien de las naciones, deberian ser educados con ellos hijos de aristócratas de todas las provincias, medio con que se lograria, no solo prevenir los inconvenientes consignados, sino hacer que el que ha de ocupar un dia el trono fuese enterándose insensiblemente de la diversidad de caractéres y de lenguas que existe entre los individuos de nuestro vasto y dilatado imperio.

»¿Quién, por otra parte, podria consagrarse mejor al ejercicio de la alta magistratura que esos mismos nobles cuyas exorbitantes rentas son la mejor garantía de que no han de explotarla en su provecho? Quién mejor que ellos podria desempeñar los mas graves y penosos cargos sin cobrar del erario y solo por el honor que suelen llevar consigo? Los honorarios de los agentes del poder absorben hoy una gran parte de la riqueza pública; ¿por qué á quien disfruta ya de grandísimos caudales hemos de hacerle aun partícipe de los escasos fondos recogidos por el sudor del pobre? Por qué siéndonos fácil no hemos de rebajar los tributos que pesan tan gravemente sobre la cabeza de los pueblos? Si nos elevamos á los verdaderos principios de justicia, habrémos de confesar, á pesar nuestro, que esos grandes tesoros de la aristocracia solo han podido ser acumulados por la iniquidad de los hombres y la imprevisión de las leyes; ¿cómo, ya que no nos creemos con derecho para recogerlos y distribuirlos en nombre del Estado, no hemos de procurar que se inviertan en favor de los mismos á quienes fueron inhumanamente arrebatados? La comunidad era la única forma social posible, porque á todos y para todos ha sido dada la tierra; si el arbitrario poder de ciertos hombres ha venido despues con el principio de propiedad individual á quebrantarla, ¿cuáles son nuestros deberes y los de cuantos podemos influir en la marcha de los negocios públicos con la pluma ó con la espada? El mal se ha generalizado, y no es posible curarle de raíz sin atacar el vasto cúmulo de intereses creados á la sombra de las leyes; mas ¿hemos de pensar en atenuarlo, ó en agravarlo? Abogo por la aristocracia; pero así como estoy porque se la robustezca, estoy tambien porque se repare con sus mismos sacrificios la injusticia que veo brotar del seno de su constitucion, viciada por abusos en ningun tiempo perdonables.

»Dícese que el clero no es menos rico que la nobleza, y se me acusará tal vez porque no propongo para este igual clase de reformas. El alto clero que, á pesar de no poderse confundir con la

aristocracia, viene á formar parte de ella donde quiera que los poderes temporal y espiritual obran como es debido de comun acuerdo, está para mí fuera de duda que podria servir tambien gratuitamente los principales officios de la administracion y del gobierno; mas no me quejo tan amargamente de las pingües rentas que disfruta, porque veo que vuelven por distintos conductos á la masa comun de que proceden. Vive de los tesoros de los obispos y aun de los fondos de los monasterios un sin número de pobres; deben á ellos sus carreras una multitud de jóvenes, que de otro modo hubieran debido consumir sus talentos en artes poco acomodadas á su claro ingenio; medran, gracias á ellos, instituciones benéficas, que son de un grande alivio para clases expuestas á grandes vicisitudes y tormentos. El clero, salvas algunas excepciones, que condeno con toda la energia de mi alma, es una segunda providencia para cuantos sufren; ¿lo es esa aristocracia avara y codiciosa que malgasta sus riquezas solo en torpes placeres, corrompiendo al pueblo, á quien debia servir de guia? He dicho en otro párrafo que ha de conservarse el poder del alto clero por exigirlo la defensa de nuestras libertades; añado ahora que ha de conservársele, porque sin él no hay quien defienda el príncipe cuando la aristocracia se entregue á los turbulentos desórdenes de los reinados de Juan II y Enrique IV.

»Pero me separo sin querer de mi propósito. No debemos envenenar odios de clase á clase, debemos procurar en lo que cabe armonizarlas. Si cada poder del Estado va por su camino, será un elemento de muerte, no de vida; es preciso que funcionen juntos, que conspiren todos á un mismo fin, que secunden unos de otros los esfuerzos. No basta que estén reunidos en las Cortes los procuradores de las ciudades y los altos dignatarios; ¿por qué no han de estar con ellos los obispos como en las antiguas Cortes castellanas? Los intereses políticos y los religiosos están enlazados de una manera fatal por la misma naturaleza de las cosas; si no reina una perfecta armonía entre los individuos que los representan, ¿no ha de haber naturalmente en el seno de la sociedad antagonismo y lucha? ¿Quién, además, conoce mejor que los obispos las necesidades de las clases que mas directamente sobrellevan las cargas del Estado? La ciencia y el sentido comun enseñan á la vez que para estar bien organizadas han de entrar en nuestras Cortes por igual esos tres naturales elementos.

»¿De qué han de servir empero estas Cortes? ¿Hasta dónde han de llegar las facultades legislativas del príncipe? He dicho que el pueblo es la fuente del poder real; á los representantes pues y á ellos exclusivamente toca dictar las leyes que convengán y dirimir las contiendas que ocurran sobre la sucesion á la corona. He, si no dicho, indicado que nadie puede ser legitimo rey sin el consentimiento tácito ó expreso de los ciudadanos; á los representantes pues y á ellos exclusivamente toca entender en todo lo relativo á la reforma ó supresion de las condiciones esenciales del contrato. He hecho advertir que ciertas costumbres públicas, y entre ellas las religiosas, constituyen hasta cierto punto la vida social de las naciones; á los representantes pues y á ellos exclusivamente toca aceptar ó rechazar las mudanzas que sobre cualquiera de ellas se propongan. Es sabido, por ejemplo, que al admitir los pueblos la creacion de un poder social convinieron en sostenerle por medio de un impuesto; ¿quién sino las Cortes ha de otorgar un nuevo tributo al rey ó ha de legitimar los que este crea necesarios para sostener el crédito del país ó el esplendor de su diadema? La imposicion de nuevos tributos por el príncipe es el paso primero y mas trascendental que este puede dar hácia la tiranía; toléresele una sola vez que no consulte á sus súbditos, y la libertad y la dignidad se hundén.

»El rey podrá legislar, pero no sobre ninguno de estos puntos capitales. Podrá legislar sobre asuntos cuya urgencia no permita convocar á los representantes, podrá legislar interpretando,

cuando así lo crea necesario, las antiguas leyes, podrá legislar para poner en ejecucion las mismas resoluciones de las Cortes, podrá legislar sobre las relaciones civiles, penales y comerciales que va estableciendo entre los hombres la marcha progresiva de la especie, podrá legislar hasta sobre la manera de producir, importar, exportar y consumir los productos industriales: cosas todas sobre las cuales no será aun prudente que resuelva por sí, cuando comprenda que ha de afectar en algo ó muy graves intereses ó las leyes fundamentales de la monarquía. Podrá legislar, pero haciéndose siempre cargo de que legisla, no solo para sus súbditos, sino tambien para sí mismo.

»No ignoro que muchos pretenden hacer al rey superior á las leyes; mas ¿en qué pueden fundarlo? La ley, la verdadera ley ¿es hija del capricho, ó de una necesidad social sentida y reconocida por los poderes públicos? ¿Tiene su asiento en la justicia, ó en la injusticia? Emane de las Cortes ó del mismo príncipe, si es universal, si no ha sido dictada para una clase especial del pueblo, ha de obligar al rey lo mismo que al último vasallo. Exige que sea así la misma fuerza del derecho, lo aconseja la política. No con el poder, sino con el ejemplo, deben gobernar los reyes; el príncipe que viola una ley da con esto solo lugar á que otros la infrinjan y destruyan. ¿Con qué razon ha de castigar luego al que como él dejó de obedecerla?

»Debe por lo mismo el rey ser el primero en acatar las disposiciones de la Iglesia, no atreviéndose por sí ni aun en las mas graves y peligrosas crisis de la monarquía á quebrantar las inmunidades del clero, ya gravándole con impuestos, ya arrebatando el oro y la plata dedicados al culto de Dios y de los santos. La Iglesia y todo lo de la Iglesia debe ser tan sagrado para él como para el postrero de sus súbditos, y ¡ay de él si de otro modo provoca la cólera divina! La sombra de Heliodoro debería estar siempre ante los ojos de los reyes.

»Contribuirá mucho á la bondad del príncipe la educacion que se le dé desde los primeros años de su vida. De niño deberá oír ya de boca de sus maestros y de cuantos le rodean las máximas y sanos principios de moral del Evangelio. Se le inclinará á dirigirse á Dios en todas sus acciones y á respetar ante todo la voluntad del sacerdote. Cuando ya algo adelantado en la instruccion primaria, deberá dedicársele casi exclusivamente al estudio de la antigua lengua del Lacio, en que podrá leer primero á César, Salustio y Tito Livio, y luego á Tácito, tesoro de consejos á los príncipes y espejo en que están fielmente reproducidas las malas artes de los cortesanos. Alternará con los ejercicios del entendimiento los del cuerpo, indispensables para todos y mucho mas para un príncipe que se ha de poner mas tarde al frente de ejércitos que han pasado con banderas desplegadas sobre el cadáver de naciones aguerridas. Tendrá muchos maestros, y aprenderá de todos aquello en que cada uno haya hecho estudios mas detenidos y profundos. Cultivará con particular esmero la oratoria, con la cual debe captarse despues la benevolencia de los pueblos y encender la llama del heroismo en el corazon de sus soldados; la lógica, que le enseñará á distinguir la razon del sofisma y á descubrir los torpes engaños de los aduladores; la historia, especialmente la de su nacion, en que además de leer el modo con que fueron precipitados á su ruina grandes príncipes, se enterará del carácter y costumbres de sus súbditos, sin cuyo conocimiento adoptaría tal vez como bueno lo que no podria menos de conducirle junto con la monarquía al fondo de un abismo; las matemáticas, sobre todo la geometría, sin la cual no cabe abarcar en toda su extension el arte de la guerra; la astronomía, por fin, que elevará sus miradas desde la tierra al cielo, é imponiéndole con la grandeza de la creacion, le hará mas humilde y le enseñará á no ensoberbecerse con el vano poder de que disfruta. Se entregará al estudio de todas estas artes y ciencias, no como el que libre de tan graves cuidados ha resuelto consagrarles todos los años de

su vida, sino como el que trata de conocerlas para apreciar las ventajas que consigo llevan y sin aparecer rudo y de ningun valor entre los que mas particularmente las profesan. Mereció Alfonso X por sus trabajos científicos el renombre de Sabio, y no supo, sin embargo, llevar con dignidad la corona de sus mayores ni poner decorosamente fin á los disturbios y escándalos promovidos por sus mismos hijos. Perjudica á los príncipes lo mismo la mucha ignorancia que la mucha ciencia; ni aquella les deja conocer los errores á que se precipitan, ni esta dedicarse con perfeccion á los muchos y variadisimos negocios de tan extensa monarquía.

»Aprenderá tambien el príncipe la poesía y la música, mas no esa poesía que corrompe, ni esa música que enerva, sino esa poesía varonil que incita á los grandes hechos y esa música que inspira el valor guerrero y el entusiasmo religioso. Los estudios deben conspirar todos, no á mancharle con vicios, sino á revestirle de virtudes que puedan hacer de él un gran rey, así para los ocios de la paz como para los furores de la guerra.

»Dícese generalmente que es licita la mentira en los príncipes porque solo con ella pueden muchas veces llevar á cabo proyectos de ejecucion difícil; mas el que esté encargado de su educacion, léjos de inculcarles tan errada máxima, debe poner todos sus esfuerzos en destruirla fundándose en que si este medio grosero puede producir de pronto algunos resultados, imposibilita mas tarde toda negociacion con las cortes extranjeras y da pié á que los cortesanos, ya de suyo inclinados á ocultar la verdad bajo bellas apariencias, no solamente lo empleen, sino tambien lo crean justo y necesario. Ha de aconsejarse al príncipe cierta reserva, sin la cual es fácil que fracasen las mas sencillas y bien concertadas empresas, pero haciéndoles siempre notar cuánto difiere de esta reserva la mentira, distantes una de otra como la virtud del vicio y la prudencia de la liviandad y la locura. Ha de encargárseles que guarden calma aun en los mas rudos contratiempos y adversidades, pues nada hay que rebaje tanto la dignidad como la ira que nos lleva de ordinario á adoptar medidas tan injustas como perjudiciales á los mismos deseos que abrigamos; la clemencia, que deben aprender á conciliar con la severidad indispensable en ciertos casos y mas en los que pelagra la salud del reino; la liberalidad y el deseo constante de hacer bien, que les hará tender la vista sobre las calamidades públicas y les incitará á moderar los excesivos gastos del palacio para detenerlas ó curarlas; el valor y la grandeza de alma, sin las cuales habrian forzosamente de parecer mal á los ojos de una nacion acostumbrada á imponer su ley á la mitad de Europa; el amor á la igualdad, la mejor prenda de union y de paz para los ciudadanos; la fiel observancia, por fin, de las prácticas católicas, con la cual logran imprimir cierto sello divino aun en aquellas disposiciones que pueden en un principio repugnar al pueblo. Es tan frecuente la voluptuosidad en las casas reales, que no parecen estas sino el teatro de los deleites mas impuros; ha de manifestarse sobre todo al príncipe cuánto pervierten estos el ánimo, agotan las fuerzas físicas y reducen á la nulidad aun á los hombres que han nacido con mas brillantes facultades.

»Recomiendo con tanta eficacia estas virtudes porque conozeo que solo con ellas podrá contenerse el príncipe dentro de los justos límites de su imperio y gobernar con acierto esta monarquía, cuyos elementos heterogéneos mantienen en continua lucha grandes intereses. Tenemos importantes colonias en todo el mundo, y es muy difícil que las conservemos si no se las administra con la igualdad que exige la justicia. Suelen los que reinan sobre pueblos unidos por las armas establecer líneas divisorias entre vencedores y vencidos, reservando para unos todos los honores, y para otros todo género de cargas; y no pueden á la verdad seguir peor sistema, constando por la historia de cien siglos que nadie puede llamar suyas las naciones sin que por una asimilacion recíproca se hayan refundido en una la clase de conquistadores y la de conquistados. No ignoro

que es una asimilacion tal larga y dificil , sé que con los países nuevamente reducidos conviene adoptar medidas extraordinarias que no pocas veces merecerán el nombre de tiránicas ; pero estoy tambien firmemente convencido de que, si no se apela á la equidad tan pronto como las circunstancias lo permitan, tenemos constantemente en cada piedra un obstáculo y en cada hombre un enemigo. Llámese, por lo contrario, á todos los destinos de la república, tanto á los individuos notables de la metrópoli como á los de las colonias, distribúyanse segun la misma proporecion en estas y en aquellas los tributos, búsqense para nuestros tercios hombres de todos los distintos puntos del imperio, interélese á flamencos y españoles, á italianos y americanos en nuestros hechos y glorias nacionales, y además de ver aseguradas nuestras conquistas, encontraremos en ellas la fuerza de que necesitamos para llegar á sujetar el orbe. Tenemos ya el paso abierto para ir á enarbolar nuestras banderas en las mas lejanas é indómitas naciones, ó hemos de dirigir todos nuestros esfuerzos á subyugarlas, ó hemos de confesarnos indignos del fruto de las inmensas victorias que han amontonado los mayores sobre nuestra frente.

»Debe atender antes que todo el príncipe á conservar la paz interior ; mas dudo que pueda durar esto mucho tiempo sin que prosigamos en el exterior la guerra. Estamos cercados de enemigos, lindamos con reinos poderosos que no esperan sino ocasiones para vengarse de los ultrajes que les hemos hecho devorar con la punta de nuestras lanzas ; si no ocupamos su atencion por medio de frecuentes y repentinas invasiones en provincias aun independientes, les tendremos á no tardar en nuestro propio suelo, donde ya que no nos venzan, han de sumir por lo menos en llanto y desconsuelo millares de familias. Una nacion como la nuestra debe tener por otra parte en pié un ejército numeroso y formidable, pues ni seria de otro modo fácil hacer cumplir las leyes, ni cabria enfrenar el furor de pueblos siempre rebeldes ; ¿es esto siquiera posible sin vejar todos los dias con mayores tributos nuestros mismos pueblos ?

»Nada hay tan costoso en una monarquía como la milicia, nada que absorba mas ni con mas rapidez las rentas del Estado. ¿Por qué no hemos de procurar que viva sobre el botin de sus batallas y sobre las riquezas de los pueblos que ha domado con sus armas ? Motivos para las guerras exteriores nunca faltan habiendo un ánimo esforzado en los que han de realizarlas ; cuando no hallásemos otro campo para nuestros héroes, hallariamos el que nos ofrece continuamente Dios en las ciudades de los que han renegado de su santa ley en el hogar de los herejes. ¿Qué es además ni de qué sirve la milicia cuando no se la expone sin cesar á los duros trances de la guerra ? Debilitase en el ocio, y no cuenta mañana con fuerzas ni aun para resistir los imprevistos ataques de las demás naciones.

»Atendido lo pasado y puesto en parangon con lo presente, conviene á la nacion española mas que á ninguna estar siempre con las armas en la mano ; y soy de parecer, no solo de que se busquen motivos para nuevas guerras, sino de que hasta se permita á las guarniciones y escuadras fronterizas caer de rebato, cuando puedan, sobre los pueblos extraños que tengan á la vista. Están plagados los mares de piratas ; ¿por qué no hemos de consentir en que se arme quien quiera en corso y turbe el comercio de los demás pueblos de la tierra é invada las costas extranjeras que halle mal cubiertas ? Si á conservar la paz dentro y la guerra fuera debe reducirse la política de España, ¿qué inconveniente podemos ver en esas concesiones otorgadas en otros tiempos por reyes á quienes debemos nuestras mayores glorias ?

»Pero hay mas, ¿quién duda que podriamos disponer de un grande ejército sin la mitad de los gastos que hoy para él tenemos ? ¿Por qué, como en tiempos de los Reyes Católicos, no debemos exigir que cada ciudadano mantenga, segun su condicion, ya armas simplemente defensivas, ya

armas defensivas y ofensivas, ya armas y caballo? Por qué no hemos de procurar que los nobles y los grandes propietarios sostengan á su costa un mayor ó menor número de soldados para cuando lo reclame la honra del Estado? Por qué no hemos de reservar ciertos honores á los que por dos ó mas años hayan servido sin sueldo en el ejército? Por qué al dar otros no los hemos de otorgar bajo la condicion de que los agraciados hagan igual sacrificio en el altar de la patria? Por qué no hemos de guardar ciertos cargos que no requieren grandes estudios para los militares que, despues de una brillante carrera, hayan quedado inútiles para servir en la milicia? Proponemos estas medidas, ninguna de ellas enteramente nueva, porque si deseamos por una parte que permanezcan nuestros príncipes fieles á la política de sus antepasados y no se cierre la gloriosa historia de nuestra monarquía, queremos por otra como el que mas que no se grave con onerosos tributos á los pueblos. Sostienen muchos que nuestra nacion es rica y puede sobre llevar mas impuestos que las demás de Europa; ¿cómo no se advierte empero que, merced á la naturaleza de nuestro suelo y á lo escasamente pobladas que están nuestras provincias, tenemos reducida á la esterilidad una gran parte de nuestro territorio? Cómo no se advierte que, á falta de caminos públicos, encontramos vastas comarcas escaseando de lo que en otras sobra? Cómo no se advierte que por el atraso de la industria nos despojamos del oro que viene de América para pagar una gran cantidad de productos extranjeros? Está ya gravada la propiedad territorial con el pago del diezmo; por ligeros que sean los impuestos reales, ¿no han de hacer precaria y triste la suerte de nuestros labradores? ¿Por qué, si no bastan los ya establecidos, se han de respetar tanto las inmunidades concedidas por otros reyes, que no necesitaban sino de módicos tributos para cubrir hasta sus mas graves atenciones? La primera condicion de l impuesto es la igualdad, sin la cual se hace insufrible aun á los que pueden satisfacerlo con menos perjuicio de sus intereses. Son precisamente los privilegiados los que mejor pueden pagarlo; ¿cómo el privilegio no ha de parecer á los ojos de los demás injusto? Creo que el erario necesita mas de lo que actualmente se recauda, pero creo tambien que para obtenerlo no ha de apelar sino á conocidos y trivialísimos recursos. Rebaje el príncipe los excesivos gastos de su casa, suprima los destinos sin objeto, derogue las inmunidades otorgadas, procure que los magnates no arrebaten, como en tiempo de Enrique III, las riquezas públicas, grave con un ligero tributo los artículos que ha de consumir forzosamente el pueblo, aumente el que pesa ya sobre los productos importados y de mero lujo, cargue especialmente la mano sobre las telas venidas de otros reinos, llame por este medio al país á los fabricantes extranjeros; y sin necesidad de agoviar á los que pueden apenas soportar ya las cargas del Estado, adquirirá los medios suficientes para, haciendo superiores los ingresos á los gastos, evitar la ruina futura de la nacion y llevar las armas adonde exija el lustre y esplendor de la corona. La falta de rentas no está tanto en la escasez de los impuestos como en la depravacion que suele haber en los recaudadores. Se ve ordinariamente á esos hombres, pobres al hacerse cargo del destino, opulentos al dejarlo; y conveniria, ya para evitar tan grande escándalo, ya para proporeionar al erario mayores cantidades que las que hoy recoge, no solo pedirles cuentas anuales, sino exigiárselas al fin tan estrechas que pudiese quitárseles lo de dudoso origen.

»Son, por lo comun, los impuestos el azote de los pueblos y la pesadilla de todos los gobiernos. Para aquellos son siempre excesivos, para estos nunca sobrados y bastantes. Ocurre en una monarquía una calamidad, la sublevacion de un pueblo por ejemplo, y corre al punto el vago rumor de que está el erario exhausto. Este rumor basta para indignar á los contribuyentes, las quejas de los contribuyentes para aterrar al príncipe, que se dedica luego con afán á buscar medios ex-

traordinarios. Pídesese á unos consejo, óyense los mas contrapuestos pareceres, y no es raro que llegue entre estos á oídos del rey el inicuo quanto inútil proyecto de alterar el valor de la moneda. Con esta medida, se dice entonces, nadie sufre directamente perjuicio, el valor intrínseco de la moneda es menor, pero el legal queda siempre el mismo. ¿Puede imaginarse un medio de mas fácil ejecución ni que saque mas pronto al príncipe de un terrible apuro? Mas ¿cómo es posible que hombres ilustrados se dejen llevar de tan grave error y aplaudan un plan tan insensato? Una nacion, un príncipe no pueden faltar nunca á la justicia; y el medio propuesto, considéresele bajo cualquier punto de vista, es y será siempre un latrocinio. ¿Cómo no ha de serlo el que se me obligue á mi á tomar lo que solo vale tres por cinco? Si la moneda ha llegado á ser un instrumento general de cambio ha sido precisamente por la fijeza de su valor, expuesto á ligeras oscilaciones solo en momentos de grandes crisis; ¿podrá acaso continuar ejerciendo esta funcion si empezamos á tomarnos la libertad de rebajar la ley del oro ó de la plata en dos ó mas por ciento? El comercio exterior se hará por de pronto imposible, si los mercaderes nacionales no consienten en sufrir un quebranto igual á la depreciacion de la moneda, entrará en el comercio interior la desconfianza, y habrá necesariamente paralización de trabajos, escasez y encarecimiento de productos, miseria, confusion, desórden. El gobierno, es verdad, podrá obligarme á aceptar en cambio de mis artículos la moneda nueva; mas ¿no podré yo á mi vez aumentar el precio de los mismos hasta cubrir el déficit que puede ocasionarme la arbitraria alteracion de los metales? ¿Serán inútiles todos los esfuerzos del rey para obviar esa evolucion que me será impuesta á mi y á todos por el deseo natural de conservar mis intereses? Nacen tan espontáneamente esos tristes resultados del carácter de la disposicion misma, que no se necesita mas que consultar la razon para prevenirlos; pero no es ya solo la razon, es la experiencia, y una experiencia bien funesta, la que los deja escritos con lágrimas y sangre.

»¿Cuándo empezarán á ser mas pensadores y leales esos cortesanos que rodean á los reyes? Porque á ellos, y á ellos principalmente, son debidos esos bárbaros proyectos. No sin motivo han sido llamados la peste de la república, no sin motivo llevan concitados contra sí el odio y la cólera del pueblo. ¿Quién mas que ellos presta favor al lado de los reyes á esos torpes juegos escénicos, cuya importancia están ponderando sin cesar movidos por el voluptuoso furor de sus pasiones? Excitan estos espectáculos la lascivia, corrompen, afeminan; y ellos, que solo sirven para el galanteo y la asquerosa crápula, no hallan voces para encomiarlos ni manos para aplaudir á los que los ejecutan sin restos ya de pudor ni de recato. ¿Cómo, si se sintieran aun con valor para vestir la malla de sus antepasados, no habian de levantar el grito contra la introduccion de tal costumbre? Mas no son buenos ya ni aun para manejar la espada que indignamente ciñen, y quieren que gane la molicie el corazón de todos. Una nacion como la nuestra ¿ha de tomar por pasatiempo ver representar escenas de amores y adulterios? Una nacion como la nuestra no habria de divertir el ánimo de sus negocios ordinarios sino para presenciar simulacros de guerra, ó asistir á los ya olvidados ejercicios de la carrera y de la lucha.

»Ciérrense los teatros, ciérrense esos infames burdeles, escándalo de la gente morigerada y culta, póngase el mayor coto posible á esa prostitucion que nos amenaza con invadirlo todo, réálcese la religion, que debe reinar sola y señora y enteramente libre de rivalidades y discordias, consérvese y foméntese el carácter nacional, y verémos restituida á la cumbre de su grandeza nuestra monarquía; hágase lo contrario, y la verémos recorrer sin tregua la pendiente de su decadencia hasta llegar al fondo de su inevitable ruina.»

Hemos sido extensos en la exposicion de estas ideas, no tanto por la novedad que á primera

vista presentan, como por la celebridad del libro en que las vertió nuestro sensato publicista. MARIANA, sobre todo en política, no solo no inventó, no propuso siquiera una reforma que no fuera la restauración de alguna práctica, mas ó menos antigua, caída en desuso ó por la mala fe de los gobernantes, ó por la negligencia de los gobernados. Partidario acérrimo, mas que del derecho racional, del derecho histórico, estudió al parecer las instituciones y las costumbres patrias, hecho lo cual, procuró recogerlas en un solo cuerpo de doctrina, tal vez mas por el deseo de que se conservasen y vinieran á servir de leyes fundamentales al Estado que por el afán de lanzar una teoría mas en el ya tan removido campo de la ciencia del gobierno. Fué indudablemente audaz al sentar el principio de la soberanía del pueblo; mas es preciso advertir que la sola existencia de nuestras mismas instituciones lo implicaba, y que, si queria ser lógico, ó habia de establecerlo como punto de partida, ó habia de negar la legitimidad de aquellas y por consiguiente rechazarlas. Las instituciones, podia decir para sí, están sancionadas á mis ojos por la historia de once siglos; el principio que entrañan no puede menos de ser cierto. Consulto por otra parte la razon, y la razon no lo condena; ¿cómo ni en qué me puedo fundar para ponerlo en duda?

Admitió el principio, declaró inferiores á la sociedad los reyes, y dialéctico severo é impertertable, llegó adonde no podia menos de llegar, llegó á legitimar la insurreccion y el regicidio. Las instituciones de un pueblo, continuó para sí, son, como el origen de donde emanan, sagradas é inviolables; el rey que las escarnece comete un crimen de lesa nacionalidad y merece ser destronado y muerto. Dispone de fuerza, y es preciso contrastarla, ya que no podemos con la fuerza, con la astucia; ya que no con la espada vengadora del pueblo, con el puñal del asesino. Si la soberanía reside en la sociedad, tiene esta el derecho de defenderla y reivindicarla á costa de cualesquiera sacrificios. Una sociedad no puede ni debe consentir nunca en su propia degradacion, en la ruina de los principios constitutivos, en su muerte.

Se ha exagerado mucho, al tomar en consideracion estas ideas, el valor, ya científico, ya moral de MARIANA; mas no entendemos cómo no se ha sabido comprender que en política no ha tenido MARIANA otro mérito que el de haber sido lógico. Sus ideas son precisamente las de su época, y aparece en todas, no como un innovador peligroso, sino como un conservador que, viendo amenazados los hábitos sociales de su patria, se esfuerza en ponerlos de relieve, encareciendo su necesidad y sus ventajas. Truena, es verdad, contra la nobleza de su siglo, pero no deja de considerarla como un elemento indispensable para la constitucion del reino, y propone, cuando mas, que se la rejuvenezca y dé una nueva vida; se desata en invectivas contra los cortesanos, mas crea á renglón seguido otra corte para sus queridos reyes; no quiere soldados mercenarios, pero sí ejércitos de hombres libres dispuestos siempre á exponerse á los azares de nuevas y mas sangrientas guerras.

Era MARIANA tan conservador y un eco tan fiel de las ideas de su tiempo, que defendió hasta las que mas debian repugnar á su razon y á su conciencia. Sacerdote, ministro de un Dios que vino para condenar el principio de la fuerza y predicar la paz al mundo, no habla en su libro sino de la necesidad de educar al pueblo en el ejercicio de las armas, llevando tan allá sus instintos belicosos, que hasta propone, como se ha visto, permitir las invasiones en tierras extrañas, legitimar la piratería y sustituir al teatro las antiguas carreras y luchas de griegos y romanos. Debemos estar de continuo en guerra para vivir en paz, viene á decir en uno de los mas importantes capítulos del libro; á una paz que nos humille debemos preferir la guerra, mas que esta deba cubrir de ruinas los países enemigos y de lágrimas y luto las familias de los conciudadanos. La lógica, que le saca airoso en otras cuestiones, le abandona aquí para dejarle llevar del tor-

rente de las ideas de sus contemporáneos, siendo en verdad lamentable que le abandone precisamente al tratar de una teoría tan funesta y tan fecunda en tristes resultados. La filosofía, la religion, la razon que rechaza de ordinario la violencia, nada pudo apartarle en este punto del modo de pensar y de sentir de su época. Las ideas de nuestra antigua y tan decantada grandeza le deslumbraron, el temor de ver decadente á su nacion le cegó á fuerza de impresionarle vivamente, y como el vulgo y la aristocracia de los pensadores de aquel siglo, proclamó la necesidad de la guerra con la misma fe con que pudiera haberlo hecho un cónsul de Roma ó un tribuno de la plebe (1).

Hemos indicado al principio de este escrito que el pensamiento capital de MARIANA consistia en organizar una teocracia omnipotente. Queríalo en efecto, y aunque con algo de embozo, no dejaba de revelarlo á cada paso en sus escritos; mas apoyándose siempre en ese mismo derecho histórico que tomaba como base de sus doctrinas, buscando siempre en lo pasado la legitimacion de sus ideas sobre la necesidad de dar al clero riquezas, poder, dignidad, fuerza. En las antiguas Cortes, decia, la Iglesia legislaba con la aristocracia sobre los intereses de los pueblos; la union de la Iglesia y del Estado es hoy mas que nunca indispensable, ora se atienda á la influencia que ejercen los obispos sobre la muchedumbre, ora á los peligros que corre, expuesta á las invasiones de la herejía, una religion sin la cual no son ni el orden ni la libertad posibles. En los antiguos tiempos, añade, los obispos eran los consejeros de los reyes hasta en los campos de batalla; hoy, como entonces, son aun los obispos los depositarios de la ciencia labrada por los grandes pensadores en la fragua de los siglos. Dieron los antiguos reyes á nuestros preladados rentas de que viviesen y castillos y pueblos sobre que ejerciesen la jurisdiccion aneja al feudo; hoy mas que nunca necesitan los preladados de esos medios, ya para sostener las libertades que no puede defender un pueblo desarmado, ya para contener la tiranía á que no puede oponerse una aristocracia degenerada y corrompida.

Sobre este punto, sin embargo, bueno es ya considerar que procedió mas por interés de partido que porque así lo exigieran ni la fuerza de la dialéctica ni la razon histórica. Supone que la propiedad es hija de la fuerza, que para templar los males que de ella derivan fatalmente conviene prevenir y destruir la demasiada acumulacion de bienes en un corto número de manos; y alegando luego razones, cuya futilidad no podia desconocer él mismo, sienta que esta acumulacion no es perjudicial cuando se verifica en el seno de la Iglesia. Al ver gravados los pueblos por onerosísimos tributos, declama contra las inmunidades concedidas por reyes anteriores á familias que disfrutaban de grandes propiedades; y al hacerse luego cargo de las inmunidades de la Iglesia, no vacila en llamar sacrilego al que se atreva á tocarlas ni aun bajo el pretexto de que lo exijan así los intereses de la patria. Establece el principio de que es indispensable para la paz de un reino la armonía entre el sacerdocio y el imperio, quiere fundar en este principio que las altas dignidades eclesiásticas deben ser llamadas á los altos destinos del gobierno; y solo de una manera mezquina y repugnante admite luego que ciertos legos tengan intervencion en los negocios de la Iglesia. MARIANA está en esto imperdonable: no se ve ya en él un escritor de conciencia, sino un hombre pérfido, un sacerdote hipócrita.

(1) ¿No podria tambien suponerse que este pensamiento de hacer de la España una nacion conquistadora derivaba de miras ulteriores de MARIANA? Sin una nacion guerrera identificada con los intereses del catolicismo no era posi-

ble ni restablecer la unidad destruida por la reforma, ni facilitar á la Iglesia la conquista de ambos mundos. Toda teocracia está, por otra parte, condenada á sentar su trono sobre la palabra de Dios y la punta de la espada.

Para nosotros no hay medio posible : ó se admite que los reyes sean á la vez reyes y pontífices, como sucedia en las naciones paganas y hoy sucede en los reinos mahometanos y aun en algunas repúblicas cristianas, ó si ha de haber dos poderes independientes, segun parecen exigir la letra y las mas ortodoxas interpretaciones del Evangelio, es necesario de toda necesidad que se establezca entre el sacerdocio y el imperio una completa separacion, poco menos que un abismo. La conciliacion de los dos poderes, esa pretendida armonia, por la que tanto han suspirado escritores de uno y otro bando, debemos decirlo y reconocerlo de una vez, esa conciliacion es imposible. Hace ya diez y seis siglos que están esos poderes organizados y situados frente á frente ; queremos que se nos señale un solo período histórico en que no se hayan amenazado ó no hayan estado en lucha. Lo han estado, lo están y lo estarán mientras existan ; y lo han estado, lo están y lo estarán, porque todo poder tiende, por ser tal, á la exclusion de todo otro poder ; á la soberanía universal, al puro absolutismo. El que lo dude y no sepa meditar abra la historia ; no se necesita mas para convencerse de una verdad que es ya á los ojos de todo pensador una verdad trivial por tan sabida.

MARIANA debió cuando menos haberse colocado en un terreno mas franco ; MARIANA debió haber dicho lo que tal vez y sin tal vez sentia : no, yo no pido una conciliacion, yo pido una absorcion del Estado por la Iglesia. Reconozco en esta mas acierto, mas fuerza moral, mas saber para gobernar los pueblos ; quiero la unidad del mundo católico ; sé que esta es dificilísima por la espada de los reyes, y no puedo dejar de confiar todo el poder social á los pontífices. Esto no hubiera gustado tanto ; pero tenia una defensa mas lógica, y no hubiera podido menos de proporcionarle, aun fuera de las puertas del templo y del convento, ardientes partidarios. Tal como ha desarrollado su teoria, habrá halagado á muchos ; pero de seguro que no habrá satisfecho á nadie. Para unos se habrá hecho sospechoso ; á los ojos de otros habrá parecido cobarde ; á nosotros, como llevamos dicho, se nos ha presentado con el velo de la hipocresia.

No podemos manifestar por el estado actual de las cosas públicas las ideas que sobre esta materia profesamos ; mas razonando sobre el principio de que sea necesaria la existencia de los dos poderes, no solo creemos inútil cuanto se haga para armonizarlos, creemos que la ciencia y la paz del mundo aconsejan que se abra entre los dos rivales un foso insuperable ; que no haya facultades en los reyes para intervenir en la eleccion de las dignidades eclesiásticas ; que no se permita á ningun individuo del clero tomar una parte activa en los negocios civiles de los pueblos ; que ni las decisiones de los pontífices necesiten del pase regio para adquirir fuerza de ley en las naciones, ni la de los reyes puedan ser atacadas por los jefes de la Iglesia ; que no sea posible mas que un concordato entre uno y otro poder, y este concordato se reduzca á impedir la guerra, á detener esas luchas con que durante tantos siglos han ensangrentado uno y otro las mieses de los campos y las aguas de los rios y los mares ; que haya efectivamente dos reinos en cada reino ; pero que entre las instituciones y poderes de uno y otro haya, si no ese foso de que poco ha hablabamos, una puerta de bronce donde se emboten las lanzas de los dos bandos enemigos.

Mas no debemos tratar de nuestras ideas, si de las de MARIANA. Expone en la segunda parte de su libro las relativas á la manera cómo debe ser educado un principe ; y á decir verdad, revela tambien en todas que aspira menos á formar un buen principe que un principe guerrero. Le hace estudiar latin, no con el objeto de que pueda leer las obras de los antiguos filósofos, sino con el de que pueda aprender en los historiadores la manera cómo subyugaron los cónsules y los césares el mundo ; le hace cultivar las matemáticas, no con el fin de que le sirvan de base para el conocimiento de las ciencias físicas, sino con el de que le enseñen á levantar campamentos y á

construir puentes sobre los rios y á disponer asaltos de ciudades y á levantar vastos y continuos proyectos de operaciones militares; le hace dedicarse á las artes de la elocuencia y la poesia, no para que conozca y saboree los encantos del lenguaje de la imaginacion y las pasiones, sino para facilitarle un arma con que logre encender en el alma de sus pueblos el amor á los campos de batalla. Hácese apenas cargo de lo que constituye la ciencia del gobierno, y encarece en cambio el estudio de la astronomía, en que ve un medio para que el príncipe, á fuerza de considerar la grandeza de la creacion, aprecie lo fútiles que son las conquistas de la tierra, y deponga así el orgullo que vayan despertando en él los majestuosos triunfos debidos á su espada. Temeroso de que el mucho saber no distraiga al rey de los graves negocios de la república, le quiere enciclopédico, no sabio, sin advertir que no es tanto de temer en el rey que profundice las ciencias como que profundice precisamente las mas ajenas á la administracion y á la política. Si MARIANA no se hubiera dejado llevar tanto de su equivocada idea de hacer un rey amante de la guerra, no solo no hubiera visto en el estudio detenido de estas ciencias un peligro, le hubiera considerado hasta necesario, y sobre todo, de inmensos resultados. El proyecto de aumentar incesantemente los tributos y el de alterar la ley de la moneda, que atribuyó á la mala fe de los cortesanos y á la ignorancia de los consejeros, hubiera visto entonces que debian ser atribuidos principalmente á la total carencia que de conocimientos económicos suelen tener los reyes, carencia sobre la cual no se le ocurrió siquiera escribir en su libro la mas pequeña queja. ¿Cómo él, que en tan alto grado los poseia y daba con tanto acierto en la verdadera causa de las enfermedades sociales, pudo llegar á olvidar que estas ciencias debian ser casi el único y exclusivo objeto del estudio de los príncipes? ¿Temia acaso que los reyes pudiesen llegar á emanciparse de tutores y á gobernarse por consejo propio?

Quería que los príncipes fuesen guerreros, y mas aun que guerreros religiosos. Deben procurar, decia, que sus leyes parezcan emanadas de la voluntad del cielo, y guardar para esto á los ojos de su propia conciencia y á los del pueblo respeto al sacerdocio y respeto á las prácticas sagradas. Han de poner todo lo que depende de la religion bajo su escudo, han de purgarla de toda herejia, han de impedir la entrada de todo otro culto en sus dominios. Han de considerar todo lo anejo á la casa del Señor como de Dios mismo, y no hacer uso de bienes ni riquezas consagradas á los templos, aun cuando parezcan legitimarlo grandes sucesos y extraordinarias circunstancias. Invocarán á Dios en la paz, invocarán á Dios en la guerra, lidiarán por Dios, y solo á Dios atribuirán sus triunfos. A Dios ofrecerán el botin de sus batallas, á solo Dios honrarán, como el rey Felipe, á cuya piedad debe el orbe cristiano su mas grandioso monumento.

Al llegar aquí acordábase MARIANA de su idea teocrática, y se esforzaba cuanto podia en hacer que el rey se redujese á ser un simple brazo del catolicismo. Se le acusará quizá de egoista é intolerante porque tendia á proscribir sin piedad toda religion que no fuera la cristiana; mas aunque no estamos de acuerdo con su proyecto de educacion tan excesivamente religioso, nos guardaremos bien de repetir una acusacion, que es por lo injusta insostenible. Profesamos el principio de la libertad de cultos; pero no desconocemos que conduce mas ó menos tarde á la destruccion de todo sistema religioso y al entronizamiento del racionalismo; y no podemos exigir de un hombre de las ideas y del siglo de MARIANA que trabajase por suicidarse y acelerar la caida de una religion en que creia hallar la fuerza suficiente para hacerse señora y árbitro del mundo. Hombres de ciencia, no podemos mentir ni aun para interesar en el triunfo de nuestras ideas á nuestros enemigos; y lo decimos francamente, el catolicismo no hace mas que cumplir con su deber procurando por cuantos medios están á su alcance el imperio exclusivo

de los pueblos que obedecen á la voz de Cristo. La Iglesia, si no quiere abrir con sus propias manos la fosa en que podrá ser enterrado su cadáver, ha de continuar, y no puede menos de seguir con su vituperada intolerancia. Se le pretende demostrar que la libertad de cultos la depuraria comunicándole mas robustez y vida; pero esto no es mas que un lazo tendido por escritores sin pudor, lazo en que, si no cae ella, no dejan de caer aun algunos de sus mas celosos partidarios. Uno de nuestros políticos contemporáneos decia un dia en el Parlamento que el gobierno es esencialmente de resistencia, que la revolucion se encarga de echar el resto para la marcha de la especie humana. Al oírle hasta sus mismos amigos condenaron una para ellos tan peregrina idea; mas ¿dejaba de estar en lo cierto? Para nosotros, y cuenta que nosotros profesamos ideas muy distintas de su señoría, quien se engañaba aquí no era el orador, eran si sus amigos. El gobierno debe resistir, la Iglesia debe resistir; tal es á nuestros ojos el papel que les está confiado por la fatalidad social, fatalidad que podemos denominar tambien con el nombre, para algunos mas consolador, de Providencia. En lo fisico, como en lo moral, de la resistencia y del choque debe resultar el equilibrio.

Donde emperó estuvo mas acertado MARIANA fué en las cuestiones económicas. Comprendió perfectamente de dónde proceden los gravísimos males que aquejan á los pueblos; atribuyó el origen de la propiedad á la tiranía, partió del principio que la comunidad habia sido el estado primitivo de la especie. Circunscribióse por de contado á hablar de la propiedad territorial, única combatible, no solo en su origen, sino en sus derechos señoriales y en sus funestos resultados; dejó á un lado é intacta la de los frutos del trabajo, legitimada y hasta exigida por la misma organizacion del hombre. La division de la tierra, y sobre todo la acumulacion de vastas haciendas en pocas manos, hé aquí, dijo, el motivo principal de los desórdenes sociales; si se distribuyese mas la propiedad, si se procurase templar así los males que habian de nacer forzosamente de romper una comunidad impuesta por la razon y la justicia, no veriamos como ahora crecer numerosas familias de pobres junto á los mismos palacios de los poderosos, en el mismo seno de la abundancia y la riqueza. Estos pobres lo son por un vicio de la sociedad, y deben ser socorridos por esta misma sociedad, cuya mala organizacion es la causa de su hambre y su miseria. La sociedad no ha sido creada solo para la defensa mutua de los que la componen, lo ha sido tambien para garantizar la existencia de todos y cada uno de sus individuos.

Estos principios, consignados de una manera enérgica en casi todos los libros de los santos padres, han sido repetidos con no menos dignidad y valor por nuestro publicista; mas desgraciadamente no ha sabido ó no se ha atrevido á deducir ni sus mas inmediatas y naturales consecuencias. Los ha repetido casi solo para probar de nuevo la necesidad de la caridad cristiana, sentimiento que en instantes dados puede producir efectos sorprendentes; pero que, como todo sentimiento, es incapaz de destruir nunca un mal ni de extirpar vicio alguno de nuestras sociedades. Obran en nosotros contra la fuerza de un sentimiento los cálculos egoistas de nuestra razon, la voz de nuestros intereses, y mas que todo aun las distintas pasiones que á cada impresion que recibimos nos agitan; la influencia de un sentimiento ha de ser necesariamente pasajera. Hace ya diez y nueve siglos que espiró el que vino á alumbrar con la llama de esa caridad nuestros tristes corazones; ¿en qué ha sido reformada esencialmente la sociedad de que formamos parte? La caridad es y ha de ser impotente para alejar males cuya causa, á pesar de la caridad, subsiste y obra.

Impídase la acumulacion de la propiedad, exclama por otra parte MARIANA; pero si la propiedad es ya injusta en su origen, ¿dejará despues de dividida de producir efectos subversivos?

¿Qué medios propone además para impedir una acumulacion que se ha formado á la sombra de las leyes? Ve sin cultivo campos inmensos de que es la aristocracia propietaria; ¿propone acaso que se los declare del Estado y se los devuelva á la comunidad de que fueron violentamente separados? No, dice, cultívelos el concejo á cuyo término pertenezcan, cubra con el precio de los productos los gastos de labranza, resérvese una cuarta parte de los beneficios, y restituya las otras tres al descuidado propietario. Vislumbra, al parecer, que solo el trabajo continuado puede legitimar la posesion del suelo; pero no sabiendo aun sobreponerse á la manera de pensar de su época, quiere que se pague á la propiedad un tributo que la propiedad ni se ha procurado ni ha exigido.

Aun esos medios que propone se puede asegurar que le son sugeridos mas por la vista de las dolencias de los pueblos que por la fuerza natural de sus principios. Ve á esos pueblos abrumados de tributos, considera que estos se han de hacer insoportables en un país falto de medios de comunicacion, y por consiguiente de relaciones comerciales; y solo por quererlos atenuar proyecta recursos que tal vez en su interior le repugnaban. Habló, sin embargo, MARIANA acerca de los impuestos generalmente con singular prudencia y tacto. Conoció la necesidad de no gravar los artículos de mas general consumo, y pidió la rebaja de los derechos que pesaban sobre ellos desde siglos; conoció que el impuesto solo siendo igual podia parecer justo y exigible, y pidió la anulacion de todo privilegio; conoció que las contribuciones deben ser lo menos gravosas posible, y pidió, no solo la supresion de todo destino inútil, sino el llamamiento á los altos puestos del Estado de los hombres que pudieran ocuparlos sin cobrar sueldo del erario. Participó tambien de preocupaciones, pero de preocupaciones perdonables en su siglo. El lujo, dijo, por ejemplo, debe pagar mayor tributo que los artículos comunes; las ricas telas venidas de otras naciones deben ser cargadas á la entrada con un impuesto bárbaro. MARIANA no habia aun podido considerar que un artículo no es generalmente de lujo sino cuando aparece nuevamente en el campo de la industria; que artículos con que ayer solo pudo engalanarse la frente de la orgullosa dama son hoy quizá el adorno de la mas humilde obrera; que gravar los artículos de lujo es por consiguiente impedir la universalizacion de los mismos y detener la marcha de las artes; que, gracias á esta idea, confirmada por una experiencia nunca interrumpida, si algunos artículos debieran ser privilegiados á los ojos del erario deberian serlo precisamente esos que condena á una situacion tan dura. MARIANA no habia aun podido considerar, por otra parte, que si esas ricas telas venidas de países extranjeros no tenian en España similares, sus enormes derechos de entrada no habian de ser satisfechos sino por los mismos españoles; que esos enormes derechos no eran por consecuencia mas que un nuevo tributo sobre el lujo, tributo que no habia de conducir sino á aumentar los malísimos efectos que acabamos de ir levantando con la punta de la pluma. Proponíase MARIANA con esta medida, segun confesion del mismo, atraer á España á los fabricantes extranjeros; mas sin advertir que ni los derechos habian de rebajar tanto el consumo, ni aun cuando lo rebajasen, podian aquellos industriales tejer con la misma baratura que en su patria, en un país donde faltaban, además de una infinidad de elementos, hábitos verdaderamente industriales. MARIANA no vió claro en este asunto, y se dejó arrastrar por preocupaciones vulgarísimas; mas ¿es tan de extrañar, cuando hoy, despues de tres siglos, hay aun economistas que incurren en los mismos errores y declaman tambien contra el lujo y contra los productos extranjeros?

Estuvo MARIANA en cambio irrefutable al hacerse cargo de si podia alterarse ó no el valor de la moneda. Debatió primero esta cuestion en uno de los capítulos del libro *De Rege* y posteriormente

en un tratado especial que escribió en latin y tradujo despues al castellano (1). Hizola, puede decirse, su caballo de batalla, llegando á tratarla con tan decidido empeño y singular vehemencia, que espantó á sus mismos enemigos. Alterar el valor de la moneda, dijo, no solo es injusto; no puede producir sino el caos social, es imposible. La moneda, añadió, tiene dos valores, uno intrínseco, el que tiene por la naturaleza de la materia de que está compuesta; otro legal, el que le da la acuñacion por derecho regio. ¿Puede el valor legal diferir mucho del intrínseco? El valor legal, si ha de procederse con equidad, no puede ser mas que el mismo valor intrínseco, mas los gastos de troquel y fábrica. Si es menos, pierde el erario; si mayor, hay un verdadero robo. No se puede calificar de otro modo el acto de vender lo que vale solo dos por cuatro. Ahora bien, ¿ignora el pueblo este crimen? Es imposible entonces la justicia en la venta, es imposible la legalidad en el cambio. ¿Tiene noticia de él? Retira el capitalista de la circulacion sus fondos y el comercio cesa; se espanta el simple vendedor y aumenta el precio de los artículos hasta cubrir la depreciacion de la moneda. Hay carestía, hay cesacion de trabajo, hay hambre, hay trastornos, hay desórden. La moneda vieja se esconde; la nueva, aunque con desconfianza, corre de mano en mano, principalmente entre los que han de vivir de la obra diaria de sus manos; y cuando ya arrepentido el rey trata de reparar el daño hecho restituyendo su valor antiguo á la moneda, ocurre una nueva revolucion, un nuevo desbarajuste de intereses sociales, viéndose condenado el mismo pueblo á corregir á costa de penosos sacrificios una falta de que ha sido y debido ser la primer víctima.

¡Qué exactitud hay aquí en las ideas! Qué bien descritos y detallados están aquí todos los efectos de una medida tan imprudente y opresora! El mas ilustrado economista de nuestro siglo no aprecia hoy mejor la cuestion; y los hay, de seguro, que ni sabrian exponerla con tanta precision ni resolverla con tanta claridad y tan buen juicio. El Estado, hay todavia quien dice hoy, refiriéndose á la cuestion de crédito, puede imponer la circulacion forzosa de la moneda de menos valor intrínseco y mas desprovista de garantia; con la circulacion forzosa se tiene siempre un medio para hacerse con recursos y prevenir, ó cuando menos, destruir los efectos de las grandes crisis. Mas ¿cómo? replica MARIANA; yo, tendero, no podré rechazar la moneda que me obliga á tomar el Estado; pero ¿quién me ha de impedir á mí proporcionar el valor de mis artículos al valor intrínseco de la moneda en que me los han de pagar los compradores? Esta ha sido, continúa MARIANA, la consecuencia de todas las alteraciones hechas hasta ahora en tan importante materia; y esta ha sido, añadimos nosotros, la suerte de los asignados franceses, y esta será la de todo papel que no sea pagadero al portador en dinero de buena ley, en dinero que no deba apreciarse en mucho mas de su valor intrínseco. No solo no es lícito, repetimos con MARIANA, es inútil, es inconducente alterar el valor de toda clase de moneda.

No fué de mucho tan feliz MARIANA en las pocas cuestiones administrativas que sujetó á su juicio. Reprobó con justicia la institucion de los burdeles públicos, quejóse no sin motivo de que las municipalidades acabasen de legitimar la prostitucion cobrándole, aunque indirectamente, un mas ó menos módico tributo; sentó con razon como principio que los gobiernos no deben autorizar nunca el vicio por mas que se sientan sin fuerzas para combatirlo; demostró de una manera indudable que los lupanares, léjos de atenuar el mal, lo fomentan y son un foco perenne de cor-

(1) Este tratado especial, que lleva por título en latin *Tractatus de monetæ mutatione*, y en castellano *De la alteracion de la moneda*, suscitó un proceso por el cual tuvo que sufrir MARIANA un año de reclusion en el convento de

San Francisco de Madrid. Ocasionóle gravísimos disgustos, hecho que no es de extrañar, atendida la libertad y el calor con que está escrito. Forma parte de esta coleccion.

ruplicion y de crímenes hediondos; mas ¿no es efectivamente de sentir que, apoyándose casi en las mismas razones, haya desplegado igual energia contra los espectáculos teatrales? Los espectáculos teatrales, dice, no sirven sino para encender la lujuria, alterar la pureza de las costumbres, afeminar los corazones, convertir en amores livianos el amor á la patria y á la gloria. Píntase en toda su desnudez el adulterio, ridiculizase con torpes sátiras la santidad del matrimonio, enséñase descaradamente el modo de vencer los obstáculos que opone á la satisfaccion de lúbricas pasiones el buen celo y decoro del tutor y el padre, muéstranse caminos por donde pueda abrirse brecha al pudoroso recato de la doncella y á la sencilla honradez de la mujer casada. Las afectadas gracias de las actrices, dotadas generalmente de hermosura, el encanto del lenguaje, la dulzura y buena armonía del verso, lo sonoro de la voz, lo bello de la decoracion y el traje, todo contribuye á hacer mas impresionables y de mas pernicioso efecto cabalmente esas escenas que ya por sí bastan á despertar el oído del espectador y á cautivar el alma del que mas preparado está contra tan bien dispuestas asechanzas. Sigase permitiendo estos espectáculos, y tendremos pronto convertida en una nacion de mujeres y rufianes la que ha sido cuna y campo de los mas grandes héroes. No en el teatro, sino en la arena de las naumaquias y los circos, han de consumir sus horas de pasatiempo y de recreo los valientes. Formáronse en el teatro los que dejaron caer el imperio bajo las frámeas de los bárbaros; no los que á fuerza de constancia y sacrificios supieron reponerse de las derrotas de Trasimeno y Canas. ¿Por qué, cuando tan malas costumbres adoptamos de los antiguos, no hemos de renovar sus ejercicios de carrera y lucha? Creo tan perjudiciales los teatros, que considero hasta como una mengua en los gobiernos fomentar su desarrollo. Prefiero cien veces á esas mal llamadas fiestas las de toros, donde cuando menos se embevece el ánimo de los que contemplan aquella no interrumpida serie de triunfos y peligros. Estas corridas, sobre ser mas adecuadas al carácter de la nacion, favorecen los belicosos instintos de la muchedumbre sin ser, si se quiere, necesaria en ellas la efusion de sangre.

¿Cabe ya mayor desacierto en su modo de razonar sobre una cuestion de tanta trascendencia? Solo su manía de hacer de la España una nacion conquistadora pudo llevarle á tal extremo. No se concibe de otro modo que un hombre como MARIANA haya podido condenar una institucion por abusos que solo merecian ser denunciados á fin de que viniese á corregirlos cuanto antes la mano del gobierno. ¿No ha de ejercitar, además, el hombre sino sus fuerzas físicas? No conviene que hasta en sus mismas diversiones pueda ejercitar las del espíritu? Los que habian de llevar entonces al campo de batalla los estandartes de la patria eran precisamente los que revolvan con el azadon la tierra y cortaban con la segur los árboles del bosque, los que dominaban el hierro sobre el yunque, los que movian á fuerza de remos las galeras, los que tejian recias estofas con la lana de nuestros célebres merinos, los que mas tenian en continua actividad los miembros de su cuerpo; ¿para qué despues de tan fatigosos trabajos debian entregarse á los ejercicios de la lucha? La ignorancia poco menos que brutal de nuestro pueblo ¿no habia de hallar en ninguna institucion un correctivo?

Mas no es justo ensañarse ni aun por tan lamentables errores contra un escritor como MARIANA. MARIANA con todos sus defectos es uno de los hombres mas notables de su siglo. No solo trató y resolvió con valor cuestiones erizadas de dificultades; las dilucidó con razones casi siempre sólidas, y sobre todo con una erudicion que no pocas veces nos sorprende. Habia leído, por lo que cabe inferir de sus escritos, las obras mas notables de los antiguos filósofos, conocia á fondo la historia sagrada y la profana, estaba enterado de todos los grandes sucesos político-económicos de su época, los habia estudiado en su desenvolvimiento y en su origen; y pudo así sazonar

hasta sus mas áridos tratados con abundancia de citas y ejemplos oportunos. La erudicion no era sino comun en los escritores de su tiempo ; mas , generalmente hablando , poco metodizada y menos digerida , se hacia de ordinario pesada y fastidiosa. Interrumpia á cada paso la marcha de una narracion ó de un razonamiento solo para tender á los ojos del lector sus mal guardadas galas ; era mas que un medio de prueba un vano adorno literario. En las obras de MARIANA no aparece casi nunca sino para confirmar una proposicion ó una serie de argumentos ; y se presenta casi siempre tan modesta como sóbria. Léjos de desviar la cuestion , la endereza y lleva por mejor camino ; léjos de romper , sirve de clave. No , no merece sino respeto nuestro publicista ; los errores que cometió , parte son debidos á su estado , parte al siglo , parte , como todos los de los que pretenden sondar los arcanos de la ciencia , á la naturaleza y condicion humanas. Hemos sido algunas veces severos ; mas no tanto con el ánimo de rebajar su valor como con el de llamar mas la atencion sobre asuntos de cuya resolucion dependen grandes intereses. No consideramos legítima la critica sino cuando lleva por objeto presentar con mas claridad y sobre todo con mas exactitud las cuestiones tocadas por el autor á quien se juzga ; llevados de esta idea , no solo hemos pretendido fijar las miradas del lector sobre ellas , hemos puesto , frente á frente de la opinion que hemos debido combatir , la nuestra : proceder que se nos achacará tal vez á orgullo , pero que creemos necesario.

III.

Mas ¿para qué tiempo , se nos preguntará quizás , os reservais emitir vuestro parecer sobre la *Historia general de España*? Ha dado lugar á juicios á cuál mas contradictorios ; ¿cuál es al fin el vuestro?

Cuando MARIANA empezó á escribir su *Historia*, á su vuelta del extranjero , era ya hombre maduro y tenia formuladas , si no en libros , en su entendimiento , casi todas las ideas que acabamos de examinar á la luz de la filosofia. Quiso *ensayarlas* como los metales , y las *ensayó* en la *historia* de su patria. Algunos , prescindiendo de este objeto , visible simplemente al leerla , la han censurado por hallarla sobrecargada de reflexiones ; mas sin advertir que este cúmulo de reflexiones era tan necesario para el autor como útil para el interés de la obra. El conjunto de estas reflexiones constituye en la *Historia general de España* todo el sistema filosófico-político de MARIANA ; de tal modo , que si se llegase á perder un día la memoria de los demás libros , bastaria recogerlas para que pudiésemos juzgarle con la misma latitud y conocimiento de causa con que lo llevamos hecho. Léase con detencion esta tan vituperada historia , y se verá si exageramos.

No ignoramos que entre tantas reflexiones muchas son vulgarísimas , y por lo mismo inoportunas ; mas son estas las menos , y aun cuando no lo fueran , se harian perdonables atendiendo al buen deseo que manifestó el autor de moralizar sobre la historia. Hace ya cerca de tres siglos que está escrita , y en este largo período ha tenido á lo menos por cada panegirista un enemigo ; su lenguaje ha ido cayendo en desuso , su método ha sido oscurecido por el de los brillantes autores modernos que se han propuesto explicar la historia del mundo con solo seguir en su desarrollo dos ó tres principios , sus anacronismos puestos en relieve por plumas españolas y extran-

geras, sus mas leves faltas denunciadas, su insuficiencia demostrada por obras posteriores, destinadas, al parecer, á reemplazarla: el libro sigue gozando, sin embargo, de una popularidad inmensa que permite repetir una tras otra las ediciones y agota hasta los ejemplares de excesivo coste. Figura en los estantes de los literatos y es aun obra de consulta. Recibe todavía homenajes hasta de los que mas reconocen sus defectos. ¿De qué puede depender esto sino de que el lector halla sin saberlo explicado en aquellas páginas, no solo la historia de su patria, sino las mas de sus creencias y una gran parte de las convicciones que han constituido hasta ahora su manera de juzgar acerca de la política que han seguido sus gobiernos? Ve, á la vuelta de una narracion tal vez desaliñada, censurados con severidad los actos de los reyes, reprobados con el sello de la maldicion de Dios los cortesanos que vendan los ojos de los príncipes para que no vean la miseria de sus pueblos, condenado todo robo hecho en nombre de la ley y la justicia, aplaudida la muerte á mano armada de un monarca cuya tiranía acaba de hacer estremecer sus carnes, vituperada la imposicion de un tributo innecesario, ensalzados los hechos de cuantos han dado al país dias de gloria, presentadas en toda su fealdad la hipocresía y la infamia, revelados con ira los manejos traidores de súbditos y reyes, señalada á cada momento la accion de una providencia que rige los destinos de las naciones y las conduce al bien por entre los mismos precipicios en que caen impulsadas por la fuerza de los sucesos, consignada con dignidad y nobleza la libertad que nos hace hombres y el derecho que tenemos de defenderla contra toda clase de invasiones, atribuidas á una desigualdad injusta las grandes calamidades sociales, demostrada la futilidad de las grandezas humanas, elevadas siempre las miradas á un Dios remunerador que cuenta una por una las lágrimas que vertemos y los suspiros que exhalamos; y no bien llega á una de estas observaciones, cuando se siente dispuesto, no ya simplemente á perdonar las incorrecciones del lenguaje y la afectacion del estilo y los vicios de la narracion y la monotonía é inverosimilitud de las arengas y las faltas históricas y las patrañas referidas con aire de verdades y los largos paréntesis y las sentencias pueriles de fin de cláusula, sino hasta á proseguir con brio y fe la lectura del hecho mas indiferente, la del capítulo que empezó tal vez con mas disgusto y repugnancia.

Las ideas filosóficas y políticas abundaban en MARIANA cuando acometió la vasta empresa de componer su obra; su audacia luego en traducirlas y aplicarlas, sus instintos de independencia, su afán por formar con ellas el ánimo del príncipe á quien dedicó su libro, todo le hizo dar mayor interés á muchas de sus páginas, escritas manifestamente con una valentía de que no son comunes los ejemplos.

Para nosotros pues la *Historia general de España* no es un libro despreciable, es un libro que tiene, como el que mas, su mérito. No merece el nombre de historia filosófica en el sentido que damos hoy á estas palabras; pero es indudablemente, si no el desarrollo, la aplicacion de un sistema bastante general, que el autor se ha encargado de explicar despues mas detenidamente en obras especiales. Confunde MARIANA bastante frecuentemente, por desgracia, con la verdad la fábula, y con la tradicion la historia; mas es preciso antes de censurarle tener tambien en cuenta su época. Hay tradiciones que venian tan acompañadas del favor de los cronistas, que era casi peligroso tocarlas en un tiempo en que los pueblos conservaban íntegra la fe de sus mayores; hay hechos que, á pesar de hacerse repugnantes á la razon, venian confirmados por documentos tan auténticos, que no solo hubiera sido peligroso negarlos, sino históricamente hasta imposible. La falta de MARIANA no está tanto en que haya prohibado fábulas como en que haya rechazado otras sin mas razon que por exigirlo así su simple buen sentido. Debía haberse trazado

de antemano reglas de criterio histórico, y juzgar por ellas de todos los sucesos; no lo hizo, procedió á capricho y ha dejado campo abierto á censuras agrias, pero justas.

Repréndese, además, á MARIANA porque apenas se ocupó sino en referir los hechos de los reyes. Nosotros le reprendemos tambien; pero haciéndonos cargo de que si es cierto que pudo hacer algo mas, no podia tanto como algunos creen. Una *Historia general de España* no es aun posible ni hoy en que tenemos algunos períodos tocados con singular detenimiento por escritores concienzudos, y disponemos de un sin número de datos, cuya existencia no pudo siquiera sospechar MARIANA. Una historia general como la exige la instrucción de un pueblo no se hace posible sino despues que han sido investigados y publicados los instrumentos históricos de todos los archivos; recogidos los hechos relativos á la vida particular de cada raza, de cada arte, de cada ciencia, de cada institucion social, de cada institucion política; examinado el origen y significacion de cada costumbre; buscada la mas recta interpretacion de cada tradicion y cada fábula; razonados y examinados bajo todos los puntos de vista posibles todos los sucesos. Una historia general no es la obra de uno ó mas hombres; es, como las grandes epopeyas y los grandes monumentos arquitectónicos, la obra de los siglos. ¿Qué materiales habia ni para empezar á construir el edificio en tiempo de MARIANA? ¿De qué podia este echar mano sino de viejas crónicas cuyos hechos no eran mas que los de los reyes y cuyas fechas no podian sino hundirle á cada paso en un abismo de contradicciones? El mismo MARIANA ha dicho que *no fué su ánimo escribir historia, sino poner en orden y estilo lo que otros habian recogido*; con hacer esto solo ¿no prestó acaso un servicio eminente á los que habian de ser sus sucesores? ¿Quién nos ha dicho, por otra parte, que al resolverse á esta confesion MARIANA no tocase esa misma imposibilidad que ahora tocamos? Creemos que al escribir no se propuso este objeto, que él mismo revela en unos puntos y contradice en otros; pero tenemos una seguridad casi completa de que faltó muy poco para que hiciera cuanto las circunstancias permitian.

Otro cargo se ha dirigido aun á MARIANA, que nos vemos en la precision de atenuar, á pesar de nuestra inclinacion á agravarlos cuando los consideramos justos. MARIANA, se ha dicho, es mas historiógrafo que historiador, es decir, hace mas de su historia una obra literaria que una obra verdaderamente histórica. Se detiene en la pintura de los caractéres, que exagera algunas veces segun costumbre de los poetas, pone en boca de sus principales personajes discursos en que trabaja por dejar ver sus dotes oratorias, sus rasgos de elocuencia. ¿Para qué sirve todo esto? Es, á no dudarlo, bastante fundado el cargo; mas ¿cómo no se advierte que en su tiempo no habia mas modelos históricos que las obras de los griegos y latinos, y estas participaron siempre mas del carácter de obras literarias que de obras rigurosamente históricas? ¿Algunas no tienen acaso un aspecto marcadamente poético? ¿No son las mas decididamente dramáticas, dejándose descubrir en muchas narraciones y descripciones el deseo que tuvo el autor de producir efecto?

Literariamente considerada la *Historia general de España*, deja ya menos lugar á la diversidad de pareceres. Su principal defecto de estilo es la falta de unidad; lo bien sostenida que está la gravedad propia de la historia, su principal belleza. No mienta el autor una ciudad antigua sin que, ya en la misma, ya en otra cláusula, indique su situacion y su etimología y hasta se detenga en examinar las opiniones emitidas sobre aquel asunto; no narra un hecho que no lo recargue bien de incidentes, que solo sirven para oscurecerlo, bien de sentencias muchas veces frívolas, que, léjos de encarecer su importancia, la atenúan. Encabalga á menudo de una manera lastimosa hasta los mas discordes pensamientos, introduce en sus mas cortos períodos larguís-

mos paréntesis que no siempre están unidos lógicamente ni gramaticalmente á la idea dominante. Recorre por medio de conjunciones y relativos todo lo que va despertando en él la asociación de ideas, llega con frecuencia á hacer perder la memoria de lo que se ha propuesto referir á fuerza de acumular mas ó menos interesantes accesorios. Cambia cien veces de sugeto en una cláusula, aun cuando no lo exijan lo rápido de la narracion ni la naturaleza especial del argumento, sucediendo no pocas que deba dudar el mas avisado lector de á quién puede referirse lo que va leyendo.

Produce, como es natural, esta falta de unidad, en ninguna parte menos perdonable que en una obra histórica, cierta confusión, aumentada desgraciadamente por la demasiada libertad sintáctica que se ha tomado el autor, gracias á no haberse hecho debidamente cargo de lo diversa que es la índole de la lengua castellana con respecto á la latina, por mas que de esta y sobre esta se haya aquella derivado y constituido. Emplea los relativos á larga distancia de sus antecedentes, sin tomarse siquiera el trabajo de determinar por medio de artículos la vaguedad que ha de resultar forzosamente de una práctica para nosotros tan inusitada como inaceptable; intercala entre casos regidos y regentes palabras cuya identidad de género con las mas próximas acaba de oscurecer el sentido de todo un pensamiento; violenta de un modo extraño la construcción, ya para imitar un giro de Tácito, ó poner como todo escritor latino el verbo al fin del periodo, ó cuando menos al fin de alguno de sus miembros. Las lenguas, como todos los instrumentos de que se sirve el hombre para traducir sus conceptos, tienen una flexibilidad determinada; quererlas doblar mas de lo que esta permite es destrozarlas, como hubiera hecho indudablemente MARIANA, si conociéndola á fondo no hubiera procurado con bellezas aun mayores que sus defectos subsanar la falta.

Agrégase aun á esto para que llegue la confusión al colmo el uso de voces anticuadas ya en su tiempo, uso que en MARIANA degeneró en abuso, como ha sucedido entre nosotros en escritores como Martínez de la Rosa y el conde de Toreno. ¿De qué puede servir tanto arcaísmo? ¿Se ha de condenar acaso al lector á que no empiece la lectura de una obra sin armarse antes de su diccionario? Las voces anticuadas, no solo hacen el estilo oscuro, producen el mismo mal efecto que los anacronismos que observamos, ya en los trajes de los actores, ya en las decoraciones de los teatros.

Es, por otra parte, el padre JUAN DE MARIANA bastante áspero y duro; en los símiles y en las alegorías feliz, pero monótono; en el lenguaje algo incorrecto; demasiado vulgar en algunos pasajes, si bien en otros, y son los mas, majestuoso y noble; brusco en las transiciones; unas veces sobradamente conciso, y otras por demás prolijo. ¿Quién empero mas culto en cambio que él ni mas castizo? Quién mas vigoroso en diseñar el carácter de los que han influido directamente en la marcha de los negocios públicos? Quién mas elocuente al poner en boca de los vencidos palabras, si por una parte llenas de sumisión, llenas por otra de dignidad y de grandeza? Quién mas afortunado en sostener la gravedad histórica privándose de los recursos de la imaginación que tanto contribuyen á dar belleza y variedad al estilo? Quién mas diestro en traducir con las menos palabras posibles los mas profundos pensamientos? Quién mas oportuno en la aplicación de los epítetos cuando los usa solos y con el exclusivo objeto de caracterizar un individuo? Sus arengas son poco variadas y parecen no pocas veces forjadas en un mismo molde; pero son, á no dudarlo, los mas bellos modelos de lenguaje y de estilo que se pueden entresacar de la *Historia general de España*. Hay en ellas nervio, espíritu, precisión, soltura. Los paralelos suelen ser tambien enérgicos y están llenos de concisión y brio; la degeneración de ciertas familias, la condición de ciertos reyes, pintados con valentía y con destreza.

Podríamos citar, en comprobacion de tantas bellezas y defectos, abundantísimos ejemplos, pero los omitimos, ya porque fácilmente ha de dar con ellos todo lector capaz de apreciar las buenas y malas dotes literarias, ya porque profesamos hasta aversion al estudio demasiado nimio de las formas.

Deseamos además concluir, deseamos dejar caer de nuevo la losa sobre la tumba de MARIANA. Otros se hubieran detenido en referir los sucesos de su vida pintando con brillante estilo, ya sus triunfos como profesor, ya sus vicisitudes como escritor, ya sus trabajos como examinador sinodal, como consultor del Santo Oficio y como consultor del arzobispo de Toledo; nosotros hemos abierto con respeto su sepulcro solo para sorprender las ideas filosóficas y políticas que debieron agitar su grave y espaciosa frente. Satisfecho nuestro objeto, la pluma se nos cae de la mano, y no podemos ya sin violentarnos sostenerla por mas tiempo (1).

F. P. Y M.

(1) Hay obras de MARIANA de que no hemos hecho mencion; mas nos reservamos dar al fin de esta coleccion un catálogo completo de las que de él se conservan, catálogo en que continuaremos un ligero resumen de las materias de que traten y un corto juicio crítico que dé á conocer el

valor é importancia de cada una. Están las mas en latin, y por esto no pueden todas formar parte de esta *Biblioteca de Autores Españoles*, en la cual, sin embargo, vamos á publicar traducida, por ser obra de grandísima importancia, la *De Rege et regis institutione*.

PROLOGO DEL AUTOR.

AL REY CATÓLICO DE LAS ESPAÑAS DON FILIPE, TERCERO DESTE NOMBRE, NUESTRO SEÑOR.

Los años pasados, muy poderoso Señor, publiqué la *Historia general de España*, que compuse en latin, debajo del real nombre y amparo de vuestro padre el Rey, nuestro señor, de gloriosa memoria. Al presente me atrevo á ofrecer la misma puesta en lenguaje castellano. Como una joya podrá ser de alguna estima para el reinado dichoso y para la corona de vuestra majestad; servicio, segun yo pienso, agradable á vuestra benignidad por la grandeza de la empresa y por el deseo que tengo de aprovechar y servir. Lo que me movió á escribir la historia latina fué la falta que della tenia nuestra España (menga sin duda notable), mas abundante en hazañas que en escritores, en especial deste jaez. Juntamente me convidó á tomar la pluma el deseo que conocí los años que peregriné fuera de España, en las naciones extrañas, de entender las cosas de la nuestra; los principios y medios por donde se encaminó á la grandeza que hoy tiene. Volví en romance, muy fuera de lo que al principio pensé, por la instancia continua que de diversas partes me hicieron sobre ello y por el poco conocimiento que de ordinario hoy tienen en España de la lengua latina aun los que en otras ciencias y profesiones se aventajan. Mas ¿qué maravilla, pues ninguno por este camino se adelanta, ningun premio hay en el reino para estas letras, ninguna honra, que es la madre de las artes? Que pocos estudian solamente por saber. Además del recelo que tenia no la tradujese alguno poco acertadamente, cosa que me lastimara forzosamente y de que muchos me amenazaban. En todo el discurso se tuvo gran cuenta con la verdad, que es la primera ley de la historia. Los tiempos van averiguados con mucho cuidado y puntualidad. Los años de los moros ajustados con los de Cristo, en que nuestros coronistas todos faltaron. A las ciudades, montes, rios y otros lugares señalamos los nombres que tuvieron antiguamente en tiempo de romanos. Finalmente, no nos contentamos con relatar los hechos de un reino solo, sino los de todas las partes de España, mas largo ó mas breve, segun que las memorias hallamos; ni solo referimos las cosas seglares de los reyes, sino que tocamos asimismo las eclesiásticas que pertenecen á la religion; todo con mucha precision para que la balumba de historia tan larga y tan varia, á ejemplo de las otras naciones, saliese tolerable. Si bien en los hechos mas señalados y batallas nos extendemos á las veces algo mas, no de otra manera que los grandes rios por las hoces van cogidos y por las vegas salen, cuando se hinchan con sus crecientes, de madre. En la traduccion no procedí como intérprete, sino como autor, hasta trocar algun apellido, y tal vez mudar opinion, que se tendrá por la nuestra la que en esta quinta impresion se hallare; ni me até á las palabras ni á las cláusulas; quité y puse con libertad, segun me pareció mas acertado, que unas cosas son á propósito para gente docta, y otras para la vulgar. Darán gusto á los de nuestra nacion á veces las de que los extranjeros harian poco caso. Cada ralea de gente tiene sus gustos, sus aficiones y sus juicios. En dar el don á particulares voy considerado y escaso, como lo fueron nuestros antepasados. Quien hallare alguno que le toque ó se le deba sin él, póngasele en su libro, que nadie le irá á la mano. Algunos vocablos antiguos se pegaron de las corónicas de Es-

paña de que usamos, por ser mas significativos y propios, por variar el lenguaje y por lo que en razon de estilo escriben Ciceron y Quintiliano. Esto por los romancistas. El principio de esta historia se toma desde la poblacion de España; continuáse hasta la muerte del rey don Fernando el Católico, tercero abuelo de vuestra majestad. No me atreví á pasar mas adelante y relatar las cosas mas modernas por no lastimar á algunos si se decia la verdad, ni faltar al deber si la disimulaba. Del fruto desta obra depondrán otros mas avisados. Por lo menos el tiempo, como juez y testigo abonado y sin tacha, aclarará la verdad, pasada la aficion de unos, la envidia de otros y sus calumnias sin propósito y su ignorancia. El trabajo puedo yo testificar ha sido grande, la empresa sobre mis fuerzas, bien lo entiendo; mas ¿quién las tiene bastantes para salir con esta demanda? Muchos siglos, por ventura, se pasaran como antes si todo se cautelara. Confio que si bien hay faltas, y yo lo confieso, la grandeza de España conservará esta obra; que á las veces hace estimar y durable la escritura el sugeto de que trata. La historia en particular suele triunfar del tiempo, que acaba todas las demás memorias y grandezas. De los edificios soberbios, de las estatuas y trofeos de Ciro, de Alejandro, de César, de sus riquezas y poder, ¿qué ha quedado? Qué rastro del templo de Salomon, de Jerusalem, de sus torres y baluartes? La vejez lo consumió, y el que hace las cosas las deshace. El sol que produce á la mañana las flores del campo, el mismo las marchita á la tarde. Las historias solas se conservan, y por ellas la memoria de personajes y de cosas tan grandes. Lo mismo quiero pensar será desta historia. ¿Quién quita que yo no favorezca mi esperanza, si ya no se despierta por nuestro ejemplo alguno que con pluma mas delgada se nos adelante en escribir las grandezas de España, y con la luz de su estilo y erudicion escurezca nuestro trabajo? Daño que por el bien comun llevarémos con facilidad, y mas aína lo deseamos que muchos entren en la liza y hagan en ella prueba de sus ingenios y de su erudicion. Que con algunos de nuestros coronistas ni en la traza ni en el lenguaje no deseo que me compare nadie; bien que de sus trabajos nos hemos aprovechado, y aun por seguillos habrémos alguna vez tropezado, yerro digno de perdon por hollar en las pisadas de los que nos iban delante. No quiero alabar mi mercadería ni pretendo galardón alguno de los hombres, que no se podrá igualar al trabajo como quier que la empresa suceda, dado que los gastos han sido grandes y la hacienda ninguna por la vida que profesamos, y que las corónicas de los reinos están por cuenta de los reyes y á su cargo. Solo suplico humildemente reciba vuestra majestad este trabajo en agradable servicio, que será remuneracion muy colmada si, como vuestra majestad ha ocupado algunos ratos en la leccion de mi historia latina, ahora que el lenguaje es mas llano y la traza mas apacible la leyere mas de ordinario. Ninguno se atreve á decir á los reyes la verdad; todos ponen la mira en sus particulares: miseria grande, y que de ninguna cosa se padece mayor mengua en las casas reales. Aquí la hallará vuestra majestad por sí mismo: reprehendidas en otros las tachas, que todos los hombres las tienen; alabadas las virtudes en los antepasados; avisos y ejemplos para los casos particulares que se pueden ofrecer, que los tiempos pasados y los presentes semejables son, y como dice la Escritura, lo que fuere eso será. Por las mismas pisadas y huella se encaminan, ya los alegres, ya los tristes remates; y no hay cosa mas segura que poner los ojos en Dios y en lo bueno y recatarse de los inconvenientes en que los antiguos tropezaron, y á guisa de buen piloto tener todas las rocas ciegas y los bajíos peligrosos de un piélago tan grande como es el gobierno y mas de tantos reinos en la carta de marear bien demarcados. El año pasado presenté á vuestra majestad un libro que compuse de las virtudes que debe tener un buen rey, que deseo lean y entiendan los príncipes con cuidado. Lo que en él se trata especulativamente, los preceptos, avisos y las reglas de la vida real, aquí se ven puestas en práctica y con sus vivos colores esmaltadas. No me quiero alargar mas. Dios, nuestro Señor, dé su luz á vuestra majestad para que, conforme á los principios de su bienaventurado reinado, se adelante en todo género de virtudes y felicidad como todos esperamos, y para alcanzallo no cesamos de ofrecer á su majestad y á sus santos continuamente nuestros votos y plegarias.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

De la venida de Tubal y de la fertilidad de España.

TUBAL, hijo de Jafet, fué el primer hombre que vino á España. Así lo sienten y testifican autores muy graves, que en esta parte del mundo pobló en diversos lugares, poseyó y gobernó á España con imperio templado y justo. La ocasion de su venida fué en esta manera. El año que despues del diluvio general de la tierra, conforme á la razon de los tiempos mas acertada, se contaba 131, los descendientes de Adan, nuestro primero padre, se esparcieron y derramaron por toda la redondez de la tierra y por todas las provincias: merced del atrevimiento con que por consejo y mandado del valiente caudillo Nembrod acometieron á levantar la famosa torre de Babilonia, y castigo muy justo del desprecio de Dios. Confundióse el lenguaje comun de que antes todos usaban de manera tal, que no podian contratar unos con otros ni entenderse lo que hablaban; por donde fué cosa forzosa que se apartasen y se derramasen por diversas partes. Repartióse pues el mundo entre los tres hijos de Noé desta suerte: á Sem cupo toda el Asia allende el rio Eufrates hácia el oriente con la Suria, donde está la Tierra-Santa. Los descendientes de Cam poseyeron á Babilonia, las Arabias y á Egipto con toda la Africa. A la familia y descendencia de Jafet, hijo tercero del gran Noé, dieron la parte de Asia que mira al septentrion, desde los famosos montes Tauro y Amanó, demás desto toda la Europa. Hecha la particion en esta forma, los demás hijos de Jafet asentaron en otras provincias y partes del mundo; pero Tubal, que fué su quinto hijo, enviado á lo postrero de las tierras donde el sol se pone, conviene á saber, á España, fundó en ella dichosamente y para siempre en aquel principio del mundo, grosero y sin policia, no sin providencia y favor del cielo, la gente española y su valeroso imperio. De donde en todos los tiempos y siglos han salido varones excelentes y famosos en guerra y en paz, y ella ha siempre gozado de abundancia de todos los bienes, sin faltar copiosa materia para despertar á los buenos ingenios, y por la grandeza y diversidad de las cosas que en España han sucedido, convidalles á

tomar la pluma, emplear y ejercitar en este campo su elocuencia. Verdad es que siempre ha tenido falta de escritores, los cuales con su estilo ilustrasen la grandeza de sus hechos y proezas. Esta falta á algunos dió atrevimiento de escribir y publicar patrañas en esta parte y fábulas de poetas mas que verdaderas historias; y á mí despertó para que con el pequeño ingenio y erudicion que alcanzo, acometiese á escribir esta historia, mas áína con intento de volver por la verdad y defendella que con pretension de honra ó esperanza de alguo premio; el cual, ni lo pretendo de los hombres, ni se puede igualar al trabajo desta empresa, de cualquiera manera que ella suceda. Conforme á esta traza, será bien que, en primer lugar, se pongan y relaten algunas cosas, así de la naturaleza y propiedades desta tierra de España y de su asiento como de las lenguas antiguas y costumbres de los moradores della. La tierra y provincia de España, como quier que se pueda comparar con las mejores del mundo universo, á ninguna reconoce ventaja, ni en el saludable cielo de que goza, ni en la abundancia de toda suerte de frutos y mantenimientos que produce, ni en copia de metales, oro, plata y piedras preciosas, de que toda ella está llena. No es como Africa, que se abrasa con la violencia del sol, ni á la manera de Francia es trabajada de vientos, heladas, humedad del aire y de la tierra; antes por estar asentada en medio de las dos dichas provincias, goza de mucha templanza; y así bien el calor del verano como las lluvias y heladas del invierno muchas veces la sazonan y engrasan en tanto grado, que de España, no solo los naturales se proveen de las cosas necesarias á la vida, sino que aun á las naciones extranjeras y distantes, y á la misma Italia cabe parte de sus bienes y la provee de abundancia de muchas cosas; porque á la verdad produce todas aquellas á las cuales da estima, ó la necesidad de la vida, ó la ambicion, pompa y vanidad del ingenio humano. Los frutos de los árboles son grandemente suaves; la nobleza de las viñas y del vino, excelente; hay abundancia de pan, miel, aceite, ganados, azúcares, seda, lanas sin número y sin cuento. Tiene minas de oro y de plata; hay venas de hierro donde quiera, piedras trasparentes y á manera

de espejos, y no faltan canteras de mármol de todas suertes, con maravillosa variedad de colores, con que parece quiso jugar y aun deleitar los ojos la naturaleza. No hay tierra mas abundante de bermellon; en particular en el Almaden se saca mucho y bueno, pueblo al cual los antiguos llamaron Sisapone, y le pusieron en los pueblos que llamaron oretanos. El terreno tiene varias propiedades y naturaleza diferente. En parte se dan los árboles, en partes hay campos y montes pelados; por lo mas ordinario pocas fuentes y ríos; el suelo es recio y que suele dar veinte y treinta por uno cuando los años acuden; algunas veces pasa de ochenta, pero esto es cosa muy rara. En grande parte de España se ven lugares y montes pelados, secos y sin frutos, peñascos escabrosos y riscos, lo que es alguna fealdad. Principalmente la parte que de ella cae hácia el septentrion tiene esta falta, que las tierras que miran al mediodía son dotadas de excelente fertilidad y hermosura. Los lugares marítimos tienen abundancia de pesca, de que padecen falta los que están la tierra mas adentro, por caerlas el mar léjos, tener España pocos rios, y lagos no muchos. Sin embargo, ninguna parte hay en ella ociosa ni estéril del todo. Donde no se coge pan ni otros frutos, allí nace yerba para el ganado y copia de esparto á propósito para hacer sogas, gomeñas y maromas para los navios, pleita para esteras y para otros servicios y usos de la vida humana. La ligereza de los caballos es tal, que por esta causa las naciones extranjeras creyeron y los escritores antiguos dijeron que se engendraban del viento; que fué mentir con alguna probabilidad y apariencia de verdad. En conclusion, aun el mismo Plinio, al fin de su *Historia natural*, testifica que por todas las partes cercanas del mar España es la mejor y mas fértil de todas las naciones, sacada Italia; á la cual misma hace ventaja en la alegría del cielo y en el aire que goza, de ordinario templado y muy saludable. Y si de verano no padeciese algunas veces falta de agua y sequedad, haria sin duda ventaja á todas las provincias de Europa y de Africa en todas las cosas necesarias al sustento y arreo de la vida. Demás que en este tiempo, por el trato y navegacion de las Indias, donde han á levante y á poniente en nuestra edad y en la de nuestros abuelos penetrado las armas españolas con virtud invencible, es nuestra España en toda suerte de riquezas y mercaderías dichosa y abundante, y tiene sin falta el primer lugar y el principado entre todas las provincias. De allí, con las flotas que cada año van y vienen y con el favor del cielo, se ha traído tanto oro y plata y piedras preciosas y otras riquezas para particulares y para reyes, que si se dijese y sumase lo que ha sido, se tendria por mentira; lo cual todo, demás del interés, redundá en grande honra y gloria de nuestra nacion; y dél resulta no menos provecho á las extranjeras, á las cuales cabe buena parte de nuestras riquezas, de nuestra abundancia y bienes.

CAPITULO II.

Del asiento y circunferencia de España.

La postrera de las tierras hácia donde el sol se pone es nuestra España. Parte término con Francia por los montes Pirineos, y con Africa por el angosto estrecho de Gibraltar; tiene figura y semejanza de un cuero de

buey tendido, que así la comparan los geógrafos, y está rodeada por todas partes y ceñida del mar, sino es por la que tiene por aldeaño á los Pirineos, cuyas cordilleras corren del uno al otro mar, y se rematan en dos cabos ó promontorios: el uno sobre el Océano, que se llama Olarso, cerca de Fuenterabía; el otro cae hácia el Mediterráneo, y antiguamente se llamó promontorio de Vénus, de un templo que allí á esta diosa dedicaron; ahora, mudada la religion gentílica y dejada, se llama cabo de Cruces. Desde este cabo, donde se remata la Gallia que antiguamente se decia Narbonense, hasta lo postrero del estrecho de Gibraltar, se extiende y corre con riberas muy largas entre mediodía y poniente el uno de los cuatro lados de España, el cual va bañado con las aguas del mar Mediterráneo. Su longitud es de docientas y setenta leguas, lo cual se entien- de discurriendo por la costa; porque si nos apartamos hácia la tierra ó hácia la mar, de las riberas y promontorios y ensenadas que hace, menor será la distancia; y advierto que cada legua española tiene como cuatro millas de las de Italia. En este lado de España está Colibre, ciudad antigua de la Gallia, al presente mas conocida por su antigüedad y comodidad del puerto que tiene que por la muchedumbre de vecinos, que son pocos, ni arreo de sus moradores, que todo es pobreza. Pasado el cabo de Vénus ó de Cruces, que está cerca de Colibre, síguense dos promontorios ó cabos, dichos antiguamente el uno Lunario, el otro Ferraria ó Tenebrio, que están distantes casi igualmente de la una y de la otra parte de la boca del rio Ebro; en el cual espacio y distancia se ve la boca del rio Lobregat, por donde descarga sus aguas, que siempre lleva rojas, en la mar; y así, los antiguos le llamaron Rubricato, que es lo mismo que rojo. Están tambien en aquel lado las ciudades de Barcelona, Tarragona, Tortosa, Monviedro, que fué antiguamente la famosa ciudad de Sagunto (los godos por sus ruinas le llamaron *Murvetrum*, muro viejo), bien conocida por su lealtad que guardó con los romanos y por su destruicion y ruina. Despues de Sagunto se siguen Valencia, la boca del rio Júcar y Denia, el cabo de Gatas, dicho así por las muchas piedras ágatas que allí se hallan. Los griegos antiguamente le llamaron Caridemo, que es tanto como gracioso, por tener entendido que las dichas piedras tenían virtud para ganar la gracia de los hombres y hacer amigos. Mas adelante en el mismo lado se ve Almería, la cual se fundó, segun algunos lo creen, de las ruinas de Abdera; otros sienten ser la antigua Urçi, situada en los Bastetanos, que es la comarca de Baza. Despues está Málaga, y finalmente, á la boca del Estrecho, Heraclea ó Calpe, dicha así antiguamente del monte Calpe, donde está asentada y puesta; la cual hoy se dice Gibraltar. Luego se sigue Tarteso ó, como vulgarmente la llamamos, Tarifa, de donde todo el Estrecho antiguamente se llamó Tartesiaco, si ya los nombres de Tartesio y Tartesiaco no se derivan y tomaron de Tarsis, que así se dijo antiguamente Cartago ó Túnez; y pudo ser que se mudasen los nombres á estos lugares por el mucho trato que aquella gente de Africa tuvo en aquellas partes. El mismo Estrecho se llamó Hércúleo, á causa de Hércules, el cual, venido en España, y hechos á manos con grandes materiales y muelles los montes dichos Caspe y Avila de la una y otra parte del Estrecho, que son las

columnas de Hércules, se dice quiso cerrar y cegar aquellas estrechuras, cuya longitud es de quince millas, la anchura por donde mas se estrecha el mar apenas es de siete, conforme á lo que Solino escribe; dado que hoy mas de doce millas tiene de anchura por la parte mas estrecha, la longitud pasa de treinta. El mismo Estrecho se llamó Gaditano, de Cádiz, en latin *Gadeis*, que es una isla á la salida del Estrecho, que está y se ve á la mano derecha en el Océano. Tomó aquel nombre de una dición cartaginés que significa vallado, como tambien en hebreo lo significa esta palabra *gheder*, por ser Cádiz como valladar de España contrapuesto y que hace rostro á las hinchadas olas del mar Océano. Estaba esta isla antiguamente apartada setecientos pasos de las riberas de España, y bojaba docientas millas en circuito; al presente apenas tiene tres leguas de largo, que son doce millas, y della por una puente se pasa á la tierra firme: tan cerca le cae. Así se mudan y se truecan las cosas con el tiempo, que todo lo altera. Desde lo postrero del Estrecho hasta el promontorio Nerio, hoy llamado cabo de Finisterre, cuentan los que navegan docientas veinte y seis leguas, porque el cabo de San Vicente, que se decia promontorio Sagrado, el cual está contrapuesto y enfrente de los Pirineos, que es la mayor distancia y longitud que hay en España, y que corre y se mete muy adentro en el mar, hace las vueltas de las riberas algo mas largas que si por camino derecho se anduviese. En estas riberas del Océano están asentadas primero Sevilla junto á Guadalquivir, y despues por la parte que el rio Tajo se descarga y entra en el mar la ciudad de Lisboa, las cuales en grandeza, número de moradores y contratación compiten con las primeras y mas principales de Europa. Está cerca de Lisboa el promontorio Artabro, desde donde el Océano, que á mano siniestra se llamaba Atlántico, comienza á la derecha á llamarse Gállico ó Gallego, como; segun yo creo, en el mar Mediterráneo los nombres de Balearico y Ibérico que tiene se distinguen por el rio Ebro, abdaño del un mar y del otro. El lado tercero de España, que corre entre los vientos cierto y cauro ó gallego, extiende por espacio de ciento y treinta y cuatro leguas sus riberas, no iguales y derechas, como lo sintió Pomponio Mela, antes hacen no menos senos y calas, ni son menos desiguales que los demás costados desta provincia. Los puertos mas principales que en aquella parte caen son el de la Coruña, que se decia Brigantino, el de Laredo y el de Santander. Por ventura se podria decir que la forma antigua de las marinas de España, así bien como en las demás provincias, se ha mudado, en parte por comer el mar las riberas, y en parte por diversas ocasiones y montes que se han levantado de nuevo donde no los habia, que desacreditan las antiguas descripciones de la tierra, y no dan poco en qué entender á los que de nuevo escriben; que tal es la inconstancia de la naturaleza y de las cosas que en la tierra hay. La longitud de los Pirineos, que es el cuarto lado de España; doblando algun tanto hácia ella, se extiende con sus cordilleras muy altas, y corre entre septentrion y levante desde el mar Océano hasta el Mediterráneo por espacio de ochenta leguas. Justino pone seiscientas millas, en que sin duda los números, por la injuria del tiempo en esta parte, están mudados. Desde el muy alto monte de Cantabria, llama-

mado San Adrian, los que allí pasan dicen que se ve el uno y el otro mar, si ya el engaño y apariencia no hace tomar lo que parece por verdadero, y afirmar por cierto lo que á los ojos se les antoja de los que por allí pasan.

CAPITULO III.

De los montes y rios principales de España.

Entre Vizcaya y Navarra, desde Roncesvalles, lugar bien conocido por la matanza y destrozó que allí se hizo de la nobleza de Francia cuando Carlomagno quiso por fuerza de armas entrar en España, cierto ramo de montes que nace y se desgaja de los Pirineos y se endereza al poniente, deja á la diestra los Cántabros y las Astúrias, y mas adelante corta y parte por medio la provincia de Galicia, donde hace el cabo de Finisterre en lo último de España, que corre y se mete mucho en la mar. Distínguense por este monte en España los ultramontanos de los citramontanos, ó como el vulgo habla, los montañeses de aquende y de allende. Destos montes hácia la parte de mediodía el monte Idubeda, llamado así de los antiguos, se desgaja. Tiene su principio cerca de las fuentes de Ebro, que están sobre los Pelendones, pueblos antiguos de España; por mejor decir, nace en las vertientes de Astúrias, donde está un pueblo, por nombre Fontibre, que es lo mismo que Fuentes de Ebro. Al presente este monte Idubeda se llama montes de Oca, del nombre de una ciudad antigua llamada Auca, cuyos rastros se muestran cerca de Villafranca, cinco leguas sobre Búrgos. Y pasando el dicho monte por Brihesca y por los arevacos, donde se empinan las cumbres del monte Orbion, no léjos de Moncayo, discurre entre Calatayud y Daroca hasta tanto que se remata en el mar Mediterráneo cerca de Tortosa; de la cual ciudad toman hoy apellido las postreras partes de este monte, que son y se llaman los montes de Tortosa. Este monte Idubeda hace que el rio Ebro no corra hácia poniente, como los otros rios mas nombrados y mas famosos de España; antes á la parte de mediodía por dos bocas entra y se descarga en el mar Mediterráneo. Del monte Idubeda toma principio el monte Orospeña, que al principio se alza tan poco á poco, que apenas se echa de ver, pero empinándose despues y discurriendo mas adelante, hace y deja formados, primero los montes de Molina, despues los de Cuenca, donde á mano izquierda nace y tiene sus fuentes Júcar, y á la derecha Tajo, rios bien conocidos. Desde allí forma los montes de Consuegra, cerca de la cual en los campos laminitanos, hoy campo de Montiel, brotan las fuentes y los ojos de Guadiana. Pasa desde allí á Alcaráz y Segura, donde hácia partes diferentes y hácia diversos mares nacen dél y corren los dos rios, el de Segura, que se dijo antiguamente Tuder, y el de Guadalquivir en el bosque Tijense, no léjos del lugar de Cazorla, distante de las fuentes de Guadiana por mas de veinte y cinco leguas. Desde Cazorla este monte Orospeña se parte en dos brazos, de los cuales uno enfrente de Murcia se remata en el mar cabe Muxacra ó Murgis, á manderecha del cual caen los Bastetanos, dichos así de la ciudad Basta, que es hoy Baza, y á la siniestra los contestanos, pueblos y gentes antiguas de España, cuya cabecera hoy es Murcia. La otra parte se extiende hácia Málaga, y juntándose con los montes de Granada, pasa mas ade-

lante de Gibraltar y de Tarifa con tanto denuedo, que parece, pasado el mar y cegado el Estrecho, pretende diversas veces y por diferentes partes abrazarse y juntarse con Africa. De Oropeda, cerca de Alcaráz, proceden los montes Marianos, vulgarmente dichos Sierramorena, cuyas raíces casi siempre hasta el mar Océano baña el rio Guadalquivir, el cual desde Andújar parte por medio la Andalucía, pasa por Córdoba, Itálica y Sevilla, y últimamente se envuelve en el mar Océano cerca del lugar que antiguamente llamaron Templo del Lucero, y hoy se dice Sanlúcar. Entra en el mar este rio al presente por una boca; antiguamente entraba por dos, pues Nebrija y Asta, que ponian los antiguos en el estero de Guadalquivir, ahora distan dél y de su boca por espacio de dos leguas. Volvamos atrás. No léjos del principio de Oropeda y cerca del Moncayo, en medio de las llanuras y la campiña muy tendida, se levantan otros montes, los cuales no hay duda sino que son brazos de los Pirineos, como los demás montes de España, con los cuales toda ella está entretrejida y enlazada; bien que al principio apenas se echaria de ver que se levanten, si no fuese por las vertientes diferentes y porque el rio Duero, que como nazca en los Pelendones y hasta Soria corra claramente hácia la parte de mediodía, le hacen desde allí dar vuelta y seguir la derrota del poniente derechamente. Destos montes acerca de los antiguos escritores ni hallo nombre ni mencion alguna; al presente tienen muchos apellidos, y siempre diferentes y nuevos, que toman por la mayor parte de las ciudades que les caen cerca, como de Soria, Segovia y Avila; en particular Castilla, la mayor de las provincias de España, se divide por estos montes en Castilla la Nueva y la Vieja. Los mismos mas adelante pasan cerca de Coria y Plasencia, bañados á la siniestra del rio Tajo, y siguiendo aquella derrota, parten á Portugal en dos partes casi iguales. Últimamente se rematan en el lugar llamado Sintra, que está puesto sobre el monte Tagro, siete leguas de Lisboa hácia septentrion, donde dejan formado en el mar Océano el promontorio ó cabo, que por lo menos Solino le llamó Artabro.

CAPITULO IV.

De dos divisiones de España, la antigua y la moderna.

La antigua España se dividió en tiempo de los romanos en tres partes, conviene á saber: en la Lusitania, la Bética y lo que llamaban Hispania Tarraconense. Los lusitanos poseian lo postrero de España hácia el Océano occidental; tenían por linderos al rio Duero al septentrion, y á la parte de mediodía al rio Guadiana; y desde el rio Duero, que cae en frente de Simancas, una línea que se tira hasta la puente del Arzobispo, y desde allí pasa á los Oretanos, que eran donde está ahora Almagro, hasta la ribera de Guadiana, terminaba aquella provincia, y la dividia de la provincia Tarraconense. De tal suerte que comprehendia la Lusitania en su distrito á Avila, Salamanca, Coria, tierra de Plasencia y Trujillo, y otras ciudades y lugares que de presente pertenecen y son de Castilla. Seguíase la Bética ó Andalucía, la cual está rodeada por los tres lados del rio de Guadiana, y del uno y del otro mar hasta Murgis ó Muxacra, pueblo que estaba asentado cerca del promontorio Caridemo ó cabo de Gatas, desde donde tí-

rada una línea hasta los términos de Castulon y hasta los Oretanos, donde está la rica villa de Almagro, resulta el otro lado de la Bética á la banda de levanto donde sale el sol. Todas las demás tierras de España se llamaron y tomaron el apellido que tenían de España Tarraconense del nombre de Tarragona, nobilísima poblacion y colonia de los Scipiones, y que fué por largo tiempo la silla del imperio romano, donde los pueblos trataban sus pleitos, y de donde procedian las leyes con que los vasallos se gobernaban y los consejos de la paz y de la guerra. La cual san Isidoro, conforme á la division del gran Constantino, que se halla en Sexto Rufo, dividió en la Tarraconense, en la Cartaginense y Galicia, sin señalar los linderos que cada una de estas tres provincias tenían; y no es maravilla, por haberse mudado muchas veces, ya estrechando estas provincias, ya alargándolas, por voluntad de los que mandaban, ó conforme las diferentes ocasiones sucedian. Toda la España Tarraconense comprehenden los mas debajo del nombre de España citerior, que es lo mismo que de aqueudo, así como la Lusitania y la Bética entienden debajo del nombre de España ulterior; ea los que ponen por términos destas dos Españas citerior y ulterior al rio Ebro, á los tales y á su opinion resisten Plinio y los mas eruditos; bien que sin duda en algun tiempo fué así, que se dividian las dos Españas sobredichas con aquel rio, de suerte que todo lo que está desta parte de Ebro hácia poniente se llamó algun tiempo España ulterior, y citerior lo que cae de la otra parte. La una y la otra España sin duda en este tiempo tienen nuevos y muchos nombres, los cuales reducir á cierto número es dificultoso; si bien se pueden todos comprehender debajo de cinco nombres de reinos que resultaron, y se levantaron como echaban de España los moros. El reino de Portugal y su gente tiene por fundadores á los franceses con su caudillo don Enrique, que fué del linaje de los príncipes de Lorena, dado que nació en Besanzon, ciudad de Borgoña. Su suegro don Alonso el VI, rey de Castilla, le dió con su hija doña Teresa la ciudad de Portu, asentada á la boca del rio Duero, y otros pueblos comarcanos. De Portu y de Gallia, que es la Francia, se forjó el nombre de Portugal, la cual opinion siguen algunos autores. Lo mas cierto es lo que sienten otras personas mas eruditas y cuerdas, que de un lugar que estaba en aquel puerto, que se dijo Cale, y al presente Caya, y de Portu se compuso este nombre de Portugal. Extiéndese Portugal por la longitud algo mas que la antigua Lusitania, pues pasado el rio Duero, llega con campos muy fértiles hasta el rio Miño, y sus riberas sobre el mar Océano contienen y se extienden no menos de ciento y diez y siete leguas. Pero la misma provincia es mas angosta que la Lusitania, y su anchura es casi igual hácia el oriente; porque comenzando un poco sobre Berganza, y pasando por los rios Duero y Tajo, llega á Beja, ciudad puesta en la ribera de Guadiana, rio con que se termina hácia mediodía el sobredicho reino de Portugal. Por el septentrion y á la parte de levante alinda y está pegado con el reino de Leon, que es la segunda provincia de las cinco ya dichas. Toma este reino su apellido de la ciudad de Leon, que fué y es hoy la Real y metrópoli de aquella provincia. Contiene en sí la Galicia toda y las Astúrias de Oviedo, las cuales desde el rio Nearo y

desde el lugar de Ribadeo llegan con sus riberas extendidas hasta el puerto de Llanes. Ultra desto, de Castilla la Vieja pertenece al reino de Leon todo lo que está comprehendido entre el bosque de Pernía y el rio Carrion hasta que llega á Pistuerga y entra en Duero; y pasado el rio Duero, otro rio llamado Heva, y Regamon que con él se junta, son los aldeaños deste reino; finalmente, una línea tirada entre Salamanca y Avila, que toca las cumbres de aquellos montes y llega á la raya de Portugal. Este fué antiguamente el distrito del reino de Leon. Juntóse adelante, sacada Plasencia y su diócesi, toda la Extremadura, así dicha por haber, después que se comenizó á recobrar España de los moros con varios sucesos de las guerras, sido mucho tiempo frontera y lo extremo y pastreero que por aquella parte poseían los cristianos. Otrosí traen diferente derivación y causa deste nombre de Extremadura; cuya opinion se relatará en otro lugar, y en este ni la reprobamos ni la recibimos. Extendiéronse otrosí algun tiempo los términos deste reino hasta Mérida, ciudad de la Lusitania, y Badajoz, ciudad de la Bética, como en sus lugares irá declarando la historia. El reino de Navarra, que contamos en tercer lugar entre los reinos de España, está asentado en tierra de los Vascones, pueblos antiguos de España. Tiene por las espaldas por linderos y raya los Pirineos y parte del monte que dijimos se remata en el cabo de Finisterre; por las demás partes le ciñen el rio Aragon ó Arga á mediodía, y por la banda de poniente otro pequeño rio que entra en Ebro bajo de Calahorra, y una parte del mismo Ebro son sus términos y mojones. Esto es lo que contiene de allá de Ebro, porque tambien desta parte del mismo rio los reyes de Navarra, por vía de dote, poseyeron á Tudela de Navarra, con otros lugares comarcanos á esta provincia. Dado que es estrecha de términos y no muy llena de gente, tanto, que en este tiempo solamente luce cuarenta mil fuegos ó vecinos, pareció ponella entre las principales partes de España, porque los vascones, antiguos moradores della, fueron de tanto valor, que por sí, sin ayuda de los demás españoles, ganaron de moros muy á los principios aquellas tierras, y con nombre y corona real las poseyeron y conservaron hasta la edad y memoria de nuestros padres constantemente, extendiendo muchas veces por varios sucesos de la guerra y ampliando su señorío de manera, que en la ciudad de Nájara se ven sepulcros de aquellos reyes, y en lugares bien distantes de lo que hoy es Navarra se ballan rastros manifiestos de haber tenido mayor distrito que hoy les pertencee. Quien deduce esta palabra de Navarra de otra á ella semejable, es á saber navacria, que compuesta de las lenguas vizcaína y castellana, es lo mismo que tierra llana. Los castellanos llaman navas á las llanuras, los cántabros á la tierra llaman erria, todo junto querrá decir tierra llana; imaginacion aguda y no muy fuera de propósito ni del todo ridícula. Nos en estos nuestros *Comentarios* y en esta historia llamamos en latin vascones á aquella provincia y á los moradores della, que es lo mismo que Navarra y navarros. Está este reino dividido en seis partes ó merindades, que son la de Pamplona, la de Estella, la de Tudela, la de Olite y la de Sangüesa. La sexta, llamada Ultrapuertos, cuya cabeza es San Juan de Pié de Puerto, está y ha quedado sola en po-

der de los señores de Bearne. El reino de Aragon se divide en Cataluña, Valencia y la parte que propiamente se llama Aragon. Está ceñido por las tres partes de mediodía, levante y septentrion con el mar Mediterráneo y con aquella parte de los Pirineos donde estaban los ceretanos, y hoy Cerdania, y con la raya de Navarra. Por el poniente tiene por término el rio Ebro por la parte que toca á Navarra. Desde allí se tira una línea con muchas y grandes vueltas que hace por Tarazona, Daroca, Hariza, Tíruel, Játiva y Origüela hasta la boca del rio Segura, que está entre Alicante y Cartagena, donde la dicha línea toca en nuestro mar, y divide las tierras de la corona de Aragon de lo restante de España. Tienen los de Aragon y usan de leyes y fueros muy diferentes de los demás pueblos de España, los mas á propósito de conservar la libertad contra el demasiado poder de los reyes, para que con la lozanía no degeneren y se mude en tiranía, por tener entendido, como es la verdad, que de pequeños principios se suele perder el derecho de la libertad. El nombre de Aragon se deriva de Tarraco, que quiere decir Tarragona, ó lo que es mas probable, del rio Aragon, hoy Arga, el cual corre por donde al principio se comenzaron á ganar de los moros y á extender los términos y distrito de aquel reino. En Castilla, la cual creen llamarse así de la muchedumbre de castillos que en ella habia, y la cual sola en anchura de términos, templanza del cielo, fertilidad de la tierra, agudeza de los ingenios, ricos arreos, y particular y fértil hermosura, sobrepuja todas las demás provincias de España, y no da ventaja á ninguna de las extranjeras, comprehendemos parte de las Astúrias, es á saber: las de Santillana y toda la Cantabria, antiguamente pequeña region y que no tocaba á los Pirineos, después mas ancha, de que es argumento la ciudad que antiguamente se llamó Cantabriga, y estaba puesta, como se cree, entre Logroño y Viana á las riberas del Ebro, en un collado empinado que hasta hoy se llama Cantabria vulgarmente; y en San Eulogio Mártir se halla el rio Cantaber, que se entiende es Ega ó Ebro, con el cual se junta el rio Aragon; todo lo cual muestra fué la Cantabria algun tiempo mayor de lo que Ptolomeo señala, y aun de lo que hoy llamamos Vizcaya. Está el señorío y distrito de Vizcaya partido en Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y las montañas. En Vizcaya, que por la mar se tiende desde Portugaleta hasta Hondarroa, están las villas de Bilbao y Bermeo. Las marinas de Guipúzcoa desde las de Vizcaya llegan á Fuenterrabía; caen en su distrito, demás de San Sebastian y el puerto de Guetaria, Salinas, Tolosa; la ciudad de Victoria y Mondragon son pueblos de Alava. Verdad es que en Castilla todos los de aquel señorío y lengua los llamamos vizcaínos, no de otra manera que los de la Gallia Bélgica, sujeta á la casa de Austria, llamamos generalmente flamencos, si bien el condado de Flándes es una pequeña parte de aquellos Estados. Contiene demás desto el reino de Castilla no pocas ciudades de Castilla la Vieja, y entre ellas las de Burgos, Segovia, Avila, Soria y Osma. El reino de Toledo es asimismo parte de Castilla, el cual hoy se llama Castilla la Nueva, y antiguamente la Carpetania. Corre por medio del rio Tajo, por sus arenas doradas, suavidad del agua, fertilidad y hermosura de los campos que riega, el mas celebrado de España; corre hácia la parte de poniente,

mas revuelve algun tanto hácia el mediodía, como tambien hacen esta vuelta los rios Duero, Guadiana y Guadalquivir. Pasa Tajo en particular por Toledo, ciudad situada en medio de España, luz y fortaleza de toda ella, fuerte por la naturaleza del sitio, excelente por la hermosura y ingenios de sus moradores, señalada por el culto de la religion y estudio de las ciencias, bienaventurada por el saludable cielo de que goza. Y dado que su suelo es estéril y en gran parte lleno de peñas, mas por la bondad de los campos comarcanos es abundante de todo género de mantenimientos y de arroses. Cifuela el rio casi toda al derredor, que pasa acaualado por entre dos montes ásperos y altos, no sin grande maravilla de la naturaleza. Queda solamente de la ciudad por ceñir hácia el septentrion una pequeña entrada de áspera subida y ágría. Pasado Toledo, á la ribera del mismo rio, está asentada Talavera, que Ptolomeo llama Libora, villa grande en número de gente y de tierra fértil y abundosa. Desde allí el dicho Tajo corta por medio la Lusitania, cuyos términos caian allí cerca, y aumentado de muchos rios que en él entran, se mete en el Océano junto á la ciudad de Lisboa. En la misma parte de España se comprehende la provincia Cartaginesense, donde están Cartago Spartaria, hoy dicha Cartagena, Murcia y Cuenca y los Celtiberos, cuya cabeza fué Numancia; demás desto la Mancha de Aragon en los Contestanos. Pertenece otrosí al reino de Castilla la Bética, que es casi lo que hoy se dice Andalucía, donde están Sevilla, Córdoba y Granada; ciudad que antiguamente se llamó Iliberris, por lo menos estuvo la dicha Iliberris cerca de donde hoy está Granada; de lo cual, demás de otros rastros que desto quedan, es argumento muy claro la puerta de Granada, llamada de Elvira, y un monte que allí hay, que se llama del mismo apellido.

CAPITULO V.

De las lenguas de España.

Todos los españoles tienen en este tiempo y usan de una lengua comun, que llamamos castellana, compuesta de avenida de muchas lenguas, en particular de la latina corrupta; de que es argumento el nombre que tiene, porque tambien se llama romance, y la afinidad con ella tan grande, que lo que no es dado aun á la lengua italiana, juntamente y con las mismas palabras y contexto se puede hablar latin y castellano, así en prosa como en verso. Los portugueses tienen su particular lengua, mezclada de la francesa y castellana, gustosa para el oido y elegante. Los valencianos otrosí y catalanes usan de su lengua, que es muy semejante á la de Lengüadoc, en Francia, ó lenguaje narbonense, de donde aquella nacion y gente tuvo su origen; y es así, con ordinariamente de los lugares comarcanos y de los con quien se tiene comercio se pegan algunos vocablos y algunas costumbres. Solos los vizcaínos conservan hasta hoy su lenguaje grosero y bárbaro, y que no recibe elegancia, y es muy diferente de los demás y el mas antiguo de España, y comun antiguamente de toda ella, segun algunos lo sienten; y se dice que toda España usó de la lengua vizcaína antes que en estas provincias entrasen las armas de los romanos, y con ellas se les pegase su lengua. Añaden que como era aquella gente de suyo grosera, feroz y agreste, la cual tras-

plantada á manera de árboles con la bondad de la tierra se ablanda y mejora, y por ser inaccesibles los montes donde mora, ó nunca recibió del todo el yugo del imperio extranjero, ó le sacudió muy presto. Ni carece de probabilidad que con la antigua libertad se haya allí conservado la lengua antigua y comun de toda la provincia de España. Otros sienten de otra manera, y al contrario, dicen que la lengua vizcaína siempre fué particular de aquella parte, y no comun de toda España. Muévense á decir esto por testimonio de autores antiguos, que dicen los vocablos vizcaínos, especialmente de los lugares y pueblos, eran mas duros y bárbaros que los demás de España, y que no se podian reducir á declinacion latina. En particular Estrabon testifica que no un género de letras ni una lengua era comun á toda España. Confirman esto mismo los nombres briga, que es pueblo, cetra escudo, falarica lanza, gurdus gordo, cusculia coscoja, lancia lanza, vipio zaida, buteo cierta ave de rapiña, Necy por el dios Marte, con otras muchas dicciones que fueron antiguamente propias de la lengua de los españoles, segun que se prueba por la autoridad y testimonio de autores gravísimos, y aun algunas de ellas pasaron sin duda de la española á la lengua latina; de las cuales dicciones todas no se halla rastro alguno en la lengua vizcaína; lo cual muestra que la lengua vizcaína no fué la que usaba comunmente España. No negamos empero haya sido una de las muchas lenguas que en España se usaban antiguamente y tenian; solo pretendemos que no era comun á toda ella. La cual opinion no queremos ni confirmarla mas á la larga, ni sería á propósito del intento que llevamos detenernos mas en esto.

CAPITULO VI.

De las costumbres de los españoles.

Groseras sin policia ni crianza fueron antiguamente las costumbres de los españoles. Sus ingenios mas de fieras que de hombres. En guardar secreto se señalaron extraordinariamente; no eran parte los tormentos, por rigurosos que fuesen, para hacérsele quebrantar. Sus ánimos inquietos y bulliciosos; la ligereza y soltura de los cuerpos extraordinaria; dados á las religiones falsas y culto de los dioses; aborrecedores del estudio de las ciencias, bien que de grandes ingenios. Lo cual transferidos en otras provincias, mostraron bastantemente que ni en la claridad de entendimiento; ni en excelencia de memoria, ni aun en la elocuencia y hermosura de las palabras daban ventaja á ninguna otra nacion. En la guerra fueron mas valientes contra los enemigos que astutos y sagaces; el arreo de que usaban simple y grosero; el mantenimiento mas en cantidad que exquisito ni regalado; habian de ordinario agua, vino muy poco; contra los malhechores eran rigurosos, con los extranjeros benignos y amorosos. Esto fué antiguamente, porque en este tiempo mucho se han acrecentado, así los vicios como las virtudes. Los estudios de la sabiduría florecen cuanto en cualquiera parte del mundo; en ninguna provincia hay mayores ni mas ciertos premios para la virtud; en ninguna nacion tiene la carrera mas abierta y patente el valor y doctrina para adelantarse. Deséase el ornato de las letras humanas, á tal empero que sea sin daño de las otras ciencias. Son

muy amigos los españoles de justicia; los magistrados, armados de leyes y autoridad, tienen trabados los mas altos con los bajos, y con estos los medianos con cierta igualdad y justicia; por cuya industria se han quitado los robos y salteadores, y se guardan todos de matar ó hacer agravio, porque á ninguno es permitido, ó quebrantar las sagradas leyes, ó agraviar á cualquiera del pueblo, por bajo que sea. En lo que mas se señalan es en la constancia de la religion y creencia antigua, con tanto mayor gloria, que en las naciones comarcanas en el mismo tiempo todos los ritos y ceremonias se alteran con opiniones nuevas y extravagantes. Dentro de España florece el consejo, fuera las armas; sosegadas las guerras domésticas, y echados los moros de España, han peregrinado por gran parte del mundo con fortaleza increíble. Los cuerpos son por naturaleza sufridores de trabajos y de hambre; virtudes con que han vencido todas las dificultades, que han sido en ocasiones muy grandes, por mar y por tierra. Verdad es que en nuestra edad se ablandan los naturales y enflaquecen con la abundancia de deleites y con el aparejo que hay de todo gusto y regalo de todas maneras en comida y en vestido y en todo lo al. El trato y comunicacion de las otras naciones que acuden á la fama de nuestras riquezas, y traen mercaderías que son á propósito para enflaquecer los naturales con su regalo y blandura, son ocasion de este daño. Con esto, debilitadas las fuerzas y estragadas con las costumbres extranjerías, demás desto por la disimulacion de los príncipes y por la licencia y libertad del vulgo, muchos viven desenfrenados, sin poner fin ni tasa ni á la lujuria ni á los gastos ni á los arcos y galas. Por donde, como dando vuelta la fortuna desde el lugar mas alto do estaba, parece á los prudentes y avisados que, mal pecado, nos amenazan graves daños y desventuras, principalmente por el grande odio que nos tienen las demás naciones; cierto compañero sin duda de la grandeza y de los grandes imperios, pero ocasionado en parte de la asperza de las condiciones de los nuestros, de la severidad y arrogancia de algunos de los que mandan y gobiernan.

CAPITULO VII.

De los reyes fabulosos de España.

Averiguada cosa y cierta es, conforme á lo que de suso queda dicho, que Tubal vino á España; mas en qué lugares hiciese su asiento, y qué parte de España primeramente comenzase á poblar y cultivalla, no lo podemos averiguar, ni hay para qué adivinallo; dado que algunos piensan que en la Lusitania; otros que en aquella parte de los Vascones que se llama hoy Navarra. Toman para decir esto argumento los portugueses de Setubal, pueblo de Portugal; los navarros de Tafalla y Tudela, los cuales lugares, mas por la semejanza de los nombres que por prueba bastante que tengan para decirlo, sospechan fueron poblaciones de Tubal; que pensar y decir que toda la provincia se llamó Setubalia del nombre de su fundador, lo que algunos afirman sin probabilidad ni apariencia, ni á propósito aun para entremes de farsa, las orejas cruditas lo rehuyen oír; porque ¿qué otra cosa es sino desvarío y desatinar reducir tan grande antigüedad, como la de los principios de

España á derivacion latina, y juntamente afean la venerable antigüedad con mentiras y sueños desvariados como estos hacen? Pues dicen que Setubalia es lo mismo que compañía de Tubal, como si se compusiese este nombre de *coetus*, que en latin quiere decir compañía, y de Tubal. Otros cuentan entre las poblaciones de Tubal á Tarragona y Sagunto, que hoy es Monviedro, cosa que en este lugar no queremos refutar ni aprobarla. Lo que acontece sin duda muchas veces á los que describen regiones no conocidas y apartadas de nuestro comercio, que pintan en ellas montes inaccesibles, lagos sin término, lugares ó por el hielo ó por el gran calor desiertos y despoblados; demás desto, ponen y pintan en aquellas sus cartas ó mapas, para deleite de los que los miran, varias figuras de peces, fieras y aves, hábitos extraños de hombres, rostros y visajes extravagantes; lo cual hacen con tanto mayor seguridad, que saben no hay quien pueda convencerlos de mentira. Lo mismo me parece ha acontecido á muchos historiadores, así de los nuestros como de los extraños; que donde faltaba la luz de la historia y la ignorancia de la antigüedad ponía uno como velo á los ojos para no saber cosas tan viejas y olvidadas, ellos, con deseo de ilustrar y ennoblecer las gentes cuyos hechos escribian y para mayor gracia de su escritura, y mas en particular por no dejar interpolado como con lagunas el cuento de los tiempos, antes esmaltallos con la luz y lustre de grandes cosas y hazañas, por sí mismos inventaron muchas habillitas y fábulas. Dirás: concedido es á todos y por todos consagrar los orígenes y principios de su gente y hacellos mas ilustres de lo que son, mezclando cosas falsas con las verdaderas; que si á alguna gente se puede permitir esta libertad, la española por su nobleza puede, tanto como otra, usar della por la grandeza y antigüedad de sus cosas. Sea así, y yo lo confieso, con tal que no se inventen ni se escriban para memoria de los venideros fundaciones de ciudades mal concertadas, progenies de reyes nunca oídas, nombres mal forjados, con otros monstruos sin número deste género, tomados de las consejas de las viejas ó de las habillitas del vulgo; ni por esta manera se afee con infinitas mentiras la sencilla hermosura de la verdad, y en lugar de luz se presenten á los ojos tinieblas y falsedades; yerro que estamos resueltos de no imitar, dado que pudiéramos dél esperar algun perdon, por seguir en ello las pisadas de los que nos fueron delante, y mucho menos pretendemos poner en venta las opiniones y sueños del libro que poco ha salió con nombre de *Beroso*, y fué ocasion de hacer tropezar y errar á muchos; libro, digo, compuesto de fábulas y mentiras, por aquel que quiso, con divisa y marca ajena, como el que desconfiaba de su ingenio, dar autoridad á sus pensamientos, á ejemplo y imitacion de los mercaderes no tales, que para acreditar su mercadería usan de marcas y sellos ajenos, sin saber bastantemente disimular el engaño; pues ni habla seguidamente, ni están por tal manera trabadas y aladas las cosas unas con otras, las primeras con las de en medio, y estas con las postreras, que no se eche de ver la huella de la invencion y mentira, mayormente si de la luz de los antiguos escritores que nos ha quedado, pequeña cierto y escasa, pero en fin alguna luz, nos queremos aprovechar. Así que lo que nació de la officina y fragua del nuevo *Beroso*, que Noé, despues de

largos caminos venido á España, fué el primero que fundó á Noela en Galicia y á Noega en las Astúrias, es una mentira hermosa y aparente por su antigüedad, y hacer Plinio, Estrabon y Ptolomeo mencionen destes pueblos; y como tal invencion la desechamos. Ni queremos recibir lo que añade dicho libro, que el rio Ebro se llamó Ibero en latin, y toda España se dijo Iberia de Ibero, hijo de Noé; como quier que sea antes verisímil que los iberos, que moraban al Ponto Euxino entre Colcos y las Armenias, cercados de los montes Cáucacos, vinieron en gran número en España, y fundado que hobieron la ciudad de Iberia, cerca de donde hoy está Tortosa, comunicaron su nombre, y le pusieron primero al rio Ebro, despues á toda la provincia de España; de la manera que algunos piensan del rio Arga ó Aragon, que tomó este nombre de otro del mismo apellido que hay en aquella Iberia. El nombre de Celtiberia, con que tambien se llamó España, de los iberos y de los celtas se derivó y se compone; porque los celtas, pasados los Pirineos y venidos en España de la Gallia comarcana (y tambien Appiano pone los celtas en la España citerior), mezclando la sangre y emparentando con los iberos, hicieron y fueron causa que de las dos naciones se forjase el nombre de Celtiberia. Ni es de mayor crédito lo que dicen que Idubeda, hijo de Ibero, dió su nombre al monte Idubeda, de cuyos principios y progreso arriba se dijo lo que basta. Añaden que Brigo, hijo deste Idubeda, por ver multiplicada mucho la gente de España en número, riquezas y autoridad, envió colonias y poblaciones á diversas partes del mundo, y entre estas una fué Brigia, dicha así de su nombre, que despues se llamó Frigia en Asia, donde estaba situada la ciudad famosa de Troya, y que en los montes Alpes uno de los capitanes de Brigo fundó á Varobriga, otro en la Gallia á Latobriga. Para perpetuar, es á saber ellos, su memoria y ganar de camino la gracia de su señor, fundaron nuevas poblaciones de su nombre. Dióse crédito á esta mentira aparente, porque Plinio refiere pasaron de Europa los brigas, y dello cierta provincia de Asia se llamó Frigia; y como en España muchas ciudades se llamasen Brigas, como Mirobriga, Segobriga, Flaviobriga, imaginaron que en ella habia vivido y reinado algun rey, autor de los brigas y fundador de Troya y de muchas ciudades que tenian aquel nombre de Brigas en España, como quiera que no fuese necesario creer que los brigas que pasaron en Asia, hobiesen salido de España. Además que Conon en la *Biblioteca de Focio* dice que Mida fué rey de los brigas, cerca del monte Brimio, los cuales, pasados en Asia, se llamaron friges. Esto para lo que toca á los brigas que pasaron á Frigia. De los pueblos que tenian el apellido de Brigas en España, era fácil entender que en la antigua lengua de España las ciudades se llamaron Brigas comunmente, ó lo que tengo mas verisímil, que las naciones septentrionales, muy abundantes de gente y en generacion muy fecundas en aquellos primeros tiempos, habiéndose derramado en España, de burgo, que en lengua alemana quiere decir pueblo, hicieron que las ciudades, con poca mudanza de letras, se llamasen acá Brigas, ó si hay alguna otra razon deste nombre, que no sabemos; solo se pretende que en la historia no tengan lugar las fábulas. Haber despues de Brigo reinado Tago, como lo dicen los mismos, es á

propósito de dar razon, porque el rio Tajo se llamó así; y en universal pretenden que ninguna cosa haya de algun momento en España, de cuyo nombre luego no se halle algun rey, y esto para que se dé origen cierta de todo y se señale la derivacion y causa de los nombres y apellidos particulares; como si no fuese lícito parar en las mismas cosas, sin buscar otra razon de sus apellidos, ó fuese vedado pasar adelante y inquirir la causa y derivacion de los sagrados nombres que ponen á los reyes, y aun es mas probable que aquel rio, por nacer en la provincia Cartaginense, haya tomado su nombre de Cartago, hoy Cartagena, como lo sienta Isidoro al fin del libro 13 de sus *Etimologias*. De la misma forma y jaez es lo que añaden que Beto, sucesor de Tago, dió nombre á la Bética, que hoy es Andalucía, dividida antiguamente en Turdetanos, Túrdulos y Bástulos, y por la grande abundancia y riquezas que tiene celebrada grandemente de los poetas en tanto grado, que, como dice Estrabon, ponian en ella los campos Elisios, morada de los bienaventurados. El cual testifica otrosí que usaban en su tiempo de leyes hechas en verso y promulgadas mas de seis mil años antes, segun que ellos mismos lo decian; por ventura su año era mas breve que el romano, y constaba solo de cuatro meses. Lo que es mas probable, y dijeron historiadores mas en número y en autoridad mas graves, es que la Bética se dijo del rio que pasa por medio de toda ella y la baña, al cual los naturales llamaron Cirito, los extranjeros Bétis, puede ser en hebráico por las muchas caserías, villas y lugares que al uno y al otro lado resplandecen, á causa de la bondad de los campos que tiene, porque Bétis y Beth en hebreo es lo mismo que casa. Esto baste de los reyes fingidos y fabulosos de España, de quien me atrevo á afirmar no hallarse mencion alguna en los escritores aprobados ni de sus nombres ni de su reinado. Pero como es muy ajeno, segun yo pienso, de la gravedad de la historia contar y relatar consejas de viejas, y con ficciones querer deleitar al lector, así no me atreveré á reprobar los que graves autores testificaron y dijeron.

CAPITULO VIII.

De los Geriones.

El primero que podemos contar entre los reyes de España, por ser muy celebrado en los libros de griegos y latinos, es Gerion, el cual vino de otra parte á España, lo que da á entender el nombre de Gerion, que en lengua caldea significa peregrino y extranjero. Este, venido que fué á España, gustó de la tierra y de las riquezas que en ella víó. Enriquecióse con los montes de oro, cuyo uso no era conocido, y por esta causa granos y terrones deste metal se hallaban por los campos, no afinados con el crisol y con el fuego, sino como nacia; por donde de los griegos fué llamado Criseo, que es tanto como de oro. Demás desto, poseia muchos ganados, por la grande comodidad y aparejo de los pastos y dehesas y industria que tenia en criarlos. Con ocasion de riquezas tan grandes, se entiende fué el primero que ejerció la tiranía sobre los naturales desta provincia, que eran de ingenios groseros; á manera de fieras, vivian apartados y derramados por los campos en aldeas, sin tener alguno por gobernador cuyo imperio recono-

ciesen, y por cuyo esfuerzo se defendiesen de la violencia de los mas poderosos. Hecho tirano y apoderado de todo, se entiendo que edificó un castillo y fortaleza de su apellido en frente de Cádiz, por nombre Geronda, con cuya ayuda pensaba mantenerse en el imperio que habia tomado sobre la tierra. Edificó asimismo otra ciudad deste apellido de Gerunda, si no engaña la conjetura del nombre, á las faldas de los Pirineos en los Ausetanos, que hoy es la ciudad de Girona. Pretendia, es á saber, abrazar con estas dos fuerzas las marinas todas de España, y fortificarse para todo lo que sucediese. Mas la seguridad y bonanza que con estas mañas se proponia, le duró hasta tanto que Osiris, al cual los egipcios tambien ponen por el primero de sus reyes, como lo siente Diodoro Sículo, y por otros nombres le llamaron Baco y Dionisio, no el hijo de Semele el criado en la ciudad de Mero, de donde tuvo origen la fábula que decia le crió Júpiter, su padre, en su muslo, porque Meron en griego significa el muslo, sino el egipcio turbó la paz que tenia España. Empezó Osiris al principio una grandísima peregrinacion, con que paseó y ennoblecio con sus hechos casi toda la redondez de la Tierra; comenzó desde la Etiopia, y pasó hasta la India, Asia y Europa. En todos los lugares por do pasaba enseñó la manera de plantar las viñas y de la sementera y uso del pan; beneficio tan grande, que por esta causa le tuvieron y canonizaron por dios. Ultimamente, llegado á España, lo que en las demás partes ejecutara, no por particular provecho suyo, sino encendido del odio que á la tiranía tenia y á las demasías, que fué quitar los tiranos y restituir la libertad á las gentes, determinó hacer lo mismo en España; ea se decia que se hallaba reducida en una miserable servidumbre, y sufrían con ella toda suerte de afrentas y indignidades. No tenia esperanza que el tirano, por estar confiado en sus riquezas y fuerzas, hobiese por voluntad de tomar el mas saludable partido; vino con él á las armas y trance de guerra; juntaron sus huestes de entrambas partes, y ordenadas sus haces, dióse, segun dicen, la batalla, que fué muy herida, en los campos de Tarifa junto al estrecho de Gibraltar, con grande coraje y no menos peligro de cada cual de las partes. La victoria y el campo, muertos y destruidos los españoles, quedó por los egipcios; el mismo Gerion murió en la batalla; su cuerpo, por mandado del vencedor, sepultaron en lo posterior de la boca del Estrecho, en el lugar donde al presente se ve el pueblo dicho Barbate; allí se le hizo el túmulo. Fué Gerion tenido y consagrado por dios, como lo da bastantemente á entender el templo que Hércules edificó á Gerion en las riberas de Sicilia, y tambien el oráculo de Gerion, que estaba en Pádua, famosísimo, al cual los príncipes tenían costumbre por devocion de ir á visitar muchas veces, como lo testifica Suetonio Tranquilo. Restituida pues y fundada la paz desta manera por beneficio de Osiris y quitada la tiranía, el vencedor todavia tuvo por cosa áspera y de mal ejemplo castigar en los hijos los pecados de los padres; parecióle cosa grave desposeer, poner en perpetua servidumbre ó destierro tres hijos que de Gerion quedaban, en edad niños y de grande hermosura, y que habian sido criados con esperanza de suceder en el reino de su padre; demás que ordinariamente en los generosos ánimos despues de la victoria se sigue la benignidad para con los cai-

dos. Creyendo pues que no serian tanta parte los vicios y malos ejemplos de su padre para hacerlos avisados, como su triste fin para hacerlos avisados, escogió personas de gran prudencia, que rigiesen así la edad tierna de aquellos mozos como el reino por algun tiempo; y habiendo él avisado á los mozos de lo que debian hacer y huir, púsolos en la silla y en el reino de su padre. Acabado esto, por gozar del fruto de tantos trabajos y tan larga peregrinacion, y deseoso de sosegar en su casa, volvióse á Egipto. Los hermanos Geriones, venidos á la mayor edad y acrecentadas las riquezas, luego que se encargaron del gobierno del reino de su padre, olvidados del beneficio recibido, y no de la injuria que se les hizo, como es ordinario que duramas la memoria del agravio que de las mercedes, tomaron la resolucion de vengar la muerte de su padre y hacerle las honras con la sangre de su enemigo; cosa muy agradable á los que tratan de satisfacerse, y los hijos tienen por grande bazaña proseguir la enemiga de sus padres. Esto daban á entender, pero de secreto otro mayor cuidado les aquejaba, es á saber, el descontento que tenían, á ejemplo de su padre, de restituirse en la tiranía y absoluto señorío de España, cosa que en vida de Osiris no creían poder alcanzar. Pensaban esto, y no hallaban camino para poner en ejecucion negocio tan grave; parecióles seria bien conquistar para este efecto á Tifon, hermano de Osiris, y concertarse con él, de quien se entendia y tenian aviso ardia en deseo de reinar y quitar á su hermano el reino; ambicion que perverte todas las leyes de naturaleza. Despacharon sus embajadores para este efecto, los cuales fácilmente, con presentes que le dieron de parte de sus señores, hallaron la entrada que pretendian; pusieron con él su amistad, prometiéndole toda ayuda para salir con sus intentos, concertaron que los mismos tuviesen por amigos y por enemigos. Asentado esto, le persuaden que, habiendo muerto su hermano, acometiese por fuerza de armas y se apoderase del reino de Egipto. Concertóse todo esto, y ejecutóse la cruel muerte muy de secreto. El cuerpo del muerto fué buscado con mucha diligencia, y Isis, la reina viuda, le sepultó en Abato, que es una isla de una laguna cercana á Menfis, que por esta causa vulgarmente llamaron Estigia, que quiere decir tristeza. Pero tan grande traicion no podia estar encubierta, ni hay secreto en las discordias domésticas que entre parientes resultan; así Oro, que en aquel tiempo gobernaba la Scitia, vuelto con presteza en Egipto, vengó la muerte de su padre con darla á Tifon, su tío. Descubrió juntamente y supo que los Geriones fueron participantes de la impia conspiracion y principales movedores de aquella maldad. Por esto, encendido en deseo así de imitar la gloria de su padre como de vengar del todo su muerte, con otra no menor empresa que tomó ni menor conquista que su padre, confirmó diversas naciones por todo el mundo en su obediencia, y ganó de nuevo la amistad de otras muchas. Demás desto, por el arte de la medicina, que le enseñara su madre, vino á ser tenido por dios. Unos le llamaron Apolo, otros por la valentia y destreza en el pelear le pusieron nombre de Marte, y todos le llamaron Hércules. No fué este Hércules el hijo de Anfítrion, sino el Libio, de quien se dice que domó los monstruos armado de una porra ó maza y vestido de una piel de

leon; que en aquel tiempo aun no usaban, ni habian inventado para destruicion del género humano las armas de acero. Juntado pues un grande ejército y llegadas ayudas de todas partes, espantoso entró en España contra los Geriones, y llegó finalmente á Cádiz, donde ellos dias antes se retiraran y fortificaran, juntadas en uno las riquezas del reino, alzados los mantenimientos y proveidos de bastimentos, si por ventura durase la guerra muchos dias; demás desto, para valerse en aquel trance, llamaron socorros de todas partes. La conciencia de la maldad cometida los acobardaba y espantaba, y por estar la provincia y la gente dividida en parcialidades, unos por ellos y otros contra ellos, y los ánimos de muchos despertados á la esperanza de recobrar la libertad, era dificultoso resolverse si de los suyos, si de los extraños les convenia mas recatarse. El tener perdida la esperanza de la vida si los ogipcios venciesen, los encendia mas y los hacia furiosos y atrevidos; pero el temor que tenian era mayor; por esta causa determinaron de fortificarse en lugares seguros y excusar el trance de la batalla. Al contrario, Hércules, ordenadas sus haces, se presentó delante sus enemigos. Temia no durase mucho la guerra, y no tenia confianza que los enemigos viniesen en alguna honesta condicion de paz, y cuando la quisiesen, juzgaba no seria decente dejar las armas antes de vengar á su padre con la sangre de los Geriones. Combatido pues destes pensamientos, consideraba otrosí que, por ser tan grandes los ejércitos como juntaran de ambas partes, seria grande la matanza, si de poder á poder se diese la batalla. Por huir estos inconvenientes, acordó con un rey de armas avisar á los Geriones que si confiaban en la valentía de sus cuerpos, la cual era muy grande, si en la justicia de la causa que defendian, en que publicaban y se quejaban fueron de Osiris acometidos injustamente y agraviados primero del mismo, que les ofrecia de su voluntad un partido para concertar las diferencias, tan aventajado para ellos, que ni aun por pensamientos les pasaria desealle tal y tan bueno. Este era, que lastasen solamente aquellos que erraron y fueron causa de los daños pasados, perdonasen á la sangre inocente, y no fuesen ocasion de la carnicería que resultaria forzosamente de ciudadanos y parientes, si la batalla se diese; que él estaba determinado, por la salud comun de aquellos ejércitos y pobre gente, de hacer campo él solo contra todos tres, y con su riesgo comprar la seguridad de muchos; pero con tal condicion que habia de pelear aparte con cada uno dellos. Decia que se ponía á esto confiado en la justicia de su querrela, y por esta causa de la ayuda de Dios, por cuya providencia todas las cosas humanas se gobiernan, y mas principalmente los sucesos de la guerra. Los Geriones aceptaron de buena gana este partido, que por ser tan aventajado no dudaban de la victoria; pero salióles al revés, porque el dia señalado como entrasen en el palenque y viniesen á las manos, los tres Geriones fueron vencidos y degollados por Hércules. Dióse á los cuerpos sepultura en la misma isla de Cádiz, donde se hizo el campo, y desde aquel tiempo se entiende que se llamó Eritrea, no sola la isla de Cádiz, sino otra isla que estaba á ella cercana y aun la parte de tierra firme que le cae en frente. La causa deste apellido fueron ciertas gentes del mar Eritreo, conviene á saber, del mar Rojo,

que venidas á la conquista y sosegada la provincia, con voluntad de Oro asentaron en aquellos lugares, poblaron y hicieron por allí sus moradas. En conclusion, en la boca del estrecho de Cádiz, Hércules despues desta victoria hizo echar en el mar grandes piedras y materiales, con que levantó de la una parte y de la otra dos montes, de los cuales el de la parte de España se llama Calpe, y el otro que está en Africa Abila; estos montes se dijeron las columnas de Hércules tan nombradas. Hecho esto y dado órden y asiento en las demás cosas de España, nombró Hércules ó Oro por gobernador della uno de sus compañeros, por nombre Hispalo, de cuya lealtad y prudencia en paz y en guerra estaba pagado y tenia mucha satisfaccion; y con tanto, concluidas todas estas cosas, dió la vuelta y pasó por mar á Italia.

CAPITULO IX.

Del rey Hispalo y de la muerte de Hércules.

Por cierta cosa se tiene haber Hispalo reinado en España despues de los Geriones, y Justino afirma que de Hispalo se dijo España, en latín *Hispania*, trocada solamente una letra. Añaden otros que por su industria y de su apellido se fundó Sevilla, que en latín se dice *Hispalis*, ciudad que en riquezas, grandeza, concurso de mercaderes, por la comodidad del río Guadalquivir y por la fertilidad de la campiña no da ventaja á ninguna otra de España. Dicen mas, que por discurso de tiempo del nombre de Sevilla ó *Hispalis* se llamó toda la provincia *Hispania*. San Isidoro atribuye la fundacion desta ciudad á Julio César, en el tiempo, es á saber, que gobernó á España; y dice que la llamó Julia Rómula, juntando en un apellido su nombre y el de la ciudad de Roma; y que el nombre de *Hispalis* se tomó de los pablos en que estribaban sus fundamentos, que hincaban para levantar sobre ellos las casas, por estar asentada esta ciudad en un lugar cenagoso y lleno de pantanos. Por ventura entonces la ensacharon y adornaron de edificios nuevos y grandes; diéronle otrosí nombre y privilegios de colonia romana, pues es cierto que Plinio la llama colonia Romulense. Mas decir que entonces se fundó la primera vez carece de crédito, y no hay argumentos ni autores que tal cosa confirmen. Plutarco escribe que, venido que hobo el otro Dionisio ó Baco, es á saber, el hijo de Somele, á España, despues que sujetó toda la provincia con armas victoriosas, uno de los compañeros que él mismo puso por gobernador de todo, por nombre Pan, fué causa que toda la provincia primeramente se llamase Pania, despues Spania, añadida una letra. Pero de estas cosas cada cual podrá libremente juzgar y sentir lo que le pareciere. Lo que algunos dicen que Hispalo dejó un hijo por nombre Hispano, el cual haya reinado muerto su padre, no lo recibimos ni tiene probabilidad alguna, antes entendemos que á un mismo hombre diversos escritores llaman con ambos nombres, unos Hispalo, otros Hispano; pues el nombre de *Hispania* y su derivacion se atribuye á entrambos, y los que ponen el uno, ninguna mencion hacen del otro, fuera de solo Beroso, cuyas fábulas poco antes desechamos, no solo como tales, sino tambien como mal forjadas y compuestas. Las cosas que hizo este Rey, como quier que por la antigüedad del tiempo se ignorasen, nuestros historiadores,

para enriquecer y hacer mas apacible y deleitosa la flaca historia deste tiempo, á la manera que con las aguas traídas de léjos se suelen fertilizar los campos secos, y porque no hobiese rey á quien luego no atribuyan algun hecho ó edificio para mas ennoblecerle, dado que no trabase muy bien ni cuadrase lo que decian, escribieron que Hispalo fundó la ciudad de Sogovia y el acueducto que hay en ella, maravilloso así por su obra como por su altura; como quier que sea averiguado que el acueducto fué obra del emperador Trajano, á lo menos hecha por aquellos tiempos que él imperó. Demás desto decir, como afirman, que en el puerto dicho antiguamente Brigantino, y hoy de la Coruña, el mismo Hispalo levantó una torre con un espejo en ella, en que se veían las naves que venían de léjos, por la imagen que dellas se representaba en el tal espejo, y se apercebían para el peligro; procedió sin duda esta invención de la profunda ignorancia que se tenia, así de la lengua latina como de las historias, pues tomaron por lo mismo el nombre de *specula*, con que se significan semejantes torres y atalayas, y el de *speculum*, que significa espejo; y es cosa averiguada que los moradores brigantinos edificaron aquella torre á honra de Augusto César. El trazador fué Cayo Sevio Lupo Lusitano, cuyo nombre aun en nuestra edad se ve entallado en las peñas allí cerca, por estar vedado por ley, la cual se ve entre las romanas en los digestos, que ninguno escribiese su nombre en obra pública; y aun Fidias en Atenas fué muerto porque, quebrantada aquella ley, entalló su imagen y la de Pericles en el escudo de Palas, bien que en hábito disfrazado; en lo cual tambien pudo ser que pretendiesen haber hecho aquel nobilísimo escultor injuria á la religion y ofendido aquella diosa. Muerto Hispalo, en qué tiempo no concuerdan los autores, pero muerto que fué, Hércules, desde Italia, donde hasta entonces se detuvo, dejando allí por gobernador á Atlante, de cuya grandeza de ánimo estaba muy satisfecho, por miedo de algun alboroto, volvió á España, y en ella, despues que gobernó la república bien y prudentemente y fundó nuevas ciudades, entre las cuales cuentan Julia Libica y Urgel en las baldas de los montes Pirineos, Barcelona y Tarragona en la España citerior (como algunos sienten fueron poblaciones de Hércules), ya de grande edad pasó desta vida. Los españoles con grande voluntad le consagraron por dios, y determinaron se le hiciesen honras divinas, dedicáronle sacerdotes y templo, donde el cuerpo de Hércules comenzó á ser honrado con solemnes sacrificios, no solo de los naturales, sino tambien de las naciones extrangeras, que por devocion concurrían, de que recogían grande ganancia los ministros y el dicho templo se ennoblecía de cada dia mas. En qué parte de España aquel templo y sepulcro de Hércules haya estado, no concuerdan los autores; y en cosas tan antiguas, mas fácil cosa es adivinar por conjeturas que dar sentencia por la una ó por la otra parte. Unos dicen que en Barcelona, do junto á la Iglesia mayor se ven rastros de una antigualla y de un soberbio sepulcro, de que se habla adelante (y se tiene que Ataulfo, rey godo, está allí sepultado); otros sienten que en Cádiz. Mas las personas de mayor autoridad y erudicion piensan estuvo en Tarifa, cerca del Estrecho; ca es averiguado que aquella supersticion se conservó allí por largo tiempo, y que un

soberbio templo de Hércules se levantó antiguamente en aquella parte del Andalucía.

CAPITULO X.

De Hespero y Atlas, reyes de España.

Murieron en España Hispalo y Hércules sin dejar sucesion; por esta causa Hespero, hermano de Atlante, nacido en Africa, y uno de los compañeros de Hércules, fué por el mismo al tiempo de su muerte nombrado para que le sucediese en lo de España. Su gobierno fué tan agradable á los naturales como el de cualquier otro. La fama de sus proezas y el crédito de su virtud le abonaban para con la gente de tal suerte, que, como lo sienten algunos escritores griegos y latinos, España, del nombre de Hespero, desde aquel tiempo se comenzó á llamar Hesperia. Verdad es que otros, y entre ellos Macrobio y Isidoro, pretenden que se tomó este nombre de Hesperia del lucero de la tarde, que en latin se llama Hespero y se pone en España, y al cual miran los que navegan á estas partes. Cada cual podrá seguir la opinion en esto que mas le contentare. Lo cierto es que la buena andanza que tuvo al principio este rey en breve se trocó, y se fué todo en flor, porque Atlante, hermano de Hespero, desde Italia, donde Hércules le dejó, codicioso de las riquezas y anchura de España, y agraviado de que su hermano le hobiese sido antepuesto en el señorío de España, acudió sin dilacion; y ganadas las voluntades de los soldados por la gran fama que corria de su valor y hazañas, fácilmente se apoderó del reino. Hespero, desamparado de los suyos, fué forzado á recogerse á Italia, donde los de Toscana, movidos de compasion de su desastre y desman, en que cayera, no por culpa suya, sino por la ambicion y deslealtad de su hermano, primeramente le acogieron y hospedaron muy bien; despues, por la experiencia de su bondad y por la fama que corria de su virtud, le entregaron á su rey Corito, á quien otros tambien llaman Jano ó Júpiter, que era de muy tierna edad, para que fuese su ayo, y como tal le amaestrase en lo que saber le convenia; que fué una resolucion muy acertada y muy agradable para toda aquella provincia. No les salió vana su esperanza ni se engañaron en lo que se prometian de su bondad, como lo da á entender el nombre de Italia, mudado asimismo desde aquel tiempo, á ejemplo de España, en el de Hesperia, que tambien tiene, que fué prueba bastante de la aprobacion de Hespero. Llegaron las nuevas de todo esto á España. Atlas, con recelo que si este aplauso no se atajaba al principio cundiria el mal, y podria ser que, fortificado su hermano y pujante con el favor de la gente, primero le despojase del reino de Italia, y despues le pusiese en condicion lo de España, consultado el negocio con los suyos, acordó de hacer grandes levadas de gente y con todo su poder pasar en Italia. Llevó de España grande número de soldados, y entre ellos muchos de los principales españoles con voz y muestra de honrallos y ayudarse de sus fuerzas en aquella jornada; mas á la verdad pretendia tenellos consigo como en rehenes y asegurar que en su ausencia no se levantasen algunos movimientos en la tierra con deseo de cosas nuevas y de sacudir de sí el yugo del imperio y señorío extraño. Hizose pues á la vela; pero como se levantasen recios temporales, corrió fortuna, derrotóse

toda su armada, y en lugar de tomar á Italia, que era lo que pretendia, fué arrebatado y llevado por los vientos á la isla de Sicilia. Eran grandes las riquezas de aquella tierra, su fertilidad y hermosura; por lo cual dicen dejó allí para que poblasen una buena parte de los españoles que llevó consigo. Hecho esto, con lo demás de su ejército últimamente dió la vuelta y aportó á Italia, donde halló que ya su hermano Hespero era fallecido; con que le fué cosa fácil apoderarse de Corito, rey de Toscana, y hacerse señor de todo. De dos hijas que tenia, la una, llamada Electra, casó con Corito, cuyos hijos fueron Jasio y Dardano, de quien se tornará á hablar luego. La otra no se sabe con quién casase; solo dicen que se llamó Rome, y que su padre la heredó en aquella parte de Italia por donde corre el rio Tibre, que á la sazón se llamaba Albulu, donde tambien dió asiento á parte de los españoles ya dichos. Añaden demás desto que esta Rome en el monte Palatino puso los cimientos de la inclita ciudad de Roma, la cual, de pequeños principios, con el tiempo se hizo señora del mundo. Alegan para esto por testigo á Fabio Pictor, autor muy antiguo y muy grave de las cosas romanas. Dado que á Rome, fundadora de aquella nobilísima ciudad, otros la hacen nieta de Eneas, hija de Ascanio. Otros son de parecer que, despues de la destruccion de Troya, una mujer nobilísima entre las cautivas, que se decia Rome, venido que hobo con Eneas en Italia, quemó los navios de su gente, que estaban surgidos á la ribera del Tibre, y les persuadió edificasen de nuevo un pueblo, que del nombre de aquella cautiva llamaron Roma. No hay duda, sino que por testimonio de graves autores se muestra que Roma estaba fundada antes de Rómulo; y es averiguado que antiguamente tuvo aquella ciudad otro nombre, el cual los secretos de la religion y ceremonias no permitian se divulgase entre todos; y aun se sabe que Valerio Sorano, por quebrantar este secreto, pagó aquel desacato con la vida. Verdad es que no se tiene noticia de tal nombre, como asimismo es incierto lo que nuestros historiadores afirman que Roma fué fundacion de españoles, si bien les concediésemos que la gente de Atlante, por mandado de Rome, su hija, la fundó por este tiempo. Y parece mas invencion y habylla, inventada á propósito para dar gusto á los españoles, que cosa examinada con diligencia por la regla de la verdad y antigüedad. Yo estoy determinado de mirar mas áína lo que es justo se ponga por escrito y lo que va conforme á las leyes de la historia que lo que haya de agradar á nuestra gente; pues no es justo que con flores de semejantes mentiras fuera de tiempo y sazón se atavie y hermosee la narracion desta historia, ni el lustre y grandeza de las cosas de España tiene necesidad de semejantes arreos. Así que desechamos como cosa dudosa, por no decir mas adelante, lo que inventaron nuestros historiadores, que Roma fué poblacion de españoles. De la misma manera no queremos recibir los que nuestras historias modernas cuentan entre los reyes de España, es á saber, Sicoro, Sicano, Sicleo y Luso; pues en las antiguas historias ningun rastro de ellos se halla de sus hechos ni de sus nombres. Tampoco aprobamos lo que en esta parte añaden, que un hijo de Atlante, llamado Morgete, despues de la muerte de su padre reinó en Italia, de cuyo nombre los españoles que siguieron á Atlante y asentaron en Italia dicen se

llamaron morgetes; ca todo esto no estriba en mejor fundamento que lo demás arriba dicho. Yo creeria mas áína que aquella gente tomó el apellido de morgetes de las ciudades donde moraban en España y de donde la sacaron para llevarla en Italia, pues consta que en la Bética, hoy Andalucía, hobo dos pueblos llamados Murgis: el uno á la ribera del mar, que hoy se llama Muxacra, y el otro mas adentro en la tierra, al cual hoy llaman Murga; el uno y el otro situados no léjos de la ciudad muy nombrada de Murcia, la cual asimismo algunos quieren fuese asiento de los morgetes. De donde se puede entender que en Sicilia procedieron y se fundaron así bien la ciudad de Murgantio, muy nombrada entre los antiguos, como los pueblos Murgentinos, sea en este mismo tiempo, sea en otro diferente, que tampoco esto no se puede averiguar, por estribar solamente y apoyarse todo en la semejanza de los nombres que los unos y los otros tuvieron; conjetura las mas veccs engañosa, incierta y flaca.

CAPITULO XI

De Siculo, rey de España.

Por autoridad de Filistio Siracusano, sin embargo de todo lo dicho, se puede recibir como cosa verdadera que Siculo, hijo de Atlante, despues que su padre partió de España, como lugarteniente suyo y por su orden, gobernó esta provincia por algun tiempo, y despues de muerto le sucedió en todos sus reinos. Este príncipe, por el deseo que tenia de tomar la posesion del reino de Italia, y con intento de amparar lo que restaba en aquellas partes del ejército de su padre, con muy escogida gente se hizo á la vela y pasó en Italia. Principalmente que entre Jasio y Dardano, sobrinos suyos, habian resucitado debates y diferencias, las cuales pretendia apaciguar. Fue así, que estos dos hermanos, despues de la muerte de su padre Corito, se hacian entre sí cruel guerra sobre la posesion de Toscana. De-seaba pues concertar los que de tan terca le tocaban en parentesco; además que Jasio por sus cartas le importunaba por favor y ayuda, cuya justicia era mas fundada, pero menores las fuerzas. Con este intento partió de España, y de camino, sea por su voluntad, sea arrebatado por la fuerza de los vientos y tormenta, llegó á Sicilia, donde fortificó y aumentó el poder de los amigos antiguos; hizo otrosí guerra á los cyclopes y á los lestrigones, gentes fieras y bárbaras. Esta guerra que hizo y la victoria que ganó muy señalada de estas gentes, como algunos sospechan y Tucídides lo apunta al principio del libro 6.^o fué causa que aquella isla, llamada antes Trinacria, de tres promontorios que tiene, tomase nuevos apellidos, el de Sicilia del rey Siculo, y el de Sicania de los españoles, que levantó en aquella parte de España por donde pasa el rio Sicoris ó Segre; ca no hay duda sino que antiguamente moró por allí cierta gente llamada sicana, los cuales dicen quedaron de guarnicion en aquella isla. Otros dicen y añaden que aquella isla se llamó tambien Sicoria, de cierta gente que moraba á las riberas de aquel rio Sicoris, que eran los mismos ó diferentes de los sicanos. Sea lícito en cosas tan antiguas y oscuras ir á las veces á tienta sin poder tomar entera resolucion. Volviendo á Siculo, los mismos autores refieren que, pasado en Ita-

lia, ayudó á su hermana Rome, y la proveyó de nuevos socorros contra los aborígenes, gente natural de la tierra, que ordinariamente le daban guerra y la traían desasosegada. Esto dicen por causa que en buenos escritores y antiguos se hace mención que en aquellos lugares de Italia moraban pueblos llamados Siculos y Sicanos, que sospechan por este tiempo hicieron allí sus asientos; argumento poco bastante para asegurar sea verdad lo que con tanta resolución ellos afirman. Lo que se tiene por mas probable es que, ordenadas las cosas á su voluntad, primero en Sicilia, y despues en Italia, movió con sus gentes la vuelta de Toscana con intento de hacer rostro y allanar á Dardano, su sobrino, que en la guerra que traía contra su hermano se hallaba acompañado de un poderoso ejército de aborígenes. Pero él, visto que no podría resistir al poder de Siculo, de corazón ó fingidamente, dejadas las armas, se puso en sus manos, confiado, segun él decia y daba á entender, en la justicia de su querella, y persuadido no permitiría su mismo tío le quitasen por fuerza lo que, demás de ser herencia de su padre, habia adquirido por su valentía y por las armas. Sin embargo, se tomó asiento entre los dos hermanos, y á Siculo pareció mas conveniente para sosegar aquellos bullicios, con que las cosas parecia comenzaban á tomar mejor camino. Aseguróse con esto Siculo, y descuidóse Jasio, entendiendo habia lizeza en aquel trato; pero Dardano, luego que halló ocasion para ejecutar su mal propósito, dió la muerte á su hermano, que confiado en el concierto estaba seguro, y en ninguna cosa menos pensaba que en semejante traicion. Siculo, como era razon, tomó esta injuria por suya, acudió á las armas, y en una batalla famosa que se dió, venció á Dardano, y le puso en necesidad de desamparar á Italia. Pasó con grande acompañamiento de aborígenes á Samotracia, de donde, pasado que hobo el Hellesponto, que hoy es el estrecho de Gallipoli, fué el primero que en la provincia de Asia la menor y en la la Frigia fundó la muy nombrada ciudad de Troya. Quedó de Jasio un hijo, por nombre Coribanto, al cual, en lugar de su padre, hizo Siculo rey de Italia. Compuestas las cosas desta manera, dió Siculo la vuelta para España, donde no se sabe ni el tiempo que adelante vivió ni otra cosa ni hazaña suya de que se pueda hacer memoria. Si ya no queremos, en lugar de historia, publicar los sueños y desvarios de algunos escritores modernos, que de nuevo tornan á forjar otros nuevos nombres de reyes de España sin mejor fundamento que los de arriba. Estos son Testa, que hacen fundador de cierta poblacion llamada ansimismo Testa, autor y principio de los contestanos, gente muy conocida en España; dicen otrosí fué natural de Africa, y llegó no só por qué caminos á ser rey y señor de España. Otro es Romo, al cual hacen fundador de Valencia, nombre que en latin significa lo mismo que en griego Roma; el cual nombre de Roma dicen tambien tuvo aquella ciudad antiguamente, á la manera que la ciudad de Roma, segun lo que dice Solino, se llamó antiguamente Valencia, y Evandro le mudó el nombre y apellido en el que al presente tiene de Roma. El tercero rey que nombran es Palatuo, de quien dicen se llamaron los pueblos Palatuos, y tambien la ciudad de Palencia tomó este nombre del suyo, dado que muy distante de donde era el asiento de aquella gente dicha

palatuos antiguamente, que caía cerca de Valencia. Añaden que este Palatuo echó á Caco de la posesion y reino de España; al mismo en el monte Aventino, que es uno de los siete que en sí contiene Roma, por la huella de las vacas que hurtó, le halló y dió la muerte Hércules el Tebano. Deste jaz es el rey Eritro, que fingen vino de allende el mar Bermejo, que se llama tambien el mar Eritreó, y aun quierén que de su nombre se le pegó á la isla de Cádiz el nombre que antiguamente tuvo de Eritrea. El postrero en el cuento destes reyes es Melicola, que por otro nombre se llamó Gargoris; mas deste en particular hace mención el historiador Justino. Todo esto y los nombres destes reyes, tales cuales ellos se sean, ni se debían pasar en silencio, como quien rodea algun foso ó pantano que no se atreve á pasar, donde no solo gente ordinaria, sino personas muy doctas han tropezado y caído, ni tampoco era justo aprobar lo que siempre hemos puesto en cuento de habiillas y consejas. A Siculo entiendo yo que llama Justino Sicoro. Esto se avisa porque á ninguno engañe la diferencia del nombre para pensar que Siculo y Sicoro sean dos reyes diversos y distintos.

CAPITULO XII.

De diversas gentes que vinieron á España.

Dificultosa cosa seria querer puntualmente ajustar los tiempos en que florecieron los reyes de España que de suso quedan nombrados, los años que reinaron y vivieron, y en particular señalar el año de la creacion del mundo en que sucedió cada cual de las cosas ya dichas; no faltaría diligencia y cuidado para rastrear y averiguar la verdad, si se descubriese algun camino seguro para hacello. Contentarnos hemos con conjeturas, por las cuales, sin mas particularizarlas, sospecho que los Geriones poseyeron á España, y en ella reinaron la cuarta ó quinta edad despues del diluvio. Siculo floreció mas de doscientos años antes de la guerra de Troya, en cuyo tiempo, ó no muchos años despues, una gruesa flota partió de Zacinto, isla puesta en el mar Jonio al poniente del Peloponeso y de la Morea; y tomado que hobo tierra en aquella parte de España, donde al presente está asentada la ciudad de Valencia, los que en aquella armada venían, tres millas de la mar levantaron un pueblo, que del nombre de su tierra llamaron Zacinto, y adelante, mudado el apellido algun tanto, se llamó Sagunto, hoy Monviedro. Pretendian que aquel castillo principalmente les sirviese de fortaleza para contrastar á los naturales, si se alborotasen contra ellos, y recoger en él la gran suma de oro y de plata que por bujerías de poco precio y quinquierías rescataban de los españoles, gente simple y ignorante de las grandes riquezas que en aquel tiempo poseía. Confiados en la seguridad que aquella fuerza les daba, se atrevieron á entrar mas adelante en la tierra y calarla y á descubrir las riberas y marinas comarcas, donde algunos años despues se dice que, sesenta millas hácia el poniente, en un sitio muy á propósito se determinaron de levantar un templo á la diosa Diana, e el mas famoso que hobo en España, del cual el promontorio Dianio, que es donde al presente está la villa de Denia, tomó aquel nombre. Este templo, conforme á la costumbre y supersticion de los griegos, adornaron ellos con ido-

los, derramaron en él mucha sangre de sacrificios que allí hacían ordinariamente. Con esto los naturales, maravillados de tantas y tan nuevas ceremonias y de la majestad de todo el edificio, comenzaron á tener á esta gente por hombres venidos del cielo y por superiores á las demás naciones. Y es averiguado que ninguna cosa hay mas poderosa para mover al pueblo que el culto de la religion, quier verdadero, quier fingido, por el natural conocimiento que los hombres tienen de Dios y la reverencia que tienen á su divinidad. El enmaderamiento deste templo era de enebro, madera no menos olorosa que incorruptible, tanto, que Plinio testifica se conservaba hasta su tiempo sin alguna corrupcion ni carcoma. Despues de la venida de los de Zacinto refieren que el otro Dionisio ó Baco, hijo de Semeles, como ciento y cincuenta años antes de la guerra de Troya, llegó á lo postrero de España, y en las albuferas ó esteros de Guadalquivir, entre las dos bocas por donde en aquel tiempo se metía y descargaba en el mar, fundó á Nebrija, dicha así de las nebridas, que en griego significan pieles de ciervo, de que Dionisio y sus compañeros se vestían comunmente, y mas en particular cuando querían ofrecer sacrificios. El sobrenombre de Veneria que tuvo Nebrija, los tiempos adelante se le dieron. Diodoro Siculo escribe que antiguamente hubo tres Dionisios ó Bacos. El primero fué hijo de Deucalion, que es lo mismo que Noé, el cual entiendo yo fué el mismo que arriba llamamos Osiris Egipcio, de cuya venida á España se trató en su lugar. El segundo fué hijo de Proserpina ó Ceres, al cual acostumbraban pintar con cuernos para dar á entender fué el primero que unció los bueyes y enseñó por este modo arar y sembrar la tierra. El tercero fué hijo de Semeles, nació de adulterio, crióse en la ciudad de Mero, nombre que significa el muslo, de donde tomaron los poetas ocasion para fingir que su mismo padre Júpiter le encerró y crió dentro de su muslo. Deste postrero se dice que, á imitacion del primer Dionisio, emprendió de discurrir y conquistar muchas y diversas provincias; ennobleciólas con las victorias que ganó. En particular venido á España, la limpió de las maldades y tiranías que de todas maneras en ella prevalecían. En el mismo tiempo Milico, hijo de Mirica, por ventura uno de los descendientes de Siculo, dicen tenia gran poder, riquezas y autoridad entre los españoles, y que los descendientes deste Milico, no léjos donde al presente está Baeza, fundaron á Castulon, en los Oretanos, ciudad que antiguamente se contó entre las mas nobles de España, asentada y puesta donde al presente quedan como rastros de la antigüedad los cortijos de Cazlona. Al tiempo que Dionisio partió de España, dejó en ella dos de sus compañeros, que fueron el uno por nombre Luso, de quien procedieron los lusitanos, que son los portugueses, el otro Pan, al cual aquellos hombres grosos y dados á supersticion de gentiles pusieron en el número de los dioses, y dél y de su nombre, como lo testifican Varron y Plutarco, toda esta provincia se llamó primero Pania, y despues, añadida una letra, Spania, que es lo mismo que España. Jason Tesalo otrosí, encendido en deseo de adquirir honra y riquezas, poco adelante se hizo co-sario en el mar, ejercicio á la sazón de mucho interés por estar las marinas sin guarnicion y los hombres á manera de pastores en chozas y cabañas, derruinados por

los campos. Edificó para este efecto una nave de forma muy prima y capaz. El trazador y carpintero que la hizo se llamó Argos. Hecha y aprestada la nave tomó en su compañía á Hércules el Tebano, á Orfeo y á Lino, á Castor y Pollux, con otro buen golpe de gente. Con este acompañamiento partió de Tesalia; en el discurso de su viaje, que fué muy grande, acabó cosas muy extraordinarias. En particular junto al promontorio de Troya, llamado Sigeo, libró de la muerte á Hesione, hija del rey Laomedonte. En Colcos, por industria de Medea, hurtó la riqueza de oro que su padre tenía muy grande; y porque acostumbraban con pieles de carnero coger y sacar el oro de los arroyos que se derribaban del monte Cáucaso, tomaron los poetas ocasion de decir que habia hurtado el vellocino de oro, tan famoso y nombrado acerca de los antiguos. Fué en su compañía la dicha Medea; desde allí pasaron el estrecho Cinmerio, llegaron á la laguna Meotis, y por el rio Tanais arriba, por donde las dos partes del mundo Asia y Europa parten término, llevaron á jorro la dicha nave todo lo mas que pudieron. Despues la desenclavaron, y la madera llevaron en hombros hasta dar en la ribera del mar Sarmático, donde se dice que de nuevo la juntaron y clavaron de suerte, que por las riberas de Alemania, Francia y España no pararon hasta dar en la boca del estrecho de Cádiz. Allí, sobre el monte Calpe, que es en lo postrero del Estrecho hácia el mar Mediterráneo, afirman que Hércules levantó un castillo, que de su mismo nombre se llamó Heraclea, y hoy es Gibraltar. Desde aquel castillo salieron diversas veces por la tierra á robar, y pelearon con los españoles que les salieron al encuentro, cuando próspera, cuando adversamente. Pasado en esto algun tiempo, y puesta en el castillo buena guarnicion y los despojos en las naves, partieron primero para Sagunto, donde benignamente los recibieron, por ser todos de nacion griega y usar de una misma lengua. Desde Sagunto pasaron á la isla de Mallorca; allí prendieron al rey de aquellas islas, por nombre Bocatoris; pero por entender que en ellas no se hallaba oro, hecho su matalotaje y puesto en las naves muy hermosos bueyes, cuales son los de aquellas islas, se encaminaron la vuelta de Italia. Allí Hércules dió la muerte en la cueva del monte Aventino á Caco, gran salteador, y que le habia hurtado los bueyes que llevaba; quitó asimismo la costumbre que tenían los de aquella tierra de echar cada un año, para aplacar á Saturno, en el Tíbre desde el puente molle un hombre vivo, y hizo que en su lugar echasen ciertas estatuas de paja y de junco. Acabadas estas cosas, por la Liguria, que hoy es el Genovés, se dice que, deshecha otra vez la nave, la pasaron en hombros primero al rio Po, y por él al mar Adriático ó golfo de Venecia. Por este mar, á cabo de tan largos caminos y de tantas vueltas como hicieron Jason y Hércules y sus compañeros, sanos y salvos volvieron á su tierra. Pero no es de nuestro intento tratar de cosas extranjeras, pues hay hartó que hacer en declarar las que propiamente á España tocan. Un autor, por nombre Hecateo, niega esta venida en España de Hércules el Tebano, hijo de Anfitrion, que por otro nombre llamaron Alceo; mas Diodoro y todos los demás autores testifican lo contrario, demás de los rastros del camino que en España y en los montes Pirineos y en la Gallia Narbonense quedaron deste viaje y se con-

servaron por largos tiempos, y aun en la misma entrada de Italia las Alpes Leponcias y Euganeas tomaron estos apellidos de dos compañeros de Hércules, con que se muestra, no solo que Hércules vino á España, sino que parte de su gente pasó en Italia por tierra, y dejaron en algunos lugares por donde pasaron nombres y apellidos griegos. Virgilio atribuye á este Hércules la muerte de los Geriones, de que se trató arriba con la libertad que suelen los poetas; y por la semejanza de los nombres entiendo se trocaron los tiempos. Despues de la venida de Hércules y despues de la muerte de Milico, reinó en España Gargoris, famoso por la invencion que halló de coger la miel, por donde asimismo le llamaron Melicolu. En tiempo deste rey concurrió la guerra muy famosa de Troya, la cual concluida, las reliquias de los ejércitos griego y troyano se derramaron y hicieron asiento en diversas partes del mundo, en particular vinieron á España, y poblaron en ella no pocos capitanes de los griegos. Tal es la comun opinion de nuestros historiadores y gente, que muchas naciones antiguamente trasladadas á esta region, por la comodidad que hallaron, asentaron y poblaron en diversas partes de España. En este cuento tiene el primer lugar Teucro, el cual, despues de la muerte desgraciada de su hermano Ajax, porque su padre Telamon no le permitió volver á su tierra solo, aportó primero á la isla de Chipre, y en ella edificó la ciudad de Salamina, hoy Famagosta, que llamó así del nombre de su misma patria. De Chipre pasó en España, y en ella, donde al presente está Cartagena, dicen edificó otra ciudad, que de su nombre llamó Teucría. No hay duda sino que Justino y san Isidoro hacen mencion desta venida de Teucro á España; y aun Justino, en particular, dice que se apoderó de aquella parte donde está situada Cartagena; pero que allí haya fundado ciudad, y que la haya llamado Teucría, puede ser verdad, mas ellos no lo dicen ni se hallan algunos rastros de poblacion semejante. Verdad es otrosí que todos concuerdan en que Teucro pasó el estrecho de Gibraltar, y vueltas las proas á manderecha, mas adelante del cabo de San Vicente y de las marinas de toda la Lusitania, paró en las de Galicia, y en ellas fundó la ciudad de Hellene, que es la que al presente se llama Pontevedra; y aun quieren que del nombre de uno de sus compañeros fundó otra ciudad llamada Amfiloquia, que los romanos llamaron Aguas Calientes, y los suevos que asentaron adelante por aquellas partes, la llamaron Auria; nosotros la llamamos Orense. Dicen otrosí que Diomedes, hijo de Tideo, aportó á las riberas de España; pero como en todas las partes los naturales le hiciesen resistencia, rodeadas todas las riberas del mar Mediterráneo y gran parte del Océano, pasó de la otra parte de la Lusitania, y allí fundó del nombre de su padre la ciudad de Tuy, que en latin se llama *Tude* ó *Tyde*, entre las bocas de los rios Miño y Limia, á la ribera del mar. Estrabon asimismo en el libro 3.^o refiere que Mnesteo Ateniense con su flota vino á Cádiz, y en frente de aquella isla á la boca del rio Belon, que hoy es Guadalete, por donde desemboca en la mar, se dice edificó una ciudad de su mismo apellido y nombre, donde al presente está y se ve el puerto de Santa Maria. Demás, que entre los dos brazos de Guadalquivir edificó un templo, que se llamó antiguamente Oráculo de Mnesteo, sobre el mismo mar, que fué de grande

momento para acrecentar en España la superstición de los griegos. Por conclusion, Estrabon y Solino testifican que Ulises entre los demás vino á España, y que en la Lusitania ó Portugal fundó la ciudad de Lisboa; cosa de que el mismo nombre de aquella ciudad da testimonio, que, segun algunos, en latin se escribe *Ulyssipo*; si bien otros son de diferente parecer, movidos así del mismo nombre de aquella ciudad, del cual por antiguallas se muestra se debe escribir *Olyssipo* y no *Ulyssipo*, como tambien porque en las marinas de Flándes, en diversos lugares, se halla mencion de las aras ó altares de Ulises, dado que no pasó en aquellas partes. Por estos argumentos pretenden que, conforme á la vanidad de los griegos, pusieron á Ulises antiguamente en el número de sus dioses, y para honralle en diversas partes le edificaron memorias; lo cual, dicen, pudo ser sucediese en España, y que Lisboa por esta causa tomase el nombre de Ulises, sin que él ni su gente aportasen á estas partes.

CAPITULO XIII.

De las cosas de Abides y de la general sequedad de España.

Por este mismo tiempo el rey Gargoris tenia su reino de los Curetes, como lo dice Justino, en el bosque de los Tartesios, desde donde los antiguos fingieron que los titanes hicieron guerra á los dioses. Este rey, las demás virtudes que se entiende tuvo muy grandes, afeó con la crueldad y fiereza de que usó con un su nieto, llamado Abides; nació este mozo de su hija fuera de matrimonio. El abuelo, con intento de encubrir aquella mengua de su casa, mandó que le echasen en un monte á las fieras para que allí muriese. Ellas, mudada su naturaleza, trataron al infante con la humanidad que el fiero ánimo de su abuelo le negaba, ca le criaron con su leche y le sustentaron con ella algun tiempo. No bastó esto para amansalle, antes por su mandado de nuevo le pusieron en una estrecha senda para que el ganado que por allí pasaba le hollase. Guardábale el cielo para cosas mayores: escapó deste peligro así bien como del pasado. Usaron de otra invencion, y fué que por muchos días tuvieron sin comer perros y puercos para que hiciesen presa en aquellas tiernas carnes. Libróle Dios deste peligro como de los dos ya referidos: las mismas perras, con cierto sentimiento de misericordia, dieron al infante leche. Por conclusion, el mismo mar, donde le arrojaron, le sustentó con sus olas, y echado á la ribera, una cierva le crió con su regalo y con su leche. Hace mucho al caso para mudar las costumbres del ánimo y del cuerpo la calidad del mantenimiento con que cada uno se sustenta, y mas en la primera edad; así fué cosa maravillosa por causa de aquella leche y sustento cuán suelto salió de miembros. Igualaba en correr los años adelante, y alcanzaba las fieras, y confiado en su ligereza, y por ser naturalmente atrevido y de ingenio muy vivo, hacia robos y presas por todas partes, sin que nadie se atreviese á hacelle resistencia. Todavía, molestados los comarcanos con sus insultos, se concertaron de armalle un lazo, en que cayó, y preso le llevaron á su abuelo, el cual, luego que vió aquel mancebo, por cierto sentimiento oculto de la naturaleza, de que muchas veces sin entendello somos tocados, y no sé qué cosa mayor de lo que se veia, respandecia en su rostro, mirándole atentamente y las

señales que siendo niño le imprimieron en su cuerpo, entendió lo que era verdad, que aquel mozo era su nieto y que no sin providencia mas alta habia escapado de peligros tan graves. Con esto trocó el odio en benignidad, púsole por nombre Abides, túvole consigo en tanto que vivió, con el tratamiento y regalo que era razon, y á su muerte le nombró por sucesor y heredero de su reino y de sus bienes. Suele ser ocasion de vencer grandes dificultades cuando el cuerpo se acostumbra á trabajos desde la mocedad; además que era de grande ingenio, por donde en industria y autoridad se aventajó á los demás reyes sus antepasados. Persuadió á sus vasallos, gente bárbara y que vivian derramados por los campos, se juntasen en forma de ciudades y aldeas con mostrarles cuánto importa para la seguridad y buena andanza la compañía entre los hombres y el estar trabados entre sí con leyes y estatutos. Con la comodidad de la vida política y sociable ayuntó el ejercicio de las artes y de la industria; con esto las costumbres fieras de aquellas gentes se trocaron y ablandaron. Restituyó el uso del vino y la manera de labrar los campos, olvidada y dejada de muchos años atrás; ca la gente se sustentaba solo con las yerbas y con la fruta que de suyo por los campos nacia sin labrallos ni cultivallos. Ordenó leyes, estableció tribunales, nombró jueces y magistrados para tener trabados los mayores con los menores y que todos viviesen en paz. Por esta forma y con esta industria ganó las voluntades de los suyos, y entre los extraños gran renombre. Vivió hasta la postrera edad, en que muy viejo trocó la vida con la muerte. Falleció el cuerpo, pero su fama ha durado y durará por todos los años y siglos. Dicese que sus sucesores por largos tiempos poseyeron su reino, sin señalar ni los nombres que tuvieron ni los años que reinaron. Solo se entiende que Abides y sus hazañas concurrieron con el tiempo de David, rey del pueblo judáico. Justino parece le hace del mismo tiempo de los Geriones, y que reinó, no en toda, sino en cierta parte de España. Esto es lo que toca á Abides. El tiempo adelante no tiene cosa que de contar sea y que haya quedado por escrito, fuera de una señalada sequedad de la tierra y del aire, que se continuó por espacio de veinte y seis años, y comenzó no mucho despues de lo que queda contado. Muchos historiadores de comun consentimiento testifican y afirman fué esta sequedad tan grande, que se secaron todas las fuentes y rios fuera de Ebro y Guadalquivir, y que consumida del todo la humedad con que el polvo se junta y se pega, la misma tierra se abrió, y resultaron grandes grietas y aberturas, por donde no podian escapar ni librarse los que querian, para sustentar la vida, irse á otras tierras. Por esta manera España, principalmente en los lugares mediterráneos, quedó desnuda de la hermosa de árboles y de yerbas, fuera de algunos árboles á la ribera de Guadalquivir, yerma junto con esto de bestias y de hombres, y se redujo á soledad, y fué puesta en miserable destruicion. El linaje de los reyes y de los grandes faltó de todo punto; que la gente menuda, con la pobreza y por no tener provision para muchos dias, se recogieron con tiempo á las provincias comarcanas y á los lugares marítimos. Añaden en conclusion que, despues de grandes vientos que se siguieron á esta seca y arrancaron todos los árboles de raíz, las muchas lluvias que sucedieron sazonaron la tierra

de tal suerte, que los huidos, mezclados con otras naciones, como luego dirémos, volvieron á España á sus antiguos asientos, y tornaron á restituir el linaje de los españoles, que casi faltara de todo punto. Esto dicen los mas. Otros autores de grande erudicion é ingenio han procurado quitar el crédito á esta narracion, que estriba en testimonio de nuestras historias y de nuestra gente con estos argumentos. Dicen que ningun escritor griego ni latino ni aun todas nuestras historias hacen mencion de cosa tan grande y tan señalada, como quier que declaren y cuenten muchas veces cosas muy menudas. Preguntan si han quedado rastros algunos, ó de la ida de los españoles ó de su vuelta, si letreros, si antiguallas; cosas todas que por menores ocasiones se suelen levantar y conservar para perpetua memoria. Añaden ser imposible que con tan grande sequedad, y de tantos años como dicen fué esta, se haya conservado alguna parte de humor en los rios que dicen de Guadalquivir y Ebro, si se considera cuán gran parte de humedad y de agua en el discurso del verano por la falta de las lluvias consume el calor del sol. En el cual tiempo muchas veces rios muy caudalosos se secan, mayormente si la sequedad y el calor son extraordinarios por la fuerza de alguna maligna constelacion y estrella. Dicen mas, que con sequedad tan grande y de tanto tiempo no se abriera la tierra, antes se desmenuzara en polvo, pues con la humedad se cuajan los cuerpos, y con la sequedad se deshacen y resuelven; de que da bastante muestra el suelo de Africa y de Libia, donde consumida la humedad de la tierra con el ardor del cielo, hay arenales tan grandes que con los vientos, á la manera del mar, se levantan olas y montes de polvo. Esto es lo que dicen ellos; á nos no parecia dejar la opinion recibida, la fama comun y tradicion de nuestra gente y el testimonio conforme de nuestras historias sin razon que fuerce para ello. Puédese entender y sospechar para excusar á los antiguos que la fama solamente declara la suma de las cosas sin guardar el orden y razon dellas, trastrueca las personas, lugares y tiempos y por lo menos aumenta todas las cosas y las hace mayores de lo que á la verdad fueron; ca es semejante á los grandes rios, los cuales, mudadas las aguas, tanto cuanto mas se alejan de su nacimiento y primeras fuentes, y mudado todo lo al, solo conservan el apellido, y nombre primero; y es cosa averiguada que, no solo el intervalo del tiempo, sino la distancia de los lugares no muy grande altera á las veces la memoria. Todo esto entendemos sucedió en el negocio presente; que ni la seca de aquel tiempo fué tan grande ni tan larga como refieren, antes que llovió algunas, aunque pocas veces y escasamente, de suerte que bastase para que la tierra no se resolviese en polvo y no faltasen de todo punto y se consumiesen los rios; pero no para que la tierra pudiese producir y sazonar los frutos y mieses ni para cerrar las aberturas y grietas que al principio se hicieron. Puédese demás desto creer que lo que sucedió en tiempo de Faeton en las otras provincias, esto es, que por el ardor del sol y la seca extraordinaria las tierras se abrasaron, que fué el fundamento de la ficcion y fábula de Faeton y del sol, la misma afliccion padeció España en el mismo tiempo, y aun mayor, por ser mas sujeta que las otras tierras á la sequedad del aire y falta de lluvias.

CAPITULO XIV.

Cómo los celtas y los de Rodas vinieron á España.

La fama desta desolacion de España movió á misericordia y á compasion á las gentes comarcanas, que consideraban la mudanza y vuelta de las cosas humanas. Junto con esto, pasado el trabajo, fué ocasion que gran muchedumbre de gente extranjera viniese á poblar en esta provincia; parte de los que con sus ojos en tiempo de su prosperidad vieron los campos, policía y riquezas de los españoles; parte los que por dicho de otros habian comenzado á estimar y desear esta tierra. Así, venida la ocasion, con mujeres, hijos y hacienda vinieron los pueblos enteros á morar en ella, y de la provincia yerina cada cual ocupó aquella parte que entendia ser mas á su propósito, sea para los ganados que traia, ó por ser aficionado á la labor de la tierra. Por la industria destes y por la mucha y abundante generacion que tuvieron, no en mucho tiempo se restituyó la antigua hermosura, policía y frecuencia de las ciudades, y con un nuevo lustre que volvió, cesó la avenida de tantos males. Desde la Gallia comarcana, pasados los Pirineos, los celtas se apoderaron para habitacion suya de todo aquel pedazo de España que se extiende hasta la ribera del Ebro, y por la parte oriental del monte Idubeda, que goza de un cielo muy apacible y alegre, la ciudad de Tarazona, que hoy se ve, Nerto-briga y Arcobriga, que han faltado, estaban en aquella parte. Destos celtas y de los españoles que se llamaban iberos, habiéndose entre sí emparentado, resultó el nombre de Celtiberia, con que se llamó gran parte de España. Multiplicó mucho esta gente, que fué la causa de dilatar grandemente sus términos hácia medioidía, de que dan bastante prueba Segobriga, Belsino, Urcesa y otros lugares distantes entre sí, que de graves autores son contados entre los celtiberos. Lo mismo acaeció á muchas partes y pueblos de España, que con el tiempo tuvieron sus distritos, ya mas estrechos, ya mas anchos, segun y como sucedian las cosas. A la parte del septentrion, á los confines de los Celtiberos, caian los Arevacos, que eran donde al presente están asentadas Osma y Agreda, y con ellos los Duracos, los Pelendones, los Neritas, los Presamarcos, los Cilenos, todos pueblos comprehendidos en el distrito de los Celtiberos y emparentados con ellos. Y aun se entiende que todos estos pueblos á un mismo tiempo vinieron de la Gallia y se derramaron por España, por conjeturas probables que hay para creello, pero ningun argumento que concluya. Lo que tiene mas probabilidad es que los de Rodas, por la grande experiencia que tenian en el marear, con que se hicieron y fueron señores del mar por espacio de veinte y tres años, así en las otras provincias como tambien en España, para su fortificacion y para tener donde se recogiesen las flotas cuando la mar se alterase, demás desto, para la comodidad de la contratacion con los naturales, edificaron castillos en muchos lugares. Particularmente á las haldas de los Pirineos fundaron á Rodope ó Roda, que hoy es Roses, junto á un buen seno de mar, ciudad que antiguamente creció tanto, que en tiempo de los godos fué catedral y tuvo obispo propio; mas al presente es muy pequeña, y que fuera de las ruinas y rastros de su antigua nobleza, pocas cosas tiene que sean de ver. Los rodios,

M-1.

asimismo refieren, fueron los primeros que enseñaron á los españoles hacer gomenas y sogas de esparto y tejer la pleita para diversas comodidades y servicios de las casas. Refieren otrosí que enseñaron á hacer las atahonas para moler el trigo con mayor facilidad que antes; cosa que, por ser la gente tan ruda y por su poca maña, costaba mucho trabajo. Dicen demás desto que fueron los primeros que trajeron á España el uso de la moneda de cobre, con gran maravilla y risa al principio de los naturales, que con un poco de metal de poco ó ningun provecho se proveyesen y comprasen mantenimientos, vestidos y otras cosas necesarias. Fué sin duda grande invencion la del dinero, y semejante á encantamiento, como lo toca Luciano en la *Vida de Democrite*. Finalmente, á propósito de dilatar el culto de sus dioses y á imitacion de los saguntinos, edificaron un templo á la diosa Diana, en que usaban de extraordinarias ceremonias y sacrificios, sin declarar qué manera de sacrificios y ceremonias eran estas. Puédesse creer que, conforme á la costumbre de los tauros, sacrificaban á aquella diosa los huéspedes y gente extranjera. En particular dicen que edificaron á Hércules un oráculo, y ordenaron se le hiciesen sacrificios, los cuales no se celebraban con palabras alegres ni rogativas blandas de los sacerdotes, sino con maldiciones y denuestos; tanto, que tenian por cierto que con ninguna cosa mas se profanaban que con decir, aunque fuese acaso, entre las ceremonias solemnes y sacrificios alguna buena palabra. De que daban esta razon: Hércules, llegado á Lindo, que es un pueblo de Rodas, pidió á un labrador que le vendiese uno de los bueyes con que araba, y como no quisiese venir en ello, tomóselos por fuerza entrambos. El labrador, por no poder mas, vengó la injuria con echarle maldiciones y decirle mil oprobrios, los cuales por entonces Hércules, estando comiendo, oyó con alegría y grandes risadas; después de ser consagrado por dios, pareció á los ciudadanos de Lindo de conservar la memoria de este hecho con perpetuos sacrificios. Para esto edificaron un altar, que llamaron Bucigo, que es lo mismo que yugo de bueyes; criaron junto con esto al mismo labrador en sacerdote, y ordenaron que en ciertos tiempos sacrificase un par de bueyes, renovando juntamente los denuestos que contra Hércules dijo. Esta costumbre y ceremonia, conservada por los descendientes destes, se puede entender vino en este tiempo á España tomada de la vanidad de los griegos, y que la trajeron los de Rodas con su venida. Está Roses asentada en frente de Empúrias, y apartada della por la mar espacio de doce millas á las postreras haldas de los Pirineos. Del cual monte se dice que por el mismo tiempo se encendió todo con fuego del cielo, ó por inadvertencia y descuido de los pastores, ó por ventura de propósito quemaron los árboles y los matorrales con intento de desmontar y romper los campos para que se pudiesen cultivar y habitar y apacentar en ellos los ganados. Lo cierto es que este monte por los griegos fué llamado Pirineo del fuego, que en griego se llama Pir, sea por el suceso ya dicho, sea, como otros quieren, por causa de los rayos que por su altura muchas veces le combaten y abrasan; porque lo que algunos fingen que vino este nombre y se tomó de Pirene, mujer amiga de Hércules, y falleció en estos lugares, ó de un Pirro, rey antiguo de España, los mas

inteligentes lo reprueban como cosa fabulosa y sin fundamento. Lo que se tiene por mas cierto es que con la fuerza del fuego las venas de oro y de plata, de que así aquellos montes como todo lo de España estaba lleno, tanto, que decían que Pluton, dios de las riquezas, moraba en sus entrañas, se derritieron de suerte, que salieron arroyos de aquellos metales y corrieron por diversas partes. Los cuales, apagado el fuego, se cuajaron, y por su natural resplandor pusieron maravilla á los naturales, si bien los menospreciaron por entonces, por no tener noticia de su valor; mas las otras naciones, entendido lo que pasaba, se encendieron en deseo de venir á España con esperanza que los de la tierra, como ignorantes que eran de tan grandes bienes, les permitirían de muy buena gana recoger todo aquel oro y plata, por lo menos les seria cosa muy fácil rescátallo por dijes y mercaderías de muy poco valor.

CAPITULO XV.

De la venta de los de Fenicia á España.

De los de Fenicia se dice fueron los primeros hombres que con armadas gruesas se atrevieron al mar, y para enderezar sus navegaciones tomaron las estrellas por guia, el carro mayor y menor, en especial el norte, que es como el quicio ó eje sobre que se menea el cielo. Estos, despues que quitaron el señorío del mar á los de Rodas y á los de Frigia, partiendo de Tiro, plaza nobilísima del Oriente, se dice que navegaron y vinieron en busca de las riquezas de España. Pero á qué parte de España primeramente llegaron, no concuerdan los autores. Aristóteles dice que los de Fenicia fueron los primeros que, llegados al estrecho de Cádiz, rescataron á precio del aceite que traían tanta copia de plata de los de Tarteso, que hoy son los de Tarifa, cuanta ni cabía en las naves ni la podían llevar; de suerte que fueron forzados á hacer de plata todos los instrumentos de las naves y las mismas áncoras. Pudo ser que el fuego de los montes Pirineos se derramó por las demás partes de España, ó de las minas, de que la Bética era abundante, se sacó tanta copia de oro y plata. Lo que lleva mas camino es que los de Fenicia en esta su empresa tocaron primero y acometieron las primeras partes de España, y que aquella muchedumbre de plata la tomaron de los Pirineos, que los naturales les dieron por las cosas que traían de rescate. Puédese tambien creer que Siqueo, hombre principal entre aquella gente, vino, como lo dicen nuestros historiadores, en España por capitán desta armada, ó no mucho despues, por continuar y hacerse siempre nuevas navegaciones y armadas; y que della llevó las riquezas que primeramente le fueron ocasion de casar con la hermana del rey de Tiro, llamada Dido, y despues le acarrearón la muerte por el deseo y codicia que en Pigmalcon, su cuñado, entró del oro de España. Mas quedó en su intento burlado, á causa que Dido, muerto su marido, puestas las riquezas, que ya el tirano pensaba ser suyas, en las naves, se huyó y fué á parar á Társis, que hoy se llama Túnez, ciudad con quien tenían los de Tiro grande amistad y contratacion. Siguiéronla muchos que, por la compasion de Siqueo y por el odio del tirano, mudaron de buena gana la patria en destierro. Para proveerse de mujeres de quien tuviesen sucesion,

en Chipre, donde desembarcaron, robaron bastante número de doncellas, y con ellas fueron á Carquedon, lugar antiguamente edificado por Carquedon, vecino de Tiro, y que estaba asentado doce millas de Túnez. Allí concertaron con los naturales les vendiesen tanta tierra cuanta pudiesen cercar con un cuero de buey; vinieron los africanos en lo que aquella gente les pedía, sin entender lo que pretendían. Mas ellos, cortada la piel en correas muy delgadas, con ellas cercaron y rodearon tanta tierra, que pudieron en aquel sitio hacer y levantar una fortaleza, de donde la dicha fuerza se llamó Birsá, que significa cuero de buey. Esto escribe Justino en el libro 18, dado que nos parece mas probable que birsá en la lengua de los fenices, que era semejante á la hebrea, es lo mismo que bosra, que en lengua hebrea significa fortaleza ó castillo, y que esta fué la verdadera causa de llamarse aquella fortaleza Birsá. Para juntar la fortaleza con el lugar de Carquedon, tiraron una muralla bien larga, y toda así junta se llamó Cartago. Sucedió esto setenta y dos años antes de la fundacion de Roma. Concertaron de pagar á los africanos comarcanos ciertas parias y tributo, con que les ganaron las voluntades. Pero dejemos las cosas de fuera, porque la historia no se alargue sin propósito, y volvamos á Pigmalcon, de quien se dice que, habiéndose por la muerte de Siqueo dejado algunos años la navegacion susodicha, con nuevas flotas partió de Tiro la vuelta de España, surgió y desembarcó en aquella parte de los Turdulos y de la Andalucía, donde hoy se ve la villa de Almuñecar. Allí edificó una ciudad, por nombre Axis ó Exis, para desde ella contratar con los naturales. Cargó con tanto la flota de las riquezas de España, volvió á su tierra, tornó segunda y tercera vez á continuar la navegacion, sin parar hasta tanto que llegó á Cádiz, la cual isla, como antes se llamase Eritrea de los compañeros de oro, segun que de suso queda apuntado, desde este tiempo la llamaron Gadir, esto es, vallado, sea por ser como valladar de España contrapuesto á las hinchadas olas del mar Océano, ó porque el pueblo primero que los de Fenicia en ella fundaron, en lugar de muros le fortificaron de un seto y vallado. Levantaron otrosí un templo en el dicho pueblo á honra de Hércules en frente de tierra firme, por la parte que aquella isla adelgazaba hasta terminarse en una punta ó promontorio, que se dijo Hercúleo, del mismo nombre del templo. Cosas muy extraordinarias se refieren de la naturaleza de esta isla; en particular tenia dos pozos de maravillosa propiedad y muy á propósito para acreditar entre la gente simple la supersticion de los griegos: el uno de agua dulce, y el otro de agua salada; el de la dulce crecía y menguaba cada día dos veces al mismo tiempo que el mar; el de agua salada tenia las mismas mudanzas al contrario, que bajaba cuando el mar subía, y subía cuando él bajaba. Tenia otrosí un árbol llamado de Gerion, por causa que cortado algun ramo distilaba, como sangre, cierto licor, tanto mas rojo cuanto mas cerca de la raíz cortaban el ramo; su corteza era como de pino, los ramos encorvados hácia la tierra, las hojas largas un codo y anchas cuatro dedos, y no habia mas de uno destos árboles, y otro que brotó adelante cuando el primero se secó. Volvamos á los de Fenicia, los cuales fundaron otros pueblos, y entre ellos á Málaga y á Abdera, con que se apoderaron

de parte de la Bética, y ricos con la contratación de España, comenzaron claramente á pretender enseñorearse de toda ella. Platon, en el *Tímeo*, dice que los Atlántides, entre los cuales se puede contar Cádiz, por estar en el mar Atlántico, partidos de la isla Eritrea, apartaron por mar á Acaya, donde por fuerza al principio se apoderaron de la ciudad de Alónas; mas despues se trocó la fortuna de la guerra de suerte, que todos, sin faltar uno, perecieron. Algunos atribuyen este caso á los de Fenicia, por ser muy poderosos en las partes de levante y de poniente, que tendrian fuerzas y ánimo para acometer empresa tan grande. En este mismo tiempo se abrian las zanjás y se ponian los cimientos de la ciudad de Roma; juntamente reinaba entre los judíos el rey Ecequías, despues que el reino de Israel, que contenia los diez tribus de aquel pueblo, destruyó Salmanasar, gran rey de los asirios. Hijo deste grande emperador fué Senaquerib. Este juntó un grueso ejército con pensamiento que llevaba de apoderarse de todo el mundo, destruyó la provincia de Judea, metió á fuego y á sangre toda la tierra, finalmente, se puso sobre Jerusalem. Dábase pena entretenerse en aquel cerco, porque conforme á su soberbia aspiraba á cosas mayores. Dejó al capitan Rabsac con parte de su ejército para que apretase el cerco, que fué el año décimo cuarto del reino de Ecequías. Hecho esto, pasó en Egipto con la fuerza del ejército. Cercó la ciudad de Pelusio, que antiguamente fué Heliópolis, y al presente es Damiatá. Allí le sobrevino un grande revés, y fué que Taracón, el qual, con el reino de Etiopia juntara el de Egipto, le salió al encuentro, y en una famosa batalla que le dió, le desbarató y puso en huída. Herodoto dijo que la causa deste desman fueron los ratones, que en aquel cerco le royeron todos los instrumentos de guerra. Sospéclase que lo que le sucedió en Jerusalem, donde, como dice la Escritura, el Angel en una noche le mató ciento y ochenta mil combatientes, lo atribuyó este autor á Egipto; puede ser tambien que en entrambos lugares le persiguió la divina justicia, y quiso contra él manifestar en dos lugares su fuerza. Sosegada aquella tempestad de los asirios, luego que Taracón se vió libre de aquel torbellino, refieren que revolvió sobre otras provincias y reinos, y en particular pasó en España. Estrabon por lo menos testifica haber pasado en Europa; nuestros historiadores añaden que no léjos del rio Ebro, en un ribazo y collado, fundó de su nombre la ciudad de Tarragona, y que los Scipiones, mucho tiempo adelante, la reedificaron y hicieron asiento del imperio romano en España, y que ésta fué la causa de atribuilles la fundacion de aquella ciudad; no solo la gente vulgar, sino tambien autores muy graves, entre ellos Plinio y Solino, si bien el que la fundó primero fué el ya dicho Taracón, rey de Etiopia y de Egipto.

CAPITULO XVI.

Cómo los cartagineses tomaron á Ibiza y acometieron á los mallorquines.

Despues destas cosas y despues que la reina Dido pasó desta vida, los cartagineses se apercebieron de armadas muy fuertes, con que se hicieron poderosos por mar y por tierra. Deseaban pasar en Europa y en ella extender su imperio. Acordaron para esto en primer lugar acometer las islas que les caian cerca del mar Mediter-

ráneo, para que sirviesen de escala para lo demás. Acometieron á Sicilia la primera, despues á Cerdeña y á Córcega, donde tuvieron varios encuentros con los naturales, y finalmente, en todas estas partes llevaron lo peor. Parecióles de nuevo emprender primero las islas menores, porque tendrian menor resistencia. Con este nuevo acuerdo, pasadas las riberas de Liguria, que es el Genovés, y las de la Gallia, tomaron la derrota de España, donde se apoderaron de Ibiza, que es una isla rodeada de peñascos, de entrada dificultosa, sino es por la parte de mediodía, en que se forma y extiende un buen puerto y capaz. Está opuesta al cabo de Denia, apartada de la tierra firme de España por espacio no mas de cien millas; es estrecha y pequeña, y que apenas en circuito boja veinte millas, á la sazón por la mayor parte fragosa y llena de bosques de pino, por donde los griegos la llamaron Pitiusa. En todo tiempo ha sido rica de salinas y dotada de un cielo muy benigno y de extraordinaria propiedad, pues ni la tierra cria animales ponzoñosos ni sabandijas, y si los traen de fuera, luego perecen. Es tanto mas de estimar esta virtud maravillosa cuanto tiene por vecina otra isla, por nombre Ofiusa, que es tanto como isla de culebras, llena de animales ponzoñosos, y por esta causa inhabitable, segun que lo testifican los cosmógrafos antiguos; juego muy de considerar y milagro de la naturaleza. Verdad es que en este tiempo no se puede con certidumbre señalar qué isla sea esta ni en qué parte cauya. Unos dicen que es la Formentera, á la cual opinion ayuda la distancia; por estar no mas de dos mil pasos de Ibiza; otros quieren sea la Dragonera, movidos de la semejanza del nombre, si bien está distante de Ibiza y casi pegada con la isla de Mallorca. Los mas doctos son de parecer que un monte, llamado Colubrer, pegado á la tierra firme y contrapuesto al lugar de Peñíscola, se llamó antiguamente en griego Ofiusa, y en latín *Colubraria*, sin embargo que los antiguos geógrafos situaron á Ofiusa cerca de Ibiza; pues en esto como en otras cosas, pudieron recibir engaño por caerles lo de España tan léjos. Apoderado que se hobieron los cartagineses de la isla de Ibiza, y que fundaron en ella una ciudad del mismo nombre de la isla para mantenerse en su señorío, se determinaron de acometer las islas de Mallorca y Menorca, distantes entre sí por espacio de treinta millas, y de las riberas de España sesenta. Los griegos las llamaron, ya Ginesias, por andar en ellas á la sazón la gente desnuda, que esto significa aquel nombre, ya Baleares, de las bondas de que usaban para tirar con grande destreza. En particular la mayor de las dos se llamó Clumba, y la menor Nura, segun que lo testifica Antonino en su *Itinerario*, y dél lo tomó y lo puso Florian en su historia. Antes de desembarcar rodearon los cartagineses con sus naves estas islas, sus entradas y sus riberas y calas; mas no se atrevieron á echar gente en tierra espantados de la fiereza de aquellos isleños, mayormente que algunos mozos briosos que se atrevieron á hacer prueba de su valentía quedaron los mas en el campo tendidos, y los que escaparon, mas que de paso se volvieron á embarcar. Perdida la esperanza de apoderarse por entonces destas islas, acudieron á las riberas de España, por ver si podrian con la contratacion calar los secretos de la tierra, ó por fuerza apoderarse de alguna parte della, de

sus riquezas y bienes. No salieron con su intento, ni les aprovechó esta diligencia por dos causas: la primera fué que los saguntinos, para donde de aquellas islas muy en breve se pasa, como hombres de policía y de prudencia, avisados de lo que los cartagineses pretendían, que era quitarles la libertad, los echaron de sus riberas con maña, persuadiendo á los naturales no tuviesen contratacion con los cartagineses. Demás desto, las necesidades y apretura de Cartago forzaron á la armada á dar la vuelta y favorecer á su ciudad, que ardia en disensiones civiles, y juntamente los de Africa comarcanos le hacian guerra; fuera de una cruel peste, con que pereció gran parte de los moradores de aquella muy noble ciudad. Para remedio destes males se dice que usaron de diligencias extraordinarias, en particular hicieron para aplacar á sus dioses sacrificios sangrientos é inhumanos; maldad increíble. Ca vueltas las armadas por respuesta de un oráculo, se resolvieron de sacrificar todos los años algunos mozos de los mas escogidos; rito traído de Siria, donde Melchon, que es lo mismo que Saturno, por los moabitas y fenicios era aplacado con sangre humana. Hacia se el sacrificio desta manera: tenian una estatua muy grande de aquel dios con las manos cóncavas y juntas, en que puestos los mozos, con cierto artificio caian en un hoyo que debajo estaba lleno de fuego. Era grande el alarido de los que allí estaban, el ruido de los tamboriles y sonajas, en razon que los aullidos de los miserables mozos que se abrasaban en el fuego no moviesen á compasion los ánimos de la gente, y que pudiesen sin remedio. Fué cosa maravillosa lo que añaden, que luego que la ciudad se obligó y enredó con esta supersticion, cesaron los trabajos y plagas, con que quedaron mas engañados; que así suele castigar muchas veces Dios con nuevo y mayor error el desprecio de la luz y de la verdad y vengar un yerro con otro mayor. Esta ceremonia, no muy adelante ni mucho tiempo despues deste, pasó primero á Sicilia y á España con tanta fuerza, que en los mayores peligros no entendian se podia bastantemente aplacar aquel dios sino era con sacrificar al hijo mayor del mismo rey. Y aun las divinas letras atestiguan que el rey de los moabitas hizo esto mismo para librarse del cerco que le tenian puesto los judíos. Por ventura tenian memoria que Abraham, príncipe de la gente hebrea, por mandado de Dios quiso degollar sobre el altar á su hijo muy querido Isaac; que los malos ejemplos nacen de buenos principios. Y Filon, en la *Historia de los de Fenicia*, dice hobo costumbre que en los muy graves y extremos peligros el príncipe de la ciudad ofreciese al demonio vengador el hijo que mas queria, en precio y para librar á los suyos de aquel peligro, á ejemplo é imitacion de Saturno, al cual los fenices llaman Israel, que ofreció un hijo que tenia de Anobret, ninfa, para librar la ciudad que estaba oprimida de guerra, y le degolló sobre el altar vestido de vestiduras reales. Esto dice Filon. Yo entiendo que trastrocadas las cosas, como acontece, este autor por Abraham puso Israel, y mudó lo demás de aquella hazaña y obediencia tan notable en la forma que queda dicha.

CAPITULO XVII.

De la edad de Argantonio.

En este mismo tiempo, que fué seiscientos y veinte años antes del nacimiento de Cristo nuestro Señor, y de la fundacion de Roma corria el año 132, concurrió la edad de Argantonio, rey de los tartesos, de quien Silio Itálico dice vivió no menos de trecientos años. Plinio, por testimonio de Anacreonte, le da ciento y cincuenta. A este, como tuviese gran destreza en la guerra y por la larga experiencia de cosas fuese de singular prudencia, le encomendaron la república y el gobierno. Tenian los naturales confianza que con el esfuerzo y buena maña de Argantonio podrian rebatir los intentos de los fenicios, los cuales, no ya por rodeos y engaños, sino claramente, se ende rezaban á enseñorearse de España, y con este propósito, de Cádiz habian pasado á tierra firme. Valíanse de sus mañas: sembraban entre los naturales discordias y riñas, con que se apoderaron de diversos lugares. Los naturales, al llamamiento del nuevo Rey, se juntaron en son de guerra, y castigado el atrevimiento de los fenicios, mantuvieron la libertad que de sus mayores tenian recibida; y no falta quien diga que Argantonio se apoderó de toda la Andalucía ó Bética y de la misma isla de Cádiz; cosa lacedera y creible, por haberse muchos de los fenicios á la sazón partido de España en socorro de la ciudad de Tiro, su tierra y patria natural, contra Nabucodonosor, emperador de Babilonia, que con un grueso ejército bajó á la Suria, y con gran espanto que puso, se apoderó de Jerusalem, ciudad en riquezas, muchedumbre de moradores y en santidad la mas principal entre las ciudades de Levante. Prendió demás desto al rey Sedegufas, el cual, junto con la demás gente y pueblo de los judíos, envió cautivo á Babilonia. Combatió otrosí por mar y por tierra la ciudad de Tiro, que era el mas noble mercado y plaza de aquellas partes. Los de Tiro, como se vieron apretados, despacharon sus mensajeros para hacer saber á los de Cartago y á los de Cádiz cuán gran riesgo corrian sus cosas si con presteza no les acudian. Decian que, fuese por el comun respeto de la naturaleza, se debian mover á compasion de la miseria en que se hallaba una ciudad poco antes tan poderosa; fuese por ser madre y patria comun de donde todos ellos tenian su origen; fuese por consideracion de su mismo interés, pues por medio de aquella contratacion poseian sus riquezas, y ella destruida, se perderia aquel comercio y ganancia. No dilatasen el socorro de dia en dia, pues la ocasion de obrar bien como sea muy presurosa, por demás despues de perdida se busca. No les espantasen los gastos que harian en aquel socorro; que, ganada la victoria, les recobrarian muy aventajados. Por conclusion, no les retrajese el trabajo ni el peligro, pues á la que debian todas las cosas y la vida, era razon aventurarlo todo por ella. Oida esta embajada, no se sabe lo que los cartagineses hicieron. Los de Cádiz, hechas grandes levas de gentes y de españoles que llevaron de socorro, con una gruesa armada se partieron la vuelta de Levante. Llegaron en breve á vista de Tiro y de los enemigos. Ayudóles el viento, con que se atrevieron á pasar por medio de la armada de los babilonios y entrar en la ciudad. Con este nuevo socorro, alentados los de Tiro,

que se hallaban en extremo peligro y casi sin esperanza, cobraron un tal esfuerzo, que casi por espacio de cuatro años enteros entretuvieron el cerco con encuentros y rebates ordinarios, que se daban de una y otra parte. Quebrantaron por esta manera el coraje de los babilonios, los cuales por esto y porque de Egipto, donde les avisaban se hacian grandes juntas de gentes, les amenazaban nuevas tempestades y asonadas de guerra, acordaron de levantar el cerco. Pareció á Nabucodonosor debía acudir á lo de Egipto con presteza antes que por su tardanza cobrasen mas fuerza. Esta nueva guerra fué al principio variable y dudosa, mas al fin Egipto y Africa quedaron vencidas y sujetas al rey de Babilonia; de donde compuestas las cosas, pasó en España con intento de apoderarse de sus riquezas y de vengarse juntamente del socorro que los de Cádiz enviaron á Tiro. Desembarcó con su gente en lo postrero de España á las vertientes de los Pirineos; desde allí sin contraste discurrió por las demás riberas y puertos sin parar hasta llegar á Cádiz. Josefo, en las *Antigüedades*, dice que Nabucodonosor se apoderó de España. Apellidáronse los naturales, y apercebiáanse para hacer resistencia. El babilonio, por miedo de algun revés que escureciese todas las demás victorias y la gloria ganada, y contento con las muchas riquezas que juntara y haber ensanchado su imperio hasta los últimos términos de la tierra, acordó dar la vuelta; y así lo hizo el año que corria de las fundacion de Roma de 174. Esta venida de Nabucodonosor en España es muy célebre en los libros de los hebreos; y por causa que en su compañía trajo muchos judíos, algunos tomaron ocasion para pensar y aun decir que muchos nombres hebreos en el Andalucía, y asimismo en el reino de Toledo, que fué la antigua Carpetania, quedaron en diversos pueblos que se fundaron en aquella sazón por aquella misma gente. Entre estos cuentan á Toledo, Escalona, Noves, Maqueda, Yepes, sin otros pueblos de menor cuenta, que dicen tomaron estos apellidos de los de Ascalon, Nove, Magedon, Jope, ciudades de Palestina. El de Toledo quieren que venga de Toledoth, dición que en hebreo significa finajes y familias, cuales fueron las que dicen se juntaron en gran número para abrir las zanjias y fundar aquella ciudad. Imaginacion aguda sin duda, pero que en este lugar ni la pretendemos aprobar, ni reprobar de todo punto. Basta advertir que el fundamento es de poco momento, por no estribar en testimonio y autoridad de algun escritor antiguo. Dejado esto, añaden nuestros escritores á todo lo suso dicho, que despues de reprimido el atrevimiento de los fenicios, como queda dicho, y vueltos de España los babilonios, los focenses, así dichos de una ciudad de la Jonia, en la Asia menor, llamada Focea, en una armada de galoras, de las cuales los focenses fueron los primeros maestros, navegaron la vuelta de Italia, Francia y España, forzados, segun se entiende, de la crueldad de Harpato, capitán del gran emperador Ciro, y que en su lugar tenia el gobierno de aquellas partes. Esta gente en lo postrero de la Lucania, que hoy es por la mayor parte la Basilicata, y enfrente de Sicilia edificaron una ciudad, por nombre Velia, donde pensaban hacer su asiento. Pero á causa de ser la tierra mal sana y estéril, y que los naturales los recibieron muy mal, parte dellos se

volvieron á embarcar, con intento de buscar asientos mas á propósito. Tocaron de camino á Córcega; desde allí pasaron á Francia, en cuyas riberas hallaron un buen puerto, sobre el cual fundaron la ciudad de Marsella en un altozano que está por tres partes cercado de mar, y por la cuarta tiene la subida muy agria á causa de un valle muy hondo que está de por medio. Otra parte de aquella gente siguió la derrota de España, y pasando á Tarifa, que fué antiguamente Tarteso, en tiempo del rey Argantonio, avencindados en aquella ciudad, se dice que cultivaron, labraron y adornaron de edificios hermosos, á la manera griega, ciertas islas que caian enfrente de aquellas riberas, y se llamaban Afrodisias. Valió esta diligencia para que las que antes no se estimaban sirviesen en lo de adelante á aquellos ciudadanos de recreacion y deleite; mas todas han perecido con el tiempo, fuera de una, que se llamaba Junonia. Siguióse tras esto la muerte de Argantonio el año, poco mas á menos, 200 de la fundacion de Roma. Para honrarle dicen le levantaron un solemne sepulcro, y al rededor dél tantas agujas y pirámides de piedra cuantos enemigos él mismo por su mano mató en la guerra. Esto se dice por lo que Aristóteles refiere de la costumbre de los españoles, que sepultaban á sus muertos en esta guisa, con esta soledad y manera de sepulcros.

CAPITULO XVIII.

Cómo los fenicios trataron de apoderarse de España.

Grandes movimientos se siguieron despues de la muerte de Argantonio; y España, á guisa de nave, sin gobernalle y sin piloto, padeció graves tormentas. La fortuna de la guerra, al principio variable, y al fin contraria á los españoles, les quitó la libertad. La venida de los cartagineses á España fué causa de estos daños con la ocasion que se dirá. Los fenicios por este tiempo, aumentados en número, fuerzas y riquezas, sacudieron el yugo de los españoles, y recobraron el señorío de la isla de Cádiz, asiento antiguo de sus riquezas y de su contratacion, fortaleza de su imperio, desde donde pensaban pasar á tierra firme con la primera ocasion que para ellos se les presentase. Pensaban esto, pero no hallaban camino ni traza ni ocasion bastante para emprender cosa tan grande. Parecióles que seria lo mejor cubrirse y valerse de la capa de la religion, velo que muchas veces engaña. Pidieron á los naturales licencia y lugar para edificar á Hércules un templo. Decian haberles aparecido en sueños, y mandado hiciesen aquella obra. Con este embuste, alcanzado lo que pretendian, con grandes pertrechos y materiales, le levantaron muy en breve á manera de fortaleza. Muchos, movidos por la santidad y por la devocion de aquel templo y del aparato de las ceremonias que en él usaban, se fueron á morar en aquel lugar, por donde vino en poco tiempo á tener grandeza de ciudad, la cual estuvo, segun se entiende, donde ahora se ve Medina Sidonia, que el nombre de Sidon lo comprueba y el asiento que está enfrente de Cádiz, diez y seis millas apartada de las marinas. Poseian demás desto otras ciudades y menores lugares, parte fundados y habitados de los suyos, parte quitados por fuerza á los comarcanos. Desde estos pueblos que poseian, y princi-

palmente desde el templo, hacian correrías, robaban hombres y ganados. Pasaron adelante, apoderáronse de la ciudad de Turdeto, que antiguamente estaba puesta entre Jeréz y Arcos, no con mayor derecho del que consiste en la fuerza y armas. Desta ciudad de Turdeto se dijeron los Turdetanos, nacion muy ancha en la Bética, y que llegaba hasta las riberas del Océano y hasta el río Guadiana. Los Bástulos, que eran otra nacion, corrian desde Tarifa por las marinas del mar Mediterráneo hasta un pueblo que antiguamente se llamó Barea y hoy se cree que sea Vera. Los Turdulos desde el puerto de Mnesteo, que hoy se llama de Santa María, se extendian hácia el oriente y septentrion, y poco abajo de Córdoba, pasado el río Guadalquivir, tocaban á Sierramorena, y ocupaban lo mediterráneo hasta lo postrero de la Bética. Tito Livio y Polibio hacen los mismos á los Turdulos y Turdetanos, y los mas confunden los términos destas gentes; por esto no será necesario trabajar en señalar mas en particular los linderos y mojones de cada cual destes pueblos, como tampoco los de otros que en ellos se comprehendian, es á saber, los Mastienos, Selbicios, Curenses, Lignios y los demás cuyos nombres se hallan en aprobados autores, y sus asientos en particular no se pueden señalar. Lo que hace á nuestro propósito es que con tan grandes injurias se acabó la paciencia á los naturales, que tenian por sospechoso el grande aumento de la nueva ciudad. Trataron desto entre sí, determinaron de hacer guerra á los de Cádiz, tuvieron sobre ello y tomaron su acuerdo en una junta, que en dia señalado hicieron, donde se quejaron de las injurias de los fenicios. Despues que les permitieran edificar el templo, que se dijo estar en Medina Sidonia, haber echado grillos á la libertad, y puesto un yugo gravísimo sobre las cervicis de la provincia, como hombres que eran de avaricia insaciable, de grande crueldad y fiereza, compuestos de embustes y de arrogancia, gente impia y maldita, pues con capa de religion pretendian encubrir tan grandes engaños y maldades, que no se podian sufrir mas sus agravios; si en aquella junta no habia algun remedio y socorro, que serian todos forzados, dejadas sus casas, buscar otras moradas y asiento apartado de aquella gente; pues mas tolerable seria padecer cualquier otra cosa, que tantas indignidades y afrentas como sufrían ellos, sus mujeres, hijos y parientes. Estas y semejantes razones en muchos fueron causa de gemidos y lágrimas; mas sosegado el sentimiento y hecho silencio, Baucio Capeto, príncipe que era de los Turdetanos: « De ánimo, dice, cobarde y sin brio es llorar las desgracias y miserias, y fuera de las lágrimas no poner algun remedio á la desventura y trabajos. Por ventura, ¿no nos acordáremos que somos varones, y tomadas luego las armas vengarémos las injurias recibidas? No será dificultoso echar de toda la provincia unos pocos de ladrones, si los que en número, esfuerzo y causa les hacemos ventaja, juntamos con esto la concordia de los ánimos. Para esto hagamos presente y gracia de las quejas particulares que unos contra otros tenemos á la patria comun, porque las enemistades particulares no sean parte para impedirnos el camino de la verdadera gloria. Demás desto, no debeis pensar que en vengar nuestros agravios se ofende Dios y la religion, que es el velo de que ellos se cubren. Ca el cielo

ni suele favorecer á la maldad, y es mas justo persuadirse acudir á los que padecen injustamente, ni hay para qué temer la felicidad y buena andanza de que tanto tiempo gozan nuestros enemigos; antes debeis pensar que Dios acostumbra dar mayor felicidad y sufrir mas largo tiempo sin castigo aquellos de quien pretende tomar mas entera venganza, y en quien quiere hacer mayor castigo para que sientan mas la mudanza y miseria en que caen. » Encendiéronse con este razonamiento los corazones de los que presentes estaban, y de comun sentimiento se decretó la guerra contra los fenicios. Nombráronse capitanes, maudáronles hiciesen las mayores juntas de soldados y lo mas secretamente que pudiesen, para que tomasen al enemigo desapercibido y la victoria fuese mas fácil. A Baucio encomendaron el principal cuidado de la guerra, por su mucha prudencia y edad á propósito para mandar y por ser muy amado del pueblo. Con esta resolucion juntaron un grueso ejército, dieron sobre los fenicios, que estaban descuidados, vencióronlos, sus bienes y sus mercaderías dieron á saco, tomáronles las ciudades y lugares por fuerza en muy breve tiempo, así los conquistados por ellos y usurpados, como los que habian fundado y poblado de su gente y nacion. La ciudad de Medina Sidonia, donde se recogió lo restante de los fenicios confiados en la fortificacion del templo, con el mismo impetu fué cercada, y se apoderaron della, sin escapar uno de todos los que en ella estaban que no le pasasen á cuchillo; tan grande era el deseo de venganza que tenian. Pusióronle asimismo fuego, y echáronla por tierra, sin perdonar al mismo templo, porque los corazones irritados, ni daban lugar á compasion, ni la santidad de la religion y el escrúpulo era parte para enfrenallos. En esta manera se perdieron las riquezas ganadas en tantos años y con tanta diligencia, y los edificios soberbios en poco tiempo con la llama del furor enemigo fueron consumidos, en tanto grado, que á los fenicios en tierra firme solo quedaron algunos pocos y pequeños pueblos, mas por no ser combatidos que por otra causa. Reducidos con esto los vencidos en la isla de Cádiz, trataron de desamparar á España, donde entendian ser tan grande el odio y malquerencia que les tenian. Por lo menos, no teniendo esperanza de algun buen partido ó de paz, se determinaron de enviar por socorros de fuera. Esperar que viniesen desde Tiro en tan grande apretura era cosa muy larga. Resolviéronse de llamar en su ayuda á los de Cartago, con quien tenian parentesco por ser la origen comun y por la contratacion amistad muy trabada. Los embajadores que enviaron, luego que les dieron entrada y señalaron audiencia en el Senado, declararon á los padres y senadores cómo las cosas de Cádiz se hallaban en extremo peligro, sin quedar esperanza alguna si no era en su solo amparo; que no trataban ya de recobrar las riquezas que en un punto se perdieron, sino de conservar la libertad y la vida; la ocasion que tantas veces habian deseado de entrar en España, ser venida muy honesta por la defensa de sus parientes y aliados, y para vengar las injurias de los dioses inmortales y de la santísima religion profanada, derribado el templo de Hércules y quitados sus sacrificios, al cual dios ellos honraban principalmente. Añadian que ellos, contentos con la libertad y con lo que antes poseian, los demás

premios de la victoria, que serian mayores que nadio pensaba ni ellos decian, de buena gana se los dejarian. El Senado de Cartago, oida la embajada de los de Cádiz, respondieron que tuviesen buen ánimo, y prometieron tener cuidado de sus cosas; que tenian grande esperanza que los españoles en breve, por el sentimiento y experiencia de sus trabajos, pondrian fin á las injurias; sufriéndose solamente un poco de tiempo, y se entretuviesen en tanto que una armada, apercebida de todo lo necesario, se enviase á España, como en breve se haria. Eran en aquel tiempo señores del mar los cartagineses; tenian en él gruesas armadas, quier por la contratación, que es título con que estos tiempos las naves de Társis ó Cartago se celebran en los divinos libros, quier para extender el imperio y dilatalle, pues se sabe que poseian todas las marinas de Africa, y estaban apoderados en el mar Mediterráneo de no pocas islas. Hasta ahora la entrada en España les era vedada, por las razones que arriba se apuntaron; por esto tanto con mayor voluntad la armada cartaginés, cuyo capitán se decia Maharbal, partida de Cartago por las islas Baleares y por la de Ibiza, donde hizo escala con buenos temporales, llegó á Cádiz año de la fundación de Roma 236. Otros señalan que fué esto no mucho antes de la primera guerra de los romanos con los cartagineses. En cualquier tiempo que esto haya sucedido, lo cierto es que, abierta que tuvieron la entrada para el señorío de España, luego corrieron las marinas comarcanas y robaron las naves que pudieron de los españoles. Hicieron correrías muchas y muy grandes por sus campos; y no contentos con esto, levantaron fortalezas en lugares á propósito, desde donde pudiesen con mas comodidad correr la tierra y talar los campos comarcanos. Movidos por estos males los españoles, juntáronse en gran número en la ciudad de Turdeto, señalaron de nuevo á Baucio por general de aquella guerra. El, con gentes que luego levantó, tomó de noche á deshora un fuerte de los enemigos de muchos que tenian, el que estaba mas cerca de Turdeto, donde pasó á cuchillo la guarnicion, fuera de pocos y del mismo capitán Maharbal, que por una puerta falsa escapó á uña de caballo. En prosecucion desta victoria, pasó adelante y hizo mayores daños á los enemigos, venciéndolos y matándolos en muchos lugares. Estas cosas acabadas, Baucio tornó con su gente cargada de despojos á la ciudad. Los cartagineses, visto que no podian vencer por fuerza á los españoles, usaron de engaño, propia arte de aquella gente; mostraron gana de partidos y de concertarse, ca decian no ser venidos á España para hacer y dar guerra á los naturales, sino para vengar las injurias de sus parientes y castigar los que profanaron el templo sacrosanto de Hércules. Que sabian y eran informados los ciudadanos de Turdeto no haber cometido cosa alguna, ni en desacato de los dioses ni en daño de los de Cádiz; por tanto, no les pretendian ofender, antes maravillados de su valentía, deseaban su amistad, lo cual no seria de poco provecho á la una nacion y á la otra; que dejasen las armas y se diesen las manos y respondiesen en amor á los que á él les convidaban; y para que entendiesen que el trato era llano, sin engaño ni ficcion alguna, quitarían de sus fuerzas y castillos todas las guarniciones, y no permitirían que los soldados hiciesen algun daño

ó agravio en su tierra. A esta embajada los turdetanos respondieron que entouces les seria agradable lo que les ofrecian, cuando las obras se conformasen con las palabras; la guerra que ni la temian ni la deseaban; la amistad de los cartagineses ni la estimaban en mucho, ni ofrecida la desecharian. Aseguraban que los turdetanos eran de tal condicion, que las malas obras acostumbraban á vencer con buenas, y las ofensas con hacer lo que debian; que los desmanes pasados no sucedieron por su voluntad, sino la necesidad de defenderse les forzó á tomar las armas. En esta guisa los cartagineses, con cierto género de treguas, se entretuvieron y repararon cerca de las marinas. Sin embargo, desde allí, puestas guarniciones en los lugares y castillos, hacian guerras y correrías á los comarcanos. Si se juntaba algun grueso ejército de españoles con deseo de venganza, echaban la culpa á la insolencia de los soldados, y con muestra de querer nuevos conciertos, engañaban á aquellos hombres simples y amigos de sosiego, y se pasaban á acometer otros, haciendo mal y daño en otras partes. Era esto muy agradable á los de Cádiz, que llamaron aquella gente. A los españoles por la mayor parte no parecia muy grave de sufrir, como quier que no hagan caso ordinariamente los hombres de los daños públicos cuando no se mezclan con sus particulares intereses. Con esto, el poder de los cartagineses crecia de cada dia por la negligencia y descuido de los nuestros, bien así como por la astucia de ellos. Lo cual fué menos dificultoso por la muerte de Baucio, que le sobrevino por aquel tiempo, sin que se sepa que haya tenido sucesor alguno heredero de su casa.

CAPITULO XIX.

Cómo los cartagineses se levantaron contra los de Cádiz.

No se harta el corazon humano con lo que le concede la fortuna ó el cielo; parecen soeces y bajas las cosas que primero poseemos cuando esperamos otras mayores y mas altas: grande colilla de nuestra felicidad; y no menos nos inquieta la ambicion y naturaleza del poder y mando, que no puede sufrir compañía. Muerto Baucio, los cartagineses, codiciosos del señorío de toda España, acometieron á echar de la isla de Cádiz á los fenicios, sin mirar que eran sus parientes y aliados, y que ellos los llamaron y trajeron á España, que la codicia del mandar no tiene respeto á ley alguna; y ganada Cádiz, entendian les seria fácil enseñorearse de todo lo demás. Tenian necesidad para salir con su intento de valerse de artificio y embustes. Comenzaron á sembrar discordias entre los antiguos isleños y los fenicios. Decian que gobernaban con avaricia y soberbia, que tomaban para sí todo el mando, sin dar parte ni cargo alguno á los naturales; antes usurpadas las públicas y particulares riquezas, los tenian puestos en miserable servidumbre y esclavonía. Por esta forma y con estas murmuraciones, como ambiciosos que eran y de malas mañas, hombres de ingenios astutos y malos, ganaban la voluntad de los isleños, y hacian odiosos á los fenicios. Entendido el artificio, quejábanse los fenicios de los cartagineses y de su deslealtad, que ni el parentesco, ni la memoria de los beneficios recibidos, ni la obligacion que les tenian los enfrenaban y detenian para que no urdiesen aquella maldad y la

llevasen adelante. No aprovecharon las palabras, por estar los corazones dañados: los unos llenos de ira, y los otros de ambición. Fué forzoso venir á las armas y encomendarse á las manos. Los de Fenicia acometieron primero á los cartagineses, que descuidados estaban, y no temian lo que bien merecian; á unos mataron sin hallar resistencia, otros se recogieron á una fuerza que para semejantes ocasiones habian levantado y fortificado en lo postrero de la isla, en frente del promontorio llamado Cronio antiguamente. Hecho esto, volvieron la rabia contra las casas y los campos de los cartagineses, que por todas partes les pusieron fuego, y saquearon sus riquezas. Ellos, aunque alterados con trabajo tan imprevisto, alegrábase empero entre aquellos males de tener bastante ocasion y buen color para tomar las armas en su defensa y echar los fenicios de la ciudad, como en breve sucedió; que recogidos los soldados que tenian en las guarniciones y juntadas ayudas de sus aliados, se resolvieron de presentar la batalla y acometer á aquellos de los cuales poco antes fueran agraviados, destrozados y puestos en huida. No se atrevia el enemigo á venir á las manos ni dar la batalla, ni se podia esperar que por su voluntad vendrian en algun partido, por estar tan fresco el agravio que hicieron á los de Cartago. Pusieronse los cartagineses sobre la ciudad, y con sitio, que duró por algunos meses, al fin la entraron por fuerza. En este cerco pretendien algunos que Pefasmeno, un artífice natural de Tiro, inventó de nuevo para batir los muros el ingenio que llamaron ariete. Colgaban una viga de otra viga atravesada, para que puesta como en balanzas se moviese con mayor facilidad y hiciese mayor golpe en la muralla. Esta desgracia y daño que se hizo á los fenicios, dió ocasion á los comarcanos de concebir en sus pechos gran odio contra los cartagineses. Reprehendian su deslealtad y felonía, pues quitaban la libertad y los bienes á los que, demás de otros beneficios que les tenian hechos, los llamaron y dieron parte en el señorío de España; que eran impíos é ingratos, pues sin bastante causa habian quebrantado el derecho del hospedaje, del parentesco, de la amistad y de la humanidad. Los que mas en esto se señalaron fueron los moradores del puerto de Mnesteo, por la grande y antigua amistad que tenian con los fenicios. Echaban maldiciones á los cartagineses, amenazaban que tal maldad no pasaria sin venganza. De las palabras y de los denuestos pasaron á las armas. Juntáronse grandes gentes de una y de otra parte; pero antes de venir á las manos, intentaron algun camino de concierto. Temian los cartagineses de poner el resto del imperio y de sus cosas en el trance de una batalla; y así, fueron los primeros que trataron de paz. El concierto se hizo sin dificultad. Capitularon desta manera: que de la una y de la otra parte volviesen á la contratacion; que los cautivos fuesen puestos en libertad, y de ambas partes satisficiesen los daños en la forma que los jueces árbítrios que señalaron determinasen. Para que todo este fuese mas firme, pareció á la manera de los atenienses decretar un perpetuo olvido de las injurias pasadas; por donde se cree que el rio Guadalete, que se mete en el mar por el puerto de Mnesteo, se llamó en griego *Lethes*, que quiere decir olvido. Mas cosas trasladado que creo, por no ser fácil ni refutar lo que otros

escriben, ni tener voluntad de confirmar con argumentos lo que dicen sin mucha probabilidad. Añaden que sabidas estas cosas en Cartago por cartas de Maharbal, dieron inmortales gracias á los dioses, y que fué tanto mayor la alegría de toda la ciudad, que á causa de tener revueltas sus cosas, no podian enviar armada que ayudase á los suyos y los asistiese para conservar el imperio de Cádiz. Fué así, que los de Cartago llevaron lo peor, primero en una guerra que en Sicilia, despues en otra que en Cerdeña hizo Maqueo, capitán de sus gentes. Siguióse un nuevo temor de una nueva guerra con los de Africa, de que se hablará luego, que hizo quitar el pensamiento del todo al Senado cartaginés de las cosas de España. Por esta causa, los cartagineses que residian en Cádiz, perdida la esperanza de poder ser socorridos de su ciudad, con astucia y fingidos beneficios y caricias trataron de ganar las voluntades de los españoles. Los que quedaron de los fenicios, contentos con la contratacion para que se les dió libertad, con la cual se adquieren grandes riquezas, no trataron mas de recobrar el señorío de Cádiz. En este tiempo, que corria de la fundacion de Roma el año 252, España fué afligida de sequedad y de hambre, falta de mantenimientos, y de muchos temblores de tierra, con que grandes tesoros de plata y oro, que con el fuego de los Pirineos estaban en las cenizas y en la tierra sepultados, salieron á luz por causa de las grandes aberturas de la tierra, que fueron ocasion de venir nuevas gentes á España, las cuales no hay para qué relatalas en este lugar. Lo que hace al propósito es que desde Cartago, pasado algun tiempo, se envió nueva armada, y por capitanes Asdrúbal y Amilcar, hijos que eran del Magon de suso nombrado y ya difunto. Estos de camino desembarcaron en Cerdeña, donde fué Asdrúbal muerto de los isleños en una batalla; hijos deste fueron Aníbal, Asdrúbal y Safon. Amilcar dejó la empresa de España á causa que los sicilianos, sabida la muerte de Asdrúbal, y habiendo Leonidas Lacedemonio llegado con armada en Sicilia, se determinaron á mover con mayor fuerza la guerra contra los cartagineses. A esta guerra acudió y en ella murió Amilcar, que dejó tres hijos, es á saber, Himilcon, Hannon y Gisgon. Demás desto Dario, hijo de Histaspe, por el mismo tiempo tenia puestos en gran cuidado los cartagineses con embajadores que les envió para que les declarasen las leyes que debian guardar si querian su amistad, y juntamente les pidiesen ayuda para la guerra que pensaba hacer en Grecia. Los cartagineses no se atrevian, estando sus cosas en aquel peligro y balance, á enojalle con alguna respuesta desabrida, si bien no pensaban enviale socorro alguno ni obedecer á sus mandatos. Deste Dario fué hijo Jerjes, el cual el año tercero de su imperio, y de la fundacion de Roma 271, á ejemplo de su padre, trató de hacer guerra en Grecia; y por esta causa los griegos que con Leonidas vinieron á Sicilia fueron para resistirle llamados á su tierra. Con esto el Senado cartaginés comenzó á cobrar aliento despues de tan larga tormenta; y cuidando de las cosas de España, se resolvió de enviar en ayuda de los suyos á aquella provincia en cuatro naves novecientos soldados, sacados de las guarniciones de Sicilia, con esperanza que daban de enviar en breve mayores socorros. Estos de camino echaron anclas y desembarcaron en

Las islas de Mallorca y Menorca, acometieron á los isleños, pero fueron por ellos maltratados. Ca tomando ellos sus hondas, arma de que entonces usaban solamente, con un granizo de piedras maltrataron á los enemigos tanto, que les forzaron á retirarse á la marina y aun á desancorar y sacar las naves á alta mar; de adonde, arrebatados con la fuerza de los vientos, llegaron últimamente á Cádiz. Con la venida deste socorro se disminuyó la fama del daño recibido en Sicilia y de la muerte del capitán Amilcar, y se quitó el poder de alterarse á los discordes contra los cartagineses. En el mismo tiempo dicen que desde Tarteso, que es Tarifa, se envió cierta poblacion ó colonia y por su capitán Capion á aquella isla, que hacia Guadalquivir con sus dos brazos y bocas. Lo cierto es que donde estaba el oráculo de Mnesteo, los de Tarteso edificaron una nueva ciudad, llamada por esta causa Eborá de los Cartesios, á distincion de otras muchas ciudades que hobo en España de aquel nombre, y Tarteso antiguamente se llamó tambien Cartheia. Demás desto, en la una boca de Guadalquivir se edificó una torre, dicha Capion; en qué tiempo no consta, pero los moradores de aquella tierra se sabe que se llamaron cartesios ó tartesios, que dió ocasion á ingenios demasidamente agudos de pensar y aun decir que desde Tarteso se envió aquella poblacion ó colonia hasta señalar tambien el tiempo y capitán que llaman asimismo Capion, como si todo lo tuvieran averiguado muy en particular.

CAPITULO XX.

Cómo Safon vino en España.

Corría por este mismo tiempo fama que toda Africa se conjuraba contra Cartago, que hacian levas y juntas de gentes cada cual de las ciudades conforme á sus fuerzas; y que unas á otras, para mayor seguridad, se daban rehenes de no faltar en lo concertado. El demasiado poder de aquella ciudad les hacia entrar en sospecha; demás que no querian pagar el tributo que por asiento y voluntad de la reina Dido tenian costumbre de pagar. Dábales otrosí atrevimiento lo que se decia de las adversidades y desventuras que en Sicilia y en Cerdeña padecieran. Los de Mauritania, si bien no se podian quejar de algun agravio recibido por los de aquella ciudad, se concertaron con los demás con tanto furor y rabia, que trataban de tirar á su partido á los españoles, que están divididos de aquella tierra por el angosto estrecho de Gibraltar, y apartallos de la amistad de los cartagineses. Movido por estas cosas el Senado cartagines, determinó aparejarse á la resistencia y juntamente enviar al gobierno de lo que en España tenian á Safon, hijo de Asdrúbal, para que con su presencia fortificase y animase á los suyos y sosegase con buenas obras y con prudencia las voluntades de los españoles para que no se alterasen. Lo cual, llegado que fué á España, hizo él con gran cuidado y maña; que llamados los principales de los españoles, les declaró lo que en Africa se trataba y lo que los mauritanos pretendian. Pidióles, por el derecho de la amistad antigua que tenian, no permitiesen que ellos ó algunos de los suyos fuesen atraidos con aquel engaño á dar socorro á sus enemigos, antes con consejo y con fuerzas ayudasen á Cartago. Movidos los españoles con

razones, consintieron que pudiese levantar tres mil españoles, no para hacer guerra ni acometer á los mauritanos, con quien tenia España grandes alianzas y prendas, sino para resistir á los contrarios de Cartago, si de alguna parte se les moviese guerra. Tuvo Safon puestas al Estrecho las compañías y escuadrones, así de su gente como de los españoles, para ver si por miedo mudarian parecer los mauritanos y dejarian de seguir los intentos de los demás africanos. Pero como no desistiesen, pasado el Estrecho, puso á fuego y á sangre los campos y las poblaciones, robando, saqueando y poniendo en servidumbre todos los que por el trance de la guerra venian en su poder. Movidos de sus males los mauritanos, hicieron junta en Tánger, que está en las riberas de Africa enfrente de Tarteso ó Tarifa, para determinar lo que debian hacer. En primer lugar, pareció enviar embajadores en España á quejarse de los agravios que recibian de los suyos, de aquellos que á Safon seguian, y alegar que los que les debian ayudar, esos les hacian contradiccion y perjuicio; mirasen á los que dejaban y con quiénes tomaban compañía; que los cartagineses ponian asechanzas á la libertad de todos, y por tanto era mas justo que juntando las fuerzas con ellos, veagasen las injurias comunes, y no tomasen aparte consejo, de que les hoviese luego de pesar, quier fuesen los cartagineses vencidos, por el odio en que incurrian de toda Africa, quier fuesen vencedores, pues ponian á riesgo su libertad; que los cartagineses, por su soberbia y arrogancia, pensaban de muy atrás enseñorearse de todo el mundo. A esto los españoles se excusaron de aquel desórden, que sucedió sin que lo supiesen, que á Safon se le dió gente de España, no para hacer guerra, sino para su defensa; que enviarian embajadores á Africa, por cuya autoridad y diligencia, si no se concertasen y hiciesen paces, volverian los suyos de Africa. Como lo prometieron, así lo cumplieron. Con la ida de los embajadores se dejaron las armas, y se tomó asiento con tal condicion que el tal capitán cartaginés sacase sus gentes de la Mauritania; los mauritanos llamasen los suyos de la guerra que se hacia contra Cartago, pues de aquella ciudad no tenian queja alguna particular. Esto se concertó; pero como vuelto Safon en España, todavía los mauritanos perseverasen en los reales de los africanos, tornó á movelles guerra, y les hizo mayores daños, y apenas se pudo alcanzar por los españoles que entraron de por medio que, fortificado de nuevas compañías de España que le ofrecian de su voluntad, dejada la Mauritania, entrase mas adentro en Africa. En fin se tomó este acuerdo, con que los ejércitos enemigos de Cartago fueron vencidos, ca los tomaron en medio por frente y por las espaldas las gentes que salieron de Cartago por una parte, y por otra las que partieron de España. Saruco Barquino, así dicho de Barce, ciudad puesta á la parte oriental de Cartago, dado que Silio Itálico dice que de Barce, compañero de Dido, se señaló en servir en esta guerra á los cartagineses. Así le hicieron ciudadano de aquella ciudad, y dió por este tiempo principio á la familia y parcialidad muy nombrada en Cartago de los Barquinos. Dióse fin á esta guerra año de la fundacion de Roma de 283. Safon, vuelto en España, y ordenadas las cosas de la provincia, siete años despues fué removido del cargo y lla-

mado á Cartago, con color de dalle el gobierno de la ciudad y el cargo y magistrado mas principal, el cual, como dice Festo Pompeyo, se llamaba *suffetes*. La verdad era que les daba pena que un ciudadano, con las riquezas de aquella riquísima provincia, creciese mas de lo que podia sufrir una ciudad libre, dado que por hacerle mas honra enviaron en su lugar tres primos suyos, Himilcon, Hannon y Gisgon, y á él, vuelto á su tierra, le hicieron grandes honras; con que se ensoberbeció tanto, que teniendo en poco la tiranía y señorío de su ciudad, trató de hacerse dios en esta forma. Juntó muchasavecillas de las que suelen hablar, y enseñóles á pronunciar y decir muchas veces tres palabras: Gran dios Safon. Dejólas ir libremente, y como repitiesen aquellas palabras por los campos, fué tan grande la fama de Safon por toda aquella tierra, que espantados con aquel milagro los naturales, en vida le consagraron por dios, y le edificaron templos; lo que antes de aquel tiempo no aconteciera á persona alguna. Píinio atribuye este hecho á Hannon, la fama á Safon, confirmada y consagrada por el antiguo proverbio latino y griego, es á saber: Gran dios Safon.

CAPITULO XXI.

Cómo Himilcon y Hannon descubrieron nuevas navegaciones.

Himilcon y Hannon, tomado el cargo de España, luego que pudieron, se hicieron á la vela con su armada para ir á su gobierno. Acometieron de camino á los de Mallorca, si por ventura con maña y dádivas de poco precio pudiesen alcanzar de aquellos hombres groseros, y que no sabian semejantes artificios, que les diesen lugar y permitiesen levantar en aquella isla un fuerte, que fuese como escalon para quitalles la libertad. Dióseles esta licencia, y aun dícese que en Menorca, entre septentrion y poniente, edificaron un pueblo, que se llamó Jama, y otro al levante, por nombre Magon. Algunos añaden el tercero lugar de aquella isla llamado Labon, y piensan que la causa destes nombres fueron tres gobernadores de aquella isla enviados de Cartago sucesivamente. Lo cierto es que Hannon, llegado á Cádiz, con deseo de gloria y de saber nuevas cosas, discurrió por las riberas del mar Océano hasta el promontorio Sacro, que hoy es cabo de San Vicente en Portugal; y todo lo que vió y notó en particular, lo escribió al Senado. Decía que tenía grande esperanza se podian descubrir con grande aprovechamiento de la ciudad las riberas de los mares Atlántico y Gállico, inaccesibles hasta entonces, y que corrian por grande distancia. Que le diesen licencia para aderezar dos armadas y apercebillas de todo lo necesario para tan largas navegaciones y de tanto tiempo. Lo cual el año siguiente por permission del Senado se hizo; mandaron á Himilcon que descubriese las riberas de Europa y los mares lo mas adelante que pudiese. Hannon tomó cuidado de descubrir lo de Africa. Gisgon, por acuerdo de los hermanos y con orden del Senado, quedó en el gobierno de España. Acordado esto, y apercebido todo lo necesario, al principio del año que se contaba de la fundacion de Roma 307, Hannon y Himilcon con sus armadas se partieron para diversas partes. Himilcon partió de Gibraltar, que antiguamente se dijo Heraclea, pasó por los Mesenios y por los Selhisios que estaban en los Bastulos, dobló el cabo postrero del Estrecho, que se dijo Herma

ó promontorio de Junon; y vueltas las proas á mande-recha, llegó á la boca de Gilbo, rio que entra en el mar entre los lugares Bejel y Barbate, como tambien el rio que luego se sigue, llamado Besilio, descarga junto al cabo de San Pedro en frente de Cádiz, y entra en el mar; quedaba entre estos dos rios en una punta de tierra que allí se hace el famoso sepulcro de Gerion. Síguese luego la isla Eritrea, que era la misma de Cádiz, segun algunos lo entienden; otros la ponen por diferente cinco estadios apartada de tierra firme, al presente comida del mar en tanto grado, que ningun rastro della se ve. Mas adelante vieron un monte lleno de bosques y espesura; informáronse, y hallaron que se llamaba Tartesio del nombre comun de aquellas marinas, y que de la cumbre de aquel monte salia y bajaba un rio, el cual arriba se dijo que se llamaba Lethes, y ahora es Guadalete. Seguíanse ciertos pueblos de los Turdetanos, llamados los Cibicenos, que se extendian hasta la primera boca de Guadalquivir. En medio de aquellas sus riberas estaba edificada la torre Gerunda, obra de Gerion. Mas adentro en la tierra los lleates el rio Guadalquivir arriba, los Cempsios, los Manios, todos gentes de la Turdetania. Entendióse tambien que aquel rio, que de otros era llamado Tartesio, nacia de la fuente llamada Ligostica, que manaba y se hacia de una laguna puesta á las haldas del monte Argentario; hoy se llama monte de Segura. Decian asimismo que, dividido en cuatro brazos, regaba los campos de la Bética; mentira que tenia apariencia, y por eso fué creida; ca por ventura tenían entendido que tres rios, los cuales se juntan con Guadalquivir, eran los tres brazos del mismo, ó sea que por ventura le sangraban y hacian acequias en diversas partes para riego de los campos; lo que aponas se puede creer de ingenios tan groseros como eran los de aquel tiempo. Rufe Festo, que escribió estas navegaciones, dice que Guadalquivir entraba en la mar por cuatro bocas; los antiguos geógrafos hallaban dos tan solamente; nosotros mudadas con el tiempo las cosas y alteradas las marinas, no hallamos mas de una. Partido de allí, y pasadas las bocas de Guadalquivir, vieron las cumbres del monte Casio, rico de venas de estaño, como lo dá á entender el nombre; y aun quieren decir que del nombre de aquel monte el estaño por los griegos fué llamado *casiteron*. La llanura bajo de aquel monte poseian los Albicenos, contados entre los Tartesios. Seguíase el rio Ibero, que antiguamente fué término postrero de los Tartesios, y al presente entra en el mar entre Palos y Huelma. De este rio quieren algunos que España haya tomado el nombre de Iberia, y no del otro del mismo apellido que en la España citerior hoy se llama Ebro, y con su nobleza ha escurecido la fama deste otro; llámase hoy rio del Acige por la muchedumbre desta tierra que en aquellos lugares se saca, á propósito de teñir lanas y paños de negro. En la misma ribera hácia el poniente vieron la ciudad de Iberia, de la cual hizo mencion Tito Livio, y era del mismo nombre de otra que estuvo asentada en la ribera del rio Ebro, no lejos de Tortosa. Seguíanse luego los esterios del mar por aquella parte que el promontorio dicho de Proserpina, por un templo desta diosa que allí se via, se metia el mar adentro. Doblada esta punta, vieron lo postrero de los montes Marianos, por donde en el mar se terminan, y encima la cumbre del monte Zefirio;

que parecia llegar al cielo, cubierto de nubes y de niebla, aunque el mar sosegado á causa de los pocos vientos que en aquella parte soplan. Mas adelante, unas riberas llenas de pedregales y matorrales se tendian hasta el monte de Saturno. Luego despues los Cenitas, por medio de los cuales corria Guadiana, con dos islas opuestas, que la mayor llamaban Agonida. Despues doblado el promontorio Sacro, hoy cabo de San Vicente, por riberas que hacen muchas vueltas, llegaron al puerto Cenís, no léjos de la isla dicha entonces Petanio, y hoy Persegüero. Caian cercalos Draganos, pueblos de la Lusitania, incluidos entre dos montes Sefis y Cemfis, y que al norte tenian por término un seno de mar puesto en frente de las islas dichas Strinias, puestas en alta mar. Tenian los Draganos otra isla cerca, llamada Acale, cuyas aguas eran azules extraordinariamente y de mal olor. Esta forma tenian entonces aquellas marinas; al presente, habiéndose el mar retirado, todo está diferente de lo antiguo. Sobre la isla Acale en tierra firme se empinaba el monte Cepirilano, y muy adelante por aquellas riberas hallaron entre levante y septentrion á la isla Pelagia, de mucha verdura y arboledas; pero no osaron saltar en ella, por entender de muchos que era consagrada al dios Saturno, y que á los que á ella abordaban se les alteraba el mar: tal era la vanidad y supersticion de aquella gente. Seguíanse en tierra firme los Sarios, gente inhumana y enemiga de extranjeros; por donde el cabo que en aquella parte hoy se dice Espichel, antiguamente por la fiereza desta gente se llamó Barbario. Desde allí en dos dias de navegacion llegaron á la isla Strinia, deshabitada y llena de malezas, á causa que los moradores, forzados de las serpientes y otras sabandijas, la desampararon y buscaron otro asiento; por esto los griegos la llamaron *Ofiusa*, que es tanto como de culebras. Ofrecióse luego la boca de Tajo, donde los Sarios se terminaban con una poblacion de griegos, que se entiende, no sin probabilidad, que fuese Lisboa, ciudad en el tiempo adelante nobilísima. Hiciéronse desde allí á la vela, y tocaron en las islas Albiano y Lacia; hoy se cree que son las islas puestas enfrente de Bayona en Galicia. Llegaron á las riberas de los Nerios ó Jernos, que se tendian hasta el promontorio Nerio, que llamamos el cabo de Finisterre; junto á él están muchas islas, llamadas antiguamente Strenides, porque los moradores de la isla Strinia, huidos de allí á causa de las serpientes, como se ha dicho, hicieron su asiento en aquellas islas. Decíanse tambien Casiterides, por el mucho plomo y estaño que en ellas se sacaba. Pasado el promontorio Nerio, Himilcon y sus compañeros, vueltas las proas al oriente, por falta de los vientos en aquellas riberas y por los muchos bajos y con las muchas ovas embarazados, padecieron grandes trabajos; mas prosiguieron en correr los puertos, ciudades y promontorios de los Ligores, Asturianos y Siloros, que por orden se seguian en aquellas marinas. De las cuales cosas no se escribe nada, ni se halla memoria alguna de lo que pasaron en el mar de Bretaña y en el Báltico, donde es verisímil que llegaron guiados del deseo de descubrir, calar y considerar las riberas de la Francia y de Alemania. Ni aun, que se sepa, hay memoria del camino que para volver á España hicieron, despues que gastaron dos años enteros en ida y vuelta de navegacion tan larga y dificultosa.

CAPITULO XXII.

De la navegacion de Hamon.

La navegacion de Hamon fué mas larga y la mas famosa que sucedió y se hizo en los tiempos antiguos, y que se puede igualar con las navegaciones modernas de nuestro tiempo, quando la nacion española con esfuerzo invencible ha penetrado las partes de levante y de poniente, y aun aventajarse á ellas, por no tener noticia entonces de la piedra iman y aguja ni saber el uso, así della como del cuadrante, por donde no se atrevian á meter y alargarse muy adentro en el mar. Juntada pues y apercebida una armada de sesenta galeras grandes, en que llevaban treinta mil personas, hombres y mujeres, para hacer poblaciones de su gente por aquellas riberas donde pareciese á propósito, se hicieron á la vela desde Cádiz. Pasadas las columnas de Hércules en dos dias de navegacion, llegados que fueron á una grande llanura, edificaron una gran ciudad, que dijeron Timiate- rion. Vueltas luego las proas al poniente, seguíase el promontorio Ampelusio, que nosotros comunmente llamamos cabo de Espartel; y aun sospecho es el que Arriano llamó Soloen, de mucha espesura de árboles y de muy grande frescura. Siguese el rio Zilia, que sospechoso Polibio llamó Anatis; y en este tiempo junto á él está asentado un lugar, por nombre Arcilla. Los Lixos, gente que moraba y tomaba el nombre del rio Lixio, el cual corre de la Libia y descarga por aquella parte en el Océano, estaban tendidos setecientas y treinta y cinco millas, conforme á la medida romana, mas adelante del promontorio Ampelusio. Allí fingieron antiguamente que Hércules luchó con el gigante Anteo, y que en el mismo lugar eran los jardines de las Hespérides y el espantoso dragon que las guardaba. Seguíanse á igual distancia en espacio de cien millas, ó veinte y cinco leguas, otros dos rios: el uno se llamó Subur, donde se via una poblacion, por nombre Bonosa; el otro Sala, con otra poblacion del mismo nombre, que hoy se llama Salen, en un buen asiento y fresco, pero molestado de las fieras por cuelle cerca los desiertos de Africa. Partidos de aquellos lugares, llegaron al monte Atlante, que se termina en el mar en el cabo que los antiguos llamaron la postrera Chaunaria, despues por los marineros fué comunmente llamado el cabo Non, por estar persuadidos que el que con loco atrevimiento le pasaba para siempre no volvía; hoy le llamamos cabo del Boyador, si bien algunos ponen por diferentes el cabo Non y el cabo del Boyador; lo mas cierto es que tiene enfrente la isla de Palma, puesta hácia el poniente, una de las Canarias, de la equinoccial distante veinte y ocho grados que tiene de altura. Pasado este promontorio, ofrecióseles una ribera muy tendida hasta una pequeña isla de cinco estadios en circuito, la cual ellos, dejando allí una poblacion, llamaron Cerne. Yo entiendo que en nuestro tiempo se llama Argin, y está pasado el cabo Blanco, asentado veinte y un grados mas acá de la equinoccial; y della todo aquel golfo se llama el golfo de Argin, que va tendido hasta el Cabo Verde y las diez islas que tiene enfrente, antiguamente dichas Hespérides; entre las demás la principal hoy se llama de Santiago, y todas ellas se dicen las islas de Cabo Verde. Este cabo ó promontorio sospecho que Arriano le llama Cuerno Hesperio, y que el rio muy ancho que antes dél

entra en el mar, es el que Festo llama Asama, porque tambien en este tiempo, con nombre no muy diferente de lo antiguo, se llama Sanaga. Cria crocodilos y caballos marinos; crece otrosí, y mengua en el estío á la manera del Nilo; por donde se entiende que tienen una misma origen estos dos rios y nacen de unas mismas fuentes. Los antiguos, y en particular Plinio, le llamaron Nigir. Entra en el mar por dos bocas: la que hemos dicho, y otra que está pasado Cabo Verde, y por su gran anchura vulgarmente se llama el rio Grande. Seguíanse las islas Gorgonides; así las llamó Hannon, de unas mujeres monstruosas que allí vieron, las cuales los antiguos llamaron gorgonas. Cerca de aquellas islas vieron un monte muy empinado, que llamaron Carro de los Dioses, por resplandecer con fuegos y porque tenia grande ruido de truenos; los nuestros le llaman Sierra Leona, puesta ocho grados antes de la equinoccial. En Ptolemeo está demarcado el Carro de los Dioses en cinco grados de altura, y no mas, sea que los números, por descuido de los escribientes, estén estragados, ó que él mismo se engañó. Este monte, por su altura, ordinariamente resplandece con relámpagos, demás que los moradores por causa del calor, que por allí es muy excesivo, de dia están encerrados en cuevas debajo de tierra, y las noches salen á trabajar y procurar su sustento con hechos encendidos; por donde los campos cercanos á aquel monte resplandecen de noche, y parece que arden en vivas llamas y en fuego; cosa que dió ocasion á Hannon y á sus compañeros á que pensasen de veras, ó que de propósito fingiesen, como suele acontecer cuando se habla de cosas y lugares tan apartados, que de aquellas partes y campiñas corrian en el mar rios de fuego, y que todas aquellas tierras comarcanas estaban yermas, á causa de aquellas perpetuas llamas. Pasado aquel monte, descubrieron una isla, habitada de hombres cubiertos de vello (así lo entendieron ellos), y para

memoria de cosa tan señalada, de dos hembras que prendieron; porque á los machos no pudieron alcanzar por su gran ligereza, como no se amansasen, las mataron, y enviaron á Cartago las pieles llenas de paja, donde estuvieron mucho tiempo colgadas en el templo de Vénus, para memoria de tan grande maravilla. Los doctos ordinariamente no sin razon creen que esta isla es una que está debajo la equinoccial frontero de un cabo de Africa, llamada de Lope Gonzalez, sujeta en este tiempo á los portugueses, y que se llama la isla de Santo Tomé, tan rica de azúcares, que se dan muy bien en ella, como mal sana, principalmente á los nuestros, como quier que los etíopes se hallen allí muy bien de salud. Los hombres cubiertos de vello entendemos que fueron cierto género de monas grandes, cuales en Africa hay muchas y de diversas raleas, del todo en la figura semejantes á los hombres, y de ingenios y astucias maravillosas. Arriano escribe que Hannon y sus compañeros desde aquellos lugares y desde aquella isla dieron la vuelta á España, forzados de la falta de mantenimientos. Plinio dice que Hannon llegó hasta el mar Rojo, pasado, es á saber, el cabo de Buena Esperanza, en el cual, adelgazadas de entrambas partes las riberas, la Africa interior á manera de pirámide se termina. Dice mas, que desde allí envió embajadores á Cartago, por tierra sin duda, con informacion de todo lo sucedido. En esto concuerdan, que volvió al quinto año de la partida de España, y de la fundacion de Roma se contaba 312. Los que con él fueron, vueltos, á porfia contaban milagros que les acontecieran en navegacion tan larga, tormentas, figuras de aves nunca oidas, cuerpos monstruosos de fieras y peces, varias formas de hombres y de animales, vistas ó creidas por el miedo, ó fingidas de propósito para deleitar al pueblo, que abobado oía cosas tan extrañas y nuevas.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Que Hannon y sus hermanos volvieron á su tierra.

HANNON y Himilcon, despues de tan dificultosos viajes y tan largas navegaciones, vueltos en España, con deseos de descansar y de ver á su patria, sin dilacion se partieron á Cartago, donde fueron con grande acompañamiento de los que salieron á recebillos, con aplauso de todo el pueblo y solemnidad semejante á triunfo medidos en la ciudad. Todos alababan y engrandecian el vigor de sus ánimos, sus famosos acometimientos y el alegre remate de sus empresas. Quedó Gísgon en el gobierno de España, al cual se le dió tambien licencia que dejado el cargo se volviese á Cartago. Lo que mucho importaba para continuar en su poder y autoridad, hicieron que Aníbal, su primo, que era hermano de Safon, junto con Magon, pariente y amigo de los mismos, fuesen

nombrados para suceder en el gobierno de España. Deste Magon se dice que en las islas Baleares, donde se detuvo algunos años, edificó en Menorca una ciudad de su nombre. No hay duda sino que en aquella isla hobo antiguamente una ciudad que se llamó Magon, pero la semejanza del nombre no es conjetura bastante para asegurar que haya en particular sido fundada por este Magon, como quier que no haya para comprobarlo otro testimonio de escritores antiguos. Lo que se tiene por averiguado es que, llegado que fué Aníbal á Cádiz, Gísgon, cargada la flota de riquezas que él y sus hermanos juntaran muy grandes, se hizo á la vela, pero no llegó á Cartago, porque corrió fortuna, y se perdió con todas las naves por la violencia de ciertas tormentas, muchas y muy bravas, que por aquellos dias trajeron muy alterado el mar, que fué año de la fundacion de Roma de 315. Dícese tambien que Aníbal, en las riberas del mar

Océano antes de llegar al cabo de San Vicente, en un buen puerto fundó una ciudad que antiguamente se llamó puerto de Aníbal (ahora se llama Albor), cerca de Lagos, pueblo antiguamente dicho Lacobriga. Por otra parte, los tartesios á la postrera boca del río Guadalquivir edificaron un castillo con un templo consagrado á Vénus; la cual estrella, porque se llama también Lucifero ó Lucero, el templo se dijo Lucifero, y hoy, corrompida la voz, se llama Sanlúcar, pueblo en este tiempo, por la contratacion de las Indias y por ser escala de aquella navegacion, entre los mas nombrados de España. Así cuentan esta fundacion nuestras historias, que afirman también que por el mismo tiempo se encendió una guerra muy cruel entre los béticos, que hoy son los andaluces, y los lusitanos, gentes que moraban de la una y de la otra parte de Guadiana. Dicen que comenzó de diferencias y riñas entre los pastores; que á los lusitanos favorecieron los cartagineses, á los béticos una ciudad principal por aquellas partes, la cual algunos sospechan que fuese la Iberia, de quien arriba se hizo mencion, y que las mismas mujeres tomaron las armas; tan grande era la rabia y furia que tenían. La batalla fué muy herida: pelearon por espacio de un día entero sin declararse ni conocerse la victoria por ninguna de las partes. Despartiólos la noche; fueron pasados á cuchillo ochenta mil hombres, y entre ellos el principal caudillo de los cartagineses, que si esto es verdad, se puede con razon pensar fuese el mismo Aníbal. Añaden que Magon, movido de la fama de aquella batalla, partió luego de las Baleares Mallorca y Menorca en ayuda de los suyos y en busca de los enemigos, los cuales, por haber recibido en aquella batalla no menor daño que hecho, fueron forzados, quemada la ciudad, á buscar otros asientos, por miedo de mayor mal. Corria ya el año de la fundacion de Roma de 321. En el cual año sucedió en Cartago grande mudanza, ca muertos en aquella ciudad casi en un tiempo Asdrúbal y Safon, hermanos de Aníbal, el crédito y autoridad de Hannon, que ya flaqueaba con la nueva del daño recibido en España, se perdió de todo punto, por brotar, como acontece en las adversidades, el odio de muchos, que llevaban de mala gana se gobernase y se trastornase toda la ciudad á voluntad y antojo de un ciudadano, y que un particular pudiese mas que los que tenían á cargo el gobierno. Acordaron criar un magistrado de cien hombres, con cargo y autoridad de tomar cuenta á los capitanes que volbiesen de la guerra. Forzaron pues á Hannon á pasar por la tela deste juicio. Ventilóse su negocio, condenáronle en destierro, que fué no menor invidia que ingratitud, especial que ninguna causa alegaban mas principal para lo que hicieron, sino que era de ingenio é industria mayor que pudiese seguramente sufrille una ciudad libre, pues habia sido el primero de los hombres que se atrevió á amansar un leon y hacelle tratable; que no se debia fiar la libertad de quien dormaba la fiera de las bestias. La verdad es que las ciudades libres suelen concebir odio y siniestra opinion contra los ciudadanos que entre los demás se señalan, y con invidia maltratar á los principes de la república, á quien muchas veces fué cosa perjudicial y acarreó notable daño aventajarse en valor, industria y virtudes á los demás.

CAPITULO II.

De las cosas por los españoles hechas en Sicilia.

Algunos años se pasaron despues desto sin que sucediese en España cosa digna de memoria hasta el año de la fundacion de Roma de 327. En el cual tiempo, partida toda la Grecia en dos partes, se hacia la guerra Peloponesiaca. Juntamente el segundo año desta guerra, una cruel peste se derramó casi por toda la redondez de la tierra, la cual, como tuviese su principio en la Etiopia, de allí pasó á las demás provincias, y por remate en España asimismo mató y consumió hombres y ganados sin número y sin cuento. Hicieron mencion desta plaga Tucídides, Tito Livio y Dionisio Halicarnaseo, y aun nuestras historias atribuyen la causa desta mortandad á la sequedad del aire; pero Hipócrates, que vivió por el mismo tiempo, afirma que para librar á Tesalia desta peste, hizo él quemar los montes y bosques de aquella tierra. Lo que á nuestro propósito hace es que para la guerra que en Sicilia traian los de Lentino y los caranenses contra los siracusanos, ciudad entonces la mas populosa y poderosa de aquella isla, Nicias y Alcibiades, aunque era de poca edad, fueron de Aténas enviados con una armada de cien galeras en socorro de los leontinos. Esta era la voz; pero de secreto llevaban esperanza de apoderarse de toda la isla. Sucediéraseles como lo pensaban si Alcibiades, que se habia al principio gobernado bien y quebrantado las fuerzas de los siracusanos, no fuera acusado á la misma sazón en Aténas al pueblo de haber descubierto los misterios de Cérés, en ninguna cosa mas solemnes y sagradas que en el silencio. Citáronle para que pareciese en juicio y se descargase: él por la conciencia del delito, ó por miedo de los contrarios, se fué á Lacedemonia, donde como fuese recibido benignamente por su excelente ingenio y por la fama de lo que habia hecho, les persuadió por vengarse que enviasen en socorro de los siracusanos un valeroso capitan llamado Gilipo; con cuya llegada se trocaron las cosas de tal suerte, que fueron vencidos los atenienses por mar y por tierra, y el mismo Nicias con otros muchos, vino en poder de sus enemigos los de Lacedemonia. Poseian los cartagineses por aquel tiempo junto al promontorio Lilibéo, que ahora es cerca de Trapani, y distaba de Cartago ciento y ochenta millas, algunos pueblos de aquella isla. Los Agrigentinos, que ahora se llaman de Gergento, y eran comarcanos, llevaban mal que el poder de los cartagineses se continuase y envejeciese tanto tiempo en aquella isla, fuera de agravios particulares que les tenían hechos. Sucedió que los cartagineses salieron á un bosque no léjos de la ciudad de Minoa para hacer cierto sacrificio; acudieron los de Gergento, y pasaron á cuchillo los contrarios, por haber salido sin armas y sin recelo, todos los que no escaparon por los piés y se salvaron por aquellos bosques y montes. Sabido esto en Cartago, todo el pueblo se alteró y se movió á vengar aquel insulto. Con este acuerdo enviaron á Sicilia dos mil cartagineses y otros tantos soldados españoles. Juntaron con ellos quinientos mallorquines honderos, nuevo y extraordinario género de milicia, los cuales, puesto que al principio fueron menospreciados del enemigo porque iban desnudos, venidos á las manos, dieron á los suyos la victoria; ca con una perpetua lluvia de piedras mal-

trataron y destrozaron el cuerno y costado izquierdo de los enemigos. Muchos fueron en la pelea muertos, y mayor número en el alcance; algunos se escaparon ayudados de la oscuridad de la noche, y se recogieron á la ciudad; pero con cerco que le tuvieron de dos años, vino asimismo á poder de los cartagineses, año de la fundacion de Roma de 346. El fin desta guerra fué principio de otra mas grave. Dionisio, el mas viejo, estaba apoderado tiránicamente de Siracusa; era grande su poder y sus fuerzas muy temidas. Acudieron á él los de Gergento secretamente; pidiéronle los recibiese en su proteccion y librase aquella ciudad del poder y mando muy pesado de los cartagineses. Prometiéronle lo que pedían, por tener entendido que sus intentos de hacerse rey de toda aquella isla no podrian ir adelante en tanto que los cartagineses en ella tuviesen autoridad y mando. Dióles por consejo que en el entretanto que él se aprestaba, saliesen todos muy secretamente de Gergento, y al improviso se apoderasen de Camarina y de Gela, pueblos comarcanos, desde donde podrian correr los campos de los enemigos; que lo demás él lo tomaba á su cargo. Ejecutóse luego esto, hiciéronse y recibiéronse daños de una y otra parte. Entonces Dionisio interpuso su autoridad, requirió á los cartagineses por sus embajadores que se hiciese satisfaccion y se restituyesen los daños los unos á los otros como era justo. Principalmente hacia instancia que á los de Gergento se restituyese su ciudad, por lo menos que los desterrados y ahuyentados pudiesen volver á ella y gozar de las mismas libertades y franquezas que los de Cartago; concluía que de otra manera no sufriria que sus parientes y aliados fuesen tratados como esclavos. A esto los cartagineses respondieron ser derecho de las gentes que los vencedores mandasen á su voluntad á los vencidos; que ellos no comenzaron la guerra, sino, al contrario, los de Gergento los habian á ellos acometido y agraviado, junto con el desacato que hicieron á la deidad de los dioses, que no haria bien ni debidamente si se metiese á la parte y amparase aquella gente malvada y sin Dios, en lo que decia que no pasaria por alto ni disimularia las injurias de los de Gergento, cuando quisiese tomase la demanda y las armas; que entenderia lo que el poder invencible de los cartagineses y sus soldados envejecidos en las armas harian. Con este principio, con estas demanda y respuesta se rompió claramente la guerra. Dionisio recogia las fuerzas de toda aquella isla, y incitaba contra los de Cartago, así á las ciudades griegas como á Darío Noto, rey de Persia, con embajadas que le envió en esta razon. Ellos, por el contrario, levantaron quince mil infantes, parte de Cartago, parte de Africa, y cinco mil caballos. Asimismo juntaron diez mil españoles, y para mas ganalle las voluntades y asegurarse mas dellos, restituyeron á Cádiz en su antigua libertad, en sus leyes y sus fueros. Solamente les vedaron el hacer y tener galeras; quitaron las guarniciones de donde las tenian puestas; solo conservaron el famoso templo de Hércules con algunas pocas atalayas por aquellas marinas. Hízose la masa de todas estas gentes en Cartago, de donde Himilcon Cipo, nombrado por general, se partió con una armada muy gruesa, que al principio tuvo vientos frescos, después arreció el tiempo de manera que derrotó las naves, y surgieron en diversos puertos de Sicilia; eran las

naves españolas mas fuertes y los pilotos mas diestros; y así, sufrieron la tempestad en alta mar; y luego que alojó el viento, se juntaron y tomaron el puerto de Camarina. Combatieron aquella ciudad por espacio de cuatro dias, á cabo dellos la tomaron, y pasados á cuchillo todos los moradores, la pusieron á fuego: grande crueldad, pero que atemorizó á los de Gela en tanto grado, que sin hacer resistencia desampararon la ciudad; acudieron las demás naves á aquellos lugares, donde refrescado el ejército y los soldados con reposo de algunos dias, se determinaron de presentar la batalla á Dionisio, de quien tenian aviso que traia grandes fuerzas por mar y por tierra; excusaron la batalla naval, á causa que muchos de sus bajeles se volvieron á Cartago y á Cádiz; acordaron seria mas expediente pelear con los enemigos en tierra. Estaba el cartaginés con esta resolucion cuando Dionisio se les presentó delante; juntáronse reales con reales á pequeña distancia; ordenaron sus escuadrones y huestes para dar la batalla; primero Dionisio en esta manera: puso en igual distancia y á ciertos trechos los socorros que tenia de diversas ciudades, por frente y á entrambos lados la caballería, los de Siracusa quedaron en la retaguarda, Himilcon al contrario, hechos tres escuadrones de su gente, salió al encuentro al enemigo; en medio y por frente los españoles, en el otro lado y en el otro los cartagineses con cada setecientos honderos y los caballos que fortalecian los dos cuernos y costados; dos mil infantes escogidos de todo el ejército quedaron de respeto y de socorro para las necesidades. Dada que fué la señal de pelear, arremetieron todos con grande denuevo y cerraron. Fué la batalla por grande espacio dudosa, sin declararse la victoria; reparaban y mezclábanse los escuadrones; muchos de ambas partes caían, sin reconocerse ventaja; solo la caballería de Dionisio comenzaba á llevar lo mejor y apretar los caballos cartagineses; y hobieran salido con la victoria y retirado los contrarios si Himilcon no se adelantara con las compañías que tenia de respeto contra la caballería enemiga, que no pudo sufrir el nuevo ímpetu de aquellos soldados, y apretada á un mismo tiempo por frente y por las espaldas, muertos muchos dellos, todos los demás se pusieron en huida. Los honderos, en particular, con un granizo de piedras herian en el enemigo, que quedó con los costados descubiertos; puestos en huida los caballos sicilianos, revolvíó Himilcon con su gente y con su caballería sobre la infantería siciliana, que todavía estaba trabada y peleaba valientemente; con su llegada desbarató los escuadrones sicilianos. Dionisio, que no solo se habia mostrado prudente capitán, sino hecho oficio de esforzado soldado, y puesta en huida su caballería, apeado con un escudo de hombre de á pié, sustentó por largo espacio la pelea, ca acudia á todas partes, y donde quiera que veia trabajados á los suyos, allí hacia volver las banderas y acudir los escuadrones; á lo último, perdida la esperanza, se retiró con los suyos cogidos y poco á poco hacia sus reales, que por ser ya noche no fueron tomados por el enemigo. Hizo aquella misma noche junta de capitanes, animó á los suyos, díjoles que no perdiesen el ánimo, que los cartagineses no habian vencido por fuerza, sino con artificio y maña; que si por algun tiempo se entretenian, la caballería, que quedaba entera, y grandes gen-

tes de toda la isla en breve les acudirían. Hecho esto, mandó á los soldados que quedaron sanos se fuesen á reposar, y á los heridos hizo curar con grande cuidado; juntamente se aparejó para defender los reales, pero toda aquella diligencia fué sin provecho, ca luego el día siguiente como concurriesen los enemigos, cegasen la cava y combatiesen y pasasen las alharradas, entre los carros y el bagaje se renovó la pelea. En fin, Dionisio, perdida toda esperanza, con algunas heridas que llevaba, se puso en huida. Grande fué el número de los sicilianos que pereció en estas dos peleas; y aun de los cartagineses se dice que les costó harta sangre la victoria, de los cuales fueron muertos tres mil, y de los españoles dos mil. Con la nueva desta jornada, muchas ciudades de Sicilia se entregaron á los vencedores; pero ya que estaban apoderados de casi toda la isla, para muestra de la inconstancia de las cosas humanas les sobrevino tal peste, que los ejércitos fueron destrozados y menguados con tanto dolor y pena de la ciudad de Cartago cuando les llegó esta nueva, que no de otra manera que si la misma ciudad fuera tomada, se entristecieron los ciudadanos y se cubrieron de luto. Volvió con pocos el general vestido de una esclavina suelta sin ceñidor, á manera de siervo; y acompañado de los sollozos del pueblo que le seguía, entrado en su casa, sin admitir á persona alguna que le hablase, ni aun á sus propios hijos, él mismo se dió la muerte. Despues desto quieren decir que Dionisio procuró por sus embajadores apartar á los españoles de la amistad de los de Cartago, y que, al contrario, los cartagineses con todo buen tratamiento y blandura los entreluvieron. Lo que consta es que por diligencia y buena maña de Dion Siracusano se asentó paz por treinta años entre los sicilianos y cartagineses el año tercero de la olimpiade 93, que fué de la fundacion de Roma de 356; paz que no duró mucho. No falta quien diga que, despues de la pelea famosa llamada Leutrica, Dionisio envió socorros á los de Lacedemonia (entre los demás se cuentan celtas y españoles, quier fuesen de las reliquias de Himilcon, quier llevados desde España para este efecto), y que con estos socorros Arquidamo, hijo de Agesilao, cerca de la ciudad de Mantinea venció y mató á Epaminonda, señalado capitán de los tebanos; con lo cual libró la antigua ciudad de Lacedemonia de la destruccion que la amenazaba y del riesgo que corría. Por el mismo tiempo, como algunos cartagineses partiesen de España por mar, sea arrebatados contra su voluntad de algun recio temporal, sea con deseo de imitar á Hannon, tomando la derrota entre poniente y mediodía, y vencidas las bravas olas del gran mar Océano, con navegacion de muchos días descubrieron y llegaron á una isla muy ancha, abundante de pastos, de mucha frescura y arboledas y muy rica, regada de rios que de montes muy empinados se derribaban, tan anchos y hondables, que se podían navegar. Por esto y por estar yerma de moradores, muchos de aquella gente se quedaron allí de asiento, los demás con su flota dieron la vuelta, y llegados á Cartago, dieron aviso al Senado de todo. Aristóteles dice que, tratado el negocio en el Senado, acordaron de encubrir esta nueva, y para este efecto hacer morir á los que la trajeron. Temían, es á saber, que el pueblo, como amigo de novedades y cansado con la guerra de tantos años, no dejasen la ciudad

yerma, y de comun acuerdo se fuesen á poblar á tierra tan buena; que era mejor carecer de aquellas riquezas y abundancia que enflaquecer las fuerzas de su ciudad con extenderse mucho. Esta isla creyeron algunos fuese alguna de las Canarias; pero ni la grandeza, en particular de los rios, ni la frescura concuerdan. Así los mas eruditos están persuadidos es la que hoy llamamos de Santo Domingo ó Española, ó alguna parte de la tierra firme que cae en aquella derrota; y mas cuidaron ser isla, por no haberla costado y rodeado por todas partes ni considerado atentamente sus riberas.

CAPITULO III.

Cómo la guerra de Sicilia se movió de nuevo.

Ardían los cartagineses en deseos de tornar á la guerra de Sicilia, y para esto levantaban de nuevo soldados en Africa y en España. Los españoles no gustaban desta guerra, por caer tan léjos y por haberles sucedido por dos veces tan mal, tenían la pérdida por mal agüero; representábaseles los desastres y reveses pasados, y decían no ser cosa justa hacer á los sicilianos guerra, de los cuales ningun agravio recibieran. Viendo esto los cartagineses, determinan de disimular hasta tanto que con el tiempo hobiesen puesto en olvido los males pasados ó alguna ocasion se presentase que les pudiese en necesidad de abrazar la guerra, que por entonces tanto aborrecían. Esto trataban los cartagineses sin descuidarse en juntar una gruesa flota, cuando muy á su propósito en España, por falta de agua, sobrevino una grande hambre, y tras ella, como es ordinario, una peste y mortandad no menor. De Sicilia otrosí certificaban que Dionisio, despues de estar apoderado en gran parte de aquella isla, pasado con sus armadas en Italia, y tomado Regio, ciudad puesta en lo mas angosto del estrecho ó faro de Mecina, tenia puesto sitio sobre Cotron, ciudad griega y marítima, por estar persuadido se aumentarían mucho sus fuerzas si se hacia señor de aquella plaza, tan principal por su fortaleza y puerto, y que está puesta en lo último de Italia. Estas cosas movieron al Senado cartaginés á volver á la guerra de Sicilia; á los españoles á tomar las armas convidaron los trabajos que padecían; alistáronse en número de veinte mil peones y mil caballos, y aun de camino en las naves de Mallorca á Cartago llevaron trescientos honderos. Estaba nombrado por general desta empresa un hombre principal, llamado Hannon, el cual, con esta gente y otros diez mil africanos que tenia á punto, pasó luego á Sicilia. Tuvo Dionisio aviso de lo que pasaba y de la trama que se le urdía, por lo cual fué forzado á dejar á Italia y acudir á lo que mas le importaba. La flota con que desde Regio pasaban los soldados en Sicilia fué desbaratada y vencida por la cartaginesa, y muchas naves tomadas que llevaban la ropa y recámara del mismo Dionisio. Allí, entre los demás papeles, se hallaron cartas de un cartaginés, llamado Sunniato, escritas en griego, en que avisaba á Dionisio del intento y aparato de aquella guerra: traicion y felonía cometida contra su patria solo por envidia y rabia de que no le hobiesen encomendado á él aquella guerra, delito que á él costó la vida, y en general fué ocasion de que se promulgase un decreto en que se proveyó que ningun cartaginés en lo de adelante pudiese estudiar las letras y

lengua griega, con intento que no se pudiese sin intérprete comunicar con el enemigo ni de palabra ni por escrito. Despues desta victoria naval, muchos pueblos y ciudades de Sicilia se entregaron á Hannon, y la guerra se proseguia con varios trances y sucesos hasta tanto que últimamente el año diez y seis despues que se comenzó, que á la cuenta de Eusebio de la fundacion de Roma fué el de 386, ó como otros mejor dicen de la olimpiade 99, año segundo, de Roma 371, Dionisio fué muerto por conjuracion de los suyos. Sucedióle un su hijo, de pequeña edad, llamado asimismo Dionisio, de cuya enseñanza y del gobierno de la república se encargó su cuñado Dion, casado con una su hermana. Eran perversas las inclinaciones que en aquel mozo se descubrian; para criarle y amaestrarle hizo venir desde Atenas al famoso filósofo Platon. Con los de Cartago asentó treguas y hizo capitulaciones; pero toda esta diligencia y la prudencia de este insigne varon no fué bastante para que no se alterase aquella isla. Ca entre Dionisio, que con la edad se hacia mas feroz y mas bravo, y Dion, su cuñado, resultaron sospechas y desabrimientos, por donde Dion fué forzado á desamparar la tierra; dado que en breve se trocaron las cosas, y Dion, hecho mas fuerte por algun tiempo, despojó á Dionisio del reino, y le forzó á dejar á Sicilia y andar desterrado, sin amigos, sin hacienda ni reposo. Esto fué lo que sucedió en Sicilia; volvamos á contar las cosas de España.

CAPITULO IV.

De lo que hizo Hannon.

Ya se dijo cómo al principio de la guerra de Sicilia los cartagineses restituyeron á los de Cádiz en gran parte su libertad. Concluida aquella guerra, enviaron dos gobernadores desde Cartago á España, es á saber, Bostar para el gobierno de las islas Mallorca y Menorca, con órden que procurase ganar la voluntad de los saguntinos y conquistalla con toda muestra de amistad y buenas obras, lo cual él hizo como le era mandado; pero ellos, con deseo de la libertad, tuvieron todas aquellas caricias por sospechosas, y las desecharon constantemente, sin dalle lugar de entrar en su ciudad, con diversas excusas que alegaron para ello. A Hannon fué dado cuidado de gobernar á los de Cádiz; pero como en el Andalucía apretase á los naturales, y con grande codicia metiese la mano en las riquezas, así de particulares como del comun, cosa que le fué mal contada, puso á los españoles en necesidad, comunicado el negocio entre sí, de levantarse contra los cartagineses. Tomaron súbitamente las armas, mataron muchos de los enemigos en los pueblos donde los hallaron derramados, y metieron á saco sus bienes. Hannon, perdida gran parte de los suyos y desamparado de los españoles sus aliados, llamó en su socorro gente de Africa; estos, con correrías que hacian por aquella parte de España que hoy se llama Andalucía, trabajaron grandemente la tierra con estragos y crueldades. Mas sabido que fué en Cartago, enviaron luego sucesor en lugar de Hannon, año de la fundacion de Roma de 398, sin declarar cómo se llamase el sucesor ni qué cosas hiciese en España; por ventura se conformó con el tiempo, y quien quiera que fuese, regalando los naturales, les ganó las voluntades y amansó el odio que tenían contra

los de Cartago, sin usar de otras armas ni violencia. En Sicilia, allende de lo dicho, muerto Dion y vuelto Dionisio del destierro, se tornó á alterar la paz; ca los siracusanos hicieron rostro al tirano, y desde Corinto les enviaron socorro y Timoleon por su capitán. Los cartagineses, vueltas sus fuerzas á aquella guerra, es cosa verisímil que dejaron reposar á España, por donde gozó algun tiempo de grande sosiego y paz. Pero toda aquella alegría y buena andauza en breve se deshizo y trocó, á causa de las grandes crecientes con que los rios salieron de madre, y hicieron increíbles daños en los ganados, campos y edificios. Luego el año siguiente hobo grandes temblores de tierra, con que muchas ciudades á la ribera del mar Mediterráneo quedaron por esta causa maltratadas, y entre las demás Sagunto recibió tanto mayor daño quanto ella sobrepujaba en grandeza, hermosura y riquezas á las demás ciudades de España. El año tercero con bravas tormentas del mar y recios temporales sucedieron grandes naufragios en diferentes lugares, que se contaba de la fundacion de Roma 405. Asimismo Hannon, confiado en las grandes riquezas que juntara en Sicilia y España, y indignado por la afrenta de haberle quitado el gobierno, como se ha dicho, trató y acometió por este tiempo de hacerse tirano en Cartago: para esto se determinó de dar yerbas á todo el Senado, al pueblo y á los principales en un convite general que pensaba hacer en las bodas de una hija suya. Tuvieron los cartagineses aviso de lo que se pasaba y se tramaba; pero sin pasar á mayor averiguacion, se contentaron de acudir al peligro con hacer una pragmática, en que se ponía tasa al gasto de los convites. Con esta disimulacion quedó Hannon mas orgulloso; resolvióse de tomar las armas al descubierto, y para matar los principales y apoderarse de la ciudad, armó sus esclavos, que eran valientes y en gran número. Fué al tanto descubierta esta práctica; acudieron contra él los ciudadanos, y en un castillo do se habia recogido con veinte mil de los suyos, fué preso; sacáronle los ojos, quebráronle los brazos y las piernas, y despues de bien azotado, le pusieron en una cruz. Sus hijos y parientes, así los que tenían parte en la conjuracion como los que estaban sin culpa, fueron por sentencia condenados á muerte, para que no quedase ninguno de aquella familia y ralea que pudiese imitar aquella maldad ni vengar los justiciados; cosa que parece grande crueldad si la gravedad del delito y el amor de la patria no la excusaran en gran parte.

CAPITULO V.

De una embajada que se envió á Alejandro, rey de Macedonia.

A un mesmo tiempo, por muerte del gobernador que enviado en lugar de Hannon sucedió en Cádiz, Boodes desde Cartago vino al gobierno de España y de Sicilia; certificaban que Dionisio, forzado por los suyos, que se conjuraron contra él, y por Timoleon el de Corinto, desamparada la tierra, con sus tesoros particulares se habia retirado y huido á la misma ciudad de Corinto, donde teniendo por mas seguras las cosas y ejercicios mas bajos, pasó la vida torpemente en los bodegones y casas públicas, y la acabó ocupado en enseñar á los niños de aquella tierra las primeras letras como maestro de escuela; que fué notable mudanza y señalado cas-

tigo de su vida desordenada. Echado Dionisio de Sicilia, Timoleon se ensoberbeció de tal suerte, que pretendió echar á los cartagineses de toda aquella isla; con este intento revolvió sobre ellos, dióles la batalla junto al rio llamado Crinisio. Venciólos y mató diez mil dellos; tomóles asimismo los reales. La victoria no costó á Timoleon poca sangre; antes por quedar muy maltratado su ejército, ni pudo salir con su pretension de echar los cartagineses de la isla, ni aun tomalles ciudad alguna. En este medio, por muerte de Boodes ó por habelle absuelto del gobierno, Maliarbal vino por gobernador de España, del cual no se sabe alguna cosa que en ella hiciese, ni aun tampoco qué gobernadores cartagineses vinieron despues dél en España. Lo que se dice por cierto es que los de Marsella, por haberse multiplicado en gran número y por causa de la contratación, enviaron en muchas naves una poblacion á España, año de la ciudad de Roma de 419, y que parte desta flota surgió y hizo asiento en las haldas de los Pirineos enfrente de Rosas, y allí poblaron aquella parte de la ciudad de Empúrias (en latin se llamó *Emporia*, por ser como mercado de muchas partes) que estaba hácia la mar, la cual parte, aunque era de pequeño espacio, pero era dividida de lo restante de aquella ciudad con una muralla que para esto se tiró de una parte á otra. Por donde la dicha ciudad antiguamente en griego se llamó *Palaepolis*, que quiere decir ciudad vieja, por lo mas antiguo della, y tambien *Diospolis*, que significa ciudad doblada ó dos ciudades. La otra parte de la armada de Marsella dicen que pasó adelante al cabo de Denia, y allí edificó un pueblo junto al templo de Diana, que allí se via, como arriba queda dicho. Con la venida desta flota, tres cosas se supieron en España memorables, es á saber: que los romanos alcanzaban gran poder, y con grande lealtad sustentaban y ayudaban á sus amigos; que los siracusanos, despues de haber vuelto en su libertad, y despues de la muerte de Timoleon, capitán muy famoso, trataban de echar de aquella isla á los cartagineses; demás desto, que Alejandro, rey de Macedonia, el que por sus grandes hazañas tuvo nombre de Magno, y al principio de su reinado, antes de tener veinte años cumplidos, venciera los Esclavones, los Triballios y los de Tracia, y sujetara las ciudades de Grecia, que poco antes eran libres, domadas despues la Asia, la Suria y todo el Egipto, por conclusion, vencido y hecho huir y despues muerto el gran monarca Darío, se habia apoderado del imperio de los persas, sin parar hasta abrir con el hierro y con las armas camino, y á la manera de un rayo llegar hasta la India, donde tenia domadas gentes y reinos nunca oídos; todo en menos tiempo que otro lo pudiera pasar de camino. Con esta nueva, movidos los españoles que moraban á las riberas del mar Mediterráneo, acordaron ganarle la voluntad con una embajada que le enviaron hasta Babilonia; ca pretendian ayudarse dél y valerse de sus fuerzas contra los cartagineses, que abiertamente trataban de oprimir la libertad de aquella provincia. El principal de la embajada se llamó Maurino, segun se lee en Paulo Orosio, el cual de camino, juntándose con los embajadores de la Gallia, que hacian el mismo viaje, últimamente llegó á Babilonia, donde los embajadores de Sicilia, de Cerdeña, de las ciudades de toda Italia y de Africa, y hasta de la misma ciudad de Cartago, estaban

por su mandato aguardando á Alejandro. Él, luego que llegó, señaló audiencia á los embajadores. Los de España le declararon la causa de su venida y lo que les era mandado. Que la fama de su esfuerzo y valor, esparcida por todo el mundo, era llegada á lo postrero de la tierra, que es España, y por ella su nacion se movió para con aquella embajada y por su medio saludarle y pedirle su amistad; cosa que no le seria de poco provecho, si despues de domado el oriente tratase, como era razon, de revolver con sus armas y banderas á las partes del poniente, pues podria á su voluntad servirse de las riquezas de aquella muy rica provincia; que los españoles, trabajados no menos con disensiones de dentro que con guerras de fuera, y muy cercanos al peligro, tenian necesidad de no menor reparo que el suyo; que jamás pondrian en olvido la merced que les hiciese, ni cometerian por donde en algun tiempo se deseara en ellos lealtad y toda buena correspondencia; la costumbre de los españoles ser tal, que ni trababan ligeramente amistad con alguno, y despues de trabada, la conservaban constantemente. Esta embajada fué muy agradable á Alejandro, de tal manera, que entonces le pareció haberse hecho señor de todo, como lo dice Arriano, pues desde lo postrero del mundo venian á poner en sus manos sus diferencias. Preguntóles muchas cosas del estado de su república, de las riquezas de la provincia, de la fertilidad de la tierra, de las costumbres y manera de los naturales y de la contratación que tenian con los extranjerios. Demás desto prometió que por cuanto, ordenadas las cosas de Asia, en breve pensaba mover con sus gentes la vuelta de Africa y del occidente, que en tal ocasion tendria memoria y cuidado de lo que le suplicaban. Con esto y con muchos dones que les dió, los envió contentos á su tierra. Ardía Alejandro en deseo de imitar la gloria de los romanos, y estaba enojado contra los cartagineses, de quien tenia aviso que despues que Tiro fué por Alejandro destruida, y despues que edificó en la misma raya de Africa la ciudad de Alejandria, el miedo que dél cobraron fué tan grande, que le enviaron á Amilcar, por sobrenombre Ródano, para que fingiendo que huia, les sirviese de espía y con todo secreto avisase de los sucesos y intentos que Alejandro tuviese; pero todos estos pensamientos y trazas atajó la muerte, que le sobrevino cuando menos pensaba; ca falleció en Babilonia á los 28 de junio el año primero de la olimpiada 114, el cual año de la fundacion de Roma se contaba 430. Algunos quitan dos años deste número, y es forzoso que la historia, en la cuenta y razon destes tiempos, á las veces vaya con poca luz y casi á tienta. Esta embajada de los españoles es verisímil que desagradó á los cartagineses, contra quien principalmente se enderezaba. Mas no les pudieron dar guerra, por las alteraciones de Sicilia y por el miedo de Agatocles, el cual, sin embargo que era hijo de un olletero y nacido en Sicilia, y que habia pasado la mocedad torpísimamente, por ser diestro en las armas y de mucha prudencia, fué por los siracusanos nombrado por su capitán para que los acaudillase en la guerra que traían contra los eneos, la cual concluida, como se sospechase que pretendia tiranizar aquella ciudad de Siracusa, fué enviado en destierro. Recibiórle los murgantiños por la enemiga que con los siracusanos tenian; hicieronle gobernador primeramente de su ciudad, y des-

pues su capitán; con que tuvo manera para apoderarse de Lentini, y también tomó á Siracusa por traición de Amílcar Cartaginés, al cual ella llamara en su ayuda contra el poder de Agatocles; deslealtad y traición de que fuera castigado y pagara con la cabeza, que así estaba decretado y acordado por voto de todo el Senado de Cartago, si antes de volver á su tierra no falleciera en la misma Sicilia. Sucedióle otro del mismo nombre, es á saber, Amílcar, hijo de Gisgon. Pasó en Sicilia con nuevo ejército de Africa y nuevos socorros que de España le acudieron. Llegado á la isla, fué en busca de Agatocles; dióle al principio una rota, con que le encerró y cercó dentro de Siracusa. El peligro y el daño derriba á los cobardes y anima á los valientes; fué así, que Agatocles en aquella estrechura usó de una osadía maravillosa, ca despues que persuadió á los suyos á sufrir el cerco animosamente, él con su flota pasó en Africa: notable resolución, pues el que no tenía fuerzas para una guerra, ayudado del consejo, salió vencedor en dos. Venció en batalla á Hannon, capitán de los cartagineses, que le saliera al encuentro, y le mató. Despues, destruidos los campos, las villas y los pueblos abrasados y robado gran número de hombres y de ganados, puso en gran temor y cuita á los de Cartago, en cuyos ojos las alquerías de la ciudad, sus labranzas y sus campos, todo el regalo y riqueza de los ciudadanos con el fuego humeaban. Demás desto, de Sicilia se supo que Artandro, hermano del tirano, que quedara en el cerco, con una salida que hizo, dió una arma tan brava sobre los enemigos, que descuidados estaban, que mató á su capitán, y puso á los demás en huida. Con esta nueva luego Agatocles dió vuelta á Sicilia, y allí por todas partes apretó á los cartagineses de suerte, que con muerte de muchos dellos, echó á los demás de toda aquella isla, y él quedó en todo sosiego. Fué esta paz de poca dura, á causa que Pirro, rey de Epiro, que hoy es Albania, llamado por los de Taranto, pasó en Italia, y en ella afiligió y trabajó el poder de los romanos con dos rotas que les dió, una tras otra. De Italia pasó á Sicilia, año de la fundación de Roma de 476, con esta ocasion. Falleció Agatocles en Siracusa rico y dichoso; su mujer é hijos, como él se lo dejó mandado, recogidos sus tesoros y preseas, se fueron á Egipto. Los de Cartago, sabido lo que pasaba, entraron en pensamiento de apoderarse de nuevo de toda aquella isla, para lo cual se apercibieron de un grueso ejército, y en particular nuestros historiadores afirman que de España llevaron en una flota para este efecto cinco mil peones y ciento y cincuenta caballos, todos españoles, con mas setecientos honderos mallorquines, y que sacaron otrosí de sus fortalezas los soldados que tenían de guarnición para llevarlos á esta empresa, y pusieron en su lugar soldados españoles que guardasen aquellas plazas. Los siracusanos, al contrario, para contrarstar á las fuerzas y intentos de Cartago, llamaron en su ayuda á Pirro, que por esta causa se nombró rey de Epiro y de Sicilia. Llegado, rompió una batalla de tierra á los cartagineses, que aun no tenían juntas todas sus fuerzas; pero llegados los socorros de España, ya que Pirro trataba de volverse á Italia, fué desbaratado en una batalla de mar y forzado á desamparar á Sicilia, y aun poco despues de Italia pasó á su tierra, perdido el señorío de Sicilia, tan presto como le había adqui-

rido; así lo refiere Justino. Con la ida de Pirro los de Siracusa encargaron el gobierno de su ciudad á Hieron; despues le hicieron su capitán contra los cartagineses, y finalmente rey. Fué hijo de Hieroclit, que descendía del linaje de Gelon, antiguo tirano de aquella isla; su madre fué mujer baja y aun esclava. Era grande el esfuerzo y las partes de Hieron, y no era menester menos reparo contra los cartagineses, que fortalecian con muy gruesas guarniciones muchas ciudades de que estaban apoderados, y aspiraban al señorío de toda la isla.

CAPITULO VI.

De la primera guerra púnica contra Cartago.

Estando las cosas en este estado, se encendió de repente una nueva guerra, con que el poder y buena andanza de los cartagineses fué abatido por los romanos; los cuales entraron en Sicilia con esta ocasion. Los mamertinos, que así se llamaban del nombre del dios Marte, por atribuirse á sí la gloria de las armas y tenerse por mas valientes que los demás, moraban en aquella parte de Italia que se llama Campania ó Tierra de Labor, desde donde fueron llamados por los ciudadanos de Mecina, ciudad puesta sobre el estrecho de Sicilia, con un muy bueno y seguro puerto, contra el poder de Agatocles, que con lo demás pretendía enseñorearse de aquella plaza. Los mamertinos, llegados á Sicilia, hicieron muy bien su deber; pero en premio de su trabajo, quitaron la libertad á los ciudadanos antiguos de aquella ciudad, y se hicieron señores de todo; demás desto, dilataron su señorío por aquella isla, crecieron en tanta manera en riquezas y orgullo, que se atrevieron á tomar las armas, primero contra Pirro, rey de Epiro, y despues acometer y hacer agravios á los de Siracusa; pero como fuesen vencidos en una batalla que se dió junto al rio dicho Longano por Hieron, capitán de los contrarios, fué tan grande la rota y matanza que en ellos se hizo, que los demás mamertinos, reducidos dentro de la ciudad, apenas se podian defender con las murallas sin confiarse de sus fuerzas, por donde determinaron buscar socorro de otra parte. No fueron todos de un parecer, ca parte de aquellos ciudadanos llamó en su socorro á los cartagineses, los cuales, porque estaban cerca, acudieron presto, y fueron recibidos en la ciudad y pueblos comarcanos. Otros enviaron embajadores á Roma, por ser grande la fama que corria de su esfuerzo, justicia y buena andanza. Los que fueron enviados, señalada que les fué audiencia, declararon en el Senado á lo que eran venidos. Tratado el negocio, muchos fueron de parecer que no era lícito hacer guerra á los cartagineses, que niuguna causa ni disgusto les habian dado. Los demás decían que no era bien esperar hasta tanto que, apoderados de Sicilia, pasasen en Italia, pues nadie se contenta con lo que tiene, y todos cuanto son mas poderosos, tanto quieren pasar mas adelante. Resolviéronse que debian acudir á los mamertinos, principalmente que en cierto asiento antiguo tomado con Cartago en el consulado de Publícola, y renovado ya por tres veces, se habia puesto por condicion que ni los unos ni los otros se entremetiesen en las cosas de Sicilia; lo que decían haber quebrantado los de Cartago. El cónsul Apio Claudio fué enviado en socorro con algunas compañías el año pri-

mero de la olimpiade 429, que de la fundacion de Roma se contaba 490. Sabido esto en Mecina, parte de los ciudadanos tomaron las armas, con que echaron de su ciudad la guarnicion de los cartagineses. Por este agravio, que fué muy notable, irritados los cartagineses, se concertaron con Hieron, y juntadas con él sus fuerzas, pusieron por mar y por tierra cerco á los de Mecina, con intento así de apoderarse de la ciudad como para impedir el paso del Estrecho á los romanos; pero ellos luego que llegaron, cubiertos de la escuridad de la noche, pasaron el Estrecho, y recibidos que fueron dentro de la ciudad, salieron á dar la batalla al enemigo, en que vencieron á Hieron, y tomaron los reales de los cartagineses. Siguiéron el alcance y la victoria hasta la misma ciudad de Siracusa, donde tuvieron algun tiempo cercados á los sicilianos que de la matanza escaparon; asimismo á los cartagineses quitaron no pocas ciudades y pueblos. Trocadas las cosas desta suerte, Hieron tambien se apartó dellos y tomó asiento con los romanos. No desmayaron por esto los cartagineses, antes tanto con mayor diligencia y brío juntaron una nueva y gruesa armada, y levantaron nuevas compañías en España y por las marinas de la Gallia y por la Liguria, que hoy es lo de Génova, segun que Polibio lo testifica. Con este aparato tornaron á la guerra contra los romanos, que fué larga y dificultosa; pero no hace á nuestro propósito declarar todo lo que en ella sucedió, pues es bastante carga la que tomamos de relatar las cosas de España, de la cual refieren nuestros escritores, sin señalar ni lugares ni nombres, que por este tiempo era trabajada de una guerra cruel y civil, sin perdonar ni excusar muertes, robos y quemas que de todas maneras sucedian. En Sicilia la guerra entre romanos y cartagineses se proseguia; los trances y sucesos fueron varios, ya los vencidos vencian, ya eran vencidos los vencedores, hasta tanto que se dió una batalla naval, año de la fundacion de Roma de 502, en que las fuerzas de los romanos fueron trabajadas; ca el general romano Cecilio Metello fué vencido y puesto en huida con pérdida, si creemos á Eusebio, de noventa naves. Al contrario, los mallorquines se rebelaron contra los gobernadores de Cartago, y muerta la guarnicion de cartagineses, con un granizo de piedras forzaron á la armada que estaba surta en el puerto á salirse dél y echar áncoras en alta mar; y como la furia de aquellos hombres salvajes no se amansase, les fué necesario hacerse á la vela la vuelta de Cartago. Para sosegar aquella revuelta y ganar aquellos isleños era menester esfuerzo, autoridad y maña, por donde acordaron en Cartago de enviar para este efecto un varon de conocida prudencia y de gran fama en las armas, por nombre Amilcar Barquino. Este, con la autoridad y destreza que tenia, juntó y se ayudó de grande afabilidad en su trato; así, sin usar de rigor ni de fuerza, redujo toda la isla al reposo y obediencia de antes. En este tiempo, en una isla llamada Ticuadra, cercana á Mallorca, nació á Amilcar un hijo, por nombre Anibal, aquel que con la grandeza de sus hazañas y con la fama de su valor hinchó la redondez de la tierra. Plinio sin duda, si la letra no está errada, hace á Ticuadra patria de Anibal. Nuestros coronistas añaden que nació de madre española, y que el gran Amilcar, su padre, nombrado que fué por general para continuar la guerra contra los

romanos, año de la fundacion de Roma de 507, llevó á Sicilia en su armada dos mil españoles y trecientos honderos, con intento de recobrar el señorío de aquella isla, que los suyos habian perdido. Con estas gentes costeó y aun acometió las riberas de Italia, y últimamente surgió con su flota en aquella parte de Sicilia donde está puesta la ciudad de Palermo, con una enseada y cala que allí tenia, no mala para las naves. Está allí cerca un monte empinado, que por todas las partes tiene áspera la subida; debajo dél se extendia y extiende una llanura de doce millas en circuito, muy fresca, hermosa y fértil á maravilla. En aquel monte se fortificó Amilcar, y en él puso sus gentes, con intento que no le forzasen á venir á las manos y dar la batalla de poder á poder; ca no queria aventurar el resto en una pelea, y solo pretendia trabajar al enemigo con escaramuzas y rebates, convidar á los pueblos y ciudades comarcanas á tomar otro partido, y junto con esto hacerse señor de la mar. Contra estos intentos, el cónsul Cayo Luctacio, enviado que fué de Roma con una gruesa armada, llegó y dió fondo junto al promontorio Lilibeo, donde está asentada la ciudad de Trapani. Asimismo, á instancia de Amilcar, partió de Cartago una nueva armada, y por general della un hombre principal, que se llamaba Hannon. Vinieron á las manos las dos armadas cerca del dicho promontorio Lilibeo ó cabo de Trapani; la batalla fué brava y de las mas famosas del mundo. La victoria quedó por los romanos, la armada cartaginesa destrozada, ca sesenta naves fueron tomadas por los romanos, y otras cincuenta echadas á fondo; el número de los muertos y prisioneros fué conforme al número de las naves y grandeza de la victoria. El temor de la ciudad de Cartago, cuando se supo la rota, fué tan grande, que se determinaron y trataron de tomar asiento con los romanos. Dióse el cuidado y comision de hacer los conciertos y capitular á Amilcar, capitán de no menor valor para sufrir los reveses de la fortuna, que de esfuerzo para hacer la guerra. Hobo vistas de los dos generales, en que se trató de las condiciones, y últimamente se concluyó la paz en esta forma y con estas capitulaciones: los cartagineses saquen sus huestes y soldados de Sicilia y de las islas comarcanas; no hagan algun agravio ó molestia á Hieron ni á los demás confederados de los romanos; paguen á ciertos tiempos y plazos dos mil y doscientos talentos euboicos, y esto por castigo y por los gastos hechos en la guerra; suelten los cautivos que tuvieren, sin rescato. Estas condiciones no agradaron al pueblo romano, por lo cual diez varones, enviados con autoridad de corregir y concluir este tratado, añadieron mil talentos á la suma que estaba concertada; demás desto mandaron que los cartagineses, no solo saliesen de Sicilia, sino tambien de las otras islas que caen entre Sicilia é Italia. Con tanto se dejaron las armas, y se concluyeron las paces el año veinte y dos despues que la guerra se comenzó; pero de tal manera, que todos entendian no faltaba voluntad á los cartagineses de volver á la guerra y á las armas, y que lo harian, luego que tuviesen fuerzas bastantes, con mayor brío y porfía que antes. Las condiciones que les pusieron eran muy pesadas; y por tanto se persuadian no las guardarian mas de cuanto les fuese forzoso. Fué este año desgraciado para España por la seca que padeció

y falta de agua y por los ordinarios temblores de tierra, con que una parte de la isla de Cádiz dicen se abrió y se hundió en el mar.

CAPITULO VII.

Cómo Amilcar vino otra vez á España.

Nunca las adversidades paran en poco, antes vienen de ordinario enlazadas unas de otras, como se vió en la ciudad de Cartago, que le sobrevinieron nuevos desastres y daños, y fué que á un mismo tiempo en Africa y en Cerdeña se amotinaron los soldados cartagineses porque no les daban las pagas que de mucho tiempo se les debian. En Africa los soldados que salieron de Sicilia, luego que se amotinaron, nombraron por sus capitanes á Coto, africano, y á Sependio, italiano de nacion; eran como sesenta mil hombres; la ciudad no les podia satisfacer por estar sus tesoros acabados con los gastos de aquella desastrada guerra; volvieron su rabia contra los pueblos y los campos comarcados, con que pusieron en gran cuidado y cuita á los de Cartago. Los de Cerdeña, además de amotinarse, pasaron tan adelante, que sus mismos soldados se conjuraron contra su capitán Hannon, sin parar hasta ponerle en una cruz por haberse con ellos ásperamente. Fuera enviado este capitán para apaciguar el motin que allí se habia levantado; con su muerte se juntaron los soldados de Hannon con los amotinados de antes, y por algun tiempo tuvieron el señorío y mando de la isla, hasta tanto que, echados por los naturales de ella, se huyeron y pasaron á los romanos, de los cuales de tal manera fueron recibidos y amparados, que no los tornaron á enviar á Cerdeña; mas, por otra parte, ellos armaron muchas naves para quitar á los cartagineses, como lo hicieron, la posesion de aquella isla. Fué este grave sentimiento para los de Cartago, que consideraban cuántas fuerzas perdian con haberles quitado á Sicilia y al presente despojado de Cerdeña. Los romanos se excusaban con el concierto y capitulaciones pasadas, por donde pretendian que los de Cartago debian partir mano y salirse de la una y de la otra isla. Para mitigar esta pena usaron de blandura y de maña; y fué que sin ser requeridos enviaron trigo á Cartago para remedio de la hambre, que se padecia gravísima en aquella ciudad, causada de la falta de labor por los alborotos, que no dieron lugar á sembrar los campos; dado que Amilcar Barquino, nombrado de los suyos por capitán contra los amotinados de Africa, los habia quebrantado y cansado con paciencia de tres años, y vencido despues en una señalada batalla que los dió. Reparadas las cosas con esta victoria, y disimulado el dolor de habelles quitado á Cerdeña, tornaron á tratar de lo de España; donde por caer tan lejos de Roma pensaban podrian extender su señorío, y con mayores ventajas recompensar los daños pasados. Nombraron á Amilcar para aquel cargo con autoridad suprema de hacer y deshacer; el cual, al partirse de Cartago, segun la costumbre, hizo primero sus votos, y ofreció sus sacrificios; hallóse presente su hijo Aníbal, niño de nueve años, porque le queria llevar consigo á España. Hizole tocar al altar y que jurase por expresas palabras que, en siendo de edad, vengaria su patria contra los romanos y tomaria contra ellos las armas. Tenia Amilcar otros tres hijos me-

nores que Aníbal, es á saber, Asdrúbal, Magon y Hannon. Hizose Amilcar á la vela, y luego que llegó á Cádiz, los turdetanos, que sin hacer mudanza se habian conservado en la amistad de Cartago, enviaron embajadores á dalle la bien venida y ofrecelle sus gentes y fuerzas, si las hobiese menester. Con esta ayuda Amilcar, no solo recobró lo que antiguamente los suyos poseian en tierra firme, pero aun se apoderó de toda la Bética, parte por fuerza, y parte por voluntad de los naturales, que fué el año de la fundacion de Roma de 516. Era esta gente por aquel tiempo tan rica, que, como dice Estrabon, usaban de pesebres y de tinajas de plata. Añaden que, costeano con su armada las riberas del mar Mediterráneo, se metió por Ebro arriba, donde fundó un pueblo, que antiguamente llamaron Cartago la Vieja, y hoy se entiende que sea Cantavecha, pueblo pequeño de los caballeros y orden de San Juan, distante de la ciudad de Tortosa, entre poniente y septentrion, por espacio de diez leguas, en los pueblos dichos antiguamente Hercaones, donde sin duda la puso Ptolomeo; por donde claramente se entiende cómo se engañan los que sienten que Cartago la Vieja fuese, ó la misma ciudad de Tortosa, ó tres leguas hácia el levante donde sale el sol, una aldea llamada Perelló, por ciertos paredones que allí hay, rastros manifiestos de edificio antiguo. El año siguiente se apoderó de todas las marinas, donde los Bastetanos y Contestanos se extendian hasta el mar, y comarcas de hoy están las ciudades de Baza y Murcia; y no dista mucho de allí la de Sagunto, de donde vinieron embajadores á Amilcar para darle el parabien de las victorias y traerle presentes, si bien los de aquella ciudad estaban muy lejos de entregársele, aunque fuese con muy honestos y aventajados partidos. Despidiólos pues benignamente y con buenas palabras; pero el deseo que tenia de apoderarse de aquella ciudad era muy grande. Era menester buscar algun color para hacello y para cubrir su mal ánimo con capa de honestidad. Acordó de persuadir á los turdetanos que en los términos de Sagunto edificasen una ciudad, la cual consta se llamó Turdeto, y algunos quieren que sea Tiruel, apartada veinte leguas de Sagunto; esto sienten movidos solo por la semejanza del nombre, conjetura las mas veces engañosa y flaca. Resultó de aquel principio y por aquella causa diferencia entre aquellas dos naciones ó ciudades; ocasion á propósito para lo que pretendia Amilcar, que era apoderarse de los saguntinos y quitarles la libertad; ellos por sospechar lo que era, se resolvieron de no alborotarse ni tomar las armas contra los turdetanos. A la boca del rio Ebro hicieron los cartagineses fiestas y alegrías por todas las victorias pasadas, junto con celebrarse las bodas de Himilce, hija de Amilcar, con Asdrúbal, deudo del mismo, el año que se contaba de la ciudad de Roma 521. Hacíanse estos regocijos, y no por eso el capitán cartaginés se descuidaba de lo que á la guerra tocaba, antes desde allí envió embajadores á los principales de la Gallia para ganarles las voluntades, por tener entendido que su amistad podria ser muy á propósito para la guerra que, en teniendo á España sujeta, pensaba hacer contra los romanos. Granjeólos con dádivas y con oro, de que ellos eran muy codiciosos, y España muy abundante. Luego el año siguiente movió con su gente y armada hácia los Pirineos; corrió y su-

jetó todas aquellas riberas desde Tortosa hasta el río que hoy llamamos Lobregat, y antiguamente se llamó Rubricato. Poco adelante dél fundó la nobilísima ciudad, cabeza de Cataluña, con nombre de Barcelona, por los Barquinos, del cual linaje él era. Otros atribuyen la fundación de Barcelona á Hércules el Libio; otros á la ciudad Barcelona, que estaba en Asia en la provincia de Caria. Pero autores mas en número y de mayor antigüedad cuentan á nuestra Barcelona entre las poblaciones cartaginesas, con que se refutan las dos opiniones postreras, y la primera se comprueba. Trataba destas cosas Amilcar, y juntamente pretendia apoderarse de Roses y de Ampúrias, ciudades cercanas, y que resistian á sus intentos por estar aliadas con los saguntinos, cuando muy fuera de su pensamiento le sobrevino la muerte en los pueblos Edetanos, donde era vuelto, por causa de acudir á las alteraciones que en la Bética estaban levantadas. Fué muerto en una batalla que dió á los naturales, que le salieron en gran número al encuentro, el noveno año poco mas ó menos despues que vino esta segunda vez á España. La pelea fué tan brava y sangrienta, que de pasados cuarenta mil hombres que llevaba consigo, mas de las dos tercias partes murieron á cuchillo. Los demás, muerto su general, se salvaron por los piés, y con la escuridad de la noche se pudieron recoger á las ciudades comarcanas de su devoción. Tito Livio dice que esta batalla se dió junto á un lugar y pueblo que se llamaba Castro Alto.

CAPITULO VIII.

De lo que Asdrúbal hizo.

Las fuerzas y armas de los cartagineses, despues desta rota tan memorable, refieren que revolviéron sobre la Bética ó Andalucía, donde echaron por el suelo una población de los focenses, sin declarar qué nombre tenia; solo dicen que fué la primera que se alborotara en aquellas partes. Así, la que fué primera ocasion del daño, fué primeramente castigada. Esto en España. En Cartago, sabida la muerte de Amilcar, se trató en aquel Senado de enviar sucesor en su lugar para el gobierno de España. Hobo grande debate sobre el caso, y no se conformaban los pareceres. La ciudad estaba toda dividida en dos bandos, los edos y los barquinos, dos parcialidades y familias que en poder, riquezas y autoridad sobrepujaban á las demás. Los barquinos querian que Asdrúbal fuese elegido para aquel cargo; los edos otrosí, por envidia que les tenian, pretendian enviar de su linaje gobernador á España, de donde se recogian grandes riquezas. En tanto que por estos debates la resolucíon se dilataba y estas diferencias andaban, llegó Aníbal desde España muy á propósito á Cartago. Con su llegada confirmó las voluntades y fuerzas de su bando, y se enflaquecieron los intentos del contrario. En fin, con sus amigos y por su autoridad y negociacion hizo tanto, que el cargo de España se encomendó á Asdrúbal, su cuñado. Entró en el Senado, hizo un largo y estudiado razonamiento; relató los trabajos de su padre, las cosas que gloriosamente habia acabado; cómo por su esfuerzo quedaba domada España; su desgraciada muerte, que resultó, no por alguna culpa suya, sino por la adversidad de la fortuna; que dejaba fundadas nuevas ciudades, y en las antiguas puestas

buenas generaciones; que la esperanza de sujetar todo lo demás de aquella provincia era grande, si por el mismo camino y traza se continuaba el gobierno; erraban si creian que los ánimos feroces de los españoles se podian domar por sola fuerza; que Asdrúbal era de edad á propósito, grande su autoridad, su esfuerzo y valentía, y no solo en las armas era ejercitado, sino tambien en la elocuencia, y en particular tenia grande destreza y maña para tratar los ánimos de los naturales; que en él solo las voluntades, así de los ejércitos como de los confederados, se conformaban. En señal de lo que decia, sacó un envoltorio de cartas que á su partida le dieron españoles y capitanes. Mirasen una y otra vez que con la mudanza del gobierno y con nuevas trazas no se enajenasen las voluntades de aquella nobilísima provincia, la cual ganada, quedarían acrecentados con sus riquezas y fuerzas, y no ternian que temer adelante algun revés ni desastre. Con aquel razonamiento y con las cartas quedó convencido el Senado para que el cuidado y gobierno de España se encomendase á Asdrúbal, como se hizo, año de la fundación de Roma de 524. El cual pasado, dado que hobo órden en las cosas de España, el mismo Asdrúbal, acompañado de los principales de su gobierno, se partió para Cartago; que pensaba y aun pretendia gobernar á su voluntad toda la república, y que él solo tendria mas mano y poder que todos los demás magistrados. Esto pensaba él; las cosas sucedieron muy al revés, ca por maña y artificio de la parcialidad contraria, el pueblo y el Senado se persuadió que, con ayuda de su cuñado, Aníbal pretendia hacerse rey y señor de aquella ciudad libre. Pasó la alteración por esta causa y las sospechas tan adelante, que fué forzado á dar la vuelta y embarcarse para España. Halló la provincia sosegada; por esto se determinó edificar en aquella parte por donde los Contestanos se tendian á la ribera del mar una ciudad, que llamaron Cartago la Nueva, á distincion de la otra que, como dijimos, Amilcar fundó cerca del río Ebro. Llamóse asimismo esta nueva ciudad *Cartago Spartaria*, por el mucho esparto que hay por aquellas comarcas. Tiene otrosí un buen puerto, seguro de cualquier tormenta de vientos por los collados con que en derredor, como con un compás, está cerrado; una estrecha entrada, y para mayor seguridad una isleta, que le está puesta por frente como baluarte; los mas antiguos la llamaron *Hercúlea*, los latinos *Scombraria*, de cierto género de pescado, de que hay en aquellos lugares grande abundancia. Púdose esta población comparar antiguamente con cualquier grande ciudad en la anchura de los muros, hermosura de los edificios, arreo, nobleza y número de ciudadanos. Al presente, aunque reducida á pequeño número de moradores, todavia conserva claros rastros de su antigua nobleza. Los romanos, avisados de todo lo que en España pasaba, magüer que ardian en deseo de contrastar á los intentos de los cartagineses y desbaratalles sus trazas, pero porque no pareciese eran ellos los primeros á quebrantar el concierto y asiento que tomaron poco antes, acordaron de disimular por entonces. Principalmente que eran avisados de la Gallia ulterior cómo aquella gente se conjuraba con los de la Gallia Cisalpina, que hoy es Lombardia, en daño del pueblo romano. Contentáronse pues con enviar una embajada á Marsella con voz y son de desbara-

tar lo que pretendian los gallos; mas en hecho de verdad, con intento de concertarse por medio de los de Marsella con los pueblos que tenian los de aquella ciudad por amigos en las marinas de España; lo que fácilmente alcanzaron, y se efectuó en odio de los cartagineses, de quien mucho todos se recelaban. Los que primero licieron alianza con los romanos fueron los de Ampúrias, ciudad contada entre los pueblos que antiguamente se llamaron Indigetes, que partian término con los Taletanos por una parte, y por otra con los Cerefanos, y se extendian desde el rio dicho Sameroa, hoy Sambucha, hasta lo postrero de los Pirineos. Por medio de las Ampúrias y á su instancia se concertaron tambien los de Sagunto y los de Denia, que fué el principio y ocasion de la nueva y gravísima guerra que no mucho despues desto se encendió entre los cartagineses y los romanos. No se podian encubrir tan grandes prácticas y negociaciones que no las entendiese Asdrúbal, ni tampoco lo que los romanos pretendian; mas parecióle disimular hasta tanto que todo estuviere á punto para la guerra que queria darlos. Trató de asegurar las ciudades de su devocion; procuró por sus cartas que Anibal volviere en España desde Cartago, donde hasta entonces lo entretenian como por rehenes y seguridad de que Asdrúbal haria lo que era razon. Hubo grande dificultad en alcanzar del Senado la licencia para volver á España, á causa que Hannon, cabeza del bando contrario, hacia grande resistencia, diciendo convenia que le acostumbraesen á vivir en igualdad con los demás ciudadanos, y como particular obedecer á las leyes: recato muy á propósito para conservar su libertad. Llegado á España, los soldados y los amigos le recibieron con grande muestra de alegría; Asdrúbal le nombró luego por su lugarteniente, que fué año de la fundacion de Roma de 528, en el qual tiempo vinieron á España embajadores enviados de Roma, y luego que les fué dada audiencia, declararon la causa de su venida, es á saber, que los de Cartago de tiempo atrás eran confederados y amigos del pueblo romano, que con el mismo de nuevo los españoles de la España citerior se habian concertado y hecho paz. Por donde, para que el un concierto no perjudicase al otro, pedian, lo que era muy justo, que los cartagineses en España tuviesen por término de su conquista y jurisdiccion al rio Ebro; y sin embargo, no tocasen los términos de los saguntinos, si bien caian de la otra parte del rio. En conclusion, que los unos no hiciesen daño ni agravio á los amigos y aliados de los otros. Quien esto quebrantase, fuese visto contravenir á las leyes del concierto y alianza que tenian hecha. Esta embajada, como era razon, dió gran pesadumbre á los cartagineses, por adelantarse tanto los romanos, que en provincia ajena pusiesen leyes á los vencedores. Con todo esto, por dar tiempo al tiempo, entre tanto que se apercebian de lo necesario para la guerra, consintieron y vinieron en todo lo que los embajadores pidieron en nombre de su ciudad. Tanto mas, que desde Italia avisaban como los gallos transalpinos, aunque iban juntos con los de la Cisalpina, y por el mismo caso mas espantables, fuéron desbaratados por los romanos en una grande batalla, en que quedaron muertos cuarenta mil dellos y diez mil presos. Asdrúbal gastó tres años enteros en aparejar lo que para la guerra que pensaba hacer entendia ser necesario,

como dineros, pertrechos y soldados, con todo lo demás. Pero sus pensamientos é intentos atajó la muerte cuando menos lo pensaba, que le sobrevino el año segundo de la olimpiade 139, de la fundacion de Roma 532. Matóle un esclavo en venganza de su señor, que se llamaba Tago, y aunque era de los mas principales de España, Asdrúbal le habia hecho morir. Fué tan grande el gusto que el esclavo recibió de haber vengado á su señor y dado la muerte al dicho Asdrúbal junto al altar donde estaba sacrificando, que, si bien fué luego preso y le desnembraron y despedazaron con diversos tormentos, nunca dijo ni hizo cosa que mostrase tristeza, antes lo sufrió todo con rostro muy alegre y regocijado.

CAPITULO IX.

De la guerra saguntina.

Muerto que fué Asdrúbal de la manera que queda dicho, todo el gobierno de España se dió á su cuñado Anibal; la voluntad y juicio de los soldados que lo pedian confirmó el favor del pueblo, y aprobó el Senado cartaginés. Hallábase en lo mejor de su edad, que era de veinte y seis años, poco mas ó menos. Era mozo de grande espíritu y corazon. Tenia naturalmente muy aventajadas partes, dado que los vicios y malas inclinaciones no eran menores. El cuerpo endurecido con el trabajo, el ánimo generoso, mas codicioso de honra que de deleites. Su atrevimiento era grande, su prudencia y recato notables. Estas virtudes aleaba y escurrecia con la deslealtad, crueldad y menosprecio de toda religion. Verdad que era agradable y amado de todos, así de los menudos como de los principales. Encargado del gobierno y avisado por el desastro de Asdrúbal, temia que la muerte no le cortase los pasos; por donde desde luego comenzó á revolver en su pensamiento la forma que tendria para hacer guerra á los romanos. Era necesario buscar alguna causa y color honesto para romper con ellos. Parecióle seria lo mejor acometer á los saguntinos y vengar las injurias que habian hecho á sus aliados y amigos. Antes que al descubierto pusiese la mano en cosa tan grande, celebró con extraordinarios regocijos en Cartagena sus bodas con Himilce, vecina de Castulon, ciudad nobilísima, puesta donde hoy se ven los cortijos de Cazlona, no léjos de la ciudad de Baeza, rastros que quedan de su grandeza antigua. Era esta señora del linaje de Milico, antiguo rey de España; demás desto se decia que Cirreo Focense, de cuyo linaje asimismo venia Himilce, habia fundado aquella ciudad del nombre y apellido de su madre Castulona. El dote fué muy grande y conforme á su nobleza, por donde el poder de Anibal se aumentó mucho en España, y no menos el favor y aplauso de los naturales, que le miraban ya como á ciudadano suyo y natural. Demás desto, en el tiempo de su gobierno y por su mandado se buscaron y hallaron mineros de oro y de plata, los cuales todos comunmente se llamaron los pozos de Anibal. La riqueza que destes pozos salia se puede entender por lo que de uno dellos se escribe, llamado Bebelo, del cual cada dia se sacaban trecientas libras de plata pura y acendrada, que era valor de dos mil y seiscientos y cuarenta ducados. Al principio movió guerra contra los Carpetanos, que es el reino de

Toledo, gente feroz y brava, y que en muchedumbre sobrepujaba los demás pueblos de España. Los Olcades, donde ahora está Ocaña (Estéfano pone los Olcades cerca del río Ebro), fueron los primeros sujetos. Luego despues se dió cerca de Tajo una brava batalla, en que asimismo perdieron los naturales la victoria, que los cartagineses ganaron. Por el mismo tiempo comenzaron disensiones y alteraciones entre los saguntinos, que era abrir la puerta y allanar el camino al enemigo, que no se descuidaba. Los mas cuerdos, para remediar este daño, acudieron á Roma, y por sus ruegos vinieron desde embajadores, los cuales, con amonestar á los unos de los saguntinos y amenazar á los otros y castigar á algunos de los culpados, sosegaron aquellas alteraciones, de que se temia, si pasaban adelante, que, venidos que fuesen á las manos, la parte mas flaca daria á Anibal entrada en la ciudad; el cual, ensoberbecido por lo que habia hecho y por tener allanada toda la provincia de aquella parte del río Ebro, sin quedar quien le hiciese rostro, revolvió su pensamiento á la guerra de Sagunto, que era donde se encaminaban sus intentos. Para dar color á esta empresa, persuadió á los turdetanos que sobre los mojonos moviesen pleito á los de Sagunto y les hiciesen guerra, ca tenia por cierto que de aquellas diferencias resultaria ocasion bastante para acometerlo que dias atrás tanto deseaba; y asimismo, que de allí tendria principio la guerra contra los romanos. Los saguntinos, al contrario, viéndose mas flacos que el enemigo, y por estar confiados mas en la amistad de los romanos que en sus fuerzas ni justicia, aunque era muy clara, luego despacharon á toda prisa embajadores á Roma, que declararon en el Senado la causa de su venida; que Anibal les armaba asechanzas como enemigo suyo muy declarado, y que muy en breve con todas sus fuerzas se pondria sobre aquella ciudad; que ningun reparo les quedaba para no perecer ellos y sus haciendas, si el arrimo y esperanza que tenian en el Senado les faltase. Decian estar aparejados á sufrir cualquier daño antes que faltar en la fe puesta con aquella ciudad; que el Senado debia advertir cuánto importaba la presteza, pues solo el detenerse y la tardanza seria causa de su perdicion y ocasion para que todos entendiesen los desamparaban y entregaban sus aliados á los enemigos; y por el contrario, que su constancia sola y su lealtad les acarrea tanto daño. Tratóse el negocio en el Senado; los pareceres fueron diferentes, y dado que algunos juzgaban se debia luego romper la guerra, siguióse empero, y prevaleció el parecer mas recatado y mas blando, que fué enviar primero embajadores á Anibal, los cuales, llegados que fueron á Cartagena en sazón que el verano estaba bien adelante, le avisaron de la voluntad del Senado, y le requirieron de paz no hiciese molestia y agravio á los saguntinos ni á los otros sus aliados, y como estaba asentado en el concierto pasado no pasase el río Ebro; donde no, que el pueblo romano miraria por sus aliados y amigos que nadie los agraviasen. A todo esto respondió Anibal que los romanos no guardaban justicia ni la hacian, así en la muerte que poco antes en Sagunto dieran á sus amigos, varones principales, como en querer al presente se disimulasen los agravios que los de Sagunto habian hecho á los turdetanos; que, como era justo, defendiesen los romanos con justicia á sus aliados, así no parecia contra razon

tuviese él tambien libertad de mirar por sus amigos y defendellos de toda demasia y agravio. Despedidos los embajadores con esta respuesta, luego por el mes de setiembre, con intento de prevenir á los romanos y ganar por la mano, marchó y se puso sobre Sagunto con un campo de ciento y cincuenta mil hombres, que fué el año primero de la olimpiade 140, como lo dice Polibio. Corrió los campos, tomó y saqueó muchos pueblos comarcanos, solo perdonó á Denia, por dar muestra de lo que ningun cuidado tenia, que era de la devocion y reverencia del templo de Diana, muy famoso, que allí estaba. En los pueblos llamados antiguamente Edetanos estaba Sagunto, asentada cuatro millas del mar; sus campos eran muy fértiles y abundantes, y ella asaz rica por el gran trato que alcanzaba por mar y por tierra, fuerte por su sitio y por sus murallas y baluartes. Luego que Anibal asentó y fortificó sus reales, hizo apercebir los ingenios. Comenzaron con cierta máquina, que llamaban ariete, á batir la muralla por la parte mas baja, que se remataba en un valle, y por tanto parecia mas flaca. Engañólos su pensamiento, ca la batería salió mas dificultosa de lo que pensaban, y los moradores se defendian con grande brio y coraje, tanto que al mismo Anibal, como quier que un dia se llegase cerca del muro, pasaron el muslo con una lanza que le arrojaron desde el adarve. Fué el espanto que por este caso los suyos recibieron tan grande, que estuvieron á pique de desamparar todos los ingenios que tenian hechos; la herida tan grave, que en tanto que se curaba se dejó la batería por algunos dias. En esta sazón los saguntinos despacharon nuevos embajadores á Roma para protestar en el Senado y requerirles no desamparasen la ciudad amiga para ser asolada por sus enemigos mortales; que si un poco se detenian sin falta pereceria, y el remedio despues vendria tarde. Hecha cala y cata, hallaban que tenian trigo para pocos meses, pero que con el buen orden y repartimiento podrian entretenerse algo mas. Despachados los embajadores, repararon y fortificaron con gran cuidado los lugares que, ó por el daño recibido, ó de suyo, eran mas flacos. Anibal, luego que sanó de la herida, arrió sus ingenios á la ciudad, con cuyos golpes derribó por el suelo tres torres con todo el lienzo de la muralla que entre ellas estaba. Dióse el asalto; los enemigos por la batería pugnaban de entrar en la ciudad y aquejaban á los de dentro; los ciudadanos, al contrario, animados con el peligro, ordenaron sus haces y gentes delante de la muralla, con que primero sufrieron el impetu de sus contrarios, luego, porque fuera de su esperanza no eran vencidos, hirieron en ellos con tal denuedo, que los hicieron ciar y los arredraron de la ciudad; finalmente, los pusieron en huida y los siguieron hasta los reales, en que apenas con el foso y trincheas se pudieron defender; tal y tan grande era el espanto que cobraran. Este atrevimiento y esta victoria fué muy perjudicial á los saguntinos, porque Anibal se embraveció mas, y determinado de no reposar antes de apoderarse de la ciudad, no quiso dar audiencia á nuevos embajadores que de Roma le vinieron sobre el caso; ca los romanos estaban resueltos de intentar cualquier cosa antes de venir á las armas y llegar á rompimiento. Los embajadores, segun que les fuera mandado, pasaron de España en Africa, y en el Senado

de Cartago se quejaron de los agravios y de todo lo que sus gentes intentaban en España. Pidieron que Aníbal les fuese entregado para ser castigado, como era razón; que sola aquella satisfacción quedaba para que se conservase la paz. Oídos que fueron los embajadores, Hannon dijo que los romanos pedían justicia; que Aníbal, sin que le nadie lo pretendiese, debía ser desterrado á lo postrero del mundo, porque no perturbase el estado apacible y quieto de su ciudad. Pero la parcialidad de los barquinos, que estaba prevenida por mensajeros y cartas del mismo Aníbal, y por este medio corrompido el Senado, desechado el consejo mas saludable, dió respuesta en esta forma: Que las cosas se hallaban reducidas á aquel estado, no por culpa de Aníbal, sino que de los saguntinos nació el agravio; que no hacían el deber los romanos en preferir nuevas amistades á la antigua. En el entre tanto Aníbal daba por algunos dias reposo á sus soldados, cansados con las peleas y batallas que se daban, cuando á la sazón le nació un hijo de Himilce, su mujer, llamado Aspar; causó esto grande alegría á su padre y á todo el ejército. Hiciéronse en los reales por su nacimiento grandes juegos y regocijos de todas maneras. Los saguntinos por tanto no reposaban, antes apercebían todo lo necesario para su defensa, y asimismo repararon los muros por la parte que el enemigo abriera entrada. Por demás fué esta diligencia, ca los enemigos con una torre de madera que levantaron, se arrimaron á la muralla, y desde allí, con lanzas y flechas, forzaban á desamparalla los que defendían la ciudad. Demás desto, quinientos africanos con picos y con palancas echaron por tierra una buena parte de la dicha muralla, por no estar edificada con cal, sino con barro, y por tanto tener menos resistencia. Hecho esto, los soldados, con esperanza del saco, que á voz de pregonero les fué prometido, entraron la ciudad por fuerza de armas. Los saguntinos, por no ser bastantes para defender la entrada, se retiraron mas adentro, y con un nuevo muro, que de repente á toda prisa levantaron, juntaron la parte de la ciudad que les quedaba con el castillo. Todo esto era poca defensa, y solamente estribaban en la vana esperanza del socorro que de Roma se prometían. Dióseles algun espacio para respirar con la partida de Aníbal, que acudió á los pueblos llamados Carpetanos y Oretanos, que tomaran las armas por el rigor que en levantar gente los cartagineses usaban; quedó en el cerco Maharbal, hijo de Himilce, como lugarteniente de Aníbal, el cual apretaba los saguntinos con reprimir sus correrías y salidas y ganar, como ganó, otra parte de la ciudad; con que los cercados se hallaban reducidos á extremo peligro. Sosogó Aníbal las alteraciones de aquellos pueblos; hecho esto, dió vuelta á Sagunto, y con su llegada se apoderó de una parte del mismo castillo, con que los miserables ciudadanos perdieron de todo punto la esperanza de poderse defender. La obstinacion sola los sustentaba, mal que en los mayores peligros no recibe consejo, y cuando es sin fuerzas acarrea la perdicion. Un ciudadano de Sagunto, por nombre Halcon, se salió escondidamente de la ciudad, y por compasion que tenía á sus ciudadanos, que con el peso de los males via estar fuera de juicio, comenzó en particular á tratar de concertos. Y como no alcanzase otra respuesta sino que los cercados solo con sus vestidos, desamparada la ciudad, fundasen un nuevo

pueblo en aquella parte y campos que el vencedor les señalara, se quedó en los reales, por no tener esperanza que sus ciudadanos se querrian entregar con aquel partido; que era un miserable estado ni tener ni saber aceptar remedio. Viendo esto un español llamado Alorco, sin embargo que era soldado de Aníbal, por ser aficionado á los saguntinos, así por su naturaleza como por acordarse del buen hospedaje que en otro tiempo le habían hecho, se metió en la ciudad por la batería, y lo primero hizo echar fuera y apartar la gente popular, despues avisó en pública audiencia á los principales de aquellas condiciones, injustas por cierto, dijo, y graves, pero para el estrecho en que se van necesarias; que considerasen, no lo que perdían ni lo que les quitaban, sino que tuviesen por ganancia todo lo que les dejaban; pues la vida, la libertad y las riquezas todo estaba en poder del vencedor. El razonamiento de Alorco fué oído con grande indignacion y bramido del pueblo, que poco á poco se llegó con deseo de saber lo que pasaba. Muchos, juntando el oro, plata y alhajas en la plaza, les pusieron fuego, y en la misma hoguera se echaron ellos, sus mujeres y hijos, determinados obstinadamente de morir antes que entregarse. En el mismo punto cayó en tierra una torre, despues de muy batida, que dió libre entrada á los soldados en la ciudad, que ardía toda en vivas llamas y en fuego, encendido por sus mismos ciudadanos, y que el enemigo procuraba de apagar; que era igual desventura por el un respeto y por el otro; de tal manera la guerra muda las leyes de naturaleza en contrario. Los moradores fueron pasados á cuchillo, sin hacer diferencia de sexo, estado ni edad. Muchos, por no verse esclavos, se metían por las espadas enemigas; otros pegaban fuego á sus casas, con que perecían dentro dellas quemados con la misma llama. Pocos fueron presos, y este fué casi solo el saco de los soldados, dado que muchas preseas se enviaron á Cartago, muchas fueron robadas por los mismos, ca no pudieron los moradores quemallo todo. Duró este cerco por espacio de ocho meses, y en el de mayo fué destruida aquella nobilísima ciudad, año que se contaba de la fundacion de Roma 536, del cual número hay quien quite dos años, pero concuerdan todos que fué en el consulado de Publio Cornelio y de Tito Sempronio.

CAPITULO X.

Del principio de la segunda guerra púnica contra Cartago.

A un mismo tiempo llegó á Roma la fama de la destrucion y ruina de Sagunto, y los embajadores enviados á Aníbal volvieron de Cartago; con cuánto dolor y pena del Senado y del pueblo no hay para que decillo, la misma cosa lo da á entender; quejábanse de sí mismos, reprehendían su tardanza y sus recatos, confesaban haber desamparado á sus amigos y entregádolos en las manos de sus contrarios. Vaaas quejas eran estas, arrepentimiento fuera de sazón, por estar ya asolada aquella nobilísima ciudad y sus ciudadanos degollados. Lo que solo restaba, determinar de tomar venganza, dado que si la saña que tenían era grande, no era menor el miedo de venir á rompimiento y á las manos, ca el enemigo era poderoso y valiente, y que tenía á su obediencia ejércitos diestros, endurecidos con guerras

de tantos años. Era esto en tanto grado verdad, que ya les parecía que Aníbal, pasadas las Alpes, rompía por Italia, y que ya le tenían á las puertas de la ciudad de Roma. Con todo esto se declaró luego la guerra contra Cartago. Sortearon los cónsules las provincias: á Cornelio cupo España, á Sempronio Africa con Sicilia. En Roma y en toda Italia se hicieron á toda prisa levas de soldados; los mozos y de edad competente eran forzados á tomar las armas, alistarse y acudir á las banderas; los de mas edad y las mujeres, que no podían ayudar de otra suerte, discurrían por todos los templos de su ciudad, y con oraciones y rogativas, con votos y con plegarios cansaban á los dioses. Hechos estos aparejos, y armada una gruesa flota, enviaron primeramente cinco embajadores á Cartago para mas justificarse y para preguntar si la ciudad de Sagunto fuera destruida por autoridad y mandado público del Senado. Llegaron los embajadores á donde iban; el principal dellos propuso en el Senado cartaginés lo que les fuera mandado. Respondieron que no había que tratar de la manera de proceder, y por cuya autoridad la guerra se hizo, si no solo si fué justa, si contra justicia y razon, que en el asiento antiguo que con Luctacio se puso, ninguna mención se hizo de los saguntinos; que si Asdrúbal admitió algunas otras condiciones, no debían ligar mas á su Senado y al pueblo que el concierto de Luctacio al Senado romano, las condiciones del cual mudaron á su voluntad, y con aquel color las hicieron mas pesadas y ásperas. Gastábase tiempo en aquellas reyertas, sin llegar al punto ni responder á la pregunta. El romano, recogida su ropa delante del pecho á la manera de quien en la halda trae algo, paz, dice, y guerra traemos; escoged lo que quisieredes; y como respondiesen que él diese lo que su voluntad fuese, soltando la ropa, dijo les daba la guerra. Con esto los romanos, conforme al orden que llevaban, pasaron á España; en ella fácilmente trajeron á su devocion á los Bargasinos, pueblos asentados en lo postrero de España, do se tendían los Cerretanos. Mas los Volcianos, á quien asimismo acudieron, los despidieron con palabras afrentosas y con desden; ca les dijeron que la buena cuenta sin duda que habían dado de los saguntinos convidaba á todos á aliarse con ellos, que ayudaban á sus compañeros solo con el nombre, y en el mayor riesgo los desamparaban. Tenían los Volcianos su asiento, como se entiende, por allí cerca, dado que algunos los ponen donde está Villadocce, no lejos de las fuentes del río Güerva, el cual pueblo dicen que en memorias antiguas hallan que se llamó Volce. Lo que hace al caso es que, divulgada que fué esta respuesta, todas las demás ciudades por aquella parte los despidieron con la misma libertad y bafa. Así, se partieron para la Gallia Narbonense, donde en una junta que se hizo de aquella gente pidieron, en nombre del Senado romano, no diesen á Aníbal paso por sus tierras para Italia, como lo pretendía hacer. Oyeron los congregados esta demanda con risa y mofa, teniendo por desatino hacer á voluntad y en pro de los romanos por donde en su perjuicio la guerra se encendiese en su tierra. Estaban prevenidos con dones de los cartagineses; de los romanos no habían recibido ni esperaban cosa alguna. Con este ruín despacho, sin efectuar cosa alguna de momento, se volvieron por Marsella á Roma. En este medio Aníbal no dormía, antes con todo cuidado se

apercebía para la guerra. Con esta resolucion envió á invernar los soldados, con licencia de visitar á los suyos los que quisiesen, con tal que al abrir la primavera todos acudiesen á Cartagena. El se partió para Cádiz á hacer sus votos y ofrecer sus sacrificios en el famoso templo de Hércules. Hecho esto, y enviados su mujer y hijo ó á Africa ó á Castulon, recogió trece mil y ochocientos peones españoles, llamados cetratos, por los broqueles de que usaban, ca celra es lo mismo que broquel. Estos envió á Cartago con ochocientos mallorquines y mil y quinientos de á caballo para que allí estuviesen como en rehenes; que por estar lejos de sus tierras entendida con mayor esfuerzo y lealtad servirían en lo que se ofreciese. En la misma flota en que fueron estas gentes, por retorno vinieron á España once mil africanos, con la cual ayuda y con ochocientos otros soldados de la Liguria, donde está Génova, encargó á su hermano Asdrúbal la defensa de España. Dejóle otrosí su armada bastante de naves para conservar el señorío del mar. Demás desto, los rehenes que había mandado dar á las ciudades, que eran hijos de los mas principales ciudadanos, dejó en el castillo de Sagunto, encomendados á un cartaginés principal, llamado Bostar. Ordenado esto y hecho, él se puso en camino con la fuerza del ejército y campo, compuesto de diversas naciones, en el cual los mas cuentan noventa mil peones y doce mil caballos. Polibio pone muy menor el número; lo mas cierto que, llegado que hobo con sus gentes á las riberas del río Ebro, con el gran cuidado que tenía del suceso de aquella empresa, una noche le pareció que veía entre sueños un mancebo muy apuesto y de grande gentileza, que le decía ser enviado de los dioses para que le guiase á Italia; por tanto que le siguiese sin volver atrás los ojos. Pero que él, sin embargo, vuelto el rostro, vió una serpiente que derribaba todo lo que delante se le ponía con un grande torbellino de agua que seguía. Preguntado el mancebo qué era lo que aquellas cosas significaban, le respondió se dejase de escudriñar los secretos de los hados, y siguiese por donde los dioses le abrian camino. Pasado el río Ebro, ganó la voluntad y atrajo á su devocion á Andúbal, un señor el mas principal de los españoles de aquellas comarcas, en cuyo poder dejó el bagaje y ropa de todo el ejército por marchar mas á la ligera; y á Hannon, con buen golpe de soldados, encomendó la defensa de aquellas tierras. Con esto pasó adelante en su camino; y entrado en los bosques y aspereza de los Pirineos, como tres mil de los carpetanos, es á saber, del reino de Toledo, arrepentidos de aquella milicia y guerra que caían tan lejos, hobiesen desamparado las banderas, recelándose que si los castigaba los demás se azorarían, de su voluntad despidió otros siete mil españoles que le pareció iban tambien á aquella empresa de mala gana. Con esta maña hizo que se entendiese había tambien dado licencia á los primeros, y los ánimos de los demás soldados se apaciguaron por tener confianza que la milicia que seguían por su voluntad la podrían dejar cada y cuando que quisiesen. Pasados los Pirineos, con ayuda de Civismaro y Menicato, hombres poderosos en la entrada de Francia, hizo confederacion con aquella gente que se habían puesto en armas. Pasado el río Ródano y vencidos los volcas, que moraban y poseían las riberas de la una y de la otra parte de aquel río, pa-

só con sus gentes hasta asentar los reales á las haldas de los montes Alpes. Fué este año en España abundante de mantenimientos, pero falto de salud. Hobo enfermedades y peste, temblores de tierra, ordinarias tormentas en la mar, en el cielo apariencia de ejércitos que se encontraban con grande ruido de las nubes: pronóstico de los males que desta guerra resultaron por toda la redondez de la tierra.

CAPITULO XI.

Cómo Aníbal pasó en Italia.

Muchas cosas de las que siguen son por la mayor parte extranjeras; pero si no las tocamos, no se pueden entender las que en España sucedieron. Dará perdon el lector, como es razon, á los que seguimos pisadas ajenas, y aun con mayor brevedad apuntamos lo que otros relatan á la larga. El cónsul pues Publio Cornelio, al cual por suerte cupo á España, como queda dicho, se embarcó y hizo á la vela para impedir el camino que los enemigos hacian. Asentó sus reales á la ribera del rio Ródano, con atencion que tenia de hallar alguna ocasion para hacer algun buen efecto. Sucedió que trecientos caballos romanos, que salieron á descubrir el campo y tomar lengua de los enemigos, se encontraron y vencieron en cierto encuentro á quinientos ginetes alárabes, que con el mismo intento habian salido de sus reales. Alegróse el Cónsul con esta victoria, ca por este principio pronosticaba que lo demás de la guerra sucedería bien; y con deseo de dar al enemigo la batalla de poder á poder, se adelantó hasta donde se juntan los dos rios el Ródano con la Sona, la cual los latinos llamaron *Araris*. Pero halló que ya el enemigo era partido, y sin embargo llegó hasta los reales de los cartagineses, que halló vacíos. No tenia esperanza de alcanzar al enemigo; por esto, vuelto al lugar de do partió, luego que despachó á su hermano Gneio Scipion con la fuerza del ejército y con una armada de galeras para acometer á España y defender en ella á los aliados del pueblo romano, él con pocos volvió por mar á Génova, con intencion que en Italia no le faltarian soldados ni ejército para ir contra Aníbal. El cual, por lo que hoy llamamos Saboya, y antiguamente fueron los Allobroges, pasó, aunque con grande dificultad, en espacio de quince dias las Alpes de Turin. Desde allí rompió por Italia con su ejército de veinte mil peones y seis mil caballos, como cuentan algunos; otros dicen que llevaba cien mil peones y veinte mil caballos. Lo que consta es que los romanos no tenían fuerzas bastantes para resistir, por ser sus soldados nuevos y bisoños, como levantados de prisa. Por donde cerca del rio Ticino, dicho al presente Tesino, el cónsul, en cierto encuentro que tuvo con el enemigo, á manera de vencido y aun gravemente herido, se retiró á sus reales, de donde la noche siguiente se partió como huyendo, y se metió en Placencia con mayor confianza que tenia en los muros que en sus fuerzas. Verdad es que al otro cónsul, llamado Sempronio, sucedian mejor las cosas en Sicilia, ca venció por mar dos armadas cartaginesas, que fué causa de mandalle volver contra Aníbal y acudir al mayor peligro; pero con su venida no se mejoró nada el partido de Roma; antes en una batalla que el mismo dió al enemigo junto al rio Trebia, se hizo mayor es-

trago en los romanos, porque gran número de ellos pereció en la pelea y en el alcance. Invernó en aquellos lugares Aníbal, y el cónsul Sempronio se partió á Roma para hallarse á la eleccion de los nuevos cónsules. Pasados los frios, antes que llegase el verano del año que se contó 537 de la fundacion de Roma, Aníbal movió con sus gentes, y pasó adelante la vuelta de Roma. Pero al pasar del monte Apenino y á la entrada de la Toscana, con una grande tempestad que se levantó y por la fuerza del frio, murieron muchos del ejército cartaginés. Volvió por esta causa Aníbal atrás, y siendo asimismo de vuelta el cónsul Sempronio, que dejaba en Roma elegidos nuevos cónsules, es á saber, Gneio Servilio y Caio Flamínio; junto á Placencia se dió una muy herida y muy dudosa batalla; pelearon hasta que sobrevino la noche y casi con igual daño de entrambas partes. El cónsul se quedó en aquella ciudad, y el cartaginés se recogió á la Liguria, que hoy es lo de Génova, para rehacerse, por haber perdido grande parte de su ejército.

CAPITULO XII.

De lo que sucedió por el mismo tiempo en España.

Llegado que fué Gneio Scipion á España, sujetó al nombre y imperio romano toda aquella parte de aquella provincia que corria hácia el mar desde los pueblos que llamaban Lacetanos y el cabo de Creus hasta el rio Ebro; ca por el aborrecimiento que tenían á los cartagineses, de buena gana mudaban partido y alianza. La armada romana invernó cerca de Tarragona; debió ser en el puerto de Salu, el cual parece que Ruso Festo llamó Sallorio, distante de aquella ciudad cuatro millas á la parte de poniente. Despues desto, el capitán romano trabó pelea con Hannon, al cual, como queda dicho, Aníbal dejó para guarda de aquellas partes. La batalla fué junto á un pueblo llamado Cisso, que entiendo hoy es Sisso ó Saide, lugares conocidos por aquellas comarcas. El campo y la victoria quedó por los romanos; murieron seis mil de los enemigos, los presos llegaron á dos mil, y entre ellos fueron el mismo Hannon y Andúbal, que, como se dijo, seguia la parte de Cartago; pero diéronle en la pelea tales heridas, que dentro de pocos dias murió dellas. Asdrúbal, que avisado venia á socorrer á Hannon, como pasado el rio Ebro tuviese noticia de la rota, doblando el camino hácia la mar, mató á muchos marineros y gente naval de los romanos que halló descuidados y sin recelo de su venida; y con la misma preseteza, por miedo del capitán romano, que movido de la fama de aquel hecho se apresuraba para revolver sobre él, tornó á pasar el rio Ebro, y llevó sus gentes, que eran ocho mil infantes y mil caballos, á lugares seguros. Gneio, del Ampurdan, donde despues de la huida de los cartagineses era ido, fué forzado á dar la vuelta y acudir á los pueblos llamados Ilergetes, donde está Lérida, á causa que despues de su partida, desamparada la amistad romana, se habian pasado á la de Cartago. Llegado que fué, perdonó á los demás, y contentóse con castigar en dineros á los de un pueblo llamado Atanagia, y mandarles dar mayor número de rehenes como á ciudad que tenia mas culpa, ca fuera la primera en alborotarse. Desde allí movió la vuelta de los pueblos Accitanos, que moraban cerca del rio Ebro, y se man-

tenían en la amistad de los cartagineses. Otros dicen que fueron los Ausetanos, pueblos á las haldas de los Pirineos donde hoy están las ciudades de Vique y de Girona. Lo que consta es que, puesto que tuvo sitio sobre Acete, cabecera que era de aquellos pueblos, los Lacetanos, donde está Jaca, que venían en su socorro, y de noche pretendían entrar dentro de aquella ciudad, cayeron en una celada que les pusieron, donde fueron muertos hasta doce mil dellos, y los demás para salvarse se pusieron en huida. Los cercados, perdida toda esperanza de tenerse, principalmente que Amusito, el principal dellos, secretamente se huyó á Asdrúbal, forzosamente se hobieron de entregar el día trigésimo del cerco. Penáronlos en veinte talentos de plata; y con esto, el ejército romano fué enviado á invernar á Tarragona, y á los españoles que les seguían asimismo enviaron á sus casas. Grandes prodigios cuentan se vieron en España, Italia y Africa, por la cual causa, para aplacar la ira del cielo, se ofrecieron y renovaron los mayores y mas extraordinarios sacrificios que de costumbre tenían, en especial en Cartago, de tal manera y en tanto grado, que acudieron á la costumbre de los de Fenicia, que dejaban por largo tiempo, y conforme á ella acordaron de aplacar la deidad de Saturno con la sangre de los hijos de los mas principales; ca consideraban que en el suceso de aquella guerra, bueno ó malo, estaban en balanzas las haciendas y vidas de todos. Dicen asimismo que entre los demás mozos que se debían sacrificar, fué por el Senado señalado Aspar, hijo de Aníbal, como del mas principal ciudadano de su ciudad; tal era el pago que daban á los trabajos de su padre, ó por mejor decir, todo esto es fábula compuesta para entretener al lector con la diversidad y extrañeza destas patrañas, inventadas por nuestros historiadores, que añaden el niño fué librado de la muerte por los ruegos de su padre, que decia tenia por mejor aventurar su vida en aquella guerra que, por obedecer á aquella religion ó supersticion de su patria, derramar, en duda de ser oído, la sangre de su hijo, que mucho amaba.

CAPITULO XIII.

De la batalla que se dió junto al lago Trasimeno.

Pasado el invierno, y con levas que el cartaginés hizo de gente en lo de Génova, reparado el ejército, que quedó mal parado de las refriegas ya dichas, Aníbal pasó las cumbres del monte Apenino con mayor facilidad y prosperidad que antes. Dado que en aquel viaje, al pasar las lagunas que de las crecientes del rio Arno quedaban, por causa de la mucha humedad y frio perdió el uno de los ojos, con que quedó mas feo y por el mismo caso mas fiero y espantable. Muchos hombres y bestias perecieron y casi todos los elefantes que en su hueste llevaba. Con todas estas incomodidades pasó adelante, y llegó al lago Trasimeno, que está en aquella parte de Toscana donde la ciudad de Cortona, y no lejos de la ciudad Perosa, de la cual hoy tiene el apellido, ca se llama el lago de Perosa. Corrió y taló los campos de aquella comarca con intento de irritar al cónsul Caio Flamínio, que era salido contra él, y temerariamente se iba á despeñar en su perdicion. Asentó sus reales en la campaña rasa detras de un ribazo que cerca estaba; armó otrosí una celada, en que puso

á los mallorquines y soldados ligeros; asimesmo en la angostura que hay entre los montes y el lago puso la caballería. Acudió el Cónsul con sus gentes con resolución de dar la batalla; pero con la astucia de Aníbal, rodeados los romanos por frente y por las espaldas y como metidos en una red, fueron sin dificultad vencidos y desbaratados. Perecieron quince mil hombres del ejército romano, y otros tantos fueron presos, y el mismo Cónsul pasado con una lanza. Poco despues en la Umbria, donde ahora está Espoleta, cuatro mil caballos que, enviados por el cónsul Servilio de socorro por no saber lo que pasaba, iban sin recelo á juntarse con los demás del ejército romano, fueron muertos y destrozados por Aníbal. Y en prosecucion de la victoria, se puso sobre Espoleta, colonia y poblacion de romanos; pero como no la pudiese entrar, dió vuelta hácia los Pícnos, que hoy es la Marca de Ancona, cuyos campos, que son muy buenos, corrió y taló sin piedad ninguna. Despues por los Marsos y Marrucinos rompió por la Pulla, donde se detuvo cerca de dos pueblos, llamados el uno Arpos, el otro Lucezia. En el entretanto, los ciudadanos de Roma, atemorizados con pérdidas y rotas tan grandes, acudieron al postrer remedio, que fué nombrar un dictador con autoridad suprema y extraordinaria de mandar y vedar á su voluntad. Este fué Quinto Fabio Máximo; él nombró por maestro de la caballería, que era la segunda persona en autoridad, á Quinto Rufo Minucio. Miraron los libros de las Sibilas, y por su mandado votaron un verano sagrado. Demás desto, de cada una de las monedas que llamaban ases, y tenían peso de una libra de á doce onzas, batieron seis ases, cada cual del mismo valor que los antiguos, que era como de cuatro maravedís de los nuestros; estos ases, menores por esta causa de ser la sexta parte de los antiguos y de á cada dos onzas no mas, se llamaron sextantarios. Enviaron asimismo naves en España cargadas de vituallas; mas como cerca del puerto Cosano, que hoy se entiende es Orbitello, cayesen en las manos y poder de la armada cartaginesa, se vieron en necesidad de armar de nuevo y juntar bajeles de todas partes para la defensa de las marinas de Italia. Grandes apreturas eran estas; pero sin embargo, el Dictador, luego que tuvo junto un buen campo, partió la vuelta de la Pulla con intento y resolución de entretenerse y nunca dar al enemigo lugar de venir á batalla: ardid muy saludable, con que la ferocidad y orgullo del cartaginés comenzó á enflaquecer y juntamente á sanarse las heridas recibidas por poca consideracion y demasiado brio de los caudillos pasados. Dado que no le dió mas en qué entender el enemigo que la temeridad de Minucio, contra quien le era menester contrastar, y juntamente contra el atrevimiento de los soldados y la mala voz que dél andaba, cosa que muchas veces hizo despeñar á grandes capitanes; ca todos murmuraban del recato del Dictador, y se lo atribuían á cobardía, y le ponían, como acontece, otros nombres de afrenta. En España, Asdrúbal envió con una gruesa armada á Himilcon para correr las marinas que en aquella provincia estaban á devocion de los romanos, y luego que le hobo despachado, él mismo acudió por tierra con un ejército de veinte mil hombres. El capitán romano Gneio Scipion, por no tener fuerzas bastantes para ambas partes, acordó de conservar el señorío de

la mar; y para esto, con treinta naves que armó en Tarragona, se apoderó de la flota cartaginesa, que halló en la boca del río Ebro vacía de soldados, por haberse desembarcado sin algun recelo de lo que sucedió. Tomó veinte y cinco naves á la vista del mismo capitán cartaginés; las demás, parte echó á fondo, parte por escapar encallaron en la ribera. Fué esta victoria tanto mayor, que con la misma presteza tomaron en alta mar catorce naves gruesas, las cuales por calmarles el viento, no pudieran atener con las demás. Asimismo una ciudad por aquellas partes, llamada Honosca, fué entrada por fuerza y puesta á saco. Los campos cercanos á Cartagena talados, y quemados los arrabales de aquella ciudad. Acudía Asdrúbal á todas partes, y hasta Cádiz siguió por tierra los rastros de la armada romana, como testigo solamente de los fuegos y daños que en todas las partes hacia. Despues de esta victoria, la armada romana acometió la isla de Ibiza; y mas de ciento y veinte pueblos en España se pasaron á los romanos, y entre ellos los Celtíberos, gente muy poderosa y ancha, pues en su distrito abrazaban las ciudades y pueblos que hoy se llaman Segorve, Calatayud y Medinaçeli. Demás desto, Uclés, comarca de Cuenca, Huete, Agreda con la antigua Numancia hasta las cumbres de Moncayo entraban en esta cuenta. Con la junta destas gentes quedó el capitán romano mas terrible y poderoso. Juntó un ejército por tierra, y con él rompió por aquellas tierras adentro hasta los bosques de Castulon; pero sin hacer grande efecto, dió la vuelta hasta pasar de la otra parte del río Ebro, por aviso que tenia de las alteraciones que levantaba Mandonio, hombre muy poderoso entre los ilergetes, y que entre los suyos habia antes tenido el principado. Resultó destas alteraciones una guerra muy formada. Asdrúbal fué llamado por los bulliciosos contra un escuadron de romanos, que enviado á sosegar aquellas revueltas, habia pasado á cuchillo muchos de los que estaban levantados. Demás desto, los celtíberos, movidos por cartas del general romano, acudieron contra los cartagineses, y les tomaron tres ciudades que tenian en otra parte; por esto Asdrúbal fué forzado á desamparar á los ilergetes con intento de acudir al nuevo peligro. Vinieron á las manos, y en dos batallas degollaron los celtíberos quince mil hombres del ejército cartaginés á tiempo que iba muy adelante el otoño de aquel año, que fué muy señalado en España por la fertilidad de los campos y por la abundancia de todos los bienes.

CAPITULO XIV.

Cómo Publio Scipion vino á España.

En estos términos se hallaban las cosas de España cuando Gneo Scipion, por cartas que escribió al Senado, pidió dos cosas: que le enviasen soldados para rehacer su ejército y las mas vituallas y municiones que ser pudiese. Juzgaron los padres que pedia razon, y por esta causa, Publio Cornelio Scipion, habiéndole prorogado el imperio despues del consulado, partió en socorro de su hermano. Tomó puerto cerca de Tarragona al principio del año luego siguiente, que se contaba de la fundacion de Roma 538; llevó treinta galeras, ocho mil soldados y grandes vituallas, y órden de hacer la guerra con igual poder y autoridad que su her-

mano. Despues de llegado, tomado que hobieron su acuerdo, á ruego de los saguntinos, que audaban deserrados y deseaban volver á su tierra, y para vengar los agravios pasados, fueron con sus ejércitos sobre Sagunto. En esta ciudad, Bostiar, su gobernador, tenia á su cargo y en su guarda los rehenes de los españoles con una pequeña guarnicion, que era lo que detenia muchas ciudades de España para no darse á los romanos, por miedo no pagasen los suyos con las vidas la culpa de haberse ellos rebelado. Acedux, hombre noble entre los saguntinos y aficionado á los romanos, deseaba ganar su gracia con algun servicio señalado; habló en secreto al Gobernador, y con razones bien coloradas le persuadió enviase los rehenes á sus casas; que este era el camino para ganar las voluntades de todos los de España, pues de la confianza nace la lealtad. Como el Gobernador se dejase persuadir, por ser hombre llano y sin doblez, el mismo Acedux se encargó de llevar los rehenes y restituirlos á los suyos. Para ejecutar lo que pensaba, avisó primero á los romanos de todo lo que pensaba hacer; y partiéndose á media noche, los llevó á sus mismos reales. Por esta manera, los romanos, con restituir ellos de su mano los rehenes, ganaron grandemente las voluntades de los naturales. Verdad es que la alegría que recibieron de sucesos tan prósperos se enturbió grandemente con la nueva que vino de una rota muy señalada que se dió á los romanos en un lugar de la Pulla llamado Cannas. Fué así, que acabado el consulado de Gneo Servilio, sucedieron nuevos cónsules, es á saber, Lucio Emilio, de la nobleza, y del pueblo, cosa no usada antes, Terencio Varron, por cuya imprudencia les vino aquella desgracia; ca los dos cónsules, por evitar diferencias, se concertaron de manera que mandasen á dias. Eran los pareceres y condiciones diferentes: Emilio rehusaba la pelea; Varron, un dia que tocó á él el mando y halló oportunidad, no dudó de ponerse al trance de la batalla. Siguióle su compañero, mas por no parecer que le desamparaba que porque le pareciese bien aquel acuerdo. Junto al mar Adriático demarcan la ciudad de Cannas en aquella parte de Italia que se llama la Pulla. A la vista desta ciudad y en sus campos se dió aquella cruel y sangrienta batalla, en que perecieron de los romanos cuarenta y dos mil peones y tres mil de á caballo con el cónsul Emilio, indigno por cierto deste desastre. Mas él, visto tan grande destrozo y daño, no se quiso salvar en un caballo que para ello le ofrecian. Los cautivos fueron doce mil, y el número de los nobles que murieron en aquella jornada tan grande, que de sus anillos hincheron tres modios y medio, que son mas de media hanega de las nuestras, que hizo juntar Magon, hermano de Anibal, y los llevó consigo á Cartago por muestra de la matanza. El temor y espanto que por causa desta rota cayó sobre los romanos fué tan grande, que los mancebos mas principales de Roma trataban entre sí de desamparar á Italia. El haber interpuesto algun tiempo y no seguir luego el enemigo la victoria, fué causa que no cayese de todo punto el imperio romano; porque no pocas ciudades de Italia con la nueva de aquella pérdida se apartaron de su amistad; muchas en España se estuvieron á la mira sin declararse por los romanos; dado que por el buen órden de los Scipiones ningunas alteraciones se levanta-

ron en aquellas partes; antes por el mismo tiempo Taragona fué con nuevos edificios arreada, y con nueva muralla ensanchada, y juntamente le dieron nombre y autoridad de colonia romana. En Cartago, dado que Hannon hacia instancia que pudiesen confederacion con los romanos, que aquella era buena ocasion para mejorar su partido, mirasen no se trocase en breve aquel regocijo en llanto; todavía se resolvieron en el Senado que Aníbal y Asdrúbal fuesen ayudados, como lo pedian, con dineros, soldados y armada. Hicieron gente de africanos y de alárabes, con que llegaron hasta cuarenta mil hombres. Destos enviaron primeramente á España, donde Asdrúbal estaba y donde corría mayor necesidad, cuatro mil de á pié y quinientos de á caballo. Dióse cuidado á Magon, que iba por capitán deste socorro, de juntar en España y levantar de nuevo mas gente, así de á pié como de á caballo, á propósito de mantener y extender en aquella provincia su señorío.

CAPITULO XV.

Cómo Asdrúbal no pudo entrar en Italia:

Alterábanse por el mismo tiempo hacia el estrecho de Gibraltar los tartesios, gente feroz y denodada. Tomaron por su caudillo á un hombre principal llamado Galbo, acudieron á la ciudad de Aseua, donde los cartagineses tenian recogido el trigo y las vituallas, y apoderáronse de todo. Sosegó Asdrúbal estos movimientos con presteza; y por las cartas que de Cartago le vinieron, entendió le ordenaban pasase sin dilacion en Italia para asistir y ayudar á su hermano Aníbal. Fuéle muy pesado este mandato, y ocasion que muchos en España se inclinassen al partido de los romanos; pero érale forzoso obedecer. Dejó por sucesor y en su lugar á Himilcon, hijo de Bomilcar, enseñóle los secretos de la provincia, avisóle de la manera que debía tener en hacer la guerra; y con tanto, hechas nuevas levadas de gente y juntado mucho dinero de toda la provincia para el sueldo de sus soldados, movió con sus ejércitos y fardaje la vuelta del río Ebro, año de la ciudad de Roma 539. Los Scipiones aquejados por el peligro de su patria, si Asdrúbal pasase en Italia, que temian no fuese oprimida con dos ejércitos la que para deshacer uno no tenia fuerzas bastantes, antes habia sido vencida muchas veces, acordaron de divertille de aquel viaje, ó á lo menos entretenelle con acometer los pueblos de la devocion de Cartago. Con este intento encaminaron sus gentes contra una ciudad llamada Iberia del nombre del río Ibero, que es Ebro, del cual estaba cerca. Asdrúbal, que tuvo aviso deste deseo, se anticipó á fortificar aquella ciudad; y hecho esto, se puso con gran presteza sobre otra ciudad que por allí estaba, aliada con los romanos, con que los contrarios asimismo se divertieron, ca alzado el cerco de Iberia, acudieron á la defensa. Acercáronse los ejércitos, trabaron primero escaramuzas, y últimamente, ordenadas sus haces y dada señal de pelear, arremetieron los unos y los otros con grande denuedo. Pelearon no de otra manera que si en el suceso de aquella batalla estuviera puesto, no solo el señorío de Italia y de España, sino el imperio del mundo. En especial los romanos se señalaban ni mas ni menos que si estuvieran á las murallas y puertas de

Roma, con que apretaron á los contrarios, y salieron con la victoria. Los primeros á volver las espaldas fueron los españoles, que por el aborrecimiento que tenían á los cartagineses y por llevarlos por fuerza á empresa tan léjos, se adicionaban á los romanos. Los cartagineses y africanos, desamparados de tal ayuda, fueron muertos y puestos en huida; la caballería y elefantes escaparon por los piés; el mismo Asdrúbal con pocos se recogió á Cartagena. La nueva y aviso desta noble victoria, luego que se supo en Roma por cartas de los Scipiones, fué ocasion de grande alegría, no tanto por ganar la jornada, cuanto por haberse impedido la pasada de Asdrúbal en Italia. Fué este año trabajoso para España, así por falta de mantenimientos como por la peste que se emprendió, con que murió mucha gente, y entre los demás la mujer y el hijo de Aníbal; así lo cuentan. Por esta causa, los padres romanos enviaron vituallas para los ejércitos que tenian en España; para proveer esto, tomaron dineros prestados de los mercaderes, á causa de estar sus tesoros de todo punto gastados. Además que les era forzoso armar por la mar contra Filipo, rey de Macedonia, de quien se decía que, puesta confederacion con Aníbal, trataba de pasar en Italia, que era otro nuevo peligro. Sabida en Cartago la rota de Asdrúbal y el riesgo que corrían las cosas de España, dieron orden que Magon, hermano de Aníbal, con la armada que tenía á punto para pasar en Italia tomase la derrota de España. Hizolo así, y en breve surgió en el puerto de Cartagena con sesenta galeras y doce mil hombres en ellas, donde se hallaba asimismo Himilcon, que poco antes viviera en España con las naves y gente de socorro que tambien él trajera de Cartago. Con la venida de Magon hobo grande mudanza en España; y los que despues de vencidos apenas tenian donde poner el pié, se atrevieron á salir de nuevo en campaña. La ciudad de Illiturgo fuera antes de su jurisdiccion, y porque se habia pasado al enemigo, la acometieron primeramente, pusieron sobre ella con sesenta mil hombres, y cercáronla por tres partes. Deseaban los Scipiones socorrela; acudieron con carros y bestias á meter trigo á los cercados y con diez y seis mil hombres que llevaban de guarda. Salieron los cartagineses á atajarles el paso. Dióse la batalla, que fué muy reñida, en que fueron vencidos, no solo Asdrúbal, sino tambien Magon y Himilcon, que de sus propios reales acudieron á la pelea. El estrago fué mayor, y mas el número de los muertos que el de los vencedores; prendieron tres mil hombres de á caballo, tomaron mil caballos que hallaron en los reales; demás desto mataron cinco elefantes. Rehiciéronse despues desto los cartagineses de soldados y de fuerzas, acometieron un pueblo llamado Incibile, siete millas al poniente de Tortosa; acudieron asimismo los romanos, con que de nuevo en un encuentro y batalla mataron tres mil cartagineses, y prendieron otros tantos. Quedó otrosí muerto Himilcon, capitán de grande esfuerzo y nombradía. Algunos dicen que Incibile es la que hoy se llama Chelva en el reino de Valencia. Illiturgo tienen que es Andújar en el Andalucía, ó Lietor, pueblo que no cae léjos de la ciudad de Alcaráz. Averiguar la historia de los lugares no es de menor dificultad que la de los hechos, por ser tan ciega la antigüedad, principalmente de España. Esto sucedió en el otoño, en el cual

una nueva que vino de Italia aumentó mucho la alegría de los romanos; es á saber, que despues que Aníbal hobo enflaquecido y manceado su ejército con los deleites y regalos de Capua, teniendo cercada á Nola, fué vencido en batalla por el pretor Marco Marcello, y forzado de retirarse á la Pulla. Item, que dos mil españoles, desamparados los reales cartagineses, se pasaron á los romanos, movidos de las grandes promesas que les hicieron. Demás desto, se contaba que Asdrúbal, por sobrenombre Calvo, partido de Italia para Africa con una gruesa armada, de camino probó de apoderarse de Cerdeña, á persuasion del mas principal de aquella isla, llamado Arsicora; pero que fué desbaratado y preso cerca de Calari por Tito Manlio Torcuato, con gran matanza, así de los cartagineses como de los sardos que seguian su partido. Tambien se supo de Sicilia que por la muerte de Hieron sucediera en su lugar un su nieto llamado Jerónimo, y que habia sido coronado por rey de Siracusa, si bien era mozo de quince años y de costumbres muy diferentes de su abuelo. Los Scipiones, con aquellas nuevas, llenos de buena esperanza, y determinados de volver á las armas luego que el tiempo diese lugar, acordaron de enviar los soldados á invernar y pasar ellos el invierno en Tarragona, en el qual tiempo se acabó la muralla de aquella ciudad, como se entiende por el letrero de una piedra antigua que se conservaba en tiempo de don Alonso el Undécimo, rey de Castilla, segun que se refiere en su historia. Está la ciudad de Tarragona asentada en un llano pequeño que se hace en lo mas alto de un collado redondo, que tiene la subida no ágría, y debajo á tiro de piedra la mar, cuyo lado hácia donde sale el sol, por las muchas peñas, es áspero y fragoso. Al poniente se extiende una llanura de mucha frescura y fertilidad por mas de cuarenta millas, plantada de olivares, viñas y membrillares, abundante en ganado, de buena cosecha de pan, tanto, que basta para el sustento de los moradores. A una milla de la ciudad por medio de aquellos campos pasa un rio, que hoy se dice Francolin, y antiguamente Tulcis, cuyas aguas son mas á propósito para cocer el lino y el cáñamo, de que hay por allí abundancia, que para beber. Y como quier que aquella ciudad antiguamente padeciese falta de agua dulce, grande incomodidad, despues de los Scipiones, los romanos labraron á su manera ciertos acueductos muy altos, con que guiaron á la ciudad una parte del rio Gaya, si bien dista della por espacio de diez y seis millas. Estos caños fueron desbaratados á causa de las guerras que gentes de Alemaña hicieron en España, como lo refiere Florian, el año de Cristo de 266, y se volvió á la misma incomodidad hasta tanto que en tiempo de nuestros abuelos abrieron un pozo muy hondo, de donde bastantemente se proveen de agua dulce los moradores, que en nuestro tiempo llegan hasta número de setecientos vecinos, poco mas á menos, como el circuito de los muros tenga, á lo que parece, capacidad de hasta dos mil casas, y no mas.

CAPITULO XVI.

Cómo los cartagineses fueron maltratados en muchas partes de España.

Apenas era pasado el invierno del año que se contaba de la fundacion de Roma 540, cuando los dos her-

manos Magon y Asdrúbal, juntado que tuvieron un grueso ejército de los suyos y de españoles, salieron con él en campaña, resueltos de echar con las armas de toda la España dicha ulterior, que es lo mismo que de allende, á los romanos, que en gran parte estaban della enseñoreados. Publio Scipion, para oponerse y contristar á estos intentos, pasado el rio Ebro, rompió por cierta parte donde caian los pueblos llamados Vectones. Asentó sus reales junto á un lugar principal, llamado Castro Alto, que era de mal agüero para los cartagineses, por haber sido allí muerto Amilcar, famoso capitan y padre de Aníbal. Mataron los enemigos que hallaron derramados por aquella comarca hasta dos mil hombres de los soldados y gente romana, por donde, recelándose de mayor daño, se retiró con su ejército á otros lugares que estaban de paz. Puso y fortificó sus reales en el monte dicho de la Victoria; hoy se entiende ser el de Moncia, que cerca del mar algunas millas de la otra parte del Ebro está puesto. Acudieron allí por diversos caminos y con diversos intentos Gneio Scipion á dar socorro á su hermano, y Asdrúbal, hijo de Gisgon, para combatirle. Vino este capitan poco antes de Africa con cinco mil soldados de socorro. Era natural de Cartago, de alto linaje, de grandes riquezas, y que tenia deudo con los hermanos Barquinos, y habia comenzado á hacer la guerra por aquella comarca de Ebro. Estaban los unos y los otros reales cercanos entre sí. Salió Publio Scipion á reconocer el campo; cercóle gran muchedumbre de enemigos, que le tuvieron muy apretado, y le redujeron á término que se perdiera si no sobreviniera su hermano, que le libró. No se hizo otro efecto de mayor consideracion. Los unos y los otros fueron forzados á pasar á la España ulterior y á la Andalucia, donde la ciudad de Castulon se rebelara contra los cartagineses y echara la guarnicion de soldados que tenian, por odio de aquella nacion y estar cansados de su señorío. Los cartagineses, luego que les vino el aviso, porque con la tardanza no creciese el daño, se apresuraron con sus gentes. Pusieronse primero sobre Illiturgo, con intencion de castigarla, ca á su persuasion los castulonenses hicieron aquel exceso. Partió asimismo Gneio Scipion para dar socorro á los cercados, y con una legion á la ligera rompió por medio de los enemigos, que tenian repartidas en dos partes sus estancias, y con muerte de muchos dellos se metió en la ciudad. Hizo luego los dos dias siguientes salidas, en que mató en los encuentros que tuvo dos mil de los enemigos, y cautivó tres mil con trece banderas. Otros refieren mayor número, pero entiéndese que por yerro de la letra en los autores de quien lo tomaron. Lo cierto es que los cartagineses desistieron del cerco, y alzó su bagaje, se pusieron de nuevo sobre Bigerra, ciudad puesta en los Bastetanos. Sobrevinieron los enemigos, por donde les fué forzoso dar la vuelta y recogerse hácia Aurigis, que hoy se entiende sea Jaen ó Arjona. Iban en su seguimiento los romanos. Vinieron á batalla, que duró por espacio de cuatro horas; fueron de nuevo vencidos los cartagineses con muerte de cinco mil de los suyos y prision de tres mil. Matáronles otrosí treinta elefantes, y tomáronles cincuenta banderas. Gneio perdió asimismo algunos de los suyos; sin embargo desto y que con un bote de lanza le pasaron un muslo, en una litera fué en seguimiento del enemigo

hasta Monda, donde se renovó la pelea y volvieron á las manos; el suceso fué el mismo, el estrago y la matanza la mitad menor que antes; los bosques y montes que cerca caian, por su espesura y fragura, y los piés á los mas dieron la vida. Tito Livio va algun tanto diferente en el cuento destas batallas; nos seguimos el asiento y órden de los lugares y lo que otros escritores testifican. Estando las cosas de los cartagineses en España en términos que no parece podian estar peores, Magon fué enviado á la Gallia para tratar con Menicato y Civismaro, señores con quien hiciera Aníbal confederacion, como arriba se dijo, para que pasasen en España con sus gentes y les ayudasen. Lo cual sin mas dilacion ellos hicieron, ca por mar llevaron á Cartagena nueve mil hombres de su nacion, donde Asdrúbal se apercebía para la guerra. Gneio, alegre con las victorias pasadas, no con menor cuidado, pasó el invierno en la Bética, que hoy es Andalucía. Con tanto, al principio del año que se contaba de Roma 541, los unos y los otros salieron en campaña. Vinieron á las manos en aquellas comarcas de Andalucía con el mismo coraje y denuedo que antes; el suceso fué el mismo, la matanza algun tanto mayor; ca ocho mil hombres del ejército cartagines y casi todos del número de los gallos quedaron en el campo tendidos con su capitanes Civismaro y Menicato, que con desco de mostrar su valentia con gran denuedo y alegría, como suele aquella gente, se metieron muy adelante en la pelea. Despues desta victoria, los romanos revolviéron sobre Sagunto, y la tomaron al fin por fuerza pasados seis años despues que fué ganada y arruinada por los cartagineses. Vivian todavía algunos de los foragidos de aquella su patria, que fueron en ella restituidos, y la ciudad de Turdeto, la principal causa de aquellos daños, echada por el suelo y allanada. Sus campos entregaron á los de Sagunto, y á los Turdetanos vendieron en pública almoneda; que fué por la venganza alguna consolacion del dolor, y recompensa de las injurias que los de Sagunto por su ocasion recibieran. Por el qual tiempo de Italia vinieron nuevas que Arpos, ciudad de la Pulla, la cual despues de la rota de Cannas faltó y se pasó á Aníbal, fué tomada por el esfuerzo del cónsul Quinto Fabio; y juntamente mil españoles que tenia de guarnicion, por grandes promesas que les hicieron, mudaron partido, y siguieron el de Roma; principio, aunque pequeño, que dió esperanza á los romanos de deshacer por aquel camino al orgulloso enemigo, y les puso en pensamiento, como lo hicieron, de escribir á los Scipiones que lo mas en breve que ser pudiese enviasen á Italia algunos señores españoles para por su medio granjear los demás españoles que andaban en el campo de Aníbal, en cuyo valor entendian consistia la mayor fuerza y esperanza de los cartagineses sus enemigos.

CAPITULO XVII.

De una nueva guerra que se emprendió en Africa.

Por el mismo tiempo en Africa se encendió una nueva y larga guerra con esta ocasion. Asdrúbal, hijo de Gisgon, dejó en Cartago una hija llamada Sofonisba, en edad de casarse. Sus partes y prendas muy aventajadas movieron á Sifaz, rey que era de los númidas, á pedilla por mujer. Y como el Senado se excusase con la ausen-

cia de su padre, entendió el bárbaro, y no se engañaba, que aquella respuesta era despidiente, y que no se la querian dar. Es el amor muy sentido; tívose por agraviado, y determinó vengarse con las armas. La silla de su imperio y señorío era la ciudad de Siga, puesta en las marinas de Africa, en frente de nuestra Málaga; sus tierras á la parte del poniente se extendian hasta Tánger y el mismo mar Océano; y por la parte que sale el sol, tenia por aldeaños las tierras de Cartago; solo quedaba en medio el reino de Gala. Con él de ordinario tenia Sifaz guerra sobre los confines y fronteras con sucesos diversos y diferentes trances. Tenia Gala un hijo, por nombre Masinisa, mozo de grandes esperanzas, en fuerzas, valor y ingenio aventajado. Pretendia Sifaz hacer primero la guerra y cargar sobre Gala, que tenia pocas tierras, y mas se sustentaba con la sombra de Cartago que con sus propias fuerzas. Parecíale buena coyuntura para su empresa, por estar los de Cartago embarazados á un tiempo con dos guerras muy pesadas, la de Italia y la de España. Estaba con esta resolucion, cuando le llegaron tres embajadores que los Scipiones desde España le despacharon para decirle de su parte que haría una cosa muy agradable al Senado romano si se aliase con ellos, y juntadas sus fuerzas diese á Cartago una nueva guerra en Africa, para dividille las fuerzas en muchas partes, y que no fuese bastante para acudir á todo. Con esta embajada se encendió Sifaz mas en el propósito que tenia, razonó con los embajadores, y trató muy á la larga de diversas cosas. Con tanto, quedó aficionado á la amistad de los romanos, y por entender cuán rudos eran los de Africa en las cosas de la guerra comparados con la milicia romana, pidió por lo que debian á la amistad comenzada, que, volviendo los dos con la respuesta, el tercero quedase en su compañía para instruir y ejercitar la infantería de aquel reino, parte de milicia de que los númidas de todo tiempo carecian, que solo usaban de gente á caballo. Otorgóse al Rey lo que pedía, que Quinto Scipiorio quedase con él; pero con tal condicion que los Scipionesto tuviesen por bien y lo aprobasen. Súpose en Cartago el intento de los Scipiones; y para acudir á su pretension y á la de Sifaz, acordaron de servirse del rey Gala, su aliado. Fué nombrado por capitan de aquella guerra Masinisa, mozo, como queda dicho, de grandes prendas, y adelante muy famoso por la amistad que tuvo hasta la muerte con los romanos, el cual sin dilacion, juntado que hobo, así sus gentes como las que los cartagineses le enviaron, salió á verse con el enemigo. Dióle la batalla, en que le mató treinta mil hombres, y á él forzó á huirse á los Maurusios, que era una ciudad ó comarca en lo postrero de su reino, por ventura donde ahora está Marruecos. Y como juntadas nuevas gentes pretendiese pasar en España, con otra batalla que le dió le quebrantó de todo punto las alas. Hay quien diga que, sin embargo, Sifaz pasó en España para tratar en presencia con los Scipiones la manera que se debía tener en hacer la guerra, y que dejaron de contar este viaje Tito Livio y Plutarco, como no es maravilla que en tan grande muchedumbre de cosas se olvide algo. Estas cosas sabidas en España, como congojaron á los romanos, así bien por el contrario acarrearón gran alegría al general cartaginés. Parecíole buena ocasion de apretar á los romanos, cuyo partido, que se iba antes

mejorando, tornaba de nuevo á empeorarse. Estaba ya cercano el invierno; por esto determinaron los cartagineses de concertarse para el año siguiente con los celtíberos, gente feroz y brava, y convidarlos con grande sueldo para que los ayudasen. Fueron los Scipiones avisados destas pláticas, ganaron por la mano, y con ofrecerles mayores premios, como gente que se vendia por dineros, los mantuvieron en su devocion; principalmente que los honraron en que no anduviesen en escuadrones aparte ni en los reales, como antes era de costumbre, tuviesen sus alojamientos distintos, sino que anduviesen mezclados con los romanos, debajo de las mismas banderas. Todo se enderezaba so color de honra á asegurarse mas dellos. En particular, para que hiciesen que los demás españoles desamparasen á Aníbal, enviaron trecientos dellos á Roma, que llegaron allá por el mar principio del año siguiente, que se contó 542 de la fundacion de Roma. En este tiempo, cuatro naves enviadas de Roma con vituallas y dinero suplieron la falta que sus ejércitos en España tenían. Pero lo que mas los animó y alegró fué entender que Hamon, el cual fuera enviado desde Cartago á Italia, y hechas nuevas levás de gente en la Liguria y en la Gallia, rompía por Italia para juntarse con Aníbal, que se hallaba ufano por haberse apoderado al mismo tiempo de la ciudad de Taranto, fué en la Marca de Ancona con todas sus gentes vencido y desbaratado. En Sicilia, la ciudad de Siracusa, despues de la muerte de Hieron y de la que dieron á su nieto Jerónimo sus mismos vasallos, como quien que estuviese dividida en bandos y últimamente hobiese venido á poder de los cartagineses, Marco Marcello, con un cerco que sobre ella tuvo de tres años, la redujo y puso en la obediencia de los romanos. Ayudóle Merico, español, que con quinientos soldados de guarnicion la defendió todo aquel tiempo por Cartago, y entonces se determinó de entregalla al capitán romano, que la entró por fuerza, y puesta á saque, se hizo gran matanza de los ciudadanos.

CAPITULO XVIII.

Cómo los Scipiones fueron muertos en España.

El premio que se dió á Masinisa por la victoria que ganó contra Sifaz, su competidor, fué dalle por mujer á Sofonisba. El, movido por el nuevo parentesco y con deseo de ayudar á su suegro, el mismo verano desembarcó en el puerto de Cartagena con siete mil africanos y setecientos caballos númidas ó alárabes. Asimismo Indibil, hermano de Mandonio, tenía para el mismo efecto levantados cinco mil hombres en los pueblos que llamaron Suesetanos, aparejado y presto para mover en ayuda de los mismos luego que le fuese avisado. Algunos entienden que estos pueblos eran en aquella parte de Navarra donde hoy está Sangüesa á la ribera del rio Aragon, villa que, como se muestra por los privilegios de los reyes antiguos, se llamaba Suesa, y sospechan que tomó este nombre de los puercos, que en latin se llaman *sues*; ca no hay duda sino que en los pueblos comarcanos que se llamaban Lacetanos, donde hoy está Jaca, hobo de todo tiempo muy buena cecina desta carne, y aun en el nuestro tienen mucha fama los pernils de aquella comarca. Pues como los cartagineses se hallasen apercebidos de tantas ayudas, fueron

los primeros que partidos de Cartagena salieron en campaña la vuelta del Andalucía con su campo dividido en dos partes. La una dellas guiaba Asdrúbal el Barquino; de los demás iban por capitanes Magon, Masinisa y el otro Asdrúbal, su suegro. Los Scipiones asimismo con muchos socorros que les vinieran de Italia, y en particular conliados en treinta mil celtíberos que tenían á su sueldo, partieron de sus alojamientos con resolucion de pelear con el enemigo, ya tantas veces por ellos vencido. Gneio con los celtíberos y la tercera parte de los soldados romanos se encargó de combatir á Asdrúbal, y con este intento asentó sus reales cerca de los del enemigo, y no léjos de la ciudad Anatorgis y de un rio que pasaba por medio y dividía los dos campos. Publio movió contra los demás caudillos cartagineses, para que, vencido Asdrúbal, como lo tenían por hecho, no huyesen ellos y se salvarsen por los bosques cercanos y por las selvas, antes como cercados con redes todos pereciesen juntamente; tanta confianza engendra muchas veces la prosperidad continuada; pero sucedió todo muy al revés, ca por astucia de Asdrúbal y con el conocimiento y trato que tenía con aquella gente, los celtíberos fácilmente se dejaron persuadir que desamparasen al capitán romano, y levantadas de repente sus banderas, se volviesen á sus casas. Para habelle, demás desto hobo ocasion de una nueva que se divulgó, y fué que la parte de aquellos que favorecía á los cartagineses, tomadas las armas, saqueaban las haciendas de los que seguian á los romanos. Gneio, despojado de aquella parte de sus fuerzas, por quedar menos poderoso que el enemigo, determinó retirarse. Porque ¿á qué propósito con temeridad despeñarse en su perdicion manifiesta? Ni es muchas veces de menor ánimo excusar la pelea que aceptalla. Lo que sabiamente tenía acordado desbarató otra fuerza mas alta, porque Publio, acosado de la caballería de Masinisa, que no cesaba de escaramuzar delante sus reales, y por recelarse que si Indibil, de quien se decia que venia, se juntaba con los demás, no seria bastante para contristar á tantas fuerzas, tomó un consejo peligroso, y fué que se determinó de salir al encuentro á Indibil y atajalle el camino, dado que en lo demás era hombre no menos recatado que valiente; pero la fortuna ó fuerza mas alta ciega á los que quiere despeñar. Dejó pues en los reales una pequeña guarnicion, y él de noche salió con sus gentes á hacer lo que pensaba. No ignoraron este intento los enemigos. Habian ya llegado los romanos á vista de los suesetanos, y ya tarde se comenzaron á trabar con ellos, cuando Masinisa con su vovida turbó á los romanos, que llevaban lo mejor, y finalmente los venció. Muchos fueron muertos por la caballería y el mismo general Publio; los demás se pusieron en huida; en el alcance fué aun mayor la matanza. Algunos pocos, cubiertos de la escuridad de la noche, parte se recogieron á las guarniciones cercanas de los romanos y á la ciudad de Ilturgo, parte á los reales donde salieron. Los cartagineses, alegres con esta victoria, á gran priesa se fueron á juntar con Asdrúbal el Barquino. Por esta ocasion Gneio comenzó á sospechar que su hermano Publio debía ser muerto; ca tenía por cosa cierta que si él fuera vivo y quedara salvo, no se hobieran juntado todos los cartagineses. Sentía otrosí en su corazon una extraordinaria tristeza,

bien así como suele acontecer á los que ha de suceder algun mal, como pronóstico de su daño. Tanto mas se confirmó en la resolución que tenia de retirarse; y así de noche, sin ruido, salió de sus reales. Al alba conocieron los cartagineses que los romanos eran partidos. Enviaron delante los caballos alárabes para que picasen en la retaguarda, y con tanto entretuviesen al enemigo hasta tanto que los capitanes cartagineses llegasen con el cuerpo del ejército. Gneio, viendo que los suyos por el gran miedo que les entrara ni se movian á pelear por ruegos ni por amonestaciones ni por su autoridad, determinó aventajarse en el lugar y tomar un altozano que cerca se empinaba. La subida fué fácil; mas no tenían aparejo ni materia alguna para hacer foso ni otros reparos, por ser el suelo duro á manera de piedra. Hizo pues poner los bastos y el bagaje como por valladar y trinchea, reparo ligero para tan grave peligro, pero que detuvo algun tiempo al enemigo, maravillado de los romanos, cuyo esfuerzo é industria aun en tan grave trance no desfallecia. Acudieron los capitanes, y reprehendida la cobardía de sus soldados, entraron por fuerza los reales. Allí los pocos, rodeados de muchos y mas vencidos del temor, fácilmente fueron destrozados. El mismo Gneio, dado que en aquel trance hizo oficio de gran capitán y de valiente soldado, pereció con los demás; varon singular y que gobernó á España muchos años, y fué el primero de los romanos que con su buena traza y afabilidad ganó el favor y voluntades de los naturales. Algunos pocos por les montes y espesuras, por donde á cada cual guió el miedo ó la esperanza, fueron á parar á los reales de Publio Scipion, que por ventura sospechaban estaba salvo; pero hallaron que Tito Fonteio, su lugarteniente, quedaba en ellos con una pequeña guarnicion. Dióse esta batalla cerca del rio Segura y de un pueblo llamado Ilorcis, que hoy se entiende sea Lorquin, en el reino de Murcia. Los de Tarragona tienen por averiguado que un torrejon que está puesto enfrente de aquella ciudad es el sepulcro de los Scipiones, donde se ven dos estatuas de mármol mal entalladas, puestas, como dicen, en memoria de los Scipiones. Pudo ser que pasasen allí sus cenizas, ó por ventura los naturales y los soldados, para muestra del mucho amor que les tenían, dado que los cuerpos no estuviesen allí, levantaron aquella memoria cerca de la ciudad principal donde era el asiento del gobierno romano, á manera de cenotafio, que es lo mismo que sepulcro vacío, como se ven en otras partes muchas memorias semejantes.

CAPITULO XIX.

Cómo Lucio Marcio reprimió el atrevimiento de los cartagineses.

El desastre de los Scipiones fué ocasion de gran mudanza en las cosas, y cayera en todo punto en España el partido de los romanos si no le sustentara al principio la osadía de Lucio Marcio, y despues le adelantara el valor grande de Publio Cornelio Scipion, que fueron el todo para que no se perdiese el resto, segun que amenazaban los grandes torbellinos que se levantaron. Falta comunmente la lealtad, y desamparan los hombres á los que ven ser de adversidad trabajados, como sucedió en esta ocasion en España; ca los castulonenses fueron los primeros que cerraron las puertas á los roma-

nos, que despues de aquel desastre se recogieron á su ciudad. Los de Illiturgo pasaron adelante, porque despues de recibidos los mataron. Con el ejemplo de estas ciudades no hay duda sino que otros muchos pueblos mudaron partido: hallábanse rodeados de tantos daños en un tiempo, así los que con Tito Fonteio quedaron en guarda de los reales como los demás que se acogieron á ellos; por esto á grandes jornadas se volvieron de la otra parte del rio Ebro. Acorrióles en este aprieto Lucio Marcio, hijo de Septimio, caballero romano, mozo de mucho valor, y que en el ejército de Gneio Scipion fuera capitán de una de las principales compañías, y tambien tribuno: juntó un grueso escuadron, así de guarniciones romanas como de los que á él se recogieron despues de las rotas ya dichas, y con él fué á dar socorro á los demás. La alegría que con su venida recibieron los soldados fué tan grande, que tratando de nombrar capitán y general en lugar de los muertos, por voto de todos le eligieron para el tal cargo. Pudiera pretenderle el mismo Fonteio y agraviarse de los soldados; pero la borrasca reprime la ambicion, y el miedo no da lugar á los demás afectos desordenados cuando es grande, antes los enfrena. Verdad es que toda aquella alegría en breve se enturbió y trocó en tristeza con el aviso que les vino, es á saber, que Asdrúbal, pasado el rio Ebro, se apresuraba para cargar sobre ellos, y que ya llegaba muy cerca, y tras él Magon que por las mismas pisadas le seguia. Fué esta nueva para ellos muy triste; teníanse por perdidos, pareciales que la fortuna aun no estaba harta de la sangre romana. Con esto, unos encomendaban sus deudos á sus amigos, y hacian sus testamentos de palabra, á propósito que si alguno se escapase, llevase á sus casas la nuevas y avisase de su última voluntad; otros lloraban su mala suerte y triste hado; todos renegaban y se maldecian. No habia quien diese oídos á las amonestaciones de Marcio; antes como atónitos estaban suspensos, los ojos puestos en tierra, y aun los mas encerrados en sus tiendas. En el entretanto el enemigo llegaba á vista de los reales y se acercaba á los reparos y al foso. Con la vista de los estandartes cartagineses, mudado el miedo en coraje, bravos como unos leones acuden los romanos todos con sus armas á la defensa y á las trincheas; rebaten los enemigos, y no contentos con esto, salen con gran rabia y furor contra ellos. El descuido de los cartagineses y la confianza, hija de la prosperidad y á las veces causa y madre del desastre, dió la vida á los romanos. Ca el atrevimiento no pensado hizo maravillar y amedrentó á los vencedores de tal suerte, que sin tardanza volvieron las espaldas. Marcio no quiso seguir el alcance por miedo de alguna celada; antes contento con haber muerto algunos en la huida y confirmado el ánimo de los suyos, dió señal de recogerse, y se volvió á sus estancias con los suyos, dado que mal enojados y que amenazaban claramente, pues dejaba tal ocasion de vengarse, cuando Marcio quisiese ellos no le acudirian. Los cartagineses otrosí no poco se maravillaron de ver recogerse los romanos; pero como lo echasen á temor, no hicieron caso de barrear sus estancias; este descuido convidó á Marcio para probar otra vez ventura, y con alguna encamisada dalles una mala trasnochada. Además que era forzoso aventurarse antes que Magon llegase á juntarse con Asdrúbal; que juntados los dos,

no les quedara á los romanos esperanza de poderse salvar. Era menester usar de presteza; avisó pues Marcio á los soldados en pocas palabras de lo que pretendia hacer; con tanto, mandóles que fuesen á reposar, y á la cuarta vela los sacó animados y alegres, porque de la cabeza de Marcio, cuando les razonaba, vieron resplandecer un llama; cosa que ellos tomaron á buen agüero. Estaba el campo de Asdrúbal distante de los reales de Magon solas seis millas, que hacen como legua y media, y en medio un valle de mucha arboleda, donde Marcio puso tres compañías de respeto para todo lo que sucediese, con algunos caballos. Marchaban los demás soldados sin ruido y á la sorda; por esto y por estar los contrarios descuidados, sin velas, sin cuerpo de guardia, entran en los reales de Asdrúbal sin alguna resistencia. La matanza que hicieron fué grande en los que estaban desarmados, descuidados y durmiendo; pocos se salvaron por los piés, muchos mas pretendieron acogerse á los otros reales que cerca estaban, pero dieron en la celada donde fueron todos muertos; en fin, el menosprecio del enemigo fué causa, como suele, de su perdicion. Entrados los reales de Asdrúbal, con el mismo valor y ánimo se dieron presa para desbaratar á Magon, que no sabia nada del daño de los suyos ni de la matanza. El sol era ya salido cuando llegaron á las estancias de Magon; arremetieron denodados, y con la misma felicidad en un punto de tiempo, antes que los enemigos se pudiesen apercebir á la defensa, los entraron. Peleóse fuertemente dentro de los reparos hasta tanto que, vistos en los paveses y en las espadas de los romanos las señales de la matanza pasada, los de Magon se desanimaron, y pérdida la esperanza de la victoria, se pusieron en huida. Degollaron en los dos rebates treinta y siete mil enemigos, prendieron casi dos mil; el botín y despojo fué muy grande. Los capitanes cartagineses escaparon á uña de caballo, que fué lo que solamente faltó para que esta victoria se igualase con la pérdida y daño pasado. La nueva de este suceso tan alegre llegó á Roma por principio del año que se contaba de su fundacion 543, con cartas de Marcio, donde, porque sin órden del Senado se llamaba teniente de pretor ó gobernador, muchos se ofendieron; pero respondieron en lo que pedia en sus cartas del trigo y vestidos que el Senado tendria cuidado, sin darme título en las cartas ni llamalle teniente de gobernador. Con lo cual y con nombrar á Claudio Neron para que acabada la guerra de Capua, en que estaba ocupado, pasase en España con once mil peones y mil y cien caballos de socorro, de llamada reprehendieron lo que Marcio y los soldados hicieran en darme y aceptar aquel nombre; que vició es propio de nuestra naturaleza ser benignos en el temor, y despues de la victoria olvidarse. Anibal, sin duda por aquel suceso y por la resolucion que tomaron los romanos, comenzó á perder la esperanza de salir con su intento; pues veía que tenían tan grande ánimo, que se determinaban de enviar ayuda en España, sin embargo que llegó el enemigo tan poderoso á las puertas de su ciudad. Porque Anibal, despues que tomó á Taranto, acudió para hacer alzar el cerco que los romanos tenían sobre Capua. Y echado de allí, pasó tan adelante, que asentó sus reales á tres millas de Roma, que fué una gran resolucion. Hízose Neron á la vela en Puzol, surgió con su armada junto á Tarragona. De allí

con sus gentes y las de Marcio y de Fonteio sin tardanza movió la vuelta del Andalucía en busca de Asdrúbal, que en los pueblos Ausetanos tenia sus alojamientos á las Piedras Negras, nombre de un bosque que habia entre Illiturgo y Mentisa (entiéndese que Mentisa es Montizon ó Cazoria). Púsose Neron en las estrechuras por donde el enemigo forzosamente habia de pasar. Acudió Asdrúbal á sus mañas, y con mostrar que queria concierto, gastó tanto tiempo en asentar las condiciones, que venida la noche, sus soldados pudieron escapar por la fragura de aquellos montes; con que el general romano, aunque tarde, conoció su engaño y la astucia cartaginesa, y deseaba la batalla, cuyo trance los cartagineses, hechos mas recatados, huian con todo cuidado.

CAPITULO XX.

Cómo Publio Scipion tomó á Cartagena.

En este medio en Roma se trataba de acrecentar el ejército de España y de enviarle un nuevo general. Juntóse el pueblo para la eleccion, como era de costumbre. Los padres se hallaban en gran cuidado por no salir alguno á dar su nombre y á pretender aquel cargo, á causa de ser el peligro tan grande. Pero al fin, Publio Cornelio Scipion, hijo de Lucio Scipion, mozo de veinte y cuatro años, salió á la demanda, y por voto de todos fué nombrado para ser procónsul de España, porque Neron no era mas que teniente de pretor, y solo hasta tanto que se proveyese otro para el gobierno. Tenia grande valor y mayor que su edad pedia, lo cual mostró bastantemente cuando los mancebos de Roma trataban despues de la rota de Cannas de desamparar á Italia; porque con la espada desnuda amenazó en la junta de dar la muerte al que no desistiese de aquel propósito, con que del todo se trocaron y mudaron parecer. Era tenido por hombre recto, crédito que él conservó diligentemente con la devocion que mostraba y aficion al culto de los dioses. Ca despues que tomó la toga, que era vestidura de varon, acudia muy de ordinario al templo de Júpiter, que estaba en el Capitolio, y en él hacia sus rogativas y ofrecia sus sacrificios todas las veces que queria comenzar algun negocio público ó particular. Diéronle de socorro diez mil infantes y mil caballos. Sillano fué nombrado para suceder á Neron con nombre de propretor. Nombró Scipion por sus legados ó tenientes á su hermano Lucio Scipion y á Caio Lelio, aquel de cuyos consejos se entendió procedian todas las hazañas que Scipion acabó en toda su vida; y vulgarmente se decia que Lelio componia la comedia que Scipion representaba. Con estas ayudas y con estas gentes, en una armada que se juntó en Ostia, se hizo á la vela. Llegado á España al fin del año, dió gracias á los soldados por lo hecho con palabras muy corteses; en particular á Marcio hizo mucha honra, como la razon lo pedia, y le tuvo siempre á su lado en su compañía. En el mismo año Marco Marcello entró en Roma con una fiesta que llamaban ovacion, honra que le concedieron porque ganó la ciudad de Siracusa. Llevaba delante de sí á Merico, español, con una corona de oro, en premio de que le entregó la ciudad y la guarnicion. A sus soldados dieron los campos de Murgancio, en Sicilia, que era, como dicen nuestros escritores, poblacion antigua de españoles. El año siguiente, que se

contaban de la ciudad de Roma 544, Scipion al principio de la primavera sacó sus huestes y las de sus aliados, con resolucion de pasar el rio Ebro y apoderarse de Cartagena, ciudad la mas fuerte de todas las enemigas, puesta en frente de Africa, con un muy buen puerto, donde los cartagineses tenian los rehenes de España, el bagaje de los soldados, las vituallas, municiones y almacenes. Acometia esta empresa con tanto mayor deseo, que si salia con ella, pensaba echar á los enemigos de toda España. No era su pretension sin fundamento, por tener aquella ciudad pequeña guarnicion, y los capitanes cartagineses estar con sus gentes muy léjos, es á saber, Magon cerca de Cádiz, Asdrúbal, hijo de Gisgon, á la boca de Guadiana; y el otro Asdrúbal se hallaba en la Carpetania, que hoy es el reino de Toledo. Dióse el cargo de la armada romana á Lelio, con órden que á pequeñas jornadas fuese en seguimiento del ejército de tierra, en que entre romanos y españoles se hallaban alistados veinte y cinco mil infantes y dos mil y quinientos caballos. Llegó Scipion por tierra á Cartagena en siete dias, y luego el dia siguiente determinó de combatir la ciudad á un mismo tiempo por mar y por tierra. El que tenia la ciudad por los cartagineses, llamado Magon, no se descuidaba en armar los ciudadanos, repartir los soldados por todas partes, poner á punto los trabucos y ingenios, sin olvidarse de cosa alguna que se pudiese desear en un diestro capitan. Está aquella ciudad asentada en un ribazo sobre el puerto con una isleta que tiene por frente, y le hace seguro de todos los vientos. Rodéala el mar por tres partes, y la que mira al septentrion y hácia la tierra tiene la entrada empuñada, demás que á la sazón la tenian fortificada de una buena muralla. Los soldados de Scipion pretendieron por allí escalar la ciudad; pero los españoles que estaban en aquel cuartel, con grande esfuerzo no solo los defendieron la entrada, sino con una salida que hicieron los forzaron á retirarse mas que de paso. Cargaron nuevas compañías que Scipion enviaba de refresco, con que los españoles fueron forzados á meterse en la ciudad. El alboroto y espanto de los de dentro por esta causa era tan grande, que en muchas partes dejaron la muralla sin defensa. Con esta buena ocasion, los soldados por mar y por tierra se arrimaron, como les era mandado, con sus escalas al muro. Advertidos de este peligro los cercados, acuden á la defensa con gran denuedo; y con lanzar sobre los enemigos piedras y todo genero de armas ofensivas, los forzaron á arredrarse sin hacer efecto. Por la parte de poniente estaba pegado con el muro un estero; avisaron los pescadores que cuando bajaba el mar, le podia pasar un hombre á pié. El general romano manda que los soldados, si bien aun no habian descansado del todo ni estaban alentados de la pelea pasada, acometan por dos partes la muralla, para que, estando los de la ciudad ocupados en defender la una parte, escalen la ciudad por la otra, que á causa de tener aquel estero estaba por allí mas flaca y sin guarda. Como lo mandó, así se hizo, y sucedió puntualmente como lo tenia trazado. Entrada por aquella parte la ciudad, apoderáronse los soldados de la puerta mas cercana, y por ella dieron entrada á la demás gente. Por donde en un momento fué la ciudad puesta en poder de los romanos, y quedaron señores de todo; porque tambien Magon entregó la fortaleza, por no tener

esperanza ni órden de poderse en ella tener. El despojo fué muy rico, los ingenios de guerra muchos, las banderas que tomaron setenta y cuatro, naves gruesas que se hallaban en el puerto cargadas de vituallas y municiones, sesenta y tres, los presos hasta diez mil, fuera de los esclavos, de los cuales pusieron en libertad á los ciudadanos de Cartagena; y para que el beneficio fuese mas colmado, les volvieron todos sus bienes á propósito y con intento todo de ganar las voluntades de los naturales. Los rehenes otrosí, parte entregaron á los embajadores de sus ciudades; los demás fueron entretenidos muy honradamente, y entre estos la mujer de Mandonio y los hijos de su hermano Indibil. Asimismo una doncella muy hermosa, como quier que fuese entregada á Scipion y presentada por los soldados, apenas la quiso ver y hablar, por quitar la ocasion y sospecha y por tener entendido que ninguna cosa podia acarrear á su edad mayor peligro que los deleites deshonestos; antes la mandó guardar y restituir á un principal de los celtiberos, llamado Luceyo, con quien estaba desposada. No paró en esto, sino que le dió para aumento del dote el oro que los padres de aquella moza ofrecian para su rescate. Con esta benignidad y liberalidad de tal manera quedó prendado aquel mancebo, que dentro de pocos dias vino á servir á los romanos con mil y cuatrocientos caballos, y en ello continuó con mucho esfuerzo y lealtad. A los soldados que entraron la ciudad se dieron premios conforme al valor que cada uno mostrara. Y porque entre dos dellos, es á saber Sexto Digicio y Quinto Tiberilio, habia diferencia sobre quien dellos merecia la corona mural, que se daba al que primero subia en muro, por estar todo el ejército dividido sobre el caso en dos partes, sentenció que se debia á entrambos; y así, dió á cada uno la suya, de que todos quedaron muy pagados. A Lelio en particular dió una corona de oro y treinta bueyes para que los sacrificase. Con esto y para que llevase la nueva de que Cartagena era tomada, le envió luego á Roma en una galera de cinco remeros por banco, en que iba otrosí Magon y quince senadores de Cartago, la de Africa. Rehicieron despues y repararon los muros de aquella ciudad por las partes que quedaban maltratados. Todo lo cual concluido, y puesta allí una buena guarnicion de soldados, Scipion, con mayor fama y reputacion que antes tenia, dió la vuelta á Tarragona al fin de aquel año para tener Cortes á los naturales y ciudades de su devocion. Lelio, llegado que fué á Roma, luego que le dieron audiencia en el Senado, con un grande y elegante razonamiento que hizo, declaró cuán grandes fuerzas se les juntaran con la toma de aquella ciudad. Demás desto, examinados los cautivos, se supo ser verdad lo que M. Valerio Mesala desde Sicilia por sus cartas avisaba, es á saber, que Masinisa tenia en Africa levantados cinco mil caballos nómidas, y que hacia juntas de otras gentes africanas, con pensamiento de volver á la guerra de España; junto con esto que Asdrúbal Barquino estaba otra vez señalado para pasar en Italia con aquellas gentes de Africa y grandes socorros de España; nueva que en el pueblo causó grande espanto, y puso á todo el Senado en grande cuidado, en especial que por aquellos dias en los Samnites, parte de lo que hoy llaman Abruzzo, cerca de la ciudad Herdonea, Anibal les dió una grande rota, en el

pretor Gneio Fulvio con doce tribunos fueron muertos, y un grueso ejército destrozado. Unos dicen que los muertos llegaron á trece mil, otros que fueron siete mil.

CAPITULO XXI.

Cómo Asdrúbal Barquino fué vencido por Scipion.

Con la toma de Cartagena el estado de las cosas se mudó en España. Muchos se inclinaron al partido de los romanos, que tal es la costumbre de la gente seguir al que mas puede. Entre los demás Edesco, hombre de muy alto lugar entre los españoles, se pasó á los romanos por haberle restituido mujer y hijos, que estaban entre los rehenes ya dichos. Mandonio y Indibil, príncipes de los celtiberos, alcanzaron perdon de la falta pasada, y con tanto fueron recibidos en gracia. Tenia Asdrúbal Barquino sus alojamientos cerca de Betulon, ciudad, segun se entiende, puesta en lo que hoy es Andalucía, donde están Ubeda y Baeza. Scipion, luego que el tiempo dió lugar para ello, año de la fundacion de Roma 545, movió de Tarragona en su busca, y en su compañía Lelio, que era ya vuelto de Roma. Asdrúbal, avisado del intento de Scipion y desconfiado, así del esfuerzo de los suyos como de la voluntad de los españoles que tenia consigo, de noche pasó sus alojamientos á un ribazo, cuyas raíces y halda por la mayor parte bañaba y rodeaba un rio, que se cree era Guadalquivir. Tenia en la cumbre dos llanos: en el mas bajo puso á los númerados ó alárabes y á los africanos y á los mallorquines; en el mas alto se alojó el mismo general con la fuerza del ejército. Ni la aspereza de aquel sitio ni el peligro de la subida espantó á Scipion para que no pretendiese venir á las manos con el enemigo, que atemorizado confiaba mas en la fortaleza del lugar que en sus gentes. La dificultad de la subida fué grande. Ninguna cosa tiraban los enemigos que cayese en vano. Pero luego que con grande trabajo subieron al llano y llegaron á las espaldas, los enemigos volvieron las espaldas para fragose en la parte mas alta de aquel ribazo. Era mas fragosa aquella subida, y así, fué necesario ir la-deando el monte repartidas las gentes en dos partes, Scipion á la mano izquierda, y Lilio á la derecha. Subido que hobieron, acometieron por ambos lados á los enemigos, los cuales en un punto se pusieron en huida, porque ni podian bien revolver sus haces, ni tuvieron tiempo para poner los elefantes por frente. Murieron como ocho mil hombres, fueron presos diez mil infantes y dos mil hombres de á caballo, y entre estos un mozo de poca edad, llamado Masiva, sobrino de Masinisa, hijo de una su hermana, que poco antes era vuelto de Africa. Dióle Scipion un caballo, vistióle ricamente y envióle graciosamente á su tío. Asdrúbal, enviado delante el dinero y los elefantes con parte de sus gentes, no paró hasta llegar cerca de los Pirineos, donde acudieron tambien Asdrúbal, hijo de Gisgon, y Magon. Allí, tomado consejo, acordaron que Asdrúbal, hijo de Gisgon, fuese á la Lusitania, y que Masinisa con tres mil caballos corriese las tierras de la España citerior, con órden empero que el uno y el otro en todas maneras excusasen el trance de la batalla. Magon fué enviado á Mallorca á recoger honderos de aquellas islas. Finalmente, pareció cosa forzosa que Asdrúbal el Barquino pasase en Italia, así por obedecer al Senado que lo mandaba, como para

que los soldados españoles que se inclinaban á Scipion, con llevarlos tan lejos sosogasen. Esto los cartagineses. Scipion, por causa que el estío estaba muy adelante, por los bosques de Castulon, parte de Sieramorena, dió la vuelta á Tarragona, donde por todo el año siguiente, que fué de Roma 546, por tener quebrantadas las fuerzas cartaginesas, se entretuvo ocupado en el gobierno sin acometer cosa alguna que sea digna de memoria, sino que de Italia vinieron nuevas que cerca de Taranto en cierta batalla el cónsul Marcelo fué muerto por Aníbal, y el otro cónsul Crispino salió mal herido, de que murió tambien cónsul. Desde Cartago en el lugar de Asdrúbal Barquino vino Hannon, enviado para que le sucediese en el gobierno de España. Él de camino trajo consigo á Magon, que se habia detenido en Mallorca, y con él llegó á España, año de la fundacion de Roma 547. Acudió luego á hacer gente en los Celtiberos. Scipion envió contra él á Sillano con buen golpe de gente. Vino con los contrarios á batalla, y desbarató primero á Magon, despues prendió á Hannon, que desde sus reales vino en socorro de su compañero. Con la nueva desta victoria, Scipion se determinó de ir en busca de Asdrúbal, hijo de Gisgon, que estaba con su gente alojado cerca de Cádiz. Pero él, avisado por tan grandes pérdidas, antes que Scipion llegase, repartió sus gentes por aquellas ciudades y guarniciones, por no tener confianza en las armas ni en las fuerzas. Supo Scipion esta determinacion; así, dejó aquel viaje y se volvió atrás, solo envió á Lucio, su hermano, para que se apoderase de Oninge, ciudad de los Melosos. Plinio pone á Oninge en la Bética hácia donde hoy está Jaen. No fué esta empresa sin provecho; antes en breve fué la ciudad entrada por fuerza y puesta á saco. Todos los cartagineses y trecientos ciudadanos que fueron en cerrar las puertas á los romanos quedaron dados por esclavos; á los demás se dió libertad con todo lo que antes tenian. Acercábase el invierno; así, los soldados fueron enviados á invernar, y el mismo Lucio por mandado de su hermano se partió para Roma, y en su compañía Hannon con los demás cautivos nobles; donde llegado, dió cuenta de todo lo que se habia hecho. Por el mismo tiempo vinieron de Italia avisos de Asdrúbal Barquino, despues que en la pasada de la Gallia y de los Alpes halló mas facilidad que pensaba, como pretendiese juntarse con Aníbal, su hermano, fué en la Marca de Ancona á la pasada del rio Metauro en una batalla muy herida roto y desbaratado por los cónsules Claudio Neron y Marco Livio Salinator: victoria muy famosa y que se igualó con la pérdida de Cannas, así por la muerte del general cartaginés como por el número de los enemigos que perecieron, que llegaron á cincuenta y seis mil hombres, y fué causa al pueblo romano de una alegría extraordinaria, por considerar que en el trance de aquella batalla se echó el resto y se aventuró todo el imperio romano.

CAPITULO XXII.

Cómo echaron los cartagineses de España

El año siguiente, que se contó 548 de la fundacion de Roma, el otro Asdrúbal, con toda la diligencia posible, formó un grueso ejército, compuesto de las gentes que antes tenia y de nuevas compañías que de españoles

levantaron. Con todas estas gentes, que llegaban á cincuenta mil infantes y cuatro mil y quinientos caballos, asentó sus reales en la Bética ó Andalucía, cerca de la ciudad de Silpia. Persuadíase que Scipion no se le podría igualar en número de gente; mas á la verdad, no vencen los muchos, sino los valientes. Y el general romano, avisado de lo que pasaba, tomó de un señor de Andalucía, llamado Colca, que era de su parcialidad, tres mil peones y quinientos caballos. Temia juntar mayor número de españoles por lo que sucediera á su padre y á su tío, aviso para que de tal manera estribase en los socorros extraños, que se asegurase mas de sus propias fuerzas; con este socorro y con las legiones romanas partió en busca del enemigo. Trabaron por algunos dias escaramuzas; despues los unos y los otros ordenaron sus haces para dar la batalla, pero sin efecto alguno, por no haber quien la comenzase. Estaba entre las dos huestes un valle, aunque fácil de pasar, mas cada parte esperaba que los contrarios se adelantasen á subille, con intento de pelear con mas ventaja; mas como quier que ni los unos ni los otros se atreviesen, á puesta de sol se retiraron á sus reales, primero los cartagineses, despues los romanos. Con este orden y traza se pasaron algunos dias hasta tanto que Scipion se aventuró un dia muy de mañana de acometer, como lo hizo, las estancias de los enemigos. Asdrúbal, alterado con aquel rebate tan fuera de lo que pensaba, echó delante la caballería para que hiriesen en los caballos contrarios, que fueron los primeros á acometer los reales, y él salió con las demás gentes á la batalla. Los caballos se trabaron de tal suerte, que por largo espacio la pelea fué muy dudosa. Scipion recogió los suyos en el cuerpo de la batalla, y extendió y adelantó los dos cuernos, donde puso las legiones romanas. Con esto, antes que los escuadrones de en medio se juntasen, hizo volver las espaldas á los dos cuernos contrarios, por estar compuestos de mallorquines y de soldados nuevos de España, gente de poco valor y destreza, y tambien porque salieron á la pelea en ayunas, lo cual los romanos, que venian bien comidos de propósito, entretuvieron hasta muy tarde. Con tanto quedó el campo por los romanos, y dado que siguieron el alcance, no pudieron luego entrar los reales contrarios, á causa de una lluvia que de repente sobrevino, adonde los vencidos se retiraron primero en ordenanza, y despues huyendo cuanto mas podian. Asdrúbal, atemorizado de lo que pasó y poco confiado de sus aliados, por sospecha que, lo que algunos hicieron, todos no se le pasasen á los romanos, la noche siguiente movió á sordas con su campo con intento de volver atrás á las mayores jornadas que pudiese. Scipion luego á la mañana, avisado de lo que pasaba, que los enemigos huían, despachó la caballería para que picasen en los postreros, y por este medio detuviesen al enemigo hasta tanto que, llegadas las legiones, todo lo pusieron en confusion y rota. Grande fué la matanza deste dia, pues de un campo tan grande apenas escaparon y se salvaron siete mil hombres con su general, que se subieron en un serrejon muy agro, sitio por su naturaleza muy huye, donde, partidos Asdrúbal secretamente á Cádiz, y Scipion con parte de su gente á Tarragona, Sillano los tuvo cercados. Quedó allí entre los demás cartagineses Masinisa, el cual, viendo las cosas de Cartago pues-

tas en extremo peligro y caidas casi del todo, acordó de moverse al movimiento de la fortuna y bailar al son que ella le hacia. Habló secretamente con Sillano, y con él trató de pasarse á los romanos, sin que, á lo que parece, sucediese en aquel cerco alguna otra cosa de mayor importancia. Hizose esta guerra al principio del verano, con que se acabó en España el señorío de los cartagineses y pasó al poder y jurisdiccion de los romanos, que fué el año décimocuarto despues que Anibal sujetó á los saguntinos, y el quinto despues que á Scipion se encargó el gobierno y la guerra de España.

CAPITULO XXIII.

De otras cosas que Scipion hizo en España.

Concluida en gran parte la guerra larga y dudosa de España, Scipion comenzó á revolver en su pensamiento de apoderarse de Africa y de la misma ciudad de Cartago. Para poner en esto la mano, concertóse primero con Masinisa; recibióle en su gracia, y con tanto le envió á Africa á negociar sus naturales y apartallos de la amistad de Cartago. Por otra parte, trató de concertarse de nuevo con Sifaz, rey de los masesulos, y hacelle amigo del pueblo romano. Para concluir esto, despachó á Lelio por su embajador, y le hizo pasar en Africa. Respondió el bárbaro á esta demanda que él no vendria en ningún concierto si el mismo general romano no se hallaba presente. Scipion, avisado desta respuesta, pasó en Africa, y llegó á Siga, que era el asiento y residencia de aquellos reyes, y hoy se entiende que es Aresgol, por causa que Plinio testifica que Siga estaba en frente de Málaga. Acudió á la misma ciudad y en la misma sazón Asdrúbal para prevenir aquel Rey y desbaratar aquellas prácticas; gran gloria de aquel bárbaro, que dos poderosísimos pueblos y dos excelentísimos capitanes pretendiesen á un tiempo granjear á cualquier precio su amistad; tanto mas, que los dos cesaron á una mesa, y lo que es mayor maravilla, reposaron en un mismo lecho á propósito cada cual de condescender con la voluntad del Rey, que así lo quiso, y por este camino granjearle. Quiso él interponerse para que se asentasen paces entre aquellas ciudades; Scipion se excusó con que sin comision del Senado romano no se podía tratar aquel punto, y mucho menos tomar resolucion en negocio tan grave. Y sin embargo, concluido á lo que era venido, que era atraer aquel Rey á la amistad romana, dió la vuelta Scipion á España, donde Illiturgo y Castulon en breve vinieron á su poder, ciudades que, mas por miedo de lo que merecian por su deslealtad que de voluntad, se mantenian en la amistad de los cartagineses. Illiturgo fué destruida; á Castulon perdonó, que era menor su culpa, y por entregarse de su voluntad, amansó la saña de los vencedores. Despues desto, dió á Marcio orden de sujetar otras algunas ciudades, y él determinó de celebrar en Cartagena las exequias de su padre y de su tío. Plinio dice que la hoguera donde fueron quemados los huesos de los Scipiones estaba en Ilorci (quién dice que hoy Ilorci es Lorquin, quién que Lorca), de la cual hoguera dice huye el rio Tader, que es el rio de Segura. Lo cierto, que en aquellas exequias hobo juegos de diversas maneras, y en particular de gladiatores ó esgremidores, que de su voluntad se ofrecieron á la pelea. Entre los demás hicie-

ron campo dos primos hermanos, llamado el uno Corbis y el otro Orsua, por cierta diferencia que tenían sobre el señorío de la ciudad llamada Iba. Valerio Máximo dice que eran hermanos; concuerdan que Orsua, el menor de los dos, pagó con la vida su obstinacion, con tanto menor compasion, que, confiado en sus fuerzas, nunca se dejó persuadir que su negocio se determinase por tela de juicio, y no por las armas. En este medio muchas ciudades se entregaban á Marcio; y solo Astapa, porque muchas veces con correrías maltratara los aliados de los romanos, perdida la esperanza de perdon, sufrió por largo tiempo con grande obstinacion el cerco. Muchos murieron de aquella ciudad en diversos encuentros, muchos en una batalla que se dió, sin que por estos daños allojasen en su propósito. Antes, conocida su perdicion y resueltos de morir antes que rendirse, acordaron de degollar mujeres y niños y quemar sus prescas y ropa públicamente en la plaza. Esto hecho, con sus espadas se quitaron las vidas, obstinacion, digamos, ó constancia no menor que la de los saguntinos, pero escurecida y casi puesta en olvido, á causa de no ser aquella ciudad tan principal y famosa como Sagunto; tanto importa la nobleza del que hace alguna gran hazaña. Las ruinas desta ciudad se ven á la ribera del rio Jenil, no léjos de Ecija y de Antequera; de Astapa se cree haberse fundado Estepa, pueblo conforme en el apellido, y distante de aquellas ruinas dos leguas solamente. Concluidas estas cosas, Lelio y Marcio fueron enviados á Cádiz con esperanza de apoderarse, por inteligencia y trato de ciertos forajidos de aquella isla y echar de ella á las cartagineses. Engañóles su pensamiento, ca sus trazas y inteligencias fueron descubiertas, con que Magon, á cuyo cargo estaba la isla, las desbarató fácilmente. Además que Scipion adoleció de una enfermedad muy grave y muy fuera de sazón, cuya fama, como acontece, con el decir de las gentes se aumentó de suerte, que muchos tomaban ocasion de pensar en novedades, en particular Mandonio y Indibil al descubierto mudaron partido. Dolíanse que les habia engañado su esperanza, ca echados los cartagineses, se prometían el señorío y reino de España, que tal es la comun condicion ó falta de los hombres de creer fácilmente lo que desean. Demás desto, ocho mil romanos que alojaban por las comarcas que baña el rio Júcar con sus aguas, pidieron fuera de tiempo sus pagas, y porque no les acudieron, se amotinaron. Era grande la alteracion de las cosas; en la cual ocasion, confiado Magon que se podria mejorar el partido de Cartago, por cartas que escribió á aquel Senado, pedia le enviasen muchas gentes de socorro; pero todos aquellos intentos y prácticas salieron vanas con la mejoría de Scipion; con que todo aquel alboroto y motin se apagó en breve, y se quitó la ocasion de mayores alteraciones. Los soldados amotinados, con intencion que les dieron de que alcanzarian perdon y les darian sus pagas, vinieron á Cartagena, donde todos fueron por Scipion ásperamente reprehendidos, y castigadas solamente las cabezas del motin como causas principales de aquella alteracion. Mandonio y Indibil en los llergetes, do andaban alborotados, en una batalla, que duró dos días, quedaron vencidos y despojados de sus reales; y sin embargo de lo cometido, con rendirse á la voluntad del vencedor, alcanzaron perdon y paz; solo fueron castigados en di-

neros con que pagar los soldados. Masinisa era vuelto de Africa á Cádiz con buen golpe de caballos númeradas en socorro de los suyos, que aun no se declaraba por los romanos ni se entendia su voluntad. Scipion, enviado que hobo delante á Marcio con parte de su gente, se determinó ir él mismo en persona, cuya venida y llegada luego que Masinisa la supo, con voz de correr los campos comarcanos pasó á tierra firme, donde procuró tener habla secreta con Scipion. Resultó destas vistas que puso con él aquella amistad que conservó toda la vida, y aun fué de gran momento para derribar el poder de Cartago; á él acarreó gran gloria y no menores riquezas. Magon, perdida la esperanza de las cosas de España, por órden del Senado se partió para Cartago en sus naves, en que embarcó todo el oro y la plata, así del público como de particulares. De camino acometió á los mallorquines porque se pasaran á los romanos. Apoderóse sin dificultad de Menorca, dende envió á Cartago dos mil honderos; y él, por estar el otoño adelante, se quedó allí á invernar; y por no estar ocioso, fundó en aquella isla una ciudad de su nombre, como sospechan algunos; otros dicen que fué mas antigua, como queda apuntado en otro lugar, que no es maravilla vamos á tienta en cosas tan antiguas. Lo que se averigua es que Cádiz se entregó á Scipion, y que por este tiempo cerca de Sevilla fundó á Itálica, municipio romano, en un lugar que antes se llamaba Sancios, patria que fué de tres emperadores, Trajano, Adriano y del gran Teodosio. Con esto el quinto año despues que vino á España, dió la vuelta á Roma en una armada de diez naves. Juntóse el Senado fuera de la ciudad en el templo de la diosa Belona; allí relató por menudo todo lo que en España quedaba hecho con grande alegría de los padres y del pueblo, que consideraban, como era la verdad, el gran riesgo de que escaparon y cuánto su partido quedaba adelantado y mejorado con tener sujeta á España; y sin embargo, no se le dió el triunfo, porque hasta entonces ningun procónsul, por grandes cosas que hiciese, le habia alcanzado.

CAPITULO XXIV.

Cómo Scipion venció á Cartago en Africa.

En la primera eleccion que despues desto se hizo en Roma, salieron por cónsules el mismo publico Cornelio Scipion y P. Licinio Craso, que era pontífice máximo. Dióse el cuidado de Sicilia á Scipion con voluntad de su compañero, y junto con esto, á su instancia, le concedieron que, si juzgase ser así conveniente, pudiese pasar con sus huestes en Africa; sin embargo que Q. Fabio Máximo hizo gran resistencia, y con un largo razonamiento pretendió probar ser aquella empresa temeraria. Corria el año de la ciudad de Roma 549, en el cual Magon, partido de Menorca, donde inverno, destruyó en la Liguria la noble ciudad de Génova. Por otra parte, Lelio desde Sicilia, por mandato de Scipion, pasó á Africa para correr los campos de Cartago, ponellos á fuego y á sangre, matar y robar todo lo que hallase. En España Mandonio y Indibil volvieron á sus mañas; y con intento de recobrar la libertad, ó fuese por ambicion de hacerse reyes, se levantaron. Hizose la guerra al principio, no solo en los llergetes, donde ellos tenian el principado, sino tambien en los Auseta-

nos, que estaban donde ahora la ciudad de Vique; y en otros lugares comarcanos se encendió también la llama, que pasó en breve á los Sedetanos, como dice Livio; y o mas quisiera que dijera Ceretanos, los cuales adelante de los Hergetes y de los Ausetanos se extendian hasta los Pirineos. Eran los que habian tomado las armas en número treinta mil peones y cuatro mil de á caballo. Saliéronles al encuentro Lucio Lentulo y Lucio Manlio Acidino, procónsules, á los cuales, como á sus sucesores, Scipion entregó la provincia. Dióse la batalla, murieron hasta trece mil hombres de los levantados, los demás se metieron y escaparon por los bosques y espesuras que cerca caian. Indibil murió en la pelea; á Mandonio entregaron sus mismos soldados para con su muerte alcanzar ellos perdon, principalmente que los procónsules romanos hicieron publicar que no se harian las paces si no les entregaban en su poder los movedores de aquel alboroto. El año siguiente, que fué de Roma 550, pasaron los españoles en reposo, por hallarse cansados y gastados con guerras de tantos años. Para la ciudad de Cartago fué año muy aciago, ca Scipion, con una poderosa armada y un grueso ejército, pasó en Africa, y en su compañía por su cuenter Marco Caton, llamado el Censorino. Entonces Masinisa, sin dilacion y al descubierto, se pasó á los romanos con un grande escuadron de númidas, y desamparó á los cartagineses, con tanto mayor coraje, que el rey Sifaz estaba declarado por ellos por haberle concedido lo que tanto deseaba y por tanto tiempo pretendió, que era casarse con Sofonisba. La guerra al principio fué dudosa; Hannon, hijo de Amilcar, fué vencido por los romanos y muerto en una batalla. Por el contrario, Asdrúbal y Sifaz forzaron á Scipion á alzar el cerco que tenia sobre Utica, sin que aquel año se hiciese alguna otra cosa de momento. Al principio del año siguiente, en que fueron cónsules Gneo Servilio Cepion y Gneo Servilio Gemino, Scipion, con nuevos socorros que le vinieron de Italia, hecho mas fuerte, salió en busca de Asdrúbal y de Sifaz, á los cuales venció en algunos encuentros que con ellos tuvo, y despojó de sus reales por dos veces. En estas peleas perecieron cuarenta mil hombres del ejército cartaginés, y en este número cuatro mil celtíberos que traía Sifaz á su sueldo. Con esto el reino de los Masesulos, que caia en las Mauritania ó cerca dellas, y dél Sifaz se apoderara por fuerza, volvió á poder de Masinisa. No paró en esto la desgracia, antes el mismo Sifaz en el reino de sus padres y abuelos, do se habia retirado y hacia gente con intento de volver á la guerra, fué en una batalla, que Lelio y Masinisa le dieron, de nuevo vencido y preso. En la ciudad principal y silla de aquel reino, que despues desta victoria vino también en poder de los romanos, hallaron á Sofonisba. Masinisa sin dilacion y sin otras ceremonias se casó y celebró con ella su matrimonio, como sean los moros muy desordenados en la lujuria. Reprehendióle Scipion por esta razon con palabras muy graves, que fué ocasion para que el mismo Masinisa la hiciese morir con yerbas: así suelen los hombres emendar un yerro con otro mayor. Los cartagineses, viéndose en esta estrechura, acordaron de llamar á Anibal para que, dejada la Italia, acudiese á la defensa de su patria; porque Magon, que con su armada venia la vuelta de Cartago, tenian aviso que

muriera en Cerdeña de una herida vieja que le dieron en los Insubres, que era una provincia de Italia donde hoy está Milan; con la venida de Anibal se movieron tratos de paz, porque las cosas de Cartago iban muy de caida. Habláronse los dos generales, y como quier que no se concertasen, volvieron de nuevo á las armas y á la guerra. Los cartagineses fueron vencidos en batalla, y el mismo Anibal forzado á desamparar á Africa, y por salvar la vida huirse hácia levante á tierras muy léjos y apartadas. Despues desta victoria y de la huida de Anibal, ó antes, se hicieron las paces con Cartago con estas condiciones: que Cartago se gobernase por sus leyes; los aldeaños de su señorío y jurisdiccion fuesen lo mismos que antes de la guerra; que entregasen, así los traidores fugitivos como los que tenian cautivos; no tuviesen naves con espolon fuera de galeras ni elefantes domados; pagasen diez mil talentos de plata en cincuenta pagas. Para seguridad y firmeza de todo esto se obligaron á dar cincuenta rehenes escogidos á voluntad de Scipion, es á saber, de los principales de la ciudad. Graves condiciones eran estas, pero forzoso que las aceptasen, por estar apretados á un mismo tiempo con tantos desastres. Además, que ciertos cartagineses presos por los saguntinos fueron llevados á Roma con el oro y la plata que traian para mover á los españoles á que se levantasen. El Senado alabó la lealtad de los saguntinos; en premio les volvieron el dinero que tomaron á los cartagineses, y solo detuvieron los cautivos. Todo esto sucedió el año que se contaba 552 de la fundacion de Roma. Este año pasado y venido el siguiente, Cornelio Scipion de Africa volvió á Roma con renombre del mas famoso capitán que se conociese en el mundo. Otorgáronle que triunfase de Cartago. Eran á la sazón cónsules Gneo Cornelio Lentulo y P. Elio Peto. El triunfo fué en todo de los mas señalados del mundo; solo faltó el rey Sifaz para ennoblecelle mas, para llevar en la pompa encadenado un rey tan poderoso, ca falleció cerca de Roma. Dieron á Scipion sobrenombre de Africano, gloria debida á sus trabajos y hazañas. Por esta manera se puso fin á la segunda guerra Púnica ó Cartaginesa el año diez y siete despues que se comenzó, la mas grave y mas peligrosa que jamás hizo ni padeció Roma. Tanto fué mayor el alegría de verla acabada por el valor y esfuerzo de Scipion.

CAPITULO XXV.

Cómo M. Porcio Caton, siendo cónsul, vino á España.

Dicho se ha cómo en lugar de Scipion vinieron á España dos procónsules. Destos L. Cornelio Lentulo el año sexto despues de su llegada volvió á Roma para pretender el triunfo por haber sujetado los españoles alborotados. Sucedió en su lugar C. Cornelio Cetego, el cual vino á España por compañero y con igual poder de L. Manlio Acidino el año 554 de la fundacion de Roma. En el cual tiempo los españoles, congojados del estado y términos á que estaban reducidos, cayeron, aunque tarde, en la cuenta que las guerras que los romanos emprendieran, no se encaminaban á restituirlos en su libertad, sino á ensanchar su señorío y á su provecho. Conjuráronse pues entre sí, y tomaron las armas en los pueblos Ceretanos. Reprimió Cetego con

presteza éstos movimientos con una batalla, en que mató quince mil de aquella gente. El año siguiente, en lugar de Cetego y Acidino, fueron enviados al gobierno de España Cornelio Lentulo y L. Stertinio. En este año y en el que se siguió luego después dél ninguna cosa sucedió en España que de contar sea, sino que por mandado del Senado de un gobierno de España se hicieron dos gobiernos, que fueron el de la España ulterior, en que se comprendían la Bética y la Lusitania, que hoy son Andalucía y Portugal, y el de la citerior, que abrazaba las demás partes de España. Mudáronse diversas veces y por diversas ocasiones los términos destas prefecturas ó gobiernos; cosa que es ocasion de dificultad para entender las antigüedades de España. Por el mismo tiempo se hacia en la Grecia la guerra contra Filipo, rey de Macedonia, y M. Porcio Caton gobernaba por los romanos la isla de Cerdeña. El año adelante de la fundacion de Roma 537, sorteadas, como era de costumbre, las provincias en Roma, á Gneio Sempronio Tuditano cupo el gobierno de la España citerior, y el de la ulterior á M. Helvio. Contra estos gobernadores se levantaron los españoles en diversas partes. Los principales caudillos de los alborotados fueron Colca y Luscino; y la ocasion fué que se dió licencia á los soldados viejos para dejar la milicia, por donde parecia que no quedaban á los romanos fuerzas bastantes para resistir. Acudió Tuditano para apagar este fuego; atrevióse á pelear con una parte de los levantados, pero fuéle mal, ca recibió una grande rota; su gente fué destrozada y él mismo herido y muerto después de las heridas, que con la pena que recibió de la pérdida se le encontraron. Esta pérdida, luego que se supo en Roma, puso en grande cuidado al Senado. Temian no se levantase guerra en España mas grave y dificultosa que nunca, por estar los naturales no divididos como antes por los romanos y contra ellos, ni pugnar solamente por echar de su tierra los cartagineses, sino toda la nacion unida con intento de recobrar la antigua gloria de las armas y la libertad que solian tener. Enviaron pues el año de Roma 538 á la España ulterior á Q. Fabio Buteon, á lo demás á Q. Minucio Termo. Estos dos partieron de España, pasado el año de su gobierno sin hacer cosa que de contar sea, salvo que doce mil hombres españoles fueron cerca de la ciudad de Turba pasados á cuchillo por el gobernador Termo. Con todo esto, el cuidado que el Senado tenia y el recelo no aflojaba; por esto se dió orden que los cónsules del año adelante, que fueron Lucio Valerio Flaco y M. Porcio Caton, sortearan sobre cuál dellos iria á la España citerior, cosa hasta entonces no usada, que cónsul viniese á España. Echadas las suertes, cupo á Caton lo de España, para donde se partió el año de 539 con dos legiones de socorro y veinte y cinco galeras; y sin embargo, se ordenó que con nombre de pretores gobernasen la España citerior Publio Manlio, y la ulterior Apio Claudio Neron. Hízose Caton á la vela en el puerto de la Luna, que hoy es Lerice ó Porto Venere, y pasado el golfo de Leon, llegó á vista de España. Surgió con su armada junto á Roses, de donde echó la guarnicion de españoles que allí tenían. Desde allí pasó á Ampúrias. La parte de aquella ciudad que moraban los griegos venidos de Focea, y á ejemplo de Marsella se mantenian en la devocion de los romanos, le recibió

muy alegremente. Estaba aquella ciudad dividida en dos partes con un muro tirado y que pasaba por en medio de entrambas. La parte que caía hácia el mar, que era mas angosta y apenas tenia en circuito cuatrocientos pasos, moraban los griegos, como arriba queda dicho; en la parte mas ancha y que de ruedo tenia tres millas moraban los españoles. El muro con que se dividian tenia una sola puerta para pasar de los unos á los otros, con bastante guarda puesta entre dia; de noche no menos que la tercera parte de los griegos hacia la centinela, á los cuales solamente era lícito aquel dia salir á nega á la marina. Con esta vigilancia y con esta vigilancia, dado que estos griegos eran tan pocos, se mantuvieron en libertad hasta la venida de Caton. Los españoles aborrecian el imperio de los romanos, y pretendian hacerles rostro confiados en su muchedumbre y en el socorro que tenían cerca. Caton, luego que asentó sus reales cerca de aquella ciudad, despidió los obligados á proveer de mantenimientos, y envió las naves á Marsella; los obligados, porque pretendian que los soldados se sustentasen de lo que robasen, por estar ya las mieses sazonadas; la armada, para que los soldados, perdida la esperanza de volver á sus casas si no fuesen vencedores, hiciesen mejor el deber; resolucion notable, muestra de pecho asaz confiado, ejemplo imitado de algunos, aunque pocos, caudillos animosos y grandes. Por el mismo tiempo Helvio desde la España ulterior vino á verse con el Cónsul, y de camino se apoderó de Illiturgo, que de nuevo se habia rebelado, y dió la muerte á gran número de celtiberos que le salieron al encuentro. Lo uno y lo otro hizo con solos los soldados que para su guarda y seguridad Neron, su sucesor, le dió. Demás desto, Belistages, hombre principal entre los ilergetes, envió sus embajadores al Cónsul para pedirle socorro contra los españoles que andaban alborotados. Decia que apenas, talados los campos, se podian defender dentro de las murallas; que si no los favorecia con presteza todos perecerian, no por otra culpa sino por mantenerse lealmente en la devocion de los romanos; que cinco mil soldados de socorro serian bastantes para librarlos de aquel peligro. A esto respondió Caton que deseaba ayudar á los confederados del pueblo romano, y sentia mucho les quitase el enemigo lo que trajeron á su amistad; pero que el pequeño número de soldados le detenia para que no les acudiese luego; que temia, si dividia sus fuerzas, no quedaria igual á las de los enemigos (ca tenia aviso que en gran número se apresuraban, y que llegaban ya cerca para dar socorro á los de Ampúrias, sobre los cuales él tenia puesto cerco); que el premio de su lealtad era justo le esperasen acabada la guerra; que les rogaba se sufriesen por un poco de tiempo, y los agravios de los enemigos ó los impidiesen ó los disimulasen, pues ganada la victoria, se podrian recompensar con mayor ganancia. Los embajadores, oida aquella respuesta, hacen mayor instancia; echados á los piés del Cónsul, piden con lágrimas no desampare en aquel trance á sus amigos y confederados. Entonces Caton, dudoso de lo que debia hacer y entendiendo que muchas veces en las guerras tiene mas fuerza la maña que la verdad, usó de tal astucia: el dia siguiente prometió á los embajadores el socorro que pedian, y para muestra que lo queria poner en ejecucion, hizo luego embarcar la

tercera parte de sus soldados, y á los embajadores mandó fuesen delante y animasen á los suyos con la nueva del socorro que les enviaba; pero luego que partieron los embajadores, hizo desembarcar los soldados, á causa que el ejército de los españoles llegaba ya á vista de la ciudad, y el Cónsul pretendía darles la batalla lo mas presto que pudiese. Con este intento, á la tercera muda ó vigilia de la noche sacó todas sus gentes de sus reales, y pasado que las hobo á sordas de la otra parte de donde los enemigos tenían sus reales, mandó que entre dos luces tres compañías, llamadas cohortes, se arrimasen á las trincheas de los contrarios y las combatesen. Los bárbaros, dado que alterados de cosa tan repentina y maravillados que los romanos se mostrasen por las espaldas á quien el día antes habian tenido por frente, mas porque el enemigo los acometia y desafiaba á la pelea, sin orden y sin concierto con el furor que la saña les daba, salen por todas las puertas, y de tropel siguen á los romanos, que se retiraban segun que les era mandado. Fué la carga que los españoles les dieron tan grande, que sin embargo del poco orden que llevaban, rompieron la caballería romana y la pusieron en huida. Alteróse otrosí la gente de á pié; pero como luego volviesen á ponerse en orden y se mejorasen de lugar, reprimieron el ímpetu y furia de los enemigos. La pelea fué por algun espacio dudosa, hasta tanto que ciertas compañías sobresalientes de una legion que tenían de respeto entraron de refresco; con esto el enemigo, que á mano izquierda y en el cuerpo de la batalla llevaba lo peor, comenzó á ciar, y despues, puesto en huida, se retiró á sus estancias. En la pelea y en el alcance dicen fueron muertos cuarenta mil españoles. La noche siguiente, despues que los soldados romanos reposaron algun tanto, salieron á correr los campos y heredades de Ampúrias, daño que movió á los ciudadanos, principalmente por no tener esperanza de poderse defender, á rendirse aparejados á hacer lo que el vencedor les mandase y ayudalle con todas sus fuerzas. Recibiólos Caton y tratólos con mucha humanidad, tanto, que á la guarnicion de los soldados comarcanos que allí halló, dejó ir libremente sin algun castigo ni rescate. Con esta victoria, como quedase apaciguado todo lo que hay de España desde allí hasta el rio Ebro, el Cónsul se partió para Tarragona. De cuya ausencia tomaron los bergistanos ocasion para levantarse, pero con la misma presteza fueron apaciguados. Tornaron segunda vez á alborotarse; sujetáronlos de nuevo, y vendiéronlos á todos por esclavos: hecho cruel, mas necesario castigo para que los demás quedasen avisados de no alborotarse tantas veces. El asiento de los Bergistanos quién le pone donde ahora está la ciudad de Tiruel, quién sospecha que estaba cerca de la ciudad de Huesca, do al presente hay un pueblo llamado Bergua. Pretendia Caton pasar con su campo á los Turdetanos, pueblos, como se ha dicho, de la Bética ó Andalucía, de quien tenia aviso que despues que fueran vencidos por el pretor Manlio con sus gentes y las de Neron, llamaban en su ayuda á los celíberos para volver á la guerra y á las armas. Antes que partiese, por tener seguras las espaldas, se determinó de quitar las armas á todos los pueblos que caian antes de pasar el rio Ebro: notable resolucion, á propósito de sosegar aquella gente, pero que los alteró de tal manera, que algunos to-

maron la muerte por sus manos por no verse despojados de lo que tenían mas caro que las mismas vidas. Por esta causa el Cónsul, mudado de parecer, despachó embajadores á todas partes con orden que en un mismo día las murallas de todas aquellas ciudades fuesen abatidas por tierra. Hízose así, y juntamente llegó aviso que el pretor Manlio con no menor presteza apaciguara las alteraciones de los Turdetanos. Por donde dejada aquella empresa, el cónsul Caton entró por la tierra adentro, y pasado el rio Ebro, no paró hasta Segoncia, que hoy es Sigüenza, en que por la fortaleza de aquella plaza los celíberos tenían recogidas sus riquezas. Era grande el despojo; la dificultad de apoderarse de aquella ciudad tanta, que perdida la esperanza de salir con ello, pasó á Numancia, como se entiende de Aulo Gellio. No se hizo cosa de mayor momento por aquellas partes. Hacía los Pirineos se le rindieron los Ceretanos, los Ausetanos y los Susetanos. Sujetó asimismo los Cacetanos, que por caer algo mas léjos andaban alterados. Por esta manera apaciguada España y aumentadas las rentas de Roma por causa de las minas de oro y de plata que hizo beneficiar con mas cuidado que antes, y por venir nuevos pretores de Roma para el gobierno de España, Caton dió la vuelta y fué á Roma. Allí fué recibido con un solemne triunfo, en que llevaba de plata acuñada y en barras ciento y cuarenta y ocho mil libras, y del oro que llamaban osense, quinientas y cuarenta. Hizo á sus soldados un donativo, en que á cada hombre de á pié dieron siete ases, y al de á caballo tres tanto. Despues desto, por toda la vida tomó y tuvo á España debajo de su proteccion y amparo, y la defendió de todo agravio; que propio es de grandes varones, cual fué Caton, vengar las injurias con buenas obras, y pasada la contienda, usar de benignidad para con los caidos. En Roma, por voto que hizo en Ampúrias, dedicó dos años adelante una capilla con advocacion de Victoria, virgen, como se lee en Livio y lo refiere Victor en un libro de las regiones de la ciudad de Roma. Las monedas, que se hallan muchas en España acuñadas con el nombre de Caton, tienen grabadas estas palabras: *Victoriae victrici*; á la Victoria vencedora; por donde se sospecha que la letra en aquellos dos autores está errada.

CAPITULO XXVI.

De diferentes pretores que vinieron á España.

Muchos pretores despues desto vinieron de Roma al gobierno de España, cuyos nombres pondrémos aquí, sin señalar con mucho cuidado los tiempos, ni de todo punto dejarlos. Los primeros en este cuento serán Lucio Digicio, pretor de la citerior, famoso por la corona mural que ganó cuando Cartagona fué entrada; y con él vino tambien á la ulterior Publio Scipion Nasica, hijo que fué de Gaeio Scipion, y por decreto del Senado de Roma juzgado por el mas santo de toda la ciudad. Succedieron á estos y gobernaron en un tiempo las Españas Marco Fulvio Nobilior, sucesor de Digicio; este puso á Toledo, ciudad entonces pequeña, pero fuerte por su sitio, en poder de los romanos, y con él vino Cayo Flaminio en lugar de Scipion. A este prorogaron el tiempo del gobierno. En lugar de Fulvio vino Lucio Emilio Paulo, el que adelante ganó renombre de Ma-

cedonio, por haber vencido al rey de Macedonia, llamado Perseo. Despues destos vino por pretor de la España citerior Lucio Plaucio Hipseo, y para la ulterior señalaron á Lucio Bebio Divite, en cuyo lugar, porque le mataron en la Liguria, que es el ginovés, vino Publio Junio Bruto. Por espacio de dos años enteros adelante tuvo el gobierno de la España citerior Lucio Manlio Acidino, y de la ulterior Cayo Catinio, sin que sucediese cosa que de contar sea. Por sucesores de Acidino y Catinio señalaron á Cayo Calpurnio Pison y Lucio Quincio Crispino, el año de la fundacion de Roma de 368, en el cual año, antes que llegase el nuevo gobernador, murió Catinio en la Lusitania en una batalla que trabó con los naturales cerca de un pueblo llamado Asta. Pasados dos años, tomó el gobierno de la citerior Anlo Terencio Varron, y de la ulterior se encargó Paulo Sempronio Longo. A estos sucedieron Publio Manlio en la España ulterior, aquel que, siendo cónsul Marco Caton, tuvo el gobierno y fué pretor de la misma provincia; y á la citerior vino Quinto Fulvio Flaco, el que en los Carpetanos, que es el reino de Toledo, venció gran número de celtiberos en una batalla muy brava que les dió junto á un pueblo llamado Eburá; el cual entiendo que Ptolemeo llama Libora, y hoy es Talavera, como se probará en otra parte. Tuvieron estos pretores el gobierno de España dos años, y de Roma fueron enviados otros nuevos, es á saber: á la ulterior Lucio Postumio Albino, y á la citerior Tiberio Sempronio Graco, el que fué padre de los Gracos, y tuvo por mujer á Cornelia, hija de Scipion el Mayor, de quien arriba se trató en la segunda guerra Púnica. Scipion el Menor, dicho tambien Africano, casó otro sí con Cornelia, hija de Cornelia y de Graco, y nieta de Scipion el Mayor. Por el esfuerzo y buena maña deste pretor Graco se ganaron muchas victorias, y Numancia por su industria hizo la primera vez confederacion con los romanos, como lo dice Plutarco. Demás deste, donde hoy está Agreda sobre Numancia, la ciudad de Gracurris tomó su apellido deste Graco, quier por haberla él edificado, quier sea porque la ensanchó y ennobleció con nuevos edificios. Hállanse monedas en España con el nombre de Gracurris y el de Albino juntamente. Año de la fundacion de Roma de 376, Marco Titinio Curvo fué elegido en pretor de la España citerior; de la ulterior Quinto Fonteyo. Estos tuvieron el cargo por espacio de tres años, los cuales pasados, no se sabe qué pretores viviesen á España; dado que hay memoria que el año 379 Apio Claudio Centon, por la victoria que ganó de los celtiberos, entró en Roma con ovacion. Tambien se sabe que el año siguiente vinieron por pretores de la ulterior Servilio Cepion, de la citerior Furio Filon. Sucediéronles Marco Mancieno y Gneio Fabio Buteon; pero á causa que Buteon falleció en Marsella del mal que la mar le hizo, por mandado del Senado, Furio continuó su gobierno de la España citerior, hasta tanto que el año siguiente de 382 á Marco Junio cupo por suerte lo de la citerior, y la ulterior al pretor Spurio Lucrecio. Pasado este año, sucedió una cosa muy notable, y fué que juntaron las dos Españas debajo de un gobierno, y las encargaron al pretor Lucio Canuleyo. Este en Roma antes que se partiese, fué nombrado por juez sobre cierta acusacion que em-

bajadores de España pusieron contra algunos de los pretores pasados, que decian haber robado y cohechado la provincia; pero fueron dados por libres, por acostumar los senadores romanos de usar de severidad con los demás y disimular unos con otros, con grande sentimiento y envidia del pueblo y en gran perjuicio de su buena fama. Verdad es que para apaciguar las quejas de los naturales se les otorgó que los gobernadores romanos no vendiesen el trigo á la postura y tasa que ellos mismos hacian, como lo tenian de costumbre, y que los españoles no fuesen forzados á encabazarse y arrendar el alcabala que llamaban vicésima, porque se pagaba uno por veinte, á voluntad del Pretor; que no hobiese arrendadores de los tributos, sino que el cuidado de cobrar y beneficiar aquellas rentas se encomendase á los pueblos. Otra embajada se envió de España á Roma para saber qué se debía hacer de los bastardos, que llamaban comunmente híbridas, y eran hijos de soldados romanos y madres españolas, y pedian campos donde morasen y labrasen. Respondió el Senado que se les diesen como lo pedian á los que el pretor Canuleyo de aquella muchedumbre de hombres, que pasaban de cuatro mil, juzgase se debía dar libertad, ca eran tenidos por esclavos, y que los llevase á Carteya con nombre y privilegio de colonia, que fué la primera que hobo de romanos en España, y por esta causa Carteya se llamó colonia de los Libertinos. Entiéndese que esta poblacion es la que hoy se llama Tarifa. Canuleyo, pasados dos años de su gobierno, tuvo por sucesor á Marco Marcello, año de la fundacion de Roma 385. Este fundó á Córdoba, ciudad principal en la Bética ó Andalucia, madre de grandes ingenios. A lo menos Estrabon así lo dice, que Córdoba fué fundada por Marco Marcello; á algunos parece que sucedió en este tiempo cuando fué pretor, y no adelante cuando hecho cónsul volvió á España y á su gobierno. Las conjeturas que para decir esto tienen, ni son concluyentes, ni del todo vanas, ni hay para qué se relaten. Lo cierto es que Silio Itálico hace mencion de Córdoba en tiempo de Aníbal, y puédesse entender que su fundacion fué antes deste tiempo, y que atribuyeron á Marco Marcello la gloria de ser fundador de Córdoba, porque la ennobleció con edificios y con darle, como le dió, título y derecho de municipio romano. Sucedió á Marcello Fonteyo Balbo. Despues deste tornaron á dividir á España en dos gobiernos, y así la gobernaron Gneio Fulvio y Cayo Licinio Nerva en el tiempo que Jédas Macabeo, capitán nobilísimo de los judíos, hizo confederacion con los romanos, de quien sabia extendian sus victorias y sus armas, no solo hasta la Asia, sino que tenian asimismo sujeta á España, y con las minas de oro y plata que en ella poseian, crecian de cada día mas en poder y en grandeza. Con esto se acabará la cuenta de los pretores, porque si pasase adelante, daria mas fastidio que gusto. Ni tampoco es cosa fácil recogerlos todos y continuar siempre la historia sin quiebra por la falta que tenemos de las memorias antiguas. Demás que no conviene ni es razon embutir los anales de España con la grosura de las cosas romanas, como si de suyo fuesen faltos, y con ripia y materiales juntados de otra parte tapar las hendeduras que tienen nuestras historias en muchos lugares.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Del principio de la guerra de Numancia.

UNA guerra muy larga y muy brava se emprendió en España el año que se contada 604 de la fundacion de Roma, dudosa por los varios trances de las batallas que se dieron, y cuyo remate últimamente fué muy perjudicial para España. Los primeros movedores destas alteraciones fueron los numantinos, gente asaz feroz y brava, por estar cansados del señorío de Roma y irritados con los agravios que los romanos les hacian. La ciudad de Numancia, temblor que fué y espanto del pueblo romano, gloria y honra de España, estuvo antiguamente asentada en la postrera punta de la Celtiberia, que miraba hácia el septentrion, entre los pueblos llamados Arevacos. Mas de una legua sobre la ciudad de Soria, donde al presente está la puente de Garay, no léjos del nacimiento del rio Duero, se muestran los rastros de aquella noble ciudad. Era mas fuerte por el sitio que por otros pertrechos hechos á mano. Su asiento en un collado de subida no muy agría, pero de dificultosa entrada, á causa de los montes que la rodeaban por tres partes. Por un solo lado tenia una llanura de mucha frescura y fertilidad, que se tiende por la ribera del rio Tera espacio de tres leguas hasta que mezcla sus aguas con las del rio Duero. A la costumbre de los lacedemonios, ni estaba rodeada de murallas, ni fortificada de torres ni baluartes, antes á propósito de apacentar los ganados, se extendia algo mas de lo que fuera posible cercarla de muros por todas partes. Bien que tenia un alcázar, de donde podian hacer resistencia á los enemigos, y en las asonadas de guerra solian encerrar en él todo lo que tenían, sus preseas y sus alhajas. El número de los ciudadanos era mediano hasta cuatro mil hombres de armas tomar, dado que otros doblan este número y dicen que podian poner en campo ocho mil soldados. Por la manera de vida que tenian y los muchos trabajos á que se acostumbraban, endurecian los cuerpos y aun fortalecian los ánimos. Grande era la osadía que tenian para acometer la guerra, y mucha la prudencia para continualla. Sempronio Graco, en el tiempo que tuvo el gobierno de la España citerior, hizo con los Numantinos y con otros pueblos comarcanos asiento y confederacion con estas condiciones: que no edificasen pueblos ni fortalezas ni las fortificasen sin avisar dello al Senado romano; pagasen el tributo cuanto y en los pueblos que les fuese ordenado; siguiesen los reales de los romanos cada y cuando que para ello fuesen llamados. Estaba otrosí y se contaba entre los pueblos Arevacos otra ciudad llamada Segeda, de cuarenta estadios en circuito. Apiano la pone en lo postrero de la Celtiberia entre los pueblos llamados Belos, por ventura donde al presente está la ciudad de Osma. Esta ciudad y á su ejemplo los pueblos que llamaban Titios, á ella comarcanos, encendidos en deseo de

cosas nuevas, comenzaron en puridad á confederarse con otros pueblos sus vecinos, y junto con esto á fortificar sus murallas, sin dejar cosa alguna que fuese á propósito para defenderse y ofender si alguno les diese guerra. Como por el Senado romano les fuese vedado pasar adelante en aquellas fortificaciones y les mandasen pagar el tributo que conforme á lo asentado eran obligados, demás desto, que los que tuviesen edad de tomar armas acudiesen al campo de los romanos, con diversas excusas que alegaban, se entretenian y excusaban de hacer lo que les era mandado. De aquí nació la primera ocasion de aquella guerra, en que se envolvió tambien Numancia por estar á ellos cercana y tener otrosí con los belos hecho asiento de juntar con ellos las armas y fuerzas contra los romanos. Ellos, con recelo que si al principio no hacian caso podria cundir aquel mal, determinaron de tomar luego las armas. Por aquel mismo tiempo se hacia la guerra en la Lusitania entre los romanos y un capitán de la tierra llamado Cesaron, el cual, con grande voluntad de toda la provincia, tomó á su cargo de restituirla en su antigua libertad. Fué primero lugarteniente, y despues sucesor de otro caudillo de aquella gente llamado Africano, que no mucho antes se levantara tambien contra los romanos, pero fué muerto de una pedrada que le dieron desde una ciudad que batia y pretendia forzar. Estas alteraciones, luego que en Roma se supieron, pusieron en gran cuidado á los del Senado en tanto grado, que despues que Lucio Mummio fué señalado por pretor de la España ulterior, acordaron para domar los celtíberos, gente indómita y feroz, que partiése para la España citerior uno de los cónsules con ejército consular. Esto acordado, con una priessa no acostumbrada hicieron que los cónsules que solian ser nombrados por el fin de diciembre y comenzar el oficio adelante mediado el mes de marzo, aquel año se anticipasen y diesen principio á su gobierno desde el primero dia del mes de enero, acuerdo que deste principio se continuó adelante. Fué pues enviado á España el cónsul Quinto Fulvio Nobilior con muchas compañías de socorro. No ignoraban los segedanos que todo aquel aparato de guerra se enderezaba á su daño y á su perdicion. No tenian acabadas las fortificaciones de su ciudad; así, enviaron sus mujeres y hijos á los Arevacos para mayor seguridad, y ellos para apercibirse de lo necesario nombraron por su capitán un hombre llamado Caro, que tenia grande experiencia en las armas. Este, con intento de hacer algun efecto y con algun buen principio ganar mayor reputacion, armó una celada contra el campo del Cónsul que era llegado, y traia consigo hasta treinta mil hombres. Sucedióle bien su pensamiento, ca mató seis mil de los contrarios, y puso en huida á los demás. Pero como siguiese desapoderadamente el alcance, la caballería romana que venia en la retaguarda revolvió sobre él, y le quitó la victoria de las manos y

la vida; destrozó otrosí gran número de los suyos. Dióse esta batalla á 29 de agosto, día en que Roma celebraba las fiestas de Vulcano, que llamaban Vulcanalia. El espanto y daño de ambas partes fué tan grande, que los unos y los otros, si no eran forzados, rehusaban por algunos días de encontrarse. La misma noche los arevacos se juntaron en Numancia, que la batalla se dió por allí cerca, y en lugar de Caro nombraron por sus capitanes á Haraco y á Leucon, y aparte por capitán de los numantinos fué nombrado otro hombre llamado Lintevon. El tercero día despues de aquella pelea asentó el Cónsul sus reales á cuatro millas de Numancia; fuera de las demás gentes tenia diez elefantes y quinientos caballos númeridos, que Masinisa poco antes de Africa le enviara de socorro. Desafió el Cónsul á los enemigos, que asimismo determinaron de probar ventura y encomendarse á sus manos. Dióse otra batalla, en la cual ya que estaba trabada, alargadas las hileras de los romanos, se hicieron adelante los elefantes, con cuya vista los celtíberos, por no estar acostumbrados, se espantaron así hombres como caballos, y vueltas las espaldas, se metieron en la ciudad. Iban los romanos en pos dellos, y por amonestacion del Cónsul pretendian á vueltas de los que huían entrar la ciudad; hiciéranlo así si no fuera por un elefante, que herido en la cabeza con una gran piedra, con la furia del dolor, como acontece, se embraveció de tal suerte, que así él como á su ejemplo los demás elefantes, bestias peligrosas en la guerra, vueltos contra los suyos, pusieron en desórden y confusion á los romanos, y dieron la muerte á todos los que se les ponian delante. Los numantinos, visto lo que pasaba y la buena ocasion que se les presentaba, hicieron una salida, con que hirieron en los romanos y los forzaron á recogerse á sus reales. Dellos en dos encuentros perecieron cuatro mil hombres, y de los celtíberos dos mil. Estaba por aquellas partes una ciudad llamada Ajenia, plaza y mercado donde acudian los mercaderes de la comarca á sus tratos. Desta ciudad, despues de la batalla susodicha, pretendió el Cónsul apoderarse, mas fué rechazado con afrenta y pérdida de soldados. Divulgadas que fueron estas cosas, la ciudad de Ocile, donde los romanos tenian recogidos su bagaje y su almacén, se pasó á los celtíberos; que muchas veces la fe y lealtad andan al paso de la fortuna, y la blanda y muchas veces engañosa esperanza de libertad hace despeñar á muchos. Con esto espantado el Cónsul, y temiendo que las otras ciudades no imitasen este ejemplo, barreado que hobo los reales que tenia cerca de Numancia, inverno allí con su campo, donde por la falta de vituallas y fuerza del frio perció gran parte de los soldados. Esto sucedió en la España citerior; en la ulterior por el mismo tiempo Mummio hacia guerra á los lusitanos con varios sucesos, pero cuyo remate últimamente lo fué muy favorable. Fué así, que en la primera pelea los romanos siguieron con grande ímpetu y sin órden á los lusitanos, que habian desbaratado y puesto en huida, cosa que dió ocasion á Cesaron, caudillo de los contrarios, para revolver contra los enemigos y quitarles de las manos la victoria. Diez mil de los romanos fueron muertos y entrados ambos los reales, así los que habian perdido los lusitanos como adonde alojaban los romanos. Desta manera pasó esta pelea. Los despojos que de los romanos ganaron traian

los lusitanos casi por toda España á manera de triunfo y para muestra de valentia. Descuidáronse con la prosperidad, que dió ocasion á Lucio Mummio poco adelante para que con los suyos, que eran en número hasta cinco mil, y con ellos se habia entretenido en lugares fuertes, cargase sobre los contrarios de improviso en cierta fiesta que hacian para celebrar la victoria que ganaron. Desbaratólos fácilmente, y con la victoria recobró muchas banderas de las que perdiera antes. En lugar de Cesaron, que parece murió en aquel rebate, sucedió otro que se llamaba Canteno. Este, en los pueblos llamados Cunios, en aquella parte del Andalucía donde hoy esta Niebla, se apoderó de Cunistorgis, ciudad que era de los romanos, de donde pasó al estrecho de Cádiz, y desde allí una parte del ejército se fué á Africa, por miedo de los romanos, ó por ser de aquella tierra, ó por ventura era su orgullo tan grande, que les parecia para su valor ser estrecha toda España. Los demás de aquel ejército por el pretor Mummio, que se rehizo de soldados y tenia hasta nueve mil hombres, fueron trabajados y deshechos en algunas batallas que les dió. Por conclusion, pasó á cuchillo otro escuadron de aquella gente, sin dejar ni uno solo que pudiese llevar á su patria las tristes nuevas, con que en fin los de Lusitania se sosegaron y redujeron á lo que era razon. Por estas cosas se determinó el año siguiente, que se contó 602 de la fundacion de Roma, que Mummio en Roma triunfase. En lugar de Fulvio, sabido su desastre y la apretura en que se hallaba, enviaron al cónsul M. Claudio Marcello con ocho mil peones y quinientos caballos de socorro. El gobierno de la España ulterior se encargó á Marco Atilio. El cónsul Marcello, luego que con toda su gente aportó á España, procuró lo mas presto que pudo de apoderarse de la ciudad Ocile, para que la que fué principal en la culpa, fuese la primera en el castigo; pero dado que la tomó y que su culpa era grande, no la quiso asolar, solamente la mandó dar rehenes y acudille con treinta talentos de oro para los gastos. Caia cerca de allí la ciudad de Nertobriga, y como se puede sospechar por las tablas de Ptolemeo, no léjos de Tarazona, y de donde hoy está Calatayud. De allí vinieron embajadores al Cónsul para ofrecerle la ciudad. Mandóles al principio solamente que le acudiesen con cien hombres de á caballo; despues, porque algunos de aquella ciudad, á manera de salteadores, acometieron el postrer escuadron de los romanos y el carruaje, sin admitille la excusa que daban, es á saber, que aquel desacato fué de pocos, y que el pueblo no tenia parte, los cien caballeros fueron vendidos en pública almoneda, y puesto cerco sobre la ciudad, la comenzaron á batir. Enviaron de nuevo embajadores de paz con un una piel de lobo delante como por penden en una lanza, que tal era la costumbre de la nacion, los cuales en presencia del Cónsul dijeron que, ora el delito pasado fuese público, ora particular, se debía dar por contento con lo hecho, pues era bastante castigo ver sus campos talados, quemadas sus casas, y sus ciudadanos hechos esclavos y vendidos por tales; que los corazones de los miserables se sueien mas enconar con quitarles del todo la esperanza del perdon, que suele dar fuerzas y ánimo á los flacos, pues ni aun los animalillos y sabandijas perecen sin que se pretendan vengar. Respondió el Cónsul que era por demás tratar ellos en par-

ficticular de concierto y de paz, si no entrasen en la misma confederación y liga los Arevacos, los Belos y los Titios, que fueron los primeros á levantarse. No rehusaban aquellos pueblos de concertarse, pero con tal que fuese el asiento conforme á las condiciones que se asentaron con Graco. Inclinábase el Cónsul á esto, y no le parecia mal partido; mas los amigos y confederados le fueron á la mano, cá decian no era justo recibir á la confederación y condiciones antiguas á los que tantas veces habian faltado y hecho tantos daños, así á los romanos como á los comarcanos, no por otra causa sino por mantenerse en la amistad y devocion del pueblo romano. El Cónsul, dudoso sin saber qué resolución tomase, acordó se enviasen por ambas partes embajadores á Roma para que allá, oido lo que los unos y los otros alegaban, se determinase lo que pareciese al Senado, y en el entretanto otorgó á los contrarios cierta manera de treguas. Fulvio Nobilior, que en este medio era llegado á Roma, se opuso á aquellos tratos, y con encarecer en el Senado la deslealtad y agravios de aquella gente hizo tanto, que sin concluir cosa alguna, despidieron los embajadores con órden que acudiesen al cónsul Marcello, y que él les daria la respuesta de lo que pedían; resolución que quitaba del todo la esperanza de la paz, y que ponía en necesidad de volver á las armas. Así se trató en Roma de enviar á los suyos nuevas ayudas, con intento de no parar hasta tener sujetos á los contrarios. El miedo que los soldados tenían era tan grande y la guerra tan peligrosa, que no se hallaba de todas las legiones quien se ofreciese á emprender aquella jornada. Ordenaron pues que por una nueva manera se sercaseen los que hobiesen de ir á España.

CAPITULO II.

Cómo Publio Cornelio Scipion vino por legado ó lugarteniente á España.

En el mismo tiempo Marco Atilio en la España ulterior maltrataba á los lusitanos, y se apoderaba por concierto de muchas ciudades que se le entregaban á partido ya que se llegaba el año siguiente, en el cual cupo por suerte la España citerior al cónsul Lucio Licinio Lucullo, y al gobierno de la ulterior vino el pretor Sergio Galba, y por legado ó lugarteniente del Cónsul vino Publio Cornelio Scipion, llamado el Menor, á quien el cielo reservaba la gloria de sujetar y destruir á la gran Cartago. Era de edad de veinte y cuatro años, y con deseo que tenia de hacer algun servicio señalado á su república, vino á aquella guerra, que los demás soldados tanto aborrecian y temian. Hay quien diga que venido que fué Lucullo á España, Scipion pasó en Africa enviado á Masinisa en embajada para que por respeto de la amistad que con aquel rey tenia su casa, alcanzase dél los envios elefantes de socorro; pero yo por mas cierto tengo lo que afirma Marco Ciceron, que esto sucedió adelante en el consulado de Manlio. Fué este Scipion casado con hermana de los Gracos, nieta del otro Scipion Africano, hija de Cornelia, que fué hija de Scipion. Fué otrosí este Scipion nieto por adopcion de Scipion el Mayor, hijo adoptivo de su hijo, ca el padre natural deste Scipion fué Paulo Emilio, hermano de la mujer del otro Scipion; por donde se llamó por sobrenombre Emiliano, así por causa de su padre co-

mo para diferencialle del ya dicho Scipion el Mayor, el que, como queda dicho, venció al gran Anibal y sujetó á la ciudad de Cartago. Volviendo al propósito, en tanto que se esperaba la venida de Lucullo, Marcello, con deseo que tenia de ganar el prez de haber acabado aquella guerra, sacó lo mas presto que pudo sus gentes de los invernaderos. Anticipóse Nertobriga, que juntó para su defensa y metió dentro de los muros cinco mil arevacos. Numancia asimismo no se descuidó en armar su gente, contra la cual, por ser cabeza de las demás, Marcello enderezaba en primer lugar su pensamiento, y así se adelantó y puso á cinco millas de aquella ciudad, que hacen poco mas de una legua. Pero á instancia de Lintevon, caudillo de los numantinos, se concluyeron últimamente las paces con condición que los de Numancia desamparasen á los Belos, á los Titios y á los Arevacos. Pretendia en esto el Cónsul, y confiaba que aquellos pueblos, desamparados de la ayuda de Numancia, no se le podrian defender, como sucedió en hecho de verdad, que sin dilacion aquellos pueblos se rindieron á los romanos, y fueron por ellos recibidos en gracia con tal que entregasen rehenes y pagasen seiscientos talentos, como lo dice Estrabon. Llegó Lucullo á su provincia deseoso y determinado de hacer mal y daño; por esto, como quier que la guerra de los celtiberos estoviese apaciguada, enderezóse con sus gentes á los Carpetanos. De allí pasó el rio Tajo y los puertos hasta llegar á los Vaceos, que eran gran parte de lo que hoy es Castilla la Vieja. En aquella comarca se determinó acometer la ciudad de Caucia, asentada donde al presente vemos la villa de Coca. El color que dió para esta guerra fué vengar los Carpetanos, á los cuales los de aquella ciudad decia él haber hecho mal y daño, mas á la verdad la hambre del oro le despertaba, por ser hombre de poca hacienda entre los romanos: grave enfermedad para gobernadores y capitanes. Salieron los de aquella ciudad á pelear con el Cónsul, pero fueron vencidos y rechazados. Acordaron de rendirse á partido que diesen rehenes, y de socorro cierto número de hombres á caballo; demás desto, los penaron en cien talentos de plata. Asegurados con este concierto los ciudadanos, se allanaron para que entrase en su ciudad la guarnicion de soldados que el Cónsul quiso. Ellos, hecha señal con una trompeta, como lo tenían concertado, pasaron á cuchillo aquella miserable gente que estaba descuidada, sin perdonar á mujeres ni hombres de ninguna edad: deslealtad y fiereza mas que de bárbaros. Por esto, atemorizados los pueblos comarcanos sin confiarse en la fortaleza de sus murallas ni asegurarse de la fe y palabra de los romanos, se retiraron con los suyos y con sus haciendas á los bosques y montes ásperos y enricados, puesto primero fuego á lo que consigo no pudieron llevar. Lucullo, á quien la pobreza hacia avariento y la avaricia cruel, perdida la esperanza de gozar de aquellos despojos, pasó con sus gentes para sitiar una ciudad llamada Intercacia, que estaba antiguamente asentada casi á la mitad del camino que hay desde Valladolid á Astorga. Asentados sus reales, requirió á los moradores de paz y que se rindiesen. Ellos respondieron que si lo hacían, les guardaria la fé y palabra que guardó á los de Caucia. Alteróse el Cónsul con esta respuesta; ordenó sus haces delante de sus reales para presentar la batalla á los cercados, que ellos

excusaron con todo cuidado, resueltos de defender su libertad con las murallas y guarnicion y con las vituallas que tenían recogidas para mucho tiempo, sin embargo que los moradores eran muchos, y asaz gran número de gente de á pié y de á caballo de los pueblos comarcanos se habían acogido á aquella ciudad. Solo hicieron algunas salidas y trabaron algunas escaramuzas, en que no sucedió cosa que sea de contar, sino fué que Scipion venció en desafío cierto español principal, robusto y de grandes fuerzas, con quien, dado que ordinariamente delante los reales desafiaba á los romanos, ninguno dellos se atrevió á hacer armas. Padecía el Cónsul grande falta de vituallas; el sustento ordinario de sus soldados era trigo cocido y cebada además de alguna caza; la falta de la sal era la que mas los trabajaba. Por estas incomodidades y por las aguas que, como de sierra, eran muy delicadas, muchos soldados comenzaron á enfermar de cámaras; entreteníalos empero la esperanza de apoderarse de aquella ciudad. Para batiarla juntaron madera, hicieron ingenios á propósito, con que gran parte de la muralla echaron por tierra. Los soldados por las ruinas y por la batería pretendían entrar en la ciudad, y aun Scipion fué el primero que subió á lo mas alto; por lo cual despues fué públicamente alabado, y le fué dada la corona mural. Mas acudieron los de dentro con tanto esfuerzo, que rebatieron á los romanos, sin que pudiesen pasar adelante; y la carga que les dieron fué tan grande, que por la priesa del retirarse no pocos se ahogaron en una laguna que por allí estaba. La noche siguiente los cercados repararon la parte del muro derribado con grande diligencia y cuidado. Vióse el Cónsul á pique de alzar el cerco sin hacer efecto, si la hambre no forzara á los de dentro á entregarse. Tratóse pues de concierto, y por medio de Scipion, de quien se fiaban mas que del Cónsul, hicieron sus asientos. Las condiciones fueron tolerables, ca solamente se mandó á los ciudadanos que diesen diez mil sayos y cierto número de jumentos y rehenes para la seguridad. Dinero, ni le tenían ni le deseaban, por ser hombres montañeses que vivían de la labranza y de la cria de sus ganados. Movió el Cónsul con sus gentes de aquella ciudad; revolvió sobre Palencia, pero no pudo sujetarla ni rendirla. Algunos sospechan que desde Castilla la Vieja dió la vuelta hácia el Andalucía, y no paró hasta el estrecho de Cádiz, donde, como dice Plinio, presentaron á Lucullo la cabeza de un pulpo de grandeza increíble. Añaden que desde allí corrió toda aquella tierra hasta la Lusitania. Sergio Galba, á quien, como se dijo, encargaron el gobierno de la España ulterior, no estaba ocioso, antes en el Andalucía hacia rostro á los lusitanos, que hacían correrías y entradas por aquellas partes, con que trabajaban á los confederados del pueblo romano. Pero como se atreviese en cierta ocasion á pelear con los enemigos en sazón que sus soldados se hallaban cansados del camino, fué desbaratado y muertos siete mil de los suyos, forzado con los demás á huir y meterse en Carmona, como lo dice Apiano (entendiendo que ha de decir Carmona, ciudad en aquel tiempo la mas fuerte de aquellas partes, y que estaba asentada cerca de los pueblos llamados Cuneos), donde se refiere que el Pretor pasó el invierno, sin descuidarse punto en rehacerse de fuerzas y juntar gentes. Con que luego que abrió el tiempo, de-

seoso de satisfacerse, rompió por la Lusitania ó Portugal, corrió los campos, mató, quemó y robó todo lo que topaba. Acudieron embajadores de aquella gente movidos destes daños. Hízoles el Pretor un razonamiento muy cuerdo y muy elegante, como persona que era de los mas señalados oradores de Roma, y como tal entre los demás le cuenta Ciceron. Excusó lo que habían hecho, por ser forzados de la necesidad. Díjoles que pues la falta y esterilidad de la tierra los ponía en semejantes ocasiones, avisasen á los suyos de su voluntad, que era darles muy mejores campos donde morasen y tuviesen sus labranzas para que sin agravio de los comarcanos se pudiesen sustentar. Señalóles dia en que se viniesen para él repartidos en tres escuadras. Ellos, persuadidos que les venía bien aquel partido, sin sospechar mal ni engaño, obedecieron y cumplieron lo que les era mandado. Engañólos su pensamiento, y el Pretor, no solo no les guardó su palabra, antes como venían descuidados fueron todos despojados de sus armas y muertos: brava carnicería y deslealtad. Parte de los despojos se dió á los soldados; con lo demás se quedó el mismo Galba, con que se entiende vino á ser adelante el mas rico de los ciudadanos romanos.

CAPITULO III.

De la guerra de Viriato.

Está crueldad de Galba dió ocasion para que los naturales, mas alterados que espantados, emprendiesen de nuevo otra guerra muy famosa, llamada de Viriato; y es así comunmente, que unos males vienen asidos de otros, y el fin de un desastre y daño suele ser muchas veces principio de otra mayor desgracia, y el remedio convertirse en mayor daño. No hay duda sino que la guerra de Viriato por espacio de catorce años enteros que duró, con diferentes trances que tuvo, trabajó grandemente el poder de los romanos. Fué Viriato de nacion lusitano, hombre de bajo suelo y liaaje, y que en su mocedad se ejercitó en ser pastor de ganados. En la guerra fué diestro; dió principio y muestra siendo salteador de caminos con un escuadron de gente de su mismo talle. Eran muchos los que le acudían y se le llegaban, unos por no poder pagar lo que debían, otros por ser gente de mal vivir y malas mañas; los mas por verse consumidos y gastados con guerras tan largas deseaban meter la tierra á barato. Con esta gente, que ya llegaba á campo formado, comenzó á trabajar los comarcanos, en especial los que estaban á devocion de los romanos, por aquella parte por donde Guadiana desboca en el mar. A la sazón que las cosas se hallaban en estos términos, Galba se partió de España acabado su gobierno, y vino en su lugar Marco Vítilio, año de la fundacion de Roma de 604, el cual puso todo cuidado en deshacer á Viriato y apagar aquella llama; pero él, dejada la Lusitania, se pasó al estrecho de Cádiz, y con resolucion de excusar la batalla, se entretenía en lugares fuertes y ásperos. Acudió el Pretor, y con un cerco que tuvo sobre aquella gente muy apretado, redujo á aquellos soldados, que ya comenzaban á sentir la hambre, á probar secretamente si habria esperanza de concertarse. Pedían campos donde morasen, y prometían de mantenerse en la amistad y fé del pueblo romano. Daba de

buena gana el Pretor oídos á estas prácticas. Supo Viriato lo que pasaba, y con un razonamiento que hizo á sus soldados, mudaron de parecer. Púsoles delante con cuánto peligro pondrían en manos de los romanos sus vidas y libertad, en quien ninguna cosa se conocía de hombres fuera de la apariencia y el sonido de la lengua humana; que si ningún ejemplo hobiera para muestra desto, como quier que eran muchos y sin número, por lo que hizo Galba podían entender que no les era seguro dejarse engañar de buenas palabras; que les estaría mejor seguirle á él, que era su caudillo, y por sus consejos y mandado llevar adelante lo comenzado, como gente esforzada no rendirse por verse á la sazón apretados, que los tiempos se mudan. Aprobaron todos este parecer, y para engañar á los romanos sacaron sus gentes con muestra de querer pelear. Pusieron la caballería por frente, y los peones entretanto se pusieron en salvo en los bosques que cerca estaban. Despues todos juntos se fueron á una ciudad llamada Tribola, donde pensaba Viriato entretenerse y continuar la guerra. Acudieron los romanos; armóles cerca de aquella ciudad una celada, en que mató hasta cuatro mil dellos y con ellos al mismo Pretor. Los demás se salvaron por los piés, y se recogieron á Tarifa; allí como los romanos ayudados de nuevos socorros de los celtíberos tornasen á probar ventura, todos perecieron en la pelea. En lugar de Vitilio vino al gobierno de la España ulterior el pretor Cayo Plaucio, año de la fundación de Roma 605. Llegó á sazón en España que Viriato corría los campos, primero de los turdetanos, y despues de los carpetanos. Llegados los romanos á vista, dió muestra de huir; siguiéronle los contrarios desapoderadamente, revuelve sobre ellos, y pasa á cuchillo cuatro mil que se habian adelantado mucho. El Pretor, con deseo de librarse desta infamia mas que por esperanza que tuviese de la victoria, pasó adelante en seguimiento del enemigo hasta llegar al monte de Vénus, donde pasado el rio Tajo, Viriato se hizo fuerte. Allí vinieron de nuevo á las manos en una batalla en que fué destrozado no menor número de romanos que antes. De lo cual quedó el Pretor tan escarmentado y medroso, que en medio del estío, como si fuera en invierno, se estuvo encerrado en las ciudades con mayor confianza que tenía en las murallas que en sus fuerzas. Esta batalla creen algunos que se dió en la Lusitania y cerca de la ciudad de Ehora, por causa de un sepulcro que se ve hoy en aquella ciudad con una letra en latín que en romance quiere decir:

LUCIO SILON SABINO EN LA GUERRA CONTRA VIRIATO, EN EL DISTRITO DE EBORA DE LA PROVINCIA LUSITANA, PASADO CON MUCHAS SAETAS Y DARDOS, Y LLEVADO EN HOMBROS DE LOS SOLDADOS Á CAYO PLAUCIO PRETOR, MANDÉ QUE DE MI DINERO SE ME HICIESE AQUÍ ESTE SEPULCRO, EN EL CUAL NO QUERRIA QUE ALGUNO FUESE PUESTO NI ESCLAVO, NI LIBRE. SI DE OTRA MANERA SE HICIESE, QUERRIA QUE LOS HUESOS DE CUALQUIERA SE SAQUEN DE MI SEPULCRO, SI LA PATRIA SERÁ LIBRE.

Este letrero es el mas antiguo de todos los que en España de romanos se hallan. En el entretanto que estas cosas en España pasaban, Galba fué en Roma acusado de haber quebrantado la fé y palabra á los lusitanos, y por el mismo caso dado causa á los males y daños que resultaron en aquella tierra. Valióle para que le diesen por libre el mucho dinero que llevó de España,

sin embargo que Lucio Scribonio Libon, tribuno del pueblo, y Marco Caton le apretaron con todas sus fuerzas. Despues, desto Claudio Unimano, con nombre de pretor, vino de Roma el año de 608 contra Viriato; mas fué por él vencido y muerto con gran parte de su ejército que pereció en aquella batalla. Los haces de varas y alabardas, que eran insignias del magistrado, fueron puestas por memoria de aquella victoria y á manera de trofeo en los montes de la Lusitania, con tanto espanto de los romanos en adelante, y tanto atrevimiento de los españoles, que trecientos lusitanos no dudaron de trabar pelea con mil soldados romanos, y en ella mataron mas en número que ellos eran. Aconteció otrosí que un peon español puso en huida á muchos hombres de á caballo de los romanos, que espantados y atónitos quedaban de ver que aquel hombre de un golpe mató un caballo y cortó á cercen la cabeza del que en él iba. La batalla en que Claudio Unimano quedó desbaratado muestra se dió en el campo y comarca de Urique en Portugal una piedra que allí está de las mas notables que hay en España de romanos, y la pone Andrés Resendio en las *Antigüedades de Portugal*, cuyas palabras, vueltas en castellano y suplidas algunas letras que faltan, son:

CAYO MINUCIO HIJO DE CAYO LEMONIA LUBATO TRIBUNO DE LA LEGION DÉCIMA GEMINA: AL CUAL EN LA BATALLA CONTRA VIRIATO ADORMECIDO DE LAS HERIDAS EL EMPERADOR CLAUDIO UNIMANO DESAMPARÓ POR MUERTO, GUARDADO POR DILIGENCIA DE EBUCIO SOLDADO LUSITANO, Y MANDADO CURAR SOBREVIVÍ POR ALGUNOS DIAS: MORÍ TRISTE POR NO GRATIFICAR Á LA MANERA DE ROMANOS Á QUIEN BIEN LO MÉRECIA.

El año siguiente, que se contaba de Roma 607, Cayo Nigidio, enviado en lugar del Pretor muerto; peleó no con mejor suceso contra Viriato cerca de la ciudad de Viseo en la Lusitania ó Portugal, do escriben está un sepulcro de Lucio Emilio, que murió en aquella pelea. Fué este año memorable y señalado, no tanto por las cosas de España como por el consulado de Publio Cornelio Scipion, de quien arriba hablamos, y al cual el cielo guardaba la gloria de destruir á Cartago la Grande, como lo hizo por este mismo tiempo, de donde fué llamado Africano, sobrenombre que pudo heredar de su abuelo. Consta asimismo que C. Lelio, aquel que en Roma tuvo sobrenombre de Sabio, como lo testificó Ciceron, vino por este mismo tiempo á España y fué el primero que comenzó á quebrantar las fuerzas y ferocidad de Viriato, por ser persona que ayudaba el esfuerzo y destreza con la prudencia, experiencia y uso que tenía de muchas cosas; y con esta empresa se hizo mas esclarecido y nombrado que antes. Tambien es cosa averiguada que el año que se contó 609 de la fundación de Roma, Q. Fabio Máximo Emiliano, hermano de Scipion, hecho cónsul, vino en España contra Viriato por órden del Senado, que, cuidadoso de aquella guerra, mandó que el uno de los cónsules partiese para España; y para suplir la falta que tenían de soldados viejos, hicieron de nuevo gente en Roma y por Italia, con que se juntaron quince mil infantes y dos mil caballos. Estos se embarcaron para España, y llegaron á una ciudad llamada Orsuna, la cual se entiende sea la que hoy se llama Osuna en el Andalucía. Detúvose allí el Cónsul algun tiempo hasta tanto que con el ejercicio se hiciesen diestros los soldados; y en el entretanto fué á

Cádiz, que cae en lójos de allí, y en el templo de Hércules ofreció sacrificios y hizo sus votos por la victoria. Al contrario, Viriato, avisado de los apercibimientos que hacían los romanos para su daño, se determinó ir á verse con ellos. Fué al imprevisto su llegada, y así mató los leñadores y forrajeros del ejército romano y asimismo los soldados que llevaban de guarda. El Cónsul, despues desto, vuelto de Cádiz á sus reales, sin embargo que Viriato le presentaba la batalla, acordó de trabar primero escaramuzas, y con ellas hacer prueba así de los suyos como de los contrarios, excusando con todo cuidado la batalla hasta tanto que los suyos cobrasen ánimo, y quitado el espanto, entendiesen que el enemigo podía ser vencido y desbaratado. Continúo esto por algunos días; al fin dellos se vino á batalla, en que Viriato fué vencido y puesto en huida. El ejército romano, por estar ya el otoño adelante y llegarse el invierno, fué á Córdoba para pasar allí los frios. Viriato reparó en lugares fuertes y ásperos, que, por tener los soldados curtidos con los trabajos, llevaban mejor la destemplanza del tiempo; sin descuidarse de solicitar socorros de todas partes. En particular envió mensajeros con sus cartas á los Arevacos, á los Belos y á los Títios, pueblos arriba nombrados, en que les hacía instancia que tomasen las armas por la salud comun y por la libertad de la patria, que por su esfuerzo el tiempo pasado habia comenzado á revivir, y al presente corria gran riesgo si ellos con tiempo no le ayudaban. Daban aquellos pueblos de buena gana oídos á esta recuesta, que fué el principio y la ocasion con que otra vez se despertó la guerra de Numancia, como se dirá en su lugar, luego que se hobieren relatado las cosas de Viriato. Tuvo el consulado junto con Fabio Emiliano, por cuyo orden y valor se acabaron las cosas ya dichas en España, otro hombre principal llamado Lucio Hostilio Mancino, del cual se podría creer que vino tambien á España, y en ella venció á los gallegos, si las inscripciones de Anconitano tuviesen bastante autoridad para fiarse de lo que relatan en este caso. Otros podrán juzgar el crédito que se debe dar á este autor; á la verdad, por algunos hombres doctos es tenido por excelente maestro de fábulas y por inventor de mentiras mal forjadas.

CAPITULO IV.

De lo que Q. Cecilio Metello hizo en España.

El año siguiente, que se contó de la fundacion de Roma 610, salieron por cónsules Servilio Salpicio Galba y Lucio Aurelio Cota, entre los cuales se levantó gran contienda sobre qual dellos se debía encargar de lo de España, porque cada qual pretendia aquel cargo por lo que en él se interesaba; y como el Senado no se conformase en un parecer, Scipion, preguntado lo que le parecia sobre el caso, respondió que ni el uno ni el otro le contentaban: «El uno, dice, no tiene nada, al otro nada le harta»; teniendo por cosa de no menor inconveniente para gobernar la pobreza que la avaricia, ca la pobreza casi pone en necesidad de hacer agravios, la codicia trae consigo voluntad determinada de hacer mal. Con esto enviaron al pretor Popilio; dél refiere Plinio que Viriato le entregó las ciudades que en su poder tenia; que si fué verdad debió maltratlle en alguna batalla y ponerle en grande aprieto. Despues de

Popilio, el año 614, vino al gobierno de la España citerior el cónsul Q. Cecilio Metello, el que, por haber sujetado la Macedonia, ganó renombre de Macedónico. Su venida fué para sosegar las alteraciones de los celtiberos, que por diligencia de Viriato y á sus ruegos se comenzaban á levantar. De un cierto Quincio se sabe que prosiguió la guerra contra Viriato, sin que se entienda si como pretor ó por mandado y comision del Cónsul. Lo mas cierto es que á las haldas del monte de Vénus; cerca de Eborá de Portugal, este Quincio venció en batalla á Viriato; pero como vencido se rehiciese de fuerzas, revolvió sobre los vencedores con tal brío, que, hecho en ellos gran daño, los forzó á retirarse tan desconfiados y medrosos, que en lo mejor del otoño, como si fuera en invierno, se barrearón dentro de Córdoba, sin hacer caso ni de los españoles, sus confederados, ni aun de los romanos, que, por estar de guarnicion en lugares y plazas no tan fuertes, corrian riesgo de ser dañados. Metello hacia la guerra en su provincia, y sosegó los celtiberos; por lo menos Plinio dice que venció los arevacos; y sin embargo, el año siguiente, que fué el de 612, le prorogaron á él el cargo y gobierno de la España citerior, y para la guerra de Viriato vino el cónsul Quinto Fabio Servilio, hermano que era adoptivo de Fabio Emiliano. Trajo en su compañía diez y ocho mil infantes y mil y quinientos caballos de socorro. Demás desto, el rey Micipsa, hijo de Masinisa, le envió desde Africa diez elefantes y trecientos hombres de á caballo. Todo este ejército, con los demás que antes estaban al sueldo de Roma, no fueron parte para que Viriato en el Andalucía, do andaba, no los maltratase con salidas que hacia de los bosques en que estaba escondido, con tanto esfuerzo, que forzaba á los contrarios á retirarse á sus reales, sin dejalles reposar de día ni de noche con correrías que hacia y rebates y alarmas que de ordinario les daba, hasta tanto que, mudadas sus estancias, llegaron á Utica, ciudad antiguamente del Andalucía. Desde allí Viriato por la falta de vituallas se retiró con los suyos á la Lusitania. El Cónsul, libre de aquella molestia y sobresaltos, acudió á los pueblos llamados Cuneos, donde venció dos capitanes de salteadores, llamados el uno Curion, y el otro Apuleyo, y tomó por fuerza algunas plazas que se tenian por Viriato con gruesas guarniciones de soldados que en ellas tenia puestas. Los despojos que ganó fueron ricos, los cautivos en gran número, de quien hizo morir quinientos, que eran los mas culpados; los demás, en número de diez mil, hizo vender en pública almoneda por esclavos. Entre tanto que todas estas cosas pasaban en la España ulterior aquel verano, Metello ganó grande honra por sujetar de todo punto los celtiberos y haberse apoderado por aquellas partes de las ciudades llamadas en aquel tiempo Contrebia, Versobriga y Centobriga. De Metello es aquel dicho muy celebrado á esta sazón, porque, como por engañar y deslumbrar al enemigo mudase y trajese el ejército por diversos lugares sin orden, á lo que parecia, y sin concierto, preguntado cerca de la ciudad de Contrebia por un centurion, que era capitán de una compañía de soldados, cuál era su pretension en lo que hacia, respondió aquellas palabras memorables: «Quemaría yo mi camisa si entendiese que en mis secretos tenia parte.» Varon por cierto hasta aquí de prudencia y valor aventajado, dado que por lo

que se sigue ninguna loa merece; pero ¿quién hay que no falte? quién hay que tenga todas sus pasiones arrendadas? Fué así que le vino aviso como en Roma tenían nombrado para sucedelle en aquel cargo Quinto Pompeyo, de que recibió tanta pena, que se determinó, para enflaquecelle las fuerzas, despedir á los soldados y hacer que dejasen las armas, descuidarse en la provision de los graneros públicos, quitar el sustento á los elefantes, con que unos murieron, otros quedaron muy flacos y sin ser de provecho: tanto puede muchas veces en los grandes ingenios la envidia y la indignacion. Este desórden fué causa que, vuelto á Roma, no le otorgaron el triunfo, por lo demás muy debido á su valor y á las cosas que hizo. Vino pues el cónsul Quinto Pompeyo á la España citerior el año 613 de la ciudad de Roma. Serviliano, por órden del Senado, continuó su gobierno en la España ulterior, donde recibió en su gracia á Canoba, capitán de salteadores, que se le entregó; y á Viriato, que estaba sobre la ciudad de Vacia, forzó á alzar el cerco y á huir, ocasion para que muchos pueblos por aquella comarca se le rindiesen. Juntaba Serviliano con la diligencia, que era muy grande, la severidad y el rigor del castigo, en que era demasiado. Porque cortó las manos á todos los compañeros de Canoba, y fuera de ellos á otros quinientos cautivos que faltaran en la fe y desampararan sus reales. Lo mismo con que pensó amedrentar y poner espanto alteró grandemente á los naturales y causó notable mudanza en las cosas; que todos naturalmente aborrecen la fiereza y la crueldad. Manteníase en la devocion de Viriato una ciudad por nombre Erisana; pusieron sobre ella los romanos. De noche el mismo Viriato, sin ser descubierto ni sentido se metió dentro; y luego la mañana siguiente dió tal rebate sobre los enemigos, que halló descuidados, que, con muerte de muchos, puso á los demás en huida. Repararon en un lugar no muy fuerte, y estaban todos para perecer. Parecióle á Viriato buena coyuntura aquella para concertarse con el enemigo á su ventaja, movió tratos de paz; resultó que se hizo confederacion, en virtud de la cual los romanos escaparon con las vidas, y él fué llamado amigo del pueblo romano, á sus soldados y confederados dado todo lo que tenían y habian robado; grande ultraje y afrenta de la majestad romana, la cual aun encareció mas y subió de punto en Roma Quinto Servilio Cepion, enviado desde España por embajador de su hermano Serviliano; maña con que granjeó las voluntades para que le diesen el consulado, como lo hicieron, ca fué cónsul el año siguiente, de la ciudad de Roma 614, con órden que se le dió se encargase de la España ulterior y lo mas presto que pudiese rompiese y quebrantase aquel concierto que se hizo con Viriato, como indigno y vergonzoso y hecho sin pública y bastante autoridad. Por donde no parece llegado á razon ni cosa probable lo que refiere Apiano, que el dicho concierto fué en Roma aprobado por el Senado y pueblo romano.

CAPITULO V.

Cómo Viriato fué muerto.

Tuvo Quinto Pompeyo el gobierno de la España citerior por espacio de dos años; pero por el mal recaudo que halló, causado de la envidia de Metello, ni el

año pasado ni en gran parte del presente pudo hacer cosa alguna de momento, además que por estar su provincia sosogada ni se ofrecia ocasion de alteraciones ni de emprender grandes hechos. Por el contrario, el cónsul Servilio en el Andalucía puso cerca de la ciudad de Arsa á Viriato en huida. Siguióle hasta la Carpetania, que es el reino de Toledo, donde con cierto ardid de guerra se le escapó de las manos. Dió muestra que queria la batalla, y puestas sus gentes en ordenanza y por frente la caballería, entre tanto que los romanos se aparejaban para la pelea, hizo que su infantería se retirase á los bosques que por allí cerca caian. Esto hecho, con la misma presteza se retiró la caballería, de suerte que el Cónsul, perdida la esperanza de haber á las manos por entonces enemigo tan astuto y tan recatado, se encaminó con sus gentes la vuelta de los Vec-tones, donde hoy está Extremadura. Desde allí revolvió sin parar hasta Galicia, donde habia grande soltura y todo estaba lleno de muertes y robos. Viriato, cansado de guerra tan larga y poco confiado en la lealtad de sus compañeros, ca se recelaba no quisiesen algun dia con su cabeza comprar ellos para sí la libertad y el perdón, acordó de enviar al Cónsul tres embajadores de paz. Muchas veces se pierden los hombres por el mismo camino que se pensaban remediar. Recibiólos el Cónsul con mucha cortesía y humanidad, regalólos de presente con dones que les dió; y para adelante los cargó de grandes promesas que les hizo, con tal que matasen á su capitán estando descuidado, y por este medio librasen á sí mismos de tantos trabajos y de una vida tan miserable, y á su tierra de tantos males y daños. Guárdanse los malos entre sí poco la lealtad; así fácilmente se persuadieron de poner en ejecucion lo que el Cónsul les rogaba. Concertada la traicion, se despidieron con buena respuesta que en público les dió y con muestra de querer efectuar las paces. Descuidóse con esta esperanza Viriato, con que ellos hallaron comodidad para cumplir lo que prometieran; entraron do estaba durmiendo, y en su mismo lecho le dieron de puñaladas. Varon digno de mejor fortuna y fin, y que, de bajo lugar y humilde, con la grandeza de su corazon, con su valor y industria trabajó con guerra de tantos años la grandeza de Roma; no le quebrantaron las cosas adversas, ni las prósperas le ensoberbecieron. En la guerra tuvo altos y bajos como acontece; pereció por engaño y maldad de los suyos el libertador se puede decir casi de España, y que no acometió los principios del poder del pueblo romano como otros, sino la grandeza y la majestad de su imperio cuando mas florecian sus armas y aun no reinaban del todo los vicios que al fin los derribaron. Hiciéronle el día siguiente las exequias y enterramiento, mas solemne por el amor y lágrimas de los suyos que por el aparato y ceremonias, dado que entre los soldados se hicieron fiestas y torneos y se sacrificaron muchas reses. Los matadores, idos á Roma, dieron peticion en el Senado, en que pedian recompensa y remuneracion por tan señalado servicio. Fuéles respondido que al Senado y pueblo romano nunca agradaba que los soldados matasen á su caudillo; así los traidores son aborrecidos por los mismos á quien sirven, y muchas veces son castigados en lugar de las mercedes que pretendian. Sucedió á Viriato un hombre llamado Tantalo, menos aventajado que él en autoridad,

esfuerzo y prudencia. Este capitán en breve se entregó al Cónsul con todos los suyos, y fué recibido en su gracia y amistad. A estos y á los demás lusitanos quitaron las armas y dieron tierras á propósito, que, ocupados en la labranza y entretenidos con el trabajo y con la pobreza, perdiesen la lozanía y la voluntad de alborotarse y no tuviesen fuerzas aunque quisiesen hacello.

CAPITULO VI.

Cómo revolvió la guerra de Numancia.

El año mismo que por alevosía de los suyos fué muerto el famoso capitán Viriato, que se contaba de la fundación de Roma 614, los numantinos se alborotaron de nuevo, y se encendió una nueva y mas cruel guerra que antes con esta ocasion. Había Metello con su esfuerzo y buena maña sujetado los celiberos al imperio romano; solos los numantinos y los termestinos, conforme á las capitulaciones y confederacion que antes tenían asentada, fueron declarados por amigos del pueblo romano, que era lo mismo que conservarlos en su libertad. Entiéndese que los Termestinos estaban distantes de Numancia por espacio de nueve leguas, do al presente está una ermita que se llama de Nuestra Señora de Tiermes. Quinto Pompeyo, por no estar ocioso y por parecer que hacia algo, pensaba cómo quitaría la libertad á estas ciudades. Era menester buscar algun buen color. Pareció el mas á propósito achacarles que recibieran en su ciudad á los segedanos, los cuales, por cierta ayuda que enviaron á Viriato, incurrieron en mal caso; que fué la causa, si otra no hobo, de temer el castigo, y por no tenerse por seguros en su ciudad, recogerse á los numantinos como amigos y comarcanos, ca Segeda se cuenta entre los Belos, y hoy entre las ciudades de Soria y Osma hay un pueblo llamado Seges, rastro, como algunos piensan, de aquella ciudad. El delito de que acusaban á los numantinos no era cosa tan grave, que á todos es lícito usar de benignidad y humanidad para con sus aliados; pero, sin embargo, enviaron sus embajadores á Pompeyo para desculpase, que despidió él con afrenta y ultraje. Los numantinos, conocido el yerro pasado y el riesgo que corrian, acordaron de alzar la mano de la defensa de los segedanos y renunciar su amistad, todo á propósito de aplacar á los romanos. Avisaron desto á Pompeyo, y con nueva embajada que le enviaron le suplicaron renovase el concierto que tenían hecho con Graco. Pompeyo dió por respuesta que no habia que tratar de paz ni de confederacion si primero no dejasen las armas. Con esto fué forzoso tornar á la guerra para con las armas defender las armas, que el enemigo junto con la libertad les pretendia quitar. Tocaron atambor, hicieron levas de gente, con que juntaron ocho mil peones y dos mil caballos, pequeño número, pero grande en esfuerzo, y no muy desigual á la muchedumbre de los romanos. La conducta desta gente se encomendó á un capitán muy experimentado, por nombre Megara. No se descuidó Pompeyo en lo que á él tocaba; antes en breve adelantó sus reales y los asentó cerca de Numancia, en que tenía treinta mil infantes y dos mil de á caballo. Dábanles en que entender los numantinos, y con correrías que hacian desde los collados y con ordinarios rebates mataban y prendian á los que se desmandaban. Solo ex-

cusaban el riesgo de la batalla; y todas las veces que los romanos movian contra ellos sus estandartes, se retiraban y ponian en salvo por la noticia que tenían de aquellos lugares, que era consejo muy acertado. Pompeyo, viendo que no hacia efecto contra los numantinos, acordó de ponerse sobre la ciudad de Termancia, de donde asimismo fué rechazado, no con menor afrenta que antes y con algo mayor pérdida de gente. Porque con tres salidas que en un día hicieron los de Termancia le forzaron á retirarse á ciertas barrancas, lugares ásperos y fuertes, de donde muchos de los suyos se despeñaron; tan grande era el miedo que cobraron, que toda la noche pasaron en vela sin dejar las armas. El día siguiente volvieron á la pelea, que fué muy dudosa, sin declarar la victoria por ninguna de las partes hasta tanto que sobrevino la noche, en que Pompeyo se fué á la ciudad de Manlia con resolucion de excusar otra batalla, que fué señal de llevar lo peor, y que pretendía rehacerse de fuerzas y hacer que con el tiempo su gente cobrase ánimo. Tenia la ciudad de Manlia guarnicion de numantinos, y sin embargo se entregó á los romanos por no poderse tener. Al presente hay un pueblo en aquella comarca, por nombre Mallen, por ventura asiento de aquella ciudad. Apoderóse otrosí de los Termestinos que tornó á combatir, y no se hallaban con fuerzas bastantes para defenderse, por quedar cansados y gastados de los encuentros pasados. Restaban los numantinos: antes que moviese Pompeyo contra ellos, deshizo á Tangino, capitán de salteadores, y le mató con toda su gente en aquella parte donde se tendian los Edetanos y hoy está la ciudad de Zaragoza. Hecho esto, revolvió sobre Numancia, y porque el cerco iba á la larga, procuró sacar de madre al río Duero para que no entrasen bastimentos á los cercados. Fué forzado á desistir desta empresa por causa que los numantinos, con una salida que hicieron, maltrataron á los soldados contrarios, y á los que andaban en la obra. Demás desto, le degollaron un tribuno de soldados con toda su gente, que iba en guarda de los que traian vituallas y de los forrajeros. Espantado Pompeyo por estos daños, detuvo los soldados dentro de sus estancias, sin dejellos salir en el tiempo mas áspero del año, que fué causa de que muchos pereciesen de enfermedad, por no estar acostumbrados á aquella destemplanza del aire. Otros morian á manos de los numantinos, que con sus salidas y rebates continuamente los trabajaban. Por esta causa fué forzado Pompeyo á mudar de parecer, y dado que el invierno estaba muy adelante, desistir del cerco y repartir sus gentes por las ciudades comarcanas de su devocion. Corria ya el año de Roma de 615; en él el cónsul Marco Pompilio Lenate fué señalado para el gobierno de aquella provincia en lugar de Pompeyo; pero mientras su venida se esperaba, al principio del verano se asentaron las paces con los numantinos. Procuró Pompeyo, sea por miedo de que en Roma le achacasen de haber sido con su mal gobierno causa de aquella guerra, sea por no querer que con su trabajo y riesgo su sucesor llevase el prez y la honra de acabarla. Los numantinos otrosí, cansados de guerra tan larga y por tener falta de mantenimientos, á causa de haber dejado la labranza de los campos, dieron de buena gana oídos á aquellos tratos. Convinieron en que las condiciones de la paz, por ser desaventajadas para los romanos, se

tratasen en secreto; tanto que el mismo Pompeyo por no firmallas se hizo malo. En lo público la escritura del concierto rezaba que los numantinos eran condenados en treinta talentos; los mas inteligentes sospechaban era ficcion inventada á propósito de conservar el crédito y autoridad del imperio romano. Lo cierto es que, con la venida del cónsul Pompilio, se trató de aquella confederacion y de aquellas paces; Pompeyo negaba habellas hecho; los numantinos probaban lo contrario por testimonio de los principales del ejército romano. En fin los unos y los otros fueron por el nuevo Cónsul remitidos al Senado de Roma, donde por tener mas fuerza el antojo y la pasion que la justicia, entre diversos pareceres, prevaleció el que mandaba hacer de nuevo la guerra contra Numancia.

CAPITULO VII.

De la confederacion que el cónsul Mancino hizo con los numantinos.

Entre tanto que esto pasaba en Roma y con los numantinos, el cónsul Pompilio acometió á hacer guerra á los lusones, gente que caia cerca de los numantinos; pero fué en vano su acometimiento. Antes el año siguiente, que de la ciudad de Roma se contó 616, como le hobiesen alargado el tiempo de su gobierno, fué en cierto encuentro que tuvo con los numantinos vencido y puesto en huida. En la España ulterior, para cuyo gobierno señalaron el uno de los nuevos cónsules, por nombre Decio Bruto, los soldados viejos de Viriato, á los cuales dieron perdon y campos donde morasen, edificaron y poblaron la ciudad de Valencia. Hay grande duda sobre qué Valencia fué esta: quién dice que fué la que hoy se llama Valencia de Alcántara, por estar en la comarca donde estos soldados andaban; quién entiendo, y es lo que parece mas probable, que sea la que hoy se llama Valencia de Miño, puesta sobre la antigua Lusitania en frente de la ciudad de Tuy, y no falta quien piense que sea Valencia la del Cid, ciudad poderosa en gente y en armas. Pero hace contra esto que está asentada en la España citerior, provincia que era de gobierno diferente. Dejadas estas opiniones, lo que hace mas á nuestro propósito es que el año siguiente, de la fundacion de Roma 617, á Bruto alargaron el tiempo del gobierno de la España ulterior, y para lo de la citerior señalaron el uno de los nuevos cónsules, por nombre Cayo Hostilio Mancino. Este luego que llegó, asentado su campo cerca de Numancia, fué diversas veces vencido en batalla; y de tal manera se desanimó con estas desgracias, que, avisado como los vaccos, que caian en Castilla la Vieja, y los cántabros venian en ayuda de los numantinos, no se atrevió ni á atajarles el paso ni á esperar que llegasen; antes de noche á sordas se retiró y apartó á otros lugares que estaban sosegados. En qué parte de España no se dice, solo señalan que fué donde los años pasados Fulvio Nobilior tuvo sus alojamientos. En la ciudad de Numancia no se supo esta partida de los enemigos hasta pasados dos dias, por estar los ciudadanos ocupados en fiestas y regocijos sin cuidado alguno de la guerra. La manera como se supo fué que dos mancebos pretendian casar con una doncella: para excusar debates acordaron que saliesen á los reales de los enemigos, y el que primero de los dos trajese la mano derecha de alguno dellos, ese alcanzase

por premio el casamiento que deseaba. Hicieronlo así; y como hallasen los reales vacios, á mas correr vuelven á la ciudad para dar aviso de lo que pasaba que los enemigos eran idos y que dejaban desamparados sus reales. Los ciudadanos, alegres con esta nueva, siguieron la huella y rastro de los romanos, y antes de tener barreadas sus estancias bastantemente, pusieron sitio á los que poco antes los tenian cercados; que fué un trueque y mudanza notables. El Cónsul, perdida la esperanza de poder escapar, se inclinó á tratar de concierto, en que los numantinos quedaron con su antigua libertad, y en él fueron llamados compañeros y amigos del pueblo romano: grande ultraje, y que despues de tantas injurias parecia escurecer la gloria romana, pues se rendia al esfuerzo de una ciudad. Ayudó para hacer esta confederacion, mas necesaria que honesta, Tiberio Graco, que se hallaba entre los demás romanos, y por la memoria que en España se tenia de Sempronio, su padre, era bienquisto, y fué parte para inclinar á misericordia los ánimos de los numantinos. En Roma, luego que recibieron aviso de lo que pasaba y de asiento tan feo, citaron á Mancino para que compareciese á hacer sus descargos, y en su lugar nombraron por general de aquella guerra al otro cónsul, llamado Emilio Lépido, para que vengase aquella afrenta. Enviaron asimismo los numantinos sus embajadores con las escrituras del concierto y con orden que si el Senado no le aprobaba, en tal caso pudiesen los fuese entregado el ejército, pues con color de paz y de confederacion escapó de sus manos. Tratóse el negocio en el Senado, y como quier que ni, por una parte, quisiesen pasar por concierto tan afrentoso, y por otra juzgasen que los numantinos pedian razon, dieron traza que Mancino los fuese entregado, con que les parecia quedaban libres del escrúpulo que tenian en quebrantar lo asentado. A Tiberio Graco, magier que fué el que intervino en aquella confederacion y la concluyó, absolviéron porque lo hizo mandado. El vulgo, como de ordinario, se inclina á pensar y creer la peor parte, decia que esto se hizo por respeto de Scipion, su cuñado, que, como ya se dijo, casó con Cornelia, hermana de los Gracos.

CAPITULO VIII.

Cómo Cayo Mancino fué entregado á los numantinos.

Esto era lo que pasaba en Roma. En España el cónsul Marco Lépido, antes de tener aviso de lo que el Senado determinaba, acometió á los vaccos, que era gran parte de lo que hoy es Castilla la Vieja, con achaque que en la guerra pasada enviaron socorro á los numantinos y los ayudaron con vituallas. Corrió sus muy fértiles campos; y despues que lo puso todo á fuego y á sangre, probó tambien de apoderarse de la ciudad de Palencia, sin embargo que de Roma le tenian avisado no hiciese guerra á los españoles, hombres que eran feroces y denodados, y de enojarlos muchas veces resultara daño. La afrenta y mal orden de Mancino tenia puesto al Senado en cuidado, y á los españoles daba ánimo para que no dudasen ponerse en defensa contra cualquiera que les pretendiese agraviar. Fué así que, por el esfuerzo de los palentinos como los romanos fuesen maltratados y asimismo tuviesen falta de vituallas, de noche á sordas, sin dar la señal acostumbrada para al-

zar el bagaje, se partieron con tanto temor suyo y tan grande osadía de los palentinos, que luego el día siguiente, sabida la partida, salieron en pos dellos, y los picaron y dieron carga, de suerte que degollaron no menos de seis mil romanos; de lo cual, luego que en Roma se supo, recibió tan grande enojo el Senado, que citaron á Lépido á Roma, donde, vestido como particular, fué acusado en juicio y condenado de haberse gobernado mal. Estos daños y afrentas en parte se recompensaban en la España ulterior por el esfuerzo y prudencia de Decio Bruto, que sosegó las alteraciones de los Gallegos y Lusitanos, y forzó á que se rindiesen los Labricanos, pueblos que por aquellas partes se alborotaban muy de ordinario. Púsoles por condición que le entregasen los fugitivos, y ellos, dejadas las armas, se viniesen para él; lo cual como ellos cumpliesen, rodeados del ejército, los reprehendió con palabras tan graves, que tuvieron por cierto los quería matar; pero él se contentó con penarlos en dinero, quitarles las armas y demás municiones que tanto daño á ellos mismos acarrearaban. Por estas cosas Decio Bruto ganó sobrenombre de Galaico ó Gallego. Esto sucedió en el consulado de Mancino y Lépido. El año siguiente 618 alargaron á Bruto el tiempo de su cargo, y al nuevo cónsul Publo Furio Filon se le dió cuidado de entregar á Mancino á los numantinos, y se le encomendó el gobierno de la España citerior. Y porque Q. Metello y Q. Pompeyo, como personas las mas principales en riquezas y autoridad, pretendian impedir que Furio no fuese á esta empresa, de donde tanta gloria y ganancia se esperaba, él con una maravillosa osadía, como cónsul que era, les mandó que le siguiesen y fuesen con él á España por legados ó tenientes suyos. Luego que llegó, puestos sus reales cerca de Numancia, hizo que Mancino, desnudo el cuerpo y atadas atrás las manos, como se acostumbraba cuando entregaban algun capitán romano á los contrarios, fuese puesto muy de mañana á las puertas de Numancia; pero como querían que ni los enemigos le quisiesen y los amigos le desamparasen, pasado todo el día y venida la noche, guardadas las ceremonias que en tal caso se requerian, fué vuelto á los reales. Con esto daban á entender los romanos que cumplian con lo que debían. A los numantinos no parecia bastante satisfaccion de la fe que quebrantaban entregar el capitán y guardar el ejército, que libraron de ser degollado debajo de pleitesía. Y es cosa averiguada que los romanos en este negocio miraron mas por su provecho que por las leyes de la honestidad y de la razon. Qué otra cosa Furio hiciese en España, no se sabe, sino que el año adelante, que se contó 619 de la fundacion de Roma, á Bruto alargaron otra vez el tiempo de su gobierno por otro año, que fué el tercero, y el cónsul Quinto Calpurnio Pison, por el cargo que le dieron de la España citerior, peleó con los numantinos mal, ca perdió en la pelea parte de su ejército, y los demás se vieron en grandes apreturas. Era el miedo que los romanos cobraran tan grande, que con sola la vista de los españoles se espantaban: no de otra guisa que los ciervos cuando ven los perros ó los cazadores, movidos de una fuerza secreta, luego se ponian en huida. Muchos entendian que la causa de aquel espanto era el gran tuerto que les hacian y la fe quebrantada; mas á la verdad los españoles en

aquel tiempo ninguna ventaja reconocian á los romanos en esfuerzo y atrevimiento. No peleaban como de antes de tropel y derramados, sino por el largo uso que tenian de las armas, á imitacion de la disciplina romana, formaban sus escuadrones, ponian sus luéstes en ordenanza, seguian sus banderas y obedecian á sus capitanes. Con esto tenian reducida la manera grosera de que antes usaban á preceptos y arte, con que siempre en las guerras y con prudencia se gobernasen.

CAPITULO IX.

Cómo Scipion, hecho cónsul, vino á España.

Estas cosas, luego que se supieron en Roma, pusieron en grande cuidado al Senado y pueblo romano, como era razon. Acudieron al postrer remedio, que fué sacar por cónsul á Publio Scipion, el cual por haber destruido á Cartago tenia ya sobrenombre de Africano, con resolucion de envialle á España. Para hacer esto dispensaron con él en una ley que mandaba á ninguno antes de los diez años se diese segunda vez consulado. Sucedió esto el año que se contó 620 de la fundacion de Roma, en que, como creemos, prorogaron de nuevo á Decio Bruto y le alargaron el tiempo del gobierno que tenia sobre la España ulterior. Siguiéron á Scipion en aquella jornada cuatro mil mancebos de la nobleza romana y de los que por diversos reyes habian sido enviados para entretenerse en la ciudad de Roma; y si no les fuera vedado por decreto del Senado, lo mismo hicieran todos los demás. Tan grande era el deseo que en todos se via de tenelle por su capitán y aprender dél el ejercicio de las armas, que á porfía daban sus nombres y con grande voluntad se alistaban. Destos mozos ordenó Scipion un escuadron, que llamó Filonida, que era nombre de benevolencia y amistad, atadura muy fuerte y ayuda entre los soldados para acometer y salir con cualquier grande empresa. El ejército de España, por estar fulto de gobierno, se hallaba flaco, sin nervios y sin vigor, efecto propio del ocio y de la lujuria. Para remediar este daño, dejó Scipion en Italia á Marco Buteon, su legado, que guiasse la gente que de socorro llevaba, y él, lo mas presto que se pudo aprestar, partió para España, y en ella, con rigor, cuidado y diligencia en breve redujo el ejército á mejores términos; porque, lo primero, despidió dos mil ramerás que halló en el campo; asimismo despidió de regatones, mercaderes y mochilleros otro no menor número ni menos dado á torpezas y deleites. Por esta manera, limpiado el ejército de aquel vergonzoso muladar, los soldados volvieron en sí y cobraron nuevo aliento, y los que antes eran tenidos en poco, comenzaron á poner á sus enemigos espanto. Demás desto, ordenó que cada soldado llevase sobre sus hombros trigo para treinta dias, y cada siete, estacas para las trincheas, con que cercaban y barreaban los reales, que de propósito hacia mudar y fortificar á menudo, para que desta manera los soldados con el trabajo tornasen á cobrar las fuerzas que les habia quitado el regalo. Lo que hizo mas al caso para reprimir los vicios é insolencias de los soldados fué el ejemplo del general, por ser cosa cierta que todos aborrecen ser mandados, y que el ejemplo del superior hace que se obedezca sin dificultad. Era Scipion el primero al trabajo, y el postrero

á retirarse dél. Ayudó otrosí para renovar la disciplina la diligencia de Cayo Mario, aquel que desta escuela y destos principios se hizo con el tiempo y salió uno de los mas famosos capitanes del mundo. Pasada en estas cosas gran parte del año y llegado el estío, movió Scipion con todas sus gentes la vuelta de Numancia. Nose atrevió por entonces de ponerse al riesgo de una batalla, porque todavía sus soldados estaban medrosos por la memoria que tenían fresca de las cosas pasadas. Contentóse con correr los campos enemigos por muchas partes y hacer en ellos todo mal y daño. Desde allí pasó haciendo asimismo correrías hasta los Vaceos, enojado principalmente contra los palentinos por la rota con que maltrataron y el daño que hicieron al cónsul Lépidio. Allí Scipion se vió puesto casi en necesidad de venir á batalla por la temeridad de Rutilio Rufo, el cual, con intento de reprimir á los palentinos, que por todas partes semostraban y con ordinarios rebates daban pesadumbre, salió contra ellos, y con poco recato se adelantó tanto, que se iba á meter en una emboscada que los enemigos le tenían puesta; cuando Scipion, advertido el peligro desde un alto donde estaba, mandó que las demás gentes se adelantasen y que la caballería cercase por todas partes el lugar donde la celada estaba, y escaramuzando con el enemigo, diese lugar á los soldados que se metían en el peligro para que se pudiesen en salvo. En este camino y entrada que Scipion hizo vió por sus ojos la ciudad de Caucia, destruida por engaño de Lucullo; y movido con aquella vista á compasion, á voz de pregonero prometió franqueza de tributos y alcabalas á todos los que quisiesen reedificarla y hacer en ella su asiento y su morada. Esto fué lo que sucedió aquel verano, que estaba ya bien adelante; y casi comenzaba el invierno, cuando vuelto el ejército á Numancia, cerca de aquella ciudad se asentaron los reales de los romanos. Dende no dejaron en todo el invierno de salir diferentes cuadrillas á robar y talar los campos que por allí caían. Entre estos un escuadron, de cierto peligro en que se hallaba de perecer, fué librado por la buena maña y vigilancia de Scipion en esta manera. Estaba allí cerca una aldea rodeada en gran parte de ciertos pantanos, que sospechan sea la que se llama al presente Henar por estar junto á una laguna. Cerca de aquel lugar se alzaban unos peñascos á propósito de armar allí alguna celada. Escondióse allí cierto número de numantinos, y sin falta maltrataran y degollaran los soldados romanos, que, derramados y ocupados en robar, andaban por aquella parte, si Scipion desde sus reales, conocido el peligro, no diera luego señal derecogerse, para que los soldados, dejado el robar, acudiesen á sus banderas. Y para mayor seguridad, tras mil caballos que envió delante, él mismo se apresuró para cargar sobre los contrarios con lo demás del ejército. Los numantinos, entre tanto que con iguales fuerzas y número se peleaba, se resistieron y hicieron reparar á un gran número de los contrarios; pero luego que vieron acercarse los estandartes de las legiones, se pusieron en huida con grande maravilla de los romanos, porque de largo tiempo no habían visto las espaldas de los numantinos. Estas cosas acontecieron en el consulado de Scipion en el tiempo que Jugurta desde Africa vino á juntarse con los romanos, nieto que era de Masinisa, nacido fuera de matrimonio de un

hijo suyo por nombre Manastabal. Envióle el rey Micipsa, su tío, con diez elefantes y un grueso escuadron de caballos y de peones, con deseo que tenía de ayudar á los romanos, y juntamente con deseo de poner á peligro aquel mozo brioso, por entender el que corrían sus hijos si la vida le duraba; consejo sagaz y prudente que no tuvo efecto, antes Jugurta, ganada mucha honra en aquella guerra, luego que se concluyó, dió vuelta á Africa con mayor crédito y pujanza que antes.

CAPITULO X.

Cómo Numancia fué destruida.

El año luego adelante, que se contó de la fundacion de Roma 621, siendo cónsules Publio Mucio Scévola y Lucio Calpurnio Pison, á Scipion alargaron el tiempo del gobierno y del mando que en España tenía, traza con que Numancia fué de todo punto asolada, ca pasado el invierno y con varias escaramuzas quitado ya el miedo que los soldados tenían cobrado, con intencion de apretar el cerco de Numancia, de unos reales hizo dos, dividida la gente en dos partes. El regimiento de los unos encomendó á Q. Fabio Máximo, su hermano; los otros tomó él á su cargo, dado que algunos dicen que dividió los reales en cuatro partes, y aun no concuerdan todos en el número de la gente que tenía. Quién dice que eran sesenta mil hombres, quién que cuarenta, como no es maravilla que en semejante cuenta se halle entre los autores variedad. Los numantinos, orgullosos por tantas victorias como antes ganaran, aunque eran mucho menos en número, porque los que mas ponen dicen que eran ocho mil combatientes, y otros deste número quitan la mitad, sacadas sus gentes fuera de la ciudad y ordenadas sus haces, no dudaron de presentar la batalla al enemigo, resueltos de vencer ó perecer antes que sufrir las incomodidades de un cerco tan largo. Scipion tenía propósito de excusar por cuanto pudiese el trance de la batalla, como prudente capitán, y que consideraba que el oficio del buen caudillo no menos es vencer y concluir la guerra con astucia y sufrimiento que con atrevimiento y fuerzas. Ni le parecia conveniente contraponer sus ciudadanos y soldados á aquella ralea de hombres desesperados. Con este intento determinó cercar la ciudad con reparos y palizadas para reprimir el atrevimiento y acometimientos de los cercados. Demás desto, mandó á las ciudades confederadas enviasen nuevos socorros de gente, municiones y vituallas para la guerra. Hízose un foso al rededor de la ciudad, y levantóse un valladar de nueva manera, que tenía diez piés en alto y cinco en ancho, armado con vigas y lleno de tierra, con sus torres, troneras y saetas á ciertos trechos, de suerte que representaba semejanza de una muralla continuada. Solamente por el rio Duero se podia entrar en la ciudad y salir; pero tambien esta comodidad quitaban á los cercados las compañías de soldados y los ranchos que en la una ribera y en la otra tenían puestos de guarda. Para remedio desto los buzanos, zabulléndose en el agua, debajo della sin ser sentidos pasaban, cuando era necesario, de la una parte á la otra. Otros con barcas, por la ligereza de los remeros ó por la fuerza del viento que daba por popa, escapaban de ser heridos con lo que los soldados les tiraban; y por esta manera se podia meter al-

guna vitualla en la ciudad. Duróles poco este remedio y consolacion tal cual era, porque con una nueva diligencia levantaron dos castillos de la una y de la otra parte del rio con vigas que le atravésaban, y en ellas unos largos y agudos clavos para que nadie pasase. Los numantinos, sin perder por esto ánimo, no dejaban de acometer las centinelas y cuerpos de guarda de los romanos; mas sobreviniendo otros, fácilmente eran rebatidos y encerrados en la ciudad; que á sabiendas no los querían matar, para que gastasen mas presto cuantos mas fuesen las vituallas, y forzados de la hambre y extrema necesidad se entregasen. En esta coyuntura un hombre de grande ánimo y osadía, llamado Retogenes Caravino, con otros cuatro, por aquella parte que los reparos de los romanos eran mas flacos y tenían menos guarda, escalado el valladar y degolladas las centinelas y escuchas, se enderezó á los pueblos llamados Arevacos, donde en una junta de los principales que para esto se convocó, les rogó y conjuró por la amistad antigua y por el derecho de parentesco no desamparasen á Numancia para ser saqueada y asolada por el enemigo, que, encendido en coraje y en deseo de vengarse, no tenía olvidadas las injurias que ellos le habían hecho; considerasen que aquella ciudad solía ser el refugio y reparo comun de todos, y al presente, por la adversidad de la fortuna y por la astucia de los que la cercaban, mas que por valor y esfaerzo, se hallaba puesta en extremo riesgo y cuita: «¿Por qué, dice, en tanto que las fuerzas están enteras y los romanos por tantas pérdidas relusan la pelea y por malas mañas y astucias pretenden apoderarse de aquella nobilísima ciudad, vos, juntadas las fuerzas, no quitaréis el yugo desta servidumbre, y echaréis de vuestra tierra esta peste comun? ¿Aguardais por ventura hasta tanto que cunda este mal, y de unos á otros pase y llegue á vuestra ciudad? Pensad que esta llama, consumido todo lo que se le pone delante, será forzoso que todo lo asuele. Por ventura ¿no conoceis la ambicion de los romanos, sus robos y sus crueldades? Los cuales muchas veces habeis visto y oido que sin causa alguna, solo con deseo de extender su señorío, ponen asechanzas á la libertad y riquezas de toda España. Diréis que teneis hecho concierto con ellos, y con esto os asegurais. En que si no hubiera muchos ejemplos frescos y puestos delante los ojos de la deslealtad, codicia y fiereza de los romanos, la destruicion poco ha de Cauca y ahora la confederacion de los numantinos con Mancino quebrantada injustamente son bastante muestra como ninguna cosa tienen por santa por el deseo de enseñorearse de todo. Mirad que si anteponeis ahora vuestro reposo particular á la salud comun, la cual en gran parte depende del valor y esfuerso de Numancia, no seais en algun tiempo forzados á quejaros por demás, ojalá yo me engañe, de haber perdido y desamparado lo uno y lo otro. Afuera pues toda tardanza y cobardía; en tanto que hay tiempo y que las cosas están en término que se pueden remediar, volved vuestros ánimos y pensamiento á procurar la salud de la patria. Juntad armas y fierzas, cargad sobre el enemigo, que está descuidado, cercándole los vuestros por una parte, y los nuestros por otra, por frente y por las espaldas. Considerad que en nuestro peligro corre riesgo la salud, la libertad y las riquezas de toda España.» Con

este razonamiento y con abundancia de lágrimas que derramaba, con echarse en tierra y á los piés de cada uno, tenía ablandados los corazones de muchos; pero como quier que á los desdichados y caidos todos les faltan, prevaleció el voto de los que sentían que no convenia enojarse á los romanos, antes decían que sin tardanza echasen de toda su tierra á los numantinos, porque no les achacasen y liciesen cargo de haber oido en su junta aquella embajada. Lo que despues desto hizo Retogenes no se sabe; solo consta que la gente moza de Lucía, pueblo que estaba á una legua de Numancia, acudió á socorrer los cercados; pero fué rebatida su osadía por la diligencia de Scipion; y con cortar las manos derechas por mandado del mismo á cuatrocientos dellos, los demás quedaron escarmentados para no imitar semejante desatino. Con esto los numantinos, perdida toda esperanza de ser socorridos y por el largo cerco quebrantados de la hambre, movieron tratos de paz. Enviaron para esto á Scipion una embajada: el principal, por nombre Aluro, dada que le fué audiencia, se dice habló en esta manera: «Quiénes sean los ciudadanos de Numancia, de qué fealdad, de qué constancia, no hay para qué traello á la memoria; pues tú con la larga experiencia lo puedes tener entendido, y no está bien á los miserables hacer alarde de sus alabanzas. Solo diré que te será muy honroso haber quebrantado los ánimos de los numantinos, y á nos no será del todo afrentoso, ya que así había de ser, ser vencidos de tan gran capitán. Lo que la presente fortuna pide y á lo que nos fuerzan los males deste cerco, confesámonos por vencidos, pero con tal que te contentes con nuestra penitencia y emienda, y no pretendas destruirnos. No pedimos del todo perdon, dado que en ninguna parte pudieras mejor emplearle; contentámonos con que el castigo sea templado. Que si nos niegas las vidas y no das lugar á la pelea, determinados estamos de probar cualquier cosa hasta morir por nuestras manos, si fuere necesario, antes que por las ajenas, que será el postrer oficio de varones esforzados. Tú debes considerar una y otra vez lo que la fama y el mundo dirá de tí, así de presente como en el tiempo adelante.» Maravillóse Scipion por este razonamiento que los corazones de aquella gente con tantos trabajos no estuvieran quebrantados, y que, perdida toda esperanza, todavia se acordasen de su dignidad y constancia. Con todo esto, respondió á los embajadores que no había que tratar de concierto, si no fuese entregándose á la voluntad del vencedor. Con esta respuesta los numantinos, como fuera de sí, matan á los embajadores, los cuales ¿qué culpa les tenían? Pero cuando la muchedumbre se alborota, muchas veces acarrea daño decir la verdad. Estaban ya sin ninguna esperanza de salvarse ni de venir á batalla; acuerdan de hacer el postrer esfuerso. Emborráchanse con cierto brebaje que hacían de trigo, y le llamaban celia; con esto acometen los reparos de los romanos, escalan el valladar, degüellan todos los que se les ponen delante, hasta que, sobreviniendo mayor número de soldados y sesegada algun tanto la borrachez, les fué forzoso retirarse á la ciudad. Despues desta pelea dicen que por algunos dias se sustentaron con los cuerpos muertos de los suyos. Demás desto, probaron á huir y salvarse. Como tampoco esto les sucediese, por conclusion, perdida del todo la es-

peranza de remedio, se determinaron á acometer una memorable hazaña, esto es, que se mataron á sí y á todos los suyos, unos con ponzoña, otros metiéndose las espadas por el cuerpo. Algunos pelearon en desafío unos con otros con igual partido y fortuna del vencedor y vencido, pues en una misma hoguera, que para esto tenían encendida, echaban al que era muerto, y luego tras él le seguía el que le quitaba la vida. Por esta manera fué destruida Numancia pasados un año y tres meses despues que Scipion vino á España. Grande fué su obstinacion, pues los mismos ciudadanos se quitaron las vidas. Apiano dice que, entrada la ciudad, hallaron algunos vivos. Contradicen á esto los demás autores; y es cosa averiguada que Numancia se conservó por la concordia de sus ciudadanos, que tenían entre sí y con sus comarcanos, y pereció por la discordia de los mismos; demás desto, que vencida quitó al vencedor la palma de la victoria. Los edificios á que perdonaron los ciudadanos, que no les pusieron fuego, fueron por mandado de Scipion echados por tierra, los campos repartidos entre los pueblos comarcanos. Hechas todas estas cosas y fundada la paz de España, se volvió Scipion á Roma á gozar el triunfo, que le era muy debido por hazañas tan señaladas, por las cuales, demás de los otros títulos y blasones, le fué dado y tuvo adelante el renombre de Numanino. Triunfó otrosí Decio Bruto poco antes en Roma por dejar vencidos y sujetos los gallegos, con que ganó asimismo sobrenombre de Calico, como se dijo poco antes deste lugar.

CAPITULO XI.

De lo que sucedió en España despues de la guerra de Numancia.

Despues desto se siguieron en España temporales pacíficos, de grande y señalada bonanza. La forma del gobierno por algun tiempo fué que diez legados, enviados de Roma y mudados á sus tiempos tuvieron el gobierno de España, cada cual en la parte que de toda ella le señalaban. Los mallorquines, hechos cosarios, corrían aquellos mares y las riberas cercanas. Acudió contra ellos el cónsul Quinto Cecilio Metello, que los sujetó y puso en sosiego el año de la ciudad de Roma de 631, por lo cual el dicho cónsul fué llamado Baleárico, que es tanto como mallorquín. Por el mismo tiempo Cayo Mario, que era gobernador de la España ulterior, abrió y aseguró los caminos, quitados los salteadores, de que había gran número y gran libertad de hacer mal: merced y reliquias malas de las alteraciones y revueltas pasadas. Restituyó asimismo en su provincia las leyes y la paz, dió fuerza y autoridad á los jueces, que todo en ella faltaba. Y doce años adelante, como aquella provincia se hobiese alterado, primero Calpurnio Pison, despues Sulpicio Galba, hijo del otro Galba que hizo en la Lusitania lo que arriba queda contado, apaciguaron aquellos movimientos. Hállanse á cada paso en España muchas monedas acuñadas con el nombre de Pison. Fundada pues la paz por la buena maña y valor de Pison y de Galba, otra vez se encargó el gobierno de España á diez legados en el tiempo que los cimbros, gente septentrional, en gran número, á manera de un raudal arrebatado, se derramaron y metieron por las provincias del imperio romano, y con el gran curso de victorias que en diversas partes ganaron,

no pararon hasta España. Mas por el esfuerzo de los romanos y de los naturales fueron forzados á dar la vuelta á la Gallia y á Italia año de la fundacion de Roma de 645. En este año, Quinto Servilio Cepion venció en una batalla á los lusitanos, si que se entienda qué cargo ó magistrado fuese. Verdad es que, pasados tres años, siendo cónsul el mismo Cepion, los lusitanos se vengaron de los romanos, cales hicieron mayor daño del que antes dellos recibieron. Fué aquel año, el que se contó de la fundacion de Roma 648, señalado mas que por otra cosa alguna por el nacimiento de Marco Tulio Ciceron, que nació este año en Arpino, pueblo de Italia. Su madre se llamó Helvia, su padre fué del orden Ecuestre y de la real sangre de los Volscos. Ennoblecíó Ciceron las cosas de Roma no menos en paz y desarmado con su prudencia, erudicion y elocuencia maravillosa, y ganó no menor nombradía que los otros excelentes caudillos de aquella república con las armas. Pasados otros dos años, que fué el año de 650, los cimbros mezclados con los alemanes, rompieron segunda vez por España; pero fueron de nuevo rebatidos por los celtiberos, y forzados á volverse á la Gallia. Las alteraciones de los lusitanos sosegó Lucio Cornelio Dolabella, que con nombre de procónsul tenía el gobierno de aquella provincia el año de la ciudad de Roma de 635. Apaciguadas estas alteraciones, luego el año siguiente se emprendió otra guerra de los celtiberos, para la cual vino en España el cónsul Tito Didio. Acercáronse los dos campos, ordenáronse las haces y adelantáronse; dióse la batalla con igual esperanza y denuedo de ambas partes. El suceso fué que los deparió la noche y puso fin á la pelea sin declarar la victoria por ninguna de las partes, antes el daño fué igual. Valióse el Cónsul de su astucia y de maña en aquel trance, y fué que luego hizo correr el campo y sepultar los cuerpos muertos de los suyos. Con esto el día siguiente los españoles, por entender que el número de sus muertos era mayor que el de los contrarios, perdida la esperanza de la victoria, se dieron á partido con las condiciones que los romanos quisieron ponerles. En aquella batalla y en todo el progreso de la guerra murieron de los arevacos veinte mil hombres, que fué gran número, si los autores no se engañan ó los números no están mudados. Los termestinos, por ser bulliciosos y levantarse muchas veces confiados en el fuerte sitio de su ciudad, fueron castigados en que la echasen por tierra y ellos se pasasen á morar en lo llano, divididos en aldeas sin licencia de fortificarlas y sin tener forma y manera de ciudad. Una compañía de salteadores, acostumbrada á robar, se concertó con el Cónsul, y debajo de su palabra se vino para él con hijos, mujeres y ropa; pero todos fueron pasados á cuchillo, por no tener confianza que mudarian la vida y trato hombres acostumbrados á sustentarse de los sudores ajenos con robos y saltos. Hecho que de tal manera no fué en Roma aprobado, que sin embargo otorgaron á Didio que por las demás cosas que hizo triunfase. En esta guerra fué Quinto Sertorio, tribuno de soldados, que era como al presente coronel ó maestro de campo, en que ganó gran prez y loa por haber salvado la guarnicion de romanos que estaban en Castulon de la muerte que los de aquella ciudad, concertados con los girisenos, que se entiende eran los de Jaen, por el deseo que siempre tenían de la libertad, les

pretendían dar cierta noche; cosa que les parecía fácil de ejecutar por ser el tiempo de invierno y estar los soldados descuidados, muy dados á los convites y al vino. Sintió Sertorio el alboroto de los castulonenses que daban principio á la matanza, arrojóse fuera del lecho, de su posada y de la ciudad, recogió los que por los piés escaparon, y con ellos cargó sobre los contrarios, y vengó los que de sus soldados fueron muertos en aquel rebate. Informóse, y supo lo que pasaba y la conjuración que tenían tramada; pasó con presteza á los girisenos, que engañados por los vestidos que los soldados llevaban de los castulonenses muertos, los salían á recibir y dar la enhorabuena de la matanza que pensaban quedar hecha de los romanos; mas engañóles su imaginación, ca fueron pasados á cuchillo en gran número, y los demás vendidos por esclavos. Estas cosas sucedieron en la España citerior el año presente y los cuatro luego siguientes, que fué todo el tiempo que Didio tuvo el gobierno de aquella provincia; porque á la España ulterior vino el cónsul Publio Licinio Craso el año de la fundación de Roma de 657, y por lo que en aquella su provincia hizo, triunfó en Roma al fin del año sexto de su gobierno, donde se cree, y no sin causa, que juntó aquellas riquezas con que Marco Craso, su hijo, llegó á ser uno de los mas señalados de los romanos, y por un tiempo el mas rico de todos ellos. Antonio de Nebrija dice, como cosa averiguada, que este Craso fué el que abrió y empedró el camino y calzada mas famosa de España, llamada vulgarmente el camino de la Plata, que va desde Salamanca hasta Mérida; y esto por las columnas, en que dice vió por todo aquel camino entallado el nombre de Craso; argumento bastante para probar lo que pretende, si en este tiempo se hallara en aquellas columnas y leyera tal nombre. Por ventura soñó lo que se le antojó, y pensó ver lo que imaginaba: engaño que suele suceder muy de ordinario á los anticuarios. En el tiempo que Craso estuvo en España, Fulvio Flaco por su industria y buena maña sosegó ciertas alteraciones nuevas de los celtiberos el año de 660, en el cual Italia comenzó á abrasarse en guerras civiles. Fué así, que Cayo Mario y Cinna se apoderaron por las armas de la república romana; y para establecer mas su poder, condenaban á muerte á la nobleza que habia seguido la parcialidad de Silla, su contrario. Entre los demás mataron al padre y hermano de Marco Craso, y él fué forzado para salvarse de huir á lo postrero de España, do tenia muchos aliados, y los naturales muy aficionados por las buenas obras que así de su padre como dél mismo recibieran, ca acompañó á su padre cuando se encargó del gobierno de España. Con todo esto, porque la lealtad de los hombres muchas veces cuelga de la fortuna, y porque muchas ciudades de España estaban declaradas y á devoción de Mario, no se atrevió á parecer en público; antes se encerró en una cueva que estaba cerca del mar en cierta heredad de un hombre principal, grande amigo suyo, llamado Vibio Pacieco. Para avisarle de su llegada le envió un esclavo de los pocos que tenia consigo, el cual le dijo el estado en que estaban las cosas de su señor; y por el derecho de amistad le pidió no le desamparase en aquel peligro y aprieto. Sabido él lo que pasaba, se alegró de tener ocasion para dar muestra del amor que le tenia; y para que el negocio fuese mas secreto, no quiso él mismo ir

á verse con Craso, porque así lo pedia el tiempo; solo mandó á un esclavo suyo que, en un peñasco cerca de la cueva, pusiese todos los días la provision que le darían en la ciudad, con órden que so pena de muerte no pasase adelante ni quisiese saber para quién llevaba lo que le mandaba; que si lo ejecutaba con fidelidad, le prometió de ahorrarle. Con esta diligencia y cuidado, Craso se entretuvo algun tiempo hasta tanto que llegó nueva como Mario y Cinna fueron desbaratados y muertos por Silla, su contrario. Con este aviso, salido de la cueva en que estaba, fácilmente atrajo á su devoción y parcialidad muchas ciudades de España, que se le entregaron con mucha voluntad; entre las otras, la de Málaga fué saqueada por los soldados contra voluntad del mismo, á lo menos así quiso que se entendiese por toda la vida, si ya no fué que usó de disimulacion, y quiso con daño ajeno y con dalles aquel saco, como acontece, granjear la voluntad de sus soldados. De España pasó en Africa, donde el bando de Silla andaba mas valido y tenia mas fuerzas. La cueva en que Craso estuvo escondido se muestra entre Rouda y Gibraltar cerca de un lugar llamado Jimena, en la cual dicen cuadrar todas las señales que de lo que Plutarco dice en este propósito se coligen. Tambien es cosa averiguada, por lo que autores antiguos escriben, que en aquel tiempo hobo en España linaje de paciecos; pero los que quieren sacar destos principios y fuente el que en nuestra edad tiene el mismo apellido, en autoridad y riquezas de los mas principales que hay en el reino de Toledo, fundan su opinion solamente en la semejanza del nombre, argumento que ni siempre se debe desechar, ni tenelle tampoco por concluyente, dado que muchos acostumbra á engerir como árboles unos linajes en otros del mismo nombre mas antiguos, no sin perjuicio de la verdad y daño de la historia.

CAPITULO XII.

Cómo se comenzó la guerra de Sertorio.

De las guerras civiles que tuvieron los romanos resultó en España otra nueva guerra de pequeños principios, y que por espacio de nueve años puso en cuentos el poder de Roma por los varios trances que en ella intervinieron; el fin y remate fué próspero para los mismos romanos. El que la movió fué Quinto Sertorio, italiano de nacion y nacido de bajo suelo en Narsio, pueblo cerca de Roma; pero que fué hombre de valor, do que antes en España dió bastante muestra, como queda arriba apuntado. Despues en las guerras civiles de Italia, en que siguió las partes de Mario, perdió el uno de los ojos; y por el vencedor Silla fué proscripto Sertorio con otros muchos, que es lo mismo que condenado á muerte en ausencia y en rebeldía. El, por deseo de salvarse, y tambien porque en tiempos tan revueltos entendia que cada uno se quedaria con lo que primero apañase, además que tenia granjeadas las voluntades de los soldados y de los naturales, acordó de venirse á España y hacerse en ella fuerte. Tomó los puestos y entradas de España, dejó en los Pirineos un capitan llamado Salinator con buena guarnición de soldados; él, entrando mas adelante en la provincia, levantó pendon, tocó atambores para hacer gente, juntó todas las municiones y ayudas que le parecieron á pro-

pósito para enseñorearse de todo; pero sus trazas atajó la venida y presteza de Cayo Annio, ca desbarató la guarnicion que quedó en guarda de los Pirineos, y dió la muerte á su capitan Salinator por medio de Calpurnio Lanario, su grande amigo, que le mató alevosamente. Con esto Sertorio desmayó de manera, que por no fiarse en sus fuerzas ni arriscarse á venir á las manos con el enemigo, desde Cartagena se pasó á Africa, donde fué asimismo trabajado con diversas olas y tempestades de la fortuna, que le era contraria. Sin embargo, se apoderó de la isla de Ibiza con una armada particular que él tenía, y con ayuda de ciertas galeotas de cosarios asianos que acaso andaban por el mar. De allí tambien fué echado; y pensando pasar á las Canarias (hay quien diga que de hecho pasó allá por huir de la crueldad de que sus enemigos usaban), fué llamado por los lusitanos ó portugueses, que cansados del imperio de Roma, les parecia buena ocasion para recobrar por medio de Sertorio la libertad que tanto deseaban, y tantas veces en valde procuraron. Sertorio asimismo, por entender era buena ocasion esta para echar sus enemigos de España, acordó de acudir sin dilacion. Entendia las cosas del gobierno y de la paz no menos que las de la guerra, por donde con su afabilidad y trato amigable y con abajar los tributos granjeaba grandemente las voluntades de todos. Demás desto, para representacion de majestad ordenó un senado de los españoles mas principales á la manera de Roma con los mismos nombres de magistrados y cargos que allá se usaban. A todos honraba, y todavía hacia mas confianza de los que eran de nacion romanos, así por ser de su tierra, como porque no le podian faltar tan fácilmente ni reconciliarse con sus contrarios. Derramóse la fama de todo esto, por donde no solo se hizo señor de la España ulterior, donde andaba, sino granjeó tambien las voluntades de la citerior; ca todos se daban á entender que el poder de los españoles por medio de Sertorio podria oscurecer la gloria de los romanos, abajar sus bríos y quitar su tiranía. Para que esta afición fuese mas fundada, usó de otro nuevo artificio, y fué que hizo venir desde Italia profesores y maestros de las ciencias, y fundada una universidad en cierta ciudad que antiguamente se llamó Osca, procuraba que los hijos de los principales españoles fuesen allí á estudiar, diciendo que todas las naciones no menos se ennoblecian por los estudios de la sabiduría que por las armas; que no era razon los que en todo lo demás se igualaban á los romanos les reconociesen ventaja en esta parte. Esto decia en público; mas de secreto con esta maña pretendia tener aquellos mozos como en rehencs y asegurar su partido sin ofension alguna de los naturales. Allegábase á todo esto el culto de la religion, que es el mas eficaz medio para prender los corazones del pueblo. Fingia y publicaba que Diana le habia dado una cierva que le decia á la oreja todo lo que debía hacer; y era así, que todas las veces que le venian cartas ó en el Senado se trataba algun negocio grave, la cierva se le llegaba á la oreja por estar acostumbrada á hallar allí alguna cosa de comer. El pueblo entendia que por voluntad divina le daba aviso de los secretos ó de lo que estaba por venir, y aun tambien que le enderezaba en lo que debía hacer. Halláncse en España monedas con el nombre de Sertorio por una parte, y por reverso una cierva. Asimismo

dos piedras que están en Ehora, en Portugal, con sus letras muestran cómo Sertorio residió mucho tiempo en aquella ciudad, y hizo muchos y grandes beneficios y honras á sus moradores. Fuera desto, de Plinio y de Ptolemeo se entiende claramente que en España hubo dos pueblos, ambos llamados Osca: el uno en los Ilergetes, que es parte en Aragon, parte en el principado de Cataluña; el otro en lo que hoy es Andalucia. En cual destas dos ciudades haya Sertorio fundado la universidad y puesto los estudios, no se sabe con certidumbre. Los mas dan esta honra á la de Aragon, que antiguamente se llamó Osca, y al presente Huesca; á nosotros todavía nos parece mejor fuese la que estaba en los Bastetanos, y hoy se dice tambien Huéscar, por estar mas cerca de donde él á la sazón andaba. Cuando primeramente vino de Africa á la Lusitania trajo consigo dos mil y seis-cientos hombres de nacion romanos, además de setecientos africanos; fuera destes en España se le llegaron cuatro mil peones y setecientos caballos. Con estas gentes y no mas venció primeramente en una batalla naval á Cota, capitan de los contrarios, á la entrada del estrecho de Gibraltar y á vista de un pueblo llamado Melaria; despues á las riberas del rio Guadalquivir desbarató otrosí al pretor Didio, y mató de sus gentes dos mil hombres. Con esto ganó mucha reputacion y autoridad entre los suyos, y á los enemigos puso espanto; consideraban que el poder de España, ayudado de la prudencia de tal caudillo, de que careciera hasta entonces, podria acarrear á los romanos grandes dificultades y ser causa de grandes pérdidas antes que de todo punto se apaciguase.

CAPITULO XIII.

Cómo Metello y Pompeyo vinieron á España.

Todo esto movió á Silla para que, el año de la fundacion de Roma de 674, en su segundo consulado enviase á España contra Sertorio á Q. Metello, su compañero, aquel que tuvo sobrenombre de Piadoso por las lágrimas con que alcanzó que á su padre fuese alzado el destierro en que le condenaron. Envió con él al pretor Lucio Domicio: Plutarco le llamó Toranio, que era sobrenombre muy ordinario de los Domicios. Este, á la entrada de España y á las mismas baldas de los Pirineos, fué muerto por Hirtuleyo, capitan de Sertorio, y sus gentes destrozadas; desman que movió á Manilio, procónsul de la Gallia Narbonense, á pasar en España; pero no le fué mucho mejor, porque el mismo capitan de Sertorio le desbarató en una batalla, si bien él escapó con la vida dentro de Lérida, donde se retiró mas que de paso. Metello con su campo rompió la tierra adentro y llegó hasta el Andalucia, do muchas veces fué vencido por Sertorio y forzado por no fiarse en sus fuerzas á barrear en los pueblos á propósito de entretener un enemigo tan feroz, con mayor confianza que hacia de las murallas que del valor de sus soldados. Solo se atrevió á acometer la ciudad de Labrígá, hoy Lagos, cerca del cabo San Vicente, y ponerse al improviso sobre ella, y esto por estar las gentes de Sertorio repartidas en diversas partes. Fué esto acometimiento en vano, porque así los españoles como los soldados de Africa, movidos del premio que Sertorio les propuso, sin ser sentidos de las centinelas enemigas,

metieron dos mil cueros de agua dentro de la ciudad, de que los cercados padecian grande falta á causa de haberles cortado los caños por donde venia encaminada, y un pozo que dentro tenian no daba agua bastante para todos. Con esta provision, y tambien porque los romanos no hicieron mochila mas de para cinco dias, fueron forzados á alzar el cerco. Demás desto, Sertorio, con alguna gente que juntó, les iba á la cola y les picaba de suerte, que los soldados españoles no mostraban menos valor que los romanos, por estar enseñados á guardar sus ordenanzas, obedecer al que regia, seguir los estandartes los que antes tenian costumbre de pelear cada cual ó pocos aparte, con grande tropel al principio; mas si los apretaban, no tenian por cosa fea el retirarse y volver las espaldas. Mucho ayudaron para esto las armas de los romanos muertos, de que los españoles se armaron. Con esto la fama de Sertorio volaba, no solo por toda España, sino que llegada tambien á Asia, fué ocasion para que el gran rey Mitridates en la segunda guerra que tuvo con los romanos convidase á Sertorio con su amistad y le enviase embajadores que de su parte le ofreciesen socorro de dineros y armada; en lo cual pretendia hacer que las fuerzas de los romanos se dividiesen. Dió Sertorio á estos embajadores audiencia, y para mas autorizarse la dió en presencia del Senado; otorgóles lo que pedian, es á saber, que llevasen en su compañía á Marco Mario con algun número de soldados; y esto á fin que las gentes de aquel reino fuesen por este medio enseñadas y ejercitadas en la forma de la milicia romana; cosa que de aquel rey le parecia muy á propósito y de mucha importancia para la guerra que tenia entre manos. En aquella guerra de Asia, Aulo Mevio, lacetano, que quiere decir natural de Jaca, debajo de la conducta de Lucullo hizo grandes proezas en servicio del pueblo romano, como se entiende por una piedra y letrero que está media legua de la ciudad de Vique, puesta por su mandado despues que volvió en España. Volvamos á Sertorio, cuyo partido comenzó á empeorarse con la venida de Lucio Lelio, gobernador de la Gallia, que acudió á Metello y acrecentó sus fuerzas de tal suerte, que Sertorio excusaba el trance de la batalla que antes deseaba, y se contentaba de trabajar á los enemigos con correrías y con rebates ordinarios; órden y traza con que se entretuvo hasta tanto que, pasados dos años, Gneio Pompeyo á instancia de Metello vino por su compañero con igual poder á España. El sobrenombre de Grande, ó ya le tenia ganado por causa, como lo dice Casiodoro y lo apunta Tertuliano, de un teatro que para deleitar el pueblo levantó á su costa en Roma, que fué el primero que de piedra se edificó en aquella ciudad, ó como otros dicen, le fué dado por las victorias que ganó de Sertorio. Diéronle por su cuestor, que era como pagador, á Lucio Casio Longino, del cual hacemos aquí memoria por la que del mismo se tornará á hacer adelante. Grandes fueron las dificultades que Pompeyo pasó en este viaje al pasar por la Gallia. Llegado á España, sin reparar en ninguna parte, se fué á juntar con Metello, resuelto de no pelear con el enemigo hasta tanto que todas las fuerzas estuviesen juntas. Estaba por el mismo tiempo Sertorio sobre la ciudad de Laurona con sus gentes y las que Marco Perpenna de Cerdeña le trajo despues de la muerte del cónsul Emilio Lépidio, el

cual, como por haberse apartado de la autoridad del Senado fuese echado de Italia, se apoderó de aquella isla, donde falleció de enfermedad, y por su muerte la gente que le seguia pasó en España. Pretendia Perpenna, su caudillo, hacer la guerra por sí, y apoderarse de lo que en aquella provincia pudiese; pero, ó porque los soldados se le amotinaron, ó por mirarlo mejor, de su voluntad, que lo uno y lo otro dicen los autores, en fin se fué á juntar con Sertorio. Algunos curiosos en rastrear las antigüedades sienten que Laurona es la que hoy se llama Liria, pueblo en tierra de Valencia y á cuatro leguas de aquella ciudad, asentado cerca de las corrientes del rio Júcar. Metello y Pompeyo, luego que tuvieron llegadas sus fuerzas, partieron en busca del enemigo con intento de hacelle levantar el cerco. No salieron con ello, antes en una escaramuza y encuentro diez mil romanos, que se adelantaron para favorecer á los que iban por forraje, cayeron en una celada, y fueron degollados, y entre ellos el legado ó teniente de Pompeyo, llamado Decio Lelio. Apretóse con esto mas el cerco de manera, que los cercados, perdida toda esperanza de tenerse, se rindieron á condicion que les dejasen las vidas y sacasen sus alhajas y ropa. Hizose así, y luego á vista de los dos generales romanos y delante sus ojos pusieron fuego á la ciudad, que fué una grande befa, y mas muestra de valentía que deseo de ejecutar aquella crueldad. Orosio dice que Pompeyo era partido antes que Laurona se entregase, y que los moradores parte fueron pasados á cuchillo, parte vendidos por esclavos, y la ciudad dada á saco. Añaden demás desto que en el campo romano se contaban treinta mil infantes y mil caballos, y en el de Sertorio el número de los peones era doblado y ocho mil hombres de á caballo. Pasóse este año sin hacer otro efecto. Metello y Pompeyo se fueron á tener el invierno á la España citerior y á las haldas de los montes Pirineos; Sertorio se recogió á la Lusitania, donde estaba mas apoderado. Pasados los frios, luego que abrió el tiempo del año siguiente, que fué de Roma el de 677, salieron los unos y los otros de sus alojamientos. Dividieron los romanos sus fuerzas, y Pompeyo se apoderó por fuerza de la ciudad de Segeda. Metello cerca de Hátlica se encontró con Hirtuleyo, capitán de Sertorio, vino con él á las manos, degolló veinte mil de los enemigos, el capitán se salvó por los pies. El alegría y orgullo que por esta victoria cobró Metello fué grande en demasia, tanto, que en los convites usaba de vestidura recamada, y cuando entraba en las ciudades le ofrecian encienso como á dios, hacíanse juegos y pompas muy semejantes á triunfo; y es así, que el pueblo adula á los que pueden, y con semejantes cebos aumentan su hinchazon y vanidad. Algunos sienten que el uno de los toros de Guisando, entallados de piedra, se puso para memoria desta victoria por tener esta letra en latín:

Á QUINTO CECILIO METELLO
CÓNSUL II VENCEDOR.

Y entienden que el número de dos no se ha de referir al consulado, porque no viene bien, sino á las victorias que ganó. Pompeyo, despues que tomó á Segeda, cerca del rio Júcar se vió con el enemigo. Atrivióse á darle la batalla, que fué muy herida y muy dudosa; y sin

duda se perdiera si no sobreviniera Metello que andaba por allí cerca, y Pompeyo comenzó sin él la pelea de propósito, porque no tuviese parte en la honra de la victoria. Despartieron los ejércitos sin aventajarse el uno al otro, antes con igual daño y pérdida de ambas las partes.

CAPITULO XIV.

Cómo Sertorio fué vencido y muerto.

Después desta batalla, Sertorio anduvo un tiempo muy triste, sin salir en público, porque la cierva de que mucho se ayudaba, no parecía. Sospechaba que los enemigos se la habían robado, cosa que tenía por triste agüero y pronóstico de que algun gran mal le estaba aparejado; pero como después de repente pareciese, recobró su acostumbrada alegría, y puesto fin al lloro, volvió su pensamiento á la guerra. Dióse otra nueva batalla por aquella misma comarca cerca del río Turia, que corre por los campos de Valencia y riega con sus aguas aquellas hermosas llanuras; llámase al presente Guadalaviar. Pelearon de poder á poder con grande coraje y fuerza; la victoria quedó por Pompeyo, destruzado el ejército de Sertorio. Hirtuleyo con un su hermano del mismo nombre murieron como buenos en la pelea; asimismo Cayo Herennio que seguía las partes de Sertorio. La mayor desgracia fué que en el mayor calor de la pelea un soldado de Pompeyo mató un hermano suyo; que tan desastradas son aun en la misma victoria las guerras civiles, y los casos que en ellas suceden tan malos. Llegó á despojarle, y quitándole la celada, conoció su yerro y desventura; puso el cuerpo en una hoguera, que era la manera de enterrar los muertos; pediale con sollozos y gemidos le perdonase aquella muerte que por ignorancia le diera; no eran bastantes las lágrimas para mudar lo que estaba hecho. Resolvióse de vengar aquella desgracia con meterse por el cuerpo la misma espada con que dió muerte á su hermano; hizolo así, y cayó sobre el cuerpo del difunto. Divulgóse este desastrado caso por todo el ejército; indignáronse todos y maldijeron aquella cruel y desgraciada guerra que tales monstruos paria. Sertorio, perdido el ejército, se entretuvo en Calahorra entre tanto que con nuevas diligencias se rehacia de otro ejército. Acudió Pompeyo á cercarle dentro de aquella ciudad; Sertorio, con una salida que hizo, escapó, aunque con pérdida de tres mil de los suyos. No paró hasta llegar do los suyos tenían llegado un ejército muy grande, tanto, que se atrevió á ir en busca de sus enemigos; y con presentarles la batalla, les hizo que se retirasen con sus ejércitos á invernar Metello pasados los Pirineos, Pompeyo en los Vaceos, pueblos de Castilla la Vieja. Era Sertorio de condicion mansa y tratable, si las sospechas no le trocaban, que fué causa de perder por una parte la afición de los romanos, que se le desabrieron porque tomó para guarda de su persona á los celiberos. Es el temor fuente de la crueldad; y así, dió tambien la muerte á algunos de los suyos, en que pasó tan adelante, que los hijos de los españoles que dijimos fueron enviados á estudiar á Huesca, unos mató, otros vendió por esclavos: crueldad grande, pero que debió tener alguna causa para ella. Lo que resultó fué que por otra parte perdió la afición y voluntad de los naturales, que era la sola esperanza y ayuda que le quedaba. Es así

que la fortuna ó fuerza mas alta ciega á los que quiere derribar; y es cosa cierta que Sertorio, que estribaba en la benevolencia de los suyos, destos principios se fué despeñando en su perdicion. Metello al principio del verano se apoderó de muchas ciudades. Al contrario Pompeyo fué forzado por Sertorio, que sobrevino con su gente, á alzar el cerco que sobre Palencia tenía; después con nuevas fuerzas que recogió, forzó al enemigo que se retirase. Siguióle hasta lo postrero de España y hasta el cabo de San Martín, que cae no lejos de Denia, y antiguamente se llamó el promontorio Hemo-scopeo, donde tuvieron cierta escaramuza sin que sucediese cosa de mayor momento, á causa que ambas partes excusaban la batalla por las pocas fuerzas que tenían. En conclusion, las cosas de Sertorio iban de caída, mas por la malquerencia de los suyos que por el esfuerzo de los romanos. Acabaron de perderse con su muerte, como acontece á los que tropiezan en semejantes desgracias, que nunca paran en poco. En Huesca fué muerto á puñaladas que le dió Antonio, hombre principal, en un convite en que estaba asentado á su lado. El que tramó aquella conjuración fué Perpeana, si bien poco antes en parte fué descubierta, y algunos de los conjurados pagaron con la vida, otros huyeron; los demás que no fueron descubiertos, porque no se supiese toda la trama, se apresuraron á ejecutar aquel hecho. Por esta manera pereció Sertorio, llamado por los españoles Aníbal Romano. No dejó hijo ninguno, dado que un mancobo adelantado publicó que lo era, ayudado de la semejanza del rostro para urdir un tal embuste. Su muerte fué, á lo que se entiende, el año de 681 de la fundacion de Roma. Podíase comparar con los capitanes mas excelentes, así por sus raras virtudes como por la destreza en las armas y prudencia en el gobierno, si los remates fueran conforme á los principios y no afeara su excelente natural con la crueldad y fiereza. Dicho de Sertorio fué: «Mas querría un ejército de ciervos, y por capitán un leon, que de leones, si tuviesen un ciervo por caudillo.» Tambien aquel: «Propio es de capitán prudente antes de entrar en el peligro poner los ojos en la salida.» Dícese que declaró á los suyos la fuerza que tiene la concordia por semejanza de la cola de un caballo, cuyas cerdas una á una arrancó fácilmente un soldado por su mandato, mas para arrancarlas todas juntas no bastan fuerzas humanas. Era inclinado al sosiego; la necesidad y el peligro le forzaron á tomar las armas. Decia que quisiera mas tener el postrer lugar en Roma que en el destierro el primero. Su cuerpo se entiende sepultaron en Ebro por un sepulcro que dicen se halló en aquella ciudad, abriendo los cimientos de la iglesia de San Luis, con una letra en latin muy elegante, que claramente lo afirma; pero como no se halle autor ni testigo de crédito que tal diga ni aun rastro ni memoria de tal piedra, no lo tenemos por cierto, dado que en nuestra historia latina pusimos aquel letrado, tomado con otros algunos de Ambrosio de Morales, á su riesgo y por su cuenta, persona en lo demás docta y diligente en rastrear las antigüedades de España.

CAPITULO XV.

Cómo Pompeyo apaciguó á España.

Sabida la muerte de Sertorio y los causadores della, grandes fueron los sollozos de su gente, grande la indignacion que se levantó contra Perpenna, en especial despues que leído el testamento del muerto, se entendió que le señalaba en él por uno de sus herederos, y en particular le nombraba por su sucesor en el gobierno y en el mando. Decian con dolor y gemidos que habia pagado mal el amor con deslealtad, y con malas obras las buenas. Apaciguólos él con muchos halagos y dones que les dió de presente, y mayores promesas que les hizo para adelante. El miedo principalmente de los romanos, que suele ser grande atadura entre los que estan desconformes, enfrenó á los que estaban encendidos en un vivo deseo de vengar la sangre de su caudillo; tanto más, que para hacer resistencia á Pompeyo, el cual, partido Metello para Roma, se apercebía para concluir con lo que quedaba de aquella guerra y parcialidad, tenían necesidad de cabeza, y no se les ofrecía otro mas á propósito que Perpenna por parecer y voto del mismo Sertorio. Encargado pues de los negocios, por no confiarse ni del valor ni de la voluntad de los suyos, rehusaba de venir á las manos con Pompeyo, que pretendía con todo cuidado deshacerle. Pero la astucia de los enemigos le forzaron á hacer lo que no quería con una celada que le pusieron, en que fácilmente sus gentes fueron, parte muertas, parte puestas en huida. El fué hallado entre ciertos matorrales, donde despues de vencido se escondió; hizo instancia que le llevasen á Pompeyo, con esperanza que tenía de la clemencia romana. Sucedióle al revés de su pensamiento, ca lo mandó luego que se le trajeron matar, sea por estar arrebatado del enojo, sea por excusar que no descubriese los cómplices y compañeros de aquella parcialidad, y así le fuese forzoso continuar aquella carnicería y usar de mayor rigor, porque con este mismo intento echó en el fuego las cartas de los romanos, en que llamaban á Sertorio para que volviese á Italia; cosas hay que es mejor no sabellas, y no todo se debe apurar. Lo que importa es que muerto Sertorio y Perpenna, en breve se seogó toda España. Los de Huesca, los de Valencia y los termestinos despues desta victoria se dieron y entregaron al vencedor. A Osma, porque no quería obedecer, el mismo Pompeyo la tomó por fuerza y la echó por tierra. Afranio tuvo mucho tiempo sobre Calahorra un cerco tan apretado, que los moradores, gastadas las vituallas todas, por algun tiempo se sustentaron con las carnes de sus mujeres y hijos, de donde en latin comunmente comenzaron á llamar hambre calagurritana á la extrema falta de mantenimientos. Finalmente, la ciudad se entró por fuerza, ella quedó asolada, y sus moradores pasados á cuchillo. Las demás ciudades y pueblos, avisados por este daño y ejemplo, todos se redujeron á la obediencia del pueblo romano. Acabada la guerra, Pompeyo levantó en las cumbres de los montes Pirineos muchos trofeos en memoria de las ciudades y pueblos que sujetó en el discurso de aquella guerra, que pasaron de ochocientos en sola la España ulterior y la parte de la Gallia por do hizo su camino cuando vino. En los valles de Andorra y Altavaca, que están en los Pirineos hácia lo de Sobrarve, están y se

ven ciertas argollas de hierro fijadas con plomo en aquellas peñas, cada una de mas de diez piés de ruedo. Tiénese comunmente que estas argollas son rastros de los trofeos de Pompeyo, á causa que las solian poner en los arcos triunfales para sustentar los trofeos, como en particular se ve hasta hoy en la ciudad de Mérida. En los pueblos llamados Vascones, donde hoy es el reino de Navarra, fundó el mismo Pompeyo de su nombre la ciudad de Pamplona; por esto algunos en latin la llamaban *Pompeyopolis*, que es lo mismo que ciudad de Pompeyo. Estrabon á lo menos dice que se llamó Pompeion del nombre de Pompeyo, ciudad que hoy es cabeza de aquel reino. En conclusion, vuelto á Roma, triunfó juntamente con Metello de España, año de la fundacion de Roma 683. En el cual tiempo hobo en Roma algunos poetas cordobeses, de quien dice Ciceron que eran groseros y toscos, no tanto, á lo que se entiende, por falta de su nacion y de los ingenios, como por el lenguaje que en aquel tiempo se usaba. Consta que tenían grande familiaridad con Metello, por donde sospechan que á su partida los debió de llevar en su compañía desde España.

CAPITULO XVI.

Cómo Cayo Julio César vino en España.

El año poco mas ó menos de la fundacion de Roma de 685 Julio César vino la primera vez á España con cargo y nombre de cuestor, que era como pagador, en compañía del pretor Antistio, al cual Plutarco da sobrenombre de Tuberon, en que está mentida la letra, y ha de decir Turpion, apellido muy comun de los Antistios. Traia César órden de visitar las audiencias de España, que eran muchas, y avisar de lo que pasaba; en prosecucion llegó á Cádiz, donde se dice que, viendo la estatua de Alejandro Magno, suspiró por considerar que en la edad en que Alejandro sujetó el mundo, él aun no tenía hecha cosa alguna digna de memoria. Despertado con este desseo, y amonestado por un sueño que en Roma tuvo, en que le parecia que usaba deshonestamente con su misma madre, y los adivinos por él le prometian el imperio de Roma y del mundo, se determinó de alcanzar licencia antes que se cumpliese el tiempo de aquel cargo, para volver á Roma, como lo hizo, con intento de acometer nuevas esperanzas y mayores empresas. Partido César de España, Gneo Calpurnio Pison, que con cargo extraordinario gobernaba la España citerior, fué por algunos caballeros españoles muerto el año de la fundacion de Roma de 689, quier fuese en venganza de sus maldades, quier por respeto de Pompeyo, que buscaba toda ocasion y manera para hacello, y por su órden con color de honralle fué enviado á aquel gobierno. Muchas cosas se dijeron sobre el caso, la verdad nunca se averiguó. Pasados quatro años despues desto, que fué el año 693, siendo cónsules Marco Pupio Pison y Marco Valerio Mesala, César vino la segunda vez á España con cargo de pretor. Llegado á ella, lo primero que hizo fué forzar á los moradores de los montes Herminios, que están entre Miño y Duero, á mudar su vivienda y sus casas á lugares llanos, á causa que muchas compañías de salteadores, confiados en la aspereza y noticia de aquellos lugares, desde allí se derramaban á hacer robos y daños en las tierras de

la Lusitania y de la Bética; por esto fué forzoso quitarles aquellos nidos y guaridas. Movidos por este rigor, ciertos pueblos comarcanos pretendian, pasado el río Duero, buscar nuevos asientos; prevínolos el César, dió sobre ellos y rompiólos, con que se sujetaron y apaciguaron. Muchas ciudades y pueblos de los lusitanos, que andaban levantados, fueron saqueados; muchos se dieron á partido. Los herminios volvieron de nuevo á alterarse; hízoles nueva guerra, y vencidos en batalla, los que quedaron, por salvarse y escapar de las manos de los contrarios, se recogieron á una isla que estaba cercana de aquellas marinas. Por ventura era esta isla una de aquellas que por estar en frente de Bayona vulgarmente toman de aquel pueblo su apellido, ca se llaman las islas de Bayona. Antiguamente se llamaban Cincias, nombre que tambien retienen hasta hoy día; y sin embargo, como se tocó arriba, la una dellas se llamaba Albiano, la otra Lacia, que el otro era nombre comun, y estos los propios y particulares. Para deshacer aquella gente envió César un capitán, cuyo nombre no se refiere; el hecho cuenta Dion. Este, por la creciente y menguante del mar, no pudo desembarcar toda su gente; y así, algunos soldados que fueron los primeros á saltar en tierra, fácilmente fueron por los herminios vencidos y muertos. Señalóse en este peligro un soldado llamado Publio Sceva, el cual, magüer que perdido el pavés, le dieron muchas heridas, escapó á nado hasta donde las naves estaban. César, con deseo de vengar aquella afrenta con una mayor armada que juntó, él mismo en persona pasó en aquella isla, y en breve se apoderó della; dió la muerte á los enemigos, que ya tenían menores bríos y por la falta de mantenimientos estaban trabajados. Desde allí pasó adelante, y en las riberas de Galicia se apoderó del puerto Brigantino, que hoy se llama la Coruña. Rindiéronse los ciudadanos sin dilacion, espantados de la grandeza de las naves romanas, las velas hinchadas con el viento, la altura de los mástiles y de las gaviyas, cosa de grande maravilla para aquella gente por estar acostumbrada á navegar con barcas pequeñas, cuya parte inferior armaban de madera ligera, lo mas alto tejido de mimbres y cubiertos de cueros para que no lo pasase el agua. Hechas estas cosas, y dado que hobo asiento en la provincia y leyes que ordenó muy á propósito (y en particular dió á los de Cádiz las que ellos mismos pidieron), finalmente puso tasa á las usuras de tal manera, que al deudor quedase la tercera parte de los frutos de su hacienda, de los demás se hiciese pagado el acreedor y lo descontase del capital. Con tanto dió vuelta á Roma para hallarse al tiempo de las elecciones, sin esperar sucesor ni querer aceptar la honra del triunfo que de su voluntad le ofrecia el Senado romano; tan grande era la esperanza y el deseo que tenia de alcanzar el consulado. Llevó consigo de España un potro que tenia las uñas hendidas, pronóstico, segun los adivinos afirmaban, que le prometia el imperio del mundo. Deste potro se sirvió él solamente por no sufrir que otro ninguno subiese sobre él; y aun despues de muerto le mandó poner una estatua en Roma en el templo de Vénus, conforme á la vanidad de que entonces usaban.

CAPITULO XVII.

Del principio de la guerra civil en España.

Hizo despues desto César la guerra muy nombrada de Gallia, con que allanó en gran parte aquella anchísima provincia; y para sujetar los pueblos llamados entonces Voconcios y Tarufates, que estaban en aquella parte de la Guiena donde hoy está el arzobispado de Aux (y aun al presente por allí hay un pueblo llamado Turfa), envió á Craso con buen golpe de gente. Caian estos pueblos cerca de España, por donde llamaron en su favor á los españoles, que pasaron en gran número los Pirineos, como gente codiciosa de honra y presta á tomar las armas. Orosio dice que cincuenta mil cántabros, que moraban donde hoy está Vizcaya y por allí cerca, pasaron en la Gallia. Lo que consta es que fueron los principales que hicieron aquella guerra, y de entre ellos mismos nombraron y señalaron sus capitanes, hombres valerosos y amaestrados en la escuela de Sertorio. Con todo esto no salieron con lo que pretendian; antes refieren que en esta demanda murieron treinta y ocho mil españoles. Estrabon añade que Craso pasó por mar á las islas Casiterides, puestas en frente del promontorio Cronio, que hoy se llama cabo de Finisterre, y que sin dificultad se apoderó dellas, por ser aquella gente muy amiga de sosiego, enemiga de la guerra y dada á las artes de la paz. Sucedió el año de Roma de 699 que el procónsul Quinto Cecilio vino al gobierno de España, donde estuvo por espacio de dos años; y cerca de Clunia, que era una de las audiencias de los romanos, cuyas ruinas hoy se muestran cerca de Osma, trabó una grande batalla con los vaceos, en que fué desbaratado, cosa que dió tan grande cuidado y miedo al Senado romano, que acordaron de encargar á Pompeyo, como lo hicieron año de 701, el gobierno de España para que le tuviese por espacio de cinco años por ser muy bienquisto; y por lo que hizo antes, tenia grande reputacion entre los naturales. No vino él mismo al gobierno por la aficion y regalo de Julia, hija de César, con quien nuevamente se casó, pero envió tres tenientes ó legados suyos para que en su lugar administrasen aquel cargo; estos fueron Petreyo, Afranio y Marco Varron. A Afranio encargó el gobierno de la España ciliarior con tres legiones de soldados; á Varron aquella parte que está entre Sierramorena y Guadiana, y hoy se llama Extremadura; Petreyo se encargó de todo lo demás de la Bética y de la Lusitania y de los Vectones con dos legiones que para ello le dieron. Por causa destas guarniciones y gente se enfrenó la ferocidad de los naturales, y las cosas de España estuvieron en sosiego, por lo menos no hobo alteraciones de importancia; mas en Italia se encendió una nueva y cruel guerra, cuya llama cundió hasta España. La ocasion fué que por muerte de Julia, que era la atadura entre su marido y padre, resultó entre ellos grande enemistad y contienda, con que todo el imperio romano se dividió en dos partes, conforme á la aficion ú obligacion que cada uno tenia de acudir á las cabezas destos dos baudos. El deseo insaciable de reinar, y ser el poder y mando por su naturaleza incommunicable, acarreó este mal y desastre. César no sufría que ninguno se le adelantase; Pompeyo llevaba mal que alguno se le quisiese igualar. Parecíale á César que con tener sujeta la Gallia

y haber por dos veces acometido á Inglaterra, que es lo postrero de las tierras, estaba puesto en razon que en ausencia pudiese pretender el consulado, sin embargo de la ley que disponia lo contrario. El Senado juzgaba ser cosa grave que un hombre que tenia las armas pretendiese un cargo tan principal; recelábase no le fuese escalon para quitarles á todos la libertad; muchos senadores parciales se inclinaban al partido de Pompeyo. Estos hicieron tanto, que se recurrió al postrer remedio y fué hacer un decreto desta sustancia: «Que los cónsules, los pretores, los tribunos del pueblo y los cónsules que estoviesen en la ciudad pudiesen cuidado y procurasen que la república no recibiese algun daño»; palabras todas muy graves, de que nunca se usaba, sino cuando las cosas llegaban al postrer aprieto y tenían casi perdida la esperanza de mejorar. Con este decreto se rompia la guerra si César, que por espacio de diez años habia gobernado la Gallia hasta un día que le señalaron, no dejase el ejército. El, avisado de lo que pasaba, con su gente pasó el rio Rubicon, término y lindero que era de su provincia, resuelto de no parar hasta Roma. Pompeyo, sabida la voluntad de su enemigo, y con él los cónsules Claudio Marcello y Cornelio Lentullo, por no hallarse con fuerzas bastantes para hacerle rostro, se huyeron de la ciudad el año de Roma de 705, sin reparar hasta Brindez, ciudad puesta en la postrera punta de Italia; y perdida la esperanza de conservar lo de Italia y lo del occidente, desde allí pasaron á Macedonia con intento de defender la comun libertad con las fuerzas de levanto. Hacian diversos apercebimientos, despachaban mensajeros á todas partes. Entre los demás, Bibulio Rufo, enviado por Pompeyo, vino á España para que de su parte hiciese que Afranio y Petreyo, juntadas sus fuerzas, procurasen con toda diligencia que César no entrase en ella. Obedecieron ellos á este mandato, y dejando á Varron encargada toda la España ulterior, Afranio y Petreyo con sus gentes y ochenta compañías que levantaron de nuevo en la Celtiberia escogieron por asiento para hacer la guerra la ciudad de Lérida, junto de la cual desta parte del rio Segre hicieron sus alojamientos. Está Lérida puesta en un collado empinado con un padrastro que tiene hácia el septentrion, y la hace menos fuerte; por el lado oriental la baña el rio Segre, que poco mas abajo se mezcla con el rio Cinga, y entrambos mas adelante con Ebro. César, avisado de la partida de Pompeyo de Italia, acudió á Roma, y dado orden en las cosas de aquella ciudad á su voluntad, acordó lo primero de partir para España. Entretúvose en un cerco que puso sobre Marsella, porque no le quisieron recibir de paz; y en el entretanto envió delante á Cayo Fabio con tres legiones, que serian mas de doce mil hombres. Este, vencidas las gentes de Pompeyo que tenían tomados los pasos de los Pirineos, rompió por España hasta poner sus reales á vista de los enemigos, pasado el rio Segre. Lucano dijo que el dicho rio estaba en medio. Viniéronle despues otras legiones además de seis mil peones y tres mil caballos que de la Gallia acudieron. Hacíanse todos estos apercebimientos porque corría fama que Pompeyo por la parte de Africa pretendia pasar á España, y que su venida sería muy en breve. Decían lo que sospechaban, y lo que el negocio pedía para que, conservada aquella nobilísima provincia, lo demás de la guer-

ra procediera con mayores fuerzas y esperanza mas cierta y mayor seguridad.

CAPITULO XVIII.

Cómo los pompeyanos fueron en España vencidos.

No pudo César concluir con lo de Marsella tan presto como quisiera; así, antes de rendir aquella ciudad, se encaminó para España y llegó á Lérida. La guerra fué varia y dudosa; al principio hobo muchas escaramuzas y encuentros con ventaja de los del César. Despues por las muchas lluvias y por derretirse las nieves con la templanza de la primavera, la creciente se llevó dos puentes que tenían los de César en el Segre sobre Lérida, por donde salían al forraje. No se podían remediar por el otro lado á causa del rio Cinga, que llevaba no menor acogida. Halláronse en grande apretura, y trocadas las cosas, comenzaron á padecer grande falta de mantenimientos. Publicóse este aprieto por la fama que siempre vuela y aun se adelanta, y los de Pompeyo con sus cartas le encarecian demasiadamente; que fué ocasion para que en Roma y otras partes se hiciesen alegrías como si el enemigo fuera vencido, y muchos que estaban á la mira se acabasen de declarar y se fuesen para Pompeyo, porque no pareciese que iban los postreros; pero toda esta alegría de los pompeyanos y todas sus esperanzas mal fundadas se fueron en humo, porque César hizo una puente con extrema diligencia veinte millas sobre Lérida, por donde se proveyó de mantenimientos; y nuevos socorros que le vinieron de Francia fueron por este medio librados del peligro que corrían por tener el rio en medio. Demás desto, muchas ciudades de la España citerior se declararon por el César, y entre ellas Calahorra, por sobrenombre Násica, Huesca, Tarragona, los Ausetanos, donde está Vique, los Lacetanos, donde Jaca, y los Hurgavonenses. Por todo esto y por haber sangrado por diversas partes y dividido en muchos brazos el rio Segre para pasarlo por el vado sin tanto rodeo como era menester para ir á la puente, los pompeyanos se recelaron de la caballería del César, que era mayor que la suya y mas fuerte, no les atajase los bastimentos. Acordaron por estos inconvenientes de desalojar y retirarse la tierra adentro. Pasaron el rio Segre por la puente de la ciudad, y mas abajo con una puente que echaron sobre el rio Ebro le pasaron tambien cerca de un pueblo que entonces se llamaba Octogesa, y hoy á lo que se entiende Mequinencia, cinco leguas mas abajo de Lérida. Era grande el rodeo que llevaban; acudió César con presteza, atájóles el paso, y tomóles las estrechuras de los montes por do les era forzoso pasar; con esto, sin venir á las manos y sin sangre, redujo los enemigos á términos, que necesariamente se rindieron. Dió perdon á los soldados y licencia para dejar las armas y irse á sus casas, por ser cosa averiguada que aquellas legiones en provincia tan sosegada, como á la sazón era España, solo se sustentaban y entretenían contra él y en su perjuicio. Demás desto, para que la gracia fuese mas colmada, cualquier cosa que de los vencidos se halló en poder de sus soldados, mandó se restituyese, pagando él de su dinero lo que valia. No faltó, conforme á la costumbre de los hombres, que es creer siempre lo peor, quiendijese que los de Pompeyo vendieron por

dineros á España, en tanta manera, que Caton, por sobrenombre Faonio, en lo de Farsalia motejó desto á Afranio, que sin dilacion pasó por mar donde Pompeyo estaba, ca le dijo si rehusaba de pelear contra el mercader que le comprara las provincias. De Petreyo no se dice nada. Varron, el que quedó en el gobierno de la España ulterior, al principio, sin declararse del todo, se mostraba amigo del César; despues, quando se dijo la estrechura en que estaba cerca de Lérida, quitada la máscara, comenzó á aparejarse para ir contra él, levantar gentes, juntar galeras en Cádiz y en Sevilla, y para todo allegar gran dinero de los naturales, sin perdonar al templo de Hércules, que estaba en Cádiz, al cual despojó de sus tesoros, dado que era uno de los famosos santuarios de aquellos tiempos; pero despues de vencidos Afranio y Petreyo, César, con su ordinaria presteza, atajó sus intentos. Demás desto, la mayor parte de sus soldados le desampararon cerca de Sevilla, y se pasaron á César, por donde le fué tambien á él forzoso rendirse, y con otorgalle la vida, entregó al vencedor las naves, dinero y trigo que tenía y todos sus almacenes. Tuvo César Cortes de todas las ciudades en Córdoba. Hizo restituir al templo de Cádiz todos los despojos y tesoros que Varron le tomó, y á los moradores de aquella isla dió privilegios de ciudadanos romanos en remuneracion de la mucha voluntad con que, declarados por él, echaron de su ciudad la guarnicion de soldados que el mismo Varron les puso. Concluidas estas cosas, y encargado el gobierno de la España ulterior á Quinto Casio Longino con cuatro legiones, el cual este mismo año era tribuno del pueblo, y los pasados fuera cuestor en aquella misma provincia, siendo en ella procónsul Gneio Pompeyo; con esto, César por mar pasó á Tarragona, y de allí por tierra á Francia y á Roma. Desde allí, luego que llegó, envió á Marco Lépido al gobierno de la España citerior; tenía obligación y aficion á causa que, como pretor que era en Roma Lépido, había nombrado á César por dictador. Siguióse el año que se contó 706 de la fundacion de Roma, muy señalado por las victorias que César en él ganó, primero en los campos de Farsalia contra Pompeyo, despues en Egipto contra el rey Ptolemeo, aquel que mató alevosamente al mismo Pompeyo, que confiado en la amistad que tenía con aquel rey, despues de vencido y de perdida aquella famosa jornada, se acogió á aquel reino y se metió por sus puertas. Dió el César la vuelta á Roma. Desde allí pasó en Africa para allanar á muchos nobles romanos, que á la sombra de Juba, rey de Mauritania, vencido Pompeyo, se recogieron á aquellas partes. Venciólos en batalla; los principales caudillos, Caton, Scipion, el rey Juba y Petreyo, por no venir á sus manos se dieron la muerte; á Afranio y un hijo de Petreyo del mismo nombre con otros prendió y hizo degollar; con que todo lo de Africa quedó llano, y el César volvió de nuevo á Roma.

CAPITULO XIX.

De lo que Longino hizo en España.

Por el mismo tiempo la España ulterior andaba alterada por la avaricia y crueldad del gobernador Longino, el cual continuaba sus vicios, que ya otra vez quando gobernaba Pompeyo le pusieron en peligro de la vi-

da, tanto, que en cierto alboroto salió herido. Ordenóle César que pasase en Africa contra el rey Juba, gran favorecedor de sus enemigos los pompeyanos. Con ocasion desta jornada juntó gran dinero, así de las nuevas imposiciones y sacaliñas que inventó como de las licencias que vendia á los que querian quedarse en España y no ir á la guerra donde les mandaba ir: robo desvergonzado y manifiesto. Alterados por ello los naturales, se conjuraron de darle la muerte; las cabezas de la conjuracion fueron Lucio Recilio y Annio Scapula. Uno que sellamaba Minucio Silon, con muestra de presentalle una peticion, fué el primero á herirle; cargaron los demás, y caido en tierra, lo acudieron con otras heridas. Socorriéronle los de su guarda, prendieron á Silon, y llevaron en brazos á Longino á su lecho. Las heridas eran ligeras, y en fin escapó con la vida. Silon, puesto á cuestion de tormento, vencido del dolor, descubrió muchos compañeros de aquella conjuracion; dellos unos fueron muertos, otros se huyeron, no pocos de la prision en que los tenían fueron por dineros dados por libres, ca en el ánimo de Longino á todos los demás vicios, aunque muy grandes y malos, sobrepujaba la codicia. En este medio por cartas de César se supo la victoria que ganó contra Pompeyo; y sin embargo, con color de la jornada de Africa, enviado delante el ejército al estrecho de Cádiz, ya sano de las heridas, se partió para ver la armada que tenía junta. Pero llegado á Sevilla, tuvo aviso que gran parte del ejército de tierra se había alborotado y tomado por cabeza á Tito Torio, natural de Itálica, del cual porque se entendia que pretendia ir luego á Córdoba, envió á Marco Marcello, su cuestor, para sosegar las voluntades y defender aquella ciudad. Mas él tambien en breve le faltó, que á los malos ninguno guarda lealtad, y con toda la ciudad se juntó con Torio, el cual vino de buena gana en que Marcello, como persona de mayor autoridad, tomase el principal cuidado de aquella guerra. Longino, visto que todos le eran contrarios, despues de asentar sus reales á la vista de sus enemigos cerca de Córdoba y del rio Guadalquivir, desconfiado de la voluntad de los suyos, se retiró á un pueblo que entonces se llamaba Uña, y ahora es Montemayor, situado en un collado y ribazo á cinco leguas de Córdoba. Al pié de aquel collado tenía puestas sus estancias. Sobrevinieron los enemigos, y como rehusase la pelea, le cercaron dentro dellas de foso y valladar por todas partes. Habia Longino avisado al rey de la Mauritania, llamado Bogud, y á Marco Lépido para que desde la España citerior le socorriese con presteza, si queria que el partido de César no cayese de todo punto. Bogud fué el primero que acudió, y con sus gentes y las que de España se le llegaron, peleó algunas veces con Marcello. Los trances fueron varios; pero no fué bastante para librar á Longino del cerco hasta que, venido Lépido, todo lo allanó sin dificultad, porque Marcello puso en sus manos todas las diferencias, y á Longino, que rehusaba de hacer lo mismo, ó por su mala conciencia, ó por entender que Lépido se inclinaba á favorecer á Marcello, se le dió licencia para irse donde quisiese. Con esto Marcello y Lépido se encaminaron á Córdoba. Longino, avisado que Trebonio era venido para sucederle en el cargo, desde Málaga se partió para Italia y se hizo á la vela. Fué el tiempo contrario, y así corrió fortuna, y pereció ahogado en el

mar, no léjos delas bocas del río Ebro, con todo el dinero que llevaba robado y cohechado. El año siguiente, que fué de Roma 708, Lépidio triunfó en Roma por dejar sosegados los movimientos de España y los alborotos que se levantaron contra Longino. Marcello fué desterrado por haberse levantado, como queda dicho; pero en breve le alzaron el destierro por gracia y merced de César. Fué este Marco Marcello diferente de otro del mismo nombre, en cuyo favor anda una oracion de Ciceron, entre las demás muy elegante. De la misma manera Longino, de quien hemos tratado, fué diferente de otro que así se llamó, cuyo nombre hasta hoy se ve cortado en uno de los toros de piedra de Guisando con estas palabras en latin:

LONGINO Á PRISCO CESONIO PROCURÓ SE HICIESE.

CAPITULO XX.

Cómo en España se hizo la guerra contra los hijos de Pompeyo.

Estaba todavía España dividida en bandos, unos tomaban la voz del César, otros la de Pompeyo. Muchas ciudades despacharon embajadores á Scipion, que en Africa despues de la muerte de Pompeyo era el mas principal y cabeza de aquella parcialidad, para requerirle que las recibiese debajo de su amparo. Vino desde Africa Gneio Pompeyo, el mayor de los hijos del gran Pompeyo, y de camino se apoderó de las islas de Mallorca y Menorca; pero la enfermedad que le sobrevino en Ibiza le forzó á detenerse por algun tiempo. En el entretanto Annio Scapula, es á saber, aquel que se conjuró contra Longino, y Quinto Aponio con las armas echaron de toda la provincia al procónsul Aulo Trebonio, y mantuvieron el partido de los pompeyanos hasta la venida del dicho Pompeyo; ca no mucho despues, convallecido de la enfermedad, no solo él pasó en España, sino tambien, dado fin á la guerra de Africa por el esfuerzo de César, Sexto Pompeyo, el otro hijo del gran Pompeyo, Accio Varo y Tito Labieno con lo que les quedó del ejército y del armada se recogieron á España. Gneio discurriendo por la provincia se apoderó de muchas ciudades, de unas por fuerza, de otras de grado, y entre ellas la de Córdoba, en que dejó á Sexto, su hermano, y él pasó á poner cerco sobre Ulia, que se tenia por el César. Acudieron Quinto Pedio y Quinto Fabio Máximo, tenientes de César; pero rehusaban la pelea y entreteníanse hasta su venida. El, ocupado en cuatro triunfos que celebró en Roma y en asentar las cosas de aquella república alteradas, dilató su venida hasta el principio del año siguiente, que se contó de la fundacion de Roma 709, en el cual tiempo, partido de Roma, con desseo de recompensarla tardanza, se apresuró de manera, que en diez y siete dias llegó á Sagunto, que hoy es Monviedro, y en otros diez pasó hasta Obulco, pueblo que hoy se llama Porcuna, situado entre Córdoba y Jaen, á la sazón que cerca del Estrecho se dió una batalla naval entre Didio, general de la armada de César, y Varo, cabeza de la contraria armada. El daño y peligro de ambas partes fué igual, sin reconocerse ventaja, salvo que Varo se metió en el puerto de Tarifa, y cerró la boca del dicho puerto con una cadena, que fué señal de flaqueza y de que su daño fué algo mayor. Los de Córdoba, con la antigua afición que tenían á César y por mas

asegurarse, de secreto con embajadores que le enviaron se excusaron de lo que forzados de la necesidad habian hecho, que era seguir el partido contrario; juntamente le declararon que se podia tomar la ciudad de noche sin que las centinelas de los enemigos lo sintiesen. Los de Ulia otrosí le enviaron embajadores para avisarle de la estrechura en que se hallaban y el peligro si no eran socorridos con presteza. César, combatido de diversos pensamientos, en fin se resolvió de enviar á Lucio Junio Pacieco con seis cohortes en socorro de Ulia; él, ayudado de una noche tempestuosa y con decir que Pompeyo le enviaba, por medio de los enemigos se metió en el pueblo; con la esperanza y con la esperanza de poderse defender se encendieron y animaron á la defensa los cercados. Algunos sospechan que este capitán fué aquel Junio de cuya lealtad y valentia se ayudó César en lo de la Gallia, enviándole algunas veces por su embajador para tratar de paz con Ambiorige. Lo mas cierto es que César, dado que hobo orden á sus tenientes Pedio y Fabio para que á cierto dia le acudiesen con sus gentes, él, con intento de divertir los que estaban sobre Ulia, puso sus reales cerca de Córdoba. El espanto de Sexto fué tan grande, que determinó avisar á su hermano que, alzado el cerco de Ulia, de que ya estaba casi apoderado, viniese en su socorro. Asentó Gneio sus reales cerca de los de César; pero como rehusase la pelea, y en esto se pasase algun tiempo, tal enfermedad sobrino á César, que de noche, á sordas y sin hacer ruido movió con sus gentes camino de Ategua. Plutarco dice que César en Córdoba primeramente sintió el mal caduco de que era tocado; y es cosa averiguada que en aquella ciudad plantó un plátano muy celebrado por los antiguos; si ya por ventura lo uno y lo otro no sucedió los años pasados cuando otra vez estuvo en el gobierno de España, como queda dicho. Ategua estaba asentada cuatro leguas de Córdoba, donde al presente hay rastros de edificios antiguos con nombre de Teba la Vieja. Tenian los pompeyanos en aquel pueblo juntado el dinero y gran parte de las municiones para la guerra. César por el mismo caso pensaba que con ponerse sobre aquel lugar, ó pondria á los pompeyanos para defendelle en necesidad de venir á las manos y á la batalla, ó si le desamparasen, perderian gran parte de sus fuerzas y reputacion. Gneio, al contrario, por las mismas razones, avisado del camino que llevaba César, y determinado de excusar la pelea, pasó con sus gentes á dos pueblos que hoy se llaman Castrooelrio y Espejo, y antiguamente se llamaron *Castra Postumiana*, lugares fuertes en que pensaba entretenerse. Despues desto, asentó sus reales de la otra parte del río Guadajoz, que antiguamente se llamó el río Salado y pasaba cerca de Ategua. Desde allí, como en algunas escaramuzas hubiese recebido daño, perdida la esperanza de poder socorrer á los cercados, se volvió á Córdoba. Los de Ategua con esto enviaron á César embajadores para entregársele, pero con tales condiciones que eran mas para vencedores que para vencidos; así, fueron despedidos sin alcanzar cosa alguna. Los soldados que tenian de guarnicion con esta respuesta se embravecieron contra los ciudadanos que se mostraban inclinados á la parte del César. Ni es de pasar en silencio lo que Numacio Flaco, á cuyo cargo estaba la defensa de aquel pueblo, hizo en esta coyuntura, por ser

Cómo César volvió á Roma.

un hecho de grande crueldad, esto es, que degolló á todos los moradores de aquel pueblo que eran aficionados á César, y muertos los echó de los adarbes abajo. Lo mismo hizo con las mujeres de los que estaban en el campo de César, y aun llegó á tanto su inhumanidad que hasta los mismos niños hizo matar, unos en los brazos de sus madres, otros á vista de sus padres los mandó enterrar vivos ó echar sobre las lanzas de los soldados: siereza que apenas se puede oír por ser de bestia salvaje. No le valió cosa alguna aquella crueldad, ca sin embargo los moradores se rindieron á voluntad del César, andados 18 dias del mes de febrero. Bien se deja entender que los ciudadanos fueron perdonados y la crueldad de Numacio castigada, dado que los historiadores no lo refieren. Despues desto, César puso fuego á un pueblo llamado Atubi, sin otros muchos lugares de que por fuerza ó de grado se apoderó. Pasó otrosí con sus gentes y se puso sobre la ciudad de Munda, que seguía el bando de Pompeyo, que está puesta en un ribazo cinco leguas de Málaga. Tiene un rio pequeño, que poco adelante de la ciudad se derrama por una llanura muy fresca y abundante; era á la sazón pueblo principal; ahora lugar pequeño, pero que conserva el nombre y apellido antiguo. Cerca de aquella ciudad se vino finalmente á batalla. César sobrepujaba en número y valentía de los suyos; Gneio se aventajaba en el sitio de sus reales, que tenia asentados en lugar mas alto. Ordenaron entre ambas partes sus haces; dióse la batalla con la mayor fuerza y porfia que se podía pensar; grande fué el denuedo, grande el peligro de los unos y los otros. Los cuernos izquierdos de ambas partes fueron vencidos y puestos en huida; el resto de la pelea estuvo suspensa por grande espacio sin declarar la victoria por ninguna de las partes, mucha sangre derramada, el campo cubierto de cuerpos muertos. En conclusion, César con su valor y esfuerzo mejoró el partido de los suyos, porque apeado, con un escudo de hombre de á pié que arrebato, comenzó á pelear entre los primeros, y á muchos de los suyos con su misma mano detuvo para que no huyesen. Murieron de la parte de Pompeyo treinta mil infantes y tres mil hombres de á caballo; entre los demás perecieron Varo y Labieno; trece águilas de las legiones fueron tomadas, que eran los estandartes principales. De la parte de César murieron mil soldados de los mas valientes y esforzados, y quinientos quedaron heridos. Seguian la parte de César dos reyes africanos, el uno por nombre Boquío, el otro Bogud. Este en gran parte ganó el prez de la victoria, porque al tiempo que los demás estaban trabados y la pelea en lo mas recio, se apoderó de los reales enemigos que quedaron con pequeña guarda, á cuya defensa como Labieno arrebatadamente acudiese, pensando los demás que huía, perdida la esperanza de la victoria, volvieron las espaldas. Dióse esta batalla á los 17 de marzo, día en que Roma celebraba las fiestas del dios Baco. Notaban los curiosos que cuatro años antes en tal día como aquel Pompeyo, desamparada Italia, se pasó en Grecia. Cuando César hablaba desta jornada solía decir que muchas veces peleó por la honra y gloria, pero que aquel día habia peleado por la vida.

Despues que Gneio Pompeyo perdió la jornada de Munda, herido como salió en un hombro, se recogió á Tarifa. Dende por la poca confianza que tenia en los de aquel pueblo y con deseo de pasar á la España citerior, do tenia aliados azaz y ganadas las voluntades de aquella gente, se embarcó en una armada que tenia presta para todo lo que sucediese. Enconósele la herida con el mar, tanto, que al cuarto día le fué forzoso saltar en tierra. Llevábanle los suyos en una litera con intento de buscar donde esconderse. Seguíanle por el rastro y por la huella por órden de César, Didio por mar y Cesonio por tierra. Dieron con él en una cueva donde estaba escondido, y allí le prendieron y le dieron la muerte. Floro dice que peleó, y que le mataron cerca de Laurona, pueblo que hoy se llama Liria, ó Laurigi como otros creen. Lo que se averigua es que su armada, parte fué presa, parte quemada por Didio. Sexto Pompeyo, hermano del muerto, con tan tristes nuevas perdida la esperanza de poder tenerse en Córdoba, y por ver que en aquella comarca no podia estar seguro, y que comunmente todos, como suele acontecer, se inclinaban á la parte mas válida y fuerte, acordó de partirse á la España citerior y dar tiempo al tiempo. Scapula, despues de la rota de Munda vuelto á Córdoba, despues de un convite que hizo en que se bebió largamente, mandó y hizo que sus mismos esclavos le diesen la muerte; que tales eran las valentías de aquel tiempo. César en el cerco de Munda, que todavía se tenia, dejó á Quinto Fabio con parte del ejército, y él acudió á Córdoba; y tomada por fuerza, pasó á cuchillo veinte mil de aquellos ciudadanos que seguían el partido contrario. Luego asentadas las cosas de aquella ciudad, partió para Sevilla; en este camino le presentaron la cabeza de Gneio, y él con la misma felicidad se apoderó de aquella ciudad; y porque se tornó de nuevo á alborotar, la seogó segunda vez á 10 del mes de agosto, como se señala en los calendarios romanos. A ejemplo de Sevilla, se le entregaron otros pueblos por aquella comarca, en particular la ciudad de Asta, antiguamente situada á dos leguas de Jeréz á la ribera del rio Guadalete; al presente es lugar desierto, pero que todavía conserva el apellido antiguo. Por otra parte, Quinto Fabio que quedó sobre Munda, á cabo de algunos meses cansó á los cercados de manera, que se dieron. Demás desto, sujetó á Osuna, si por fuerza ó á partido no se sabe ni se declara, por faltar las memorias de aquellos tiempos, y los libros que hay estar corrompidos. Concluidas cosas tan grandes con una presteza increíble, cosa que en las guerras civiles es muy saludable, donde hay mas necesidad de ejecucion que de consultas; sosegadas las alteraciones de España y dado asiento en el gobierno, juntó asimismo gran dinoro de los tributos que en público á todos, y en particular puso á los que eran ricos, y de los cargos y oficios que vendió, basta no perdonar al templo de Hércules que estaba en Cádiz, al cual antes de ahora tuviera respeto. La prosperidad continuada y la necesidad le hicieron atrevido para que tomase por fuerza las ofrendas de oro y plata, que allí tenían muchas y muy ricas. Con esto pasado el estío, ya que el otoño estaba adelante, partió de España, y llegó á

Roma por el mes de octubre. Por gobernadores de España quedaron, en la ulterior Asinio Pollion, muy conocido por una égloga de Virgilio, en que con versos de la Sibilla, que hablaban de la venida de Cristo hijo de Dios, celebró el insigne poeta el nacimiento de Salomino, hijo deste Pollion. Del gobierno de la España citerior se encargó Marco Lépedo, que le tuvo juntamente con el gobierno de la Gallia Narbonense. Por este mismo tiempo, como algunos sospechan mas por conjeturas que por razon que haya concluyente, á Córdoba se dió título de Colonia Patricia, ca es averiguado, como se muestra por las monedas de aquel tiempo, que en el imperio de Augusto ya tenia este apellido. Tambien es cosa cierta que en gracia del vencedor y por adularle muchos pueblos dejaron sus nombres antiguos, en particular Atubis, que se llamó Claritas Julia; Ehora, en Portugal, Liberalitas Julia; Calahorra, por sobrenombre Nascia, tomó tambien el nombre de Julia; Seji asimismo se llamó Firmium Julium; Iliturgi, que es Andújar, Forum Julium; en conclusion los de Ampúrias, quitada la diferencia que tenian de griegos y de españoles, recibieron las costumbres, lengua y leyes romanas, con título que se les dió de Colonia. Hay en España memoria desta guerra en muchos lugares, y en Talavera, pueblo conocido del reino de Toledo, en la parte del muro que está en frente de la iglesia de San Pedro, se ven cortadas estas palabras:

Á GNEIO POMPEYO HIJO DEL GRAN POMPEYO.

Lo demás por la antigüedad no se lee; pero entiéndese que por algun hecho notable se le puso aquel letreiro.

CAPITULO XXII.

Cómo despues de la muerte del César se levantaron nuevas alteraciones en España.

El poder de Julio César estaba en la cumbre y todo lo mandaba y trocaba, cuando en Roma ciertos ciudadanos se conjuraron contra él con color de que era tirano y por fuerza se apoderara de aquella ciudad. Mátrónle con veinte y tres heridas que en el Senado le dieron á los 15 de marzo del año siguiente de 710, desde donde algunos toman la cuenta de los años del imperio de Octaviano Augusto, que le sucedió y fué su heredero; dado que los mas le comienzan del año siguiente, cuando á 22 de setiembre, segun lo que refiere Dion, le nombraron por cónsul en lugar de Cayo Vibio Pansa, que murió junto á Módena, si bien no tenia edad bastante para administrar aquel cargo, pero dispensaron con él en la ley que en Roma en este caso se guardaba. En España Pollion atendia á seguir los salteadores, que por la revuelta de los tiempos andaban en gran número por lo de Sierramorena. Este, cuando llegó la nueva de la muerte de César, hizo una junta de los mas principales en Córdoba, en que protestó que seguiria por su parte la autoridad y voluntad del Senado de Roma. Con esto parece se habia mostrado alguna luz y cobrado esperanza de mayor reposo; pero muy al revés, porque Sexto Pompeyo salió de la comarca de Jaca, que eran antiguamente los Lacetanos, con intento de aprovecharse de lo que el tiempo le prometia y fortificar su partido. Levantó estandarte, tocó atambores, acudiale gente de cada dia, con que pudo

formar una legion, y con ella en la comarca de Cartagena tomó por fuerza un pueblo entonces llamado Vergi, y hoy Vera, ó como otros sienten Verja. Con este tan pequeño principio hobo gran mudanza en las cosas; y el bando de Pompeyo, que parecia estar olvidado, comenzó á levantarse y tomar mayores fuerzas, principalmente que con la misma felicidad se apoderó de toda la Bética ó Andalucia despues que en una gran batalla rompió á Pollion, que pretendia desbaratar sus intentos. Ayudó mucho para ganar la victoria la sobreveste de Pollion, que acaso se le cayó en la pelea, ó él mismo la arrojó á propósito de no ser conocido (muy pequeñas cosas hacen camino para mayores, principalmente en la guerra); como los soldados la viesan, que todavía sufrían la carga de los pompeyanos, y corriese la voz por los escuadrones que su general era muerto, al punto desmayaron y se dieron por vencidos. Verdad es que todas estas alteraciones, y las voluntades de la provincia que se inclinaban á Pompeyo, sosegó Marco Lépedo con su venida y con persuadir á Sexto que con el dinero que tenia recogido en España se fuese á Roma, donde por la ocasion de quedar libre Roma podia pretender y alcanzar la herencia, autoridad y grandeza de su padre. Para esto ayudaba que las cosas de Italia andaban no menos revueltas que las de acá, porque Marco Antonio, que el año pasado fuera cónsul, pretendia quitar á los romanos la libertad; contra sus deseos el Senado opuso á Octaviano, sobrino de César, nieto de su hermana Julia, resolucion perjudicial y dañosa. Habia Octaviano en la guerra postrera que se hizo contra los hijos de Pompeyo venido á España en compañía de su tio; y en ella dió las primeras muestras de su valor, sin embargo de su tierna edad, que apenas tenia diez y ocho años. Acabada aquella guerra, se fué á Atenas á los estudios de las letras; de allí, sabida la muerte de César, volvió á Roma, y ayudado de muchos que por la memoria de César le siguieron, venció en una batalla á Marco Antonio, que tenia dentro de Módena cercado á Decio Bruto, que estaba señalado por cónsul para el año siguiente. Huyó Marco Antonio despues de vencido á la Gallia, donde se concertó con Lépedo, y los dos poco adelante con Octaviano. Resultó con este concierto el triunvirado, que fué repartirse entre los tres las provincias del imperio romano. A Lépedo cupo la Gallia Narbonense con toda España; á Antonio lo demás de la Gallia; la Italia, Africa, Sicilia y Cerdeña dieron á Octaviano. No entraron en este repartimiento las provincias de oriente porque las tenian en su poder Casio y Bruto, las cabezas que fueron y principales en la conjuracion y muerte de César. Siguióse tras esto una grande carnicería de gente principal; y fué que los tres proscibieron, que era condenar á muerte en ausencia, muchos ciudadanos y senadores romanos; entre los demás murió Marco Tulio Ciceron, gran gloria de Roma, en edad de sesenta y tres años, á manos de Popilio, tribuno de soldados, al cual él mismo habia antes librado de la muerte en un juicio en que le achacaban cierto parricidio.

CAPITULO XXIII.

De la cuenta llamada era.

Por esta manera perdió de nuevo su libertad la ciudad de Roma. Siguiéronse alteraciones y guerras, una

contra los matadores de César, que fueron vencidos y muertos cerca de Filipos, ciudad de Macedonia; otra contra Lucio Antonio, hermano de Marco Antonio, en Perusa, ciudad de Toscana. La cual acabada por la buena maña y valor de Octaviano, se hizo otro nuevo repartimiento de las provincias entre los triunviros el año de la fundación de Roma de 714, en que fueron cónsules en Roma Gneio Domicio Calvino y Cayo Asinio Pollion, el que fué gobernador de España. Y porque en este nuevo repartimiento Octaviano quedó por señor de toda España, tomaron desto ocasion los españoles para comenzar desde este principio el cuento de sus años, que acostumbran y acostumbramos llamar era del Señor ó era de César, así en las historias, escrituras públicas y en los actos antiguos de los conelios eclesiásticos como en particular en las pláticas y conversaciones ordinarias. Otros siguen la razon de los años, y la comienzan del nacimiento de Cristo, cuenta en que se quitan de la primera manera de contar treinta y ocho años justamente; de suerte que el año primero de Cristo fué y se contó 39 de la era de César. Porque lo que dice don Juan Margarite, obispo de Girona, que la era de César comienza solamente veinte y seis años antes del nacimiento de Cristo, mas fácilmente podríamos adivinar por conjeturas que afirmar con certidumbre qué fué lo que le movió á sentir esto, pues todos los demás lo contradicen. Por ventura confundió la cuenta de los egipcios, de que se hablará luego, con la nuestra, engañado por la semejanza del contar, ca tambien aquella gente comenzó á contar sus años desde que Augusto Octaviano se enseñoreó de aquella tierra. Todo esto es así; y todavia no es cosa fácil declarar en particular la causa desta nuestra cuenta de España, y juntamente dar razon del nombre que tiene de era, por ser varios los juicios y pareceres. Los mas autores y de mayor autoridad concuerdan por testimonio de Dion que en este mismo año, concluida la guerra de Perusa, se hizo el nuevo repartimiento de las provincias; y oprimida de todo punto y derribada la libertad de la república romana, como poco antes se dijo, el señorío de España quedó por Octaviano; y en trueque á Marco Lépido, cuya antes era, se dió la provincia de Africa. De aquí vino que á imitacion de los antioqueños, que habian ya comenzado esta manera de cuenta (y lo mismo hicieron los egipcios once años adelante, que quitado el reino á Cleopatra, desde que Augusto se apoderó de aquella provincia dieron principio al cuento de sus años), lo mismo se determinaron á hacer los españoles con intento de ganar por esta forma la voluntad y adular al nuevo Príncipe, vicio muy ordinario entre los hombres. Esto quanto al principio de nuestra cuenta española. De la palabra era será razon decir algo mas. En Lucillio y en Ciceron se halla que las partidas del libro de cuentas por donde se da y toma razon de la hacienda, del gasto y del recibo se llaman eras; de allí se tomó ocasion para significar con esta misma palabra los capítulos de los libros y el número de párrafos de las leyes, como se puede ver en muchos lugares, así de las obras de san Isidoro como de las leyes góticas. Deste principio se extendió mas la palabra era hasta significar por ella qualquiera razon ó cuenta de tiempo y universalmente todo tiempo y número, qualquiera que fuese. En especial lo usaron los españoles, así en la lengua latina como en la vulgar,

la cual sin duda se deriva de la romana, como se entiende por el nombre de romance con que la llamamos y por las palabras y dicciones castellanas, que son en gran parte las mismas que las latinas. Tambien hallamos que Hilderico, de nacion francés, y del mismo tiempo de san Isidoro, por decir número de días dice eras de días; y aun entre los astrólogos algunos llaman eras á los tiempos ó á los fundamentos y aspectos de las estrellas, de que depende la cuenta de los tiempos, y á los cuales se reducen y enderezan los movimientos de los cuerpos celestes. Segun todo esto, año de la era de César será lo mismo que año de la cuenta de César ó del tiempo de César, cuyo principio, como se dijo, se toma desde que en España comenzó el imperio de César Augusto. De aquí se saca que se engañan todos aquellos que por autoridad de san Isidoro, que engañó á los demás, pensaron que esta palabra era viene de otra latina que significa el metal, conviene á saber *aes*, por entender que aquel año, de donde toma principio esta cuenta, fué cuando la primera vez Augusto César impuso un nuevo tributo sobre todo el imperio romano y hizo que todos fueran erarios y pecheros; lo que es claramente falso, pues ni la ortografía desta palabra, que se escribe sin diptongo, concuerda con la tal derivacion, ni hallamos que en el año que da principio á esta cuenta se impusiese algun nuevo tributo sobre las provincias. Lo cierto es lo que está dicho, y asimismo que esta manera de contar los años se mandó dejar y trocar con la que usamos de los años de Cristo, en tiempo del rey de Castilla don Juan el Primero, en las Cortes que se tuvieron en la ciudad de Segovia año de 1383; lo cual se hizo á ejemplo de las demás provincias de la cristiandad y conforme á lo que en tiempo del emperador Justiniano inventó Dionisio, abad romano, que, quitadas las demás maneras de contar que por aquel tiempo se usaban, introdujo esta cuenta de los años de Cristo. Lo que se hizo en las Cortes de Segovia, que fué dejar la cuenta de la era y tomar la de los años de Cristo, imitaron poco despues los portugueses, y poco antes los de Valencia habian hecho los mismos, como se irá notando en sus lugares y tiempos. Dejado esto, volvamos al consulado de Domicio Calvino y de Asinio Pollion. En el cual año nombraron en Roma por cónsul sufecto, que quiere decir puesto en lugar de otro, y por faltar el que lo era, á Cornelio Balbo, gaditano, que es tanto como de Cádiz, cosa que hasta entonces á ningun extranjero se concedió que fuese cónsul en Roma. Este era Cornelio Balbo, deudo de otro del mismo nombre, que, acabada la guerra de Sertorio, llevó á Roma en su compañía Gneio Pompeyo. Tambien Domicio Calvino cinco años adelante, que fué el año treinta y tres antes de la venida de Cristo nuestro Señor, con cargo de procónsul gobernó á España, y porque venció á las haldas de los Pirineos á los Ceretanos, donde hoy está Cerdania, triunfó dellos en Roma. Resultaron despues desto nuevas diferencias y alteraciones entre los triunviros, con que asimismo se enredó España y entró á la parte del daño con esta ocasion. Por la muerte de Julio César parecia que tornaba á nacer la libertad de la república, esperanza con que Sexto Pompeyo, vuelto á cabo de tanto tiempo á Roma, fué nombrado por general de la armada y naves romanas. Por esta ocasion luego que los triunviros de nuevo quitaron la libertad á la república y se apoderaron de todo, él

se apoderó asimismo por su parte de Sicilia. Acudieron Octaviano y Lépido, y por fuerza le despojaron y echaron de aquella isla, con que se quedó Octaviano, y aun se enseñoreó de Africa por cierta diferencia que tuvo con Lépido, al cual, desamparado de los suyos, le despojó de todo el poder que tenia. Sintió esto, como era razon, Marco Antonio, el otro compañero que tenia las provincias de oriente, que Octaviano sin darle parte se apoderase de todo lo demás. Destos principios y con esta ocasion se encendió finalmente la guerra entre los dos, en que despues de muchos trances, vencido en una batalla naval junto á la Prevesa y muerto Antonio, se quedó Octaviano solo con todo el imperio el año veinte y ocho antes del nacimiento de Cristo. Llamóse Octavio del nombre de su padre y del nombre de su tío César. El Senado le dió renombre de Augusto como á hombre venido del cielo y mayor que los demás hombres por haber restituido la paz al mundo despues de tantas revueltas. Sexto Pacuvio, tribuno del pueblo, consagró su nombre, que es lo mismo que hacelle en vida honrar como á dios, costumbre y vanidad tomada de España, como lo dice Dion. En el progreso desta última guerra entre Octavio y Antonio Bogud, rey de la Mauritania, pasó en España en favor de Antonio y para ayudar á su partido; pero fué por los contrarios rechazado con daño. No mucho despues en el octavo consulado de Augusto, veinte y cinco años antes de Cristo, abrieron y empedraron en el Andalucía el camino real que desde Córdoba iba hasta Écija, y desde allí al mar Océano, como se entiende por la letra de una columna de mármol cárdeno que está en el claustro del monasterio de San Francisco de Córdoba, do se dice que aquella columna, que debia ser una de las con que señalaban las millas, se levantó en el octavo consulado de Augusto; y que desde Guadalquivir y el templo agosto de Jano hasta el mar Océano se contaban ciento veinte y una millas. Este templo de Jano se entiende estaba en Córdoba ó cerca de ella, y aun se sospecha que le edificaron para eterna memoria de la paz que fundara Augusto; pero estas son conjeturas. Siguiéronse alteraciones de los Cántabros, Asturianos y de los Vaceos, pueblos de Castilla la Vieja. Apaciguólas con su buena maña Statilio Tauro, por ventura por comision y como lugarteniente de Cayo Norbano, de quien se sabe que por estos tiempos triunfó de España, desde donde toman el principio de la guerra de Cantabria los que por autoridad de Paulo Orosio sienten que duró por espacio de cinco años enteros. Asimismo es cosa cierta que en esta sazón se mudó la manera y forma del gobierno de España, porque en lugar de pretores y procónsules enviaron para gobernarla legados consulares, á la manera que en las demás provincias se comenzó tambien á usar. Muestra son desto las piedras antiguas donde se ve por estos tiempos puesta esta palabra *Consularis*. Repartiéronse otrosí las provincias del imperio y gobierno dellas entre Augusto y el Senado, por el cual repartimiento en España sola la Bética, que es Andalucía, quedó á cargo y gobierno del Senado; de que resultó otrosí que la España ulterior tuvo dos gobernadores, el uno de la Bética, á provision del Senado, y el otro de la Lusitania, que nombraba Augusto. En conclusion, sosegada por la mayor parte España, con la paz que se siguió, por toda ella se fundaron muchas colonias de romanos, con cuya

comunicacion y trato los naturales mudaron sus costumbres antiguas y su lengua y la trocaron con las de los romanos, segun que Estrabon lo testifica.

CAPITULO XXIV.

De la guerra de Cantabria.

Tal era el curso y estado de las cosas, tales los veyenes que el imperio romano daba. En particular España reposaba, cansada de tantas y tan continuadas guerras, y juntamente florecia en gente, riquezas y fama quando se despertó una guerra mas cruel y brava de lo que nadie pensara. Tuvo esta guerra principio de los cántabros, gente feroz y hasta esta sazón no del todo sujeta á los romanos ni á su imperio por el vigor de sus ánimos, mas propio á aquellos hombres, y mas natural que á las demás naciones de España; y por morar en lugares fragosos y enriscados, y carecer del regalo y comodidades que tienen los demás pueblos de España, son grandemente sufridores de trabajos. Ptolemeo señala por aledaños de los Cántabros á los Autrigones por la parte de levante, y por la de poniente á los Lungones, hácia el mediodía las fuentes del rio Ebro, y hácia el septentrion el Océano Cantábrico; pequeña region y que no se extendia hasta las cumbres y vertiente de los montes Pirineos. Los pueblos principales que tenia eran Julobriga y Vellica, sin que se averigüe qué nombres en este tiempo les respondan. Otros, extendiendo mas, como suele acontecer, el nombre de Cantabria, comprehenden en su distrito todos los pueblos comarcanos á la Cantabria de Ptolemeo hasta dar en los montes Pirineos y en la Guiena, de que hay grandes argumentos que todo aquello algun tiempo se llamó Cantabria, como queda mostrado en otra parte; y es bastante indicio para que así se entienda ver que todos los nombres de los pueblos, donde esta guerra de Cantabria se hizo, no se hallan en tan estrecho distrito como arriba queda señalado, como se irá notando en sus lugares. Eran en aquel tiempo los cántabros de ingenio feroz, de costumbres poco cultivadas. Ningun uso de dinero tenian; el oro y la plata, si fué merced de Dios, ó castigo y disfavor negárselo, no se sabe. Así bien las mujeres como los hombres eran de cuerpos robustos, los tocados de las cabezas á manera de turbantes, formados diversamente, y no diferentes de los que hoy usan las mujeres vizcaínas. Ellas labraban los campos; despues de haber parido se levantaban para servir á sus maridos, que en lugar dellas hacian cama; costumbre que hasta el dia de hoy se conserva en el Brasil, segun se entiende por la fama y por lo que testifican los que en aquellas partes han estado; en los bailes se ayudaban del son de los dedos y de las castañetas; dotaban á las doncellas los que con ellas se desposaban; tenian apercebida ponzoña para darse la muerte antes que sufrir se les hiciese fuerza, como hombres de ingenio constante y obstinados contra los males, de que dieron bastantes muestras en el tiempo desta guerra. Lo primero que los cántabros hicieron para dar principio á su levantamiento fué persuadir á los asturianos y gallegos á tomar las armas. Luego despues hicieron entrada en los pueblos comarcanos de los Vaceos, que estaban á devocion del pueblo romano. Pusieron con esto grande espanto, no solo á los naturales, sino tam-

bien en cuidado al mismo emperador Augusto, que temía de estos principios no se emprendiese mayor guerra y de mayor dificultad de lo que nadie cuidaba. Por esta causa, sin hacer caso de la Esclavonia ni de la Hungría, donde las gentes tambien estaban alteradas, se resolvió de venir en persona á España. Abrió primeramente las puertass de Jano, que poco antes mandara cerrar, y fué la tercera vez que se cerraron; ca la primera vez se hizo en tiempo del rey Numa, la segunda concluida la primera guerra Púnica ó Cartaginesa, la última despues que el mismo Augusto venció á Marco Antonio en la batalla naval; y esto porque otras tantas veces se hallaron los romanos en paz sin tener guerra en parte alguna. Venido Augusto en España, de todas partes le acudieron gentes, con que se formó un grueso campo. Marcharon los soldados la vuelta de Vizcaya; asentaron sus reales cerca de Segisama, pueblo que se sospecha hoy sea Beisama, puesto en Guipúzcoa entre Azpeitia y Tolosa. Dividióse el campo en tres partes, con que toda aquella comarca en breve quedó sujeta por ser pequeña. Los cántabros, desconfiados de sus fuerzas para contra aquella tempestad que sobre ellos venia, alzadas sus haciendas y ropilla, con sus mujeres y hijos se recogieron á lugares ásperos y fragosos, sin querer con los contrarios venir á las manos. Con esto la guerra se prolongaba, y parecia que duraria mucho tiempo. Augusto, con la pesadumbre que recibia por aquella tardanza, y por ser los lugares ásperos y aquel aire destemplado, enfermo de la melancolía se volvió á Tarragona. Dejó el cargo de la guerra á sus capitanes. Cayo Antistio y Publio Firmio tomaron cuidado de sujetar los gallegos; á Publio Carisio se dió el cargo de hacer la guerra contra los asturianos, gente no menos brava que los cántabros. Por general de todo quedó Marco Agripa, que entonces tenia grande cabida con el Emperador, y despues le dió por mujer á Julia, su hija. Para proveerse de mantenimientos, de que padecian grande falta por la esterilidad de la tierra, juntó el dicho Agripa naves de Inglaterra y de Bretaña, con que se proveyó la necesidad; juntamente puso cerco con aquella armada por la parte de la mar á los cántabros, gente miserable, pues ni podian huir ni proveerse de bastimentos de fuera. Forzados con estos males los cántabros y afligidos con la hambre, se determinaron de presentar la batalla, que se dió cerca de Vellica; algunos creen sea Victoria, ciudad de Alava; contradice el sitio y distancia de los lugares marcados en Ptolemeo. Vinieron pues á las manos; pero á los primeros encuentros fueron desbaratados y muertos, como gente junta sin orden, que ni conocia banderas ni capitan, y que ni por vencer esperaba lo ni temia vituperio si era vencida; cada cual era para sí capitan y caudillo, y mas por desesperacion y despecho que con esperanza de la victoria se movian á entrar en la batalla. Desde la ribera del mar Océano se levanta un monte llamado Firmio, los latinos le llaman Vinnio, de subida áspera, cercano á Segisama, de tan grande altura, que desde su cumbre se descubren las riberas de Cantabria y de Francia. En este monte por estar cercano y por su aspereza muchos de los vencidos se salvaron. Los romanos, desconfiados de poder subir, y por tener que era cosa peligrosa contrastar juntamente con la aspereza del lugar

y con gente desesperada, acordaron de cercarle con guarniciones, con fosos y con vallado. Con esto aquella miserable gente se redujó á tal estado, que, como ni ellos por estar mas embravecidos con los males quisiesen sujetarse á ningun partido, y los romanos se avergonzassen de que aquella gente desarmada se burlase de la majestad del imperio romano, los mas perecieron de hambre, algunos tambien se mataron con sus mismas manos; que quisieron mas la muerte que la vida deshonrada. Un pueblo cerca de Baisama, entonces llamado Aracil y ahora Arraxil, despues de largo cerco fué tomado y asolado por los romanos. Entre tanto que esto pasaba en Cantabria, Antistio y Firmio apretaban la guerra en Galicia; en particular cercaron de un grande foso de quince millas la cumbre del monte Medulia, donde gran número de gallegos estaba recogido. Estos, perdida del todo la esperanza de la victoria y de la vida, con no menor obstinacion que los de Cantabria, unos se mataron á hierro, otros perecieron con una bebida, hecha del árbol llamado tejo. No falta quien piense que este monte Medulia es el que hoy en Vizcaya se llama Menduria, muy conocido por su aspereza y altura, si se puede creer que los gallegos, dejada su propia tierra, hicieron la guerra contra los romanos en la ajena; además que Orosio dice que el monte Medulio, donde los gallegos se hicieron fuertes, se levantaba sobre el rio Miño. Los asturianos hacian la guerra contra Carisio no con mas ventaja que los otros, ca puestos sus reales á la ribera del rio Astura, del cual tomaron nombre los asturianos, como dividido su ejército en tres partes pensasen tomar de sobresalto á los romanos, siendo descubiertos por los tregecinos, sus compañeros y confederados, trocada la suerte, fueron cuando menos lo pensaban oprimidos por Carisio, que los cogió descuidados. Los que pudieron escapar de la matanza se recogieron á la ciudad de Lancia, que estaba donde ahora la de Oviedo, con intento de defenderse dentro de las murallas, pues las armas les habian sido contrarias. Duró el cerco muchos dias; á los nuestros hacia fuertes y atrevidos la desesperacion, arma poderosa en los peligros; los romanos se avergonzaban de alzar la mano de la guerra antes de dejar sujeta aquella gente bárbara; en conclusion, vencida la constancia de aquella gente, rendida la ciudad, recibieron las leyes y gobierno que les fué dado. Con esto quedaron reducidos en forma de provincia del pueblo romano, así los Asturianos como los Cántabros y los Gallegos. Augusto, acabada la guerra, volvió á Cantabria, donde dió perdon á la muchedumbre; pero porque de allí adelante no se alterasen, confiados en la aspereza de los lugares fragosos donde moraban, les mandó pasasen á lo llano sus moradas y diesen cierto número de rehenes. Muchos, por ser mas culpados y tener los ánimos mas endurecidos, fueron vendidos por esclavos. Sabidas estas cosas en Roma, se hicieron procesiones, y se ordenó que Augusto triunfase por dejar á España de todo punto sujeta el año 198, despues que las armas de los romanos debajo de la conducta de Gnoio Cepion Calvo vinieron la primera vez á estas partes, que fué el mas largo tiempo que se gastó en sujetar á ninguna otra provincia. No quiso Augusto oceptar el triunfo que el Senado le ofrecia de su voluntad; solo en los reales se hicieron juegos, cuyos mantenedores fueron Marco Marcello y

Tiberio Neron, el que adelante tuvo el imperio, y en esta guerra de los cántabros tuvo cargo de tribuno de soldados. En Roma se cerró la cuarta vez el templo de Jano, con esperanza que tenía Augusto y se prometía de un largo reposo, pues de todo punto quedaba sujeta España. A los soldados que habían cumplido con la milicia y traído las armas los años que eran obligados conforme á sus leyes, mandó se les diesen campos donde morasen en lo que hoy llamamos Extremadura, parte de la antigua Lusitania, en que fundaron á la ribera de Guadiana, río muy caudaloso, una colonia, que por esta causa se llamó Emerita Augusta, y hoy es Mérida, ciudad que en riquezas, vecindad y autoridad, así civil como eclesiástica, competía antiguamente con las mas principales de España, y era cabeza de la Lusitania, por donde la llamaban Mérida la Grande. Rasis, árabe, encarece mucho la grandeza y hermosura de aquella ciudad hasta decir cosas della casi increíbles; afirma empero que fué destruida por los moros cuando se apoderaron de España. El cuidado de guiar aquellos soldados y de fundar aquella ciudad se encomendó á Carisio, de que dan muestra las monedas de aquel tiempo que se hallan con el nombre de Augusto de una parte, y por la otra los de Carisio y de Mérida. Dion siempre le llama Tito Carisio, que debió ser descuido de pluma, porque en las monedas no se llama sino Publio Carisio, que en España se hallan muy de ordinario. Estas fueron las memorias mas notables que quedaron de la venida de Augusto y de la guerra que en España hizo. Añádense otras. A la ribera de Ebro donde antiguamente estuvo situado un pueblo llamado Salduba, se fundó una colonia, que llamaron César Augusta del nombre de César Augusto, y hoy se llama Zaragoza, ciudad muy conocida y cabeza de Aragon. Demás desto, á los linderos de la Lusitania fundaron otra ciudad, que se llamó Pax Augusta, y hoy corrompido el nombre se llama Badajoz, puesta en la frontera de Portugal de la parte de Extremadura, bien conocida por su antigüedad y por ser cabeza de obispado. A Braga, que antiguamente se dijo Bracara, le arriaron el sobrenombre de Augusta. Otra ciudad se fundó á esta misma sazón en los Celtiberos por nombre Augustobriga, donde ahora está una aldea llamada Muro, á una legua de la villa de Agreda. Demás desto, otra del mismo nombre se edificó no lejos de Guadalupe; hoy se ve allí el Villar del Pedroso con claros rastros de la antigüedad. Por conclusion, las Aras Sextianas, de las cuales Mela, Plinio y Ptolemeo hicieron notable mencion, á manera de pirámides, cada una con su caracol de abajo arriba, puestas en las Astúrias en una península ó peñon; algunos sienten que fueron edificadas por memoria desta guerra, por decir Mela que estaban dedicadas á Augusto César, y aun entienden estuvieron cerca de Gijón y á cinco leguas de Oviedo; conjeturas que ni del todo son vanas ni tampoco de mucha fuerza, pues otros son de opinion que las Aras Sextianas levantó Sexto Apuleyo, de quien se refiere en las Tablas Capitolinas que por este tiempo entró en Roma con triunfo de España. Volvió Augusto á Tarragona, y allí le dieron los consulados octavo y nono. Demás desto, le vinieron embajadores de las Indias y de los escitas á pedir paz al que por la fama de sus hazañas habían comenzado á amar

y acatar, que fué para él muy grande gloria. Desde aquella ciudad partió para Roma; llegó á ella el quinto año despues que aquella guerra se comenzara. Para su guarda llevó soldados españoles de la cohorte calaguritana, de cuya lealtad se mostraba muy satisfecho y pagado. Con su partida los cántabros y los asturianos, como gentes bulliciosas y que aun no quedaban escarmentados por los males pasados, concertados entre sí, de nuevo tornaron á las armas con no menor porfia que antes. Vano es el atrevimiento sin fuerzas; así fué que primeramente L. Emilio y Publio Carisio, despues Cayo Furnio mataron á muchos de los alborotados, con que sosegaron á los demás. Muchos, por no sujetarse y por miedo de la crueldad de los romanos, se dieron á sí mismos la muerte con tan grande rabia, que hasta las madres mataron á sus hijos, y un mozo por mandado de su padre dió la muerte á él y á su madre y á sus hermanos, que presos y atados en poder de los enemigos estaban. Otros, alegres y cantando como si escaparan de un grande mal, iban á la horca, ca tenían por cosa honrosa dar la vida por la libertad. Parte asimismo de los que hicieron esclavos se concertaron entre sí, y muertos sus amos, se acogieron á los montes, de donde á manera de salteadores corrian la tierra, y no cesaban de mover á los pueblos comarcanos á tomar las armas. Para sosegar estas alteraciones fué necesario que Marco Agripa, ya yerno de Augusto, desde Francia, donde tenía el gobierno de aquella tierra, pasase en España. Peleó algunas veces con aquella gente obstinada llevando los suyos lo peor. Por esto afrontó una legion entera, que tenía la mayor culpa del daño, con quitarle el sobrenombre de Augusta que antes le daban. Con este castigo despertaron los demás soldados y se hicieron mas recatados y valientes. Por conclusion, todas aquellas alteraciones se sosegaron de todo punto, y Agripa quedó por vencedor. Todos los que podían traer armas fueron muertos; á la demás muchedumbre, quitadas asimismo las armas, hicieron que pasasen á morar á lo llano, remedio con que cesó la ocasion de alborotarse; y finalmente, aunque con dificultad, se apaciguaron. La honra del triunfo que por estas cosas ofreció á Agripa el Senado; á ejemplo de su suegro, no quiso aceptar. Solo vuelto á Roma, en un portal ó lonja del campo Marcio mandó pintar una descripcion de España, bien que las medidas de la Bética ó Andalucía no estaban de todo punto ajustadas, como lo testifica Plinio. Esto en España. En Roma Cornelio Balbo, natural de Cádiz, de quien se dijo fué cónsul, triunfó de los garamantas el año diez y seis antes de la venida de Cristo, y fué el primero de los extranjeros á quien se hizo aquella honra, y juntamente el postrero de los particulares; ca despues que Roma vino en poder de un señor, solo los emperadores y sus parientes triunfaron en lo de adelante de las gentes que vencian; y á la verdad el aparato de los triunfos de buenos y honestos principios era ya llegado á tanta locura y gasto, que apenas lo podían llevar los grandes imperios. A los demás, en lugar de aquella honra; daban los ornamentos triunfales, que eran una vestidura rozagante, una guirnalda de laurel, una silla que llamaban curul, un báculo de marfil. Hay quien diga que despues de todo esto hubo nuevos movimientos entre los cántabros, y que los embajadores que en-

viaron á Roma á dar razon de sí y de la causa de aquellas alteraciones, repartidos por diversas ciudades de Italia, perdida que vieron la esperanza de volver á su tierra, todos tomaron la muerte con sus manos. Entre ingenios tan groseros y gente tan fiera algunos españoles se señalaron por este tiempo, y fueron famosos en los estudios y letras de humanidad. Cayo Julio Higino, liberto de Augusto, y Porcio Latron, grande hombre en la profesion de retórica y amigo de Séneca, el padre del otro Séneca que llamaron el Filósofo, fueron ilustres en Roma y honraron á España, cuyos naturales

eran, con la fama de su erudición. Los libros que andan en nombre de Higino, los mas los atribuyen á otro del mismo nombre, alejandrino de nacion; pero Suetonio parece sentir lo contrario, porque dice que á un mismo unos le hacian alejandrino, otros español, á los cuales él sigue; y añade que tuvo cuidado de la biblioteca ó librería de Augusto, y fué muy familiar del poeta Ovidio Nason; demás desto, que Julio Modesto, su liberto, en los estudios y en la doctrina siguió las pisadas de su patron.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

De la venida del Hijo de Dios al mundo.

LLEGAMOS á los felicísimos tiempos en que el Hijo de Dios, como era necesario en cumplimiento de lo que habian prometido los santos profetas, se mostró á los hombres en la carne hecho hombre, y con una nueva luz que trajo á la tierra enseñó al género humano descarriado y perdido, y le allanó el camino de la salud. Restituyó la justicia, que andaba desterrada del mundo, y alcanzado con su muerte el perdon de los pecados, edificó á Dios Padre un templo santo á la traza del celestial, y le fundó para siempre en la tierra, el cual se llama la Iglesia, cuyos ciudadanos y partes somos todos aquellos que por beneficio del mismo Dios hemos recebido por todo el mundo la religion cristiana, y con fé pura y firme la conservamos. Y por quanto de las primeras provincias del mundo que abrazaron este culto y religion, y de las que mas recio en ella tuvieron, fué una España, será necesario relatar lo mucho que hizo y padeció en aquellos primeros tiempos de la Iglesia por esta causa; juntamente será bien poner por escrito la nueva forma y traza que se dió en el gobierno seglar, las vidas y hechos de los emperadores romanos, como de señores que eran de España, las peleas y luchas de los primeros cristianos, triunfos y coronas de los santos mártires, aquellos que por la verdad perdieron las vidas y derramaron su sangre; dichosas y nobles almas. La brevedad que seguiremos será muy grande, tocar es á saber mas que poner á la larga cada cual destas cosas, porque no crezca esta obra mas de lo que seria razon. Ayuda y acude desde el cielo, divina luz, encamina y endereza nuestros intentos y pluma, trueca nuestra ignorancia con sabiduría mas alta, haz que nuestras palabras sean iguales á la grandeza del sugeto; todo por tu bondad y por la intercesion de tu santísima Madre. El nacimiento de Cristo hijo de Dios en el mundo fué á 25 de diciembre del año que se contó de la fundacion de Roma 752, 42 del imperio de Augusto, en que fueron cónsules Octaviano Augusto la trecena vez y Marco Plaucio Silvano. Deste número de años algunos quitan un año, otros dos, y aun no concuerdan todos en los nombres de los cónsules que fueron á la sazón; variedad que

asimismo en tiempo de san Agustín sucedió, como él mismo lo refiere. Nosotros, consideradas todas las opiniones y las razones que hacen por cada una de ellas, seguimos lo que nos parecia mas probable y á lo que autores mas graves se arriman. El lector podrá por lo que otros escriben escoger lo que juzgare mas conforme á la verdad. Dejadas pues aparte esta y semejantes cuestiones, vendremos á las cosas de España, dado que por este tiempo apenas se ofrece cosa que de contar sea, sino lo que es mas principal, que reducidas todas las provincias debajo del imperio y gobierno de un monarca, los españoles así bien que todos los demás gozaban del sosiego y de los bienes de una bienaventurada paz, cansados de guerras tan largas, que encadenadas unas de otras se continuaron por tantos años. A la verdad era razon que el autor de la paz eterna Cristo hijo de Dios, ó la hallase en el mundo, ó le trajese la paz. Por esta causa pocas cosas memorables sucedieron en España en tiempo de los emperadores Augusto y Tiberio; sin embargo, se relatarán algunas, mas por continuar la historia que por ser ellas muy notables. Entre los historiadores solo Dion, sin señalar tiempo ni lugar, en particular cuenta que un capitán de salteadores llamado Corocota, de los muchos que quedaron por toda España á causa de las guerras pasadas, y por la libertad y fuerzas que habian tomado, hacian mal y daño por todas partes; dice pues que como le buscasen con diligencia para darle la muerte, él mismo de su voluntad se presentó delante el Emperador; con lo cual no solo le perdonó, sino le dió tambien el dinero y la talla que estaba prometida al que le prendiese ó matase. Falleció de su enfermedad Augusto en Nola de Campaña á 19 de agosto el año 15 de Cristo en edad de setenta y seis años menos treinta y cinco dias. Fué el primero de los emperadores romanos; y si miramos las cosas humanas, el mas dichoso de todos, ca vengó la muerte de César, su padre adoptivo y tío natural, venció á Sexto Pompeyo en Sicilia, á Marco Lépidio, su compañero, redujo á vida particular, y no mucho despues desharató á Marco Antonio junto á la Prevesa en una batalla naval que le dió; quedó solo con el imperio por espacio de cuarenta y cuatro años. Mereció nombre de padre de la patria por las excelentes cosas que hizo en guerra y paz. Le-

vantó muchos edificios, por donde soñá decir que la ciudad de Roma era antes de ladrillo, y él la había hecho de mármol. Dejó por su sucesor á Tiberio Neron, su entenado, vencido de los halagos de Livia, su muger, dado que Germánico y sus hijos tenían mejor derecho á heredarle. Gobernó Tiberio Neron el imperio de Roma veinte y dos años, seis meses y algunos dias. Fué hombre vario y de ingenio, que tenía de bien y de mal. Al principio se gobernó bien, adelante se dió á la lujuria de todas maneras, á la crueldad y avaricia, con que afeó la buena fama que tenía ganada. El vulgo le llamaba Callipedes, que es un animal, el cual se mueve muy de prisa, y nunca pasa de un codo adelante. Diéronle este nombre porque todos los años hacia aprestar todo lo necesario para visitar las provincias, por otra parte resuelto de no dejar á Roma ni ausentarse. En tiempo deste emperador Germánico hacia la guerra en lo postrero de Francia, y sabida en España la falta que padecía de cosas necesarias, le enviaron armas y caballos junto con cantidad de dineros que él no quiso aceptar, aunque recibió lo demás, y dió gracias á los españoles por la mucha voluntad que á la república de Roma mostraban. Esto avino el año segundo del imperio de Tiberio, en que se dió licencia á los embajadores de la España citerior para que en ella edificasen un templo en memoria de Augusto. En competencia desta adulacion, la España ulterior hizo por sus embajadores instancia con el Emperador para que, á ejemplo de Asia, les fuese lícito hacer lo mismo en memoria del mismo Tiberio y de Livia, su madre; cosa que no se usaba dedicar á ningún príncipe templo antes de su muerte. Oyó el Emperador esta embajada, pero no quiso venir en lo que le pedian, antes mostró pesarle de la licencia dada á los asiáticos; todo era en él modestia afectada. Por el mismo tiempo se alteraron de nuevo los cántabros, y con robos y correrías que hacían de ordinario daban pesadumbre á los comarcanos. Por esta causa los romanos fueron forzados á repartir guarniciones por aquella tierra; prevencion con que por una parte se enfrenó este atrevimiento, y por otra con la comunicacion de aquellos soldados romanos los naturales dejaron su fiereza acostumbrada y se hicieron mas humanos. Demás desto, Gneio Pison, gobernador poco antes de España, ó por mejor decir robador, por sospechase que dió la muerte á Germánico César con yerbas en Antioquía, la del rio Orontes, vuelto á Roma, se dió á sí mismo la muerte, sea porque su conciencia le acusaba, sea por no poder contrastar á la rabia del pueblo, el cual, por el amor que tenía á Germánico, estaba furioso, y se inclinaba á creer de Pison lo que se sospechaba. Otra cosa sucedió muy nueva y extraordinaria, y fué que á Vibio Sereno, procónsul que fué de la España ulterior, acusó su mismo hijo de haber cohechado aquella provincia; fué convencido en juicio, y por ello desterrado á Amorga, que es una de las islas del mar Egeo, y se cuenta entre las Cícladas. Asimismo Lucio Pison, pretor que era de la España citerior, con imposiciones nuevas y muy graves que inventó, alborotó los ánimos de los naturales, de suerte que se conjuraron y hermanaron contra él. Llegó el negocio á que un labrador termostino en aquellos campos le dió la muerte. Quiso salvarse despues de tan gran hazaña, pero fué descubierto por el caballo

que dejó cansado. Hallado y puesto á cuestion de tormento, no pudieron hacer que descubriese los compañeros de aquella conjuracion, dado que no negaba tenerlos. Y sin embargo, por recelarse que la fuerza del dolor no le hiciese blandear, el dia siguiente sacado para de nuevo atormentarle, se escapó de entre las manos á los que le llevaban, y con la cabeza dió en una peña tan gran golpe, que rindió el alma; tanto pudo en un rústico la fe del secreto y la amistad. Esto sucedió en España el año 26 de Cristo. En Roma seis años adelante Junio Gallion, hermano de Séneca el Filósofo, por mandado del emperador Tiberio, fué desterrado de Roma, no por otra culpa sino porque sin su licencia propuso en el Senado que á los soldados pretorianos, cumplido el tiempo de su milicia, para ver los juegos públicos y para honrarlos diesen en el teatro asiento mas alto de lo que acostumbraban. Sexto Mario otrosí, hombre de nacion español, y tan rico que en espacio de dos dias hizo derribar en Roma cierta casa de un su vecino que vivía junto á las suyas, y despues mudado parecer, la tornó á reedificar; este fué acusado de haberse aprovechado de una hija suya que tenía de gentil parecer; convencido del delito, le despeñaron del monte Tarpeyo; la hija al tanto fué muerta. Dijo que sus riquezas le acarrearón aquel daño, por hacer el pueblo juicio de lo que á otros había pasado, en especial que luego el Emperador se apoderó de todas ellas. Mostrábase con la edad mas inclinado á la codicia y de peores mañas y mas dañadas costumbres. Justo castigo del cielo que se despeñase en tantos males el que no castigó como fuera razon la muerte que dieron contra justicia á Cristo nuestro Señor, cuya vida fué santísima, cual convenia al que era Hijo de Dios. Murió puesto en una cruz el año treinta y cuatro de su edad á 25 de marzo; los que sienten de otra manera reciben engaño, como en particular tratado lo averiguamos. Tal fué la paga que los hombros dieron á su inocencia, á su doctrina y á tantos beneficios como les hizo. Las mismas piedras como con un callado dolor se quebrantaron; la tierra padeció un temblor extraordinario; el mismo sol se oscureció y encogió sus rayos; bastantes testimonios y muestras de cuán grave era esta maldad. Pero sin tardanza, como él mismo lo tenía dicho, y como era necesario, abierto al tercero dia el sepulcro en que le pusieron, y espantadas con el gran ruido que resultó las guardas, salió sano, vivo y salvo; milagro nunca oido, manifiesta prueba de su santa divinidad. Algunos entendieron que la ave fénix, la cual fué vista, como lo refieren Dion, Tácito y Plinio, antes del postrer año del imperio de Tiberio, dió indicio y fué pronóstico y muestra de la resurreccion de Cristo hijo de Dios, por suceder en aquel tiempo y ser ella de tal naturaleza, que de sus cenizas despues de muerta torna á revivir.

CAPITULO II.

De los emperadores Cayo y Claudio.

Falleció el emperador Tiberio á 16 de marzo del año setenta y ocho de su edad, que era el 38 del nacimiento de Cristo, y á la sazón eran cónsules Gneio Aceronio Proculo y Cayo Portio Nigro. Sucedió en el imperio Cayo, hijo de Germánico, el cual de cierto gé-

nero de calzado de que usaban los soldados, y en latin se llamaba *caligae*, tuvo sobrenombre de Calígula. Señalóse solo en la locura, que le duró toda la vida, y en la fea muerte con que acabó, porque pasados tres años, diez meses y ocho dias, que gastó en maldades y y deshonestidades extraordinarias, fué muerto por Querea, tribuno de una cohorte pretoria, que es lo mismo que capitán de una compañía de su guarda. Emilio Régulo, cordobés, intentó antes lo mismo; el ánimo fué grande, y no menor que el de Querea; la fortuna le fué contraria, porque fué descubierto y pagó con la vida. Al tiempo que murió Tiberio, Agripa (san Lúcas en los *Actos de los Apóstoles* le llama Heródes) se hallaba por su mandado en prision en Roma, á causa que en cierto convite mostró deseo que Cayo sucediese en el imperio. Recompensóle él este amor, no solo con sacalle de la prision, sino con hacerle rey de Iturea en lugar de Filipo, su tío, que falleció poco antes, y era tetrarca de aquella provincia. Fué grande la envidia que á esta causa concibió contra él otro tío suyo llamado Heródes, tetrarca de Galilea, el que mató á san Juan Bautista y se halló en Jerusalem á la muerte de Cristo; tanto, que con intento de hacerle mal y daño se partió para Roma. Pero Agripa, su sobrino, se dió tal maña, que le acusó por sus cartas de cierta traicion que tramaba, y hizo tanto, que le desterraron á Leon de Francia, como lo sienten los mas autores por testimonio de Josefo en las *Antigüedades Judáicas*, dado que en otra parte dice que huyó por la crueldad del Emperador á España. Averiguase que le hizo compañía la famosa Herodiade, y que en el destierro dió fin á sus dias con muerte semejante á la vida, que fué torpe y sin concierto. Despues de la muerte del emperador Cayo Claudio, su tío, hermano de su padre, el cual por miedo no le matasen estaba escondido, fué de allí sacado para ser Emperador el año del nacimiento de Cristo de 42. Deseó el Senado romano y aun acometió á cobrar la libertad, mas no pudo salir con su intento, principalmente que el rey Agripa, á la sazón de su reino vuelto á Roma, hizo grande negociacion, y fué mucha parte para que Claudio saliese con el imperio. Él, en remuneracion deste servicio, le acrecentó el señorío con nuevas tierras que le dió. Muchos vicios reinaron en este Emperador, y sobre todos el descuido fué tan grande, que Mesalina, su mujer, se le atrevió casi á vista de sus ojos de casarse públicamente con un mancebo principal llamado Silio. Verdad es que, aunque con dificultad, en fin fué ejecutada y muerta por ello; con que el Emperador hizo otro nuevo desórden, que se casó con Agripina, sobrina suya, hija de su hermano Germánico y de Agripina, bisnieta del emperador Augusto. Estaban tales matrimonios por derecho romano prohibidos; para dar color á su torpeza hizo primero una ley, en que se daba licencia que los tíos libremente pudiesen casar con sus sobrinas. Al principio de su imperio envió desterrado á Séneca á la isla de Córcega; despues le llamó á Roma para hacerle maestro de su entenado Domicio Nerón, que á la sazón era de cinco años, y á persuasion de su mujer pretendia nombrarle por su sucesor y anteponele á su mismo hijo, llamado Británico, que le quedó de Mesalina. Tuvo el imperio casi catorce años. En este tiempo Turanio Grácula, español, floreció en

Roma con fama de hombre erudito; asimismo Lucio Moderato Columela, natural de Cádiz, cuyos libros de agricultura andan comunmente. Séneca en sus declamaciones hace mencion de otros dos oradores españoles que vivieron por este tiempo en Roma: el uno se llamó Cornelio, el otro Clodio Turino. El mas famoso fué Porcio Latron, de quien se habló poco antes, y dél dice Quintiliano que al principio de sus razonamientos y oraciones solia alterarse y temblar mas de lo que su edad pedia y el grande ejercicio que tenia en orar. Eusebio dice que murió de cuartanas. Anda una declamacion suya contra Lucio Catilina. Algo mas viejo que todos estos era y vivia en Roma Sextilio Hena, natural de Córdoba, mas conocido por la desigualdad de su estilo y rudeza de sus versos que por su erudicion y poesia. Gobernaba por estos tiempos con nombre de despensero la España citerior Drusilano Rotundo, libertero del emperador Claudio; la Bética un hombre principal llamado Umbonio Silio. Junto con esto se abrian en España las zanjas y se echaban los cimientos de la religion cristiana; porque Jacobo, hijo del Cebedeo, por sobrenombre el Mayor, despues que predicó en Judea y en Samaria, como lo testifica Isidoro, vino en España. Publicó la nueva luz del Evangelio primero en Zaragoza, donde por su amonestacion se edificó un templo con advocacion de la Virgen sagrada, que hoy se dice del Pilar: así lo tiene comunmente aquella gente como cosa recibida de sus antepasados y venida de unos á otros de mano en mano. Nosotros no teniamos propósito de alterar opiniones semejantes. Concuerdan en que vuelto de España á Jerusalem, la causa no se sabe; pero que en aquella santa ciudad fué martirizado en los dias de los ácidos á 25 de marzo por Heródes Agripa, que pretendia por esta manera dar un principio agradable al reino que Claudio le habia dado de los judíos. Sobre el año en que padeció hay alguna diversidad; mas del ciclo hebreo se saca que el año 42 de Cristo los judíos celebraron su Pascua sábado á 24 de marzo, y comenzaron los dias de los ácidos ó pan cenceño, en los cuales dice san Lúcas en los *Actos* que le dieron la muerte. Su cuerpo fué tomado por sus discípulos, y puesto en una nave, costearon la mayor parte de España. Finalmente, á 25 de julio aportó á la ciudad de Iria Flavia, que en lo postrero de Galicia hoy se llama el Padron; de donde á 30 dias de diciembre, aunque el año no se sabe, le trasladaron á Compostella, lugar consagrado y venerado de todo el mundo por estar allí aquel sagrado sepulcro. En toda España se hace fiesta y memoria deste santo Apóstol el dia que llegó á España, y el en que fué trasladado; pero en el mes de marzo, cuando fué muerto, no se le hace fiesta por estar la Iglesia ocupada con el ayuno de la Cuaresma y con las lágrimas de la penitencia, costumbre muy guardada antiguamente de no celebrar en aquel tiempo fiesta de ningun santo. Estuvo el cuerpo deste Apóstol olvidado por largos tiempos hasta tanto que en tiempo del rey don Alonso el Casto, por los años del Señor de 800, fué descubierto por amonestacion divinal, y en el mismo lugar edificaron en su nombre un muy famoso templo, donde ha sido siempre muy reverenciado. Acrecentóse esta devocion cuando el rey don Ramiro, que reinó poco despues de don Alonso, en la famosa batalla de Clavijo, con la ayuda deste glorioso

Santo venció una innumerable morisma, y por medio desta victoria libró á los cristianos de un gravísimo tributo, que cada un año entregaban á los moros por parias cien doncellas escogidas, que era una servidumbre miserable. Por esta causa desde entonces se dió principio á la costumbre que tienen los soldados españoles de apellidar el nombre de Santiago y invocar su ayuda al tiempo del pelear. Asimismo en memoria deste beneficio por voto se obligaron de pagar cada un año al templo de Santiago de cada yugada de tierras cierta medida de trigo; costumbre que, por haberse alterado muchas veces, los pontífices romanos con diversas bulas expedidas á este propósito la han renovado, y hoy día en gran parte de España se guarda. Tiénese por cierto que el tiempo que estuvo Santiago en España se le llegaron muy pocos discípulos; los que mas dicen, cuentan nueve escogidos entre los demás; es á saber, Pedro, obispo de Eborá en Portugal, en cuyo lugar otros ponen á Tesifonte, obispo bergitano, que fué una ciudad no léjos de la que hoy llamamos Almería; Cecilio, eliberritano, que era una ciudad cerca de donde hoy está Granada; Eufrasio, iliturgitano; Secundo, obispo de Avila; Indalecio, ureitano (Urci se entiende era un pueblo que hoy se llama Verga en los confines de Navarra); Torcuato, accitano, que es lo mismo que obispo de Guadix; Hesiquio, cartesano, no léjos de Astorga; por conclusion, Atanasio y Teodoro, guardas que fueron del sepulcro sagrado, como se tiene por fama, y aun sus sepulcros se muestran del uno y del otro lado del en que está el Apóstol. Algunos escritores piensan que todos estos que llaman discípulos de Santiago, fueron enviados en España por los sagrados apóstoles san Pedro y san Pablo para predicar en ella el Evangelio de Cristo. Pelagio, obispo de Oviedo, que escribió su historia habrá quinientos años, cuenta por discípulos de Santiago á los siguientes: Calocero, Basilio, Pio, Grisógono, Teodoro, Atanasio y Máximo. La antigüedad destas cosas y de otras semejantes, junto con la falta de libros, hace que no nos podamos allegar con seguridad á ninguna destas opiniones ni averiguar con certidumbre la verdad. Quedará al lector libre el juicio en esta parte.

CAPITULO III.

Del emperador Domicio Neron.

A Claudio mató con yerbas que le dió un eunuco que le servia de maestresala y le hacia la salva; otros dicen que Agripina, su mujer, por ver emperador á su hijo Domicio Neron, deseo muy perjudicial para ella misma. Lo que consta es que pasó desta vida el año de 55 de Cristo. Domicio, su entenado y sucesor, gobernó el imperio catorce años, los cinco primeros muy bien, como lo testificaba el mismo Trajano; despues con la edad se despeñó en todo género de torpezas y crueldades, no de otra manera que cuando una bestia fiera se suelta de donde está encerrada, que todo lo asuela, en tanto grado, que dió la muerte á su misma madre, con la cual primero habia pretendido usar deshonestamente. Lo mismo hizo con una su tía y dos mujeres que tuvo, Octavia y Popea, sin perdonar á Séneca, su maestro, ni al incluíto poeta Lucano, hijo que fué de Mella, hermano de Séneca, ni á otro gran número de gente principal: cruel carnicería y fea. Pero en lo que mas

se señaló su torpeza fué que, á manera de mujer, tomó el velo y se casó públicamente con un mozo, como si fuera su marido; y al contrario, hizo abrir un muchacho á manera de mujer para casarse con él: tanto puede un apetito desenfrenado. En el teatro, á manera de representante, cantaba y tañía delante de todo el pueblo muchas veces. Pasó tan adelante su locura, que para holgarse y como por burla puso fuego á la ciudad de Roma, con que se quemó casi toda. Fué grande la indignacion del pueblo por sospechar lo que era; para remedio impuso á los cristianos haber causado aquel daño, y así, fué el primero de los emperadores romanos que los persiguió y afligió con todo género de tormentos. Derramaba por una parte las riquezas que decia solo debian servir de dallas; por otra codiciaba y tomaba contra razon las ajenas, como monstruo compuesto de vicios contrarios. De la hacienda pública era pródigo, codicioso de los bienes particulares. Por este tiempo el famoso encantador Apolonio Tianeó, entre otras provincias por donde discurió, vino tambien á España. Lo mismo hizo el apóstol san Pablo despues que se libró en Roma de la cárcel, segun que en la *Epístola á los romanos* mostró desearlo y pretenderlo. Así lo dicen graves autores, y aun se tiene por cierto que en este viaje puso de su mano por obispo de Tolsosa á Rufo, hijo de Simon el Cireneo, aquel que ayudó á llevar la cruz á Cristo, y hermano de Alejandro. Asimismo Beda [y Usuardo] testifican que dejó por obispo de Narbona á Sergio Paulo, al cual, de procónsul que era en la isla de Chipre, convirtió en siervo de Cristo, segun que en los *Actos de los Apóstoles* se refiere. Y aun no falta quien diga que llevó consigo á Jerotco, por sobrenombre el Divino, maestro de Dionisio Areopagita, de España donde era natural y tenia cargo del gobierno, como persona que era de grande autoridad y prudencia. Otros contradicen todo esto por razones que aquí no se refieren. Porque lo que el Metafraste afirma que el apóstol san Pedro asimismo vino á España, los mas eruditos lo tienen por engaño y cosa sin fundamento; verdad es que desde Roma envió á san Saturnino por primer obispo de Tolsosa de Francia, al cual sucedió Honorato, cántabro de nacion, que envió á Firmino, hijo de Firmo, á predicar el Evangelio en lo mas adentro de Francia. Obedeció él, y predicó primero en Angers, despues en Beoves, y últimamente en Amiens; y fué el primer obispo de aquella ciudad, y en ella derramó su sangre, y como á tal le hacen fiesta y tienen templo consagrado en su nombre. Honesto, sacerdote de Saturnino, enviado por él á Pamplona para enseñar en aquella ciudad y su comarca el Evangelio, fué maestro de Firmino, y le enseñó en su tierna edad, cá era natural de Pamplona; pero esto sucedió algo adelante. Habia Servio Sulpicio Galba gobernado la España citerior por espacio de ocho años. Era ya muy viejo y de mas de setenta años cuando le nombraron emperador con esta ocasion; Julio Vindice, á cuyo cargo estaba la Gallia Narbonense, alterado por las crueldades de Neron y por las demás torpezas suyas, convidó á Galba como persona de grande autoridad, y le requirió por sus cartas que acudiese al remedio de tanto mal con aceptar el imperio. Excusóse Galba de hacer esto por su mucha edad y por la grandeza del peligro; por esto el mismo Vindice se declaró y tomó las armas contra Neron. Sabido lo que pasaba en la Gallia,

Galba asimismo en una junta de personas principales que de toda España tuvo en Cartagena, con un razonamiento muy cuerdo relató las causas por donde le parecía, no solo lícito, sino necesario acudir á las armas en aquella demanda y socorrer á la república. Dijo que Neron era un cruel monstruo y fiero, cuyos vicios con ningún sacrificio se podían mejor atajar que con su misma sangre; que todos ayudasen á la madre comun afligida y echada por tierra, antes que con aquel fuego se abrasasen todas las provincias, con el cual casi toda la nobleza romana y muchas otras familias estaban acabadas; tan grande era la crueldad y fiereza de aquel hombre, si se debía llamar hombre, y no antes bestia fiera. Lo que por los otros pasaba podía tambien avenir á los demás y á cada cual de los que allí presentes se hallaban, pues ni la inocencia de la vida ni la honestidad de las costumbres eran parte para librar á ninguno de aquel tirano, que se gobernaba, no por razon, sino por fuerza y antojo. Si su propio peligro no bastaba para despertarlos, mirasen á lo menos por sus hijos, por salvar á los cuales las mismas bestias se meten por el hierro y por las llamas, forzadas del amor natural que tienen á los que engendraron. Acaso se hallaba presente un niño que, sin respeto de su tierna edad, había sido desterrado á Mallorca por Neron. Encendidos pues los que presentes estaban con tal espectáculo y con el razonamiento que les hizo Galba, con grande alarido, que todos se levantaron, le apellidaron Augusto y emperador; mas él no quiso aceptar el tal nombre, antes protestó que sería capitán del pueblo romano y lugarteniente del Senado contra Neron, que fué una modestia notable. Mucho ayudó para llevar adelante estos intentos Oton Silvio, gobernador que á la zazon era de la Lusitania, y los años pasados tuvo grande cabida con Neron; que aprobó el consejo de Galba, y resuelto de correr la misma fortuna con él, acuñó todo el oro y plata, que tenia en gran cantidad, para los gastos de la guerra y paga de los soldados. Por todo lo cual fuera digno de inmortal renombre si acometiera tal empresa en odio del tirano, y no pretendiera vengar sus disgustos particulares y la afrenta que le hizo Neron en tomarle por su combleza á Popea Sabina, su mujer; para gozar de la cual mas á su voluntad con muestra de honrar á Oton le alejó de Roma y le hizo gobernador de la Lusitania, que era lo postrero de España y del mundo. Hecho esto y despues de la muerte que dió Neron á Octavia, su mujer, hija del emperador Claudio, se casó con Popea, que fué nuevo dolor para el otro marido y nueva afrenta. Tuvo Oton, así por esta ayuda como por ser persona de ingenio, el primer lugar acerca del nuevo Emperador, aunque en competencia de Tito Junio, su lugarteniente; bien que se le adelantaba en ser mas amado del pueblo, porque sin mirar á interés daba la mano á los necesitados, y Junio acostumbraba á vender los favores del nuevo Príncipe, por donde tenia ofendida gran parte de la gente y de los soldados. Julio Vindice en la Gallia, donde se declaró contra Neron, vencido en batalla, se dió á sí mismo la muerte. Virginio Rufo, que fué el que le desbarató, no quiso tomar el imperio para sí como pudiera; antes lo remitió todo á la voluntad del Senado, que fué una señalada templanza y modestia. Esto mandó que despues de su muerte se declarase en un dístico cortado en su sepultura y lucillo en latin, que hace este sentido:

¿ QUIÉN YACE AQUÍ? RUFO.
 ¿ EL QUE AL TIRANO
 VINDICE VENCISTE? SÍ;
 MAS NO EL SCEPTRO
 TOMÉ. ¿ PUES QUIÉN?
 MI PATRIA DE MI MANO.

Mucho se alteró Galba con las nuevas del desastre de Vindice; parecia que la fortuna ó fuerza mas alta era contraria á sus intentos. Recogióse casi perdida la esperanza á la ciudad de Clunia (este nombre está corrompido en Plutarco, que pone colonia por Clunia, como se entiende por las monedas que se hallan en España de Galba, por las cuales se ve que en aquella ciudad lo dieron el imperio); pero no tardó de llegar otra nueva de la muerte de Neron, con que volvió sobre sí y cobró ánimo. El caso pasó de esta manera. Luego que el Senado tuvo aviso de lo que Julio Vindice en la Gallia y despues Galba en España hicieron, que fué levantarse contra Neron y tomar las armas, entraron en pensamiento que podrían derribar al tirano. Con este intento hicieron un decreto en que declararon á Neron por enemigo de la patria. Llegó el negocio á que sus mismas gentes y criados le desampararon, como suelen todos aborrecer á los malos. Huyó él y escondióse cerca de Roma en una heredad de un su liberto llamado Faonte; allí, perdida la esperanza de salvarse, por no venir á las manos de sus enemigos, se dió á sí mismo la muerte en edad que tenia de treinta y dos años. Desta manera acabaron las maldades deste príncipe, y en él la alcuña de los Césares y Claudios, que tantos años tuvieron el imperio de Roma. Tívose por entendido, principalmente entre los cristianos, que sanó de la herida, y que á su tiempo se mostraria al mundo con oficio de Antecristo. Lo cierto es que Galba, avisado de lo que pasaba, acordó de partir sin dilacion para Roma; llevó en su compañía para guarda de su persona y para todo lo que sucediese una legion de soldados escogidos de todas las partes de España. Llevó otrosí á Fabio Quintiliano, natural de Calahorra, que fué aventajado en la profesion de la retórica. Sus instituciones oratorias estuvieron perdidas por mas de seiscientos años. Hallólas y sacólas á luz Poggio Florentin en tiempo del concilio de Constancia en cierto monasterio de aquella ciudad. Las declamaciones que andan al fin de aquella obra en su nombre, por el mismo estilo, se entiende fueron de otro autor. A la sazón que acabó Neron era cónsul en Roma Silio Itálico, que fué el año de Cristo de 69. Los mas sienten que este cónsul fué español; Crinito dice que nació en Roma, pero que su descendencia era de España; Gregorio Giraldo afirma que era lo uno y en lo otro hay engaño, y que fué natural de los Pelignos, pueblos del reino de Nápoles, y nació en un lugar de aquella comarca llamado Itálica, de que procedió el engaño de los que le hicieron de España por haber en ella otra ciudad del mismo nombre. La verdad es que con la edad, dejado el gobierno de la república, se retiró en cierta heredad que tenia camino de Nápoles, en que pasaba la vida y se entretenia en los estudios de poesia; y en particular escribió en verso heróico la segunda guerra Púnica que hicieron los romanos contra los cartagineses. Por el mismo tiempo floreció en Roma Séneca, llamado el Trágico, de las tragedias que compuso muy elegantes, á diferencia de Séneca

el Filósofo, con quien no se sabe si tuvo algun deudo, bien que muchos lo sospechan por convenir en el nombre y ser casi del mismo tiempo. Quintiliano hace mencion de una sola tragedia que andaba en nombre de Séneca el Filósofo, que debió perderse con el tiempo. Volvamos á Galba que, llegado á Roma, gobernó el imperio por espacio de siete meses; al cabo dellos los soldados de su guarda, que llamaban pretorianos, en un motin que levantaron le dieron la muerte. Estaban irritados por no darles el donativo de que les dieran intencion, y que ellos esperaban. Principalmente se ofendian de la severidad de Galba, cosa que costumbres tan estragadas no llevaban bien; y en particular los alteró cierta palabra que se dejó decir, es á saber, que él no compraba, sino que escogia los soldados. El que los alborotó últimamente fué Oton, por ver que Galba adoptó poco antes por su sucesor en el imperio á Pison, mancebo de grandes prendas y partes. Doliase que lo que á él se debía por lo mucho que le ayudara y sirviera se hobiese dado á otro que no lo merecia. Concerióse con algunos de aquellos soldados, y á cierto dia señalado se hizo llevar en una silla á los alojamientos de los pretorianos, donde sin tardanza fué saludado por emperador. Desde allí revolvió contra Galba, y le dió la muerte juntamente con Pison y Tito Junio; pero el poder adquirido por maldad no le duró mucho, ca solamente tuvo el imperio por espacio de noventa y cinco dias. Fué así que las legiones de Alemaña, á ejemplo de lo que hiciera el ejército de España, pretendieron que tambien podian ellos dar emperador á la república, y en efecto, nombraron por tal á su general Aulo Vitellio. Juntósele la Gallia sin dificultad; España andaba en balanzas. Acudió primero Oton, y por tenella de su parte, le otorgó que tuviese jurisdiccion sobre la Mauritania Tingitana; de que resultó por largos tiempos que los de aquella tierra acudian con pleitos á la audiencia ó convento que los romanos tenian en Cádiz, y aun quedó sujeta á los godos el tiempo que fueron señores de España. Sin embargo, Lucio Albino, gobernador de la Mauritania, para asegurar mas el partido de Oton, pasó en España; pero fué rechazado y forzado á dar la vuelta por Cluvio Rufo, al cual Galba dejó en el gobierno de España, y despues de su muerte estaba declarado por Vitellio. La conclusion y el remate destas diferencias fué que Oton, rodeado de grandes dificultades, salió al encuentro á los enemigos hasta Lombardia, de los suyos fueron vencidos cerca de un pueblo llamado Bribriaco, situado entre Verona y Cremona. Y él, luego que llegó la nueva deste desastro, en Brijelo donde se habia quedado, se dió la muerte con sus mismas manos en edad que era á la sazón de treinta y ocho años. Parecióle que con esto se excusaba que no fuese adelante aquella guerra cruel y perjudicial para ambas las partes y para todo el imperio. Con el aviso desta victoria, Vitellio desde la Gallia, en que se entretenia, pasó los montes y se metió por Italia; llegó por sus jornadas á la ciudad de Roma, en que hizo su entrada armado y rodeado de soldados no de otra manera que si triunfara de su patria. Esto y ser el progreso de su gobierno semejante á estos principios le hizo muy odioso. Habia pasado su edad en torpezas, y con el poder continuaba la libertad de los vicios y mayores maldades; por esta causa comenzó á ser tenido en poco, y las legiones del

oriente tomaron ocasion para probar tambien ellas ventura y nombrar emperador, como lo hicieron con mayor acierto y prudencia que las demás.

CAPITULO IV.

De los emperadores Flavio Vespasiano y sus hijos.

Flavio Vespasiano, cabeza que fué y fundador del linaje nobilísimo de los Flavios, en tiempo del emperador Claudio y por su mandado hizo la guerra en Inglaterra y en una isla llamada Vecta, puesta entre Francia y la misma Inglaterra, que dejó del todo sujeta. Con esto y con las muchas victorias que ganó en esta empresa se hizo muy conocido; pero por correr adelante los temporales muy turbios, se retiró y se fué á vivir á cierto lugar apartado, de do el año penúltimo de Neron le llamaron para encargarle la guerra contra los judios, gente porfiada y que con grande obstinacion andaban alborotados. Grandes dificultades tuvo en esta empresa, mas al fin salió con lo que pretendia. Tenia sujeta casi toda aquella provincia cuando sus mismos soldados le nombraron y hicieron emperador. Muciano, gobernador que era de la Suria, por una parte, y por otra Tiberio Alejandro, á cuyo cargo estaba de Egipto, le convidaron y exhortaron á tomar el imperio; y tomada resolucion, hicieron cada cual á sus legiones que le jurasen por tal, que fué abrir camino á las otras provincias para que con grande voluntad se declarasen. Era necesario lo primero acudir á Italia, donde Vitellio estaba apoderado. Tomó este cuidado Muciano; mas anticipóse Antonio Primo, que estaba en Pannonia ó Hungría, y fué el primero que por parte de Vespasiano rompió por Italia, y cerca de Verona desbarató un ejército de Vitellio. Sucedieron otros muchos trances, que se dejan; en conclusion, el mismo Vitellio el nono mes de su imperio fué en Roma muerto en edad de cincuenta y siete años. Con esto Vespasiano, dejando á su hijo Tito para dar fin á la guerra judaica, pasó á Egipto, y desde Alejandria se hizo á la vela con buenos temporales; aportó á Italia, y llegó el año 72 de Cristo. En Roma, con gran voluntad del Senado y del pueblo, entró en posesion del imperio, que estaba para para perderse por la revuelta de los tiempos y por la mala traza de los emperadores pasados. Gobernó la república por espacio de diez años enteros con tanta prudencia y virtud, que fuera del conocimiento de Cristo, casi ninguna cosa le faltaba. Algunos le tachan de codicioso; pero excúsale en gran parte la grande falta de los tesoros públicos y los temporales tan revueltos, demás de grandes edificios que levantó en Roma, entre los demás el templo de la Paz y el Anfiteatro, dos obras de las mas soberbias del mundo. Fué el primero de los emperadores romanos que señaló salarios cada un año á retóricos latinos y griegos que con enseñasen aquel arte en Roma. Acabó su hijo de sujetar la provincia de Judea, entró por fuerza y asoló la santa ciudad de Jerusalem, triunfó en Roma juntamente con su padre. La pompa y aparato fué muy grande; llevaban delante, entre otras cosas, el candelero de oro y los demás vasos y ornamentos muy ricos y muy preciosos del templo de Jerusalem. Grande fué el número de los judios cautivos; parte dellos, enviados á España, hicieron su asiento en

la ciudad de Mérida. Así lo testifican sus libros; si fué así ó de otra manera, no lo determinamos en este lugar. Lo que consta es que les vedó morar de allí adelante ni reedificar la ciudad de Jerusalem; demás desto, que al principio de su imperio, con intento de granjear á España y sosegarla, que estaba inclinada y aun declarada por Vitellio, otorgó á todos los españoles que gozasen de los privilegios de Latio ó Italia para que fuesen tratados como si hobieran nacido en aquellas partes. Por este tiempo Licinio Larco era pretor de la España citerior. Deste se refiere que fué tan aficionado á las letras, y en particular por esta misma razon hacia tanto caso de Plinio, que al tanto vino á la sazón con cargo de cuestor á España, que deseaba comprar algunos de sus libros, como su *Historia natural* y otros algunos por gran suma de dinero. Deste Licinio se entiendo que edificó la puente de Segovia, obra de maravillosa traza y altura, tanto, que el vulgo piensa que fué edificio del demonio; otros atribuyen esta puente al emperador Trajano, pero ni los unos ni los otros alegan razon concluyente. Lo mas cierto es que un pueblo de Galicia, que hoy se llama Betanzos y antiguamente Flavio Brigancio, y otro que se llama el Padron, y antes se llamó Iria Flavia, demás desto el municipio llamado Flavio Axulinano, hoy Lora, con otros pueblos de semejantes apellidos, fueron fundados por personas del linaje de Vespasiano, que todos se llamaban Flavios, por lo menos en gracia deste emperador ó de alguno de sus hijos tomaron los apellidos sobredichos que antiguamente tuvieron. Pocos años ha que en los montes de Vizcaya se halló una piedra con esta letra:

HIC IACET CORPUS DILEAE SERVAE IESU CHRISTI.

que quiere decir: «Aquí yace el cuerpo de Bilela, sierva de Jesucristo.» Y porque tiene notada la era 105, algunos entienden que falleció por este tiempo, y aun quieren ponerla en el número de los santos sin bastante fundamento, antes en perjuicio de la autoridad de la Iglesia, que no permite se forjen libremente nuevos nombres de santos, ni es razon que así se haga. Yo tengo por mas probable que aquella piedra no es tan antigua, antes que la falta el número milenario, como se acostumbra á callarle, y que solo señalaron los demás años; y es cierto que en tiempo de Vespasiano no estaba introducida la costumbre de contar los años por eras; fuera de que la llaneza de aquel letrero no da muestra de tanta antigüedad ni tiene la elegancia y primor que entonces se usaba, como se pudiera mostrar por una epístola de Vespasiano, que pocos años ha se halló en Cañete, pueblo que antiguamente se llamó Sabora, cuyas palabras cortadas en una plancha de cobre no me pareció poner aquí, ni en latin, porque no las entiendo todos, ni en romance, porque perderian mucho de su gracia. En nuestra *Historia latina* la hallará quien gustase destas antiguallas. Llegó el emperador Vespasiano á edad de setenta años; falleció en Roma de su enfermedad á 24 días del mes de junio, año de nuestra salvación de 80. Fué dichoso, así bien en la muerte que en la vida, por dejar en su lugar un tal emperador como fué Tito, su hijo, ca en todas las virtudes se igualó á su padre, y se le aventajó mucho en la afabilidad y blandura de condicion y en la liberalidad de que siempre usaba, tanto, que decia no era razon que ninguno

de la presençia del príncipe se partiese descontento. Acordóse cierta noche que ninguna merced habia hecho aquel día; dijo á los suyos: Amigos, perdido hemos este día; y es así, que los príncipes han de ser como Dios, que ni se cansa de que le pidan, ni sia pedille de hacer á todos bien. Con estas virtudes granjeó tanto las voluntades, que comunmente le llamaban regalo y deleite del género humano. Cortóle la muerte los pasos muy fuera de sazón, ca no pasaba de 42 años. Tuvo el imperio solos dos años, dos meses y veinte dias. Falleció á 13 del mes de setiembre, año de Cristo de 82. No se averigua que haya por este tiempo sucedido en España cosa alguna notable; parece estaba sosegada, y con la paz reparaba y recompensaba los daños del tiempo pasado. Tenia tres gobernadores, como se dijo arriba; el de la Bética, el de la Lusitania y el de la España Tarraconesa; todos se llamaban pretores, que ya se habia tornado á usar este nombre. En la Bética se contaban ocho colonias romanas y otros tantos municipios, que eran menos privilegiados que las colonias, á la manera que entre nosotros las villas respecto de las ciudades. Las audiencias para los pleitos eran cuatro: la de Cádiz, la de Sevilla, la de Ecija y la de Córdoba. La Lusitania tenia cinco colonias y un municipio, que era Lisboa, llamada por otro nombre *Felicitas Julia*; tres audiencias: la de Mérida, la de Badajoz, la de Santaren, que entonces se llamaba *Scalabis*. La España citerior ó Tarraconesa tenia catorce colonias, y aun algunos señalan mas, trece municipios, siete audiencias, es á saber: la de Cartagena, la de Tarragona, la de Zaragoza, la de Cluvia, que es Coruña, la de Astorga, la de Lugo, la de Braga. Acostumbraban asimismo los pretores, acabado el tiempo de su gobierno entre tanto que aguardaban el sucesor, á llamarse legados ó tenientes, y no propretores como se usaba antiguamente. Echóse de ver y campeó mas la bondad del emperador Tito con el sucesor que tuvo y sus desórdenes, que fué su hermano Domiciano, persona desordenada y que degeneró mucho de sus antepasados, y fué mas semejable á los Nerones que á los Flavios. Sus vicios y torpezas fueron de todas suertes; su locura tan grande, que, lo que ninguno de sus predecesores hiciera, mandó que á su mujer diesen nombre de Augusta, y á él mismo de señor y de dios. Publicó un edicto, por el cual desterró de Roma y de toda Italia á todos los filósofos, como lo dice Suetonio. Yo por filósofos entiendo los que abrazaban la filosofia cristiana, por señalarse en costumbres y bondad, á la manera que los filósofos se aventajaban en esto á los demás del pueblo; por lo menos es cosa averiguada que Domiciano persiguió á los cristianos de muchas maneras. A san Juan Evangelista envió desterrado á la isla de Patmos; dió la muerte á Marco Acilio Glabrio cuatro años despues que fuera cónsul; asimismo quitó la vida por la misma causa á Flavio Clemente, persona otrosí consular, y á su mujer Flavia Domicila envió desterrada á la isla de Ponza, sin respeto del deudo que tenia con entrambos. Deste destierro fué adelante esta señora traída á Terracina, y por mandado del emperador Trajano dentro de su aposento la quemaron con todas las criadas que le hacian compañía. Esta carnicería que hacia Domiciano de cristianos, se entiendo le aceleró la muerte, que pronosticaron muchos rayos que cayeron por espacio de ocho

meses continuos. Su codicia al tanto le hizo muy odioso, porque luego se apoderó de las riquezas de los mártires. Algunos para ganalle la voluntad acusaron al mayordomo de Domicila, por nombre Estefano, de tener encubierta y usurpada la hacienda de su señora. Fué avisado del peligro, acudió al remedio con ponerse á otro mayor, y fué que se conjuró con ciertas personas de dar la muerte al que se la tramaba, como lo puso por obra dentro de su mismo palacio á 18 de setiembre, año de nuestra salvacion de 97. Era á la sazón Domiciano de cuarenta y cinco años; tuvo el imperio quince años y cinco meses. Su muerte dió mucha pena á los soldados, porque, para asegurarse, les daba y permitía cuanto querían; á todos los demás fué tan agradable, que entre los denuestos que le decia el pueblo, los sepultureros le llevaron á sepultar en unas andas comunes sin pompa ni honras algunas. En el Senado que se juntó luego, sabida su muerte, muchos fueron los baldones que se dijeron contra él; y porque no quedase memoria de cosa tan mala y otros escarmentasen de seguir sus pisadas, mandaron que en toda la ciudad borrasen y derribasen las armas y insignias de Domiciano, ejemplo que imitaron las demás provincias, como se da á entender por una letra que está en la puente del rio Tamaga, cerca de Chaves, pueblo de Galicia, que antiguamente se llamó *Aquae Flaviae*, donde los nombres de Vespasiano y de Tito están enteros, y el de Domiciano picado. Parece por aquella letra que aquella puente se hizo en tiempo destes tres emperadores. Por lo que toca á España, Domiciano publicó un edicto muy extraordinario; mandó que en ella no se plantasen algunas viñas de nuevo. Debía pretender que no se dejase por esta causa la labor de los campos y la sementera; decreto por ventura digno que en nuestro tiempo se renovase. Por estos mismos tiempos Eugenio, primer arzobispo de Toledo, derramó su sangre por la fe de Jesucristo; su martirio pasó desta manera. San Dionisio Areopagita desde la Gallia, donde predicaba el Evangelio, envió á san Eugenio, como se tiene por cierto, para que hiciese lo mismo en España. Obedeció el santo discípulo á su maestro, echó la primera semilla del Evangelio por aquella provincia muy ancha, y particularmente en la ciudad de Toledo hizo mayor diligencia y fruto. Despues, ya que quedaba la obra bien encaminada, con intento de visitar á su maestro, que estaba muy adentro de Francia, partió para ella. Prendiéronle ya que llegaba al fin de su viaje; y conocido por los soldados del prefecto Sisinio, gran perseguidor de cristianos en aquellas partes, le quitaron la vida. Su sagrado cuerpo echaron en un lago llamado Marcasio, de donde con el tiempo, ya que la Francia era cristiana, Herculdo, hombre principal, por divina revelacion le hizo sacar y llevar á Diolo, que era una aldea por allí cerca, y en ella edificaron un templo de su nombre para mas honrarle. Desde allí, con ocasion de cierto milagro, fué trasladado y puesto en el famoso templo de San Dionisio, que está á dos leguas pequeñas de Paris. Pasaron adelante muchos años, hasta que en tiempo del rey de Castilla don Alonso el Emperador, y por su intercession y la mucha instancia que sobre ello hizo, Ludovico VII, rey de Francia, su yerno, le dió un brazo de san Eugenio para que se trajese á Toledo. Fué gran parte para todo don Ramon, arzobispo de Toledo, ca

en tiempo del papa Eugenio III, y por su mandado yendo al concilio que se celebraba en Rems de Francia, de camino en Paris tuvo noticia de aquel cuerpo santo, y acabado el concilio la dió en España; que de todo punto estaba puesta en olvido cosa tan grande. Esta fué la primera ocasion de traer aquella santa reliquia á Toledo. Lo demás de aquel sagrado cuerpo, á instancia del rey de España don Filipe el Segundo, dió su cuñado Carlos IX, rey de Francia, para que asimismo se trajese á la dicha ciudad, donde entró con grande aparato y majestad el año de 1565; y en la iglesia Metropolitana fué puesto en propia capilla debajo del altar mayor. No falta quien sospeche que un cierto Filipo, enviado por san Clemente por obispo en España, ó un Marcelo, que san Dionisio en Francia le dió por compañero, como se ve en la *Vida de San Clemente*, escrita por Micael Sincello, fué el que nosotros llamamos Eugenio, y que este nombre de Eugenio, que es lo mismo que bien nacido, le dieron por la nobleza de su linaje, y el otro, cualquiera que fuese de los dos, era su nombre propio que recibió de sus padres. Muévense á sospechar esto por no hallarse mención de san Eugenio en algun autor grave y antiguo, y asimismo porque no hay alguna otra memoria de los sobredichos Filipo y Marcelo. Pero estas conjeturas ni son bastantes del todo, ni del todo se deben menospreciar; podrá cada cual sentir como le agradare. Cosa mas cierta es que en tiempo deste Emperador florecieron en Roma tres poetas españoles muy conocidos por sus versos agudos y elegantes; el primero fué Marco Valerio Marcial, vecino de Bilbili, pueblo situado cerca de donde hoy está Calatayud; el segundo Cayo Canio, natural de Cádiz; el postrero Deciano, nacido en Mérida la Grande.

CAPITULO V.

De los emperadores Nerva, Trajano y Adriano.

Por muerte de Domiciano el Senado nombró por emperador á Cayo Nerva, viejo de grande autoridad, pero ocasionado á que por el mismo caso le menospreciasen. Conoció este peligro, y en parte le experimentó. Acordó para asegurarse de adoptar por hijo y nombrar por compañero suyo y sucesor á M. Ulpio Trajano, hombre principal y muy esclarecido en guerra y en paz; era español, natural de Itálica, ciudad puesta muy cerca de Sevilla. Dió asimismo por ningunos los decretos y edictos de Domiciano, con que muchos volvieron del destierro, y en particular san Juan Evangelista, de la isla de Patmos á su iglesia de Efeso. Algunas otras cosas se ordenaron á propósito de concertar la república y reparar los daños pasados. Imperó Nerva solos diez y seis meses, y por su muerte Marco Ulpio Trajano, su hijo adoptivo, se encargó del imperio por el mes de febrero del año de nuestra salvacion de 99. Igualaron sus muchas virtudes á la esperanza que dél se tenia. Ayudó á su buen natural la excelencia del maestro, que fué el gran filósofo Plutarco, cuya anda una epistola escrita al mismo Trajano al principio de su imperio, no menos elegante que grave en sentencias. La suma es avisarle cómo se debía gobernar; que si enderezase sus acciones conforme á la regla de virtud y enfrenase sus antojos, fácilmente gobernaría á sus súbditos sin reprehension; que el desórden de los príncipes no solo acarrea daño

para ellos mismos, sino tambien infamia para sus maestros; á los cuales fué á las veces perjudicial la soltura de sus inobedientes discípulos; que con aquella amonestacion pretendia acudir á todo, porque, si siguiese su consejo alcanzaria lo que deseaba, donde no, protestaba delante de todo el mundo que no tenia parte en sus desórdenes, si algunos hiciese. Dos puentes levantó Trajano de obra maravillosa, la una en Alemaña sobre el Danubio, rio el mas caudaloso de toda Europa, la otra en aquella parte de España que llamamos Extremadura, y se llama la puente de Alcántara, puesta sobre el rio Tajo; y parece por un letrado antiguo que allí está que se hizo repartimiento para el gasto entre muchos pueblos de aquella comarca. Es esta obra una de las principales antiguallas de España. En el Andalucía, en un pueblo llamado Azagua, de la órden de Santiago, hay dos piedras en aquel alcázar, basas que fueron de dos estatuas puestas en memoria de Matidia y de Marcia, hermanas de Trajano, como se entiende por sus letras. Por este mismo tiempo los soldados de la séptima legion, que se llamaba Gemina, desamparada la ciudad de Sublancia por estar puesta en un ribazo en las Astúrias, dos leguas mas abajo fundaron un pueblo, que de los fundadores se llamó Legio, y hoy es la ciudad de Leon, de poca vecindad, pero muy antigua, y que en un tiempo fué asiento de los reyes de Leon, cuando despues de la destruccion de España las cosas de los cristianos comenzaron á levantar cabeza. Gobernó Trajano la república por espacio de diez y nueve años y medio. Levantó contra los cristianos el año tercero de su imperio una persecucion la mas brava que se pudiera pensar, tanto mas, que todos le tenian por príncipe templado y prudente en lo que hacia. Aplacóse algun tanto cinco años adelante á causa que Plinio el mas mozo, procónsul á la sazón de Bitinia, le avisó por una carta suya que la supersticion cristiana, así la llamaba, se debía reprimir mas con maña que con fuerza, por estar derramada, no solo por las ciudades, sino tambien por las aldeas, y no probarse á los cristianos delito alguno, fuera de ciertas juntas que hacian antes del día para cantar himnos en alabanza de Cristo. Respondió Trajano que no se hiciese pesquisa contra los cristianos, pero que si fuesen denunciados, los castigasen. Murieron en esta persecucion cristianos sin número y sin cuento. Ni aun España quedó libre y limpia desta sangre; entre los demás fué martirizado Mancio, primero obispo de Eborá, italiano de nacion y nacido en la via Emilia, como algunos sienten, hasta decir que fué uno de los setenta discípulos de Cristo. Su cuerpo, al tiempo que los moros se apoderaron de España, de Eborá, donde padeció, fué llevado á diversas partes, y últimamente reparó en las Astúrias. Tiene un rico monasterio con su advocacion á una legua de Medina de Rioseco en un lugar llamado por esta causa Villanueva de San Mancio. Padecieron asimismo Macario, Justo y Rufino, no en Roma, como algunos dicen, sino en Sevilla, como Dextro lo testifica, ciudad que antiguamente se llamó tambien Rómula, como se halla en algunas piedras que allí se conservan, y debió ser la ocasion deste tropiezo. Falleció Trajano en Cilicia, en una ciudad llamada entonces Selinunte, y adelante *Trajanopolis*, que es lo mismo que ciudad de Trajano, en sazón que volvía de la guerra de los Partos á Roma,

en que, sin embargo de su muerte, metieron sus cenizas en un solemne triunfo que le concedieron por dejar vencidos y allanados á los enemigos; cosa que no se otorgó á otro ninguno antes ni adelante que despues de muerto triunfase. Tuvo con este Emperador gran cabida Celio Taciano, procurador del fisco. Este se dió tan buena maña, que fué buena parte para que Trajano señalase por su sucesor á Elio Adriano, cuyo ayo era tambien Taciano; pero mas hizo al caso para esto el amor que la Emperatriz le tenia, y sobre todo que estaba casado con Sabina, hija de hermana del mismo Trajano, y aun tambien era deudo suyo y natural de Itálica, patria del mismo Trajano. Elio Sparciano le hace natural de Roma, y dice que su padre tuvo el mismo nombre que él, y su madre fué Domicia Paulina, matrona principal nacida en Cádiz. Sus virtudes y prendas muy aventajadas, y el conocimiento que tenia de muchas cosas le ayudaron mas que otra cosa ninguna. Luego que se encargó del imperio, con intento de visitar todas las provincias, partió de Roma, y por Alemaña pasó á Inglaterra, de allí revolvió hácia España, despues á Africa y al Oriente, siempre con la cabeza descubierta, y las mas veces á pié. En este largo viaje se dice que en Taragona corrió gran peligro de la vida, á causa que cierto esclavo, estando descuidado, arremetió á él con la espada desnuda; entendióse que estaba fuera de sí, y sin otro castigo le entregó á los médicos para que cuidasen dél. Dividió á España, como lo testifica Sexto Aurelio Victor, en seis provincias, la Bética, la Lusitania, la Cartaginense, la Tarraconense, la Galicia y la Mauritania Tingitana. Y segun se entiende por algunos letreros deste tiempo y algunas leyes del *Código de Justiniano*, los gobernadores de la Bética y de la Lusitania á esta sazón tenian nombre de legados consulares, y de presidentes los que tenian cargo de las otras cuatro provincias. No tuvo este Emperador sucesion; por esta causa adoptó por hijo y nombró por emperador despues de su muerte á Ceyonio Commodo Vero, padre del otro Vero que imperó adelante junto con Marco Antonio el Filósofo. Dióle luego nombre de César con retencion para sí del de Augusto. Deste principio se tomó la costumbre que se guardó adelante que los hijos ó sucesores de los emperadores antes de heredar se llamasen Césares. A instancia de los judíos revocó la ley de Vespasiano, en que les vedaba el poblar la ciudad de Jerusalem; dióles licencia para que la reedificasen en un sitio algo apartado de donde estaba primero; y mudado el nombre antiguo de Jerusalem, mandó que se llamase Elia. Con esta ocasion y alas que les dió, y principalmente por quitarles la circuncision, y por un templo de Júpiter que hizo edificar junto á la nueva ciudad, tomaron de nuevo las armas y se rebelaron; pero en breve fueron sujetados, y pereció gran número dellos en Betera ó Betoron, en que se hicieron fuertes con su caudillo, que llamaron adelante, avisados por su daño, Barcosban, que es tanto como hijo de mentira, ca los sacó de juicio con decir que él era el Mesías prometido, como lo testifican los libros de los hebreos. Ordenó otrosí el oneno año de su imperio que ninguno fuese castigado por ser cristiano si no le averiguaban algun otro delito. Tomó este acuerdo movido por las apologias que en favor de los cristianos le presentaron en Aténas Aristides y Cuadrato, personas de gran nomi-

bre. Asimismo Sereno Grano, procónsul de Asia, le escribió una carta en el mismo propósito. Por todo lo cual se aficionó tanto á los cristianos, que trató de poner á Cristo en el número de los dioses, y en las ciudades hizo edificar templos sin imágenes, es á saber, de las que los gentiles usaban. Demás desto, por entender que el imperio romano era tan grande que con su mismo peso se iba á tierra, determinó ponerle aledaños. Hizo para esto derribar la puente que Trajano levantó sobre el Danubio, y á la parte del oriente quiso que el río Eufrates fuese el postrer lindero del imperio hasta desamparar lo que de la otra parte de aquel río tenían conquistado. Grande fué la gloria que ganó por todas estas cosas. Tuvo falta de salud, tanto, que en Bayas, por huir de las manos de los médicos, con no comer se mató. Gobernó el imperio veinte y un años. Hizo dos cosas muy feas: la primera, que quitó los cargos y redujo á vida particular á su ayo Taciano, sin embargo de lo mucho que le habia servido, y no contento con esto, despues le hizo morir; para aviso de cuán presto el favor de los príncipes se muda y se trueca, y á las veces grandes servicios se pagan con extrema ingratitud. Fué Taciano español y natural de Itálica, patria destos dos emperadores. La otra fué peor, es á saber, que por el contrario le cayó tan en gracia Antinoo, mozo con quien usaba torpemente, que de la suciedad del retrete le sacó y puso en el número de los dioses; ca le edificó templo y una ciudad en Egipto de su nombre para eterna memoria de su deshonestidad y soltura, mancha muy fea de las virtudes que tuvo. En este tiempo Basilides en Egipto y Saturnino en la Suria despertaron la secta de los gnósticos, que confundia las personas divinas y sujetaba el libre albedrío y sus acciones á la fuerza del hado y de las estrellas, además que decian que la justicia cristiana depende solamente de la fe. Un discípulo de Basilides, llamado Marco, vino á España, y en ella sembró esta mala semilla. Allegáronsele entre otros una cierta mujer, llamada Agape, y un retórico, por nombre Helioidio. Destas cenizas y rescoldo, Prisciliano los años adelante encendió un grande fuego, como se tornará á decir en su tiempo y lugar.

CAPITULO VI.

De los tres emperadores Antoninos.

Falleció Commodo Vero poco despues que fué adoptado y nombrado por César. Tenia poca salud, y no parece hizo cosa alguna memorable. Entró en su lugar y cargo Tito Elio Antonino, y así despues de la muerte Adriano sin contradiccion sucedió en el imperio el año de Cristo de 139. En veinte y dos años y siete meses que imperó mantuvo todas las provincias en tanta paz, que fué tenido por muy semejante á Numa, entre los reyes de Roma amicísimo de la paz. Todos holgaban de obedecer á príncipe tan bueno, y él no se descuidaba en granjear á todos con buenas obras. En lo que mas se señaló fué en la clemencia y mansedumbre, virtudes que le dieron renombre de Pio y de Padre de la patria. No persiguió á los cristianos como lo hicieron los emperadores pasados. Quitó y reformó los salarios públicos á los que no servian sus oficios, como á gente que era carga pesada de la república y de ningun provecho. Suya fué aquella sentencia dicha antes por Scipion:

«Mas quiero salvar un ciudadano que matar cien enemigos.» No se sabe cosa alguna que hiciese en España; su nombre empero se halla en algunos letreros romanos de aquel tiempo, que no se ponen aquí. Murió Antonino Pio cerca de Roma de su enfermedad el año 162. Dejó por sucesores suyos á su yerno Marco Aurelio Antonino, por sobrenombre el Filósofo, y á Antonino Vero, hijo del otro Commodo Vero que adoptó Adriano. Fué esta la primera vez que se vieron en Roma dos emperadores con igual poder y mando. Falleció Vero nueve años adelante de su enfermedad. Señalóse en que renovó la persecucion contra los cristianos. Sosegó en el Oriente los movimientos que los persas habian levantado. Fué el primero, segun se entiende, que dió á los gobernadores de las provincias título de condes. Por su muerte quedó Marco Aurelio Antonino con todo el cuidado del imperio. Príncipe aventajado en bondad y virtudes; de sus estudios y doctrina el nombre de Filósofo da bastante testimonio. Hizo en persona guerra á los marcomanos, gente septentrional, que hoy son los moravos. Padezia grande falta de agua al tiempo de encontrarse con los enemigos, y la gente toda para perecer de sed. Iban en su compañía muchos cristianos alistados en la duodécima legion, por cuyas oraciones cayó tanta agua, que se remedió la necesidad. La tempestad y torbellino fué tal, que con los rayos y relámpagos, que daban de cara á los enemigos, quedó la victoria por los romanos. Muchos hacen mencion deste suceso tan notable. Julio Capitolino dice que por las oraciones del Emperador se aplacaron los dioses y cayó la lluvia. A nuestros escritores, muchos y muy antiguos que refieren la cosa como está dicho, favorece Dion y una carta del Emperador que anda en griego y en latin sobre el caso, además del nombre de *Fulminatio* que se dió á aquella legion, y quiere decir echadora de rayos, cuyo rastro del sobredicho nombre queda en Tarragona en un huerto de Juan de Melgosa, donde hay un epitafio con estas palabras vueltas de latin en romance:

Á LOS DIOS DE LOS DEFUNTOS. Á JULIO H, QUE VIVIÓ TREINTA Y NUEVE AÑOS, DOS MESES Y DIEZ DIAS, JULIO JOSCO, DE LA DUODÉCIMA LEGION LANZADORA DE RAYOS, Á SU LIBERTO BUENO Y LEAL LO HIZO.

Fuera desta inscripcion, que es harto notable, hay en Barcelona en las casas de los Requesens delante la iglesia de los santos Justo y Pastor un testamento deste tiempo cortado en muchas piedras, la mas señalada antigualla que deste genero se conserva en España. Por él se entiende que la usura centésima de tiempo de los romanos era cuando se acudia cada un año al acreedor con la octava parte del principal, que es lo mismo que á razon de doce por ciento; de manera que en espacio de cien meses se doblaba el caudal, de do se llamó usura centésima, ó sea porque al principio de cada mes, cuando acostumbaban á hacer las pagas, daban al logrero la centésima parte de dinero que prestó. Las palabras del testamento no pongo aquí por ser largo; la suma de lo que contiene es: «Que Lucio Cecilio, centurion de la legion séptima Gemina y dichosa, y de la legion décimaquinta Apollinar, que sirvió á los emperadores Marco Aurelio Antonino y Aurelio Vero y tuvo otros diferentes cargos, manda á la república de Barcelona siete mil y quinientos denarios con cargo

que de las usuras semises, que era la mitad de la centésima, es á saber, seis por ciento, del dicho dinero hiciesen espectáculos de luchadores todos los años á 10 de junio, en que se gastasen docientos y cincuenta denarios; y el mismo día se diesen docientos denarios para aceite á los luchadores. La cual manda hace debajo de ciertas condiciones; si no las cumpliesen, sustituye en la dicha manda con las mismas cargas á la república de Tarragona para que haya y lleve el dicho dinero. » Tuvo Marco Aurelio Antonino el imperio diez y nueve años y un mes. Falleció á 17 de marzo el año de Cristo 181. Grande fué la fama de sus virtudes, y no menor la afrenta de su casa á causa de la mucha soltura de la emperatriz Faustina, su mujer, la cual, como quier que ni la pudiese remediar, ni se resolviese de apartalla de sí, pareció amancillar la majestad del imperio. Por lo demás su memoria y la de Antonino Pio, su suegro, fué en Roma tan agradable, que el emperador Septimio Severo, que tuvo el imperio poco adelante, hizo una ley en que ordenó que todos los emperadores despues dél se llamasen Antoninos, no de otra manera que antes se llamaban Augustos. Verdad es que Elio Aurelio Commodo Antonino, luego que sucedió á su padre, con la torpeza de sus costumbres escureció en alguna manera el lustre de aquel nombre y alcuña. Fué Augusto de título, el ánimo esclavo y sujeto á todos los vicios. Entendióse que una concubina suya, llamada Marcia, le dió bebedizos, con que le trastornó el seso; por lo menos la misma fué causa de su muerte por haber hallado en cierto memorial su nombre entre el de otros muchos que Commodo pretendía matar. Comunicó el caso con un eunuco por nombre Narciso; concertaron los dos de darle la muerte, ejecutáronlo primero con yerbas que le dieron, y despues, porque la fuerza de la ponzoña se tardaba, le ahogaron. Vivió treinta y dos años solamente; dellos imperó los doce y mas ocho meses y quince dias. Dícese que tuvo trecientas concubinas y otros tantos mozelos escogidos para sus deshonestidades entre todos los que se aventajaban en hermosura. Fué el primero de los emperadores romanos que vendió los oficios y gobiernos, cosa muy perjudicial y dañosa. Julio Capitolino dice que el tercer abuelo de Commodo se llamó Annio Vero, y que fué español, natural del municipio Sucubitano, que estaba en la Bética, hoy Andalucía. No falta quien diga que por este tiempo padecieron los santos mártires Facundo y Primitivo á la ribera de Cea, rio que de los montes de Astúrias discurre por lo interior de Castilla. Atico, presidente de Galicia, convidó á todos los soldados de aquella provincia para que se hallasen á cierto sacrificio; los dos santos no quisieron obedecer á este mandato, por lo cual los borró de las listas de los soldados; y atormentados en diversas maneras, al fin con una segur les cortó las cabezas. Honraron los cristianos sus sagrados cuerpos; edificaron en aquel mismo lugar un templo de su nombre. De allí cuando los moros estuvieron apoderados de España fueron diversas veces llevados para mayor seguridad á las Astúrias. Finalmente, en tiempo de don Alonso el Magno y despues por mandado del rey de Castilla don Fernando el Primero los volvieron al mismo lugar, y reedificaron el sagrado templo con un monasterio de monjes Benitos junto á él, que hoy se llama de

Sahagun, y es uno de los principales santuarios de España.

CAPITULO VII.

De los emperadores Severo y Caracalla.

El emperador Commodo fué muerto año del Señor de 193. Sucedió en el imperio Helvio Pertinax, nacido de padre libertino, que era tanto como de casta de esclavos. Era muy viejo, de edad de setenta años. Tuvo el imperio solos dos meses y veinte y ocho dias. Los mismos que mataron á Commodo, por ser su bondad tan conocida, dieron orden para que le diesen el sceptro, que los soldados pretorianos le quitaron juntamente con la vida dentro de su mismo palacio. La libertad y soltura del tiempo pasado hacia que llevasen mal la disciplina militar, que Pertinax pretendía poner en su punto; que la reformacion de las costumbres es á los malos á par de muerte. Fué docto en las lenguas latina y griega; estudió en su menor edad derechos, y tuvo en ellos por maestro á Sulpicio Apollinar, aquel cuyas periecos ó argumentos andan al principio de las comedias de Terencio. Luego que Pertinax fué muerto, Sulpiciano y Didio Juliano acudieron á los reales de los pretorianos para, afuer de mercaderes, comprar el imperio como si estuviera puesto en almoneda. Salió Juliano con su pretension con promesa que hizo de dar á cada uno de los soldados veinte y cinco sesteracios, que montan seiscientos y veinte y cinco coronas, suma que venia á ser exorbitante, y que en fin no la pudo pagar; por donde desamparado de los soldados y aborrecido del pueblo, el sexto mes adelante le dieron la muerte por orden y traza de Septimio Severo, al cual en premio desta hazaña hicieron emperador las legiones de Ilirico ó Esclavonia. Nació en Leptis, ciudad de Africa, por otro nombre Trípoli de Berbería, que está asentada de la otra parte de la Sirte menor. Recompensó la fiereza de su natural con la valentía que tuvo muy grande, con que hizo grandes efectos; por donde vulgarmente se dijo que, ó no debiera nacer, ó no debiera morir. Mostró su severidad en el castigo que dió á los pretorianos que tuvieron parte en la muerte de Pertinax; ca despojados de las armas y de los vestidos, los desterró de Roma y de cien millas al rededor. En muchas guerras salió vencedor; en el Oriente sujetó á Pescenio Negro, que se llamaba emperador, y de camino destruyó la ciudad de Bizancio porque le cerró las puertas. En Francia venció á Albino, que estaba levantado, aquel de quien se tuvo por cierto que, á ejemplo de Aristides, compuso las *Patrañas milesias*, libro lleno de toda deshonestidad y torpeza. Asimismo desbarató por tres veces á los partos. Restituyó el gobierno de Roma en su antiguo lustre y majestad. Revolvió sobre Inglaterra, y despues que sosegó á los ingleses, para impedir las entradas que hacian los escoceses sobre ellos por la parte que las riberas de aquella isla se estrechian mas, que es por donde Escocia parte término con lo de Inglaterra, acordó tirar un valladar ó albarrada de mar á mar. Atajóle la muerte los pasos, que le tomó en aquella isla en la ciudad de Eboraco. Tuvo el imperio diez y siete años, ocho meses y tres dias. Las postreras palabras que dijo fueron muy notables, es á saber: « El imperio que recibí alborotado, dejo á mis hijos sosegado;

firme si fueren buenos, si malos poco durable.» Suya fué tambien aquella sententia. « Todo lo fuí, y no presta nada. » Movió persecucion contra los cristianos el noveno año de su imperio. La carnicería fué muy grande. En España, en la ciudad de Valencia padecieron Félix, presbítero; Fortunato y Arquifloco, diáconos. Dado que algunos en lugar de Arquifloco leen Arquileo, y aun pretenden que padecieron en Valencia, la del Delfinado de Francia, por estar cerca de Leon de Francia, de donde es averiguado que san Ireneo, obispo de aquella ciudad, los envió á predicar el Evangelio. Dejó Severo dos hijos de dos mujeres diferentes : el mayor, que se llamó Aurelio Antonino Basiano y que tuvo por sobrenombre Caracalla de cierto genero de vestidura francesa así dicha que dió al pueblo luego al principio de su imperio, mató á su hermano menor, llamado Geta, que su padre señaló en su testamento por emperador y compañero de su hermano. Este hecho tan atroz le fué asaz mal contado y le hizo muy aborrecible al pueblo; y mucho mas otra nueva maldad, que fué casarse con Julia, madre del mismo Geta y su madrastra. Pasó en esta locura tan adelante, que dió la muerte á todos los que eran aficionados á su hermano; destes fué uno Sammonico Sereno, médico muy famoso, y que escribió muy aventajadamente en aquella facultad. Otro fué el gran jurisconsulto Papiniano, no por otra culpa mas de porque no quiso defender en el Senado y abonar la muerte de Geta, ca decia : « Mas fácil cosa es cometer el parricidio que excusarle. » Fué demás desto fementido, en particular con muestra que dió de querer casarse con una hija de Artapano, rey de los partos, los aseguró de manera, que en la ciudad de Carras los cogió descuidados y hizo en ellos gran matanza. No le duró mucho esta alegría, porque, como era aborrecido de todos, á tiempo que se estaba proveyendo, un soldado llamado Marcial arremetió á él y le dió de puñaladas. Era á la sazón de edad de cuarenta y tres años; tuvo el imperio seis años, dos meses y cinco días. Su cuerpo llevaron á Antioquia, do estaba Julia, su madrastra y mujer, la cual, por el gran sentimiento con un puñal que se metió por los pechos, cayó muerta sobre su triste marido y entenado. Tragedias parecen estas. Entre las otras locuras de Caracalla se refiere que se dió á contrahacer las cosas de Alejandro Magno, bien que mas imitaba las faltas que las virtudes. En particular para remedalle traia la cabeza inclinada hácia el lado izquierdo. Opelio Macrino, prefecto del pretorio, que es lo mismo que capitán de la guardia, á cuya persuasión fué muerto Caracalla, le sucedió en el imperio con voluntad de Audencio, hombre principal á quien los soldados querian por emperador. No hizo cosa alguna señalada ni antes ni despues deste tiempo; por esto y por el poco tiempo que gozó del imperio, apenas se puede contar en el número de los emperadores. Mesa, hermana de Julia, dió orden que los soldados le matasen en Calcedonia juntamente con un hijo suyo llamado Diadumeno. Lo cual sucedió á 7 de junio el año 219. Imperó solos trece meses y veinte y ocho dias.

CAPITULO VIII.

De los emperadores Heliogábalo y Alejandro.

Aurelio Antonino Vario, sacerdote del sol en Fenicia, que es lo que significa el nombre de Heliogábalo, fué hijo del emperador Caracalla. Hóbole en Soemis, hija de Mesa y sobrina de Julia. La hermosura de su rostro y gentil parecer, muestra muchas veces engañosa de ánimo compuesto, fueron grande parte para que los soldados se le aficionasen. Ayudó otrosi la memoria de su padre, porque para asegurarse en sus maldades tenia granjeada la gente de guerra con darles y permitirles cuanto querian. Sobre todo su abuela Mesa con su buena maña y dádivas, que no debieron faltar, atrajo á su parecer las legiones, y acabó con ellas que saludasen á su nieto por emperador. Su vida y costumbres fueron muy torpes á maravilla : dado á toda suerte de deshonestidad, hacia y padecia lo que no se puede escribir sin vergüenza. Llegó su locura á tanto, que acometió y intentó con artificio á mudar el sexo de varon, grande afrenta y ultraje del imperio romano y de todo el genero humano. No pudo el mundo sufrir monstruosidad tan grande; los mismos soldados de su guarda le mataron á 10 de marzo el año de Cristo de 223. Era de edad de diez y ocho años; tuvo el imperio tres años, nueve meses y cuatro días. Fué el primero de los emperadores romanos que usó de vestidura toda de seda; que antes dél solo aforraban de seda los vestidos, que en aquel tiempo se compraba á peso de oro. Tambien se dice que desde el tiempo de Heliogábalo y por su orden se introdujo la costumbre que los esclavos en las vendimias echasen pullas á sus amos y se burlasen con ellos de palabra. El sucesor de Heliogábalo fué su primo hermano Severo Alejandro, que ya era César, cuyas virtudes igualaron á los vicios de su antecesor; grande y señalado emperador si la muerte no le atajara. Lo primero, conforme á la costumbre de los cristianos, á ninguno encargó gobierno alguno antes que le publicasen para si le tachaba alguno. No quiso vender los oficios y gobiernos, ca decia : « El que compra, forzosamente ha de vender. » Mostróse favorable á los cristianos en tanto grado, que en su oratorio principal tenia puesta la imágen de Cristo entre las de los dioses de la gentilidad. Jamás quiso recibir en su casa ni á su familiaridad, ni aun para que le saludase y visitase, á persona alguna que no fuese de muy buena fama: aviso para principes singular. Para recoger dinero, de que tenia falta, inventó cierto género de imposiciones y tributos, que se cogian de las artes curiosas y vanas: invencion con que se remediaba la necesidad y se enfrenaban los vicios. Hizo la guerra contra los partos prósperamente y contra Artajerjes, su rey, que á cabo de tantos años comenzaba á levantar el poder de los persas, que antes estaban sujetos á los partos. Concluida esta guerra, revolió con sus gentes contra Alemania, do fué muerto por traicion de Maximino muy fuera de sazón, porque no pasaba de veinte y nueve años; dellos los trece y nueve dias gobernó el imperio sin par por su grande rectitud, prudencia, mansedumbre y clemencia, dado que el castigo que dió á Turino Vetronio parece algo áspero. Porque vendia humos, es á saber, favores y provisiones fingidas en nombre del emperador, le hizo ahogar con humo. El gran jurisconsulto Ul-

pianno, natural de Tiro, tuvo tanta cabida con el emperador Alejandro, que le hizo su chanciller, y en público y en particular se gobernaba por sus consejos; demás desto, en cierto alboroto porque no le matasen le cubrió con su púrpura. No se sabe de cosa alguna memorable que haya sucedido en España en tiempo destos emperadores. En Guadix hay una basa de estatua puesta en memoria de Mammaea, madre del emperador Alejandro, cuyas palabras vueeltas en castellano son las siguientes:

Á JULIA MAMMEA AUGUSTA, MADRE DEL EMPERADOR CÉSAR MARCO AURELIO SEVERO ALEJANDRO, PIO, FELIZ, AUGUSTO, MADRE DE LOS REALES LA COLONIA JULIA GEMINA ACGITANA DEVOTA Á SU DEIDAD Y MAJESTAD.

Fué esta señora, como se entiende, cristiana, por lo menos tuvo particular familiaridad y trato con el famoso Orígenes. Era hermana de Soemis, y entrambas hijas de Mesa y sobrinas de la emperatriz Julia. De Soemis y el emperador Caracalla nació fuera de matrimonio, como queda dicho, el emperador Heliogábulo. Mammaea casó con Vario Marcelllo, y deste matrimonio procedió el emperador Severo Alejandro. Todas estas señoras eran naturales de la Suria, de donde vinieron á Roma. Por este tiempo el papa Antero, que gobernó la Iglesia romana, escribió una carta á los obispos del Andalucía y reino de Toledo, en que entre otras cosas dice que los obispos no pueden licitamente ser promovidos de una iglesia á otra por su particular interese y comodidad.

CAPITULO IX.

De los emperadores Maximino, Gordiano y Filipo.

Julio Maximino, natural que fué de Tracia, de muy bajo suelo (su padre Meca, godo de nacion, y su madre Ababa, que fué de los alanos, como lo dice Simmaco), en ninguna cosa se señaló fuera de la estatura del cuerpo, que la tuvo muy grande, y las fuerzas y ligereza tan aventajada, que atenia en correr con un caballo. Por esto pasó por todos los grados y cargos de la milicia; y por la muerte del emperador Alejandro Severo se apoderó por fuerza del imperio el año de Cristo de 239. Conservóse en él por espacio de dos años y algunos meses. Sosegó al principio las alteraciones de Alemania; y de nuevo se apercebía para hacer la guerra contra los sarmatas, que hoy son los polonos, quando en la ciudad de Sirmio, donde á la sazón se ballaba, le llegó nueva cómo los soldados de Africa habian alzado por emperador á Gordiano, presidente de aquella provincia, y que el Senado aprobara aquella elección. Acordó pues de mudar propósito, y encendido en deseo de vengarse, revolvió contra Roma. Detúvose algun tiempo sobre Aquileya, ciudad que á la entrada de Italia le cerró las puertas. Estando allí, vino otra nueva que el sobredicho Gordiano con un hijo suyo del mismo nombre fueron muertos en Africa; pero que el Senado en su lugar nombró por emperadores á Balvino y Pupieno, mas por tener perdida la esperanza que los perdonaría Maximino que por hallarse con fuerzas bastantes para resistirle. Hallábase todo en grande peligro, y sucediera sin duda algun grande estrago si no fuera que los soldados, por odio que tenían al tirano, de repente le acometieron y dentro de su alojamiento le degollaron. Con esto la ciudad de Roma quedó puesta en libertad, y los cristianos li-

bres asimismo del miedo que les amenazaba por la persecucion que les movió de nuevo este Emperador. Principalmente se empleaba su rabia contra los que presidian en las iglesias, como eran los obispos y sacerdotes. En particular en España, seis leguas de Tarragona, de una cueva del monte Bufragano, donde estaban escondidos san Máximo y sus compañeros, de allí fueron sacados para darles la muerte. Adelante se edificó en su nombre un templo en el mismo lugar para que fuesen mas honrados. Algunos sospechan que este san Máximo es el que en Tarragona vulgar y comunmente llaman san Magí. Dejado esto, los emperadores Balvino y Pupieno en cierto alboroto que levantaron los soldados de la guarda fueron muertos dentro del primer año de su imperio. Estaba nombrado junto con ellos por César y señalado en el Senado por sucesor, Gordiano, nieto del otro Gordiano, mozo de tan pequeña edad, que apenas tenia quince años; y sin embargo, por muerte de los emperadores sobredichos, fué recibido sin contradiccion por emperador. Para el gobierno de la república le ayudó mucho su suegro Misiteo, persona que era muy prudente. Partió de Roma para hacer la guerra contra los persas; concluida como se pudiera desear, al tiempo que daba de sí grandes esperanzas, le dió la muerte á traicion Filipo, capitan de su guarda, el sexto año de su imperio. Escribió Gordiano una carta á su suegro, que se conserva hasta el día de hoy, en qua se duele que los príncipes estén sujetos á los engaños y embustes de sus mismos criados, que ponen asechanzas á sus orejas, y por este medio arman celadas á los que pretenden derrihar, y levantan á los que no lo merecen, sin que él mismo pueda por vista de ojos averiguar la verdad de lo que pasa. No hay duda sino que de ninguna cosa los príncipes padecen mayor mengua que de la verdad; la cual ¿qué lugar puede tener entre las continuas adulaciones de palacio, entre los embustes y mañas y redes que tienden los privados por todas partes? Sin su ayuda, ó por mejor decir, con semejante falta, ¿qué maravilla es que los príncipes á cada paso tropiecen, pues andan en tinieblas y por la ignorancia son ciegos? ¿Quién no sentirá grandemente que falte luz á los que Dios puso en la cumbre para que fuesen guias de los hombres y los sacasen de sus verros con obras, consejos y autoridad? Un solo camino se ofrece para reparar este daño, enseñado de hombres muy graves, mas seguido de pocos, esto es, que demás de los otros ministros, como mayordomos, caballeros, maestresalas, con todo el otro atuendo de palacio, procuren, aunque sea á costa grande, tener cerca de sí alguna persona de conocida prudencia y bondad, que tenga licencia y órden de referir al príncipe y avisarle todo lo que dél se dijere y siutiere, sea verdad ó mentira, hasta los mismos rumores vanos y sin fundamento del vulgo. Los cuales avisos á las veces sin duda serán pesados, mas débelos sufrir, porque el provecho grande que de ellos resultará recompensará bastantemente cualquier molestia; y es cosa averiguada que la verdad tiene las raíces amargas, pero sus frutos son muy suaves, muy dulces sus deijos. No podrémos alcanzar esto, bien lo veo; los regulos y delicadezas de los príncipes cuán grandes sean, ¿quién no lo sabe? Los que tienen por el principal fruto de su grandeza la libertad de hacer lo que se les antoja sin que nadie les vaya á la mano. Por

el contrario, las palabras de los que les hablan á su gusto les dan gran contento. La verdad es de un aspecto áspero y grave, de suerte que es maravilla cuando les queda un pequeño resquicio por donde les entre algun rayo de luz; tan cercados están por todas partes de dificultades, de lisonjeros, finalmente, de hombres que no buscan otra cosa sino su comodidad. No se debe empero desistir desta empresa ni perder de todo punto la esperanza. Por ventura no cantamos á los sordos; habrá algunos á quien contente este aviso, que vean y sigan el camino que se les muestra muy saludable, así para ellos como para sus vasallos, y entiendan que no los que tachan las costumbres y vida de los que rigen son perjudiciales, sino los que hablan al sabor del paladar, muchos y sin número, mayormente en los palacios reales; peste tanto mas peligrosa cuanto mas halagüeña y blanda. Pero hagamos aquí punto, y volvamos á los emperadores. El premio que se dió por la muerte de Gordiano fué que Marco Julio Filipo, su matador, se quedó con el imperio; hombre árabe de nacion, de bajo suelo y linaje, pero muy señalado en las cosas de la guerra. Por donde despues de diversos cargos que tuvo, se apoderó últimamente de la república y del imperio el año de Cristo de 244, y le tuvo por espacio de mas de cinco años. Al principio tomó asiento con los persas, por el cual les dejó la Mesopotamia, en que pareció escurecer la majestad del imperio romano. Vuelto á Roma, celebró el año Secular, que era el año centésimo de la fundacion de Roma, con mayores regocijos y juegos mas sumptuosos que jamás se habia celebrado, por ser el año milésimo de su fundacion. Andaban los godos alborotados y corrían la provincia de Tracia. Envió contra ellos á Marino; las legiones, en premio de su trabajo, le saludaron por emperador, pero sucedióle mal, ca Decio fué contra él por mandado de Filipo, y le dió la batalla y venció y mató en la provincia de Mesia. El premio desta victoria fué que el ejército le nombró asimismo por emperador. Aceptó él aquel título contra su voluntad; pero aceptado, le mantuvo con grande valor. El emperador Filipo, á la sazón que se encaminaba contra él, fué muerto en Verona en cierto alboroto que levantaron sus soldados. Dejó en Roma un hijo de su mismo nombre, en edad de siete años que tenia y no mas, declarado por su compañero en el imperio, y era de un natural tan extraño, que nadie jamás le vió reír. A este, luego que la nueva llegó, mataron tambien porque no quedase rastro de raza tan mala. En tiempo de san Jerónimo se leia una carta de Orígenes para el emperador Filipo; autores antiguos y graves sienten que fué cristiano, y añaden que el pontífice Fabiano no le quiso recibir á los misterios sin que primero hiciese penitencia y satisfaccion de cierto pecado. Algunos asimismo sospechan que la iglesia romana se enriqueció con los tesoros de Filipo; pero sus malas costumbres dan muestra que mas fingió que cumplió el oficio de hombre cristiano. Otros reservan del todo esta loa á Constantino Magno, que fuese el primer emperador romano que conoció la majestad de Cristo, hijo de Dios. Decio, luego que se apoderó del imperio, que fué el año de nuestra salvacion de 250, persiguió cruelísimamente la religion cristiana por el odio que tenia, á lo que se entendió, contra Filipo. La verdad fué que Dios por aquel camino pretendia reformar las costum-

bres y vida de los cristianos, y en particular de los eclesiásticos de muchas maneras estragada. En aquella persecucion padeció el mártir san Cristóbal, segun que lo refiere Niceforo. Destruian los getas ó godos, que algunos entienden ser lo mismo, las provincias de Mesia y de Tracia. Peleó Decio con ellos; venciólos en la primera batalla, mas en la segunda, por traición de Treboniano Gallo, fué vencido y muerto junto con un hijo que tenia de su mismo nombre despues que gobernó el imperio por espacio de dos años. El traidor, conforme á lo que entonces se acostumbraba, se quedó con el imperio, y le tuvo por espacio de diez y ocho meses. Hizo asiento con los godos, en que se obligó de pagarles parias cada un año, cosa muy fea y que dió ocasion á los soldados para que le despreciasen, y á Emiliano, su capitán, hombre de nacion africano, nacido en la Mauritania Tingitana, para que despues de vencidos los godos en una grande batalla que les dió en la Mesia, se apoderase del imperio y revolviere contra Gallo, su señor; por cuya muerte, que fué en cierto encuentro, se quedó Emiliano por señor de todo. Duróle poco el mando y la vida, solo por espacio de cuatro meses, sin hacer cosa que de contar sea, tanto que muchos no le ponen en el número y cuento de los emperadores romanos. Matáronle sus soldados luego que se supo la eleccion de Valeriano.

CAPITULO X.

De los emperadores Valeriano, Gallieno, Claudio y Aureliano.

Licinio Valeriano era de edad de setenta años cuando en la Gallia las legiones y soldados le apellidaron por emperador contra Emiliano, el año de Cristo de 254. Subió á la cumbre y majestad no por otra causa, á lo que parece, sino para que la caída, como de lugar mas alto, fuese mas peligrosa y pesada. La vida larga es á las veces sujeta á desastres, y trueca la prosperidad del tiempo pasado en adversidad y desgracias. Tal fué el emperador Valeriano, en el año seteno de su imperio en la guerra que emprendió contra los persas vino en poder de sus enemigos. Vivió en aquella miserable servidumbre por espacio de mas de un año. Su hijo Gallieno y compañero, ya nombrado en el imperio, de ninguna cosa menos cuidaba que de librar á su padre y volver por la majestad del imperio. Y á la verdad él se hallaba por una parte apretado de los persas, de los godos y de los alemanes, que andaban alterados y con las armas, y mucho mas por otra parte de treinta capitanes romanos, que con la revuelta de los tiempos en diversas partes se llamaban emperadores, miserable avenida de males. Relatar los nombres y hechos de todos estos sería cuento muy largo; pero entre los demás, Póstumo se apoderó de la Gallia, y para asegurarse, llamó en su socorro á los francos, gente alemana, que es la primera mencion que dellos se halla en la historia romana. Acudió Lolliano por mandado de Gallieno al remedio, venció y mató al tirano; pero en premio de la victoria entró en su lugar, y se llamó emperador junto con su hijo del mismo nombre, por cuyas se tienen las declaraciones que andan impresas al fin de las *Instituciones de Quintiliano*. Otro, por nombre Tetrico, se apoderó de España, que asimismo acudió al favor de los alemanes. Entraron ellos en España por la Gallia, y como gente